



AUTORA DE LA TRILOGÍA GRISHA
SUPERVENTAS DEL NEW YORK TIMES

LEIGH BARDUGO

SEIS DE CUERVOS

SEIS PELIGROSOS INADAPTADOS.
UN ASALTO IMPOSIBLE.

Lectulandia

KETERDAM. Un bullicioso foco de comercio internacional donde cualquier cosa se puede conseguir por el precio adecuado. Y nadie es más consciente de esto último que el prodigio criminal Kaz Brekker. A Kaz le acaban de ofrecer la oportunidad de llevar a cabo el mayor golpe de su vida, un mortal asalto a una fortaleza que podría hacerle más rico de lo que jamás se había atrevido a imaginar en sus sueños más salvajes. Pero no puede realizarlo por si solo...

Un preso con sed de venganza.

Un tirador de primera incapaz de rechazar una apuesta.

Un fugitivo acostumbrado al lujo.

Una espía conocida como el Espectro.

Una Mortificadora que usa su magia para sobrevivir en los suburbios.

Un ladrón con un don especial para las huidas imposibles.

Los miembros del grupo de Kaz son los únicos que pueden evitar la destrucción del mundo. Bueno, lo serán si no se matan entre ellos primero.

Lectulandia

Leigh Bardugo

Seis de cuervos

Seis de cuervos - 1

ePub r1.0

Titivillus 24.01.2018

Título original: *Six of crows*
Leigh Bardugo, 2015
Traducción: Miguel Trujillo Fernández

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



GRISHA

SOLDADOS DEL SEGUNDO EJÉRCITO
MAESTROS DE LA PEQUEÑA CIENCIA

CORPORALKI

(LA ORDEH DE LOS VIVOS Y LOS MUERTOS)

Mortificadores
Sanadores

ETHEREALKI

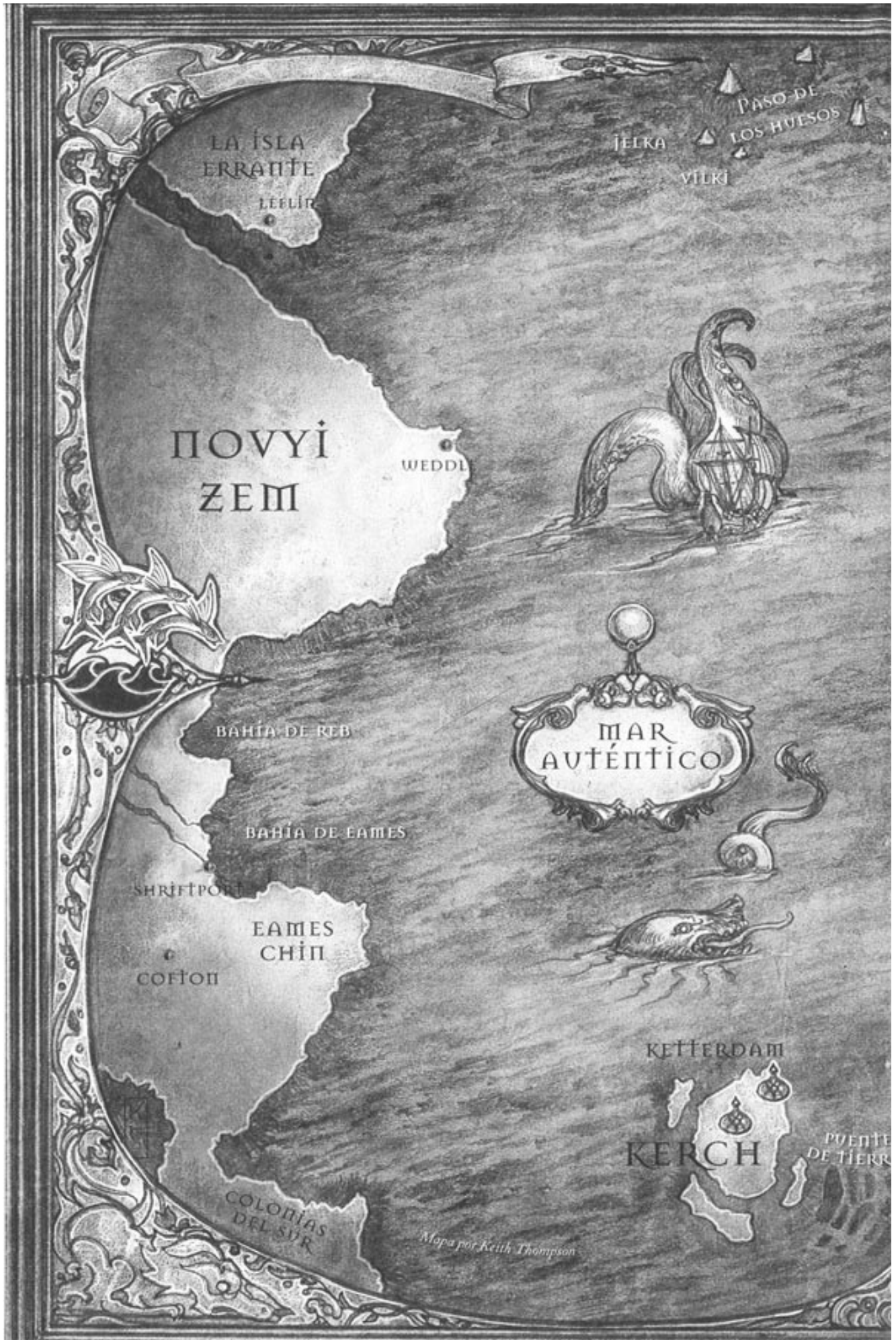
(LA ORDEH DE LOS INVOCADORES)

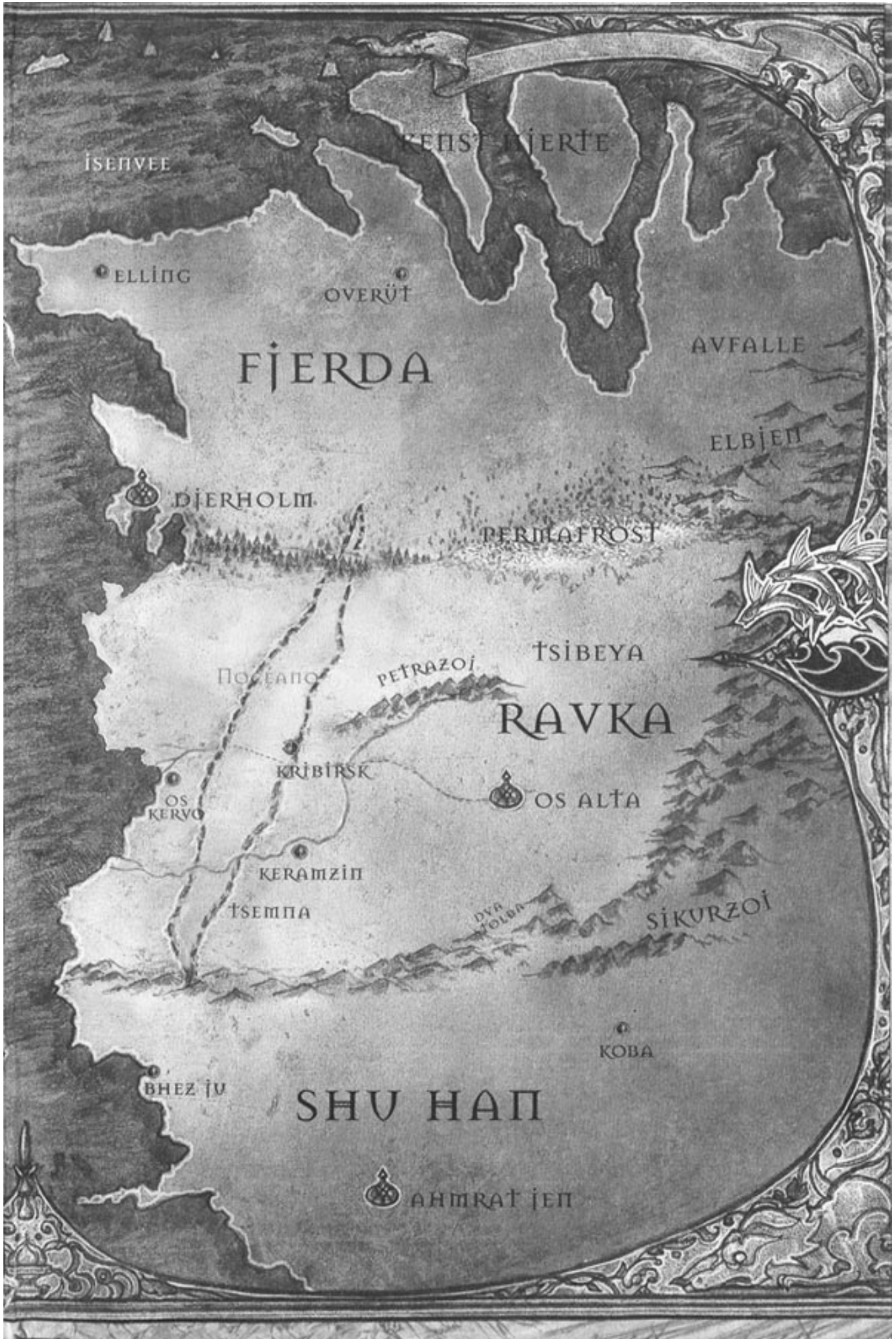
Vendavales
Inferni
Agitamareas

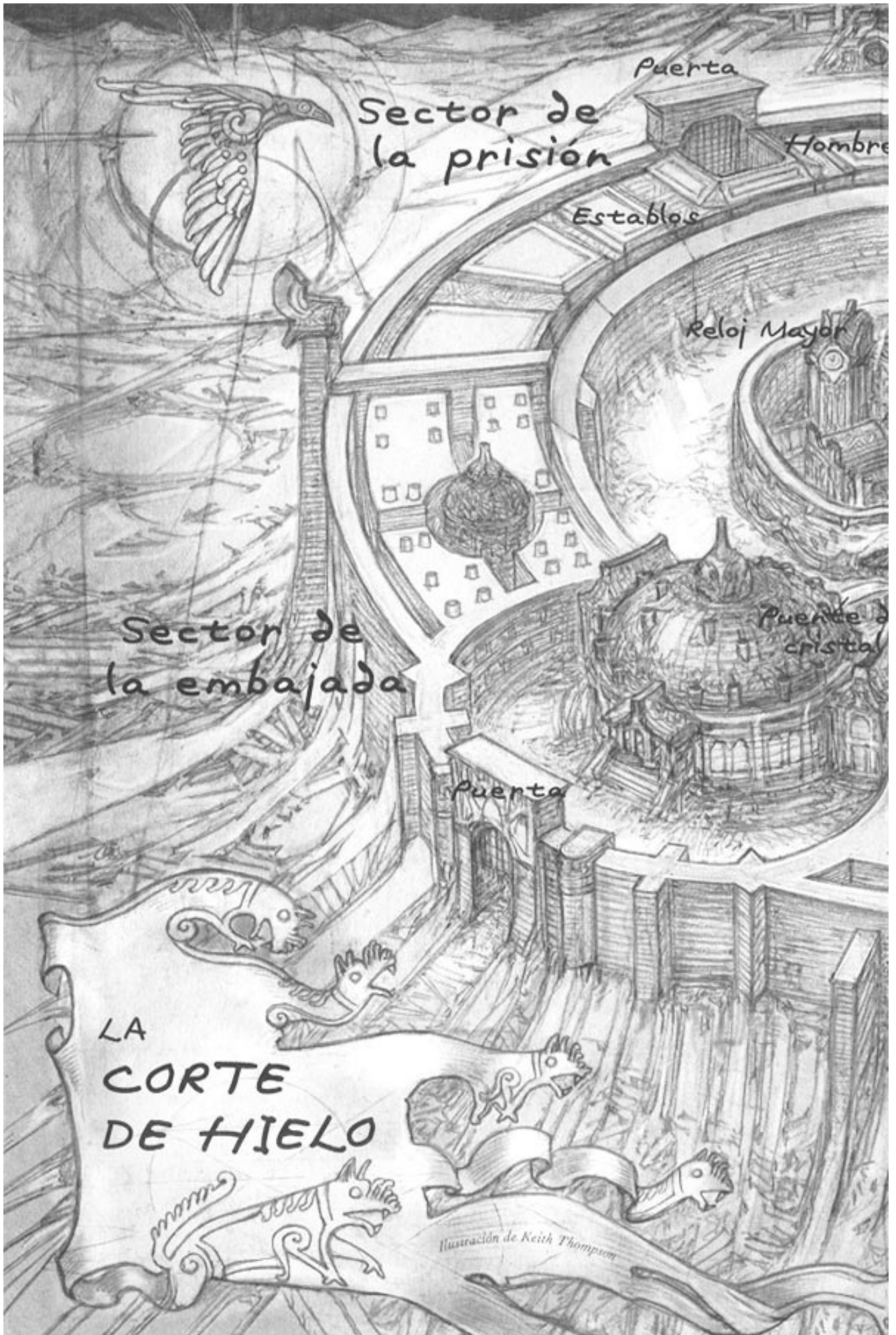
MATERIALKI

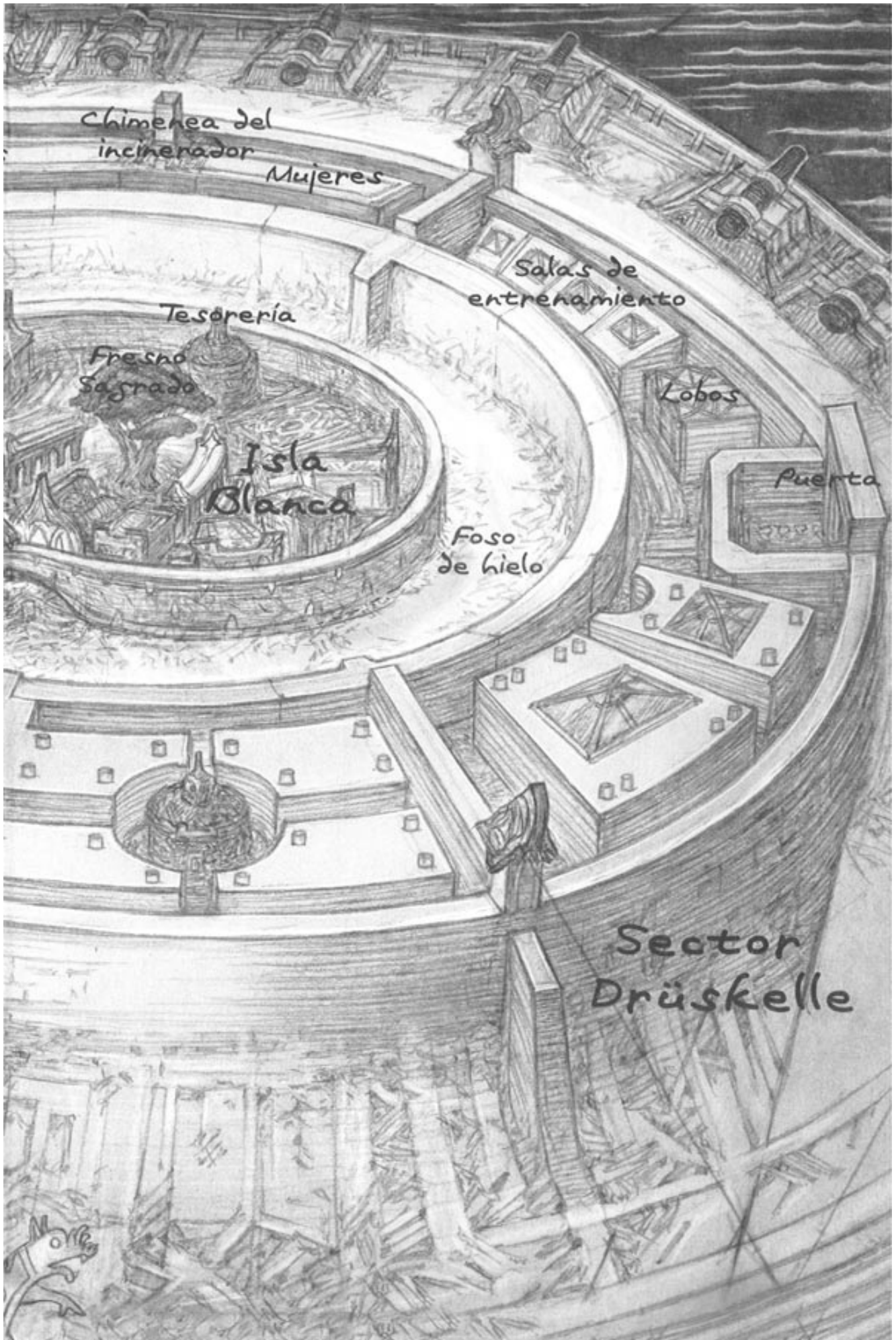
(LA ORDEH DE LOS HACEDORES)

Durasts
Alkemi









Para Kate...
Arma secreta, amiga inesperada.

Para Kate...
Arma secreta, amiga inesperada.

PRIMERA PARTE

ASUNTOS SOMBRÍOS



Joost tenía dos problemas: la luna y su bigote.

Se suponía que tenía que hacer la ronda alrededor de la casa Hoede, pero los últimos quince minutos se los había pasado merodeando por el muro sureste de los jardines, tratando de pensar en algo inteligente y romántico que decirle a Anya.

Ojalá los ojos de Anya fueran azules como el mar, o verdes como una esmeralda. Pero sus ojos eran marrones, hermosos y soñadores... ¿Marrones como el chocolate fundido? ¿Marrones como el pelaje de un conejo?

—Dile que su piel es como la luz de la luna y ya está —le había recomendado su amigo Pieter—. A las chicas eso les encanta.

Era una solución perfecta, pero el tiempo de Ketterdam no cooperaba. En todo el día no había habido un atisbo de brisa en el puerto, y una niebla de un gris lechoso había cubierto los canales de la ciudad y sus retorcidos callejones. Incluso allí, entre las mansiones de la Geldstraat, el aire cargaba con un hedor de pescado y agua de cloaca, y el humo de las refinerías de las islas exteriores de la ciudad había embadurnado el cielo nocturno de una neblina salada. La luna llena en lugar de una joya parecía una ampolla amarillenta que necesitara un pinchazo.

¿Tal vez podría hacer un cumplido sobre la risa de Anya? El problema era que nunca la había oído reír. No se le daban muy bien las bromas.

Joost echó un vistazo a su reflejo en uno de los paneles de cristal de las puertas dobles que llevaban desde la casa hasta el jardín lateral. Su madre tenía razón. Incluso con su uniforme nuevo, seguía pareciendo un bebé. Se pasó el dedo con suavidad por encima del labio superior. Ojalá le saliera más bigote. Desde luego, parecía más poblado que el día anterior.

Llevaba menos de seis semanas siendo guardia de la *stadwatch*, y no le había resultado ni por asomo tan emocionante como esperaba. Pensaba que se dedicaría a perseguir ladrones por el Barril, o a patrullar los puertos y ser el primero en ver los cargamentos que dejaban en el muelle. Pero desde el asesinato de aquel embajador en la casa consistorial, el Consejo Mercante había estado refunfuñando acerca de la seguridad, así que, ¿dónde estaba él? Caminando en círculos alrededor de la casa de un afortunado mercader. Aunque no era un mercader cualquiera. El concejal Hoede ocupaba una alta posición en el gobierno de Ketterdam. Era la clase de hombre que podía hacer carrera.

Joost se ajustó el abrigo y el rifle y después dio una palmada a la pesada porra que llevaba a la cadera. A lo mejor le caía en gracia a Hoede. *Tiene ojo de águila y es rápido con el garrote*, diría el concejal. *Este muchacho se merece un ascenso*.

—Sargento Joost Van Poel —susurró, saboreando el sonido de las palabras—. Capitán Joost Van Poel.

—Deja de mirarte.

Joost se giró con las mejillas ardiendo mientras Henk y Rutger entraban a zancadas en el jardín. Los dos eran mayores, más altos y de hombros más anchos que Joost, y eran guardias de la casa, sirvientes privados del concejal Hoede. Eso significaba que vestían un uniforme de color verde pálido, llevaban sofisticados rifles de Novyi Zem, y nunca permitían que Joost olvidara que tan solo era un humilde soldado de la guardia de la ciudad.

—Acariciarte esa pelusilla no va a hacer que crezca más rápido —dijo Rutger, con una sonora carcajada.

Joost trató de recuperar un poco la dignidad.

—Tengo que terminar mi ronda.

Rutger le dio un codazo a Henk.

—Eso significa que va a meter la cabeza en el taller Grisha para echar un vistazo a su chica.

—Oh, Anya, ¿podrías utilizar tu magia Grisha para que me crezca el bigote? —se burló Henk.

Joost se giró sobre los talones con las mejillas ardiendo y bajó a zancadas por el lado este de la casa. Le habían estado molestando desde su llegada. De no haber sido por Anya, probablemente le hubiera suplicado a su capitán que lo reasignara. Tan solo había intercambiado unas pocas palabras con la muchacha durante sus rondas, pero ella siempre era lo mejor de la noche.

Y tenía que admitir que también le gustaba la casa de Hoede, por los pocos vistazos que había logrado echar a través de las ventanas. Hoede tenía una de las mayores mansiones de la Geldstraat, con suelos hechos de relucientes baldosas de piedra blancas y negras, y brillantes paredes de madera oscura iluminadas por lámparas de cristal que flotaban como medusas bajo los techos artesonados. A veces a Joost le gustaba hacer como si esa fuera su casa, como si él fuera un rico mercader

que estuviera paseando por su bonito jardín.

Antes de doblar la esquina, Joost respiró hondo. *Anya, tus ojos son como... ¿la corteza de un árbol?* Ya se le ocurriría algo. De todos modos, se le daba mejor actuar con espontaneidad.

Le sorprendió ver abiertas las puertas con paneles de vidrio del taller de los Grisha. Más que las baldosas azules pintadas a mano de la cocina, o que las repisas de las chimeneas con tulipanes en macetas, aquel taller era un testimonio de la riqueza de Hoede. Contar con un Grisha a tu servicio no era barato, y Hoede tenía a tres.

Pero Yuri no se encontraba sentado junto a la alargada mesa de trabajo, y a Anya no se la veía por ningún sitio. Tan solo Retvenko estaba allí, despatarrado sobre una silla con su túnica azul oscuro, con los ojos cerrados y un libro abierto sobre el pecho.

Joost se quedó junto a la entrada y después se aclaró la garganta.

—Estas puertas deberían estar cerradas con llave toda la noche.

—Esta casa parecer horno —contestó Retvenko sin abrir los ojos, arrastrando las palabras con su profundo acento ravkano—. Dile Hoede que si dejo de sudar, cierro las puertas.

Retvenko era un Vendaval, mayor que los otros dos Grisha, con algunos mechones de cabello plateado. Algunos rumores decían que había luchado en el bando perdedor durante la guerra civil de Ravka y tras la lucha había huido a Kerch.

—Estaré encantado de transmitir tus quejas al concejal Hoede —mintió Joost. La temperatura de la casa siempre estaba demasiado alta, como si Hoede tuviera la obligación de quemar carbón, pero Joost no iba a ser quien lo mencionara—. Hasta entonces...

—¿Traes noticias de Yuri? —lo interrumpió Retvenko, abriendo al fin sus ojos enormemente caídos.

Joost lanzó una mirada intranquila a los cuencos de uvas rojas y los montones de terciopelo color borgoña sobre la mesa de trabajo. Yuri había estado tratando de dotar del color de la fruta a las cortinas de la Señora Hoede, pero había caído gravemente enfermo unos días antes y Joost no lo había vuelto a ver. El polvo había comenzado a acumularse sobre el terciopelo y las uvas se estaban estropeando.

—No he oído nada.

—Pues claro que no oyes nada. Demasiado ocupado pavoneando en estúpido uniforme púrpura.

¿Qué tenía de malo su uniforme? ¿Y por qué tenía Retvenko que estar ahí siquiera? Era el Vendaval personal de Hoede y a menudo viajaba con los cargamentos más preciados del mercader, garantizando vientos favorables para llevar a las naves a puerto con rapidez y seguridad. ¿Por qué no podía estar en el mar?

—Creo que Yuri puede estar en cuarentena.

—Vaya ayuda —dijo Retvenko con una mueca—. Puedes dejar de estirar cuello como ganso ansioso —añadió—. Anya no está.

Joost sintió que su cara se calentaba otra vez.

—¿Dónde está? —preguntó, tratando de sonar autoritario—. Tendría que estar dentro después de que oscurezca.

—Hace una hora Hoede se la lleva. Igual que la noche que vino por Yuri.

—¿Cómo que «vino por Yuri»? Yuri cayó enfermo.

—Hoede viene por Yuri, Yuri vuelve enfermo. Dos días después, Yuri desaparece para siempre. Ahora Anya.

¿Para siempre?

—Quizás había una emergencia. Si necesitaban curar a alguien...

—Primero Yuri, ahora Anya. Yo seré próximo, y nadie se dará cuenta salvo pobre oficial Joost. Vete ya.

—Si el concejal Hoede...

Retvenko levantó un brazo y una ráfaga de aire empujó a Joost hacia atrás. Este tropezó tratando de mantenerse en pie e intentó agarrarse al marco de la puerta.

—He dicho «ya».

Retvenko trazó un círculo en el aire y la puerta se cerró. Joost la soltó justo a tiempo de evitar que le aplastara los dedos y se derrumbó en el jardín lateral.

Se puso en pie tan rápido como pudo y se limpió el barro del uniforme mientras la vergüenza se retorció en su estómago. Uno de los paneles de cristal se había rajado por el portazo. A través de la grieta vio que el Vendaval sonreía con suficiencia.

—Esto te lo descontarán de tu sueldo —dijo Joost, señalando el panel destrozado. Odiaba lo débil e insignificante que sonaba su voz.

Retvenko agitó la mano y las puertas temblaron sobre sus goznes. Sin pretenderlo, Joost dio un paso hacia atrás.

—Ve a hacer tu ronda, perrillo guardián —gritó Retvenko.

—Qué bien ha ido —digo Rutger con una risita, reclinado contra la pared del jardín.

¿Cuánto tiempo llevaba ahí?

—¿No tienes nada que hacer mejor que seguirme? —preguntó Joost.

—Todos los guardias tienen que ir al cobertizo. Incluido tú. ¿O estás demasiado ocupado haciendo amigos?

—Le estaba pidiendo que cerrara la puerta.

Rutger negó con la cabeza.

—No hay que pedir, sino ordenar. Son sirvientes. No invitados de honor.

Joost echó a caminar tras él, con las entrañas todavía revueltas por la humillación. Lo peor era que Rutger tenía razón. Retvenko no tenía ningún derecho a hablarle de ese modo. Pero ¿qué se suponía que podía hacer Joost? Aunque hubiera tenido el valor de enzarzarse en una pelea con un Vendaval, sería como enfrentarse a un jarrón caro. Los Grisha no eran solo sirvientes; eran las posesiones más preciadas de Hoede.

Pero ¿qué había querido decir Retvenko con lo de que se habían llevado a Yuri y a Anya? ¿Habría estado cubriendo a Anya? Los Grisha contratados se quedaban en la

casa por una buena razón. Recorrer las calles sin protección era arriesgarse a que los encontrara un tratante de esclavos y no se les volviera a ver. *A lo mejor ha quedado con alguien, especuló Joost con tristeza.*

Sus pensamientos quedaron interrumpidos por el resplandor de luz y actividad que había abajo, en el cobertizo que daba al canal. Al otro lado del agua podía ver otras magníficas casas de mercaderes, altas y esbeltas, y los pulcros gabletes de sus tejados formaban una silueta oscura contra el cielo nocturno, con los jardines y embarcaderos iluminados por faroles relucientes.

Algunas semanas atrás le habían dicho a Joost que iban a hacer obras en el cobertizo de Hoede y que no fuera por allí durante sus rondas. Pero cuando él y Rutger entraron, no vio pintura ni andamios. Habían puesto los *gondels* y remos contra la pared. Los demás guardias de la casa se encontraban ahí con su uniforme verde marino, y Joost reconoció a dos guardias *stadwatch* de púrpura. Pero la mayoría del interior la ocupaba una caja enorme, una especie de celda independiente que parecía hecha de acero reforzado, con las uniones llenas de remaches y una enorme ventana en una de las paredes. El cristal estaba algo ondulado y, a través de él, Joost podía ver a una chica sentada frente a una mesa, aferrando las sedas rojas a su alrededor. Tras ella, un guardia *stadwatch* se encontraba firme.

Anya, comprendió Joost con un sobresalto. Los ojos castaños de la chica estaban muy abiertos y asustados, y su piel pálida. El niño que tenía sentado enfrente parecía el doble de aterrorizado. Tenía el pelo revuelto por el sueño, y sus piernas colgaban de la silla agitándose con nerviosismo en el aire.

—¿Por qué tantos guardias? —preguntó Joost. Tenía que haber más de diez de ellos dentro del cobertizo. El concejal Hoede también se encontraba allí junto con un mercader a quien Joost no conocía, los dos vestidos de negro como solían ir los mercaderes. Joost se puso recto cuando vio que estaban hablando con el capitán de la *stadwatch*. Esperaba haberse quitado todo el barro del uniforme—. ¿Qué es esto?

Rutger se encogió de hombros.

—¿Qué más da? Es un cambio en la rutina.

Joost volvió a mirar a través del cristal. *Anya* lo estaba mirando, con los ojos desenfocados. El día que el muchacho llegó a la casa Hoede, ella le curó un moratón en la mejilla. No había sido nada, los restos de un verde amarillento causados por un golpe que se había dado en la cara durante un ejercicio de entrenamiento, pero al parecer Hoede lo había visto y no le gustaba que sus guardias parecieran rufianes. Habían enviado a Joost al taller de los Grisha, y *Anya* lo había sentado bajo un brillante cuadrado de luz del sol invernal. Sus dedos fríos habían recorrido su piel y, aunque el picor había sido terrible, apenas unos segundos después era como si el moratón jamás hubiera existido.

Cuando Joost le dio las gracias *Anya* sonrió, y él sintió que estaba perdido. Sabía que su causa no tenía esperanza alguna. Incluso aunque ella tuviera algún interés en él, Joost jamás podría permitirse comprar su servicio a Hoede, y ella jamás podría

casarse salvo que Hoede lo decretara. Pero eso no le había impedido pasarse para saludarla o llevarle pequeños regalos. Lo que más le había gustado era el mapa de Kerch, un bonito dibujo de su isla nación, rodeada de sirenas que nadaban por el Mar Auténtico y barcos empujados por vientos retratados como hombres de mejillas gruesas. Era un obsequio barato, de los que los turistas compraban en el Stave Oriental, pero había parecido gustarle.

Se arriesgó a levantar una mano como saludo, pero Anya no mostró ninguna reacción.

—No puede verte, idiota —se rio Rutger—. El cristal es un espejo al otro lado. Las mejillas de Joost se sonrosaron.

—¿Cómo iba a saber eso?

—Abre los ojos y presta atención por una vez.

Primero Yuri, ahora Anya.

—¿Para qué necesitan a una Sanadora Grisha? ¿Está herido ese niño?

—A mí me parece que está bien.

El capitán y Hoede parecieron alcanzar alguna clase de acuerdo.

A través del cristal, Joost vio que Hoede entraba en la celda y daba una palmada de ánimo al niño. Debía de haber rendijas de ventilación en la celda, porque oyó que decía:

—Sé un chico valiente y habrá algunos *kruge* para ti. —Después tomó la barbilla de Anya con una mano con manchas de cirrosis. Ella se tensó y Joost notó una presión en las tripas. Hoede sacudió un poco la mano de Anya—. Haz lo que te diga y esto terminará pronto, ¿ja?

Ella le dirigió una pequeña sonrisa tensa.

—Por supuesto, Onkle.

Hoede susurró unas palabras al guardia que había tras ella y después salió. La puerta se cerró con un fuerte golpe y Hoede echó un pesado cerrojo.

Hoede y el otro mercader ocuparon posiciones casi enfrente de Joost y Rutger.

—¿Estás seguro de que esto es sensato? —preguntó el mercader a quien Joost no conocía—. Esa chica es una Corporalnik. Después de lo que le pasó a tu Hacedor...

—Si fuera Retvenko, estaría preocupado. Pero Anya tiene un carácter dulce. Es una Sanadora, no es propensa a la agresión.

—¿Y has bajado la dosis?

—Sí, pero tenemos el acuerdo de que si acaba pasando lo mismo que con el Hacedor, el Consejo me compensará. No pueden pedirme que lo costee. —Cuando el mercader asintió con la cabeza, Hoede le hizo una señal al capitán—. Adelante.

Lo mismo que con el Hacedor. Retvenko decía que Yuri había desaparecido. ¿Era eso a lo que se refería?

—Sargento —dijo el capitán—, ¿estás listo?

—Sí, señor —respondió el guardia dentro de la celda, sacando un cuchillo.

Joost tragó saliva con fuerza.

—Primera prueba —añadió el capitán.

El guardia se agachó y le dijo al niño que se subiera la manga. Este obedeció y extendió el brazo, metiéndose el pulgar de la otra mano en la boca. *Ya es mayor para eso*, pensó Joost. Pero el niño debía de estar muy asustado. Joost había dormido con un oso hecho con un calcetín hasta casi cumplir los catorce años, algo de lo que sus hermanos mayores se habían burlado sin piedad.

—Te va a escocer solo un poco —aseguró el guardia.

El niño mantuvo el pulgar en la boca y asintió con la cabeza, con los ojos muy abiertos.

—Esto no es necesario... —dijo Anya.

—Silencio, por favor —ordenó Hoede.

El guardia le dio una palmada al niño y después le hizo un corte de un rojo brillante en el antebrazo. Él empezó a llorar de inmediato.

Anya trató de levantarse de la silla, pero el guardia le puso una mano severa sobre el hombro.

—No pasa nada, sargento —aseguró Hoede—. Deja que lo cure.

Anya se inclinó hacia delante y tomó la mano del niño con cuidado.

—Shhh —dijo con suavidad—. Deja que te ayude.

—¿Va a doler? —preguntó él. Anya sonrió.

—Para nada. Solo picará un poco. Quédate quieto, ¿vale?

Joost se inclinó para acercarse. En realidad nunca había visto a Anya sanando a otro.

Ella se quitó un pañuelo de la manga y limpió el exceso de sangre. Después sus dedos rozaron con cuidado la herida del niño. Joost observó con asombro mientras la piel parecía reformarse y unirse con lentitud.

Unos pocos minutos después, el niño sonrió y extendió el brazo. Estaba algo rojizo, pero por lo demás suave y sin marcas.

—¿Ha sido magia?

Anya le dio un golpecito en la nariz.

—Más o menos. La misma magia que hace tu propio cuerpo con el tiempo suficiente y un vendaje.

El chico parecía casi decepcionado.

—Bien, bien —comentó Hoede con impaciencia—. Ahora la *parem*.

Joost frunció el ceño. Nunca había oído esa palabra.

El capitán dio una señal a su sargento.

—Segunda secuencia.

—Extiende el brazo —le dijo el sargento al niño una vez más. Este negó con la cabeza.

—No me gusta esa parte.

—Hazlo.

El labio inferior del niño tembló, pero extendió el brazo. El guardia volvió a

cortarlo y después puso un pequeño sobre de papel sobre la mesa, delante de Anya.

—Trágate el contenido del paquete —le ordenó Hoede a Anya.

—¿Qué es? —preguntó ella con voz temblorosa.

—Eso no es tu problema.

—¿*Qué es?* —repitió.

—No va a matarte. Vamos a pedirte que hagas algunas tareas sencillas para juzgar los efectos de la droga. El sargento está ahí para asegurarse de que haces solo lo que te dicen y nada más, ¿comprendes? —Ella apretó la mandíbula, pero asintió con la cabeza—. Nadie va a hacerte daño. Pero recuerda que si dañas al sargento no podrás salir de esa celda. Las puertas están cerradas desde fuera.

—¿Qué es esa cosa? —susurró Joost.

—No lo sé —respondió Rutger.

—¿Hay algo que sepas? —murmuró él.

—Sé que hay que mantener la boca cerrada.

Joost frunció el ceño.

Con manos temblorosas, Anya tomó el pequeño sobre y lo abrió.

—Adelante —dijo Hoede.

Ella echó la cabeza hacia atrás y se tragó el polvo. Durante un momento se quedó sentada, esperando con los labios apretados.

—¿Es *jurda*? —preguntó esperanzada. Joost también sintió esperanza. La *jurda* no era nada que hubiera que temer, se trataba de un estimulante que todos en la *stadwatch* masticaban para permanecer despiertos durante las guardias tardías.

—¿A qué sabe? —preguntó Hoede.

—Como la *jurda*, pero más dulce, es... —Anya inhaló con brusquedad. Sus manos se aferraron a la mesa y sus pupilas se dilataron tanto que sus ojos parecían casi negros—. Ooooh —añadió con un suspiro que era casi un ronroneo.

El guardia tensó su agarre sobre su hombro.

—¿Cómo te sientes?

Ella miró al espejo y sonrió. La lengua se asomó entre los dientes blancos, teñidos como de óxido. Joost sintió frío de pronto.

—Igual que el Hacedor —murmuró el mercader.

—Sana al niño —ordenó Hoede.

Ella agitó la mano en el aire, con un gesto casi despectivo, y el corte sanó casi al instante. La sangre se elevó brevemente de la piel en unas gotitas rojas y después se desvaneció. La piel parecía completamente limpia, sin rastro alguno de sangre. El niño sonrió ampliamente.

—Eso ha sido magia sin duda.

—Parece magia —señaló Anya con la misma sonrisa escalofriante.

—No lo ha tocado —se maravilló el capitán.

—Anya —dijo Hoede—. Escucha bien. Vamos a decirle al guardia que haga la siguiente prueba.

—Mmm —tarareó ella.

—Sargento —continuó Hoede—. Córtales el pulgar al niño.

El niño aulló y comenzó a llorar otra vez. Se metió las manos bajo las piernas para protegerlas.

Debería detener esto, pensó Joost. Debería encontrar una forma de protegerla, protegerlos a los dos. Pero ¿qué haría después? No era nadie: nuevo en la stadwatch, nuevo en la casa. Además, descubrió con un estallido de vergüenza, quiero conservar mi trabajo.

Anya se limitó a sonreír e inclinó la cabeza hacia atrás para mirar al sargento.

—Dispara al cristal.

—¿Qué ha dicho? —preguntó el mercader.

—¡Sargento! —ladró el capitán.

—Dispara al cristal —repitió Anya.

La cara del sargento quedó distendida. Inclinó la cabeza hacia un lado, como escuchando una melodía distante, y después se descolgó el rifle y apuntó a la ventana de observación.

—¡Agachaos! —gritó alguien.

Joost se tiró al suelo cubriéndose la cabeza mientras los rápidos disparos llenaban sus oídos y unos trozos de cristal llovían sobre sus manos y su espalda. Sus pensamientos eran un clamor de pánico. Su mente trataba de negarlo, pero sabía lo que había visto. Anya había ordenado al sargento que disparara al cristal. Le había *obligado* a hacerlo. Pero eso no podía ser. Los Corporalki Grisha se especializaban en el cuerpo humano. Podían pararte el corazón, ralentizar tu respiración, partirte los huesos. Pero no podían meterse en tu cabeza.

Durante un momento, hubo silencio. Entonces Joost se puso en pie con todos los demás, buscando su rifle. Hoede y el capitán gritaron al mismo tiempo.

—¡Apresadla!

—¡Disparadle!

—¿Sabes cuánto dinero vale? —replicó Hoede—. ¡Que alguien la capture! ¡No disparéis!

Anya levantó las manos, y sus mangas rojas se extendieron.

—Esperad —dijo.

El pánico de Joost se desvaneció. Sabía que había estado asustado, pero su miedo ya era algo distante. Estaba lleno de expectación. No sabía lo que iba a pasar, ni cuándo, solo que llegaría y que era esencial que estuviera preparado para ello. Tal vez fuera malo, tal vez bueno, pero en realidad no le importaba. Su corazón estaba libre de preocupación o deseo. No anhelaba nada, no quería nada; tenía la mente silenciosa y la respiración constante. Tan solo necesitaba esperar.

Vio a Anya levantarse y coger al niño en brazos. La oyó tarareándole con ternura alguna canción ravkana.

—Abre la puerta y entra, Hoede —dijo. Joost oyó las palabras, las comprendió,

las olvidó.

Hoede caminó hasta la puerta y abrió el cerrojo. Entró en la celda de acero.

—Haz lo que te diga y esto terminará pronto, ¿ja? —murmuró Anya con una sonrisa.

Sus ojos eran estanques negros y sin fondo. Su piel estaba iluminada, resplandeciente, incandescente. Un pensamiento apareció en la mente de Joost: *hermosa como la luna*.

Anya cambió el peso del niño en sus brazos.

—No mires —murmuró contra su pelo—. Ahora —le dijo a Hoede—, coge el cuchillo.



az Brekker no necesitaba un motivo. Esas eran las palabras que se susurraban en las calles de Ketterdam, en las tabernas y cafeterías, en los oscuros y sangrientos callejones del distrito del placer conocido como el Barril. El chico al que llamaban Manos Sucias no necesitaba un motivo más de lo que necesitaba permiso para partir una pierna, romper una alianza o cambiar la fortuna de un hombre con el giro de una carta.

Por supuesto que se equivocaban, pensó Inej mientras cruzaba el puente sobre las aguas negras del Beurskanal hasta la plaza principal desierta que había frente al Intercambio. Cada acto de violencia era deliberado, y cada favor iba unido a hilos suficientes como para montar un espectáculo de marionetas. Kaz *siempre* tenía sus motivos. Pero Inej nunca podía estar segura de que fueran buenos, sobre todo esa noche.

Inej comprobó sus cuchillos, recitando sus nombres en silencio como hacía siempre cuando pensaba que podía haber problemas. Era un hábito práctico, pero también un consuelo. Los cuchillos eran sus compañeros. Le gustaba saber que estaban listos para lo que quiera que trajera la noche.

Vio a Kaz y los demás reunidos cerca del gran arco de piedra que marcaba la entrada este al Intercambio. Había tres palabras talladas en la roca sobre ellos: *Enjent, Voorhent, Almhent*. Industria, Integridad, Prosperidad.

Se mantuvo cerca de las tiendas cerradas que delimitaban la plaza, evitando las franjas de luz temblorosa que emitían las farolas de gas. Mientras avanzaba, hizo inventario del grupo que Kaz había llevado con él: Dirix, Rotty, Muzzen y Keg, Anika y Pim, y sus ayudantes elegidos para el parlamento de esa noche, Jesper y

Gran Bolliger. Estaban empujándose y golpeándose entre ellos, riendo y dando pisotones para sobrellevar la oleada de frío que había sorprendido a la ciudad esa semana, el último jadeo del invierno antes de que la primavera llegara con fuerza. Todos eran matones y rufianes, seleccionados de entre los miembros más jóvenes de los Despojos, la gente en la que Kaz confiaba más. Inej se fijó en el brillo de los cuchillos que llevaban al cinto, las tuberías de plomo, las pesadas cadenas, los mangos de las hachas con clavos oxidados, y aquí y allá el resplandor aceitoso del cañón de alguna pistola. Se deslizó en silencio entre sus filas, examinando las sombras cerca del Intercambio para buscar señales de espías de la Punta Negra.

—¡Tres barcos! —decía Jesper—. Los enviaron los shu. Estaban quietos en el Primer Puerto con los cañones fuera y las banderas rojas ondeando, llenos de oro hasta las velas.

Gran Bolliger soltó un silbido bajo.

—Me hubiera gustado ver eso.

—A mí me hubiera gustado *robar* eso —replicó Jesper—. La mitad del Consejo Mercante estaba ahí abajo muriéndose de los nervios y chillando, tratando de averiguar qué hacer.

—¿No quieren que los shu paguen sus deudas? —preguntó Gran Bolliger.

Kaz negó con la cabeza, y su pelo oscuro brilló a la luz de la farola. Era una colección de líneas duras y contornos entallados: mandíbula afilada, complexión esbelta, un abrigo de lana ceñido sobre los hombros.

—Sí y no —dijo con su voz áspera como la sal de roca—. Siempre está bien tener a un país en deuda contigo. Las negociaciones son más amistosas.

—A lo mejor los shu se han cansado de ser amistosos —replicó Jesper—. No tenían que enviar todo ese tesoro de golpe. ¿Creéis que ellos mataron a ese embajador?

Los ojos de Kaz encontraron certeros a Inej entre la multitud. En Ketterdam llevaban semanas sin dejar de hablar sobre el asesinato del embajador. Casi había destruido las relaciones entre los kerch y los zemeni, y había provocado un tumulto en el Consejo Mercante. Los zemeni culpaban a los kerch. Los kerch sospechaban de los shu. A Kaz no le importaba quién fuera el responsable; el asesinato lo fascinaba porque no podía descubrir cómo lo habían logrado. En uno de los pasillos más abarrotados de Stadhall, a plena vista de más de una docena de agentes del gobierno, el embajador de comercio zemeni había entrado en el servicio. Nadie más entró ni salió, pero cuando su ayudante llamó a la puerta unos minutos después no hubo respuesta. Cuando derribaron la puerta encontraron al embajador boca abajo sobre las baldosas blancas, con un cuchillo en la espalda y el agua del lavabo todavía corriendo.

Kaz había enviado a Inej a investigar el lugar más tarde. El lavabo no tenía otra entrada, ni ventanas ni conductos de ventilación; y ni siquiera Inej había dominado el arte de meterse en las cañerías. Y aun así, el embajador zemeni estaba muerto. Kaz

odiaba los enigmas que no podía resolver y había pensado con Inej cien teorías que justificaran el asesinato, aunque ninguna resultaba satisfactoria. Pero tenían problemas más graves esa noche.

Ella vio que les hacía una señal a Jesper y Gran Bolliger para que se despojaron de sus armas. La ley de la calle dictaba que para un parlamento de esa clase cada lugarteniente estaría secundado por dos de sus soldados de a pie y que todos estarían armados. *Parlamento*. La palabra parecía un engaño; extrañamente remilgada, una antigualla. Sin importar lo que decretara la ley de la calle, aquella noche olía a violencia.

—Venga, entrega tus pistolas —le dijo Dirix a Jesper.

Con un gran suspiro, él se quitó los cintos donde llevaba las pistolas. Inej tenía que admitir que parecía menos él sin sus armas. El tirador de primera zemeni tenía miembros largos y la piel morena, y siempre estaba en movimiento. Apretó los labios contra los mangos perlados de sus preciados revólveres y dio a cada uno de ellos un triste beso.

—Cuida bien de mis bebés —dijo Jesper mientras se los entregaba a Dirix—. Si veo un solo arañazo o muesca en ellos, escribiré «perdóname» en tu pecho a balazos.

—No querrías gastar la munición.

—Y estaría muerto a la mitad de perdón —añadió Gran Bolliger mientras soltaba un hacha de mano, una navaja automática y su arma favorita, una gruesa cadena con un gran peso a un extremo, en las manos expectantes de Rotty.

Jesper puso los ojos en blanco.

—La cuestión es mandar el mensaje. ¿Qué sentido tiene un tipo muerto con «perd» escrito en el pecho?

—Haz otra cosa —dijo Kaz—. «Lo siento» también valdría y requiere menos balas.

Dirix se rio, pero Inej se dio cuenta de que acunaba los revólveres de Jesper con gran suavidad.

—¿Qué hay de eso? —preguntó Jesper, haciendo un gesto hasta el bastón de Kaz. La risa de este fue grave y carente de humor.

—¿Quién negaría su bastón a un pobre lisiado?

—Si el lisiado eres tú, entonces cualquier hombre con sentido común.

—En ese caso estupendo, porque vamos a reunirnos con Geels. —Kaz se sacó un reloj del bolsillo del chaleco—. Ya casi es medianoche.

Inej dirigió su mirada hacia el Intercambio. Era poco más que un gran patio rectangular rodeado de almacenes y oficinas de envío. Pero durante el día era el corazón de Ketterdam, desbordante de ricos comerciantes comprando y vendiendo la carga de los barcos mercantes que pasaban por los puertos de la ciudad. Ahora eran casi las doce, y el Intercambio estaba desierto salvo por los guardias que patrullaban el perímetro y el tejado. Los habían sobornado para que mirasen a otro lado durante el parlamento de esa noche.

El Intercambio era una de las pocas partes restantes de la ciudad que no habían sido divididas y reclamadas en las incesantes escaramuzas entre las bandas rivales de Ketterdam. Se suponía que se trataba de un territorio neutral, pero a Inej no le parecía que lo fuera. Le parecía como el silencio que hay en el bosque antes de que las cuerdas se tensen y el conejo comience a gritar. Le parecía una trampa.

—Esto es un error —dijo. Gran Bolliger se sobresaltó; no sabía que se encontraba allí. Inej oyó el nombre que los Despojos eligieron para ella y que susurraban entre sus filas: *el Espectro*—. Geels trama algo.

—Pues claro que sí —replicó Kaz. Su voz tenía la textura áspera y erosionada de la piedra contra la piedra. Inej siempre se había preguntado si ya le sonaba así cuando era pequeño. Si es que alguna vez había sido pequeño.

—Entonces, ¿por qué hemos venido aquí hoy?

—Porque eso es lo que quiere Per Haskell.

Hombre viejo, métodos viejos, pensó Inej aunque no lo dijo, y le pareció que los demás Despojos estaban pensando lo mismo.

—Va a matarnos a todos —dijo.

Jesper estiró sus largos brazos sobre su cabeza y sonrió, mostrando unos dientes blancos que contrastaban con su piel oscura. Todavía no había soltado su rifle, y la silueta de este sobre su espalda le hacía parecer un pájaro desgarrado de largos miembros.

—Estadísticamente, lo más probable es que solo mate a *alguno* de nosotros.

—No es algo de lo que bromear —señaló Inej. Kaz le dirigió una mirada divertida. Ella sabía cómo sonaba: seria y quisquillosa, como una vieja bruja gritando terribles augurios desde la puerta de su casa. No le gustaba, pero sabía que tenía razón. Además, las viejas debían de saber algo, o no vivirían para acumular arrugas y gritar desde sus escaleras de entrada.

—Jesper no está bromeando, Inej —dijo Kaz—. Está calculando las probabilidades.

Gran Bolliger hizo crujir sus enormes nudillos.

—Bueno, yo tengo cerveza y una sartén de huevos esperándome en el Kooperom, así que no voy a ser yo quien muera esta noche.

—¿Quieres apostar? —preguntó Jesper.

—No voy a apostar por mi propia muerte.

Kaz hizo girar el sombrero sobre su cabeza y se pasó los dedos enguantados por el ala en un rápido saludo.

—¿Por qué no, Bolliger? Lo hacemos todos los días.

Tenía razón. La deuda de Inej con Per Haskell significaba que se jugaba la vida cada vez que aceptaba un nuevo trabajo o encargo, cada vez que salía de su habitación en el Listón. Aquella noche no era diferente.

Kaz golpeó los adoquines con el bastón mientras las campanas de la Iglesia del Trueque comenzaban a sonar. El grupo quedó en silencio; había acabado el momento

de hablar.

—Geels no es inteligente, pero sí lo bastante listo como para darnos problemas —dijo Kaz—. Da igual lo que oigáis, no os unáis a la lucha salvo que yo dé la orden. Permaneced alerta. —A continuación dirigió un breve asentimiento a Inej—. Y tú permanece oculta.

—Sin llantos —dijo Jesper mientras le tiraba su rifle a Rotty.

—Sin funerales —murmuraron los demás Despojos como respuesta. Entre ellos era la forma de desearse buena suerte.

Antes de que Inej pudiera fundirse entre las sombras, Kaz le dio un golpecito en el brazo con la cabeza de cuervo de su bastón.

—Vigila a los guardias del tejado. Puede que Geels los haya comprado.

—Entonces... —comenzó ella, pero Kaz ya había desaparecido.

Inej levantó las manos, frustrada. Tenía cien preguntas, pero como siempre, Kaz se aferraba con fuerza a las respuestas.

Correteó hasta la pared del Intercambio que daba al canal. Solo los tenientes y sus ayudantes tenían permitido entrar durante el parlamento. Pero por si acaso a la Punta Negra se le ocurría alguna idea, los demás Despojos estarían esperando justo fuera del arco este con las armas preparadas. Ella sabía que Geels tendría a su grupo de Puntas Negras fuertemente armados en la entrada oeste.

Inej encontraría la forma de entrar. Las reglas del juego limpio entre las bandas eran de los tiempos de Per Haskell. Además, era un Espectro: la única regla que se le aplicaba era la de la gravedad, y algunos días también la desafiaba.

El nivel inferior del Intercambio estaba dedicado a almacenes sin ventanas, así que Inej localizó una cañería para escalar. Algo le hizo dudar antes de rodearla con la mano. Sacó un hueso de luz del bolsillo y lo agitó, emitiendo así un pálido resplandor verde sobre la cañería. Estaba resbaladiza por el aceite. Siguió la pared, buscando otra opción, y encontró una cornisa con una estatua de los tres peces voladores de Kerch a su alcance. Se puso de puntillas y tanteó la parte superior de la cornisa. Estaba cubierta de cristales rotos. *Me están esperando*, pensó con sombrío placer.

Se había unido a los Despojos hacía menos de dos años, solo unos días después de su decimoquinto cumpleaños. Había sido una cuestión de supervivencia, pero le agradaba saber que en ese corto espacio de tiempo se había convertido en alguien que sus enemigos tenían en mente a la hora de tomar precauciones. Aunque si los Puntas Negras pensaban que con trucos así evitarían que el Espectro consiguiera su objetivo, estaban tristemente equivocados.

Sacó dos picos de escalada de los bolsillos de su chaleco acolchado y metió primero uno y después el otro entre los ladrillos del muro mientras se elevaba, encontrando con los pies los salientes y rugosidades más pequeños en la piedra. Cuando era niña, aprendió a caminar en la cuerda floja descalza, pero las calles de Ketterdam eran demasiado frías y húmedas para eso. Tras algunas malas caídas, había pagado a un Hacedor Grisha que trabajaba en secreto en una licorería de la Wijnstraat

para que le hiciera unas sandalias de cuero con suelas nudosas de goma. Encajaban a la perfección con su piel y se aferraban a cualquier superficie con seguridad.

En el segundo piso del Intercambio, subió hasta el alféizar de una ventana lo bastante ancho como para sentarse encima.

Kaz había hecho lo que había podido para enseñarle, pero ella no era tan hábil como él allanando casas y necesitó unos cuantos intentos para forzar el cerrojo. Al fin oyó un «clic» satisfactorio y la ventana se abrió a un despacho desierto, con las paredes cubiertas de mapas marcados con rutas de comercio y pizarras con precios de acciones y nombres de barcos. Se metió dentro, volvió a echar el cerrojo y se abrió camino junto a los escritorios con sus pulcras pilas de pedidos y cuentas.

Cruzó unas altas puertas y salió a un balcón que daba al patio central del Intercambio. Todas las oficinas de envíos tenían uno. Desde allí se anunciaban los nuevos barcos y las llegadas de existencias, o se colgaba la bandera negra que indicaba que una nave se había perdido en el mar con todo su cargamento. El suelo del Intercambio explotaba en un frenesí de trueques, los corredores extendían la palabra por toda la ciudad, y el precio de los bienes, los anticipos y los beneficios en las travesías subía y bajaba. Pero esa noche todo era silencio.

Un viento sopló desde el puerto, llevando el olor del mar y agitando los cabellos sueltos que habían escapado del moño trenzado en la nuca de Inej. Abajo, en la plaza, vio el balanceo de la luz de una lámpara y oyó el golpe sordo del bastón de Kaz sobre la piedra mientras él y sus ayudantes atravesaban el lugar. En el lado opuesto vio otras lámparas que se dirigían hacia ellos. Los Puntas Negras habían llegado.

Inej se levantó la capucha. Se subió a la barandilla y saltó en silencio hasta el balcón vecino y después al siguiente, siguiendo a Kaz y a los otros por la plaza, permaneciendo tan cerca como podía. El abrigo oscuro de Kaz se movía bajo la brisa salada, su cojera era más pronunciada esa noche, como siempre cuando hacía frío. Podía oír a Jesper manteniendo un flujo animado de conversación, y la risa entre dientes baja y retumbante de Gran Bolliger.

Mientras se acercaba al otro lado de la plaza, Inej vio que Geels había elegido llevar a Elzinger y Oomen, tal como ella había predicho. Inej conocía las fortalezas y debilidades de cada miembro de los Puntas Negras, por no mencionar a los Perdigueros de Harley, los Liddies, los Gaviotas Cuchilla, los Leones Moneda y cualquier otra banda que trabajara en las calles de Ketterdam. Era su trabajo saber que Geels confiaba en Elzinger porque habían ascendido entre los Puntas Negras juntos, y porque Elzinger tenía la constitución de un cúmulo de rocas: unos dos metros de altura, lleno de músculos, y una cara ancha y aplastada sobre un cuello grueso como un tronco.

De pronto se alegró de que Gran Bolliger estuviera con Kaz. Que este hubiera elegido a Jesper para ser uno de sus ayudantes no era ninguna sorpresa. Por inquieto que fuera Jesper, con o sin sus revólveres era el mejor en una pelea, e Inej sabía que haría cualquier cosa por Kaz. No estuvo tan segura cuando vio que había elegido

también a Gran Bolliger. Era un gorila en el Club Cuervo, perfectamente capaz de lidiar con borrachos y maleantes, pero demasiado pesado como para ser muy útil en una pelea de verdad. Sin embargo, al menos era lo bastante alto como para mirar a Elzinger a los ojos.

Inej no quería pensar demasiado en el otro segundo de Geels. Oomen la ponía nerviosa. No era tan intimidatorio físicamente como Elzinger; de hecho, parecía un espantapájaros: no era flacucho, pero parecía que debajo de su ropa tuviera el cuerpo formado con los ángulos equivocados. Se decía que una vez había aplastado el cráneo de un hombre con las manos desnudas, se había limpiado las palmas en la camiseta y había seguido bebiendo.

Inej trató de calmar la intranquilidad que la atravesaba y escuchó mientras Geels y Kaz hablaban de naderías en la plaza y sus ayudantes tanteaban a los otros para asegurarse de que nadie llevara nada.

—Qué travieso —dijo Jesper mientras sacaba un pequeño cuchillo de la manga de Elzinger y lo tiraba al otro lado de la plaza.

—Limpio —declaró Gran Bolliger mientras dejaba de tantear a Geels y avanzaba hacia Oomen.

Kaz y Geels hablaron del tiempo y de la sospecha de que en el Kooperom estaban sirviendo bebidas aguadas ahora que habían subido el alquiler, sin sacar la verdadera razón por la que habían ido allí esa noche. En teoría iban a hablar, disculparse, acordar respetar los límites del Quinto Puerto y después salir todos a buscar algo para beber juntos... o al menos eso era lo que había insistido Per Haskell.

Pero ¿qué sabe Per Haskell?, pensó Inej mientras buscaba a los guardias que patrullaban en el tejado, tratando de distinguir sus sombras en la oscuridad. Haskell dirigía a los Despojos, pero esos días prefería sentarse en la calidez de su habitación, beber cerveza tibia, construir maquetas de barcos y contar largas historias de sus hazañas a cualquiera que lo escuchara. Parecía creer que las guerras territoriales podían resolverse como antaño: con una corta pelea y un apretón de manos amistoso. Pero cada uno de los sentidos de Inej le decía que eso no era lo que iba a pasar. Su padre habría dicho que las sombras tenían cuentas pendientes esa noche. Algo malo iba a pasar.

Kaz tenía ambas manos enguantadas descansando sobre la cabeza de cuervo tallada de su bastón. Parecía totalmente tranquilo, con la cara estrecha oscurecida por el ala de su sombrero. A la mayoría de los miembros de las bandas del Barril les gustaba destacar: estridentes chalecos, relojes con gemas falsas, pantalones de todo patrón y diseño imaginables. Kaz era la excepción: la imagen de la sobriedad, sus chalecos y pantalones oscuros eran de corte simple y líneas severas. Al principio Inej pensaba que era cuestión de gusto, pero acabó comprendiendo que era una broma dedicada a los honorables mercaderes. Le gustaba parecer uno de ellos.

—Soy un hombre de negocios —le había dicho—. Ni más, ni menos.

—Eres un ladrón, Kaz.

—¿No es eso lo que acabo de decir?

Ahora parecía alguna clase de sacerdote que hubiera acudido para predicar ante un grupo de artistas de circo. Un sacerdote joven, pensó la chica con otra punzada de intranquilidad. Kaz decía que Geels estaba viejo y cascado, pero desde luego no parecía así esa noche. El teniente de los Puntas Negras tal vez tuviera arrugas alrededor de los ojos y carrillos hinchados bajo las patillas, pero parecía curtido y seguro de sí mismo. A su lado, Kaz parecía... bueno, que tenía diecisiete años.

—Seamos justos, ¿ja? Lo único que queremos es más reservas —dijo Geels, dando unos golpecitos a los botones espejados de su chaleco verde lima—. No es justo que vosotros tengáis el dinero de todos los turistas que desembarcan en el Quinto Puerto.

—El Quinto Puerto es nuestro, Geels —replicó Kaz—. Los Despojos tienen el derecho de ir a por todos los pichones que vengan buscando un poco de diversión.

Geels negó con la cabeza.

—Eres joven, Brekker —dijo con una risa indulgente—. A lo mejor no comprendes cómo funcionan estas cosas. Los puertos pertenecen a la ciudad, y tenemos tanto derecho a ellos como cualquiera. Todos tenemos que ganarnos la vida.

Técnicamente, aquello era cierto. Pero el Quinto Puerto estaba prácticamente abandonado cuando Kaz lo había tomado. Lo había dragado y después había construido los muelles y el embarcadero, y había tenido que hipotecar el Club Cuervo para hacerlo. Per Haskell había despotricado contra él y lo había llamado estúpido por los gastos, pero había acabado cediendo. Según Kaz, las palabras exactas del anciano habían sido «agarra esa cuerda y cuélgate». Pero el beneficio había compensado los gastos en menos de un año. Ahora el Quinto Puerto ofrecía amarraderos a los buques mercantes, y a barcos de todo el mundo llenos de turistas y soldados dispuestos a contemplar las vistas y probar los placeres de Ketterdam. Los Despojos eran los primeros en recibirlos, conduciéndolos a ellos (y a sus carteras) a burdeles, tabernas y antros de juego propiedad de la banda. El Quinto Puerto había vuelto muy rico al anciano y había consolidado a los Despojos como jugadores de primera categoría en el Barril de una forma que ni siquiera el éxito del Club Cuervo había conseguido. Pero con los beneficios venía la atención indeseada. Geels y los Puntas Negras llevaban todo el año causando problemas a los Despojos, traspasando los límites del Quinto Puerto y escogiendo pichones que no eran suyos por derecho.

—El Quinto Puerto es nuestro —repitió Kaz—. No vamos a negociarlo. Os estáis metiendo en nuestro territorio y habéis interceptado un cargamento de *jurda* que debería haber llegado hace dos noches.

—No sé de qué estás hablando.

—Sé que es fácil, Geels, pero intenta no hacerte el tonto conmigo.

Geels dio un paso hacia delante. Jesper y Gran Bolliger se tensaron.

—Deja de flexionar los músculos, chico —dijo Geels—. Todos sabemos que el anciano no tiene estómago para una pelea de verdad.

La risa de Kaz era seca como el susurro de las hojas caídas.

—Pero soy yo quien está sentado a tu mesa, Geels, y me gustan los platos fuertes. Así que si quieres una guerra, me aseguraré de que tengas guerra hasta hartarte.

—¿Y si ya no estuvieras, Brekker? Todos saben que eres la columna vertebral de la organización de Haskell; si te partiera en dos, los Despojos se derrumbarían.

Jesper resopló.

—Estómago, columna vertebral. ¿Qué será lo siguiente, el bazo?

—Cállate —gruñó Oomen. Las reglas del parlamento dictaban que solo los tenientes podían hablar cuando comenzaban las negociaciones. Jesper formó las palabras «lo siento» con la boca e hizo una elaborada pantomima de cerrarse los labios con llave.

—Estoy bastante seguro de que me estás amenazando, Geels —dijo Kaz—. Pero quiero tenerlo claro antes de decidir qué hacer al respecto.

—Estás muy seguro de ti mismo, ¿verdad, Brekker?

—De mí y de nada más.

Geels comenzó a reír y le dio un codazo a Oomen.

—Escucha a este pedazo de mierda engréido. Brekker, estas calles no son tuyas. Los niños como tú son pulgas. Aparece una nueva plaga cada pocos años para dar por saco hasta que un gran perro decida rascar. Y déjame que te diga que estoy cansado del picor. —Cruzó los brazos, y de él emanaba placer en oleadas arrogantes—. ¿Y si te dijera que hay dos guardias de la ciudad apuntándoos con sus rifles a ti y a tus chicos ahora mismo?

A Inej le dio un vuelco el estómago. ¿A eso se refería Kaz cuando dijo que Geels podría haber comprado a los guardias?

Kaz echó un vistazo al tejado.

—¿Contratar a guardias de la ciudad para que maten por ti? Eso parece demasiado costoso para una banda como los Puntas Negras. No estoy seguro de creer que tus arcas puedan soportarlo.

Inej subió a la barandilla y saltó de la seguridad del balcón en dirección al tejado. Si sobrevivían a esa noche, iba a matar a Kaz.

Siempre había dos guardias de la *stadwatch* en el tejado del Intercambio. Unos cuantos *kruge* de los Despojos y los Puntas Negras se habían asegurado de que no interfirieran con el parlamento, una transacción bastante común. Pero Geels estaba hablando de algo muy diferente. ¿De verdad había logrado sobornar a unos guardias de la ciudad para que dispararan por él? De ser así, las posibilidades de los Despojos de sobrevivir a esa noche bailaban sobre la punta de la navaja.

Como en la mayoría de edificios de Ketterdam, el Intercambio tenía un tejado a dos aguas muy pronunciado para mantener alejada la lluvia, así que los guardias patrullaban por una pequeña pasarela que daba al patio. Inej lo ignoró. Era más fácil de transitar, pero la dejaría demasiado expuesta. En lugar de eso escaló hasta la mitad de las resbaladizas tejas y comenzó a arrastrarse, con el cuerpo inclinado en un

ángulo precario, moviéndose como una araña mientras mantenía un ojo en la pasarela de los guardias y una oreja en la conversación de abajo. Tal vez Geels estaba mintiendo. O tal vez había dos guardias encorvados sobre la barandilla con Kaz, Jesper y Gran Bolliger en las mirillas.

—Ha sido difícil —admitió Geels—. Somos una organización pequeña ahora mismo, y los guardias de la ciudad no son baratos. Pero merecerá la pena el premio.

—¿Te refieres a mí?

—Me refiero a ti.

—Me siento halagado.

—Los Despojos no durarán una semana sin ti.

—Les daría un mes solo por la inercia.

El pensamiento repiqueteó ruidosamente en la cabeza de Inej. *Si Kaz muriera, ¿me quedaría? ¿O escogería no saldar mi deuda? ¿Me enfrentaría a los sicarios de Per Haskell?* Si no se movía más deprisa, tal vez lo descubriría pronto.

—Rata de cloaca arrogante. —Geels se rio—. No puedo esperar a borrarte esa expresión de la cara.

—Pues hazlo —dijo Kaz, e Inej se arriesgó a mirar abajo. Su voz había cambiado, y todo el humor desapareció.

—¿Debería hacer que te metan una bala en la pierna buena, Brekker?

¿*Dónde están los guardias?*, pensó Inej, acelerando el paso. Corrió por el escarpado borde del tejado. El Intercambio se extendía a lo largo de casi media manzana de la ciudad. Había demasiado territorio que cubrir.

—Deja de hablar, Geels. Diles que disparen.

—Kaz... —dijo Jesper con nerviosismo.

—Venga. Encuentra tus huevos y dales la orden.

¿A qué estaba jugando Kaz? ¿Es que quería morir? ¿O tan solo había supuesto que Inej encontraría a tiempo a los guardias?

Volvió a mirar abajo. Geels irradiaba expectación. Respiró hondo y su pecho se hinchó. Los pasos de Inej flaquearon, y tuvo que esforzarse para no deslizarse y caer por el borde del tejado. *Va a hacerlo. Voy a ver morir a Kaz.*

—¡Fuego! —gritó Geels.

Un disparo partió el aire. Gran Bolliger soltó un grito y se derrumbó en el suelo.

—¡Maldita sea! —gritó Jesper, apoyándose sobre una rodilla junto a Bolliger y apretando con la mano la herida de bala mientras el grandullón gemía—. ¡Gordo inútil! —le gritó a Geels—. Acabas de violar territorio neutral.

—Nadie dice que vosotros no dispararais primero —replicó Geels—. ¿Y quién va a saberlo? Ninguno de los tres va a salir de aquí.

La voz de Geels sonaba demasiado aguda. Estaba tratando de mantener la compostura, pero Inej podía oír el pánico latente bajo sus palabras, el aleteo sobresaltado de un pájaro asustado. ¿Por qué? Unos momentos antes había sido todo chulería.

Entonces fue cuando Inej vio que Kaz todavía no se había movido.

—No tienes buen aspecto, Geels.

—Estoy bien —aseguró él. Pero no lo estaba; parecía pálido y tembloroso. Sus ojos iban de derecha a izquierda como si estuviera buscando algo en la oscura pasarela del tejado.

—¿Seguro? —preguntó Kaz en tono despreocupado—. Las cosas no van tal como pensabas, ¿verdad?

—Kaz —dijo Jesper—. Bolliger está sangrando mucho...

—Bien.

—Kaz, ¿necesita un *medik*!

Kaz echó un vistazo rápido al hombre herido.

—Lo que necesita es dejar de quejarse y alegrarse de que no le pidiera a Holst que le pegara un tiro en la cabeza. —Incluso desde arriba, Inej vio que Geels se encogía—. Ese es el nombre del guardia, ¿verdad? Willem Holst y Bert Van Daal... los dos guardias de la ciudad de servicio esta noche. ¿Los que sobornaste vaciando las arcas de los Puntas Negras?

Geels no dijo nada.

—A Willem Holst —continuó Kaz levantando la voz que flotó hasta el tejado— le gusta jugar casi tanto como a Jesper, así que tu dinero tenía mucho atractivo. Pero Holst tenía problemas mucho mayores; llamémoslos necesidades. No voy a entrar en detalles. Un secreto no es como una moneda; no conserva su valor al gastarlo. Tendrás que confiar en mí cuando te digo que este te revolvería el estómago. ¿No es cierto, Holst?

La respuesta fue otro disparo. Golpeó los adoquines cerca de los pies de Geels, que soltó un quejido de sorpresa y dio un salto hacia atrás.

En esta ocasión Inej pudo rastrear el origen del disparo. Había provenido de algún lugar cerca del lado oeste del edificio. Si Holst se encontraba ahí, eso significaba que el otro guardia, Bert Van Daal, estaría en el lado este. ¿Habría conseguido Kaz neutralizarlo también a él? ¿O estaba contando con ella? Corrió sobre el gablete.

—¡Dispárale, Holst! —bramó Geels con voz desesperada—. ¡Dispárale en la cabeza!

Kaz resopló con desprecio.

—¿De verdad pensabas que ese secreto moriría conmigo? Adelante, Holst —gritó—. Méteme una bala en el cráneo. Habrá mensajeros corriendo hacia tu mujer y hacia el capitán de tu guardia antes de que caiga al suelo.

No hubo ningún disparo.

—¿Cómo? —preguntó Geels amargamente—. ¿Cómo sabías siquiera quién estaría de servicio esta noche? He tenido que pagar una fortuna para obtener esa información. No puedes haber pagado más.

—Digamos que mi moneda de cambio vale más.

—El dinero es el dinero.

—Yo trafico con información, Geels, con las cosas que hacen los hombres cuando creen que nadie está mirando. La vergüenza tiene más valor del que jamás podría tener una moneda.

Inej vio que estaba fanfarroneando, ganándole tiempo mientras ella saltaba sobre las tejas de pizarra.

—¿Estás preocupado por el segundo guardia? ¿El bueno de Bert Van Daal? —preguntó Kaz—. A lo mejor está ahí arriba ahora, preguntándose qué debería hacer. ¿Dispararme? ¿Disparar a Holst? O a lo mejor también lo tengo a él de mi parte y se está preparando para abrirte un agujero en el pecho, Geels. —Se inclinó hacia delante, como si él y Geels estuvieran compartiendo un gran secreto—. ¿Por qué no le das la orden a Van Daal y lo averiguas?

Geels abrió y cerró la boca como una carpa, y entonces bramó:

—¡Van Daal!

Justo cuando Van Daal separaba los labios para responder, Inej se deslizó detrás de él y le puso una hoja en la garganta. Apenas había tenido tiempo de distinguir su sombra y bajar por el tejado. Por todos los Santos, a Kaz le gustaba apurar hasta el último segundo.

—Shhh —susurró al oído de Van Daal. Le dio un golpecito en el costado para que sintiera la punta de su segunda daga contra su riñón.

—Por favor —gimió él—. No...

—Me gusta que los hombres supliquen —dijo ella—. Pero este no es el momento. Abajo, pudo ver el pecho de Geels subiendo y bajando mientras respiraba con pánico.

—¡Van Daal! —volvió a gritar. Había rabia en su cara cuando se giró hacia Kaz—. Siempre un paso por delante, ¿verdad?

—Geels, en lo relativo a ti, diría que siempre voy con ventaja.

Pero Geels se limitó a sonreír; una sonrisita tensa y satisfecha. *La sonrisa de un vencedor*, se dio cuenta Inej con miedo renovado.

—La carrera no ha terminado todavía.

Geels se metió la mano en la chaqueta y sacó una pesada pistola negra.

—Por fin —dijo Kaz—. La gran revelación. Ahora Jesper puede dejar de agacharse sobre Bolliger como una niña llorona.

Jesper miró fijamente la pistola con ojos aturcidos y furiosos.

—Bolliger lo registró. Lo... Oh, Gran Bol, idiota —gruñó.

Inej no podía creer lo que veía. El guardia que tenía en sus brazos soltó un pequeño chillido. Debido a la furia y la sorpresa había tensado su agarre por accidente.

—Tranquilo —dijo, aflojando el agarre. Pero, por todos los Santos, quería atravesar algo con el cuchillo. Gran Bolliger había sido quien había cacheado a Geels. Tenía que haber notado la pistola. Los había traicionado.

¿Por eso era por lo que Kaz había insistido en llevar a Gran Bolliger esa noche,

para confirmar públicamente que se había pasado a los Puntas Negras? Sin duda esa era la razón por la que había permitido que Holst le metiera una bala en las tripas. Pero ¿qué más daba? Ahora todos sabían que Gran Bol era un traidor, pero Kaz seguía teniendo una pistola apuntándole al pecho.

Geels sonrió con suficiencia.

—Kaz Brekker, el gran artista del escape. ¿Cómo vas a librarte de esta?

—Saliendo tal como entré. —Kaz ignoró la pistola y dirigió su atención hacia el hombretón que había tirado en el suelo—. ¿Sabes cuál es tu problema, Bolliger? —Clavó la punta de su bastón en la herida del estómago de Gran Bol—. No era una pregunta retórica. ¿Sabes cuál es tu mayor problema?

Bolliger gimoteó.

—Nooo...

—Intenta adivinarlo —siseó Kaz. Gran Bol no dijo nada, solo soltó otro quejido tembloroso—. De acuerdo, te lo diré: eres perezoso. Yo lo sé. Todos lo saben. Así que tuve que preguntarme por qué mi matón más perezoso se levantaba temprano dos veces por semana para caminar tres kilómetros extra hasta la Fritura de Cilla para desayunar, sobre todo cuando los huevos son mucho mejores en el Kooperom. Gran Bol se levanta temprano y los Puntas Negras comienzan a trastear por el Quinto Puerto y entonces interceptan nuestro gran cargamento de *jurda*. No era muy difícil hacer la conexión. —Suspiró y se dirigió a Geels—: Esto es lo que pasa cuando la gente estúpida empieza a hacer grandes planes, ¿ja?

—Ahora no importa mucho, ¿verdad? —replicó Geels—. Si esto se pone feo, te puedo disparar de cerca. A lo mejor tus guardias me matan a mí o a mis chicos, pero ni en sueños vas a poder esquivar esta bala.

Kaz avanzó hasta el cañón de la pistola de modo que quedara presionada contra su pecho.

—Pues no, ni en sueños, Geels.

—¿Crees que no voy a hacerlo?

—Ah, creo que lo harías alegremente, y tu corazón negro cantaría. Pero no lo harás. Esta noche no.

Los dedos de Geels se crisparon sobre el gatillo.

—Kaz —dijo Jesper—. Todo esto de pedir que te disparen está empezando a preocuparme.

Oomen no se molestó en quejarse esa vez por que hablara. Había un hombre derribado. Se había violado el territorio neutral. El intenso olor a pólvora ya flotaba en el aire, y con él una pregunta tácita en el silencio, como si el propio Segador aguardara la respuesta: ¿cuánta sangre se derramaría esa noche?

En la distancia gimió una sirena.

—Burstraat diecinueve —dijo Kaz. Geels se había estado balanceando un poco de un pie a otro, pero se quedó muy quieto—. Esa la dirección de tu chica, ¿verdad, Geels?

Este tragó saliva.

—Yo no tengo chica.

—Ah, sí, la tienes —canturreó Kaz—. Y es guapa. Bueno, lo bastante guapa para un rufián como tú. Parece dulce. La quieres, ¿verdad? —Incluso desde el tejado, Inej podía ver la capa de sudor sobre el rostro de Geels—. Pues claro que sí. Ninguna chica tan guapa habría mirado dos veces a una escoria del Barril como tú, pero ella es diferente. Le pareces encantador. Es una señal clara de locura si quieres mi opinión, pero el amor es así de extraño. ¿Le gusta apoyar su hermosa cabeza sobre tu hombro? ¿Escucharte hablar sobre cómo te ha ido el día?

Geels miró a Kaz como si al fin lo estuviera viendo por primera vez. El chico con el que había estado hablando había sido arrogante, temerario, fácilmente divertido, pero no terrorífico, no de verdad. Ahora el monstruo estaba ahí, con sus ojos muertos y su expresión carente de miedo. Kaz Brekker ya no estaba, y Manos Sucias había acudido a ocuparse de la parte más desagradable del trabajo.

—Vive en el diecinueve de la Burstraat —dijo Kaz con su voz de gravilla—. En el tercer piso, el de los geranios en las ventanas. Hay dos Despojos esperando al otro lado de su puerta ahora mismo y, si no salgo de aquí sano y salvo, prenderán fuego a ese lugar en la planta baja y en el tejado. Arderá en cuestión de segundos, desde ambos extremos con la pobre Elise atrapada en el medio. Su pelo rubio se prenderá primero. Como la mecha de una vela.

—Estás mintiendo —dijo Geels, pero la mano de la pistola le temblaba.

Kaz levantó la cabeza e inhaló profundamente.

—Se está haciendo tarde. Ya has oído la sirena. Huelo el puerto en el viento, el mar y la sal, y tal vez... ¿es humo eso que también huelo?

Había placer en su voz.

Por todos los Santos, Kaz, pensó Inej tristemente. ¿Qué has hecho ahora?

El dedo de Geels se crispó de nuevo sobre el gatillo, e Inej se tensó.

—Lo sé, Geels. Lo sé —dijo Kaz con simpatía—. Tanto planear, conspirar y sobornar para nada. Eso es lo que estás pensando ahora mismo. Lo mal que te sentirás volviendo a casa sabiendo lo que has perdido. Lo enfadado que se pondrá tu jefe cuando aparezcas con las manos vacías y mucho más pobre. Lo satisfactorio que sería meterme una bala en el corazón. Puedes hacerlo. Aprieta el gatillo; podemos caer todos juntos. Llevarán nuestros cuerpos a la Barcaza del Segador para quemarlos, como hacen con todos los pobres. O puedes soportar el golpe a tu orgullo, volver a la Burstraat, poner la cabeza sobre el regazo de tu chica, quedarte dormido mientras aún respiras y soñar con venganza. Depende de ti, Geels. ¿Nos vamos a casa esta noche?

Geels buscó en la mirada de Kaz, y lo que quiera que vio hizo que sus hombros cayeran. Inej se sorprendió al sentir una punzada de lástima por él. Había llegado a ese lugar con bravuconería, siendo un superviviente, un campeón del Barril. Se marcharía siendo otra víctima de Kaz Brekker.

—Algún día recibirás lo que te mereces, Brekker.

—Lo haré —dijo él—, si hay alguna justicia en el mundo. Y todos sabemos lo probable que es eso.

Geels bajó el brazo y la pistola colgó inútilmente a su costado.

Kaz dio un paso hacia atrás y se sacudió la parte delantera de la camisa, donde había estado el cañón de la pistola.

—Dile a tu general que mantenga a los Puntas Negras lejos del Quinto Puerto y que esperamos que nos compense por el cargamento de *jurda* que perdimos, además de un cinco por ciento por atacar en terreno neutral y un cinco por ciento más por ser un espectacular hatajo de imbéciles.

Entonces el bastón de Kaz giró en un arco brusco y repentino. Geels gritó cuando los huesos de su muñeca se partieron, y la pistola cayó sobre el suelo de piedra.

—¡Me rindo! —gritó Geels, sujetándose la mano—. ¡Me rindo!

—Si vuelves a apuntarme con un arma te romperé ambas muñecas, y tendrás que contratar a alguien para que te ayude a mear. —Kaz se inclinó el ala del sombrero con la empuñadura de su bastón—. O a lo mejor la encantadora Elise podría hacerlo por ti.

Kaz se agachó junto a Bolliger y el grandullón gimoteó.

—Mírame, Bolliger. Suponiendo que no mueras desangrado esta noche, tienes hasta que el sol se ponga mañana para salir de Ketterdam. Si oigo que te acercas siquiera a los límites de la ciudad, te encontrarán metido en un barril de cerveza en la Fritura de Cilla. —A continuación miró a Geels—. Si ayudas a Bolliger, o si descubro que sigue con los Puntas Negras, iré a por vosotros.

—Por favor, Kaz —gimió Bolliger.

—Tenías un hogar y lanzaste una bola de demolición contra la puerta, Bolliger. No esperes simpatía de mí. —Se levantó y comprobó el reloj de bolsillo—. No esperaba que esto durara tanto. Será mejor que me ponga en marcha, o la pobre Elise va a acabar muy calentita.

Geels negó con la cabeza.

—Estás fatal, Brekker. No sé qué anda mal en tu cabeza, pero no estás bien.

Kaz inclinó la cabeza hacia un lado.

—Eres de la periferia, ¿verdad, Geels? ¿Has venido a la ciudad para probar suerte? —Se alisó la solapa con una mano enguantada—. Bueno, pues yo soy la clase de cabrón que solo fabrican en el Barril.

A pesar de la pistola cargada a los pies de los Puntas Negras, Kaz les dio la espalda y cruzó los adoquines cojeando en dirección al arco este. Jesper se agachó junto a Bolliger y le dio una suave palmada en la mejilla.

—Idiota —dijo con tristeza, y siguió a Kaz para salir del Intercambio.

Desde el tejado, Inej continuó observando mientras Oomen cogía y enfundaba la pistola de Geels y los Puntas Negras se decían unas palabras silenciosas entre ellos.

—No os marchéis —suplicó Gran Bolliger—. No me dejéis.

Trató de aferrarse a los bajos del pantalón de Geels, pero este se lo sacudió de

encima. Lo dejaron aovillado a un lado, sangrando sobre los adoquines.

Inej le quitó el rifle de las manos a Van Daal antes de liberarlo.

—Vete a casa —le dijo.

Él le dirigió una mirada llena de puro terror y salió corriendo por la pasarela. Abajo, Gran Bol había comenzado a tratar de arrastrarse por el suelo del Intercambio. Tal vez fuera lo bastante estúpido como para haberse enfrentado a Kaz Brekker, pero había sobrevivido mucho tiempo en el Barril y eso demostraba fuerza de voluntad. Tal vez lo lograra.

Ayúdalo, dijo una voz en su cabeza. Hasta hacía unos momentos, había sido su hermano de armas. Le parecía mal dejarlo solo. Podía acudir a él, ofrecerle acabar con su sufrimiento de forma rápida, cogerle la mano mientras moría. Podía ir a buscar a un *medik* para salvarlo.

En lugar de eso, susurró una plegaria rápida en el lenguaje de sus Santos y comenzó el escarpado descenso por la pared exterior. Inej sintió lástima por el chico que tal vez moriría solo sin nadie para consolarlo en sus últimos momentos, o que tal vez viviría y pasaría la vida exiliado. Pero el trabajo de aquella noche aún no había terminado, y el Espectro no tenía tiempo para traidores.



nos vítores dieron la bienvenida a Kaz cuando emergió del arco este con Jesper caminando tras él y, según le pareció a Kaz, tratando de superar su enfado.

Dirix, Rotty y los demás corrieron hacia ellos, lanzando hurras y gritos, con los revólveres de Jesper en el aire. Sus camaradas apenas habían visto el encuentro con Geels, pero habían escuchado la mayor parte. Ahora estaban cantando:

—¡La Burstraat está en llamas! ¡Los Despojos no tienen agua!

—¡No puedo creer que saliera por patas! —se burló Rotty—. ¡Tenía una pistola cargada en la mano!

—Dinos cómo has sobornado al guardia —suplicó Dirix.

—No puede ser lo de siempre.

—He oído que a un tipo de Sloken le gustaba revolcarse en sirope de manzana y después que dos...

—No voy a decir nada —dijo Kaz—. Holst podría ser de utilidad en el futuro.

El ambiente estaba agitado, y la risa tenía el matiz frenético de cuando has rozado el desastre. Algunos de ellos esperaban que hubiera habido alguna pelea y todavía se morían de ganas por una. Pero Kaz sabía que había algo más y no echaba de menos que nadie mencionara el nombre de Gran Bolliger. Estaban bastante alterados por la traición; tanto por la revelación de la misma como por el castigo de Kaz. Debajo de tantos vítores y gritos, había miedo. *Bien*. Kaz sabía que los Despojos eran todos asesinos, ladrones y mentirosos. Tan solo tenía que asegurarse de que no se acostumbraran a mentirle *a él*.

Kaz envió a dos de ellos a echarle un ojo a Gran Bol y a asegurarse de que si se ponía en pie abandonara la ciudad. Los demás podrían regresar al Listón y al Club

Cuervo para beberse su preocupación, causar algún problema y correr la voz de los acontecimientos de esa noche. Dirían lo que habían visto, adornarían el resto, y cada vez que se contara la historia Manos Sucias se volvería más loco e implacable. Pero Kaz tenía negocios que atender, y su primera parada sería el Quinto Puerto.

Jesper se interpuso en su camino.

—Tendrías que haberme contado lo de Gran Bolliger —susurró con furia.

—No me digas lo que tengo que hacer, Jes.

—¿Piensas que yo también soy un traidor?

—Si lo pensara, estarías sujetándote las tripas en el suelo del Intercambio como Gran Bol, así que cierra la boca.

Jesper negó con la cabeza y puso las manos sobre los revólveres que le había devuelto Dirix. Siempre que se ponía de mal humor le gustaba poner las manos sobre una pistola, como un niño buscando el consuelo de su muñeco favorito.

Habría sido fácil hacer las paces. Kaz podría haberle dicho a Jesper que sabía que no era un traidor, recordarle que confiaba en él lo bastante como para convertirlo en su único ayudante real en un enfrentamiento que podía haber ido muy mal.

En lugar de eso, dijo:

—Venga, Jesper. Hay una línea de crédito esperándote en el Club Cuervo. Juega hasta el amanecer o hasta que se te acabe la suerte, lo primero que pase.

Jesper frunció el ceño, pero no pudo evitar un destello de ansia en el ojo.

—¿Otro soborno?

—Soy una criatura de hábitos.

—Por suerte para ti, yo también lo soy. —Dudó el tiempo suficiente para decir—: ¿No quieres que vayamos contigo? Los chicos de Geels van a estar muy irritados después de esto.

—Que vengan —dijo Kaz, y bajó la Nemstraat sin decir una palabra más. Si no podías caminar a solas por Ketterdam después de oscurecer, entonces deberías colgarte un cartel de «blandengue» al cuello y tumbarte para que te dieran una paliza.

Podía sentir las miradas de los Despojos sobre su espalda mientras se dirigía hacia el puente. No necesitaba oír sus susurros para saber lo que decían. Querían beber con él, oírle explicar cómo había sabido que Gran Bolliger se había pasado a los Puntas Negras, escucharle describir la mirada de Geels cuando había soltado la pistola. Pero nunca conseguirían eso de Kaz, y si no les gustaba, podían buscarse otra banda.

Sin importar lo que pensarán, estarán más seguros de sí mismos esa noche. Por eso se habían quedado, por eso habían dado sus mejores muestras de lealtad hacia él. Cuando se convirtió oficialmente en miembro de los Despojos, tenía doce años y la banda era un hazmerreír, niños de la calle y gorriones que dirigían juegos de conchas y se dedicaban a las estafas en una casa derruida en la peor parte del Barril. Pero él no necesitaba una gran banda, solo una que pudiera hacer grande; una que lo necesitara.

Ahora tenían su propio territorio, su propio salón de juegos, y esa casa derruida se había convertido en el Listón, un lugar seco y cálido donde obtener una comida

caliente o refugio cuando te herían. Ahora temían a los Despojos. Kaz les había dado todo eso. Así que no estaba obligado encima a darles cháchara.

Además, Jesper se tranquilizaría. Unas cuantas bebidas y unas cuantas manos y el buen talante del tirador regresaría. El rencor le duraba tanto como el licor en el vaso, y tenía un don para hacer que las victorias de Kaz sonaran como si pertenecieran a todos.

Mientras Kaz bajaba uno de los pequeños canales que lo llevarían hasta el Quinto Puerto, se dio cuenta de que se sentía... por todos los Santos, se sentía casi esperanzado. A lo mejor tenía que ver a un *medik*. Los Puntas Negras llevaban semanas mordisqueándole los talones, y ahora los había obligado a jugar su mano. Su pierna tampoco estaba tan mal, a pesar del frío del invierno. El dolor siempre se encontraba ahí, pero esa noche tan solo era una palpitación apagada. Sin embargo, una parte de él se preguntaba si el parlamento no sería alguna clase de prueba que le hubiera preparado Per Haskell. Este era perfectamente capaz de convencerse de que él era el genio que hacía prosperar a los Despojos, sobre todo si alguno de sus secuaces le estaba susurrando al oído. Aquella idea no le hacía mucha gracia, pero Kaz podría preocuparse por Per Haskell al día siguiente. Por el momento, iba a asegurarse de que todo seguía en orden en el puerto y después volvería a casa, al Listón, para poder acostarse y disfrutar del descanso que tanto necesitaba.

Sabía que Inej lo seguía como una sombra. Llevaba con él todo el tiempo desde el Intercambio, pero no le dijo nada. Se haría visible cuando estuviera preparada. A él normalmente le gustaba el silencio; de hecho, le cosería felizmente los labios a la mayoría de la gente. Pero cuando quería, Inej tenía la forma de hacerte sentir su silencio. Era inquietante.

Kaz consiguió soportarlo durante todo el camino más allá de las barandilla de hierro de Zentzbridge, el enrejado cubierto de pequeños trozos de cuerda atados con nudos elaborados, plegarias de los marineros para regresar a salvo del mar. Tonterías supersticiosas. Finalmente, se rindió y dijo:

—Escúpelo ya, Espectro.

Su voz salió de la oscuridad.

—No enviaste a nadie a la Burstraat.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Si Geels no llega allí a tiempo...

—Nadie ha prendido fuego al diecinueve de la Burstraat.

—Oí la sirena...

—Un feliz accidente. Me sentí inspirado al oírla.

—Entonces sí que estabas mintiendo. Ella nunca estuvo en peligro.

Kaz se encogió de hombros, sin intención de responderle. Inej siempre estaba tratando de sacarle trocitos de decencia.

—Cuando todo el mundo sabe que eres un monstruo, no necesitas perder el tiempo haciendo monstruosidades.

—¿Por qué aceptaste el encuentro si sabías que era una trampa?

Se encontraba en algún lugar a la derecha de él, moviéndose sin sonido. Había oído a otros miembros de la banda diciendo que se movía como un gato, pero sospechaba que los gatos se sentarían atentamente a los pies de esa chica para aprender sus métodos.

—Yo diría que esta noche ha sido un éxito. ¿Tú no?

—Casi te matan. Y a Jesper también.

—Geels vació las arcas de los Puntas Negras para pagar sobornos inútiles. Hemos descubierto a un traidor, reestablecido nuestro dominio del Quinto Puerto, y no tengo ni un rasguño. Ha sido una buena noche.

—¿Hace cuánto que sabes lo de Gran Bolliger?

—Semanas. Vamos a estar bajos de personal. Y ahora que me acuerdo, echa a Rojakke.

—¿Por qué? No hay nadie como él en las mesas.

—Muchos saben manejar una baraja de cartas. Rojakke es más rápido de la cuenta. Está robando.

—Es un buen repartidor y tiene una familia que mantener. Podrías hacerle una advertencia, cortarle un dedo.

—Entonces ya no sería un buen repartidor, ¿verdad?

Cuando se pillaba a un repartidor robando dinero de un salón de juegos, el jefe le cortaba uno de los meñiques. Era uno de esos castigos ridículos que de algún modo se habían vuelto un código entre las bandas. Estropeaba el equilibrio del ladrón, le obligaba a volver a aprender a repartir y mostraba a cualquier futuro jefe que tenían que vigilarlo. Pero también lo volvía torpe en las mesas. Significaba que se tenía que concentrar en cosas simples como las mecánicas del reparto en lugar de observar a los jugadores.

Kaz no podía ver la cara de Inej en la oscuridad, pero sentía su desaprobación.

—La avaricia es tu dios, Kaz.

Casi se rio.

—No, Inej. La avaricia se inclina ante mí. Es mi servidora y mi palanca.

—Y entonces, ¿a qué dios sirves?

—A cualquiera que me dé buena suerte.

—No creo que los dioses funcionen así.

—No creo que me importe.

Ella soltó aire, exasperada. A pesar de todo por lo que había pasado, Inej todavía creía que sus Santos suli la estaban cuidando. Kaz lo sabía, y por alguna razón le encantaba encolerizarla. Deseó poder ver su expresión. Siempre había algo muy satisfactorio en su ceño de cejas negras fruncido.

—¿Cómo has sabido que llegaría a Van Daal a tiempo? —preguntó.

—Siempre lo haces.

—Deberías haberme advertido mejor.

—Pensaba que a tus Santos les gustaría el desafío.

Durante un rato Inej no dijo nada, y entonces Kaz la oyó detrás de él.

—Los hombres se burlan de los dioses hasta que los necesitan, Kaz.

No la vio marcharse, tan solo sintió su ausencia.

Sacudió la cabeza con irritación. Decir que confiaba en Inej sería exagerar un poco, pero podía admitir ante sí mismo que dependía de ella. Había sido una decisión instintiva pagar para sacarla de la Reserva, y le había costado mucho a los Despojos. Le había costado convencer a Per Haskell, pero Inej era una de las mejores inversiones que Kaz había hecho jamás. Que fuera tan diestra en el arte de no ser vista la convertía en una excelente ladrona de secretos, la mejor del Barril. Pero el hecho de que pudiera simplemente desaparecer le preocupaba. Ni siquiera tenía un olor. Toda la gente desprendía algún olor, y esos olores contaban historias: el aroma a carbólico de una mujer o el humo en su pelo, la lana húmeda del traje de un hombre, o el matiz de pólvora que quedaba en los puños de su camisa. Pero Inej no. De algún modo había dominado la invisibilidad. Era un activo valioso. Así que, ¿por qué no podía hacer su trabajo sin más y dejarlo en paz?

De pronto Kaz supo que no estaba solo. Hizo una pausa, atento. Había atajado por un estrecho callejón partido por un canal oscuro. No había lámparas ahí y muy pocos peatones, nada salvo la luna brillante y los pequeños barcos que golpeaban sus amarraderos. Había bajado la guardia, había dejado que su mente se distrajera.

La forma oscura de un hombre apareció en la entrada del callejón.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Kaz.

La forma se lanzó hacia él, que giró el bastón en un arco bajo. Debería haber hecho contacto directo con las piernas de su atacante, pero en lugar de eso atravesó el espacio vacío. Kaz tropezó, desequilibrado por la fuerza de su giro.

Después, de algún modo, el hombre apareció justo delante de él. Un puño impactó contra la mandíbula de Kaz. Este se sacudió las estrellas que bailaban en su cabeza. Giró y volvió a atacar, pero no había nadie allí. La pesada empuñadura del bastón de Kaz atravesó la nada con un silbido y chocó contra la pared.

Kaz sintió que alguien a su derecha le quitaba el bastón de las manos. ¿Había más de uno?

Y entonces una figura *atravesó* la pared. La mente de Kaz tartamudeó y se tambaleó, tratando de explicar cómo lo que estaba viendo como una nube de niebla se convertía en una capa, botas y una pálida cara.

Fantasmas, pensó. Un temor de la infancia, pero que acudió a él con absoluta certeza. Jordie había regresado al fin para vengarse. *Es hora de pagar tus deudas, Kaz. Nunca obtienes algo a cambio de nada.*

El pensamiento atravesó su mente en una deshonrosa y mareante oleada de pánico, y después el fantasma estaba sobre él y sintió el agudo pinchazo de una aguja en el cuello. *¿Un fantasma con una jeringuilla?*

Idiota, pensó. Y después se sumió en la oscuridad.



Kaz despertó con el penetrante olor a amoníaco. Su cabeza cayó hacia atrás mientras regresaba del todo a la consciencia.

El hombre mayor que tenía delante llevaba la túnica de un *medik* de la universidad. Sujetaba una botella de sales en la mano que estaba meneando bajo la nariz de Kaz. El hedor era casi insoportable.

—Aléjate de mí —dijo Kaz con voz áspera.

El *medik* lo observó como si nada y volvió a meter las sales en su bolsa de cuero. Kaz flexionó los dedos, pero era todo lo que podía hacer. Estaba encadenado a una silla con los brazos detrás de la espalda. Lo que quiera que le hubiesen inyectado lo tenía aún medio mareado.

El *medik* se apartó a un lado y Kaz pestañeó dos veces, tratando de aclarar su visión y comprender el absurdo lujo que le rodeaba. Esperaba despertar en la guarida de los Puntas Negras o alguna otra banda rival, pero aquel no era un antro barato del Barril. Un lugar así implicaba mucho dinero: paneles de caoba llenos de tallados de olas espumosas y peces voladores, estantes llenos de libros, ventanas de vidrio emplomado, y estaba seguro de que aquello era un DeKappel real. Uno de esos modestos retratos al óleo de una mujer con un libro abierto sobre su regazo y un cordero a los pies. El hombre que lo observaba desde detrás de un ancho escritorio tenía el aspecto próspero de un mercader. Pero si aquella era su casa, ¿por qué había miembros armados de la *stadwatch* guardando la puerta?

Maldita sea, pensó, ¿estoy arrestado? Si era así, el mercader iba a llevarse una sorpresa. Gracias a Inej tenía información sobre cada juez, alguacil y concejal de Kerch. Saldría de la celda antes del amanecer. Salvo porque no estaba en una celda, sino encadenado a una silla, así que, ¿qué demonios estaba pasando?

El hombre tenía cuarenta y tantos años, con una cara delgada pero atractiva, y el pelo retrocedía con determinación de su frente. Cuando Kaz le devolvió la mirada, se aclaró la garganta y unió los dedos.

—Brekker, espero que no te encuentres demasiado mal.

—Aleja a este viejo gangrenoso de mí. Estoy bien.

El mercader asintió en dirección al *medik*.

—Puedes irte. Por favor, mándame la factura. Y, por supuesto, apreciaría tu discreción en este asunto.

El *medik* agarró su bolsa y salió de la habitación. Mientras lo hacía, el mercader se levantó y tomó un fajo de papeles de su escritorio. Llevaba la levita y el chaleco de corte perfecto de todos los mercaderes kerch: oscuros, refinados y deliberadamente formales. Pero el bolsillo del reloj y el alfiler de la corbata le decían a Kaz todo lo que necesitaba saber: la cadena de oro del reloj estaba formada por pesados eslabones de hojas de laurel, y el alfiler era un rubí enorme y perfecto.

Voy a arrancarte ese pedrusco de ahí y clavarte el alfiler en tu cuello de mercader por encadenarme a una silla, pensó Kaz. Pero lo único que dijo fue:

—Van Eck.

El hombre asintió con la cabeza. Sin inclinarse, claro. Los mercaderes no se inclinaban ante escoria del Barril.

—¿Entonces me conoces?

Kaz conocía los símbolos y joyas de todas las casas mercantes kerch. El escudo de Van Eck era el laurel rojo; no hacía falta ser muy inteligente para hacer esa conexión.

—Te conozco —dijo—. Eres uno de esos mercaderes entrometidos que siempre intentan limpiar el Barril.

Van Eck hizo otro pequeño asentimiento.

—Intento que los hombres tengan trabajos honestos.

Kaz se rio.

—¿Qué diferencia hay entre apostar en el Club Cuervo y especular en el Intercambio?

—Lo primero es robo y lo segundo es comercio.

—Cuando un hombre pierde su dinero, puede tener problemas en distinguirlos.

—El Barril es un antro de suciedad, vicio, violencia...

—¿Cuántas de esas naves que envías fuera de los puertos de Ketterdam jamás regresan?

—Eso no...

—Una de cada cinco, Van Eck. Uno de cada cinco navíos que envías en busca de café, *jurda* y seda se hunde hasta el fondo del mar, choca contra las rocas o cae presa de los piratas. Una de cada cinco tripulaciones muere, y sus cuerpos se pierden en aguas extrañas, se convierten en comida para los peces de las profundidades. No hablemos de violencia.

—No voy a hablar de ética con un chaval del Barril.

En realidad, Kaz no esperaba que lo hiciera. Tan solo estaba tratando de conseguir tiempo mientras probaba las esposas que tenía en las muñecas. Dejó que sus dedos tantearan la longitud de la cadena tanto como pudo, todavía preguntándose adonde lo habría llevado Van Eck. Aunque Kaz no conocía a ese hombre, se había aprendido el plano de la casa de Van Eck de dentro a fuera. Dondequiera que estuvieran, no era la mansión del mercader.

—Dado que no me has traído aquí para filosofar, ¿qué quieres de mí?

Era la pregunta que se hacía al principio de cualquier reunión. El saludo de un compañero, no la súplica de un prisionero.

—Tengo una propuesta para ti. O más bien la tiene el Consejo.

Kaz ocultó su sorpresa.

—¿El Consejo Mercante empieza todas las negociaciones con una paliza?

—Considéralo una advertencia. Y una demostración.

Kaz recordó la forma del callejón, cómo había aparecido y desaparecido como un fantasma. Jordie.

Se sacudió mentalmente. *No era Jordie, idiota. Céntrate.* Le habían echado el guante porque andaba emocionado por una victoria y distraído. Aquel era su castigo, y era un error que no volvería a cometer. *Eso no explica el fantasma.* Por el momento, apartó a un lado aquel pensamiento.

—¿En qué podría serle yo de utilidad al Consejo Mercante?

Van Eck hojeó los papeles que tenía en la mano.

—Te arrestaron por primera vez a los diez años —dijo, examinando la página.

—Todo el mundo recuerda su primera vez.

—Dos veces más ese año, y otras dos a los once. Te arrestaron cuando la *stadwatch* hizo una redada en un salón de juegos cuando tenías catorce años, pero no han vuelto a hacerlo desde entonces.

Era cierto. Nadie había logrado atrapar a Kaz en tres años.

—Me he reformado —dijo—. He encontrado un trabajo honesto y vivo una vida de trabajo y oración.

—No blasfemes —replicó Van Eck con suavidad, aunque hubo un breve destello de furia en sus ojos.

Un hombre de fe, recordó Kaz, y su mente examinó todo lo que sabía sobre Van Eck: próspero, devoto, un viudo que se había vuelto a casar recientemente con una chica no mucho mayor que el propio Kaz. Y, por supuesto, estaba el misterio de su hijo.

Van Eck continuó pasando las páginas del archivo.

—Diriges apuestas en peleas, de caballos y sobre tus propios juegos de azar. Has sido jefe del Club Cuervo desde hace más de dos años. Eres la persona más joven en llevar una casa de apuestas y has doblado sus beneficios en ese tiempo. Eres un chantajista...

—Negocio con información.

—Un estafador...

—Creo oportunidades.

—Un chulo y un asesino...

—No trabajo con putas, y siempre mato por una causa.

—¿Y qué causa es esa?

—La misma que la tuya, *merca*. Beneficios.

—¿Cómo obtienes la información, Brekker?

—Digamos que sé forzar cerraduras.

—Debes de ser muy hábil.

—Desde luego que sí. —Kaz se reclinó un poco—. ¿Sabes? Cada hombre es una caja fuerte, una cámara de secretos y anhelos. Están los que toman el camino de la fuerza, pero yo prefiero un acercamiento más suave; la presión adecuada aplicada en el momento justo y el lugar preciso. Es algo delicado.

—¿Siempre hablas con metáforas, señor Brekker?

Kaz sonrió.

—No es una metáfora.

Se levantó de la silla antes de que las cadenas cayeran al suelo. Saltó al escritorio, cogió un abrecartas de su superficie con una mano y sujetó la pechera de la camisa de Van Eck con la otra. El fino tejido se arrugó mientras presionaba la garganta de Van Eck con la hoja. Kaz estaba mareado y sentía los miembros abotargados por haber estado atado a la silla, pero todo parecía más luminoso con un arma en la mano.

Los guardias de Van Eck lo estaban mirando, todos con las pistolas y las espadas desenvainadas. Podía sentir el corazón del mercader latiendo bajo la lana de su traje.

—No creo que necesite malgastar aliento en amenazas —dijo Kaz—. Dime cómo llegar a la puerta o te saco por la ventana conmigo.

—Creo que puedo hacerte cambiar de idea.

Kaz le dio un pequeño empujón.

—No me importa quién seas ni lo grande que sea ese rubí. No me puedes sacar de mis propias calles. Y no puedes pretender negociar conmigo si me tienes encadenado.

—Mikka —llamó Van Eck.

Y entonces volvió a pasar. Un chico atravesó la pared de la biblioteca. Era pálido como un cadáver y llevaba el abrigo azul bordado de un Agitamareas Grisha con un lazo rojo y dorado en la solapa que indicaba su asociación con la casa de Van Eck. Pero ni siquiera los Grisha podían atravesar una pared.

Me han drogado, pensó Kaz, tratando de no entrar en pánico. O era alguna clase de ilusión, de las que hacían en los teatros del Stave Oriental: una chica partida por la mitad, palomas que salían de una tetera.

—¿Qué demonios es esto? —gruñó.

—Suéltame y te lo explicaré.

—Puedes explicármelo así.

Van Eck soltó un suspiro corto y tembloroso.

—Lo que ves son los efectos de la *jurda parem*.

—La *jurda* es solo un estimulante. —Los pequeños pétalos secos crecían en Novyi Zem y se vendían en tiendas de toda Ketterdam. Durante sus primeros días con los Despojos, Kaz los había masticado para permanecer alerta en las guardias. Había teñido sus dientes de naranja durante días—. Es inofensiva.

—La *jurda parem* es algo completamente diferente, y desde luego no es inofensiva.

—Así que me has drogado.

—A ti no, Brekker. A Mikka.

Kaz contempló la lividez enfermiza de la cara del Grisha. Tenía sombras oscuras bajo los ojos y la constitución frágil y temblorosa de alguien que se había saltado varias comidas y no parecía importarle.

—La *jurda parem* es prima de la *jurda* corriente —continuó Van Eck—. Viene de

la misma planta. No sabemos cuál es el proceso para hacer la droga, pero un científico llamado Bo Yul-Bayur envió una muestra al Consejo Mercante Kerch.

—¿Shu?

—Sí. Quería desertar, así que nos envió una muestra para convencernos de lo que decía sobre el extraordinario efecto de la droga. Por favor, Brekker, esta es una posición muy incómoda. Si te parece, te daré una pistola y podremos sentarnos a discutir esto de una forma más civilizada.

—Una pistola y mi bastón.

Van Eck le hizo un gesto a uno de sus guardias, que salió de la habitación y regresó un momento después con el bastón de Kaz, que se alegró de que usara la maldita puerta.

—La pistola primero —dijo Kaz—. Lentamente.

El guardia desenfundó su arma y se la entregó por el mango. Kaz la cogió y la amartilló con un rápido movimiento; después liberó a Van Eck, tiró el abrecartas al escritorio y tomó el bastón de la mano del guardia. La pistola era más útil, pero el bastón le daba a Kaz un alivio inconmesurable.

Van Eck dio unos pasos hacia atrás, poniendo distancia entre él y la pistola cargada de Kaz. No parecía dispuesto a sentarse. Kaz tampoco, así que se mantuvo cerca de la ventana, listo para saltar si fuera necesario.

Van Eck respiró hondo y trató de mantener la calma.

—Ese bastón es toda una herramienta, señor Brekker. ¿Es obra de un Hacedor?

En efecto, lo había creado un Hacedor Grisha, cubierto de plomo y con el peso perfecto para romper huesos.

—No es asunto tuyo. Habla, Van Eck.

El mercader se aclaró la garganta.

—Cuando Bo Yul-Bayur nos envió la muestra de *jurda porem* se la dimos a tres Grisha, uno de cada Orden.

—¿Felices voluntarios?

—Sirvientes —explicó Van Eck—. Los dos primeros eran un Hacedor y una Sanadora del concejal Hoede. Mikka es un Agitamareas, y es mío. Ya has visto lo que puede hacer con la droga.

Hoede. ¿Por qué le sonaba el nombre?

—Un Agitamareas normal puede controlar las corrientes, invocar el agua o la humedad del aire o cualquier fuente cercana. Controlan las mareas de nuestro puerto. Pero bajo la influencia de la *jurda porem*, un Agitamareas puede alterar su propio estado de sólido a líquido o gaseoso y después regresar a la normalidad, y hacer lo mismo con otros objetos. Incluso con una pared.

Kaz sentía la tentación de negarlo, pero no podía explicar lo que acababa de ver de ninguna otra forma.

—¿Cómo?

—Es difícil decirlo. ¿Sabes de los amplificadores que llevan algunos Grisha?

—Los he visto —dijo Kaz. Huesos de animales, dientes, escamas—. He oído que son difíciles de encontrar.

—Mucho. Pero solo aumentan el poder de un Grisha. La *jurda parem* altera su percepción.

—¿Y qué?

—Los Grisha manipulan la materia en sus niveles más básicos, lo llaman la Pequeña Ciencia. Bajo la influencia de la *parem*, esas manipulaciones son más rápidas y mucho más precisas. En teoría, la *jurda parem* es solo un estimulante, como su prima cercana. Pero parece agudizar y perfeccionar los sentidos de los Grisha. Pueden hacer conexiones con extraordinaria velocidad. Se vuelven posibles las cosas que simplemente no deberían serlo.

—¿Qué hace con los pobres cabrones como tú y yo?

Van Eck pareció enfurecerse un poco por estar en el mismo grupo que Kaz, pero dijo:

—Es letal. Una mente corriente no puede tolerar la *parem* ni siquiera en las dosis más pequeñas.

—Dices que se lo disteis a tres Grisha. ¿Qué pueden hacer los otros?

—Mira —dijo Van Eck, llevando la mano al cajón de su escritorio.

Kaz levantó la pistola.

—Cuidado.

Con exagerada lentitud, Van Eck metió la mano en el cajón y sacó un trozo de oro.

—Esto antes era plomo.

—Y una mierda.

Van Eck se encogió de hombros.

—Tan solo puedo decirte lo que he visto. El Hacedor cogió un trozo de plomo y unos momentos después teníamos esto.

—¿Cómo sabes si es auténtico? —preguntó Kaz.

—Tiene el mismo punto de fusión que el oro, el mismo peso y maleabilidad. Si no es idéntico al oro en todos los sentidos, la diferencia se nos escapa. Pruébalo si quieres.

Kaz se puso el bastón bajo el brazo y tomó el pesado fragmento de la mano de Van Eck y se lo metió en el bolsillo. Fuera auténtico o solo una convincente imitación, un pedazo de oro tan grande podía comprar muchas cosas en las calles del Barril.

—Podrías haberlo conseguido en cualquier sitio —señaló.

—Traería al Hacedor de Hoede para mostrártelo, pero no se encuentra bien.

La mirada de Kaz se dirigió hacia la cara enfermiza de Mikka y su frente húmeda. Estaba claro que la droga tenía un precio.

—Digamos que esto es cierto y no un truco barato. ¿Qué tiene que ver conmigo?

—Tal vez hayas oído que los shu pagaron toda su deuda con Kerch gracias a una

repentina abundancia de oro. O que asesinaron al embajador de comercio de Novyi Zem. O que robaron documentos de una base militar en Ravka.

Así que ese era el secreto tras el asesinato del embajador en el lavabo. Y el oro de esas tres naves shu debía de ser obra de un Hacedor. Kaz no había oído nada sobre los documentos ravkanos, pero asintió igualmente con la cabeza.

—Creemos que estos hechos los llevaron a cabo Grisha bajo el control del gobierno shu y la influencia de la *jurda palem*. —Van Eck se frotó la mandíbula con la mano—. Brekker, quiero que pienses un momento lo que te estoy diciendo. Hombres que pueden atravesar paredes... ninguna cámara ni fortaleza volverá a ser segura. Gente que puede crear oro a partir del plomo, o cualquier otro elemento, que pueden alterar la mismísima materia del mundo... los mercados financieros caerían en el caos. La economía mundial se colapsaría.

—Qué emocionante. ¿Qué es lo que quieres de mí, Van Eck? ¿Quieres que robe un cargamento? ¿La fórmula?

—No, quiero que robes al hombre.

—¿Que secuestre a Bo Yul-Bayur?

—Que lo salves. Hace un mes recibimos un mensaje suyo suplicando refugio. Estaba preocupado por los planes del gobierno con la *jurda palem*, y acordamos ayudarlo a desertar. Planeamos un encuentro, pero hubo un enfrentamiento en el punto de recogida.

—¿Con los shu?

—No, los fjerdanos.

Kaz frunció el ceño. Los fjerdanos debían de tener espías muy dentro de Shu Han o Kerch si habían descubierto tan rápido lo de la droga y los planes de Bo Yul-Bayur.

—Pues envía a algunos de tus agentes tras él.

—La situación diplomática es un tanto delicada. Es esencial que nuestro gobierno no tenga conexión con Yul-Bayur de ninguna forma.

—Tienes que saber que lo más probable es que esté muerto. Los fjerdanos odian a los Grisha. Jamás permitirían que se filtrara nada relativo a esa droga.

—Nuestras fuentes aseguran que está vivo y a la espera de juicio. —Van Eck se aclaró la garganta—. En la Corte de Hielo.

Kaz miró a Van Eck durante un largo minuto y después se echó a reír.

—Bueno, ha sido un placer que me dejaras inconsciente y me capturaras, Van Eck. Puedes estar seguro de que te recompensaré por tu hospitalidad en el momento adecuado. Ahora haz que uno de tus lacayos me lleve hasta la puerta.

—Estamos dispuestos a ofrecerte cinco millones de *kruge*.

Kaz se guardó la pistola en el bolsillo. Ya no temía por su vida; ya solo le irritaba que ese tipo hubiera desperdiciado su tiempo.

—Esto tal vez sea una sorpresa para ti, Van Eck, pero las ratas de canal valoramos nuestras vidas tanto como vosotros.

—Diez millones.

—No tiene sentido tener una fortuna que no viviré para gastar. ¿Dónde está mi sombrero... lo dejó tu Agitamareas en el callejón?

—Veinte.

Kaz hizo una pausa. Tenía la espeluznante sensación de que los peces tallados en las paredes se habían detenido a mitad del salto para escuchar.

—¿Veinte millones de *kruge*? —Van Eck asintió con la cabeza. No parecía feliz—. Tendría que convencer a un equipo para lanzarse a una misión suicida. Eso no será barato.

Aquello no era cierto del todo. A pesar de lo que le había dicho a Van Eck, había mucha gente en el Barril que no tenía mucho por lo que vivir.

—Veinte millones de *kruge* no es barato precisamente —señaló Van Eck.

—Nadie se ha colado nunca en la Corte de Hielo.

—Por eso es por lo que te necesito, Brekker. Es posible que Bo Yul-Bayur ya esté muerto o que haya entregado todos sus secretos a los fjerdanos, pero creemos que tenemos al menos un poco de tiempo para actuar antes de que el secreto de la *jurda parem* revelado.

—Si los shu tienen la fórmula...

—Yul-Bayur aseguró que había logrado engañar a sus superiores y mantener la fórmula en secreto. Creemos que están trabajando con los limitados suministros que dejó atrás Yul-Bayur.

La avaricia se inclina ante mí. A lo mejor Kaz había sido algo arrogante al decir eso. La avaricia estaba acatando la voluntad de Van Eck. La balanza se había inclinado, superando la resistencia de Kaz, poniéndolo en su sitio.

Veinte millones de *kruge*. ¿Qué clase de trabajo sería ese? Kaz no sabía nada sobre espionaje o luchas gubernamentales, pero ¿por qué liberar a Bo Yul-Bayur de la Corte de Hielo tendría que ser diferente a sacar bienes de la caja fuerte de un mercader? *La caja fuerte mejor protegida del mundo*, se recordó. Necesitaría un equipo muy especializado, un equipo desesperado al que no le importara la posibilidad de no volver de ese trabajo. Y no podría sacarlo de los Despojos y ya está. No tenía el talento que necesitaba entre sus filas. Eso significaba que tendría que vigilar su espalda más de lo habitual.

Pero si lo lograban, incluso después de que Per Haskell obtuviera su parte, el porcentaje de Kaz de los beneficios sería suficiente para cambiarlo todo, para poner en marcha al fin el sueño que había tenido desde la primera vez que salió arrastrándose de un puerto frío con un agujero ardiente de venganza en el corazón. Su deuda con Jordie quedaría saldada al fin.

También habría otros beneficios. El Consejo Kerch estaría en deuda con él, por no mencionar lo que ese atraco haría por su reputación. ¿Infiltrarse en la impenetrable Corte de Hielo y llevarse algo del bastión de la nobleza y el poder militar fjerdanos? Con un trabajo como ese bajo el cinturón y esa clase de beneficios en sus manos, ya no necesitaría a Per Haskell. Podría crear su propia organización.

Pero había algo extraño.

—¿Por qué yo? ¿Por qué los Despojos? Hay bandas más experimentadas ahí fuera.

Mikka comenzó a toser, y Kaz vio sangre en su manga.

—Siéntate —le indicó Van Eck con seguridad, ayudando al Grisha a sentarse y ofreciéndole su pañuelo. Hizo una señal a un guardia—. Trae agua.

—¿Y bien? —insistió Kaz.

—¿Cuántos años tienes, Brekker?

—Diecisiete.

—No te arrestan desde que tenías catorce, y como sé que no eres más honesto ahora que entonces, tan solo puedo suponer que tienes la cualidad que más necesito en un criminal: no te dejas atrapar. —Van Eck sonrió ligeramente—. También está el asunto de mi DeKappel.

—Creo que no sé lo que quieres decir.

—Hace seis meses, un óleo DeKappel valorado en casi cien mil *kruge* desapareció de mi casa.

—Menuda pérdida.

—Lo fue, sobre todo porque me habían asegurado que mi galería era impenetrable y que los cerrojos de las puertas eran infalibles.

—Recuerdo haber leído sobre eso.

—Sí —admitió Van Eck con un pequeño suspiro—. El orgullo es algo peligroso. Estaba ansioso de mostrar mi adquisición y las medidas que había tomado para protegerla. Y aun así, a pesar de todas mis cajas fuertes, a pesar de los perros y las alarmas y el personal más leal de Ketterdam, mi cuadro ha desaparecido.

—Mis condolencias.

—Todavía no ha aparecido en ningún mercado del mundo.

—Tal vez el ladrón ya tuviera un comprador.

—Es una posibilidad, claro. Pero me inclino a creer que el ladrón lo tomó por una razón diferente.

—¿Cuál podría ser?

—Demostrar que podía hacerlo.

—A mí me parece un riesgo estúpido.

—Bueno, ¿quién puede adivinar los motivos de los ladrones?

—Yo no, desde luego.

—Por lo que sé de la Corte de Hielo, quienquiera que robara mi DeKappel es precisamente la persona que necesito para este trabajo.

—Entonces será mejor que lo contrates a él. O a ella.

—Desde luego. Pero tendré que contentarme contigo. —Van Eck sostuvo la mirada de Kaz, como si esperara encontrar una confesión escrita en sus ojos. Al fin, preguntó—: Entonces, ¿tenemos un trato?

—No tan rápido. ¿Qué hay de la Sanadora?

Van Eck parecía perplejo.

—¿Quién?

—Dijiste que le disteis la droga a un Grisha de cada Orden. Mikka es un Agitamareas, un Etherealnik. El Hacedor que creó ese oro era un Materialnik. Entonces, ¿qué pasa con la Corporalnik? ¿La *Sanadora*?

Van Eck hizo una mueca, y simplemente dijo:

—¿Me acompañas, Brekker?

Con cautela y manteniendo un ojo en Mikka y los guardias, Kaz siguió a Van Eck fuera de la biblioteca y por el pasillo. La casa rezumaba riqueza de mercader: paneles de madera oscura en las paredes, suelos de baldosas blancas y negras, todo con buen gusto, todo contenido e impecablemente fabricado. Pero la sensación era la de un cementerio. Las habitaciones se encontraban desiertas, las cortinas cerradas, los muebles cubiertos con sábanas, de modo que cada cámara en sombras por la que pasaban parecía alguna clase de paisaje marino lleno de icebergs.

Hoede. Ya recordaba el nombre. Había habido alguna clase de incidente en la mansión de Hoede de la Geldstraadt. Todo el lugar había sido acordonado y se había llenado de *stadwatch*. Kaz había oído rumores de un brote de viruela de fuego, pero ni siquiera Inej había sido capaz de descubrir más.

—Esta es la casa del concejal Hoede —dijo Kaz con un escalofrío. No quería ser otra víctima de la plaga, pero el mercader y sus guardias no parecían ni remotamente preocupados—. Pensaba que este lugar estaba en cuarentena.

—Lo que pasó aquí no supone ningún peligro para nosotros. Y si haces tu trabajo, Brekker, jamás lo será.

Van Eck lo condujo por una puerta hasta un jardín bien cuidado, lleno del aroma a néctar del azafrán. El olor golpeó a Kaz como un puñetazo en la mandíbula. Los recuerdos de Jordie ya estaban muy frescos en su mente, y por un momento Kaz no estaba caminando por el jardín junto al canal de un rico mercader, sino metido hasta las rodillas en la hierba alta, con el sol ardiente sobre sus mejillas y la voz de su hermano llamándolo para que volviera a casa.

Kaz se sacudió la cabeza. *Necesito una taza del café más negro y amargo que pueda conseguir, pensó. O tal vez un puñetazo de verdad en la mandíbula.*

Van Eck lo estaba conduciendo hasta el embarcadero que daba al canal. La luz que se filtraba por sus ventanas cerradas dibujaba patrones sobre el camino del jardín. Un único guardia de la ciudad permanecía firme junto a la puerta mientras Van Eck se sacaba una llave del bolsillo y la metía en el pesado cerrojo. Kaz se puso la manga sobre la boca cuando el hedor a orina y excrementos de la habitación cerrada lo alcanzó. Vaya con el azafrán de primavera.

La habitación estaba iluminada por dos lámparas de cristal de la pared. Había un grupo de guardias de cara a una gran caja de hierro, y el suelo a sus pies estaba lleno de cristales rotos. Algunos llevaban el uniforme púrpura de la *stadwatch* y otros el verde mar de la casa de Hoede. A través de lo que Kaz comprendió que había sido

una ventana de observación, vio a otro guardia de la ciudad de pie frente a una mesa vacía y con dos sillas volcadas. Como los demás, el guardia tenía los brazos colgando a los costados, el rostro inexpresivo y los ojos hacia delante, mirando a la nada. Van Eck subió la luz de una de las lámparas y Kaz vio un cuerpo con un uniforme púrpura tirado en el suelo con los ojos cerrados.

Van Eck suspiró y se agachó para girar el cuerpo.

—Hemos perdido a otro —dijo.

El chico era joven, apenas tenía un asomo de bigote sobre el labio superior.

Van Eck dio órdenes al guardia que los había dejado pasar y, con la ayuda de uno de los miembros de su séquito, levantó el cadáver y lo sacó de la habitación. Los demás guardias no reaccionaron, solo siguieron mirando hacia delante.

Kaz reconoció a uno de ellos: Henrik Dahlman, el capitán de la *stadwatch*.

—¿Dahlman? —lo llamó, pero el hombre no respondió. Kaz agitó una mano frente a su cara y después le dio un fuerte golpe en la cabeza. Nada salvo un parpadeo lento y sin interés. Kaz levantó la pistola y la apuntó directamente a la frente del capitán. La amortilló. El capitán no se inmutó, no reaccionó. Sus pupilas no se contrajeron.

—Es como si estuviera muerto —dijo Van Eck—. Dispara. Reviéntale el cerebro. No va a protestar y los otros no van a reaccionar.

Kaz bajó el arma y el frío se asentó en sus huesos.

—¿Qué es esto? ¿Qué les ha pasado?

—La Grisha era una Corporalnik que servía con el personal del concejal Hoede. Este pensaba que, al ser una Sanadora y no una Mortificadora, sería la elección segura para probar la *parem*.

Parecía inteligente. Kaz había visto trabajar a los Mortificadores. Podían romper tus células, hacerte estallar el corazón en el pecho, robarte el aliento de los pulmones o bajarte el pulso hasta dejarte en coma, y todo sin ponerte un dedo encima. Si tan solo una mínima parte de lo que decía Van Eck era cierto, la idea de que le dieran una dosis de *jurda parem* a uno de ellos era algo sobrecogedor. Así que los mercaderes habían probado la droga en su lugar con una Sanadora. Pero al parecer las cosas no habían ido según el plan.

—¿Le disteis la droga y ella mató a su amo?

—No exactamente —dijo Van Eck, y se aclaró la garganta—. La tenían en esa celda de observación. Tras unos segundos de consumir la *parem*, tomó el control del guardia que había dentro de la cámara...

—¿Cómo?

—No lo sabemos exactamente. Pero cualquiera que fuera el método que usara, le permitió dominar también a estos guardias.

—Eso no es posible.

—¿No lo es? El cerebro solo es un órgano más, un conjunto de células e impulsos. ¿Por qué un Grisha bajo la influencia de la *jurda parem* no iba a ser capaz

de manipular esos impulsos? —Kaz debió de mostrar su incredulidad—. Mira a esta gente —insistió Van Eck—. Les dijo que esperaran. Y eso es exactamente lo que han hecho; eso es *todo* lo que han hecho desde entonces.

Kaz examinó al grupo silencioso más de cerca. Sus ojos no estaban inexpresivos ni muertos, sus cuerpos no estaban descansando. Estaban *expectantes*. Reprimió un escalofrío. Había visto cosas peculiares, cosas extraordinarias, pero nada como lo que había presenciado esa noche.

—¿Qué le pasó a Hoede?

—Le ordenó abrir la puerta y, cuando lo hizo, le ordenó que se cortara el pulgar de una mano. Solo sabemos lo que pasó porque un chico de la cocina estaba presente. La chica Grisha no le hizo daño, y él pudo ver cómo Hoede se cortó el pulgar mientras sonreía.

A Kaz no le gustaba la idea de que una Grisha moviera las cosas en su cabeza, pero no le sorprendería que Hoede mereciera lo que había recibido. Durante la guerra civil de Ravka, muchos Grisha habían huido de la lucha y habían pagado su entrada a Kerch convirtiéndose en sirvientes sin darse cuenta de que básicamente se habían vendido a la esclavitud.

—¿El mercader está muerto?

—El concejal Hoede perdió mucha sangre, pero está en el mismo estado que estos hombres. Se lo han llevado al campo con su familia y el personal de su casa.

—¿La Sanadora Grisha volvió a Ravka? —preguntó Kaz.

Van Eck le hizo un gesto para que saliera del espeluznante cobertizo y cerró la puerta con llave tras ellos.

—Tal vez lo intentara —dijo mientras rehacían sus pasos por el jardín y el lateral de la casa—. Sabemos que se hizo con un barco pequeño y sospechamos que se dirigía a Ravka, pero encontramos su cuerpo arrastrado por el agua hace dos días cerca del Tercer Puerto. Creemos que se ahogó tratando de volver a la ciudad.

—¿Por qué iba a regresar?

—Para conseguir más *jurda parem*.

Kaz pensó en los ojos relucientes de Mikka y su piel cerosa.

—¿Tan adictiva es?

—Parece que solo hace falta una dosis. Una vez la droga ha hecho su labor, deja el cuerpo del Grisha debilitado y con un ansia intensa. Es muy debilitante.

Muy debilitante parecía un eufemismo. El Consejo de Mareas controlaba la entrada a los puertos de Ketterdam. Si la Sanadora drogada había tratado de regresar por la noche en un barco pequeño, no habría tenido muchas oportunidades contra la corriente. Kaz pensó en la cara demacrada de Mikka, en cómo su ropa colgaba de su cuerpo. La droga le había hecho aquello. Había tenido un subidón de *jurda parem* y necesitaba la siguiente dosis. También parecía a punto de derrumbarse. ¿Cuánto tiempo podría continuar así un Grisha?

Era una pregunta interesante, pero no era relevante para el asunto que tenían entre

manos. Habían llegado a la puerta principal. Era el momento de hacer números.

—Treinta millones de *kruge*.

—¡Dijimos que veinte! —escupió Van Eck.

—Tú dijiste que veinte. Está claro que estás desesperado. —Kaz echó un vistazo al cobertizo, donde todos esos hombres estaban esperando a morir—. Y ahora veo por qué.

—El Consejo me cortará la cabeza.

—Te cantarán alabanzas en cuanto tengas a Bo Yul-Bayur escondido y a salvo dondequiera que queráis tenerlo.

—Novyi Zem.

Kaz se encogió de hombros.

—Por mí como si lo metéis en una cafetera.

Van Eck clavó sus ojos en los de Kaz.

—Ya has visto lo que puede hacer esta droga. Te aseguro que es solo el principio. Si la *jurda palem* se libera en el mundo, la guerra será inevitable. Nuestras líneas de comercio quedarán destruidas y nuestros mercados se colapsarán. Kerch no sobrevivirá. Nuestras esperanzas están contigo, Brekker. Si fracasas, todo el mundo sufrirá por ello.

—Ah, es mucho peor que eso, Van Eck. Si fracaso, no me pagarás. —La mirada de desprecio en la cara del hombre merecía su propio óleo DeKappel para conmemorarla—. No estés tan decepcionado. Tan solo piensa lo disgustado que te sentirías si descubrieras que esta rata de canal tiene una vena patriótica. Tal vez incluso deberías dejar de fruncir los labios y tratarme con algo más parecido al respeto.

—Gracias por ahorrarme esa incomodidad —dijo Van Eck con desdén. Abrió la puerta e hizo una pausa—. La verdad es que me pregunto lo que un chico de tu inteligencia habría logrado bajo diferentes circunstancias.

Pregúntale a Jordie, pensó Kaz con una amarga punzada de dolor. Pero se limitó a encogerse de hombros.

—Tan solo estaría robando a una clase mejor de incautos. Treinta millones de *kruge*.

Van Eck asintió con la cabeza.

—Treinta. Un trato es un trato.

—Un trato es un trato —repitió Kaz. Se dieron la mano.

Mientras la mano de uñas bien cuidadas de Van Eck agarraba los dedos cubiertos de cuero de Kaz, el mercader entrecerró los ojos.

—¿Por qué llevas esos guantes, Brekker?

Kaz levantó una ceja.

—Seguro que has oído las historias.

—Cada una es más grotesca que la anterior.

Kaz también las había oído. Las manos de Brekker estaban teñidas de sangre. Las

manos de Brekker estaban cubiertas de cicatrices. Brekker tenía garras en vez de dedos porque era mitad demonio. El tacto de Brekker quemaba como el azufre; un simple roce de su piel desnuda hacía que tu carne se marchitara y muriera.

—Elige cualquiera —dijo Kaz mientras se desvanecía en la noche, dirigiendo ya sus pensamientos a los treinta millones de *kruge* y el grupo que necesitaría para ayudarlo a conseguirlos—. Todas son lo bastante ciertas.



Inej supo el momento en que Kaz entró en el Listón. Su presencia reverberó por las estrechas habitaciones y los pasillos retorcidos mientras cada matón, ladrón, traficante y estafador se iba despertando. El teniente favorito de Per Haskell estaba en casa.

El Listón no era gran cosa, solo una casa más en la peor parte del Barril, tres pisos el uno encima del otro coronados por un ático y un tejado a dos aguas. La mayoría de los edificios de aquella parte de la ciudad se habían construido sin cimientos, muchos sobre la tierra pantanosa donde los canales habían excavado caprichosamente. Se apoyaban los unos sobre los otros como amigos borrachos reunidos en un bar, inclinándose en ángulos somnolientos. Inej había visitado muchos de ellos durante sus tareas para los Despojos, y no eran mucho mejores por dentro: fríos y húmedos, con las paredes llenas de grasa, agujeros en las ventanas lo bastante grandes como para que entraran el frío y la nieve. Pero Kaz había gastado su propio dinero para eliminar las corrientes del Listón y aislar las paredes. Era un sitio feo, retorcido y abarrotado de gente, pero el Listón estaba gloriosamente seco.

La habitación de Inej se encontraba en el tercer piso, un estrecho espacio apenas lo bastante grande para un catre y un baúl, pero con una ventana que daba a los tejados altos y al revoltijo de chimeneas del Barril. Cuando llegaba el viento y limpiaba la neblina de humo de carbón que flotaba sobre la ciudad, incluso podía distinguir una franja azul del puerto.

Aunque el amanecer se encontraba a solo unas horas, el Listón estaba muy despierto. El único momento en que la casa estaba silenciosa de verdad era durante las horas bajas de la tarde, y aquella noche todos estaban vibrando con las noticias del

enfrentamiento en el Intercambio, el destino de Gran Bolliger, y ahora la expulsión del pobre Rojakke.

Tras su conversación con Kaz, a buscar al repartidor al Club Cuervo. Estaba en las mesas dirigiendo una jugada de la Zarza de Tres para Jesper y un par de turistas ravkanos. Cuando terminó la mano, Inej le sugirió que hablaran en una de las salas de juego privadas para ahorrarle la vergüenza de que lo despidieran delante de sus amigos, pero Rojakke no estaba dispuesto.

—¡No es justo! —había bramado cuando ella le informó de las órdenes de Kaz—. ¡No soy un tramposo!

—Habla con Kaz —replicó Inej en voz baja.

—Y baja la voz —añadió Jesper, echando un vistazo a los turistas y marineros sentados en las mesas vecinas. Las peleas eran comunes en el Barril, pero no en el Club Cuervo. Si tenías un problema, lo resolvías fuera, donde no te arriesgabas a interrumpir la práctica sagrada de separar a la gente de su dinero.

—¿Dónde está Brekker? —gruñó Rojakke.

—No lo sé.

—Siempre lo sabes todo sobre todos —dijo él con desprecio, inclinándose hacia ella. Su aliento apestaba a cerveza y cebolla—. ¿No es por eso por lo que te paga Manos Sucias?

—No sé dónde está ni cuándo va a volver. Pero sí que sé que no querrás estar aquí cuando vuelva.

—Dame mi cheque. Me debéis el último turno.

—Brekker no te debe nada.

—¿Ni siquiera puede enfrentarse a mí? ¿Envía a una niña para darme la patada? A lo mejor te saco algunas monedas.

Estiró el brazo para cogerla del cuello de la camisa, pero Inej lo esquivó con facilidad. Trató de agarrarla otra vez.

Por el rabillo del ojo, Inej vio que Jesper se levantaba de su asiento, pero le hizo un gesto para que no se acercara y metió los dedos en los nudillos de latón que guardaba en el bolsillo de la cadera derecha. Le dio un rápido golpe a Rojakke en la mejilla izquierda.

Él se llevó la mano a la cara.

—Oye —dijo—. No te he hecho daño. Tan solo eran palabras.

La gente estaba mirando ahora, así que lo volvió a golpear. A pesar de las reglas del Club Cuervo, aquello tenía prioridad. Cuando Kaz la había llevado al Listón le había advertido de que no iba a poder cuidar de ella, de que tendría que arreglárselas sola, y eso había hecho. Habría sido muy fácil darse la vuelta cuando la insultaban o se acercaban a ella para pedirle un revolcón, pero si hacía eso pronto le meterían una mano bajo la blusa o tratarían de ponerla contra la pared. Así que no dejó correr ningún insulto ni insinuación. Siempre golpeaba primero, y golpeaba con fuerza. A veces incluso los rajaba un poco. Era fatigoso, pero nada era sagrado para los kerch

salvo el comercio, así que se había asegurado de que el riesgo fuera mucho mayor que la recompensa cuando le faltaban al respeto.

Rojakke se tocó con los dedos el feo moratón que se estaba formando en su mejilla, con aspecto sorprendido y algo traicionado.

—Pensaba que éramos amigos —protestó.

Lo triste era que sí. A Inej le caía bien Rojakke, pero en ese momento no era más que un hombre asustado queriendo sentirse más grande.

—Rojakke —dijo—. He visto cómo trabajas con las cartas. Puedes encontrar trabajo en casi cualquier antro. Vete a casa y da gracias de que Kaz no te quite lo que le debes, ¿eh?

Se marchó, tambaleándose un poco sobre sus pies, todavía sujetándose la mejilla como un niño aturdido, y Jesper se acercó a ella.

—Tiene razón, ¿sabes? Kaz no debería enviarte a hacerle el trabajo sucio.

—Todo es trabajo sucio.

—Pero lo hacemos igualmente —dijo él con un suspiro.

—Pareces agotado. ¿Vas a dormir esta noche?

Jesper le guiñó un ojo.

—No mientras las cartas estén calientes. Quédate y juega un poco, Kaz te financiará.

—¿En serio, Jesper? —había dicho ella, calándose la capucha—. Si quiero ver hombres cavando agujeros en los que tirarse, me voy a un cementerio.

—Venga ya, Inej —la llamó mientras ella atravesaba las grandes puertas dobles hasta la calle—. ¡Me traes buena suerte!

Por todos los Santos, había pensado ella. *Si cree eso, debe de estar desesperado de verdad*. Había dejado atrás su suerte en un campamento sulí a las orillas de Ravka Occidental. Dudaba que volviera a ver a ninguna de ellas.

Ahora Inej estaba saliendo de su pequeña cámara del Listón y bajando por el pasamanos. No tenía razones para ocultar sus movimientos ahí, pero el silencio era un hábito y las escaleras chirriaban como ratones en celo. Cuando llegó al rellano del segundo piso y vio a la multitud que había abajo, se quedó atrás.

Kaz había estado fuera más tiempo del que nadie esperaba, y en cuanto entró en el sombrío vestíbulo fue abordado por gente que quería felicitarlo por el encuentro con Geels y preguntarle por los Puntas Negras.

—Se rumorea que Geels ya está formando una banda para atacarnos —dijo Anika.

—¡Que lo haga! —replicó Dirix con voz retumbante—. Tengo un hacha con su nombre en el mango.

—Geels tardará un tiempo en actuar —aseguró Kaz mientras bajaba el pasillo—. No tiene gente suficiente para enfrentarse a nosotros en las calles, y sus arcas están demasiado vacías para contratar a nadie más. ¿No deberíais estar de camino al Club Cuervo?

Sus cejas alzadas bastaron para que Anika se marchara, con Dirix pisándole los talones. Otros se acercaron para felicitarlo o amenazar a los Puntas Negras. Pero nadie llegó tan lejos como para darle a Kaz una palmada en la espalda; esa era una buena forma de perder una mano.

Inej sabía que Kaz se pasaría para hablar con Per Haskell, así que en vez de bajar el último tramo de escaleras avanzó por el pasillo. Allí había un armario lleno de trastos, sillas viejas con los respaldos rotos, lienzos con manchas de pintura. Inej apartó a un lado un cubo lleno de suministros de limpieza que había puesto ahí precisamente porque sabía que nadie del Listón lo tocaría jamás. La rejilla que había debajo ofrecía una vista perfecta del despacho de Per Haskell. Se sintió un tanto culpable por escuchar a Kaz a escondidas, pero él era quien la había convertido en una espía. No puedes entrenar a un halcón y esperar que no cace.

A través de la rejilla oyó los golpes de Kaz en la puerta de Per Haskell y el sonido de su saludo.

—¿Vivito y coleando? —preguntó el anciano. Inej podía verlo sentado en su sillón favorito, jugueteando con la maqueta de un barco que llevaba construyendo buena parte del año, con una pinta de cerveza al alcance de la mano, como siempre.

—No volveremos a tener problemas con el Quinto Puerto.

Haskell gruñó y regresó a su maqueta.

—Cierra la puerta.

Inej oyó cómo se cerraba, amortiguando los sonidos del pasillo. Podía ver la parte superior de la cabeza de Kaz. Su pelo oscuro estaba húmedo; debía de haber empezado a llover.

—Tendrías que haberme pedido permiso para ocuparte de Bolliger —dijo Haskell.

—Si hubiera hablado contigo, podría haberse corrido la voz...

—¿Crees que dejaría que eso pasara?

Kaz levantó los hombros.

—Este lugar es como todos en Ketterdam. Tiene goteras.

Inej podría haber jurado que miró directamente a la rejilla de ventilación mientras lo decía.

—No me gusta, chico. Gran Bolliger era mi soldado, no el tuyo.

—Por supuesto —dijo Kaz, pero ambos sabían que era mentira. Los Despojos de Haskell eran guardias viejos, estafadores y bandidos de otra época. Bolliger formaba parte de la gente de Kaz; sangre nueva, joven y temerario. Quizá demasiado temerario.

—Eres listo, Brekker, pero tienes que aprender a tener paciencia.

—Sí, señor.

El anciano ladró una risotada.

—*Si, señor. No, señor* —se burló—. Sé que estás tramando algo cuando te pones educado. ¿Qué tienes entre manos?

—Un trabajo —respondió Kaz—. Puede que tenga que irme un tiempo.

—¿Mucho dinero?

—Mucho.

—¿Mucho riesgo?

—Eso también. Pero recibirás tu veinte por ciento.

—No hagas ningún movimiento importante sin mi permiso, ¿entendido? —Kaz debió de asentir con la cabeza, porque Per Haskell se reclinó en su sillón y tomó un sorbo de cerveza—. ¿Vamos a ser muy ricos?

—Ricos como los Santos con coronas de oro.

El hombre resopló.

—Mientras no tenga que vivir como uno.

—Hablaré con Pim —dijo Kaz—. Puede encargarse de las cosas mientras no esté.

Inej frunció el ceño. ¿Adonde se iba Kaz? No le había mencionado ningún gran trabajo. ¿Y por qué Pim? El pensamiento la avergonzaba un poco. Casi podía oír la voz de su padre: *¿Tan ansiosa estás de ser la Reina de los Ladrones, Inej?* Una cosa era hacer su trabajo y hacerlo bien, y otra muy distinta querer tener éxito en él. No quería un lugar permanente con los Despojos. Quería pagar sus deudas y marcharse de Ketterdam para siempre, así que ¿por qué le importaba que Kaz eligiera a Pim para dirigir la banda en su ausencia? *Porque yo soy más lista que Pim. Porque Kaz confía más en mí.* Pero a lo mejor no confiaba en que su gente siguiera a una chica como ella, a solo dos años de su salida de los burdeles, sin haber cumplido todavía los diecisiete. Llevaba las mangas largas y la vaina de su cuchillo escondía la mayor parte de la cicatriz del interior de su antebrazo izquierdo, donde había estado el tatuaje de la Reserva, pero todos sabían que estaba ahí.

Kaz salió de la habitación de Haskell e Inej salió de donde estaba para esperarlo mientras subía las escaleras cojeando.

—¿Rojakke? —preguntó mientras pasaba junto a ella y comenzaba a subir el segundo tramo.

—Se ha ido —respondió ella, siguiéndolo.

—¿Te dio mucha guerra?

—Nada que no pudiera manejar.

—No es lo que pedí.

—Estaba enfadado. Tal vez vuelva en busca de problemas.

—De eso nunca nos falta —dijo Kaz mientras llegaban al piso superior. Las habitaciones del ático se habían convertido en su despacho y su habitación. Inej sabía que tantos tramos de escaleras eran brutales para su pierna mala, pero a Kaz le parecía gustar tener todo el piso para él solo—. Cierra la puerta —le dijo tras entrar en el despacho, sin mirar atrás.

La habitación estaba ocupada sobre todo por un escritorio improvisado; una vieja puerta de almacén sobre unas cajas de frutas apiladas, repleta de papeles. Algunos de los jefes habían empezado a utilizar máquinas de cuentas, unas cosas ruidosas llenas

de rígidos botones de latón y rollos de papel, pero Kaz hacía las cuentas del Club Cuervo mentalmente. Tenía cuadernos, pero solo por el anciano y para tener algo que señalar cuando acusaba a alguien de hacer trampas o cuando buscaba nuevos inversores.

Ese era uno de los grandes cambios que Kaz había llevado a la banda. Había dado a los tenderos corrientes y los hombres de negocios dignos de confianza la oportunidad de comprar acciones del Club Cuervo. Al principio fueron escépticos, estaban seguros de que era alguna clase de estafa, pero él los había convencido con pequeños intereses y había logrado reunir capital suficiente para comprar el viejo edificio ruinoso, arreglarlo y ponerlo en marcha. Había sido un gran negocio para esos primeros inversores, o eso se decía. Inej nunca podía estar segura de qué historias sobre Kaz eran ciertas y cuáles eran rumores que había extendido para servir a sus propósitos. Por lo que sabía, podría haber robado los ahorros de toda una vida de un honesto comerciante para hacer prosperar el Club Cuervo.

—Tengo un trabajo para ti —dijo Kaz mientras repasaba las cifras del día anterior. Cada página se clavaba en su memoria con apenas una mirada—. ¿Qué dirías de cuatro millones de *kruge*?

—Tanto dinero es más una maldición que un regalo.

—Mi pequeña idealista sulí. ¿Tan solo necesitas la barriga llena y un camino abierto? —preguntó con voz burlona.

—Y un corazón tranquilo, Kaz.

Esa era la parte difícil. Kaz se rio con ganas mientras atravesaba la puerta hasta su pequeña habitación.

—No tengo esperanzas de conseguir eso. Prefiero el dinero. ¿Lo quieres o no?

—Tú no sueles hacer regalos. ¿Qué trabajo es?

—Un trabajo imposible, una muerte casi segura y posibilidades casi inexistentes de salir ilesos, pero si lo logramos...

Hizo una pausa con los dedos sobre los botones de su chaleco, con expresión distante y casi soñadora. Era raro oír tanta emoción en su voz áspera.

—¿Si lo logramos...? —preguntó ella.

Kaz le sonrió, una sonrisa repentina y discordante como un trueno, y sus ojos eran casi del negro del café amargo.

—Seremos reyes, Inej. Reyes.

—Hum —dijo ella sin comprometerse a nada, fingiendo examinar uno de sus cuchillos y decidida a ignorar esa sonrisa. Kaz no era un chico atolondrado que estuviera sonriendo y haciendo planes de futuro con ella. Era un jugador peligroso que siempre lo tenía todo pensado. *Siempre*, se recordó con firmeza. Mantuvo los ojos lejos e hizo una pila con un montón de papeles sobre el escritorio mientras Kaz se quitaba el chaleco y la camisa. No sabía si se sentía halagada o insultada porque no pareciera importarle su presencia—. ¿Cuánto tiempo estaremos fuera?

Se atrevió a mirarlo a través de la puerta abierta. Estaba lleno de músculos tensos

y cicatrices, pero solo tenía dos tatuajes: el cuervo y la copa de los Despojos en el antebrazo y, sobre él, una R negra en el bíceps. Nunca le había preguntado lo que significaba.

Eran sus manos lo que atrajo la atención de Inej mientras él se quitaba los guantes de cuero y mojaba un paño en el lavabo. Solamente se los quitaba allí y, por lo que ella sabía, solo delante de ella. Cualquiera que fuera la afección que escondía, Inej no veía señales de ella, solo unos dedos esbeltos como ganzúas y una brillante cicatriz de alguna pelea callejera de hacía mucho tiempo.

—Unas semanas, quizás un mes —respondió él mientras se pasaba el paño húmedo por los brazos y el pecho, con el agua goteando por su torso.

Por todos los Santos, pensó Inej mientras sus mejillas se calentaban. Había perdido casi toda la vergüenza durante su tiempo en la Reserva, pero tenía sus límites. ¿Qué diría Kaz si ella se desnudara de pronto y comenzara a lavarse delante de él? *Probablemente me diría que no mojara el escritorio*, pensó con el ceño fruncido.

—¿Un mes? —dijo—. ¿Estás seguro de que deberías marcharte con los Puntas Negras tan alterados?

—Apostaría a que sí. Y hablando de eso, llama a Jesper y a Muzzen. Los quiero aquí al amanecer. Y necesitaré a Wylan en el Club Cuervo mañana por la noche.

—¿Wylan? Si es para un trabajo importante...

—Hazlo.

Inej cruzó los brazos. En un instante hizo que se ruborizase y al siguiente que le entraran ganas de cometer un asesinato.

—¿Vas a explicarme algo de esto?

—Cuando estemos todos. —Se puso una camisa limpia y después dudó mientras se abotonaba el cuello—. Esto no es un encargo, Inej. Es un trabajo que puedes aceptar o rechazar según te parezca.

Una campana de alarma sonó dentro de ella. Se exponía al peligro cada día en las calles del Barril. Había matado para los Despojos, robado, derribado a hombres buenos y malos, y Kaz nunca había sugerido que ninguno de los encargos fueran menos que una orden que obedecer. Ese era el precio que ella había aceptado cuando Per Haskell compró su contrato y la liberó de la Reserva. Entonces, ¿qué tenía ese trabajo de diferente?

Kaz terminó con los botones, se puso un chaleco color carbón y le tiró algo. Destelló en el aire, y ella lo atrapó con una mano. Cuando abrió el puño vio un alfiler de corbata con un enorme rubí rodeado de hojas doradas de laurel.

—Véndelo —dijo Kaz.

—¿De quién es?

—Ahora es nuestro.

—¿De quién era?

Kaz permaneció en silencio. Tomó su abrigo y utilizó un cepillo para limpiarle el

barro seco.

—De alguien que debería haberlo pensado mejor antes de hacer que me atacaran.

—¿Te han atacado?

—Ya me has oído.

—¿Alguien te ha pillado por sorpresa?

Él la miró y asintió una vez con la cabeza. La intranquilidad la recorrió como una serpiente y se retorció en un nudo ansioso y susurrante. Nadie se enfrentaba a Kaz. Era lo más duro y terrorífico que recorría los callejones del Barril. Ella dependía de eso, y él también.

—No volverá a pasar —prometió Kaz. Se puso unos guantes limpios, tomó su bastón y fue hacia la puerta—. Volveré en unas pocas horas. Lleva el DeKappel que robamos de la casa de Van Eck a la cámara. Creo que está enrollado bajo mi cama. Ah, y haz un pedido de un sombrero nuevo.

—*Por favor.*

Kaz soltó un suspiro mientras se preparaba para los tres dolorosos tramos de escaleras. Miró por encima del hombro y dijo:

—Por favor, mi querida Inej, tesoro de mi corazón, ¿me harías el honor de adquirir un nuevo sombrero?

Inej le dirigió una significativa mirada a su bastón.

—Que tengas un largo viaje hasta abajo —replicó, y después saltó a la barandilla y se deslizó de un tramo al siguiente, resbaladiza como la mantequilla en una sartén.



az siguió el Stave Oriental hacia el puerto, a través del distrito de apuestas del Barril. La infame maraña de calles estrechas y canales menores conocida como el Barril estaba delimitada por dos canales grandes, el Stave Oriental y el Stave Occidental, cada uno con una clientela particular. Los edificios del Barril eran diferentes de cualquier otro sitio de Ketterdam, más grandes y anchos, pintados todos de colores estridentes, clamando por la atención de los transeúntes: el Cofre del Tesoro, el Nudo Dorado, la Barcaza de Weddell. Los mejores salones de apuestas se encontraban más al norte, en el excelente inmueble del Tapón, la sección del canal más cercana a los puertos, situada favorablemente para atraer turistas y marineros.

Pero no el Club Cuervo, musitó Kaz mientras levantaba la mirada hasta la fachada negra y carmesí. Le había costado mucho atraer a los turistas y a los mercaderes con sed de riesgo tan al sur para el entretenimiento. Ahora se acercaban las cuatro campanadas y seguía habiendo una gran multitud fuera del club. Kaz observó la marea de gente que fluía más allá de las columnas negras del pórtico, bajo el ojo vigilante del oxidado cuervo de plata que extendía sus alas sobre la entrada. Benditos pichones, pensó. *Bendita gente buena y generosa lista para vaciar las carteras en las arcas de los Despojos y decir que han pasado un buen rato.*

Veía charlatanes delante gritando a los clientes potenciales, ofreciendo bebidas gratis, tazas de café caliente y el mejor trato de todo Ketterdam. Los saludó con un asentimiento de cabeza y siguió avanzando hacia el norte.

Solo un antro de juego más del Stave le importaba: el Palacio Esmeralda, el orgullo y alegría de Pekka Rollins. El edificio era de un feo verde, adornado con árboles artificiales cargados de monedas de oro y plata falsos. Todo el lugar era una

especie de tributo a la ascendencia kaélica de Rollins y su banda, los Leones Moneda. Incluso las chicas que trabajaban en los mostradores y mesas iban cubiertas de seda verde reluciente y tenían el pelo teñido de un rojo oscuro y antinatural para imitar el aspecto de las chicas de la Isla Errante. Mientras Kaz pasaba junto al Palacio, levantó la mirada hasta las falsas monedas de oro, dejando que la furia lo invadiera. La necesitaría esa noche como recordatorio de lo que había perdido, de lo que pretendía ganar. La necesitaba para prepararse de cara a su imprudente aventura.

—Ladrillo a ladrillo —murmuró para sí mismo. Eran las únicas palabras que mantenían su furia a raya, que le impedían atravesar las estridentes puertas doradas y verdes del Palacio, exigir una audiencia privada con Rollins y cortarle la garganta. *Ladrillo a ladrillo*. Era la promesa que le permitía dormir por las noches, que mantenía a raya el fantasma de Jordie. Porque una muerte rápida era demasiado buena para Pekka Rollins.

Kaz observó el flujo de clientes que entraban y salían de las puertas del Palacio y captó de un vistazo a su propia gente, hombres y mujeres que había contratado para llevar a los clientes de Pekka al sur con la perspectiva de mejor trato, mayores ganancias y chicas más guapas.

—¿De dónde vienes tan rojo? —le dijo uno a otro, hablando mucho más alto de lo necesario.

—Acabo de volver del Club Cuervo. Gané cien *kruge* en solo dos horas.

—¡No me digas!

—¡Pues sí! Acabo de venir por el Stave a por una cerveza y para encontrarme con un amigo. ¿Por qué no te unes a nosotros y vamos todos juntos?

—¡El Club Cuervo! ¿Quién lo hubiera pensado?

—Venga, te invito a un trago. ¡Os invitaré a todos!

Y se alejaron juntos riendo, dejando a los clientes a su alrededor preguntándose si tal vez no deberían bajar unos puentes por el canal y ver si la suerte era más favorable allí. La servidora de Kaz, la avaricia, los atraía al sur como un flautista tocando una melodía.

Se aseguraba de ir rotando a su gente, cambiando las caras para que los charlatanes y los porteros de Pekka nunca se enteraran, y cliente a cliente le quitaba el negocio al Palacio. Era una de las infinitas pequeñas formas que había encontrado para hacerse fuerte a costa de Pekka: interceptar sus cargamentos de *jurda*, cobrarle tarifas por acceder al Quinto Puerto, bajar los alquileres para que sus propiedades no tuvieran arrendatarios, y lenta, muy lentamente tirar de los hilos que componían su vida.

A pesar de las mentiras que había extendido y de lo que le había asegurado esa noche a Geels, Kaz no era un cabrón. Ni siquiera era de Ketterdam. Tenía nueve años y Jordie trece cuando llegaron a la ciudad, con un cheque de la venta de la granja de su padre cosido prudentemente en el bolsillo interno del viejo abrigo de Jordie. Kaz podía verse como era entonces, caminando por el Stave con ojos aturdidos y su mano

en la de Jordie para que no se lo llevara la multitud. Odiaba los chicos que habían sido, dos pichones estúpidos esperando que los desplumaran. Pero esos chicos habían desaparecido hacía mucho, y lo único que quedaba ya era castigar a Pekka Rollins.

Un día Rollins se acercaría a Kaz de rodillas, rogándole ayuda. Si lograba hacer ese trabajo para Van Eck, ese día llegaría mucho antes de lo que jamás podría haber esperado. *Ladrillo a ladrillo, voy a destruirte.*

Pero si Kaz quería tener alguna esperanza de entrar en la Corte de Hielo, necesitaba a la gente adecuada, y el asunto de la próxima hora lo dejaría un paso más cerca de ganar dos piezas vitales del puzle.

Giró por un camino que bordeaba uno de los canales más pequeños. A los turistas y mercaderes les gustaba quedarse en sitios más iluminados, por lo que el tráfico a pie allí era más escaso y podía ir más rápido. Pronto las luces y la música de Stave Occidental quedaron a la vista; el canal estaba inundado de hombres y mujeres de toda clase y país buscando distracción.

La música salía flotando de los salones con las puertas abiertas, y los hombres y mujeres se arrellanaban en los sofás con poco más que trozos de seda y baratijas llamativas. Los acróbatas colgaban de unas cuerdas sobre el canal, con sus cuerpos flexibles cubiertos por nada salvo purpurina, mientras que los artistas callejeros hacían sus trucos esperando ganar una moneda o dos de los transeúntes. Los vendedores ambulantes gritaban a las elegantes *gondels* privadas de los mercaderes ricos del canal y a los barcos más grandes que llevaban turistas y marineros a tierra desde el Tapón.

Muchos turistas jamás entraban en los burdeles del Stave Occidental. Tan solo acudían a observar la multitud, que era un espectáculo en sí mismo. Mucha gente elegía visitar esa parte del Barril disfrazada, con velos, máscaras o capas, sin nada visible salvo el brillo de sus ojos. Compraban los disfraces en una de las tiendas especializadas de los canales principales y a veces desaparecían de la vista de sus compañeros durante un día o una semana, según lo que duraran sus ahorros. Se vestían como el Señor Carmesí o la Novia Perdida, o llevaban la máscara grotesca de ojos saltones del Demente; todos personajes de la *Komedie Brute*. Y después estaban los Chacales, un grupo de hombres y chicos alborotadores que tonteaban por el Barril con las máscaras lacadas rojas de los adivinos suli.

Kaz recordaba cuando Inej había visto por primera vez las máscaras de chacal en un escaparate. No había podido contener su desdén.

—Los verdaderos adivinos suli son muy poco frecuentes. Son hombres y mujeres santos. Estas máscaras que venden como objetos de fiesta son símbolos sagrados.

—He visto adivinos suli gastar sus ganancias en caravanas y barcos de placer, Inej. No parecían muy santos.

—Son un fraude. Se convierten en payasos para ti y tu clase.

—¿Mi clase?

Kaz se había reído, y ella agitó la mano con desprecio.

—*Shevrati* —dijo—. No saben nada. Se ríen de ti bajo esas máscaras.

—De mí no, Inej. Yo nunca daría una buena moneda para que alguien me dijera el futuro, fraude o santo.

—El destino tiene planes para todos nosotros, Kaz.

—¿Fue el destino lo que te apartó de tu familia y te metió en una casa del placer de Ketterdam? ¿O tan solo una suerte muy mala?

—No estoy segura todavía —replicó con frialdad.

En momentos como ese, Kaz pensaba que ella tal vez lo odiara.

Se abrió paso entre la multitud, una sombra en un caos de color. Cada una de las casas de placer principales tenía una especialidad, algunas más obvias que otras. Pasó junto al Iris Azul, el Gato Patizambo, los hombres oscuros con el ceño fruncido en las ventanas de la Forja, la Oscura, el Sauce Cambiante, las rubias de ojos de cordero de la Casa de la Nieve, y por supuesto la Reserva, también conocida como la Casa Exótica, donde habían obligado a Inej a ponerse sedas suli falsas. Vio a Tante Heleen con sus plumas de pavo real y su famosa gargantilla de diamantes en la dorada recepción. Ella dirigía la Reserva, buscaba a las chicas y se aseguraba de que se comportaran. Cuando vio a Kaz sus labios se apretaron en una línea amarga. Levantó la copa, pero el gesto era más una amenaza que un saludo. Él la ignoró y siguió avanzando.

La Casa de la Rosa Blanca era uno de los establecimientos más lujosos del Stave Occidental. Tenía su propio puerto, y su reluciente fachada de piedra blanca hacía que pareciera más la mansión de un mercader que una casa del placer. Sus balcones siempre estaban repletos de rosas blancas, cuyo aroma flotaba denso y dulce sobre esa parte del canal.

El vestíbulo estaba aún más lleno de perfume. Había enormes jarrones de alabastro repletos de más rosas blancas, y unos hombres y mujeres (algunos con máscaras o velos, y otros con las caras desnudas) esperaban sobre sofás color marfil, dando sorbos a un vino casi incoloro y mordisqueando pastelitos de vainilla cubiertos de licor de almendras.

El chico de la mesa llevaba un traje de terciopelo color crema, con una rosa blanca en el ojal. Tenía el cabello blanco y los ojos incoloros. Salvo por los ojos parecía albino, pero Kaz sabía que cierta Grisha lo había modificado para que encajara con la decoración de la Casa.

—Señor Brekker —dijo—, Nina está con un cliente.

Kaz asintió con la cabeza y bajó por un pasillo detrás de un rosal en una maceta, resistiendo la necesidad de enterrar la nariz en el cuello de su camisa. A Onkle Félix, el chulo que dirigía la Rosa Blanca, le gustaba decir que las chicas de esa casa eran tan dulces como sus flores. Pero los clientes estaban engañados. Esa clase particular de rosa blanca, la única lo bastante dura como para sobrevivir al húmedo clima de Ketterdam, no tenía ningún olor natural. Todas las flores eran perfumadas a mano.

Kaz recorrió con los dedos los paneles detrás de la maceta y presionó con el

pulgar un nudo en la pared. Esta se abrió, y Kaz subió por una escalera en espiral que solo utilizaba el personal.

La habitación de Nina se encontraba en el tercer piso. La puerta de al lado estaba abierta y la habitación vacía, así que Kaz se coló dentro, apartó un bodegón y presionó la cara contra la pared. Las mirillas eran una característica de todos los burdeles. Eran una forma de asegurarse de que los empleados fueran honestos y ofrecían una enorme emoción a cualquiera que disfrutara viendo a otros obteniendo placer. Kaz había visto tantos habitantes de los barrios bajos buscando satisfacción en esquinas y callejones oscuros que no le veía ningún atractivo. Además, sabía que cualquiera que observara por esa mirilla en concreto esperando emoción quedaría muy decepcionado.

Un pequeño hombre calvo estaba sentado y completamente vestido ante una mesa redonda cubierta por un mantel color marfil, con las manos pulcramente unidas junto a una bandeja de café sin tocar. Nina Zenik se encontraba junto a él, con la *kefta* de seda roja que señalaba su estatus como Mortificadora Grisha. Tenía una palma sobre la frente del hombre y la otra en su nuca. Era alta, con la constitución del mascarón de proa de un barco tallado por una mano generosa. Estaban en silencio, como si se hubieran congelado junto a la mesa. Ni siquiera había una cama en la habitación, solo un estrecho diván donde Nina se aovillaba cada noche.

Cuando Kaz le había preguntado por qué, ella se había limitado a decir:

—No quiero que a nadie se le ocurra nada.

—Un hombre no necesita una cama para que se le ocurra algo, Nina.

Ella había batido las pestañas.

—¿Qué sabrás tú sobre eso, Kaz? Quítate esos guantes y veremos qué se nos ocurre.

Kaz había mantenido los fríos ojos en ella hasta que bajó la mirada. No le interesaba coquetear con Nina Zenik, y sabía que ella no estaba ni remotamente interesada en él. Simplemente le gustaba coquetear con cualquier cosa. Una vez la había visto poniendo ojitos a un par de zapatos que le gustaban en un escaparate.

Nina y el hombre calvo se quedaron sentados sin hablar mientras los minutos pasaban y, cuando el reloj dio la hora, él se levantó y le besó la mano.

—Vete —dijo ella en tono solemne—. Queda en paz.

El le volvió a besar la mano con lágrimas en los ojos.

—Gracias.

En cuanto el cliente bajó por el pasillo, Kaz salió de la habitación y llamó a la puerta de Nina. Esta la abrió con cautela, sin quitar la cadena.

—Ah —dijo al ver a Kaz—. Tú.

No parecía particularmente contenta de verlo. No era de extrañar; rara vez era bueno tener a Kaz Brekker en tu puerta. Quitó la cadena y le dejó entrar mientras se quitaba la *kefta* roja, revelando un trozo de satén tan delgado que apenas contaba como prenda.

—Por todos los Santos, odio esta cosa —dijo, dando una patada a la *kefta* y sacando un camisón harapiento de un cajón.

—¿Qué le pasa? —preguntó Kaz.

—No está bien hecha. Y pica.

La *kefta* era de fabricación kerch, no ravkana: un disfraz, no un uniforme. Kaz sabía que Nina jamás lo llevaba en las calles; era demasiado arriesgado para un Grisha. Al formar parte de los Despojos cualquiera que actuara en su contra se arriesgaba a sufrir la venganza de la banda, pero eso no importaría mucho para ella si acababa en un barco de esclavos dirigido a quién sabe dónde.

Nina se sentó en una silla frente a la mesa y sacó los pies de las sandalias enjoyadas, clavando los dedos en la lujosa alfombra blanca.

—Aaaah —dijo con satisfacción—. Mucho mejor. —Se metió uno de los pasteles del servicio de café en la boca y masculló—: ¿Qué quieres, Kaz?

—Tienes migas en el canalillo.

—Me da igual —replicó ella, mordiendo otro pastelito—. Qué hambre.

Kaz negó con la cabeza, divertido e impresionado por lo rápido que Nina había dejado la farsa de la sabia sacerdotisa Grisha. Su verdadera vocación habría sido el escenario.

—¿Era Van Aakster, el mercader? —preguntó Kaz.

—Sí.

—Su mujer murió hace un mes y sus negocios han sido un desastre desde entonces. Ahora que te está visitando, ¿podemos esperar un vuelco?

Nina no necesitaba una cama porque se especializaba en las emociones. Comerció con alegría, calma, confianza. La mayoría de los Corporalki Grisha se centraban en el cuerpo, en matar o sanar, pero Nina necesitaba un trabajo que la mantuviera en Ketterdam y sin meterse en problemas. Así que en lugar de arriesgar su vida y ganar mucho dinero como mercenaria, ralentizaba los latidos, tranquilizaba la respiración, relajaba los músculos. Tenía un lucrativo negocio secundario como Confeccionadora, ocupándose de las arrugas y los carrillos de los kerch ricos, pero su principal fuente de ingresos venía de alterar el humor. Las personas acudían a ella sintiéndose solas, afligidas, tristes sin razón alguna; y se marchaban animadas y con su ansiedad aliviada. El efecto no duraba demasiado, pero a veces la ilusión era suficiente para que sus clientes se sintieran capaces de enfrentarse a otro día. Nina decía que tenía algo que ver con las glándulas, pero a Kaz le daban igual los detalles siempre que apareciera cuando la necesitara y pagara a Per Haskell su porcentaje a tiempo.

—Creo que verás un cambio —dijo Nina. Se terminó el último pastelito, se lamió los dedos con deleite y después dejó la bandeja fuera de la puerta e hizo sonar la campana para que acudiera una doncella—. Van Aakster empezó a venir a finales de la última semana y ha venido todos los días desde entonces.

—Excelente. —Kaz tomó nota mental para comprar algunas de las acciones a la

baja de la empresa de Van Aakster. Aunque el cambio de humor del hombre fuera resultado del trabajo de Nina, el negocio remontaría. Dudó y entonces dijo—: Le haces sentir mejor, alivias su congoja y todo eso... pero ¿podrías obligarlo a hacer algo? ¿Quizás hacerle olvidar a su mujer?

—¿Alterar los caminos de su mente? No seas absurdo.

—El cerebro solo es un órgano más —replicó Kaz, citando a Van Eck.

—Sí, pero es increíblemente complejo. Controlar o alterar los pensamientos de otra persona... bueno, no es como reducir el pulso o liberar alguna sustancia química para mejorar el humor de alguien. Hay demasiadas variables. Ningún Grisha es capaz de eso.

Sí, corrigió Kaz.

—Entonces tratas los síntomas, no la causa.

Ella se encogió de hombros.

—Está evitando el dolor, no tratándolo. Si yo soy su solución, en realidad nunca superará la muerte.

—¿Entonces le dirás que no vuelva? ¿Le aconsejarás que busque una nueva esposa y deje de llamar a tu puerta?

Ella se pasó un cepillo por el pelo castaño claro y le echó un vistazo a través del espejo.

—¿Tiene planes Per Haskell de olvidar mi deuda?

—Ninguno en absoluto.

—Pues entonces Van Aakster seguirá sufriendo a su manera. Tengo otro cliente dentro de media hora, Kaz. ¿Qué quieres de mí?

—Tu cliente puedes esperar. ¿Qué sabes de la *jurda parem*?

Nina se encogió de hombros.

—Hay rumores, pero a mí me parecen tonterías sin sentido.

A excepción del Consejo de Mareas, los pocos Grisha que trabajaban en Ketterdam se conocían todos e intercambiaban información de inmediato. La mayoría huía de algo, y no querían atraer la atención de los esclavistas o el interés del gobierno de Ravka.

—No son solo rumores.

—¿Vendavales volando? ¿Agitamareas convirtiéndose en niebla?

—Hacedores transformando el plomo en oro. —Se metió la mano en el bolsillo y le tiró el trozo amarillo—. Es real.

—Los Hacedores fabrican tejidos. Juguetean con metales y telas. No pueden convertir una cosa en otra. —Sostuvo el trozo bajo la luz—. Podrías haber sacado esto de cualquier parte —dijo, al igual que había hecho él en casa de Van Eck unas horas antes.

Sin ser invitado, Kaz se sentó en el lujoso diván y estiró la pierna mala.

—La *jurda parem* es real, Nina, y si sigues siendo la buena soldado Grisha que creo que eres, querrás oír lo que le hace a la gente como tú.

Ella movió el trozo de oro entre sus manos y después se ajustó más el camisón y se enroscó al extremo del diván. Una vez más, Kaz se maravilló ante la transformación. En esas habitaciones interpretaba el papel que sus clientes querían ver: la poderosa Grisha, serena en su conocimiento. Pero ahí sentada con el ceño fruncido y los pies bajo su cuerpo parecía lo que era en realidad: una chica de diecisiete años criada entre la seguridad y el lujo del Pequeño Palacio, lejos de su hogar y apenas sobreviviendo al día a día.

—Cuéntame —le dijo.

Kaz habló. Se calló los detalles sobre la propuesta de Van Eck, pero le habló de Bo Yul-Bayur, la *jurda parem* y las propiedades adictivas de la droga, poniendo especial énfasis en el robo reciente de los documentos militares ravkanos.

—Si todo eso es cierto, entonces hay que eliminar a Bo Yul-Bayur.

—Ese no es el trabajo, Nina.

—El dinero no es lo importante aquí, Kaz.

El dinero siempre era lo importante. Pero Kaz sabía que necesitaba una clase de presión diferente: Nina amaba su país y amaba a su gente. Todavía creía en el futuro de Ravka y en el Segundo Ejército, la élite militar Grisha que casi se había desintegrado durante la guerra civil. Los amigos de Nina en Ravka creían que estaba muerta, víctima de los cazadores de brujas fjerdanos, y por el momento quería permanecer así. Pero Kaz sabía que esperaba regresar algún día.

—Nina, vamos a rescatar a Bo Yul-Bayur, y necesito a un Corporalnik para hacerlo. Te quiero en mi grupo.

—Dondequiera que se esconda, cuando lo encuentres, dejarlo vivir sería la irresponsabilidad más intolerable. Mi respuesta es que no.

—No se está escondiendo. Los fjerdanos lo tienen en la Corte de Hielo.

Nina hizo una pausa.

—Entonces es como si estuviera muerto.

—El Consejo Mercante no piensa así. No se meterían en tantos problemas ni ofrecerían esta clase de recompensa si pensaran que lo han neutralizado. Van Eck estaba preocupado, lo noté.

—¿El mercader con el que hablaste?

—Sí. Afirma que su información es veraz. Si no lo es, bueno, mala suerte. Pero si Bo Yul-Bayur está vivo, alguien va a tratar de sacarlo de la Corte de Hielo. ¿Por qué no nosotros?

—La Corte de Hielo —repitió Nina, y Kaz supo que había comenzado a unir las piezas—. No necesitas solo un Corporalnik, ¿verdad?

—No. Necesito a alguien que conozca la Corte por dentro y por fuera.

Ella se puso en pie y comenzó a pasearse con las manos en las caderas y el camisón ondeando.

—Eres un imbécil, ¿sabes? ¿Cuántas veces he acudido a ti rogándote que ayudes a Matthias? Y ahora que tú quieres algo...

—Per Haskell no tiene una organización benéfica.

—No culpes al viejo —le espetó ella—. Si hubieras querido ayudarme, sabes que podrías haberlo hecho.

—¿Y por qué lo habría hecho?

Ella se giró hacia él.

—Porque... porque...

—¿Cuándo he hecho algo a cambio de nada, Nina? —Ella abrió la boca y la volvió a cerrar—. ¿Sabes cuántos favores habría tenido que pedir? ¿Cuántos sobornos habría tenido que pagar para sacar a Matthias Helvar de la prisión? El precio era demasiado alto.

—¿Y ahora? —logró decir ella, todavía con los ojos furiosos.

—Ahora la libertad de Helvar vale algo.

—Va...

Él levantó una mano para callarla.

—Vale algo *para mí*.

Nina se presionó las sienes con los dedos.

—Incluso aunque pudieras sacarlo, Matthias jamás aceptaría ayudarte.

—Tan solo tendría que convencerlo, Nina.

—No lo conoces.

—Ah, ¿no? Es una persona como cualquier otra, movido por la avaricia, el orgullo y el dolor. Deberías entender eso mejor que nadie.

—Helvar se mueve por el honor y solo por el honor. No puedes sobornar ni manipular eso.

—Puede que eso fuera cierto una vez, Nina, pero ha sido un año muy largo. Helvar ha cambiado mucho.

—¿Lo has visto?

Los ojos verdes de Nina estaban muy abiertos, ansiosos. *Ahí está*, pensó Kaz, *el Barril todavía no te ha arrancado la esperanza*.

—Pues sí.

Nina tomó un aliento profundo y tembloroso.

—Quiere venganza, Kaz.

—Eso es lo que quiere, no lo que necesita —replicó él—. Para inclinar la balanza hay que conocer la diferencia.



La sensación enfermiza en el estómago de Nina no tenía nada que ver con el balanceo del bote de remos. Trató de respirar hondo, de concentrarse en las luces del puerto de Ketterdam desapareciendo tras ellos y en el chapoteo constante de los remos en el agua. Junto a ella Kaz se ajustó la máscara y la capa, mientras Muzzen remaba con una velocidad agresiva e implacable, acercándolos a Terrenjel, una de las pequeñas islas periféricas de Kerch, más cerca de la Puerta del Infierno y de Matthias.

Había una bruma baja y húmeda sobre el agua. Transportaba el olor a brea y maquinaria de los astilleros de Imperjum y algo más: el hedor dulzón de los cuerpos ardiendo de la Barcaza del Segador, donde Ketterdam se deshacía de los muertos que no podían permitirse ser enterrados en los cementerios que había fuera de la ciudad. *Asqueroso*, pensó Nina, ajustándose más la capa. Por qué querría nadie vivir en una ciudad como esa era algo que no comprendía.

Muzzen tarareaba alegremente mientras remaba. Nina solo lo conocía de pasada; era portero y sicario, como el desafortunado Gran Bolliger. La Grisha había evitado el Listón y el Club Cuervo tanto como había podido. Kaz la había tachado de esnob por eso, pero a ella no le importaba gran cosa lo que Kaz Brekker opinara sobre sus gustos. Miró los enormes hombros de Muzzen. Se preguntó si Kaz lo habría llevado para remar o porque esperaba problemas esa noche.

Por supuesto que habrá problemas. Iban a asaltar una prisión, así que no sería ninguna fiesta. Entonces, ¿porqué estamos vestidos para una?

Había quedado con Kaz y Muzzen en el Quinto Puerto a medianoche, y cuando embarcó en el pequeño bote de remos, Kaz le dio una capa de seda azul y un velo a

juego, el atuendo de la Novia Perdida, uno de los disfraces que les gustaba utilizar a los buscadores de placer cuando probaban los excesos del Barril. Él llevaba una gran capa naranja con una máscara del Demente sobre la cabeza, al igual que Muzzen. Lo único que necesitaban era un escenario y podrían interpretar una de esas escenillas oscuras y salvajes de la *Komedie Brute* que a los kerch les resultaban tan desternillantes.

Kaz le dio un codazo.

—Bájate el velo.

Se bajó su propia máscara. La larga nariz y los ojos saltones parecían el doble de monstruosos en la bruma.

Nina estaba a punto de rendirse y preguntar por qué necesitaban los disfraces cuando se dio cuenta de que no se encontraban solos. A través de la niebla cambiante, vio otros botes que se movían por el agua transportando las formas de otros Dementes, otras Novias, un Señor Escarlata, una Reina Escarabajo. ¿A qué iba esa gente a la Puerta del Infierno?

Kaz se había negado a contarle los detalles de su plan, y cuando ella insistió él se limitó a decirle que subiera al bote. Así era Kaz. Sabía que no tenía que contarle nada porque el atractivo de la libertad de Matthias ya se había antepuesto por completo a su sentido común. Se había pasado la mayor parte del año tratando de convencer a Kaz de que sacara a Matthias de la cárcel. Ahora podía ofrecerle a Matthias más que la libertad, pero el precio sería mucho más alto de lo que esperaba.

Solo unas pocas luces eran visibles mientras se acercaban al banco rocoso de Terrenjel. El resto era oscuridad y olas que rompían.

—¿No podrías sobornar al carcelero y ya? —le murmuró a Kaz.

—No necesito que sepa que tiene algo que quiero.

Cuando el casco del bote arañó la arena, dos hombres se apresuraron a meterlos más en tierra. Los otros botes que había visto Nina estaban llegando a tierra en el mismo sitio, y más hombres gruñones los arrastraban hasta la orilla soltando maldiciones. Sus facciones estaban borrosas a través de la gasa de su velo, pero Nina vio los tatuajes de sus antebrazos: un gato fiero enroscado en una corona; el símbolo de los Leones Moneda.

—Dinero —dijo uno de ellos mientras salían del bote.

Kaz le entregó un fajo de *kruge* y, tras contarlos, el León Moneda les hizo un gesto para que se marcharan.

Siguieron una hilera de antorchas por un camino irregular hasta el lado de sotavento de la prisión. Nina inclinó la cabeza hacia atrás para mirar las altas torres negras de la fortaleza conocida como Puerta del Infierno, un oscuro puño de piedra que salía del mar. Lo había visto antes de lejos, cuando había pagado a un pescador para que la llevara a la isla, pero al pedirle que se acercara él se había negado.

—Los tiburones son malos allí —había asegurado—. Tienen el estómago lleno de sangre de convicto.

Nina se estremeció por el recuerdo.

Habían abierto una puerta, y otro miembro de los Leones condujo a Nina y a los demás adentro. Entraron a una cocina oscura y sorprendentemente limpia, con las paredes llenas de enormes cubas que parecían más adecuadas para hacer la colada que para cocinar. La habitación tenía un olor extraño, a vinagre y salvia. *Como la cocina de un mercader*, pensó Nina. Los kerch pensaban que el trabajo era similar al rezo. A lo mejor las mujeres de los mercaderes iban allí para fregar los suelos, las paredes y las ventanas, para honrar a Ghezen, el dios de la industria y el comercio, con el jabón, el agua y el frote de sus manos. Nina reprimió una arcada. Podían fregar todo lo que quisieran. Debajo de ese aroma saludable estaba el hedor imborrable del moho, la orina y los cuerpos sin lavar. Tal vez hiciera falta un verdadero milagro para sacarlo.

Pasaron por un pasillo de entrada frío y húmedo. Pensó que se dirigirían hacia las celdas, pero en su lugar atravesaron otra puerta y fueron a una pasarela de piedra alta que conectaba la prisión principal con lo que parecía otra torre.

—¿Adonde vamos? —susurró, pero Kaz no respondió. El viento se incrementó, levantándole el velo y azotando sus mejillas con espuma salada.

Mientras entraban en la segunda torre una figura salió de las sombras, y Nina apenas reprimió un grito.

—Inej —dijo con un aliento tembloroso. La chica suli llevaba los cuernos y la túnica de cuello alto del Diablillo Gris, pero Nina la reconoció de todos modos. Nadie más se movía así, como si el mundo fuera humo y ella solo lo estuviera atravesando—. ¿Cómo has llegado aquí? —le susurró.

—Vine antes, en una barcaza de suministros.

Nina apretó los dientes.

—¿La gente entra y sale de la Puerta del Infierno por diversión?

—Una vez por semana, sí —dijo Inej, con sus pequeños cuernos de diablillo subiéndolo y bajándolo con su cabeza.

—¿Cómo que una...?

—Silencio —gruñó Kaz.

—No me mandes callar, Brekker —susurró Nina con furia—. Si es tan fácil entrar en la Puerta del...

—El problema no es entrar, sino salir. Ahora cállate y permanece alerta.

Nina se tragó su furia. Tenía que confiar en que Kaz se encargara de todo. Él se había asegurado de que no le quedara otra opción.

Entraron por un estrecho pasadizo. Esa torre parecía distinta a la primera, más vieja, y sus ásperas paredes de piedra estaban ennegrecidas por el humo de las antorchas. El guía de los Leones abrió una pesada puerta de hierro y les hizo un gesto para que lo siguieran mientras bajaba una escarpada escalera. Allí el olor a cuerpos y desechos era peor, atrapado por la humedad sudorosa del agua salada.

Bajaron en espiral hasta las entrañas de la roca. Nina se sujetó a la pared. No

había barandilla y, aunque no podía ver el fondo, dudaba que la caída fuera agradable. No fueron muy lejos, pero cuando llegaron a su destino estaba temblando, con los músculos tensos más por saber que Matthias se encontraba en alguna parte de ese terrible lugar que por el esfuerzo. *Está aquí. Está bajo este techo.*

—¿Dónde estamos? —susurró mientras se agachaban por unos estrechos túneles de piedra, pasando junto a unas cuevas oscuras llenas de barrotes de hierro.

—Esta es la vieja prisión —explicó Kaz—. Cuando construyeron la nueva torre dejaron esta en pie.

Nina oyó gemidos en una de las celdas.

—¿Todavía tienen prisioneros aquí?

—Solo a los peores.

Miró entre los barrotes de una celda vacía. Había grilletes en la pared, oscuros por el óxido y lo que tal vez fuera sangre.

A través de las paredes un sonido llegó a los oídos de Nina, un golpeteo rítmico. Al principio pensó que era el océano, pero entonces se dio cuenta de que era un cántico. Emergieron a un túnel en curva. A su derecha había más celdas antiguas, pero la luz se derramaba en el túnel desde los arcos tambaleantes de la izquierda, y a través de ellos vio a una multitud agitada que bramaba.

El León Moneda los condujo por el túnel hasta el tercer arco, donde un guardia vestido con un uniforme azul y gris se encontraba con un rifle sobre la espalda.

—Cuatro más para ti —le gritó por encima del ruido. Después se giró hacia Kaz—. Si tenéis que marcharos, el guardia llamará a un acompañante. Nadie se pasea por ahí sin guía, ¿comprendido?

—Por supuesto, por supuesto, ni en sueños —aseguró Kaz desde debajo de su ridícula máscara.

—Disfrutad —dijo el León con una fea sonrisa. El guardia les hizo un gesto para que entraran.

Nina atravesó el arco y se sintió como si hubiera caído en alguna extraña pesadilla. Se encontraban en un saliente de piedra, sobre un anfiteatro tosco y poco profundo. Habían vaciado la torre para crear una arena. Solo quedaban las paredes negras de la vieja prisión; el tejado se había derrumbado hacía mucho o había quedado destruido, y el cielo nocturno era visible arriba, lleno de nubes y libre de estrellas. Era como estar en el tronco vacío de un árbol enorme, algo muerto hace mucho y lleno de aullidos retumbantes.

A su alrededor había hombres y mujeres enmascarados y cubiertos con velos, apiñados en los salientes, golpeando con los pies mientras la acción tenía lugar debajo. Las paredes que rodeaban el foso de lucha brillaban con la luz de las antorchas y la arena del suelo estaba roja y húmeda donde se había empapado de sangre.

Enfrente de la boca oscura de la cueva, un hombre flacucho y barbudo con grilletes estaba junto a una gran rueda de madera marcada con lo que parecían

pequeños dibujos de animales. Estaba claro que alguna vez había sido fuerte, pero su piel colgaba en pliegues sueltos y sus músculos estaban caídos. Un hombre más joven se encontraba junto a él con una capa raída hecha de piel de león y la cara enmarcada por la gran boca del felino. Había una estridente corona de oro entre las orejas del león, cuyos ojos habían sido reemplazados por brillantes monedas de plata.

—¡Gira la rueda! —ordenó.

El prisionero levantó las manos con grilletes y dio un fuerte giro a la rueda. Una aguja roja fue señalando los dibujos mientras giraba, produciendo un alegre traqueteo, y después la rueda se detuvo con lentitud. Nina no podía distinguir el símbolo, pero la multitud bramó y los hombros del hombre cayeron cuando un guardia se adelantó para quitarle las cadenas.

El prisionero las tiró a un lado, a la arena, y un segundo después Nina lo oyó: un rugido que sobrepasaba incluso los aullidos de emoción de la multitud. El hombre de la capa de león y el guardia de la prisión se subieron deprisa a una escalera de cuerda y salieron del foso hasta la seguridad de un saliente mientras el prisionero tomaba un cuchillo de aspecto endeble de un montón de armas ensangrentadas tiradas sobre la arena. Se alejó de la boca del túnel tanto como pudo.

Nina nunca había visto una criatura como la que salió arrastrándose del túnel. Era alguna clase de reptil, con el grueso cuerpo cubierto de escamas de un gris verdoso, la cabeza ancha y plana y los ojos amarillos con hendiduras. Se movió de forma lenta y sinuosa, y su cuerpo bajo se deslizaba perezosamente sobre el suelo. Había una corteza blanca alrededor de la ancha media luna de su boca, y cuando abrió las mandíbulas para volver a rugir algo húmedo, blanco y espumoso cayó de sus dientes puntiagudos.

—¿Qué es esa cosa? —preguntó Nina.

—*Rinca moten* —dijo Inej—. Un lagarto del desierto. El veneno de su boca es letal.

—Parece muy lento.

—Sí. Eso es lo que parece.

El prisionero se lanzó hacia delante con su cuchillo. El gran lagarto se movió con tanta rapidez que Nina apenas podía verlo. En un momento el prisionero estaba atacándolo, y al siguiente el lagarto se encontraba al otro lado de la arena. Apenas unos segundos después su cabeza golpeó al prisionero, clavándolo al suelo mientras gritaba, y el veneno goteó sobre su cara dejando marcas humeantes donde tocaba su piel.

La criatura dejó caer su peso sobre el prisionero con un ruido enfermizo de aplastamiento y comenzó a mordisquear su hombro con lentitud mientras el hombre chillaba.

La multitud estaba abucheando.

Nina desvió los ojos, incapaz de mirar.

—¿Qué es esto?

—Bienvenida al Espectáculo del Infierno —dijo Kaz—. A Pekka Rollins se le ocurrió la idea hace unos años y se la sugirió al miembro adecuado del Consejo.

—¿El Consejo Mercante lo sabe?

—Pues claro que lo sabe, Nina. Ganan mucho dinero aquí.

Nina se clavó las uñas en las palmas. Ese tono condescendiente hacía que le entraran ganas de abofetear a Kaz.

Conocía bien el nombre de Pekka Rollins. Era el rey del Barril, el dueño de no uno sino dos palacios de juego (uno lujoso, y el otro dedicado a marineros con los bolsillos menos llenos) y varios de los burdeles de mayor prestigio. Cuando Nina llegó a Ketterdam un año atrás, estaba sin amigos, sin dinero y lejos de casa. Se había pasado la primera semana en los tribunales de Kerch, ocupándose de los cargos contra Matthias. Pero cuando acabó de dar su testimonio, la dejaron sin más miramientos en el Primer Puerto con apenas dinero suficiente para reservar un pasaje de vuelta a Ravka. Aunque estaba desesperada por regresar a su país, sabía que no podía dejar que Matthias se pudriera en la Puerta del Infierno.

No tenía ni idea de qué hacer, pero parecía que los rumores sobre una nueva Corporalnik Grisha en Ketterdam ya circulaban por la ciudad. Los hombres de Pekka Rollins la habían estado esperando en el puerto con la promesa de seguridad y un lugar donde quedarse. La habían llevado al Palacio Esmeralda, donde el propio Pekka le había insistido para que se uniera a los Leones Moneda y le había ofrecido un trabajo en la Dulcería. Había estado a punto de decir que sí, desesperada por conseguir dinero y aterrada de los tratantes de esclavos que patrullaban las calles. Pero aquella noche, Inej había entrado por su ventana en el piso superior del Palacio Esmeralda con una propuesta de Kaz Brekker en la mano.

Nina jamás pudo averiguar cómo Inej había logrado escalar seis pisos de piedra resbaladiza por la lluvia en mitad de la noche, pero los términos de los Despojos eran mucho más favorables que los ofrecidos por Pekka y los Leones Moneda. Era un contrato que podría pagar en un año o dos si era lista con el dinero. Y Kaz había enviado a la persona adecuada a defender su propuesta, una chica suli solo unos meses más joven que Nina que había crecido en Ravka y había pasado un año muy feo en la Reserva.

—¿Qué puedes contarme de Per Haskell? —había preguntado Nina aquella noche.

—No mucho —había admitido Inej—. No es mejor ni peor que la mayoría de los jefes del Barril.

—¿Y Kaz Brekker?

—Es mentiroso, un ladrón, y no tiene conciencia. Pero cumplirá cualquier trato que hagas con él.

Nina había oído la convicción de su voz.

—¿Te liberó de la Reserva?

—No hay libertad en el Barril, solo buenos términos. Las chicas de Tante Heleen

nunca logran pagar sus contratos. Ella se asegura de que no lo hagan. Ella... — Entonces Inej se había detenido, y Nina había notado la furia vibrante que la atravesaba—. Kaz convenció a Per Haskell para que pagara mi contrato. Si no, habría muerto en la Reserva.

—Tal vez mueras con los Despojos.

Los ojos oscuros de Inej habían relucido.

—Tal vez. Pero moriré de pie con un cuchillo en la mano.

A la mañana siguiente, Inej había ayudado a Nina a escapar del Palacio Esmeralda. Quedaron con Kaz Brekker y, a pesar de sus fríos modales y esos extraños guantes de cuero, Nina aceptó unirse a los Despojos y trabajar para la Rosa Blanca. Menos de dos días después una chica murió en la Dulcería, estrangulada en la cama por un cliente vestido como el Señor Carmesí al que nunca encontraron.

Nina había confiado en Inej y no se había arrepentido, aunque en ese momento estaba furiosa con todo el mundo. Observó a un grupo de Leones Moneda pinchando al lagarto del desierto con largas lanzas. Al parecer el monstruo estaba saciado tras su comida y permitió que lo condujeran de vuelta al túnel arrastrando su grueso cuerpo de un lado a otro en un movimiento pausado y sinuoso.

La multitud siguió abucheando mientras los guardias entraban en la arena para sacar los restos del prisionero, con volutas de humo todavía saliendo de su carne destrozada.

—¿Por qué se quejan? —preguntó Nina enfadada—. ¿No es por esto por lo que han venido?

—Querían una pelea —dijo Kaz—. Esperaban que durara más.

—Esto es asqueroso.

Kaz se encogió de hombros.

—Lo único asqueroso es que yo no lo pensara primero.

—Estos hombres no son esclavos, Kaz. Son prisioneros.

—Son asesinos y violadores.

—Y ladrones y estafadores. Tu gente.

—Nina, querida, no los obligan a pelear. Se presentan voluntarios. Obtienen mejor comida, celdas privadas, licor, *jurda*, encuentros con chicas del Stave Occidental.

Muzzen hizo crujir los nudillos.

—Parece mejor que lo que tenemos en el Listón.

Nina miró a la gente que gritaba y vociferaba, las personas que caminaban por los pasillos tomando nota de las apuestas. Puede que los prisioneros de la Puerta del Infierno hicieran cola para pelear, pero Pekka Rollins era quien ganaba dinero de verdad.

—Helvar no... Helvar no lucha en la arena, ¿verdad?

—No hemos venido por el ambiente —replicó Kaz.

Qué ganas de abofetearlo.

—¿Eres consciente de que puedo mover los dedos y hacer que mojes los pantalones?

—Calma, Mortificadora. Me gustan estos pantalones. Y si comienzas a trastear con mis órganos vitales, Matthias Helvar jamás volverá a ver la luz del sol.

Nina soltó aire y se contentó con lanzar chispas por los ojos hacia nadie en particular.

—Nina... —murmuró Inej.

—No empieces.

—Saldrá bien. Deja que Kaz haga lo que mejor hace.

—Es horrible.

—Pero efectivo. Enfadarse con Kaz por ser despiadado es como enfadarse con un fogón por estar caliente. Sabes cómo es.

Nina cruzó los brazos.

—También estoy enfadada contigo.

—¿Conmigo? ¿Por qué?

—Todavía no lo sé. Pero lo estoy.

Inej le dio a Nina un breve apretón en la mano y, tras un momento, ella se lo devolvió. Observó aturdida la siguiente lucha, y después la siguiente. Se dijo que estaba preparada para eso, para verlo otra vez, para verlo en ese lugar brutal. Después de todo, era una Grisha y una soldado del Segundo Ejército. Había visto cosas peores.

Pero cuando Matthias salió de la boca de la cueva, supo que se equivocaba. Lo reconoció de inmediato. Cada noche del último año se había quedado dormida pensando en su cara. No había confusión en las cejas doradas, en sus pómulos afilados. Pero Kaz no había mentido: Matthias había cambiado mucho. El chico que devolvía la mirada a la multitud con furia en los ojos era un extraño.

Nina recordaba la primera vez que lo había visto en un bosque kaélico iluminado por la luna. Su belleza le había parecido injusta. En otra vida, tal vez hubiera creído que iba a rescatarla, un reluciente salvador de pelo dorado y ojos del azul pálido de los glaciares del norte. Pero sabía la verdad sobre él por el idioma que hablaba y la repulsión en su cara cada vez que sus ojos se clavaban en ella. Matthias Helvar era un *drüskelle*, uno de los cazadores de brujas fjerdanos con la tarea de cazar a los Grisha para someterlos a juicio y a su ejecución, aunque a ella siempre le había recordado a un Santo guerrero, iluminado de oro.

Ahora parecía lo que era de verdad: un asesino. Su torso desnudo parecía tallado en acero y, aunque sabía que no era posible, parecía más grande, como si la propia estructura de su cuerpo hubiera cambiado. Su piel había sido dorada como la miel, pero ahora era blanca como la tripa de un pescado bajo la suciedad. Y su pelo... había tenido un pelo precioso, espeso y dorado, largo como lo llevaban los soldados fjerdanos. Ahora, como a los otros prisioneros, le habían afeitado la cabeza, probablemente para evitar los piojos. Quienquiera que se hubiera encargado había perpetrado un desastre. Incluso desde la distancia, Nina podía ver los cortes y

arañazos en su cuero cabelludo, los pequeños mechones rubios en los lugares que la cuchilla había fallado. Y aun así, seguía siendo guapo.

Fulminó a la multitud con la mirada y dio a la rueda un fuerte giro que casi la derribó de su base.

Tic, tic, tic, tic. Serpientes. Tigre. Oso. Jabalí. La rueda traqueteó alegremente, después se ralentizó y al fin se paró.

—No —dijo Nina al ver a dónde apuntaba la aguja.

—Podría ser peor —señaló Muzzen—. Podría haber vuelto a caer en el lagarto del desierto.

La Grisha agarró el brazo de Kaz a través de su capa y sintió que sus músculos se tensaban.

—Tienes que detener esto.

—Suéltame, Nina.

Su voz áspera como la grava era baja, pero la chica sintió una amenaza real en ella. Le soltó la mano.

—Por favor, no lo entiendes. Él...

—Si sobrevive, sacaré a Matthias Helvar de aquí esta noche, pero esta parte depende de él.

Nina negó con la cabeza, frustrada.

—No lo entiendes.

El guardia abrió los grilletes de Matthias y, tan pronto como las cadenas cayeron a la arena, saltó a la escalera de cuerda con el presentador para que los subieran a un lugar seguro. La multitud gritó y golpeó el suelo con los pies. Pero Matthias permaneció en silencio, inmóvil, incluso cuando la puerta se abrió, incluso cuando los lobos salieron corriendo del túnel. Eran tres, gruñendo y lanzando dentelladas, empujándose entre ellos para llegar hasta él.

En el último segundo Matthias se agachó, tiró al primer lobo a la tierra de un puñetazo y después giró hacia la derecha para tomar el cuchillo ensangrentado que había dejado el anterior combatiente sobre la arena. Se puso en pie de un salto, sujetando la hoja frente a él, pero Nina podía sentir su reticencia. Tenía la cabeza inclinada a un lado y la expresión de sus ojos azules era suplicante, como si estuviera tratando de entablar una negociación silenciosa con los dos lobos que daban vueltas a su alrededor. Fuera cual fuera la súplica, hicieron oídos sordos. El lobo de la derecha saltó. Matthias se agachó, giró y clavó el cuchillo en la tripla del lobo. Este soltó un aullido horrible y Matthias pareció estremecerse ante el sonido. Le costó unos segundos muy preciados. El tercer lobo cayó sobre él y lo derribó sobre la arena. Sus dientes se hundieron en su hombro, pero él giró, llevando consigo al animal. El lobo cerró las mandíbulas y Matthias las atrapó. Las separó mientras los músculos de sus brazos se tensaban, con expresión seria. Nina cerró los ojos con fuerza. Hubo un ruido enfermizo y la multitud rugió.

Matthias se arrodilló sobre el lobo, que tenía la mandíbula rota y yacía sobre el

suelo retorciéndose de dolor. Cogió una roca y la usó para golpear con fuerza el cráneo del pobre animal. Se quedó inmóvil y los hombros de Matthias cayeron. La gente aulló, dando pisotones en el suelo. Solo Nina sabía lo que le costaba a él, que había sido un *drüskelle*. Los lobos eran sagrados para los suyos, criados para la batalla como sus enormes caballos. Eran amigos y compañeros que luchaban al lado de sus amos *drüskelle*.

El primer lobo se había recuperado y estaba caminando en círculos. *Muévete, Matthias*, pensó Nina con desesperación. Él se puso en pie, pero sus movimientos eran lentos y cansados. Su corazón no estaba en la batalla. Sus oponentes eran lobos grises, delgaduchos y salvajes, pero eran primos de los lobos blancos del norte de Fjerda. Matthias no tenía cuchillo, solo la roca ensangrentada en la mano, y el lobo restante recorría la arena entre él y la pila de armas. Bajó la cabeza y mostró los dientes.

Matthias saltó hacia la izquierda. El lobo se abalanzó hacia él y le clavó los dientes en el costado. El fjerdano gruñó y golpeó el suelo con fuerza. Por un momento, Nina pensó que tal vez se rindiera y dejara que el lobo tomara su vida. Entonces estiró el brazo y su mano rebuscó algo en la arena. Sus dedos se cerraron sobre los grilletes que habían sujetado sus muñecas.

Los tomó, rodeó la garganta del lobo con la cadena y tiró, con las venas del cuello hinchándose por el esfuerzo. Su cara ensangrentada estaba contra el cuello del lobo, con los ojos muy cerrados y los labios moviéndose. ¿Qué estaba diciendo? ¿Una plegaria *drüskelle*? ¿Una despedida?

Las patas traseras del lobo arañaron la tierra. Puso los ojos en blanco, brillantes y asustados contra su pelaje apelmazado. Un gimoteo agudo se elevó de su pecho, y entonces terminó. El cuerpo de la criatura se quedó quieto. Ambos luchadores yacían inmóviles en la arena. Matthias mantuvo los ojos cerrados, con la cara todavía enterrada en el pelaje del lobo.

La aprobación de la multitud fue como un trueno. La escalera de cuerda bajó y el presentador saltó de ella, puso a Matthias en pie y le sujetó la muñeca para levantar su mano en señal de victoria. Le dio un pequeño codazo y Matthias levantó la cabeza. Nina contuvo el aliento.

Había lágrimas entre la suciedad de su rostro. La furia había desaparecido, y era como si una llama se hubiera apagado con ella. Sus ojos del mar del norte eran más fríos de lo que jamás había visto Nina, vacíos de sentimiento, despojados de todo lo humano. Eso era lo que le había hecho la Puerta del Infierno. Y la culpa era de ella.

Los guardias sujetaron a Matthias otra vez, quitaron los grilletes de la garganta del lobo y se los cerraron en las muñecas. Mientras lo conducían lejos de ahí, la multitud canturreó con desaprobación:

—¡Más! ¡Más!

—¿Adonde lo llevan? —preguntó Nina con voz temblorosa.

—A una celda, para recuperarse de la pelea durmiendo —dijo Kaz.

—¿Quién se ocupará de sus heridas?

—Tienen *mediks*. Esperaremos para asegurarnos de que esté solo.

Yo podría curarlo, pensó ella. Pero una voz más oscura se alzó en su interior, llena de burla. *Ni siquiera tú puedes ser tan estúpida, Nina. Ningún Sanador puede curar a ese chico. Tú te aseguraste de ello.*

Pensó que iba a saltar de su propia piel. Los demás observaron la siguiente pelea: Muzzen con avidez, flexionando los dedos y preguntándose por el resultado; Inej silenciosa e inmóvil como una estatua; y Kaz inescrutable como siempre, maquinando detrás de esa horrible máscara. Nina ralentizó su propia respiración y bajó su pulso tratando de calmarse, pero no pudo hacer nada para silenciar el caos en su cabeza.

Al fin, Kaz le dio un codazo.

—¿Lista, Nina? El guardia primero.

Ella echó un vistazo al guardia que había junto al arco.

—¿Cómo de duro?

Era una frase hecha del Barril. *¿Cuánto daño quieres que le haga?*

—Ojo cerrado.

Que pierda el conocimiento, pero no le hagas daño de verdad.

Siguieron a Kaz hasta el arco por el que habían entrado. El resto de la multitud no se fijó demasiado en ellos, con los ojos clavados en la lucha de abajo.

—¿Necesitáis acompañante? —preguntó el guardia mientras se acercaban.

—Tengo una pregunta —dijo Kaz. Bajo la capa, Nina levantó las manos, sintiendo el flujo de sangre en las venas del guardia, el tejido de sus pulmones—. Sobre tu madre y si los rumores son ciertos.

Nina sintió que el pulso del hombre se incrementaba y suspiró.

—Nunca lo pones fácil, ¿verdad, Kaz?

El guardia dio un paso hacia delante, levantando la pistola.

—¿Qué has dicho? Te... —Sus párpados bajaron—. Tú no...

Nina le bajó el pulso y se derrumbó hacia delante.

Muzzen lo sujetó antes de que pudiera caer mientras Inej le ponía la capa que Kaz lucía apenas unos momentos antes. Nina tan solo se sorprendió un poco al ver que Kaz llevaba debajo el uniforme de un guardia de la prisión.

—¿No podrías haberle pedido la hora o algo y ya está? —preguntó—. ¿Y de dónde has sacado ese uniforme?

Inej le puso la máscara del Demente al guardia y Muzzen le pasó el brazo por encima, sosteniéndolo como si hubiera bebido demasiado. Lo dejaron en uno de los bancos que había contra la pared trasera.

Kaz se tiró de las mangas del uniforme.

—Nina, a la gente le encanta dar autoridad a los hombres con ropa bonita. Tengo uniformes de la *stadwatch*, la policía portuaria y el personal de cada mansión mercante de la Geldstraat. Vámonos.

Bajaron por el pasillo.

En lugar de volver por donde habían venido, se movieron en el sentido contrario a las agujas del reloj por la vieja torre, mientras la pared de la arena vibraba con las voces y los golpes de los pies a su derecha. Los guardias de cada arco les dedicaron poco más que un vistazo, aunque algunos asintieron con la cabeza en dirección a Kaz, que mantenía un ritmo rápido y la cara enterrada en el cuello.

Nina estaba tan ensimismada en sus pensamientos que casi no vio que Kaz extendía una mano para que bajaran la velocidad. Habían doblado una curva entre dos arcos y se encontraban bajo unas sombras profundas. Delante de ellos un *medik* salía de una celda acompañado por dos guardias, uno de ellos con una lámpara.

—Dormiré toda la noche —dijo el *medik*—. Aseguraos de que beba algo por la mañana y comprobad sus pupilas. He tenido que darle un somnífero poderoso.

Mientras los hombres se alejaban en dirección opuesta, Kaz hizo un gesto para que el grupo avanzara. La puerta en la roca era de hierro sólido, rota solo por una estrecha rendija por la que pasar las comidas del preso. Kaz se inclinó hacia la cerradura.

Nina miró la tosca puerta de hierro.

—Este lugar es pura barbarie.

—La mayoría de los mejores luchadores duermen en la vieja torre —respondió Kaz—. Así están lejos del resto de reclusos.

Nina miró a izquierda y derecha, donde una luz brillante se derramaba de las entradas a la arena. Había guardias en esas puertas, tal vez distraídos, pero tan solo hacía falta que giraran la cabeza. Si los atrapaban ahí, ¿se molestarían en entregarlos a la *stadwatch* para un juicio o los meterían en el foso para que se los comiera un tigre y ya está? *Tal vez algo menos digno*, pensó sombríamente. *Un puñado de ratas furiosas*.

Kaz tardó unos latidos rápidos en forzar la cerradura. La puerta se abrió con un chirrido y ellos entraron.

La celda estaba totalmente a oscuras. Pasó un breve instante y el frío resplandor verde de un hueso de luz cobró vida junto a ella. Inej sostenía en alto la pequeña esfera de cristal. La sustancia de su interior estaba hecha de los cuerpos secos y aplastados de los peces luminosos de las profundidades marinas. Eran comunes entre los bandidos del Barril que no querían que los atraparan en un callejón oscuro pero tampoco querían molestar en llevar lámparas.

Al menos está limpia, pensó Nina mientras sus ojos se acostumbraban a la penumbra. *Vacía y fría como el hielo, pero no sucia*. Vio un catre con mantas y dos cubos contra la pared, uno de ellos con un trapo ensangrentado asomándose por el borde.

Era eso por lo que competían los hombres de la Puerta del Infierno: una celda privada, una manta, agua limpia y un cubo para los desperdicios.

Matthias dormía con la espalda contra la pared. Incluso bajo la débil luz, Nina vio

que la cara se le estaba empezando a hinchar. Le habían puesto alguna clase de ungüento sobre las heridas; caléndula. Reconocía el olor. Avanzó hacia él, pero Kaz la detuvo con una mano en el brazo.

—Que Inej compruebe los daños.

—Puedo... —comenzó Nina.

—Necesito que trabajes con Muzzen.

Inej le tiró a Kaz el bastón con empuñadura en forma de cabeza de cuervo que debía de haber ocultado bajo su disfraz de Diablillo Gris y se arrodilló junto al cuerpo de Matthias con el hueso de luz. Muzzen avanzó. Se quitó la capa, la camisa y la máscara del Demente. Tenía la cabeza afeitada y llevaba pantalones de presidiario. Nina miró a Matthias y después a Muzzen, comprendiendo lo que Kaz tenía en mente. Ambos jóvenes tenían más o menos la misma altura y constitución, pero ahí era donde acababan las similitudes.

—No puedes pretender que Muzzen ocupe el lugar de Matthias.

—No está aquí por su chispeante conversación —replicó Kaz—. Tienes que reproducir las heridas de Helvar. Inej, ¿qué tenemos?

—Nudillos amoratados, diente partido, dos costillas rotas. La tercera y la cuarta de la izquierda.

—¿Su izquierda o la tuya? —preguntó Kaz.

—La suya.

—Esto no va a funcionar —dijo Nina, frustrada—. Puedo imitar el daño del cuerpo de Helvar, pero no soy tan buena Confeccionadora como para que Muzzen se parezca a él.

—Confía en mí, Nina.

—No confiaría en ti ni para que me ataras los zapatos si quisieras los cordones, Kaz. —Eché un vistazo a la cara de Muzzen—. Aunque lo hinche, no va a colar.

—Esta noche, Matthias Helvar, o más bien nuestro querido Muzzen, va a parecer que contrae la viruela de fuego, la cepa lupina, que transmiten los lobos y los perros. Mañana por la mañana, cuando los guardias lo descubran tan cubierto de pústulas que sea irreconocible, lo dejarán un mes en cuarentena para ver si sobrevive a la fiebre y para evitar el contagio. Mientras tanto, Matthias estará con nosotros. ¿Lo pillas?

—¿Quieres que haga que parezca que Muzzen tiene viruela de fuego?

—Sí, y hazlo deprisa, Nina, porque en unos diez minutos las cosas se van a poner frenéticas por aquí.

Ella lo miró fijamente. ¿Qué estaba planeando?

—Da igual lo que le haga, no durará un mes. No puedo provocarle una fiebre permanente.

—Mi contacto en la enfermería se asegurará de que crean que sigue enfermo. Tan solo necesitamos que supere el diagnóstico. Ahora, a trabajar.

Nina miró a Muzzen de arriba abajo.

—Esto te va a doler tanto como si hubieras estado tú mismo en la pelea —le

advirtió.

Él arrugó el rostro, preparándose para el dolor.

—Puedo soportarlo.

Ella puso los ojos en blanco y después levantó las manos, concentrándose. Con un gesto rápido de la mano derecha sobre la izquierda, partió las costillas de Muzzen.

Él soltó un gruñido y se dobló.

—Buen chico —dijo Kaz—. Soportándolo como un campeón. Ahora los nudillos y después la cara.

Nina extendió moratones y cortes por los nudillos y los brazos de Muzzen, a juego con las heridas que describió Inej.

—Nunca he visto la viruela de fuego de cerca —señaló. Tan solo estaba familiarizada con las ilustraciones de los libros que había utilizado en su entrenamiento de anatomía en el Pequeño Palacio.

—Considérate afortunada —replicó Kaz con voz sombría—. Deprisa.

Trabajó de memoria, hinchando y partiendo la piel en la cara y el pecho de Muzzen, provocando ampollas hasta que la hinchazón y las pústulas eran tan desagradables que de verdad era irreconocible. El hombretón gimió.

—¿Por qué has aceptado hacer esto? —murmuró Nina.

La cara hinchada de Muzzen tembló, y Nina pensó que tal vez estuviera tratando de sonreír.

—Era mucho dinero —dijo con voz pastosa.

Ella suspiró. ¿Por qué si no hacía algo alguien en el Barril?

—¿Tanto como para encerrarte en la Puerta del Infierno?

Kaz dio unos golpecitos en el suelo de la celda con el bastón.

—Deja de buscar problemas, Nina. Si Helvar coopera, él y Muzzen tendrán su libertad en cuanto acabe el trabajo.

—¿Y si no?

—Entonces Helvar volverá a su celda y Muzzen recibirá su dinero de todos modos. Y lo llevaré a desayunar al Kooperom.

—¿Puedo comer gofres? —masculló Muzzen.

—Todos comeremos gofres. Y beberemos whisky. Si este trabajo no sale bien, nadie va a querer estar conmigo sobrio. ¿Has terminado, Nina?

Ella asintió con la cabeza e Inej ocupó su lugar para vendar a Muzzen como Matthias.

—De acuerdo —dijo Kaz—. Pon a Helvar en pie.

Nina se agachó junto a Matthias mientras Kaz permanecía sobre ella con el hueso de luz. Incluso durmiendo sus facciones estaban atormentadas, con las pálidas cejas arrugadas. Movié las manos sobre la línea amoratada de su mandíbula, resistiendo la necesidad de dejarla ahí.

—La cara no, Nina. Necesito que se mueva, no que esté guapo. Cúralo rápido y solo lo suficiente para que camine. No quiero que esté tan recuperado como para

molestarnos.

Nina bajó la manta y se puso a trabajar. *Solo un cuerpo más*, se dijo. Kaz siempre la llamaba de madrugada para que curara a miembros heridos de los Despojos a los que no quería llevar a ningún *medik* legítimo: chicas con agujeros de puñaladas, chicos con piernas rotas o balas dentro, víctimas de algún enfrentamiento con la *stadwatch* u otra banda. *Finge que es Muzzen*, se dijo. *O Gran Bolliger o algún otro idiota. No conoces a este chico*. Y era cierto. El chico al que conocía tal vez fuera la base, pero habían construido algo nuevo sobre ella.

Tocó su hombro con suavidad.

—Helvar —dijo, y él no se movió—. Matthias.

Notó un nudo en la garganta y sintió el dolor de las lágrimas que la amenazaban. Depositó un beso sobre su sien. Sabía que Kaz y los demás los estaban observando y que estaba quedando como una idiota, pero después de tanto tiempo por fin estaba allí, delante de ella, y hecho polvo.

—Matthias —repitió.

—¿Nina?

Tenía la voz áspera, pero tan bonita como recordaba.

—Por todos los Santos, Matthias —susurró—. Por favor, despierta.

Él abrió sus ojos azul pálido, mareado.

—Nina —dijo con suavidad. Sus nudillos le rozaron la mejilla y su mano tosca le tocó la cara con duda e incredulidad—. ¿Nina?

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas.

—Shhh, Matthias. Estamos aquí para sacarte.

Antes de que pudiera pestañear, él le agarró los hombros y la sujetó contra el suelo.

—Nina —gruñó.

Y entonces cerró las manos sobre su garganta.

SEGUNDA PARTE

SERVIDORA
Y PALANCA



Matthias estaba soñando otra vez. Soñando con ella.

En todos sus sueños le daba caza, a veces a través de los prados verdes de la primavera, pero normalmente por los campos helados, esquivando rocas y grietas con pasos certeros. Siempre la perseguía y siempre la atrapaba. En los buenos sueños la tiraba al suelo y la estrangulaba, observando cómo la vida abandonaba sus ojos con el corazón lleno de venganza, *por fin, por fin*. En los sueños malos, la besaba.

En esos sueños ella no se oponía. Se reía como si la persecución no fuera más que un juego, como si supiera que la atraparía, como si quisiera que lo hiciera y deseara más que nada estar debajo de él. Era acogedora y perfecta en sus brazos. Él la besaba y enterraba la cara en el dulce hueco bajo su cuello. Los bucles de ella le rozaban las mejillas, y él sentía que si pudiera abrazarla un poco más cada herida, cada dolor, cada cosa mala se desvanecería.

—Matthias —susurraba ella, y su nombre era muy suave en sus labios.

Esos eran los peores sueños, y cuando despertaba se odiaba a sí mismo tanto como a ella. Saber que podía traicionarse, traicionar otra vez a su país hasta en sueños, saber que después de todo lo que había hecho alguna parte enfermiza de él todavía tenía sed de ella... era demasiado.

Aquella noche tenía un sueño malo, muy malo. Llevaba seda azul, ropa mucho más lujosa que nada que le hubiera visto puesto; tenía alguna clase de velo vaporoso en su pelo, y la luz de la lámpara se reflejaba en él como lluvia atrapada. Dios, qué bien olía. La humedad musgosa seguía ahí, pero también el perfume. A Nina le gustaba el lujo, y ese era caro; rosas y algo más, algo que su miserable nariz no reconocía. Ella presionó los suaves labios contra su sien, y él podría jurar que estaba

llorando.

—Matthias.

—¿Nina? —logró decir él.

—Por todos los Santos, Matthias —susurró ella—. Por favor, despierta.

Y entonces se despertó y supo que se había vuelto loco porque ella estaba ahí, en su celda, arrodillada junto a él con la mano apoyada con suavidad sobre su pecho.

—Matthias, por favor.

El sonido de su voz suplicándole. Había soñado con eso. A veces Nina le suplicaba piedad. A veces eran otras cosas las que suplicaba.

Levantó la mano y le tocó la cara. Tenía una piel muy suave. Una vez se había reído de eso. Ningún soldado de verdad tenía una piel así, mimada y bien cuidada. Se había burlado de la exuberancia de su cuerpo, avergonzado por su propia respuesta ante ella. Llevó la mano a la cálida curva de su mejilla, sintió el suave roce de su pelo. Tan hermosa. Tan real. No era justo.

Entonces se fijó en sus manos llenas de venas ensangrentadas. El dolor lo atacó mientras se despertaba del todo; costillas rotas, nudillos doloridos. Se había partido un diente. No estaba seguro de cuándo, pero se había cortado la lengua con él en algún momento. Su boca todavía tenía el sabor cobrizo de la sangre. *Los lobos*. Le habían obligado a asesinar lobos.

Estaba despierto.

—¿Nina?

Había lágrimas en los hermosos ojos verdes de la chica. La furia lo atravesó. No tenía derecho a las lágrimas, ningún derecho a la lástima.

—Shhh, Matthias. Estamos aquí para sacarte.

¿Qué juego era ese? ¿Qué nueva crueldad? Acababa de aprender a sobrevivir en ese monstruoso lugar y ahora ella había acudido para castigarlo con alguna nueva tortura.

Se lanzó hacia ella, la tiró al suelo y cerró las manos alrededor de su garganta, sentándose a horcajadas encima de modo que sus rodillas le clavaran los brazos al suelo. Sabía muy bien que Nina era letal con las manos libres.

—Nina —dijo entre dientes. Ella le arañó las manos—. Bruja —siseó, inclinándose sobre la chica. Vio que sus ojos se ensanchaban y su cara enrojecía—. Suplica. Suplícame por tu vida.

Oyó un clic y una voz áspera dijo:

—Quítale las manos de encima, Helvar.

Alguien detrás de él le había puesto una pistola al cuello. Matthias no le dirigió ni un vistazo.

—Adelante, dispara —dijo, y clavó más las puntas de los dedos en el cuello de Nina... Nada le privaría de aquello. Nada.

Traidora, bruja, abominación. Todas esas palabras acudieron a él, pero otras también lo hicieron: *hermosa, encantadora*. *Röed fetla*, la había llamado, pajarillo

rojo, por el color de su Orden Grisha. El color que ella amaba. Apretó con más fuerza, silenciando ese débil forcejeo en su interior.

—Si de verdad has perdido la cabeza, esto va a ser mucho más difícil de lo que pensaba —dijo la voz áspera.

Oyó un silbido como de algo moviéndose por el aire y entonces un fuerte dolor le atravesó el hombro izquierdo. Sentía como si le hubiera golpeado un pequeño puño, pero el brazo entero se le entumeció. Gruñó mientras caía hacia delante, con una mano todavía alrededor del cuello de Nina. Habría caído directamente sobre la chica, pero tiraron de él hacia atrás por el cuello de su camisa.

Un joven con uniforme de guardia se encontraba ante él, con unos ojos oscuros relucientes, una pistola en una mano y un bastón en la otra. La empuñadura estaba tallada como la cabeza de un cuervo, con un pico cruelmente puntiagudo.

—Contrólate, Helvar. Estamos aquí para sacarte. Puedo hacerle a tu pierna lo que le he hecho a tu brazo, y entonces te sacaremos a rastras, o puedes salir de aquí como un hombre, andando.

—Nadie sale de la Puerta del Infierno —replicó Matthias.

—Hoy sí.

El preso se sentó tratando de recobrar la compostura, sujetándose el brazo muerto.

—No podéis sacarme de aquí; los guardias me reconocerán —gruñó—. No voy a perder privilegios de lucha para que me lleven a Djel sabe dónde con vosotros.

—Estarás enmascarado.

—Si los guardias comprueban...

—Estarán demasiado ocupados para comprobar nada —dijo el chico pálido y extraño. Y entonces comenzaron los gritos.

Matthias levantó la cabeza de golpe. Oyó el tronar de los pasos desde la arena, incrementándose como una ola mientras la gente irrumpía en el pasillo fuera de su celda. Oyó los gritos de los guardias y después el rugido de un gran felino, el barritar de un elefante.

—Has abierto las jaulas. —La voz de Nina estaba temblorosa por la incredulidad, aunque a saber qué era real y qué actuación en ella. Matthias se negó a mirar en su dirección. Si lo hacía, perdería todo sentido de la realidad. Apenas era capaz de controlarse de por sí.

—Se suponía que Jesper tenía que esperar hasta las tres campanadas —dijo el chico pálido.

—Ya han sonado las tres campanadas, Kaz —señaló desde una esquina una chica pequeña de pelo oscuro y una piel suli profundamente bronceada. Una figura cubierta de costras y vendajes se apoyaba contra ella.

—¿Desde cuándo es puntual Jesper? —se quejó el chico con un vistazo a su reloj—. En pie, Helvar.

Le ofreció una mano enguantada. Matthias la miró fijamente. *Esto es un sueño. El más extraño que he tenido nunca, pero sin duda un sueño.* O a lo mejor matar a los

lobos lo había vuelto loco de verdad al fin. Había asesinado a su familia esa noche. Ninguna plegaria susurrada por sus almas salvajes lo arreglaría.

Miró al pálido demonio con sus manos de guantes negros. Kaz, lo había llamado la chica. ¿Conduciría a Matthias fuera de esa pesadilla o solo lo arrastraría a una clase diferente de infierno? *Elige, Helvar.*

Matthias tomó la mano del chico. Si aquello era real y no una ilusión, escaparía de cualquier trampa que esas criaturas le hubieran preparado. Oyó que Nina soltaba un largo suspiro... ¿estaba aliviada? ¿Exasperada? Sacudió la cabeza; ya se encargaría de ella más tarde. La pequeña chica de bronce le puso una capa sobre los hombros y una fea máscara con nariz en forma de pico en la cabeza.

El pasadizo fuera de la celda era un caos. De un lado a otro corrían hombres y mujeres disfrazados, gritando y empujándose, tratando de alejarse de la arena. Los guardias habían sacado sus pistolas, y podía oír disparos. Se sentía mareado y le dolía mucho el costado. Su brazo izquierdo seguía inútil.

Kaz hizo una señal hacia el arco más alejado por la derecha, indicando que debían moverse en contra de la marea de gente en dirección a la arena. A Matthias le daba igual. Podría sumergirse entre la multitud, abrirse camino hasta esa escalera y meterse en un bote. *¿Y después qué?* No importaba. No había tiempo para planear.

Se metió entre la muchedumbre, pero tiraron de él hacia atrás al instante.

—Los chicos como tú no deberían tener ideas, Helvar —dijo Kaz—. Esa escalera conduce a un embotellamiento. ¿Crees que los guardias no mirarán bajo tu máscara antes de dejarte pasar?

Matthias frunció el ceño y siguió a los demás a través de la multitud, con la mano de Kaz sobre la espalda.

Si el pasadizo había sido un caos, la arena era una clase especial de locura. Matthias vio hienas saltando y brincando sobre los salientes. Una se estaba alimentando de un cuerpo con capa carmesí. Un elefante cargó contra la pared del estadio, levantando una nube de polvo y bramando con frustración. Vio a un oso blanco y a uno de los grandes felinos de la jungla de las Colonias del Sur agachado en el alero, mostrando los dientes. Sabía que también había serpientes en las jaulas. Tan solo podía esperar que ese tal Jesper no hubiera sido lo bastante estúpido como para liberarlas también.

Corrieron por la arena donde Matthias llevaba seis meses luchando por privilegios, pero mientras se dirigían hacia el túnel el lagarto del desierto se acercó pesadamente a ellos, con el espumoso veneno blanco goteando de su boca y su gruesa cola azotando el suelo. Antes de que Matthias pudiera pensar en moverse, la chica de bronce saltó sobre su lomo y despachó a la criatura con dos brillantes dagas que clavó bajo la armadura de escamas. El lagarto gruñó y se derrumbó a un lado. Matthias sintió una punzada de tristeza. Era una criatura grotesca, y jamás había visto a un luchador sobrevivir a su ataque, pero también era un ser vivo. *Nunca he visto a un luchador sobrevivir hasta ahora, se corrigió. Hay que vigilar las dagas de la chica de*

bronce.

Había supuesto que cruzarían la arena y subirían para evitar la multitud que abarrotaba el pasillo, que posiblemente correrían por las escaleras y tratarían de despistar a los guardias que debían de estar esperando arriba. En lugar de eso, Kaz los condujo por el túnel que bajaba más allá de las jaulas. Estas eran viejas celdas que habían sido ocupadas por las bestias a las que los jefes de la Puerta del Infierno habían conseguido esa semana: viejos animales del circo, incluso ganado enfermo, criaturas sacadas del bosque y del campo. Mientras corrían junto a las puertas abiertas vio un par de ojos amarillos mirándolo desde las sombras, pero siguió avanzando. Maldijo su brazo muerto y su falta de armas. Estaba prácticamente indefenso. *¿Adonde nos lleva este Kaz?* Pasaron junto a un jabalí salvaje que se alimentaba de un guardia y un felino moteado que les bufó, pero no se acercó.

Y entonces, a través del olor almizcleño de los animales y el hedor de sus excrementos, olió el profundo y claro aroma del agua salada. Oyó el ruido de las olas. Resbaló y descubrió que las rocas bajo sus pies se encontraban húmedas. Se había adentrado más en el túnel de lo que jamás le habían permitido. Debía de conducir al mar. Pretendieran lo que pretendiesen Nina y su gente, de verdad lo estaban sacando de las entrañas de la Puerta del Infierno.

Bajo la luz verde de las esferas que llevaban Kaz y la chica de bronce, vio un pequeño bote amarrado delante de ellos. Parecía que había un guardia sentado en él, pero este levantó la mano y les hizo un gesto para que se acercaran.

—Has empezado demasiado pronto, Jesper —dijo Kaz mientras empujaba a Matthias hacia el bote.

—Lo he hecho justo a la hora.

—Para ti, eso es tarde. La próxima vez que planees impresionarme avísame primero.

—Los animales están fuera y te he encontrado un bote. Este sería un buen momento para un agradecimiento.

—Gracias, Jesper —dijo Nina.

—De nada, preciosa. ¿Ves, Kaz? Eso es lo que hace la gente civilizada.

Matthias solo estaba escuchando a medias. Los dedos de su mano izquierda comenzaron a cosquillearle mientras regresaba la sensación. No podía enfrentarse a todos, no en ese estado y no si estaban armados. Pero Kaz y el chico del bote, Jesper, parecían ser los únicos con pistolas. *Desata la cuerda y anula a Jesper.* Tendría una pistola y la posesión del bote. *Y Nina puede pararte el corazón antes de que cojas los remos,* se recordó. *Así que dispárale primero. Una bala en el corazón. Quédate el tiempo suficiente para verla caer y después lárgate de este sitio.* Podía hacerlo. Sabía que podía. Lo único que necesitaba era una distracción.

La chica de bronce se encontraba junto a su derecha. Apenas le llegaba al hombro. Incluso estando herido, podría tirarla al agua sin caerse ni hacerle ningún daño permanente.

Tira a la chica. Libera el barco. Incapacita al tirador. Mata a Nina. Mata a Nina. Mata a Nina. Respiró hondo y lanzó su peso contra la chica de bronce.

Ella se apartó a un lado como si supiera que venía y enganchó lánguidamente el talón por detrás de su tobillo.

Matthias soltó un fuerte gruñido mientras aterrizaba con fuerza en el suelo.

—Matthias... —dijo Nina, dando un paso hacia delante. Él retrocedió y casi cayó al agua. Si le ponía las manos encima, perdería la cabeza. Nina se detuvo, y el dolor de su cara era inconfundible. No tenía derecho.

—Qué patoso es —comentó la chica de bronce sin inmutarse.

—Duérmelo, Nina —ordenó Kaz.

—No —protestó Matthias, víctima del pánico.

—Eres lo bastante estúpido como para volcar el bote.

—Aléjate de mí, bruja —le gruñó Matthias a Nina.

Ella asintió tensamente con la cabeza.

—Encantada.

Levantó las manos y Matthias sintió los párpados pesados mientras ella lo sumía en la inconsciencia.

—Te mataré —masculló.

—Duerme bien.

La voz de Nina era un lobo pisándole los talones. Lo persiguió hasta la oscuridad.



En una habitación sin ventanas cubierta de negro y carmesí, Matthias escuchó en silencio las extrañas palabras que salían de la boca del peculiar chico pálido. Matthias conocía a los monstruos, y una mirada a Kaz Brekker le había dicho que aquella era una criatura que había pasado demasiado tiempo en la oscuridad y se había llevado algo con él al volver arrastrándose a la luz. Matthias podía sentirlo a su alrededor. Sabía que otros se reían de las supersticiones fjerdanas, pero él confiaba en su instinto. O lo hacía antes, hasta que llegó Nina. Ese había sido uno de los peores efectos de su traición, que se había visto obligado a desconfiar de sí mismo. La duda casi había sido su perdición en la Puerta del Infierno, donde el instinto lo era todo.

Había oído el nombre de Brekker en prisión y las palabras asociadas a él: prodigio criminal, despiadado, inmoral. Lo llamaban Manos Sucias porque no había ningún pecado que no cometiera por el precio justo. Y ahora ese demonio estaba hablando de entrar en la Corte de Hielo, de convencer a Matthias para cometer traición. *Otra vez, se corrigió. Estaría cometiendo traición otra vez.*

Mantuvo los ojos en Brekker, pero era intensamente consciente de Nina observándolo desde el otro lado de la habitación. Todavía podía notar su perfume a rosas en la nariz e incluso en la boca; el intenso aroma floral descansaba contra su lengua como si la estuviera saboreando.

Matthias había despertado atado a una silla en lo que parecía alguna clase de salón de juegos. Nina debía de haberlo sacado del sueño en que lo había sumido. Se encontraba allí junto con la chica de bronce. Jesper, el chico de largos miembros del barco, estaba sentado en una esquina con sus rodillas huesudas en alto, y un chico con rizos de un rubio rojizo hacía garabatos sin sentido en un trozo de papel sobre una mesa redonda para jugar a las cartas, mordisqueándose el pulgar de vez en cuando. La mesa estaba cubierta con una tela carmesí forrada de un patrón repetido de cuervos, y había una rueda similar a la de la arena de la Boca del Infierno, pero con marcas diferentes, contra una pared negra esmaltada. Matthias tenía la sensación de que alguien, probablemente Nina, se había ocupado de sus heridas mientras estaba inconsciente. Esa idea le ponía enfermo. Prefería el dolor limpio a la corrupción Grisha.

Entonces Brekker había comenzado a hablar sobre una droga llamada *jurda palem*, sobre una recompensa imposiblemente alta y sobre la absurda idea de tratar de asaltar la Corte de Hielo. Matthias no estaba seguro de qué era real o ficticio, pero no importaba. Cuando Brekker terminó al fin, Matthias simplemente dijo:

—No.

—Créeme cuando te digo esto, Helvar: sé que perder la consciencia y despertar en un lugar extraño no es la manera más amistosa de comenzar una asociación, pero no nos diste muchas opciones, así que intenta mantener la mente abierta a las posibilidades.

—Podrías haber acudido a mí de rodillas y mi respuesta sería la misma.

—¿Entiendes que puedo llevarte de vuelta a la Puerta del Infierno en cuestión de horas? En cuanto el pobre Muzzen esté en la enfermería, el cambio será fácil.

—Hazlo. Me muero de ganas de contarle al alguacil tus ridículos planes.

—¿Qué te hace pensar que volverás con lengua?

—Kaz... —protestó Nina.

—Haz lo que quieras —dijo Matthias. No iba a volver a traicionar a su país.

—Te lo dije —señaló Nina.

—No finjas que me conoces, bruja —gruñó él, con los ojos fijos en Brekker. No quería mirarla. Se negaba a hacerlo.

Jesper se levantó de la esquina. Ahora que habían dejado atrás la oscuridad de la Puerta del Infierno, Matthias pudo ver que tenía una piel zemeni de un marrón profundo y unos incongruentes ojos grises. Su constitución era como la de una cigüeña.

—Sin él, no hay trabajo —dijo—. No podemos entrar en la Corte de Hielo a ciegas.

Matthias quiso reír.

—No podéis entrar en la Corte de Hielo de ninguna forma.

Aquel no era un edificio corriente. Se trataba de una antigua fortaleza de Fjerda, hogar de una sucesión ininterrumpida de reyes y reinas, almacén de sus mayores

tesoros y sus reliquias religiosas más sagradas. Era impenetrable.

—Venga ya, Helvar —dijo el demonio—. Seguro que hay algo que quieras. La causa es lo bastante honesta para un fanático como tú. Puede que en Fjerda crean que han atrapado a un dragón por la cola, pero no podrán aferrarse a él. En cuanto Bo Yul-Bayur replique el proceso, la *jurda porem* entrará en el mercado y será solo cuestión de tiempo que otros aprendan a fabricarla también.

—Eso nunca pasará. Yul-Bayur se someterá a juicio, y si lo declaran culpable lo castigarán con la muerte.

—¿Culpable de qué? —preguntó Nina con suavidad.

—Crímenes contra la gente.

—¿Qué gente?

Podía oír la furia apenas contenida en su voz.

—La gente normal —replicó Matthias—. Gente que vive en armonía con las leyes de este mundo en lugar de retorcerlas para su propio beneficio.

Nina soltó una especie de resoplido exasperado. Los otros parecían divertirse, mirando con una sonrisita de suficiencia al pobre fjerdano retrógrado. Brum había advertido a Matthias de que el mundo estaba lleno de mentirosos, buscadores de placer, paganos sin fe. Y parecía haber una fuerte concentración de ellos en esa habitación.

—Tienes muy poca amplitud de miras, Helvar —dijo Brekker—. Otro equipo podría llegar primero a Yul-Bayur. Los shu. Tal vez los ravkanos. Todos con sus propios objetivos. Las disputas fronterizas y las viejas rivalidades no importan para los kerch. Lo único que le importa al Consejo Mercante es el comercio, y quieren asegurarse de que la *jurda porem* siga siendo un rumor y nada más.

—¿Así que llevar criminales al corazón de Fjerda para robar a un prisionero valioso es un acto patriótico? —dijo Matthias con desdén.

—Supongo que la promesa de cuatro millones de *kruge* tampoco te hará cambiar de opinión.

Matthias escupió.

—Puedes quedarte tu dinero. Ahógate en él. —Entonces se le ocurrió una idea, vil y bárbara, pero lo único que podría permitirle regresar a la Puerta del Infierno con paz en el corazón, aunque fuera sin lengua. Se inclinó hacia atrás tanto como le permitían sus ataduras y centró toda su atención en Brekker—. Haré un trato contigo.

—Te escucho.

—No iré contigo, pero te daré un plano de la disposición de la Corte. Eso debería al menos haceros pasar el primer puesto de control.

—¿Y cuánto me costará esa valiosa información?

—No quiero tu dinero. Te daré el plano gratis. —Le avergonzaba pronunciar las palabras, pero lo hizo de todos modos—. Si me dejas matar a Nina Zenik.

La pequeña chica de bronce produjo un sonido de repulsión, dejando claro su desdén hacia él, y el chico de la mesa dejó de garabatear y se quedó boquiabierto.

Kaz, sin embargo, no parecía sorprendido. En todo caso, parecía complacido. Matthias tuvo la incómoda sensación de que el demonio había previsto exactamente todo lo que iba a pasar.

—Puedo darte algo mejor —dijo Kaz.

¿Qué podría ser mejor que la venganza?

—No quiero nada más.

—Puedo convertirte en *drüskelle* otra vez.

—Entonces, ¿eres un mago? ¿Un elfo wej que concede deseos? Soy supersticioso, no estúpido.

—Puedes ser ambas cosas, ¿sabes?; pero esa no es la cuestión. —Kaz se metió una mano en el abrigo oscuro—. Toma.

Le dio un trozo de papel a la chica de bronce. Otro demonio. Aquella caminaba con pies suaves como si hubiera llegado a la deriva desde el otro mundo y nadie hubiera tenido el buen juicio de enviarla de vuelta. Le puso el papel en la cara para que lo leyera. El documento estaba escrito en kerch y fjerdano. No podía leer kerch, solo había aprendido a hablarlo cuando llegó a la prisión; pero el fjerdano era lo bastante claro y, mientras sus ojos se movían sobre la página, el corazón de Matthias comenzó a latir con fuerza.

A la luz de las nuevas evidencias, Matthias Benedik Helvar recibe absolución completa e inmediata por todos los cargos de tráfico de esclavos. Será liberado el día — con las disculpas del tribunal, y se le proporcionará transporte hasta su tierra o el destino de su elección con toda la premura posible y las sinceras disculpas de este tribunal y el gobierno kerch.

—¿Qué nuevas evidencias?

Kaz se reclinó en su silla.

—Parece que Nina Zenik se ha retractado de su declaración. Se enfrentará a cargos de perjurio.

Ahora sí que la miró; no pudo evitarlo. Había dejado moratones en su grácil garganta. Se había dicho a sí mismo que debía felicitarle por ello.

—¿Perjurio? ¿Cuánto tiempo servirás por eso, Zenik?

—Dos meses —respondió ella en voz baja.

—¿Dos meses?

Se rio con una risa larga y fuerte. Su cuerpo se retorció con ella, como si fuera veneno constriñendo sus músculos.

Los otros lo observaron con cierta preocupación.

—¿Está loco? —preguntó Jesper, tamborileando con los dedos sobre las empuñaduras nacaradas de sus revólveres. Brekker se encogió de hombros.

—No es muy de fiar, pero es todo lo que tenemos.

Dos meses. Probablemente en alguna cómoda prisión donde embrujaría a todos los guardias para que le llevaran pan recién hecho y le ahuecaran las almohadas. O tal vez les convencería para que le permitieran pagar una fianza que sus ricos guardianes Grisha de Ravka cubrirían por ella.

—No puedes confiar en ella, ¿sabes? —le dijo a Brekker—. Cualquier secreto que esperes obtener de Bo Yul-Bayur lo entregará a Ravka.

—Deja que yo me preocupe de eso, Helvar. Si cumples tu papel, todos los secretos de Yul-Bayur y la *jurda porem* estarán en las manos de la gente mejor preparada para que sigan siendo rumores.

Dos meses. Nina serviría ese tiempo y regresaría a Ravka cuatro millones de *kruge* más rica, sin volver a dirigirle otro pensamiento. Pero si esa absolución era real, entonces él también podría volver a casa.

A casa. Se había imaginado escapando de la Puerta del Infierno muchas veces, pero en realidad nunca se había propuesto intentarlo. ¿Qué vida había para él en el exterior, con el cargo de traficante de esclavos al cuello? Jamás podría regresar a Fjerda. Incluso aunque hubiera soportado la deshonra, habría vivido cada día como fugitivo del gobierno kerch, un hombre marcado. Sabía que podría subsistir si empezaba de cero en Novyi Zem, pero ¿qué sentido habría tenido?

Aquello era algo diferente. Si el demonio Brekker decía la verdad, Matthias podría volver a casa. El anhelo se retorció en su pecho: oír cómo hablaban su idioma, volver a ver a sus amigos, probar la semla llena de dulce pasta de almendras, sentir el mordisco del viento del norte mientras ruge sobre el hielo. Regresar a casa y ser bienvenido sin la carga de la deshonra. Con su nombre limpio, podría volver a su vida como *drüskelle*. Y el precio sería la traición.

—¿Y si Bo Yul-Bayur está muerto? —le preguntó a Brekker.

—Van Eck insiste en que no lo está.

Pero ¿cómo podría el mercader del que hablaba Kaz entender de verdad a los fjerdanos? Si aún no había habido un juicio, lo habría, y Matthias podía predecir fácilmente el resultado. Su gente jamás liberaría a un hombre con un conocimiento tan terrible.

—Pero ¿y si lo está, Brekker?

—Obtendrás tu absolución de todos modos.

Incluso aunque su objetivo ya estuviera de camino al más allá, Matthias obtendría su libertad. Pero ¿a qué precio? Había cometido errores antes. Había sido lo bastante estúpido como para confiar en Nina. Había sido débil, y llevaría esa vergüenza durante el resto de su vida. Pero había pagado por su estupidez con sangre, sufrimiento y el hedor de la Puerta del Infierno. Y sus crímenes habían sido exigüos, las acciones de un chico ingenuo. Aquello era muchísimo peor. Revelar los secretos de la Corte de Hielo, ver su tierra una vez más solo para saber que cada paso que diera allí sería un acto de traición... ¿podría hacer tal cosa?

Brum se hubiera reído en sus caras, habría roto esa absolución en pedazos. Pero Kaz Brekker era listo; estaba claro que tenía recursos. ¿Y si Matthias decía que no y contra todo pronóstico Brekker y su gente encontraban la forma de entrar en la Corte de Hielo y se llevaban al científico shu? ¿O y si Brekker tenía razón y otro país llegaba primero? Parecía que la *parem* era demasiado adictiva para ser útil a los Grisha, pero ¿y si la fórmula caía en manos ravkanas y de algún modo lograban mejorarla? ¿Hacer a los Grisha de Ravka, el Segundo Ejército, todavía más fuertes? Si Matthias formaba parte de la misión, podría asegurarse de que Bo Yul-Bayur no volviera a respirar fuera de las paredes de la Corte de Hielo, o podía preparar alguna clase de accidente en el camino de vuelta a Kerch.

Antes de Nina, antes de la Puerta del Infierno, jamás se lo habría planteado. Ahora descubrió que podía hacer ese trato consigo mismo. Se uniría al grupo del demonio, obtendría su absolución y, cuando volviera a ser un *drüskelle*, Nina Zenik sería su primer objetivo. La cazaría por Kerch, por Ravka, por cualquier agujero o esquina del mundo que pensara que pudiera mantenerla a salvo. La arrastraría por el suelo y le haría pagar de cada forma imaginable. La muerte sería demasiado buena. Haría que la encerraran en la celda más miserable de la Corte de Hielo, donde jamás volvería a tener abrigo. Jugaría con ella como ella había jugado con él. Le ofrecería la salvación y después se la negaría. Le regalaría afecto y pequeñas bondades y después se las arrebataría. Saborearía cada lágrima que derramara y reemplazaría ese dulce y verde aroma floral con la sal de su tristeza sobre la lengua del propio Matthias.

Aun así, las palabras sabían amargas en su boca cuando dijo:

—Lo haré.

Brekker le guiñó el ojo a Nina y Matthias quiso arrancarle los dientes. *Cuando haya condenado a Nina a una vida de sufrimiento, vendré a por ti.* Había atrapado brujas, ¿qué tan diferente podría ser cazar un demonio?

La chica de bronce dobló el documento y se lo entregó a Brekker, que se lo metió en el bolsillo del pecho. Matthias se sentía como si estuviera viendo a un nuevo amigo, uno que nunca había esperado volver a ver, desvaneciéndose en la multitud y sin poder para llamarlo.

—Vamos a desatarte —dijo Brekker—. Espero que la prisión no te haya quitado todos los modales o el sentido común. —Matthias asintió con la cabeza y la chica de bronce llevó un cuchillo a las cuerdas que lo ataban—. Creo que ya conoces a Nina. La encantadora chica que te está liberando es Inej, nuestra ladrona de secretos y la mejor del negocio. Jesper Fahey es nuestro tirador, zemeni de nacimiento, pero no se lo tengas en cuenta. Y ese es Wylan, el mejor experto en demoliciones del Barril.

—Raske es mejor —señaló Inej.

El chico levantó la mirada con los rizos de un rubio rojizo golpeándole los ojos y habló por primera vez.

—No es mejor. Es imprudente.

—Domina su especialidad.

—Y yo también.

—Apenas —intervino Jesper.

—Wylan es nuevo aquí —admitió Brekker.

—Pues claro que es nuevo, parece que tiene como doce años —replicó Matthias.

—Tengo dieciséis —aclaró Wylan, huraño.

Matthias lo dudaba; tendría quince como mucho. No parecía ni que hubiera empezado a afeitarse siquiera. De hecho, a sus dieciocho años Matthias sospechaba ser el mayor de todos. Los ojos de Brekker parecían los de un anciano, pero no podía ser mayor que él.

Por primera vez, Matthias miró de verdad a la gente que tenía a su alrededor. *¿Qué clase de equipo es este para una misión tan peligrosa?* La traición no sería un peligro si estaban todos muertos. Y solo él sabía con exactitud lo traicionera que podría llegar a volverse esa operación.

—Deberíamos usar a Raske —dijo Jesper—. Es bueno bajó presión.

—No me gusta —asintió Inej.

—No os he preguntado —señaló Kaz—. Además, Wylan no solo es bueno con el pedernal y los explosivos. Es nuestro seguro.

—¿Contra qué? —preguntó Nina.

—Os presento a Wylan Van Eck —dijo Kaz mientras las mejillas del chico se teñían de escarlata—. El hijo de Jan Van Eck y nuestra garantía de obtener treinta millones de *kruge*.



esper miró fijamente a Wylan.

—Por supuesto, eres un crío del Consejo. —Se puso a reír—. Eso lo explica todo.

Sabía que debería estar enfadado con Kaz por ocultar otro fragmento más de información vital, pero en esos momentos estaba disfrutando al observar cómo la pequeña revelación de la identidad de Wylan Van Eck recorría la habitación como un potro malhumorado levantando polvo.

Wylan tenía la cara roja y estaba ofendido. Nina parecía aturdida e irritada. El fjerdano tan solo tenía cara de confusión. Kaz aparentaba estar totalmente complacido consigo mismo. Y, por supuesto, Inej no parecía ni remotamente sorprendida. Ella reunía los secretos de Kaz y también los guardaba. Jesper trató de ignorar la punzada de celos que sentía ante eso.

Wylan abrió y cerró la boca, moviendo la garganta.

—¿Lo sabías? —le preguntó con tristeza a Kaz.

Este se reclinó en su silla con una rodilla doblada y la pierna mala extendida ante él.

—¿Por qué te crees que te tengo aquí?

—Soy un experto en demolición.

—Eres pasable en demolición, pero eres excelente como rehén.

Aquello sonó cruel, pero así era Kaz. Y el Barril era un profesor mucho más duro de lo que Kaz jamás podría ser. Al menos eso explicaba por qué Kaz había estado protegiendo a Wylan y encargándole trabajos.

—No importa —dijo Jesper—. Deberíamos llevar a Raske y dejar a este bebé mercader encerrado aquí en Ketterdam.

—No confío en Raske.

—¿Pero sí en Wylan Van Eck? —preguntó Jesper con incredulidad.

—Wylan no conoce a la gente suficiente como para causarnos problemas de verdad.

—¿No tendría que poder opinar yo también? —se quejó Wylan—. Estoy aquí sentado.

Kaz alzó una ceja.

—¿Alguna vez te han robado algo del bolsillo, Wylan?

—Eh... no que yo sepa.

—¿Te han atracado en algún callejón?

—No.

—¿Te han colgado del lateral de un puente con la cabeza en el canal?

Wylan pestañeó.

—No, pero...

—¿Alguna vez te han pegado una paliza hasta que no pudieras caminar?

—No.

—¿A qué crees que se debe eso?

—Eh...

—Han pasado tres meses desde que abandonaste la mansión de tu papi en la Geldstraat. ¿Por qué crees que tu estancia en el Barril ha sido tan tranquila?

—¿Suerte, supongo? —sugirió Wylan con voz débil.

Jesper resopló.

—Kaz es tu suerte, mercadercillo. Te ha tenido bajo la protección de los Despojos; aunque eres tan inútil que hasta ahora nadie sabía por qué.

—Era desconcertante —admitió Nina.

—Kaz siempre ha tenido sus razones —murmuró Inej.

—¿Por qué te fuiste de la casa de tu padre? —preguntó Jesper.

—Era el momento —dijo Wylan, tenso.

—¿Idealista? ¿Romántico? ¿Revolucionario?

—¿Idiota? —sugirió Nina—. Nadie elige vivir en el Barril si tiene otra opción.

—No soy inútil —replicó Wylan.

—Raske es mejor con las demoliciones... —comenzó Inej.

—Yo he estado en la Corte de Hielo. Con mi padre. Fuimos a una cena de la embajada. Puedo ayudar con los planos.

—¿Veis? Profundidad oculta. —Kaz tamborileó con sus dedos enguantados sobre la cabeza de cuervo de su bastón—. Y no quiero que nuestra única baza contra Van Eck se quede en Ketterdam mientras vamos al norte. Wylan viene con nosotros. Es lo bastante bueno con las demoliciones y tiene buena mano para el dibujo gracias a todos esos tutores tan caros.

Wylan se ruborizó aún más y Jesper sacudió la cabeza.

—¿También tocas el piano?

—La flauta —replicó Wylan a la defensiva.

—Perfecto.

—Y como Wylan ha visto la Corte de Hielo con sus propios ojos —continuó Kaz—, podrá confirmarnos si nos dices la verdad, Helvar.

El fjerdano frunció el ceño con furia, y Wylan parecía un poco intimidado.

—No te preocupes —dijo Nina—. Las miradas no matan.

Jesper se fijó en que los hombros de Matthias se tensaban cada vez que Nina hablaba. No sabía qué historia compartían, pero probablemente se matarían el uno al otro antes de que llegaran siquiera a Fjerda.

Jesper se frotó los ojos. Estaba falto de sueño y agotado tras la emoción de la fuga de prisión, y ahora sus pensamientos zumbaban y saltaban ante la posibilidad de treinta millones de *kruge*. Incluso después de que Per Haskell obtuviera su veinte por ciento, eso dejaría cuatro millones para cada uno de ellos. ¿Qué haría con una montaña de dinero tan grande? Podía imaginar a su padre diciendo: *escóndela en una montaña de mierda el doble de grande*. Por todos los Santos, lo echaba de menos.

Kaz golpeó el pulido suelo de madera con el bastón.

—Saca la pluma y un papel de verdad, Wylan. Vamos a poner a Helvar a trabajar.

Wylan metió la mano en el morral que tenía a los pies y sacó un rollo delgado de papel de estraza seguido por un estuche de metal con una pluma de aspecto caro y un juego de tinta.

—Qué bien —comentó Jesper—. Un plumín para cada ocasión.

—Empieza a hablar —le dijo Kaz al fjerdano—. Es hora de pagar el alquiler.

Matthias dirigió sus ojos rabiosos hacia él. Desde luego era una mirada furiosa. Casi era divertido ver cómo se enfrentaba a la mirada de tiburón de Kaz.

Al fin el fjerdano cerró los ojos, respiró hondo y dijo:

—La Corte de Hielo está en un risco sobre el puerto de Djerholm. Está construida en círculos concéntricos, como los anillos de un árbol. —Las palabras le salían con lentitud, como si pronunciar cada una de ellas le causara dolor—. Primero la pared anular, y después el círculo exterior. Está dividida en tres sectores. Más allá se encuentra el foso de hielo y, en el centro de todo, la Isla Blanca.

Wylan comenzó a dibujar y Jesper miró por encima de su hombro.

—Eso no se parece a un árbol, parece una tarta.

—Bueno, es un poco como una tarta —replicó Wylan a la defensiva—. Todo esto está construido sobre una elevación.

Kaz le hizo un gesto a Matthias para que continuara.

—Los acantilados son inescalables, y el camino del norte es la única forma de entrar o salir. Tendréis que atravesar un punto de control con guardias antes de llegar siquiera a la pared anular.

—Dos puntos de control —señaló Wylan—. Cuando estuve ahí, había dos.

—Ahí lo tienes —le dijo Kaz a Jesper—. Habilidades importantes. Wylan te está vigilando, Helvar.

—¿Por qué dos? —preguntó Inej.

Matthias miró fijamente los tablones de nogal negro del suelo y dijo:

—Es más difícil sobornar a dos grupos de guardias. La seguridad de la Corte siempre tiene múltiples protecciones. Si llegáis tan lejos...

—*Llegamos*, Helvar. Si *llegamos* tan lejos —lo corrigió Kaz.

El fjerdano se encogió ligeramente de hombros.

—Si llegamos tan lejos, el círculo exterior está dividido en tres sectores: la prisión, las instalaciones *drüskelle* y la embajada, cada una con su propia puerta en la pared anular. La puerta de la prisión siempre está en funcionamiento, pero se mantiene bajo vigilancia armada constante. De las otras dos, solo una está operativa en cualquier momento.

—¿Qué determina la puerta que se utiliza? —preguntó Jesper.

—El horario cambia cada semana, y los guardias solo reciben sus puestos la noche antes.

—Tal vez eso sea algo bueno —dijo Jesper—. Si podemos averiguar qué puerta no está operativa, no estará vigilada...

—Siempre hay al menos cuatro guardias de servicio incluso aunque la puerta no esté operativa.

—Estoy seguro de que podemos encargarnos de cuatro guardias.

Matthias negó con la cabeza.

—Las puertas pesan cientos de kilos y solo pueden manejarse desde el interior de los puestos de guardia. E incluso si pudierais levantar una de ellas, abrirla fuera de su horario activaría el Protocolo Negro. Toda la Corte quedaría cerrada y estaríais delatando vuestra posición.

Una oleada de intranquilidad atravesó la habitación.

Jesper se movió con incomodidad. Si las expresiones de los demás eran alguna indicación, todos estaban pensando lo mismo: *¿dónde nos estamos metiendo?* Solo Kaz parecía impávido.

—Apúntalo todo —dijo Kaz, dando un golpecito al papel—. Helvar, quiero que después le describas a Wylan las mecánicas del sistema de alarma.

Matthias frunció el ceño.

—En realidad no sé cómo funciona. Es solo un montón de cables y campanas.

—Dile todo lo que sepas. ¿Dónde tendrán a Bo Yul-Bayur?

Con lentitud, Matthias se levantó y se acercó al plano que estaba tomando forma bajo la pluma de Wylan. Sus movimientos eran dubitativos, tan cautelosos como si Kaz le hubiera pedido que acariciara a una serpiente.

—Probablemente aquí —dijo, llevando el dedo al papel—. El sector de la prisión. Las celdas de alta seguridad se encuentran en el piso superior. Ahí es donde tienen a los criminales más peligrosos: asesinos, terroristas...

—¿Grisha? —preguntó Nina.

—Exacto —respondió él sombríamente.

—Vosotros dos vais a hacer que esto sea muy divertido, ¿verdad? —preguntó Jesper—. Normalmente la gente no empieza a odiarse hasta una semana después de empezar el trabajo, pero vosotros vais con ventaja.

Los dos lo fulminaron con la mirada y Jesper les sonrió, pero la atención de Kaz estaba centrada en los planos.

—Bo Yul-Bayur no es peligroso —dijo pensativo—. Al menos no de ese modo. No creo que lo tengan encerrado con la chusma.

—Yo creo que está enterrado —replicó Matthias.

—Trabaja con la suposición de que no esté muerto. Es un prisionero valioso, uno que no quieren que caiga en las manos equivocadas antes del juicio. ¿Dónde estaría?

Matthias miró el plano.

—Los edificios del círculo exterior rodean el foso de hielo, y el centro del foso es la Isla Blanca, donde están la tesorería y el Palacio Real. Es el lugar más seguro de la Corte de Hielo.

—Entonces ahí es donde estará Bo Yul-Bayur —afirmó Kaz.

Matthias sonrió, aunque era menos una sonrisa que una mueca que mostraba sus dientes. *Ha aprendido a sonreír así en la Puerta del Infierno*, pensó Jesper.

—Entonces vuestra misión es inútil —dijo Matthias—. Es imposible que un grupo de forasteros llegue a la Isla Blanca.

—No estés tan contento, Helvar. Si no entramos, no obtendrás tu absolución.

Matthias se encogió de hombros.

—No puedo cambiar lo que es cierto. El foso de hielo está vigilado desde múltiples torres de guardia de la Isla Blanca y un puesto de observación en el Reloj Mayor. Es completamente infranqueable, salvo por el puente de cristal, y no se puede acceder al puente de cristal sin autorización.

—Se acerca la Hringkälla —intervino Nina.

—Silencio —le soltó Matthias.

—No, cuenta —dijo Kaz.

—Hringkälla. Es el Día de la Escucha, cuando los nuevos *drüskelle* se inician en la Isla Blanca.

Los nudillos de Matthias se pusieron blancos.

—No tienes ningún derecho a hablar de esas cosas. Son sagradas.

—Son hechos. La realeza fjerdana monta una gran fiesta con invitados de todo el mundo, y buena parte del entretenimiento viene justo desde Ketterdam.

—¿Entretenimiento? —preguntó Kaz.

—Actores, bailarines, una tropa de la *Komedie Brute* y las más expertas de las casas de placer del Stave Occidental.

—Pensaba que a los fjerdanos no les gustaban esas cosas —comentó Jesper.

Inej frunció los labios.

—¿Nunca has visto a los soldados fjerdanos en el Stave?

—Me refiero a cuando están en casa.

—Es el único día del año en el que todos dejan de actuar de una forma tan abatida y se permiten pasarlo bien —replicó Nina—. Además, solo los *drüskelle* viven como monjes.

—Para pasarlo bien no hace falta vino y... y carne —balbuceó Matthias.

Nina lo miró batiendo sus lustrosas pestañas.

—Tú no tienes ni idea de lo que es pasarlo bien. —Volvió a mirar los planos—. La puerta de la embajada tendrá que estar abierta. Tal vez no deberíamos tratar de asaltar la Corte de Hielo. Tal vez simplemente podríamos entrar con los artistas.

—Esto no es el Espectáculo del Infierno —dijo Kaz—. No va a ser tan fácil.

—Revisan a los visitantes semanas antes de llegar a la Corte de Hielo —explicó Matthias—. Comprobarán una y otra vez los papeles de cualquiera que entre en la embajada. Los fjerdanos no son idiotas.

Nina levantó una ceja.

—Al menos, no todos.

—No pinches al oso, Nina —advirtió Kaz—. Lo necesitamos amigable. ¿Cuándo tendrá lugar esta fiesta?

—Es estacional —respondió ella—. En el equinoccio de primavera.

—Quedan dos semanas —señaló Inej.

Kaz inclinó la cabeza a un lado, fijando los ojos en un punto distante.

—Está maquinando —le susurró Jesper a Inej. Ella asintió con la cabeza.

—Sin duda.

—¿Va a enviar una delegación la Rosa Blanca? —preguntó Kaz.

Nina negó con la cabeza.

—No he oído nada al respecto.

—Incluso si vamos directamente a Djerholm —dijo Inej—, necesitaremos una semana para el viaje. No hay tiempo para conseguir documentos que pasen el escrutinio.

—No vamos a entrar por la embajada —replicó Kaz—. Siempre hay que disparar cuando el blanco no mira.

—¿Quién es blanco? —preguntó Wylan.

Jesper comenzó a reír.

—Por todos los Santos, cómo eres. El blanco, el pichón, el objetivo, el idiota al que vas a desplumar...

Wylan se enderezó.

—Tal vez no tenga tu... educación, pero seguro que conozco muchas palabras que tú no.

—Y también la forma más correcta de doblar una servilleta y bailar un minué. Ah, y además puedes tocar la flauta. Valiosas habilidades, mercadercillo. Valiosas habilidades.

—Ya nadie baila el minué —gruñó Wylan.

Kaz se reclinó.

—¿Cuál es la forma más sencilla de robarle la cartera a un hombre?

—¿Un cuchillo en la garganta? —preguntó Inej.

—¿Una pistola en la espalda? —dijo Jesper.

—¿Veneno en su copa? —sugirió Nina.

—Sois todos horribles —replicó Matthias.

Kaz puso los ojos en blanco.

—La forma más sencilla de robarle la cartera a un hombre es decirle que vas a robarle el reloj. Atraes su atención y la diriges a donde quieras que vaya. La Hringkälla va a hacernos ese trabajo. La Corte de Hielo tendrá que dirigir recursos a vigilar a los invitados y proteger a la familia real. No pueden mirar a todas partes al mismo tiempo. Es la oportunidad perfecta para sacar a Bo Yul-Bayur. —Kaz señaló la puerta de la prisión en la pared anular—. ¿Recuerdas lo que te dije en la Puerta del Infierno, Nina?

—Es difícil tener siempre en mente toda tu sabiduría.

—En la prisión no les importa quién entre, solo quién intente salir. —Sus dedos enguantados se deslizaron hasta el sector de al lado—. En la embajada no les importará quién salga, tan solo se centrarán en quién intente entrar. Entraremos por la prisión y nos marcharemos por la embajada. Helvar, ¿está operativo el Reloj Mayor?

Matthias asintió con la cabeza.

—Suena cada cuarto de hora. También es donde suenan los protocolos de alarma.

—¿Es preciso?

—Por supuesto.

—Ingeniería fjerdana de calidad —dijo Nina amargamente.

Kaz la ignoró.

—Entonces utilizaremos el reloj para coordinar nuestros movimientos.

—¿Entraremos disfrazados de guardias? —preguntó Wylan.

Jesper no pudo contener el desdén en su voz.

—Solo Nina y Matthias hablan fjerdano.

—Yo hablo fjerdano —protestó Wylan.

—Fjerdano de aula, ¿verdad? Seguro que lo hablas tan bien como yo hablo en alce.

—Seguro que el alce es tu lengua materna —murmuró Wylan.

—Entraremos como lo que somos —dijo Kaz—. Como criminales. La prisión es nuestra puerta de entrada.

—A ver si lo entiendo —dijo Jesper—. Quieres que dejemos que los fjerdanos nos encierren en prisión. ¿No es justo eso lo que tratamos de evitar?

—Las identidades criminales son resbaladizas. Es una de las ventajas de ser miembro de la clase problemática. Estarán contando cabezas en la puerta de la prisión, mirando los nombres y crímenes, sin comprobar pasaportes ni examinar los sellos de las embajadas.

—Porque nadie quiere ir a prisión —dijo Jesper.

Nina se frotó los brazos con las manos.

—No quiero que me encierren en una celda fjerdana.

Kaz movió la manga y dos esbeltas varas de metal aparecieron entre sus dedos. Bailaron sobre sus nudillos y después volvieron a desaparecer.

—¿Ganzúas? —preguntó Nina.

—Yo me ocupo de esas celdas —aseguró Kaz.

—Disparar cuando el blanco no mire —musitó Inej.

—Eso es —asintió Kaz—. Y la Corte de Hielo es como cualquier otro blanco, un pichón gordo y blanco listo para desplumar.

—¿Vendrá Yul-Bayur por voluntad propia? —preguntó Inej.

—Van Eck dijo que el Consejo le dio a Yul-Bayur una palabra clave cuando trataron de sacarlo de Shu Han para que supiera en quién confiar: *sesh-uyeh*. Le dirá que nos envía Kerch.

—*Sesh-uyeh* —repitió Wylan, probando las sílabas torpemente en la lengua—
¿Qué significa?

Nina examinó una mancha en el suelo y dijo:

—Corazón roto.

—Esto puede hacerse —dijo Kaz—, y seremos nosotros quienes lo hagan.

Jesper sintió que el ambiente de la habitación cambiaba mientras la posibilidad cobraba fuerza. Era algo sutil, pero había aprendido a buscarlo en las mesas; el momento en que un jugador comprendía que tal vez tenía la mano ganadora. La expectación tiraba de él, una burbujeante mezcla de miedo y emoción que le ponía difícil quedarse inmóvil.

Tal vez Matthias también lo notó, porque cruzó sus enormes brazos y dijo:

—No tenéis ni idea de a qué os enfrentáis.

—Pero tú sí, Helvar. Quiero que trabajes en el plano de la Corte de Hielo cada minuto hasta que zarpemos. Ningún detalle es demasiado pequeño o intrascendente. Te vigilaré de forma regular.

Inej pasó el dedo por el tosco boceto que había hecho Wylan, una serie de círculos concéntricos.

—La verdad es que sí parecen los anillos de un árbol.

—No —dijo Kaz—. Parece una diana.



a hemos terminado aquí —le dijo Kaz a los demás—. Os enviaré noticias cuando encuentre un barco, pero estad listos para zarpar mañana por la noche.

—¿Tan pronto? —preguntó Inej.

—No sabemos qué clase de tiempo hará, y tenemos un largo viaje por delante. La Hringkälla es nuestra mejor opción de conseguir a Bo Yul-Bayur. No voy a arriesgarme a perderla.

Kaz necesitaba tiempo para pensar bien el plan que se estaba formando en su cabeza. Podía ver lo básico: por dónde entrarían, cómo se marcharían. Pero el plan que tenía significaba que no podrían llevar gran cosa con ellos. Estarían trabajando sin sus recursos habituales. Eso significaba que había más variables y muchas más posibilidades de que las cosas salieran mal.

Tener cerca a Wylan Van Eck significaba que al menos podía asegurarse de que obtuvieran su recompensa, pero no iba a ser fácil. Ni siquiera habían salido todavía de Ketterdam y Wylan ya parecía completamente fuera de su elemento. No era mucho más joven que Kaz, pero de algún modo parecía un niño: piel suave, ojos grandes, como un cachorro de orejas sedosas en una habitación llena de perros de lucha.

—Mantén a Wylan alejado de los problemas —le dijo a Jesper mientras los despedía.

—¿Por qué yo?

—Tienes la mala suerte de estar en mi campo de visión, y no quiero ninguna reconciliación repentina entre padre e hijo antes de que zarpemos.

—No tienes que preocuparte por eso —aseguró Wylan.

—Me preocupo por todo, mercadercillo. Por eso sigo vivo. Y tú también puedes echarle un ojo a Jesper.

—¿A mí? —preguntó él, indignado.

Kaz deslizó un panel de madera negra a un lado y abrió la caja fuerte que había debajo.

—Sí, tú. —Contó cuatro pilas delgadas de *kruge* y entregó una a Jesper—. Esto es para balas, no para apuestas. Wylan, asegúrate de que sus pies no encuentren misteriosamente el camino hasta un salón de juegos mientras vais a comprar munición, ¿entendido?

—No necesito una niñera —replicó Jesper.

—Es más bien un vigilante, pero si quieres que te cambie los pañales y te arrope por la noche, es asunto tuyo. —Ignoró la expresión dolida de Jesper y les dio *kruge* a Wylan para los explosivos y a Nina para lo que necesitara en su equipo de Confeccionadora—. Comprad solo suministros para el viaje. Si esto va tal como creo, vamos a tener que entrar en la Corte de Hielo con las manos vacías.

Vio que una sombra cruzaba el rostro de Inej. No le gustaba estar sin sus cuchillos, al igual que a él no le gustaba estar sin su bastón.

—Necesito que consigas ropa para clima frío —le dijo—. Hay una tienda en la Wijnstraat con suministros para cazadores; empieza allí.

—¿Vamos a acercarnos por el norte? —preguntó Helvar.

Kaz asintió con la cabeza.

—El puerto de Djerholm está lleno de agentes de aduanas, y apuesto a que incrementarán la seguridad durante vuestra gran fiesta.

—No es una fiesta.

—Suena como una fiesta —dijo Jesper.

—Se supone que no es una fiesta —se corrigió Helvar, hosco.

—¿Qué vamos a hacer con él? —preguntó Nina, señalando a Matthias con la cabeza. Su voz carecía de interés, pero nadie salvo Helvar creyó su actuación. Todos habían visto sus lágrimas en la Puerta del Infierno.

—Por el momento se queda aquí, en el Club Cuervo. Quiero que escarbes en tus recuerdos en busca de detalles, Helvar. Wylan y Jesper se unirán a ti después. Dejaremos esta sala cerrada. Si algún jugador de la zona principal pregunta, decidles que aquí hay un juego privado.

—¿Tendremos que dormir aquí? —preguntó Jesper—. Tengo que ocuparme de unas cosas en el Listón.

—Te las arreglarás —dijo Kaz, aunque sabía que pedirle a Jesper que pasara la noche en un salón de juegos sin hacer ni una apuesta era una clase particular de crueldad. Se giró hacia los demás—. Ni una palabra a nadie. Nadie debe saber que os vais de Kerch. Vais a ir conmigo a un trabajo en una casa de campo fuera de la ciudad. Eso es todo.

—¿Vas a contarnos algo más sobre tu milagroso plan? —preguntó Nina.

—En el barco. Cuanto menos sepáis, menos podréis hablar.

—¿Y vas a dejar a Helvar sin cadenas?

—¿Puedes comportarte? —le preguntó Kaz al fjerdano. Tenía una mirada asesina, pero asintió con la cabeza—. Cerraremos esta habitación y pondremos un guardia.

Inej observó al enorme fjerdano.

—Tal vez dos.

—Dejad a Dirix y Rotty, pero no les deis demasiados detalles. Zarparán con nosotros y puedo ponerlos al día después. Y Wylan, tú y yo vamos a tener una charla. Quiero saberlo todo sobre la empresa mercante de tu padre.

El se encogió de hombros.

—No sé nada sobre ella. A mí no me incluye en esas discusiones.

—¿Me estás diciendo que nunca te has colado en su despacho? ¿Nunca has mirado sus documentos?

—No —dijo Wylan, y su barbilla sobresalió un poco. A Kaz le sorprendió descubrir que realmente le creía.

—¿Qué te decía? —preguntó Jesper alegremente mientras atravesaba la puerta—. Inútil.

Los otros comenzaron a salir tras él y Kaz cerró la caja fuerte con llave.

—Me gustaría hablar contigo, Brekker —dijo Helvar—. A solas.

Inej le dirigió a Kaz una mirada de advertencia, pero este la ignoró. ¿No pensaba que pudiera ocuparse de una montaña de músculos como Matthias Helvar? Cerró el panel de la pared y se dio una sacudida en la pierna. Le estaba doliendo; demasiadas noches sin dormir y demasiado tiempo con su peso encima.

—Venga, Espectro —le dijo—. Cierra la puerta cuando salgas.

En cuanto la puerta se cerró, Matthias se lanzó hacia él. Kaz le dejó hacerlo; lo estaba esperando.

Matthias cerró una mano sucia sobre la boca de Kaz. La sensación de piel contra piel provocó una oleada de repulsión en la cabeza de Kaz, pero como había estado esperando el ataque logró controlar las náuseas que sentía. La otra mano de Matthias rebuscó en los bolsillos del abrigo de Kaz, primero en uno y después en otro.

—¿*Fer esje?* —gruñó furioso en fjerdano—. ¿Dónde está? —dijo después en kerch.

Kaz le dio a Helvar otro momento de búsqueda frenética y después bajó el codo y golpeó hacia arriba, obligando a Helvar a aflojar el agarre. Escapó con facilidad y le dio un golpe detrás de la pierna derecha con el bastón. El enorme fjerdano se derrumbó. Cuando trató de levantarse otra vez, Kaz le dio una patada.

—Quédate ahí, patético imbécil.

Helvar volvió a tratar de levantarse otra vez. Era rápido, y la prisión lo había vuelto fuerte. Kaz le dio un potente golpe en la mandíbula y después asestó a los puntos de presión de sus enormes hombros dos golpes rápidos como un rayo con la punta del bastón. El fjerdano gruñó y sus brazos quedaron flojos e inmóviles a sus

costados.

Kaz giró el bastón en su mano y apretó la garganta de Helvar con la cabeza del cuervo tallada.

—Muévete otra vez y te daré un golpe tan fuerte en la mandíbula que solo podrás ingerir líquidos durante el resto de tu vida.

El fjerdano se quedó inmóvil, con los ojos azules brillando de odio.

—¿Dónde está la absolución? —gruñó—. Vi que la guardabas en el bolsillo.

Kaz se agachó junto a él y sacó el documento doblado de un bolsillo que parecía vacío tan solo un momento antes.

—¿Esto?

El fjerdano agitó los brazos inútiles y después soltó un bajo gruñido animal mientras Kaz hacía que la absolución se desvaneciera en el aire. Reapareció entre sus dedos. La giró una vez, mostrando el texto, y después pasó la mano sobre él y le mostró a Helvar la página aparentemente vacía.

—*Demjin* —murmuró Helvar. Kaz no hablaba fjerdano, pero esa palabra la conocía. Demonio.

Ni por asomo. Había aprendido el juego de manos de los tahúres y jugadores del Stave Oriental, y se había pasado horas practicándolo delante de un espejo turbio que había comprado con la paga de su primera semana.

Kaz le dio un golpecito suave en la mandíbula.

—Por cada truco que hayas visto, yo sé mil más. ¿Crees que un año en la Puerta del Infierno te ha endurecido? ¿Que te ha enseñado a luchar? La Puerta del Infierno habría sido un paraíso para mí de niño. Te mueves como un buey... durarías dos días en las calles donde crecí. Esta vez lo dejaré pasar, Helvar. Pero no vuelvas a ponerme a prueba. Asiente para que sepa que me entiendes. —Helvar apretó los labios y asintió con la cabeza una vez—. Bien. Creo que te encadenaremos los pies esta noche.

Kaz se levantó, tomó su nuevo sombrero del escritorio donde lo había dejado y le dio al fjerdano una última patada en los riñones, por si acaso. A veces no sabían cuándo quedarse en el suelo.



urante el día siguiente, Inej vio que Kaz empezaba a poner en marcha su estrategia. Había estado al tanto de sus consultas con cada miembro del equipo, pero sabía que solo estaba viendo fragmentos de su plan. Ese era el juego al que Kaz siempre jugaba.

Si tenía alguna duda sobre la misión, no lo mostró, e Inej deseó compartir su certeza. La Corte de Hielo había sido construida para soportar la arremetida de ejércitos, asesinos, Grisha y espías. Cuando se lo había dicho a Kaz, él se limitó a responder:

—Pero no la construyeron para contenernos a nosotros.

Su confianza la enervaba.

—¿Qué te hace pensar que podemos hacerlo? Habrá otros equipos ahí fuera, soldados y espías bien entrenados, gente con años de experiencia.

—Este no es un trabajo para soldados y espías bien entrenados. Es un trabajo para rufianes y ladrones. Van Eck lo sabe, y por eso nos ha llamado.

—No podrás gastar su dinero si estás muerto.

—Tendré hábitos caros en la otra vida.

—Hay una diferencia entre la confianza y la arrogancia.

Entonces él le había dado la espalda, dando a cada guante un tirón brusco.

—Y cuando quiera un sermón sobre eso, sabré a quién acudir. Si quieres dejarlo, solo tienes que decirlo.

A ella se le puso rígida la espalda, y su propio orgullo se elevó en su defensa.

—Matthias no es el único miembro irremplazable del equipo, Kaz. Me necesitas.

—Necesito tus habilidades, Inej. No es lo mismo. Puede que seas la mejor araña

que se arrastra por el Barril, pero no eres la única. Harías bien en recordarlo si quieres llevarte tu parte del botín.

Ella no dijo nada; no quería mostrar lo mucho que la había enfadado, pero se marchó de su despacho y no volvió a decirle nada más.

Ahora, mientras se dirigía hacia el puerto, se preguntó por qué seguía en ese camino.

Podría marcharse de Kerch cuando quisiera. Podría viajar de polizón en un barco hacia Novyi Zem. Podría volver a Ravka y buscar a su familia. Esperaba que hubieran estado a salvo en el oeste cuando estalló la guerra civil, o que tal vez se hubieran refugiado en Shu Han. Las caravanas suli llevaban años siguiendo los mismos caminos gastados, y ella tenía la habilidad necesaria para robar lo que necesitaba para sobrevivir hasta que los encontrara.

Eso significaría no pagar su deuda con los Despojos. Per Haskell culparía a Kaz; este lo había obligado a pagar su contrato, y lo dejaría vulnerable sin su Espectro para buscarle secretos. Pero ¿no le había dicho que era fácilmente reemplazable? Si lograban dar el golpe y volver a Kerch con Bo Yul-Bayur a salvo, su porcentaje del botín sería más que suficiente para pagar la ruptura del contrato con los Despojos. No le debería nada a Kaz y no tendría ninguna razón para quedarse.

Solo faltaba una hora para el amanecer, pero las calles estaban abarrotadas mientras se abría camino desde el Stave Oriental hasta el Occidental. Había un dicho suli: *El corazón es como una flecha. Hace falta puntería para dar en el blanco.* A su padre le gustaba recitarle eso cuando ella entrenaba sobre la cuerda o el balancín. *Sé decidida,* le decía. *Tienes que saber a dónde quieres ir antes de llegar.* Su madre se reía al oír aquello. *Eso no es lo que quiere decir,* intervenía. *Le quitas el romanticismo a todo.* Pero no era cierto: su padre adoraba a su madre. Inej lo recordaba dejando ramitos de geranios silvestres para que su madre los encontrara por todas partes: en las alacenas, en las cacerolas, las mangas de sus trajes.

¿Te cuento el secreto del verdadero amor?, le había preguntado una vez su padre. *A un amigo mío le gustaba decirme que las mujeres adoran las flores. Tenía muchos coqueteos, pero jamás encontró esposa. ¿Sabes por qué? Porque puede que a las mujeres les encanten las flores, pero solo a una le encanta el aroma a gardenias de finales de verano que le recuerda al porche de su abuela. Solo a una mujer le encantan las flores del manzano en una taza azul. Solo a una mujer le encantan los geranios silvestres.*

¡Esa es mamá!, había gritado Inej.

Sí, a mamá le encantan los geranios silvestres porque no hay otra flor que tenga ese color, y dice que cuando parte el tallo y se lo pone detrás de la oreja, el mundo entero huele a verano. Muchos chicos te traerán flores, pero algún día conocerás a uno que aprenda cuál es tu flor favorita, tu canción favorita, tu dulce favorito. Y aunque sea demasiado pobre para darte nada de eso, no importará porque se habrá tomado el tiempo de conocerte como nadie más lo habrá hecho. Solo ese chico se

merecerá tu corazón.

Parecía que hubieran pasado cien años. Su padre se equivocaba: no había habido ningún chico que le llevara flores, tan solo hombres con pilas de *kruge* y bolsas llenas de monedas. ¿Volvería a ver a su padre alguna vez? ¿A oír cantar a su madre, a escuchar las tontas historias de su tío? *No creo que siga teniendo un corazón que entregar, papá.*

El problema era que Inej ya no estaba segura de lo que quería. Cuando era pequeña le resultaba fácil saberlo: una sonrisa de su padre, que subieran un poco la cuerda floja, pastelitos de naranja envueltos en papel blanco. Después fue librarse de Tante Heleen y la Reserva y, tras eso, sobrevivir cada día, volverse un poco más fuerte cada mañana. Ahora no sabía lo que quería.

De momento, me conformaré con una disculpa, decidió. Y no montaré en el barco sin ella. Aunque Kaz no lo sienta, puede fingirlo. Al menos me debe su mejor imitación de un ser humano.

Si no fuera tarde podría haber rodeado el Stave Occidental, o simplemente viajar por los tejados; ese era el Ketterdam que amaba, vacío y silencioso, alto sobre la multitud, una cordillera iluminada por la luz de la luna de cimas a dos aguas y chimeneas torcidas. Pero esa noche iba escasa de tiempo. Kaz la había mandado a buscar en las tiendas dos trozos de parafina en el último minuto. Ni siquiera le dijo para qué eran ni por qué eran tan necesarios. ¿Y las gafas de nieve? Tuvo que visitar tres sastrerías distintas para adquirirlas. Estaba tan cansada que no confiaba del todo en sí misma para subir por los tejados, no después de dos noches sin dormir y un día discutiendo por conseguir suministros para su viaje a la Corte de Hielo.

Supuso que se estaba desafiando a sí misma.

Nunca caminaba por el Stave Occidental a solas. Con los Despojos a su lado podía pasar junto a la Reserva sin una mirada hacia los barrotes dorados de las ventanas. Pero esa noche el corazón le latía con fuerza, y podía oír el rugido de la sangre en sus oídos mientras la fachada dorada aparecía a la vista. Habían construido la Reserva para que pareciera una jaula de varios pisos, con las dos primeras plantas abiertas salvo por los barrotes dorados ampliamente espaciados. También se la conocía como la Casa Exótica. Si te gustaban las chicas shu o las gigantes fjerdanas, una pelirroja de la Isla Errante o una zemeni de piel oscura, la Reserva era tu lugar de destino. Cada chica era conocida por su nombre animal: leopardo, yegua, zorro, cuervo, armiño, cervatillo, serpiente. Las videntes suli llevaban la máscara de chacal cuando ejercían su oficio y miraban el destino de una persona. Pero ¿qué hombre querría meterse en la cama con un chacal? Así que a la chica suli (y en la Reserva siempre había una) se la conocía como el lince. Los clientes no iban buscando chicas concretas, solo piel morena suli, el fuego del pelo kaélico, el tono dorado de los ojos shu. Los animales seguían siendo los mismos, aunque las chicas iban y venían.

Inej vio unas plumas de pavo real en la recepción y el corazón le trastabilló. Tan solo era decoración, un magnífico arreglo floral, pero al pánico de su interior le dio

igual. Se elevó, aferrándole el aliento. La gente venía de todas partes, hombres enmascarados, mujeres con velos... o tal vez eran hombres con velos y mujeres enmascaradas. Era imposible saberlo. Los cuernos del Diablillo. Los ojos saltones del Demente, la cara triste de la Reina Escarabajo forjada de negro y oro. A los artistas les encantaba pintar escenas del Stave Occidental, los chicos y chicas que trabajaban en los burdeles, los buscadores de placer vestidos de los personajes de la *Komedie Brute*. Pero no había ninguna belleza ahí, ninguna felicidad o alegría reales, tan solo transacciones, gente buscando escape o algún olvido colorido, algún sueño de decadencia del que pudieran despertar cuando lo desearan.

Inej se obligó a mirar hacia la Reserva mientras pasaba.

Tan solo es un sitio, se dijo. Solo una casa más. ¿Cómo la vería Kaz? ¿Dónde están las entradas y las salidas? ¿Cómo funcionan los cerrojos? ¿Qué ventanas no tienen barrotes? ¿Cuántos guardias están de servicio y cuáles parecen alerta? Solo una casa llena de cerrojos que abrir, cajas fuertes que desvalijar, pichones a los que desplumar. Y ahora ella era la depredadora, no Heleen con sus plumas de pavo real, ni ningún hombre que recorriera esas calles.

En cuanto la Reserva quedó fuera de su vista, la tensa sensación en su pecho y su garganta comenzó a desvanecerse. Lo había conseguido. Había caminado sola en el Stave Occidental, justo por delante de la Casa Exótica. Podría enfrentarse a cualquier cosa que le esperara en Fjerda.

Una mano le rodeó el antebrazo y la desequilibró.

Inej recuperó el equilibrio con rapidez. Giró sobre sus talones y trató de apartarse, pero el agarre era demasiado fuerte.

—Hola, pequeña lince.

Inej siseó y liberó su brazo de golpe. *Tante Heleen*. Así era como las chicas llamaban a Heleen Van Houden si no querían arriesgarse a probar el dorso de su mano. Para el resto del Barril era el Pavo Real, aunque Inej siempre había pensado que parecía más un gato engreído que un pájaro. Su pelo era espeso y de un dorado exquisito, sus ojos color avellana y ligeramente felinos. Su forma alta y sinuosa estaba cubierta de vibrante seda azul, y su escote bajo adornado con plumas iridiscentes que rozaban la característica gargantilla de diamantes que relucía en su cuello.

Inej se giró para correr, pero tenía el camino bloqueado por un enorme matón con una capa de terciopelo azul tensa sobre sus grandes hombros. Cobbet, el agente favorito de Heleen.

—Ah, no, pequeña lince.

La visión de Inej se emborronó. *Atrapada. Atrapada. Atrapada otra vez.*

—No me llamo así —logró jadear.

—Qué tozuda.

Heleen sujetó la túnica de Inej.

Muévete, gritó su mente, pero no podía. Sus músculos se habían tensado y un

agudo gemido de terror llenaba su cabeza.

Heleen pasó una uña bien cuidada por su mejilla.

—Lince es tu único nombre —canturreó—. Sigues siendo lo bastante guapa como para conseguir un buen precio. Aunque te estás endureciendo alrededor de los ojos... demasiado tiempo con ese pequeño rufián de Brekker. —Un sonido humillante emergió de la garganta de Inej, un resuello ahogado—. Sé lo que eres, lince. Sé lo que vales. Hasta el último centavo. Cobbet, tal vez deberíamos llevarla ya a casa.

La visión de Inej se volvió negra.

—No te atreverías. Los Despojos...

—Puedo esperar, pequeña lince. Volverás a llevar mis sedas, te lo prometo. —Liberó a Inej—. Disfruta de la noche —añadió con una sonrisa, y después abrió su abanico azul y se alejó hacia la multitud, con Cobbet siguiéndola.

Inej se quedó paralizada y temblorosa. Después se internó en la multitud, deseosa de desaparecer. Quería echar a correr, pero siguió avanzando con paso firme en dirección al puerto. Mientras caminaba liberó los cierres de las vainas de sus antebrazos, sintiendo los mangos de sus dagas deslizándose hasta sus palmas. Sankt Petyr, famoso por su valentía en la derecha; y la hoja esbelta con mango de hueso que había bautizado como Sankta Alina en la izquierda. Recitó los nombres de sus otros cuchillos. Sankta Marya y Sankta Anastasia atadas a sus muslos. Sankt Vladimir oculta en su bota y Sankta Lizabeta ceñida al cinto, con un patrón de rosas grabado en la hoja. *Protegedme, protegedme*. Tenía que creer que sus Santos veían y entendían las cosas que hacía para sobrevivir.

¿Qué le pasaba? Era el Espectro. No tenía nada más que temer de Tante Heleen. Per Haskell había pagado su contrato, la había liberado. No era una esclava; era un miembro valioso de los Despojos, una ladrona de secretos, la mejor del Barril.

Pasó deprisa junto a la luz y la música del Listón y al fin los puertos de Ketterdam quedaron a la vista y el Barril se fue desvaneciendo mientras se acercaba al agua. No había multitudes que chocaran contra ella ahí, ningún perfume empalagoso ni máscaras salvajes. Respiró hondo de forma prolongada. Desde allí podía ver la cima de una de las torres de los Agitamareas, donde siempre había luces encendidas. Los gruesos obeliscos de piedra negra estaban dirigidos día y noche por un selecto grupo de Grisha que mantenían las mareas altas de forma permanente sobre el puente de tierra que de lo contrario habría conectado Kerch con Shu Han. Incluso Kaz no había conseguido descubrir las identidades del Consejo de Mareas, dónde vivían ni cómo se garantizaba su lealtad a Kerch. Ellos también vigilaban los puertos, y si algún supervisor del puerto o algún estibador daba la señal, ellos alteraban las mareas para impedir que nadie saliera al mar. Pero esa noche no habría señales. Se habían pagado los sobornos adecuados a los oficiales adecuados, y su barco debería estar listo para zarpar.

Inej empezó a trotar en dirección a los muelles de carga del Quinto Puerto. Se le había hecho muy tarde; no tenía ganas de ver el ceño de Kaz fruncido por la

desaprobación cuando llegara.

Se alegraba por la paz de los muelles, pero parecían casi inmóviles después del ruido y el caos del Barril. Allí las hileras de cajas y contenedores de cargamento estaban apiladas en alto a cada lado de ella, a veces tres y hasta cuatro, una encima de otra. Hacían que esa parte de los muelles pareciera un laberinto. Un sudor frío brotó en la base de su columna vertebral. El encuentro con Tante Heleen la había dejado agitada, y los mangos de las dagas en sus manos no bastaban para calmar sus nervios alterados. Sabía que debía acostumbrarse a llevar una pistola, pero el peso la desequilibraba y las pistolas podían atascarse o fallar en un mal momento. *Pequeño lince*. Sus dagas eran fiables. Y la hacían sentir como si hubiera nacido con garras de verdad.

Una ligera bruma se elevaba del agua y, a través de ella, Inej vio a Kaz y a los demás esperando cerca del embarcadero. Todos llevaban la ropa corriente de los marineros: pantalones toscos, botas, gruesos abrigos de lana y gorros. Incluso Kaz había abandonado su traje immaculado en favor de un voluminoso abrigo. Su espesa mata de pelo oscuro estaba peinada hacia atrás, con los lados cortos como siempre. Parecía un estibador, o un chico que fuera a zarpar por primera vez. Era casi como si Inej viera a través de una lente alguna otra realidad, más placentera.

Tras ellos, vio la pequeña goleta que Kaz había requisado, con la palabra *Ferolind* escrita en negrita a un lado. Llevaría los peces púrpuras kerch y la colorida bandera de la Compañía de la Bahía Haanraadt. Para cualquiera de Fjerda o el Mar Auténtico, simplemente parecerían cazadores kerch que se dirigieran al norte en busca de pieles. Inej aceleró el paso. Si no hubiera llegado tarde, probablemente ya estarían a bordo o incluso en el camino para salir del puerto.

Tendrían una tripulación mínima, todos antiguos marineros que habían llegado a las filas de los Despojos por algún infortunio u otro. A través de la bruma contó rápidamente el grupo que esperaba. El número estaba mal. Habían llevado cuatro miembros más de los Despojos para ayudar a manejar la goleta, ya que ninguno de ellos sabía controlar las jarcias, pero no veía a ninguna de ellos. *¿A lo mejor están ya a bordo?* Pero incluso mientras lo pensaba, su bota cayó sobre algo suave, haciéndole tropezar.

Bajó la mirada. Bajo el débil resplandor de las luces de gas del puerto vio a Dirix, uno de los Despojos que iban a hacer ese viaje con ellos. Tenía un cuchillo en el abdomen y los ojos vidriosos.

—¡Kaz! —gritó.

Pero era demasiado tarde. La goleta explotó, tirando a Inej al suelo y bañando el muelle de llamas.



esper siempre se sentía mejor cuando la gente le disparaba. No es que le gustara la idea de morir (de hecho, ese resultado potencial era desde luego una molestia), pero si se obsesionaba por seguir vivo no podría pensar en nada más. Ese sonido, el rápido e impactante ruido de los disparos, concentraba la parte de su mente que se encontraba dispersa, irascible e inquisitiva como nada más lo hacía. Era mejor que estar en las mesas y esperar su turno, mejor que estar en la Rueda de Makker y ver que aparecía su número. Lo había descubierto la primera noche en la frontera zemeni. Su padre estaba sudando, temblando, apenas capaz de cargar su rifle. Pero Jesper había encontrado su vocación.

Ahora se encontraba en la parte superior de la caja donde se había puesto a cubierto, disparando con ambas pistolas. Sus armas eran revólveres zemeni que podían soltar seis disparos en rápida sucesión, sin rival en toda Ketterdam. Los notó calentándose en sus manos.

Kaz les había advertido de que habría competencia, otros equipos decididos a obtener el premio a cualquier precio, pero era demasiado pronto para que las cosas estuvieran yendo tan mal. Se hallaban rodeados, al menos había muerto un hombre, y un barco ardía a sus espaldas. Habían perdido el transporte a Fjerda y, si los disparos que llovían sobre ellos eran alguna indicación, estaban seriamente sobrepasados en número. Suponía que podría haber sido peor; podrían haber estado en el barco cuando explotó.

Jesper se agachó para recargar y no pudo creer lo que veía. Wylan Van Eck estaba aovillado en el muelle, con sus suaves manos de mercader sobre la cabeza. Jesper soltó un suspiro, lanzó unos pocos disparos para cubrirse y saltó desde detrás de la

dulce seguridad de su caja. Agarró a Wylan por el cuello de su camisa y tiró de él hasta ponerlo a cubierto.

Lo zarandeó un poco.

—Contrólate, niño.

—No soy un niño —masculló él, apartándole la mano de un manotazo.

—Vale, eres un viejo estadista. ¿Sabes disparar?

Wylan asintió lentamente con la cabeza.

—He practicado tiro al plato.

Jesper puso los ojos en blanco. Se quitó el rifle de la espalda y se lo puso sobre el pecho.

—Genial. Esto es lo mismo, solo que el sonido es diferente cuando aciertas.

Se giró con los revólveres en alto mientras una forma aparecía por su visión periférica, pero solo era Kaz.

—Id al este, al siguiente muelle, y embarcad en el amarradero veintidós —dijo.

—¿Qué hay ahí?

—El *Ferolind* de verdad.

—Pero...

—El barco que ha explotado era un señuelo.

—¿Lo sabías?

—No, pero tomé precauciones. Es lo que hago, Jesper.

—Podrías habernos dicho que...

—Eso anularía el propósito de un señuelo. En marcha. —Kaz echó un vistazo a Wylan, que acunaba el rifle como a un bebé—. Y asegúrate de que entre en el barco de una pieza.

Jesper observó a Kaz desvanecerse entre las sombras, con el bastón en una mano y la pistola en la otra. Incluso con solo una pierna buena, era espeluznantemente rápido.

Entonces le dio otro empujón a Wylan.

—Vamos.

—¿Vamos?

—¿No has oído a Kaz? Tenemos que llegar al amarradero veintidós. —Wylan asintió con la cabeza sin hablar. Tenía los ojos aturcidos y lo bastante abiertos como para beber de ellos—. Quédate detrás de mí e intenta que no te maten. ¿Listo? —Wylan negó con la cabeza—. Pues olvida que te lo he preguntado. —Le puso la mano en el agarre del rifle—. Venga.

Jesper disparó otra ráfaga, de una manera extraña que esperaba que ocultara su ubicación. Con un revólver vacío, saltó de la caja y se internó en las sombras. Medio esperaba que Wylan no lo siguiera, pero podía oír al mercadercillo tras él respirando con fuerza, con un silbido bajo en los pulmones mientras corrían hacia la siguiente pila de barriles.

Jesper siseó cuando una bala pasó zumbando junto a su mejilla, lo bastante cerca

para dejarle una quemadura.

Se lanzaron detrás de los barriles. Desde allí vio a Nina en el espacio entre dos pilas de cajas. Tenía los brazos en alto y, cuando tuvo a uno de los atacantes a la vista, apretó el puño. El chico se derrumbó en el suelo aferrándose el pecho. Pero la Grisha estaba en desventaja en ese laberinto. Los Mortificadores necesitaban ver a sus objetivos para derribarlos.

Helvar se encontraba junto a ella con la espalda contra las cajas y las manos atadas. Era una precaución razonable, pero el fjerdano era valioso y Jesper tuvo un momento para preguntarse por qué Kaz lo habría dejado en tal apuro antes de ver que Nina se sacaba un cuchillo de la manga y le cortaba las ataduras. Le puso una pistola en las manos.

—Defiéndete —le dijo con un gruñido, y volvió a concentrarse en la pelea.

No es inteligente, pensó Jesper. *No le des la espalda a un fjerdano furioso*. Helvar parecía estar planteándose seriamente dispararle. Jesper levantó el revólver, preparado para derribar al gigante, pero entonces Helvar se puso junto a Nina, apuntando al laberinto de cajas que tenían delante. Y así por las buenas empezaron a luchar codo con codo. ¿Habría dejado Kaz a Matthias atado junto a Nina deliberadamente? Jesper nunca sabía cuánto de lo que lograba Kaz era gracias a su inteligencia y sus planes y cuánto era pura suerte.

Soltó un silbido agudo. Nina miró por encima del hombro y su mirada encontró la de Jesper. Él le mostró dos dedos, dos veces, y ella asintió rápidamente con la cabeza. ¿Ya sabía que el amarradero veintidós era el destino real? ¿Lo sabía Inej? Ahí estaba otra vez Kaz, jugando con la información, manteniendo a uno o a todos a ciegas. Jesper lo odiaba, pero no podía rebatir el hecho de que todavía tenían una forma de llegar a Fjerda. Si vivían para embarcar en la segunda goleta.

Hizo una señal a Wylan y continuaron pasando junto a los barcos y naves atracados junto al muelle, con todo el cuidado del que eran capaces.

—¡Ahí! —oyó que gritaba una voz desde algún lugar detrás de ellos. Los habían visto.

—Maldición —dijo Jesper—. ¡Corre!

Corrieron por el muelle. Ahí, en el amarradero veintidós, había una goleta esbelta con la palabra *Ferolind* en un costado. Era casi espeluznante lo mucho que se parecía al otro barco. No había lámparas encendidas a bordo, pero mientras él y Wylan subían por la rampa aparecieron dos marineros.

—Sois los primeros en llegar —señaló Rotty.

—Esperemos que no seamos los últimos. ¿Estáis armados?

Asintió con la cabeza.

—Brekker nos dijo que permaneciéramos ocultos hasta...

—Hasta ahora —dijo Jesper, señalando a los hombres que corrían hacia ellos y quitándole el rifle a Wylan—. Necesito ir a un lugar elevado. Mantenedlos atrás y distraídos tanto como podáis.

—Jesper... —empezó Wylan.

—Que nadie pase de aquí. Si toman esta goleta, se acabó.

Los hombres que les disparaban no solo querían que los Despojos no abandonaran el puerto. Los querían muertos.

Jesper disparó a los dos hombres que lideraban la carga por el muelle. Uno de ellos cayó y el otro rodó a la izquierda y se ocultó tras el bauprés de un barco pesquero. Jesper disparó tres veces más y después subió el mástil a toda prisa.

Debajo podía oír más disparos. Tres metros, seis, sus botas se enganchaban en las cuerdas. Tendría que haberse detenido para quitárselas. Estaba a menos de un metro del puesto del vigía cuando sintió un dolor agudo que le acuchilló la carne del muslo. Su pie resbaló y por un momento se balanceó sobre la distante cubierta sin nada salvo sus manos resbaladizas aferrándose a las cuerdas. Se obligó a mover las piernas y buscó apoyo con las puntas de las botas. Su pierna derecha era casi inútil por culpa del disparo, y tuvo que impulsarse los últimos centímetros con los brazos temblorosos y el corazón latiendo con fuerza en sus oídos. Notaba todos los sentidos como si estuvieran ardiendo. Desde luego esto era mejor que una racha de buena suerte con las cartas.

No se detuvo a descansar. Enganchó la pierna herida en las cuerdas, ignorando el dolor, comprobó la mirilla del rifle y comenzó a disparar a todo el que tuviera a tiro.

Cuatro millones de kruge, se dijo mientras recargaba y se le ponía a tiro otro enemigo. La bruma dificultaba la visibilidad, pero esa era la habilidad que lo había mantenido en los Despojos incluso después de que sus deudas crecieran y quedara claro que a Jesper le gustaban las cartas más de lo que a la suerte le gustaba él. Cuatro millones de *kruge* acabarían con sus deudas y lo dejarían nadando en la abundancia durante una buena temporada.

Vio a Nina y Matthias tratando de abrirse paso hasta el puerto, pero había otros diez hombres en su camino. Kaz parecía estar corriendo en dirección opuesta y a Inej no se la veía por ningún sitio, aunque eso no significaba demasiado con el Espectro. Podría estar colgando de las velas a medio metro de él y probablemente no lo sabría.

—¡Jesper! —El grito vino desde abajo, y tardó un momento en darse cuenta de que era Wylan quien lo llamaba. Trató de ignorarlo y volvió a apuntar—. ¡Jesper!

Voy a matar a ese idiota.

—¿Qué quieres? —gritó.

—¡Cierra los ojos!

—No puedes besarme desde ahí, Wylan.

—¡Que lo hagas!

—¡Más te vale que me guste!

Cerró los ojos.

—¿Están cerrados?

—Joder, Wylan, sí, están...

Hubo un agudo y penetrante aullido, y después una brillante luz explotó tras los

párpados de Jesper. Cuando se desvaneció, abrió los ojos.

Debajo vio hombres corriendo por ahí, cegados por la bomba lumínica que Wylan había hecho estallar. Pero Jesper podía ver a la perfección. *No está mal para el hijo de un mercader*, pensó para sí mismo, y abrió fuego.



ntes de que Inej pudiera poner un pie en la cuerda floja o incluso en una de entrenamiento, su padre le había enseñado a caer; a protegerse la cabeza y minimizar el impacto sin enfrentarse a su propio impulso. Cuando el estallido del puerto la levantó en el aire, ella se hizo un ovillo. Cayó con fuerza, pero se incorporó en cuestión de segundos y se pegó al lateral de una caja, con las orejas pitando y la nariz llena del penetrante olor de la pólvora.

Inej lanzó una sola mirada a Kaz y a los demás y después hizo lo que se le daba mejor: se desvaneció. Subió por las cajas de carga, escalándolas como un insecto ligero, encontrando muescas y agarres con las suelas de goma de sus pies.

La vista desde arriba era perturbadora. Los Despojos estaban superados en número, y había hombres abriéndose camino desde los flancos izquierdo y derecho. Kaz había tenido razón al mantener en secreto el verdadero lugar de salida. Alguien había hablado. Inej había tratado de vigilar al equipo, pero alguien más podría haber estado husmeando. El propio Kaz lo había dicho: todos los lugares en Ketterdam tenían goteras, incluidos el Listón y el Club Cuervo.

Alguien estaba disparando desde los mástiles del nuevo *Ferolind*. Con suerte, eso significaba que Jesper había llegado a la goleta, y tan solo tenía que conseguirles a los demás el tiempo suficiente para que también llegaran.

Corrió con ligereza sobre las cajas, abriéndose camino por la hilera y buscando a sus objetivos debajo. Era muy fácil; ninguno esperaba que la amenaza viniera desde arriba. Se deslizó hasta el suelo detrás de dos hombres que disparaban a Nina y pronunció una plegaria silenciosa mientras le cortaba la garganta a uno y después al otro. Cuando el segundo hombre cayó, se agachó junto a él y le subió la manga

derecha. Había un tatuaje de una mano, con los dos primeros dedos cortados por el nudillo. Puntas Negras. ¿Era aquello la venganza por el enfrentamiento de Kaz con Geels, o algo más? No deberían haber podido reunir a tanta gente.

Avanzó hasta el siguiente pasillo de cajas, siguiendo un mapa mental de las posiciones de los otros atacantes. Primero eliminó a una chica con un enorme rifle difícil de manejar y después ensartó al hombre que tendría que haberle cubierto el flanco. Su tatuaje mostraba cinco pájaros en formación de cuña: Gaviotas Cuchilla. ¿A cuántas bandas se enfrentaban?

La siguiente esquina se encontraba vacía. ¿Debía escalar los contenedores de cargamento para comprobar su posición o arriesgarse a lo que pudiera estarle esperando al otro lado? Respiró hondo, se agachó y se apresuró a doblar la esquina. Aquella noche sus Santos se portaron bien: había dos hombres disparando en el muelle de espaldas a ella. Los despachó con golpes rápidos de las dagas. Seis cuerpos, seis vidas tomadas. Iba a tener que hacer mucha penitencia, pero había ayudado a inclinar la balanza un poco a favor de los Despojos. Ahora necesitaba llegar a la goleta.

Limpió los cuchillos en sus bombachos de cuero y los volvió a meter en sus vainas. A continuación retrocedió y corrió hasta el contenedor de cargamento más cercano. Mientras sus dedos agarraban el borde, sintió un dolor penetrante bajo el brazo. Se giró a tiempo de ver la fea cara de Oomen partida por una mueca de determinación. Toda la información que había reunido sobre los Puntas Negras volvió a ella en una ráfaga enfermiza: Oomen, el agente de Geels, el que podía aplastar cráneos con las manos desnudas.

Tiró de ella hacia abajo y le agarró la parte delantera del chaleco, retorciendo bruscamente el cuchillo de su costado. Inej luchó por no desmayarse.

Mientras su capucha caía hacia atrás, él exclamó:

—¡*Ghezen!* Tengo al Espectro de Brekker.

—Deberías haber apuntado... más arriba —jadeó Inej—. No me has dado en el corazón.

—No te quiero muerta, Espectro —replicó él—. Eres un gran premio. No puedo esperar a oír todos los cotilleos que has reunido para Manos Sucias, y también todos sus secretos. Me encantan las historias.

—Te puedo decir cómo acaba esta —contestó ella con un aliento tembloroso—. Pero no va a gustarte.

—Ah, ¿sí?

La estampó contra la caja y el dolor la atravesó. Los dedos de sus pies apenas rozaban el suelo mientras la sangre manaba de la herida a su costado. El antebrazo de Oomen se encontraba contra sus hombros, sujetándole los brazos.

—¿Sabes el secreto para luchar contra un escorpión?

Él se rio.

—¿Estás diciendo tonterías, Espectro? No mueras demasiado deprisa. Necesito

que te venden.

Ella cruzó un tobillo detrás del otro y oyó el clic reconfortante. Llevaba las almohadillas en las rodillas para arrastrarse y escalar, pero también había otras razones: las pequeñas hojas de acero ocultas en cada una de ellas.

—El secreto —jadeó—, es no quitarle nunca los ojos de la cola.

Levantó la rodilla y clavó la hoja entre las piernas de Oomen. Él chilló y la soltó, llevándose la mano a la entrepierna sangrante.

Inej retrocedió tambaleándose por la hilera de cajas. Oía a hombres gritándose, el estallido de la pólvora en ráfagas cortas. ¿Quién estaba ganando? ¿Habrían llegado los demás a la goleta? Una oleada de mareo la recorrió.

Cuando se llevó los dedos a la herida de su costado, salieron mojados. Demasiada sangre. Pasos. Alguien se acercaba. No podía escalar, no con esa herida, no con la cantidad de sangre que había perdido. Recordó a su padre poniéndola sobre la escalera de cuerda la primera vez. *Escala, Inej.*

Los contenedores de cargamento estaban dispuestos allí en forma de pirámide. Si pudiera subir solo uno, podría esconderse en el primer nivel. Solo uno. Podía escalar o podía quedarse ahí y morir.

Trató de encontrar claridad en su mente y saltó, pegando las puntas de los dedos a la parte superior de la caja. Escala, Inej. Se arrastró por el borde hasta el techo de metal del contenedor.

Estaba muy bien ahí tumbada, pero sabía que había dejado un rastro de sangre tras ella. *Uno más, se dijo. Uno más y estarás a salvo.* Se obligó a ponerse de rodillas y avanzó hasta la siguiente caja. La superficie bajo ella comenzó a agitarse. Oyó risas desde abajo.

—¡Venga, vamos, Espectro! ¡Tenemos secretos que contar!

Desesperada, llevó la mano otra vez hasta el borde de la siguiente caja y la agarró, luchando contra la arremetida de dolor mientras el contenedor debajo de ella desaparecía. Se quedó colgando, balanceando los pies con impotencia. No abrieron fuego; la querían viva.

—¡Baja, Espectro!

No sabía de dónde le venía la fuerza, pero logró subirse a la caja. Se quedó sobre el techo, jadeando.

Solo una más. Pero no podía. No podía ponerse de rodillas, no podía estirar los brazos, ni siquiera podía rodar. Dolía demasiado. *Escala, Inej.*

—No puedo, papá —susurró. Incluso entonces odiaba decepcionarlo.

Muévete, se dijo. Este es un lugar estúpido para morir. Pero una voz en la cabeza le respondió que había lugares peores. Moriría ahí, en libertad, bajo la luz del alba. Moriría tras una pelea digna, no porque algún hombre se hubiera cansado de ella o quisiera de ella más de lo que pudiera darle. Mejor morir ahí con sus dagas que con la cara pintada y el cuerpo cubierto de sedas falsas.

Una mano le agarró el tobillo. Habían subido a las cajas. ¿Por qué no los había

oído? ¿Tan ida estaba? La tenían. Alguien le estaba dando la vuelta. Deslizó la daga de la vaina de su muñeca. En el Barril, una hoja tan afilada se conocía como acero amable. Significaba una muerte rápida. Mejor que la tortura a merced de los Puntas Negras o los Gaviotas Cuchilla.

Que los Santos me reciban. Presionó la punta bajo su pecho, entre sus costillas, una flecha al corazón. Entonces una mano le agarró la muñeca de forma dolorosa, obligándola a soltar la daga.

—Todavía no, Inej.

Una voz áspera como de piedra rozando piedra. Abrió los ojos de golpe. *Kaz.* Él la cogió en brazos, saltó de las cajas y aterrizó bruscamente, con la pierna mala tambaleándose.

Ella gimió cuando llegaron al suelo.

—¿Hemos ganado?

—Estoy aquí, ¿no?

Debía de estar corriendo. Su cuerpo rebotaba dolorosamente contra el pecho de *Kaz* con cada paso a trompicones. No podía llevarla y usar el bastón.

—No quiero morir.

—Haré lo posible para que no sea así. —Ella cerró los ojos—. Sigue hablando, *Espectro*. No te me escapes.

—Pero es lo que mejor hago.

Él la aferró con más fuerza.

—Tan solo llega a la goleta. Abre los malditos ojos, *Inej*.

Lo intentó. Tenía la visión borrosa, pero podía distinguir una cicatriz pálida y brillante en el cuello de *Kaz*, justo debajo de su mandíbula. Recordó la primera vez que lo había visto en la Reserva. Había pagado a *Tante Heleen* por información: consejos de bolsa, cotilleos políticos, cualquier cosa que balbucearan los clientes de la Reserva estando borrachos, mareados o dichosos. Nunca visitaba a las chicas de *Heleen*, aunque muchas lo habrían llevado a sus habitaciones alegremente. Aseguraban que les daba escalofríos, que sus manos estaban permanentemente teñidas de sangre bajo esos guantes negros, pero ella reconocía el entusiasmo de sus voces y cómo lo seguían con la mirada.

Una noche, mientras él había pasado a su lado en la recepción, ella había hecho algo estúpido, algo imprudente.

—Puedo ayudarte —había susurrado. Él le echó un vistazo y después siguió por su camino como si no le hubiera dicho nada.

A la mañana siguiente la llamaron al salón de *Tante Heleen*. Estaba segura de que le esperaba una paliza o algo peor, pero en lugar de eso *Kaz Brekker* se encontraba ahí, apoyado sobre su bastón con cabeza de cuervo, esperando para cambiarle la vida.

—Puedo ayudarte —dijo mientras él la llevaba.

—¿Ayudarme cómo? —No se acordaba. Se suponía que tenía que decirle algo, pero ya no importaba—. Háblame, *Espectro*.

—Has vuelto a por mí.

—Protejo mis inversiones.

Inversiones.

—Me alegra estar sangrando sobre tu camisa.

—Te lo apuntaré en la cuenta.

Ahora se acordaba. Le debía una disculpa.

—Di que lo sientes.

—¿El qué?

—Tú dilo.

No escuchó su respuesta. El mundo se había vuelto demasiado oscuro.



acados de aquí —gritó Kaz en cuanto subió cojeando a la goleta con Inej en brazos. Las velas ya estaban hinchadas, y saldrían del puerto en cuestión de momentos, aunque no tan rápido como a él le hubiera gustado. Sabía que tendría que haber tratado de encontrar algunos Vendavales para el viaje, pero era un infierno conseguirlos.

Había caos en la cubierta, gente gritando y tratando de llevar la goleta a mar abierto tan rápido como fuera posible.

—¡Specht! —le gritó al hombre que había elegido para capitanear el navío, un marinero con talento para los cuchillos que había vivido tiempos difíciles y había acabado en las filas inferiores de los Despojados—. Pon en marcha a tu tripulación antes de que empiece a romper cráneos.

Specht hizo un saludo militar y después pareció refrenarse. Ya no estaba en la marina, y Kaz no era un comandante.

El dolor de la pierna de Kaz era terrible, lo peor que había sentido desde que se la rompió al caer del tejado de un banco cerca de la Geldstraat. Era posible que se hubiera vuelto a fracturar el hueso. El peso de Inej no ayudaba, pero cuando Jesper apareció en su camino para ofrecerle su ayuda, Kaz pasó junto a él con un empujón.

—¿Dónde está Nina? —gruñó.

—Ocupándose de los heridos abajo. Ya se ha encargado de mí. —Kaz se fijó en la sangre seca del muslo de Jesper—. Wylan sufrió algunos daños durante la pelea. Deja que te ayude...

—Apártate de mi camino —dijo Kaz, y fue hasta la rampa que conducía a la zona debajo de la cubierta.

Encontró a Nina ocupándose de Wylan en un estrecho camarote, pasando las manos sobre su brazo, uniendo la carne de la herida de bala. Apenas era un rasguño.

—Muévete —ordenó Kaz, y Wylan prácticamente saltó de la mesa.

—No he terminado... —comenzó Nina, y entonces vio a Inej—. Por todos los Santos. ¿Qué ha pasado?

—Herida de cuchillo.

El estrecho camarote estaba iluminado por varias lámparas brillantes, y había un montón de vendas limpias en un estante junto a una botella de alcanfor. Con cuidado, Kaz dejó a Inej sobre la mesa que había atornillada a la cubierta.

—Hay mucha sangre —dijo Nina sin aliento.

—Ayúdala.

—Kaz, soy Mortificadora, no una Sanadora de verdad.

—Morirá si esperamos a encontrar uno. Ponte a trabajar.

—Me tapas la luz.

Kaz retrocedió hasta el pasillo. Inej se encontraba completamente inmóvil sobre la mesa, y su luminosa piel morena parecía apagada bajo la luz de la lámpara que se balanceaba.

Estaba vivo gracias a Inej. Todos lo estaban. Habían logrado abrirse camino luchando, pero solo porque ella había evitado que los rodearan. Kaz conocía la muerte. Podía sentir su presencia ahora en el barco, cerniéndose sobre ellos, lista para llevarse a su Espectro. Estaba cubierto de su sangre.

—Si no puedes ser de ayuda, vete —dijo Nina sin mirarlo—. Me pones nerviosa.

Él dudó y después se alejó cojeando por donde había venido y se detuvo para robar una camisa limpia de otro camarote. No debería estar tan agitado por una pelea en el muelle, aunque hubiera habido disparos, pero lo estaba.

Sentía que había algo rasgado y en carne viva en su interior. Era la misma sensación que había tenido siendo más joven, esos primeros días desesperados tras la muerte de Jordie.

Di que lo sientes. Eso era lo último que le había dicho Inej. ¿Por qué quería que se disculpara? Había muchas posibilidades. Mil crímenes. Mil burlas estúpidas.

En cubierta, respiró hondo el aire marino y observó mientras el puerto y Ketterdam desaparecían de la vista en el horizonte.

—¿Qué demonios acaba de pasar? —preguntó Jesper. Estaba reclinado contra la barandilla, con el rifle junto a él. Tenía el pelo revuelto y las pupilas dilatadas. Casi parecía borracho, o como si acabara de salir de la cama de alguien. Siempre tenía esa expresión tras una pelea. Helvar estaba inclinado sobre la barandilla, vomitando. Al parecer, no era un marinero. En algún momento tendrían que volver a encadenar sus piernas.

—Nos han tendido una emboscada —dijo Wylan desde el castillo de proa. Tenía la manga levantada y estaba pasando los dedos sobre el punto rojo donde Nina se había ocupado de su herida.

Jesper lo fulminó con la mirada.

—¿Tutores privados de la universidad y eso es todo lo que se le ocurre a este niño? ¿Que nos han tendido una emboscada?

Wylan enrojeció.

—Deja de llamarme niño. Somos casi de la misma edad.

—No te van a gustar las otras palabras que se me ocurren para ti. Ya sé que era una emboscada, pero eso no explica cómo sabían que estaríamos ahí. Quizá Gran Bolliger no fuera el único espía Punta Negra en los Despojos.

—Geels no tiene el cerebro ni los recursos para organizar algo tan rápido ni tan grande a solas —señaló Kaz.

—¿Estás seguro? Porque eso es lo que parece.

—Vamos a preguntar.

Kaz fue cojeando hasta el lugar donde Rotty había dejado a Oomen.

Le he dado a tu Espectro, se había reído Oomen cuando Kaz lo había visto enroscado en el suelo. *Le he dado bien*. Kaz había visto la sangre en su muslo y había dicho: *Parece que ella también te ha dado a ti*. Pero no había tenido buena puntería, o Oomen no estaría hablando con nadie. Lo dejó fuera de combate e hizo que Rotty se lo llevara mientras iba a buscar a Inej.

Ahora Helvar y Jesper arrastraban a Oomen hacia la barandilla, con las manos atadas.

—Ponedlo de pie.

Con una enorme mano, Helvar obedeció.

Oomen sonrió, con el áspero pelo blanco liso contra su ancha frente.

—¿Por qué no me cuentas qué ha traído a tantos Puntas Negras aquí esta noche? —preguntó Kaz.

—Te lo debíamos.

—¿Un tiroteo en público y con treinta hombres? Yo creo que no.

Oomen soltó una risita.

—A Geels no le gusta que lo superen.

—Podría meter el cerebro de Geels en la punta de mi bota, y Gran Bolliger era su único chivato dentro de los Despojos.

—A lo mejor...

—Quiero que pienses con mucho cuidado, Oomen —lo interrumpió Kaz—. Seguro que Geels piensa que estás muerto, así que aquí no hay reglas. Puedo hacer lo que quiera contigo.

Oomen le escupió en la cara.

Kaz sacó el pañuelo del bolsillo del abrigo y se limpió la cara con cuidado. Pensó en Inej yaciendo inmóvil en la mesa, su ligero peso en sus brazos.

—Sujetadlo —les dijo a Jesper y al fjerdano. Movié la manga y un cuchillo para abrir ostras apareció en su mano. Siempre tenía al menos dos cuchillos ocultos en algún lugar de su atuendo. Ese ni siquiera contaba en realidad, una hoja pequeña pero

afilada.

Hizo un corte limpio sobre el ojo de Oomen, desde la ceja hasta el pómulo, y antes de que este pudiera tomar aliento para gritar, hizo un segundo corte en la dirección opuesta, una X casi perfecta. Oomen comenzó a gritar.

Kaz limpió el cuchillo, lo guardó en su manga y metió los dedos enguantados en la cuenca del ojo de Oomen. Este chilló y se retorció mientras Kaz le arrancaba el ojo, con una raíz ensangrentada detrás. La sangre chorreó sobre su cara.

Kaz oyó las arcadas de Wylan. Tiró el ojo por la borda y metió el pañuelo mojado por el escupitajo en la cuenca del ojo de Oomen. Después le sujetó la mandíbula, y sus guantes dejaron manchas rojas sobre su barbilla. Sus acciones eran suaves y precisas, como si estuviera repartiendo cartas en el Club Cuervo o abriendo una cerradura fácil, pero su furia era ardiente, enloquecida y poco familiar. Algo dentro de él se había liberado.

—Escúchame —siseó con la cara a unos centímetros de la de Oomen—. Tienes dos opciones. Me dices lo que quiero saber y te dejamos en el próximo puerto con el dinero suficiente para que te curen y para que te compres un pasaje de vuelta a Kerch, o te quito el otro ojo y repito esta conversación con un ciego.

—Tan solo era un trabajo —balbuceó Oomen—. A Geels le dieron cinco mil *kruge* para traer a los Puntas Negras al completo. También conseguimos a algunos Gaviotas Cuchilla.

—¿Por qué no más hombres? ¿Por qué no doblar vuestras posibilidades?

—¡Se suponía que debíais estar en el barco cuando explotara! Solo nos teníamos que ocupar de los rezagados.

—¿Quién te contrató? —Oomen vaciló, mordiéndose el labio. Le salían mocos de la nariz—. No hagas que te pregunte otra vez —advirtió Kaz en voz baja—. Quienquiera que fuera no puede protegerte ahora.

—Me matará.

—Y yo haré que desees la muerte, así que elige entre esas dos opciones.

—Pekka Rollins —sollozó Oomen—. ¡Fue Pekka Rollins!

A pesar de su propio aturdimiento, Kaz vio el efecto del nombre en Jesper y Wylan. Helvar no sabía lo suficiente para sentirse intimidado.

—Por todos los Santos —gruñó Jesper—. Estamos muy jodidos.

—¿Dirige Rollins a la tripulación él mismo? —le preguntó Kaz a Oomen.

—¿Qué tripulación?

—Hacia Fjerda.

—No sé nada sobre ninguna tripulación. Tan solo se suponía que teníamos que evitar que salierais del puerto.

—Ya veo.

—Necesito a un medik. ¿Puedes llevarme ya con el medik?

—Por supuesto —dijo Kaz—. Es por aquí.

Tomó a Oomen por las solapas y lo puso en pie, empujando su cuerpo contra la

barandilla.

—¡Te he dicho lo que querías! —gritó Oomen, forcejeando—. ¡He hecho lo que me pediste!

A pesar de la constitución de Oomen, era engañosamente fuerte, una fuerza como de granja, igual que Jesper. Probablemente se habría criado en el campo.

Kaz se inclinó hacia él para que nadie lo oyera cuando dijo:

—Mi Espectro aconsejaría misericordia, pero gracias a ti, ella no está aquí para suplicar por tu vida.

Sin más palabras, tiró a Oomen al mar.

—¡No! —gritó Wylan, inclinándose sobre la barandilla con la cara pálida, mirando a Oomen entre las olas con los ojos aturcidos. Las súplicas del asesino a sueldo seguían siendo audibles mientras su cara mutilada se perdía de vista.

—Di... dijiste que si te ayudaba...

—¿Quieres que te tire también a ti? —preguntó Kaz.

Wylan respiró hondo como si estuviera tratando de reunir coraje y balbuceó:

—No vas a tirarme por la borda. Me necesitas.

¿Por qué la gente no deja de decir eso?

—Quizás —admitió Kaz—. Pero no estoy de un humor muy racional.

Jesper puso la mano sobre el hombro de Wylan.

—Déjalo.

—No está bien...

—Wylan —dijo Jesper, sacudiéndolo un poco—. Quizá tus tutores no te enseñaron esta lección, pero no se discute con un hombre cubierto de sangre y un cuchillo en la manga.

Wylan formó una línea tensa con los labios. Kaz no sabía si el niño estaba asustado o furioso, pero no le importaba. Helvar se quedó en silencio como un centinela, observándolo todo, verduoso bajo su barba rubia a causa del mareo.

Kaz se giró hacia Jesper.

—Ponle grilletes a Helvar por si acaso —dijo mientras se dirigía hacia el piso inferior—. Y tráeme ropa limpia y agua fresca.

—¿Desde cuándo soy tu mayordomo?

—Hombre con un cuchillo, ¿recuerdas? —dijo por encima del hombro.

—¡Hombre con una pistola! —gritó Jesper tras él.

Para ahorrar tiempo, Kaz respondió con un gesto en el que su dedo medio tenía un papel estelar y desapareció bajo cubierta. Quería un baño caliente y una botella de brandy, pero se conformaba con estar solo y libre del hedor a sangre durante un tiempo.

Pekka Rollins. El nombre sonó en su cabeza como un disparo. Siempre tenía que tratarse de Pekka Rollins, el hombre que se lo había quitado todo. El hombre que estaba ahora entre Kaz y el mayor botín que nadie había tratado de conseguir jamás. ¿Enviaría Rollins a alguien en su lugar o lideraría él mismo a la tripulación para

conseguir a Bo Yul-Bayur?

En los sombríos confines de su camarote, Kaz susurró:

—Ladrillo a ladrillo.

Matar a Pekka Rollins siempre había sido tentador, pero eso no era suficiente. Kaz quería humillarlo. Quería que sufriera como había sufrido él, como había sufrido Jordie. Y robar treinta millones de *kruge* justo de las manos mugrientas de Pekka Rollins era una muy buena forma de empezar. Tal vez Inej tuviera razón. Tal vez el destino sí se molestara con gente como él.



n el estrecho camarote médico, Nina trataba de sanar el cuerpo de Inej, pero no había sido entrenada para esa clase de trabajo.

Durante los dos primeros años de su educación en la capital de Ravka, todos los Grisha Corporalki estudiaban juntos, iban a las mismas clases y hacían las mismas autopsias. Pero entonces su entrenamiento se dividía. Los Sanadores aprendían el intrincado trabajo de sanar heridas, mientras que los Mortificadores se convertían en soldados; expertos en causar daños, no en deshacerlos. Era una forma distinta de pensar en lo que esencialmente era el mismo poder. Pero los vivos eran más exigentes que los muertos. Para un golpe asesino hacía falta decisión, claridad de intenciones. Sanar era algo lento, deliberado, un ritmo que requería el reflexivo estudio de cada pequeña elección. Los trabajos que había hecho por Kaz durante el último año ayudaban, y en cierto modo también su trabajo de alterar cuidadosamente el humor y modificar caras en la Rosa Blanca.

Pero mirando a Inej, Nina deseó que su entrenamiento no hubiera sido tan breve. La guerra civil ravkana había estallado cuando ella era todavía una estudiante del Pequeño Palacio, y se había visto obligada a esconderse con sus compañeros. Cuando la lucha terminó y el polvo se asentó, el rey Nikolai estaba ansioso por que los pocos Grisha restantes fueran entrenados y fueran al campo, así que Nina solo había pasado seis meses en clases avanzadas antes de que la enviaran a su primera misión. En aquel momento, estuvo entusiasmada, pero ahora habría agradecido incluso una sola semana más de clases.

Inej era ágil, toda músculo y huesos finos, con la complexión de una acróbata. El cuchillo había entrado bajo su brazo izquierdo, y había estado muy cerca. Un poco

más hondo y la hoja habría atravesado el corazón.

Nina sabía que si simplemente sellaba su piel como había hecho con Wylan, la chica continuaría sangrando internamente, así que había tratado de detener el sangrado desde dentro hacia fuera. Pensaba que le había salido bien, pero Inej había perdido mucha sangre y Nina no tenía ni idea de qué hacer al respecto. Había oído que algunos Sanadores podían usar la sangre de una persona en otra, pero si se hacía mal era como envenenar al paciente. El proceso iba más allá de sus capacidades.

Terminó de cerrar la herida y después cubrió a Inej con una ligera manta de lana. Por el momento, todo lo que podía hacer era vigilar su pulso y su respiración. Mientras ponía los brazos de la chica bajo la manta, Nina vio la carne cicatrizada en el interior de su antebrazo. Rozó suavemente con el pulgar los bultos y rugosidades. Tenía que ser por la pluma de pavo real, el tatuaje que llevaban los miembros de la Reserva, la Casa Exótica. Quienquiera que se lo hubiera quitado había hecho un muy mal trabajo.

Curiosa, Nina levantó la otra manga de Inej. La piel de allí era suave y sin marcas. Inej no se había puesto el cuervo y la copa, el tatuaje que llevaban todos los miembros de los Despojos. Las alianzas cambiaban de un día al otro en el Barril, pero tu banda era tu familia, la única protección que importaba. La propia Nina llevaba dos tatuajes. El de su antebrazo izquierdo era de la Casa de la Rosa Blanca. El que contaba estaba en el derecho: un cuervo tratando de beber de un cáliz casi vacío. Le decía al mundo que formaba parte de los Despojos, que meterse con ella era arriesgarse a que se vengaran.

Inej llevaba con los Despojos más tiempo que Nina, pero no tenía tatuaje. Qué extraño. Era uno de los miembros más valiosos de la banda, y estaba claro que Kaz confiaba en ella tanto como podía hacerlo alguien como él. Nina recordó su expresión al dejar a Inej sobre la mesa. Era el mismo Kaz (frío, maleducado, imposible), pero bajo toda esa furia le había parecido ver también algo más. O tal vez solo fuera una romántica.

Tuvo que reírse de sí misma: no le desearía amor a nadie. Era un invitado al que recibías y del que después no podías librarte.

Le apartó el pelo liso y negro de la cara a Inej.

—Por favor, ponte bien —susurró.

Odiaba el frágil titubeo de su voz en el camarote. No sonaba como una soldado Grisha ni un duro miembro de los Despojos. Sonaba como una niña que no sabía lo que hacía, y así era exactamente como se sentía. Su entrenamiento había sido demasiado corto, la habían enviado a su primera misión demasiado pronto. Zoya lo había dicho en aquella ocasión, pero Nina había suplicado ir y la necesitaban, así que la otra Grisha había cedido.

Zoya Nazyalensky, una poderosa Vendaval, hermosa hasta lo absurdo y capaz de reducir la confianza de Nina a cenizas con una simple ceja alzada. Nina la adoraba. *Imprudente, ingenua, distraída*. Zoya le había llamado todo eso y cosas peores.

—Tenías razón, Zoya. ¿Estás contenta?

—Estoy mareado —dijo Jesper desde la puerta. Nina se sobresaltó y levantó la mirada para verlo balanceándose sobre los talones—. ¿Quién es Zoya?

Nina se desplomó sobre la silla.

—Nadie. Un miembro del Triunvirato Grisha.

—Qué bien. ¿Los que dirigen el Segundo Ejército?

—Lo que queda de él. —Los soldados Grisha de Ravka habían sido diezmados durante la guerra. Algunos habían huido, y muchos habían sido asesinados. Nina se frotó los ojos cansados—. ¿Sabes cuál es la mejor forma de encontrar a un Grisha que no quiere que lo encuentren?

Jesper se frotó la nuca, llevó las manos a las pistolas y volvió a su cuello. Siempre parecía estar en movimiento.

—Nunca me lo he planteado.

—Estar al tanto de milagros e historias para no dormir.

Había que seguir los relatos de brujas y duendes, hechos sin explicar. A veces eran solo supersticiones, pero a menudo había verdad en el corazón de las leyendas locales; gente que había nacido con dones que sus países no comprendían. Nina se había vuelto muy buena en rastrear esas historias.

—A mí me parece que si no quieren que los encuentren habría que dejarlos en paz.

Nina le lanzó una mirada oscura.

—Los *drüskelle* no los dejan en paz. Cazan Grisha por todas partes.

—¿Son todos tan encantadores como Matthias?

—Y peores.

—Tengo que encontrar los grilletes de su pierna. Kaz me encarga los trabajos más divertidos.

—¿Quieres cambiármelo? —preguntó Nina con cansancio.

La energía frenética de la figura larguirucha de Jesper pareció desvanecerse. Se quedó más inmóvil de lo que Nina lo había visto jamás, y su mirada se centró en Inej por primera vez desde que entró en el pequeño camarote. *Lo estaba evitando*, comprendió Nina. *No quería mirarla*. La manta se movió ligeramente con su respiración poco profunda. Cuando Jesper habló, su voz era tensa, las cuerdas de un instrumento afinado demasiado agudo.

—No puede morir —dijo—. No de este modo.

Nina lo miró, desconcertada.

—¿De qué modo?

—No puede morir —repitió él.

Nina sintió un arrebato de frustración. Estaba dividida entre querer abrazar a Jesper con fuerza y gritarle que lo estaba intentando.

—Por todos los Santos, Jesper. Estoy haciendo lo que puedo.

El se movió y su cuerpo pareció volver a la vida.

—Lo siento —dijo algo avergonzado. Le dio unas palmadas incómodas sobre el hombro—. Lo estás haciendo genial.

Nina suspiró.

—No me convences. ¿Por qué no vas a encadenar a un rubio gigante?

Jesper hizo un saludo militar y salió del camarote.

Por molesto que fuera, Nina estaba casi tentada de llamarlo para que volviera. Sin él, no había nada salvo la voz de Zoya en su cabeza y el recordatorio de que lo mejor que podía hacer no era suficiente.

La piel de Inej estaba demasiado fría al tacto. Nina le puso una mano en cada hombro y trató de mejorar su flujo sanguíneo, elevando su temperatura corporal muy ligeramente.

No había sido del todo honesta con Jesper. El Triunvirato Grisha no solo quería salvar a los Grisha de los cazadores de brujas fjerdanos. Habían enviado misiones a la Isla Errante y a Novyi Zem porque Ravka necesitaba soldados. Habían buscado Grisha que pudieran estar viviendo en secreto para tratar de convencerlos de establecer su residencia en Ravka y ponerse al servicio de la corona.

Nina había sido demasiado joven para luchar en la guerra civil ravkana, y estaba desesperada por ser parte de la reconstrucción del Segundo Ejército. Era su don para los idiomas (shu, kaélico, sulí, fjerdano y hasta algo de zemeni) lo que había vencido las reservas de Zoya. Esta había permitido que Nina la acompañara a ella y a un equipo de Examinadores Grisha a la Isla Errante y, a pesar de todos los recelos de Zoya, Nina había sido un éxito. Disfrazada de viajera, se colaba en las tabernas y cocheras para espiar conversaciones y charlar con la gente, y después llevar la conversación campesina de vuelta al campamento.

Si vas a Maroch Glen, asegúrate de viajar de día. Hay espíritus atormentados en esas tierras... las tormentas surgen de la nada.

La Bruja de los Páramos es real, en serio. Mi tío segundo acudió a ella con un brote de tsifil y jura que nunca ha estado más sano. ¿Cómo que no está bien de la cabeza? Está mejor de lo que tú estarás jamás.

Habían encontrado a dos familias Grisha escondidas en las supuestas cuevas feéricas de Istamere, y habían salvado a una madre, un padre y dos chicos (Inferni, con el poder de controlar el fuego) de una muchedumbre en Fenford. Incluso habían asaltado un barco de esclavos cerca del puerto de Leflin. En cuanto examinaron a los refugiados, a aquellos sin poderes les habían ofrecido un pasaje seguro de vuelta a casa. A aquellos cuyos poderes habían sido confirmados por un Examinador Grisha se les ofrecía refugio en Ravka. Solo la vieja Mortificadora conocida como la Bruja de los Páramos eligió quedarse.

—Si quieren mi sangre, que vengan a por ella —se había reído—. Yo me llevaré la suya a cambio.

Nina hablaba kaélico como si fuera nativa y le encantaba el desafío de adoptar una nueva identidad en cada pueblo. Pero a pesar de todos sus triunfos, Zoya no

estaba complacida.

—Ser buena con los idiomas no es suficiente —le había reprendido—. Tienes que aprender a ser menos... excesiva. Eres demasiado ruidosa, demasiado efusiva, demasiado llamativa. Te arriesgas demasiado.

—Zoya —dijo el Examinador con el que viajaban—. Calma.

Era un amplificador viviente. Muerto, sus huesos habrían servido para aumentar el poder Grisha, igual que los dientes de tiburón o las garras de oso que llevaban otros Grisha. Pero vivo tenía un valor incalculable para su misión, pues estaba entrenado para usar sus dones de amplificador y sentir el poder Grisha a través del tacto.

La mayoría del tiempo Zoya era protectora con él, pero en ese momento sus profundos ojos azules formaron unas rendijas.

—Mis profesores no fueron con calma conmigo. Si acaba siendo perseguida a través del bosque por una multitud de campesinos, ¿les dirás que vayan con calma?

Nina se había marchado herida en su orgullo, avergonzada por las lágrimas que le llenaban los ojos. Zoya le había gritado que no fuera más allá de la cresta, pero ella la había ignorado, deseosa de alejarse de la Vendaval tanto como pudiera... y entró directamente en un campamento *drüskelle*. Seis chicos rubios, todos hablando fjerdano, se encontraban en un peñasco sobre la orilla. No habían hecho ningún fuego y se vestían como campesinos kaélicos, pero ella había sabido lo que eran desde el primer momento.

La habían mirado fijamente durante un largo momento, iluminados solo por la luz plateada de la luna.

—Gracias al cielo —dijo con un kaélico cantarín—. Estoy viajando con mi familia y me he perdido en el bosque. ¿Podrías ayudarme a encontrar el camino?

—Creo que se ha perdido —tradujo uno de ellos al fjerdano para los otros.

Otro se levantó, con una lámpara en la mano. Era más alto que los demás, y todos los instintos de Nina le gritaban que huyera mientras se acercaba. *No saben lo que eres, se recordó. Tan solo eres una buena chica kaélica, perdida en el bosque. No hagas ninguna estupidez, Aléjalo de los demás y después derríbalo.*

Él levantó la lámpara, y la luz brilló sobre las caras de ambos. Su pelo era largo y de un dorado bruñido, y sus pálidos ojos azules relucían como hielo bajo el sol invernal. *Parece un cuadro*, pensó, un Santo forjado en pan de oro en las paredes de una iglesia, nacido para blandir una espada de fuego.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó él en fjerdano.

Ella fingió confusión.

—Lo siento —dijo en kaélico—. No te entiendo. Estoy perdida.

Él se lanzó hacia ella, que no se detuvo a pensar sino que simplemente reaccionó, levantando las manos para atacar. Él era demasiado rápido y sin dudar soltó la lámpara y le sujetó las muñecas, uniéndolas y haciendo que le resultara imposible utilizar su poder.

—*Drüsje* —dijo él con satisfacción. *Bruja*. Tenía una sonrisa lobuna.

El ataque había sido una prueba. Una chica asustada en el bosque llevaba la mano a un cuchillo o una pistola; no trataba de usarla para detener el corazón de un hombre. Imprudente. Impulsiva.

Por eso Zoya no había querido llevarla. Bien entrenados, los Grisha no cometían esos errores. Nina había sido una estúpida, pero no tenía que ser una traidora. Les suplicó en kaélico, no ravkano, y no gritó pidiendo ayuda; no cuando le ataron las manos, no cuando la amenazaron, no cuando la tiraron en un bote de remos como una bolsa de mijo. Quería gritar de terror, que Zoya llegara corriendo, suplicar que alguien la salvara, pero no iba a arriesgar la vida de los demás. Los *drüskelle* remaron hasta llevarla a un barco anclado cerca de la costa y la metieron en una jaula bajo la cubierta llena de otros Grisha cautivos. Entonces fue cuando comenzó el verdadero terror.

La noche se confundía con el día en las tripas oscuras y húmedas del barco. Las manos de los prisioneros Grisha estaban bien atadas para impedir que usaran su poder. Les alimentaban con duro pan infestado de gorgojos, solo lo suficiente para mantenerlos con vida, y tenían que racionar el agua fresca con cuidado porque nunca sabían cuándo recibirían el próximo sorbo. No tenían ningún lugar para aliviarse, y el hedor de los cuerpos y cosas peores era casi insoportable.

Ocasionalmente el barco echaba el ancla y los *drüskelle* regresaban con otro cautivo. Los fjerdanos se quedaban fuera de sus jaulas, comiendo y bebiendo, burlándose de sus ropas sucias y de cómo olían. Por malo que fuera, el miedo de lo que pudiera esperarles era mucho más terrorífico: los inquisidores de la Corte de Hielo, la tortura y la muerte inevitable. Nina soñaba que la quemaban viva en la pira y despertaba gritando. Las pesadillas, el miedo y el delirio del hambre se enredaban de modo que dejaba de estar segura de lo que era real y lo que no.

Entonces, un día, los *drüskelle* se apiñaron en la bodega vestidos con uniformes recién planchados negros y plateados con la cabeza de un lobo blanco en las mangas. Habían formado filas ordenadas y permanecieron firmes mientras su comandante entraba. Como todos ellos, era alto, pero llevaba una barba cuidada y su largo pelo rubio era gris en las sienes. Recorrió la bodega y se detuvo frente a los prisioneros.

—¿Cuántos? —preguntó.

—Quince —respondió el chico de oro bruñido que la había capturado. Era la primera vez que lo veía en la bodega.

El comandante se aclaró la garganta y unió las manos tras la espalda.

—Soy Jarl Brum.

Un temblor de miedo recorrió a Nina, que lo sintió reverberando entre los demás Grisha de la celda, una advertencia que ninguno podía ignorar.

Mientras estudiaba, Nina había estado obsesionada con los *drüskelle*. Habían poblado sus pesadillas, con sus lobos blancos y sus crueles cuchillos y los caballos que criaban para luchar contra los Grisha. Eran el motivo por el que había estudiado para perfeccionar su fjerdano y el conocimiento de su cultura. Había sido una forma

de prepararse contra ellos, para la batalla que pudiera llegar. Y Jarl Brum era el peor de todos.

Era una leyenda, el monstruo que esperaba en la oscuridad. Los *drüskelle* existían desde hacía cientos de años, pero bajo el liderazgo de Brum su fuerza se había doblado en tamaño y se había vuelto infinitamente más letal. Había cambiado el entrenamiento, desarrollado nuevas técnicas para encontrar Grisha en Fjerda, se había infiltrado en las fronteras de Ravka y había comenzado a perseguir Grisha rebeldes en otras tierras, cazando incluso barcos de esclavos para «liberar» Grisha con el único propósito de volver a encadenarlos y enviarlos a Fjerda para que los juzgaran y ejecutaran. Se había imaginado enfrentándose a Brum un día como guerrera vengadora o astuta espía. Se había visto encarándose a él, enjaulado y muerto de hambre, con las manos atadas y vestido con harapos.

Brum debía de saber el efecto que tendría su nombre. Esperó un largo momento antes de decir en excelente kaélico:

—Lo que tenéis ante vosotros es la próxima generación de *drüskelle*, la orden sagrada a cargo de proteger la nación soberana de Fjerda erradicando a los vuestros. Os llevarán a Fjerda para someteros a juicio y ganarán así el rango de oficiales. Son los mejores y más fuertes de nuestra clase.

Matones, pensó Nina.

—Cuando lleguemos a Fjerda, os interrogarán y juzgarán por vuestros crímenes.

—Por favor —dijo uno de los prisioneros—. Yo no he hecho nada. Soy granjero. No os he hecho ningún daño.

—Eres un insulto para Djel —replicó Brum—. Una plaga en esta tierra. Hablas de paz, pero ¿qué hay de los hijos a los que podrías transmitir este poder demoníaco? ¿Qué hay de los suyos? Guardaré mi misericordia para los hombres y mujeres indefensos segados por las abominaciones Grisha. —Miró a los *drüskelle*—. Buen trabajo, chicos —dijo en fjerdano—. Partiremos hacia Djerholm de inmediato.

Los *drüskelle* parecían a punto de explotar de orgullo. En cuanto Brum salió de la bodega se golpearon los unos a los otros en los hombros con afecto, riendo de alivio y satisfacción.

—Muy buen trabajo —dijo uno en fjerdano—. ¡Quince Grisha para la Corte de Hielo!

—Si con esto no ganamos los dientes...

—Sabes que sí.

—Bien, estoy harto de afeitarme cada mañana.

—Voy a dejarme la barba hasta el ombligo.

Entonces uno de ellos metió la mano entre los barrotes y sujetó a Nina por el pelo.

—Me gusta esta, todavía guapa y con curvas. A lo mejor deberíamos abrir la jaula y encargarnos de ella.

El chico del pelo bruñido apartó la mano de su compañero de un golpe.

—¿Qué pasa contigo? —dijo, la primera vez que hablaba desde que Brum se

había ido. La breve ráfaga de gratitud que sintió Nina se marchitó cuando añadió—: ¿Fornicarías con un perro?

—¿Hablamos de un perro atractivo?

Los otros rugieron de risa mientras subían. El chico dorado que la había comparado con un animal fue el último en marcharse, y justo cuando estaba a punto de entrar en el pasaje ella preguntó con un fjerdano nítido y perfecto:

—¿Qué crímenes?

Él se quedó inmóvil y, cuando volvió a mirarla, sus ojos azules brillaban de odio. Ella se negó a encogerse.

—¿Cómo hablas mi idioma? ¿Has servido en la frontera norte de Ravka?

—Soy kaélica —mintió ella—, y puedo hablar cualquier idioma.

—Más brujería.

—Si por brujería te refieres al arcano arte de leer. Tu comandante dijo que nos juzgarían por nuestros crímenes. Quiero que me digas qué crimen he cometido.

—Os juzgarán por espionaje y crímenes contra el pueblo.

—No somos criminales —dijo un Hacedor en un fjerdano vacilante desde su lugar en el suelo. Era quien más tiempo llevaba ahí y estaba demasiado débil para levantarse—. Somos gente corriente... granjeros, profesores.

Yo no, pensó Nina sombríamente. *Yo soy soldado*.

—Tendréis un juicio —dijo el *drüskelle*—. Se os tratará con más justicia de la que merece vuestra clase.

—¿A cuántos Grisha habéis declarado inocentes? —preguntó Nina.

El Hacedor gruñó.

—No lo provoques. No vas a hacer que cambie de idea.

Pero ella se aferró a los barrotes con las manos atadas y dijo:

—¿Cuántos? ¿A cuántos has enviado a la pira? —Él le dio la espalda—. ¡Espera! —Él la ignoró—. ¡Espera! ¡Por favor! Tan solo... tan solo tráenos agua fresca. ¿Trataríais así a vuestros perros?

Él se detuvo con la mano en la puerta.

—No debería haber dicho eso. Los perros al menos conocen la lealtad. La fidelidad a la manada. Es un insulto para el perro llamaros así.

Voy a usarte para alimentar a una manada de sabuesos hambrientos, pensó Nina. Pero todo lo que dijo fue:

—Agua. Por favor.

Él se desvaneció en el pasillo. Lo oyó subir por la escalera y después la escotilla se cerró con un fuerte golpe.

—No gastes energías en él —le aconsejó el Hacedor—. No te mostrará ninguna amabilidad.

Pero poco después el *drüskelle* regresó con una taza de hojalata y un cubo de agua fresca. Los metió dentro de la celda y cerró la puerta sin decir una palabra. Nina ayudó a beber al Hacedor y después se bebió una taza. Le temblaban tanto las manos

que la mitad cayó sobre su blusa. El fjerdano se alejó y Nina vio con placer que lo había avergonzado.

—Mataría por un baño —se burló—. Podrías lavarme.

—No me hables —gruñó él, caminando ya hacia la puerta.

No regresó, y pasaron tres días sin agua fresca. Pero cuando llegó la tormenta, esa taza de hojalata le salvó la vida.



La barbilla de Nina cayó, y ella se despertó de golpe. ¿Se había quedado dormida?

Matthias se encontraba en el pasillo al otro lado del camarote. Llenaba el umbral de la puerta y era demasiado alto para estar cómodo bajo cubierta. ¿Cuánto tiempo llevaba observándola? Con rapidez, Nina comprobó el pulso y la respiración de Inej, y le alivió ver que parecía seguir estable por el momento.

—¿Me he quedado dormida? —preguntó.

—Adormilada.

Se estiró, pestañeando para tratar de deshacerse del cansancio.

—¿Pero no roncaba? —Él no dijo nada, tan solo la observó con esos ojos como trozos de hielo—. ¿Te dejan tener cuchilla de afeitar?

Él se llevó las manos engrilletadas a la cara recién afeitada.

—Fue Jesper.

Debía de haberse encargado también de su pelo. Le había cortado los mechones rubios que le habían crecido del cuero cabelludo. Seguía estando demasiado corto, apenas una pelusa dorada sobre la piel que mostraba cortes y moratones de su última batalla en la Puerta del Infierno.

Pero Nina pensó que tenía que estar contento de librarse de la barba. Hasta que un *drüskelle* no cumplía una misión por su cuenta y recibía el estatus de oficial, estaba obligado a permanecer afeitado. Si Matthias hubiera llevado a Nina a enfrentarse al juicio en la Corte de Hielo, le habrían otorgado ese permiso. Habría llevado la cabeza de lobo plateada que lo señalaba como oficial de los *drüskelle*. Le ponía enferma pensar en ello. *Felicidades por su reciente avance como asesino de rango*. El pensamiento le ayudó a recordar con quién estaba tratando. Se sentó más recta y levantó la barbilla.

—¿*Hje marden*, Matthias? —preguntó.

—No —respondió él.

—¿Prefieres que hable en kerch?

—No quiero oír mi idioma de tu boca.

Dirigió los ojos hacia los labios de Nina, que sintió un rubor nada bienvenido.

Con vengativo placer, dijo en fjerdano:

—Pero siempre te gustaba cómo hablaba tu lengua. Decías que sonaba puro.

Era cierto. Le había encantado su acento; las vocales de una princesa, cortesía de

sus profesores en el Pequeño Palacio.

—No me presiones, Nina —dijo. El kerch de Matthias era feo, brutal, el acento gutural de los ladrones y asesinos que había conocido en prisión—. Esa absolución es un sueño al que es difícil aferrarse. El recuerdo de tu pulso desvaneciéndose bajo mis dedos es mucho más fácil de evocar.

—Pruébame —dijo ella, furiosa. Estaba harta de sus amenazas—. Mis manos ya no están atadas, Helvar.

Curvó los dedos y Matthias soltó un jadeo mientras su corazón comenzaba a acelerarse.

—Bruja —escupió, llevándose la mano al pecho.

—Seguro que tienes algo mejor. Debes de tener cien nombres para mí a estas alturas.

—Mil —gruñó él mientras el sudor brotaba en su ceño.

Ella relajó los dedos, sintiéndose avergonzada de pronto. ¿Qué estaba haciendo? ¿Castigándolo? ¿Jugando con él? Tenía todo el derecho a odiarla.

—Vete, Matthias. Tengo una paciente de la que ocuparme.

Se concentró en comprobar la temperatura corporal de Inej.

—¿Vivirá?

—¿Te importa?

—Pues claro que me importa. Es un ser humano.

Nina comprendió el matiz oculto en su frase. *Es un ser humano, no como tú*. Los fjerdanos no creían que los Grisha fueran humanos. Ni siquiera estaban al nivel de los animales, eran algo inferior y demoníaco, una plaga para el mundo, una abominación.

Alzó un hombro.

—En realidad no lo sé. He hecho lo que he podido, pero mis dones son para otra cosa.

—Kaz te preguntó si la Rosa Blanca enviaría una delegación a Hringkälla.

—¿Conoces la Rosa Blanca?

—El Stave Occidental es un tema de conversación muy popular en la Puerta del Infierno.

Nina hizo una pausa. Después, sin decir palabra, se subió la manga de la camisa. Había dos rosas entrelazadas en el interior de su antebrazo. Podría haber explicado lo que hacía allí, que nunca se ganaría la vida boca arriba, pero no era asunto suyo lo que ella hiciera o no. Que creyera lo que quisiera.

—¿Elegiste trabajar allí?

—Elegir es exagerar un poco, pero sí.

—¿Por qué? ¿Por qué te quedaste en Kerch?

Ella se frotó los ojos.

—No podía dejarte en la Puerta del Infierno.

—Tú me metiste en la Puerta del Infierno.

—Fue un error, Matthias.

La furia se encendió en los ojos del joven, y la apariencia de calma desapareció.

—¿Un error? Te salvé la vida y me acusaste de ser un tratante de esclavos.

—Sí —dijo Nina—. Y me he pasado la mayor parte de este último año tratando de encontrar la forma de arreglar las cosas.

—¿Alguna vez ha salido una palabra verdadera de tus labios?

Ella se reclinó en su silla con cansancio.

—Nunca te he mentado. Y nunca lo haré.

—Lo primero que me dijiste fue una mentira. Recuerdo que hablaste en kaélico.

—Justo antes de que me capturaras y me metieras en una jaula. ¿Era ese el momento de decir verdades?

—No debería culparte. No puedes evitarlo, mentir está en tu naturaleza. —Le miró el cuello—. Ya no tienes los moratones.

—Me los he quitado. ¿Te molesta?

Él no dijo nada, pero Nina vio un destello de vergüenza en su rostro. Matthias siempre había luchado contra su propia decencia. Para convertirse en *drüskelle*, había tenido que matar todo lo bueno que había en su interior. Pero el chico que debería haber sido siempre estaba ahí, y ella había comenzado a ver su auténtica personalidad en los días que habían pasado juntos tras el naufragio. Quería creer que ese chico seguía ahí, encerrado, a pesar de la traición de ella y lo que él había soportado en la Puerta del Infierno.

Mirándolo entonces, no podía estar segura. Tal vez esa era su auténtica personalidad, y la imagen a la que se había aferrado el último año había sido una ilusión.

—Tengo que ocuparme de Inej —dijo, deseosa de que se fuera.

No se marchó. En su lugar, dijo:

—¿Pensaste en mí siquiera, Nina? ¿Perturbaba tu sueño?

Ella se encogió de hombros.

—Una Corporalnik puede dormir siempre que quiera.

Aunque no podía controlar sus sueños.

—Dormir es un lujo en la Puerta del Infierno. Es un peligro. Pero cuando dormía, soñaba contigo. —Ella levantó la cabeza de golpe—. Eso es. Cada vez que cerraba los ojos.

—¿Qué pasaba en los sueños? —preguntó Nina, deseosa oír la respuesta pero también temiéndola.

—Cosas horribles. Las peores clases de tortura. Me ahogabas con lentitud. Me quemabas el corazón en el pecho. Me cegabas.

—Era un monstruo.

—Un monstruo, una doncella, una sílfide del hielo. Me besabas, me susurrabas historias al oído. Me cantabas y me abrazabas mientras dormía. Tu risa me perseguía hasta que despertaba.

—Siempre odiaste mi risa.

—Amaba tu risa, Nina. Y tu fiero corazón de guerrera. Tal vez te hubiera amado también a ti.

Tal vez. Una vez. Antes de que lo traicionara. Aquellas palabras le dolían en el pecho.

Sabía que no debía hablar, pero no pudo evitarlo.

—¿Y qué hacías tú, Matthias? ¿Qué me hacías en tus sueños?

El barco viró ligeramente y las lámparas se balancearon. Los ojos del joven eran fuego azul.

—Todo —dijo mientras se giraba para marcharse—. Todo.



uando emergió en cubierta, Matthias tuvo que ir directamente a la barandilla. Todas esas ratas de canal y habitantes de los barrios bajos se habían adaptado con facilidad al mar, acostumbrados a saltar de barco a barco en los canales de Ketterdam. Solo al blando, Wylan, parecía costarle. Tenía aspecto de estar tan mal como Matthias.

Era mejor con el aire fresco, cuando podía echar un ojo al horizonte. Había aguantado los viajes marítimos como *drüskelle*, pero siempre se había sentido más cómodo en tierra, sobre el hielo. Era humillante que esos extraños lo vieran vomitar sobre la barandilla por tercera vez en apenas unas mismas horas.

Al menos Nina no estaba ahí para presenciar su vergüenza. No dejaba de pensar en ella en ese camarote, cuidando de la chica de bronce, toda preocupación y amabilidad. Y fatiga. Parecía muy cansada. *Fue un error*, le había dicho. ¿Que lo acusaran de tratante de esclavos, lo montaran en una nave kerch y lo metieran en la cárcel? Aseguraba que había tratado de arreglar las cosas. Pero incluso aunque eso fuera cierto, ¿qué importaba? Los de su clase no tenían honor. Ella lo había demostrado.

Alguien había hecho café, y vio a la tripulación bebiéndolo en tazas de cobre con tapas de cerámica. La idea de llevarle una taza a Nina entró en su cabeza, pero la aplastó. No necesitaba ocuparse de ella ni decirle a Brekker que le vendría bien un descanso. Apretó los dedos, mirando los nudillos con costras. Ella había conseguido que esa debilidad arraigara en él.

Brekker le hizo un gesto para que se acercara al castillo de proa, donde él, Jesper y Wylan se habían reunido para examinar los planos de la Corte de Hielo lejos de los

ojos y oídos de la tripulación. Ver esos dibujos era como un cuchillo en su corazón. Las paredes, las puertas, los guardias. Deberían haber disuadido a esos idiotas, pero al parecer él era tan idiota como el resto.

—¿Por qué no hay nombres en ningún sitio? —preguntó Brekker, haciendo un gesto hacia los planos.

—No sé fjerdano, y necesitamos que los detalles estén bien —explicó Wylan—. Debería hacerlo Helvar. —Se apartó al ver la expresión de Matthias—. Tan solo estoy haciendo mi trabajo. Deja de fulminarme con la mirada.

—No —gruñó Matthias.

—Toma —dijo Kaz, lanzándole un pequeño disco transparente que brillaba al sol. El demonio se había subido a un barril y estaba reclinado contra el mástil, con la pierna mala sobre un rollo de cuerda y ese maldito bastón descansando sobre su regazo. A Matthias le gustaba imaginar que lo rompía hasta hacerlo astillas y se las daba de comer a Brekker una por una.

—¿Qué es?

—Uno de los nuevos inventos de Raske.

Wylan levantó la cabeza.

—Pensaba que hacía demoliciones.

—Hace de todo —dijo Jesper.

—Metéoslo detrás de las ruedas —dijo Kaz mientras les entregaba los discos a los demás—. Pero no lo mor...

Wylan comenzó a atragantarse y toser y se llevó la mano a la boca. Una capa transparente se había extendido sobre sus labios; se hinchaba como la garganta de una rana mientras trataba de respirar, mirando a izquierda y derecha con pánico.

Jesper comenzó a reír y Kaz negó con la cabeza.

—Te he dicho que no lo mordieras, Wylan. Respira por la nariz.

El chico inhaló profundamente, y sus fosas nasales se hincharon.

—Tranquilo —dijo Jesper—. Vas a acabar desmayándote.

—¿Qué es esto? —preguntó Matthias, todavía sujetando el pequeño disco en la mano.

Kaz se metió el suyo en la boca y lo movió entre sus dientes.

—*Baleen*. Pensaba guardarlos, pero tras la emboscada no sé con qué clase de problemas podemos encontrarnos en mar abierto. Si caéis y no podéis subir a por aire, cogedlo y mordedlo. Os dará aire durante diez minutos. Menos si os entra el pánico —añadió con una significativa mirada a Wylan, y le dio otro trozo de *baleen*—. Ten cuidado con este. —Dio unas palmadas a los planos de la Corte de Hielo—. Nombres, Helvar. Todos.

A regañadientes, Matthias tomó la pluma y la tinta que Wylan había dejado ahí y comenzó a garabatear los nombres de los edificios y los caminos que los rodeaban. De algún modo, al hacerlo se sentía aún más traidor. Una parte de él se preguntaba si podría encontrar una forma de separarse del grupo cuando llegaran allí, revelar su

ubicación y así recuperar el favor de su gobierno. ¿Alguien de la Corte de Hielo lo reconocería siquiera? Probablemente creerían que estaba muerto, ahogado en el naufragio en el que habían muerto sus amigos más cercanos y el Comandante Brum. No tenía ninguna prueba de su verdadera identidad. Sería un extraño que no pintaría nada en la Corte de Hielo, y cuando consiguiera que alguien lo escuchara...

—Te estás conteniendo —dijo Brekker, con los ojos oscuros clavados en él.

Matthias ignoró el estremecimiento que lo atravesó. A veces era como si el demonio pudiera leer mentes.

—Te estoy diciendo lo que sé.

—Tu conciencia está interfiriendo con tu memoria. Recuerda los términos de nuestro acuerdo, Helvar.

—De acuerdo —replicó él, y su furia se incrementó—. ¿Quieres mi experiencia? Tu plan no funcionará.

—Ni siquiera conoces mi plan.

—¿Entrar por la prisión y salir por la embajada?

—Para empezar.

—No puede hacerse. El sector de la prisión está completamente aislado del resto de la Corte de Hielo. No está conectado a la embajada, así que no hay forma de llegar desde ahí.

—Tiene tejado, ¿verdad?

—No puedes llegar al tejado —aseguró Matthias con satisfacción—. Los *drüskelle* pasamos tres meses trabajando con prisioneros Grisha y guardias como parte de nuestro entrenamiento. He estado en la prisión, y no hay acceso al tejado precisamente por esa razón: si alguien logra salir de su celda, no queremos que corree por la Corte de Hielo. La prisión está totalmente sellada de los otros dos sectores en el círculo exterior. Una vez estás dentro, estás dentro.

—Siempre hay forma de salir. —Kaz tomó el plano de la prisión—. Cinco pisos, ¿verdad? Zona de procesamiento y cuatro plantas de celdas. ¿Qué hay aquí, en el sótano?

—Nada. La lavandería y el incinerador.

—El incinerador.

—Sí, donde queman la ropa de los convictos cuando llegan. Es una precaución antiplagas, pero... —En cuanto las palabras dejaron la boca de Matthias comprendió lo que Brekker tenía en mente—. Djel santo, ¿quieres que subamos seis pisos por la chimenea del incinerador?

—¿Cuándo lo ponen en marcha?

—Si no recuerdo mal, por la mañana temprano, pero incluso sin el calor no...

—No quiere que *nosotros* subamos por él —dijo Nina, emergiendo de debajo de la cubierta.

Kaz se sentó más recto.

—¿Quién está vigilando a Inej?

—Rotty. Volveré en un minuto, tan solo necesitaba un poco de aire. Y no finjas preocupación por Inej cuando planeas hacer que suba seis pisos de chimenea solo con una cuerda y una plegaria.

—El Espectro puede hacerlo.

—El *Espectro* es una chica de dieciséis años que ahora mismo está inconsciente en una mesa. Tal vez no sobreviva siquiera a esta noche.

—Lo hará —aseguró Kaz, y algo salvaje brilló en sus ojos. Matthias sospechaba que Brekker traería a la chica a rastras desde el infierno si tuviera que hacerlo.

Jesper tomó su rifle y le pasó un paño suave por encima.

—¿Por qué estamos hablando de escalar chimeneas cuando tenemos un problema mayor?

—¿Y cuál es? —preguntó Kaz, aunque Matthias tenía la clara impresión de que ya lo sabía.

—No tiene sentido ir a por Bo Yul-Bayur si Pekka Rollins está en medio.

—¿Quién es Pekka Rollins? —preguntó Matthias, sintiendo las ridículas sílabas en la boca. Los nombres kerch no tenían dignidad. Sabía que ese hombre era el líder de una banda y que se llenaba los bolsillos con los beneficios del Espectáculo del Infierno. Eso ya era lo bastante malo, pero Matthias sentía que había más.

Wylan se estremeció y tiró de la sustancia gomosa sobre sus labios.

—Solo el mayor y peor manipulador de toda Ketterdam. Tiene dinero que no tenemos, conexiones que no tenemos, y probablemente nos llevará ventaja.

Jesper asintió con la cabeza.

—Por una vez, Wylan dice algo con sentido. Si por algún milagro conseguimos a Bo Yul-Bayur antes que Rollins, en cuanto descubra que somos nosotros quienes nos hemos adelantado estamos muertos.

—Pekka Rollins es un jefe del Barril —dijo Kaz—. Ni más ni menos. Dejad de hablar de él como si fuera inmortal.

Hay algo más aquí, pensó Matthias. Brekker había perdido el fervor de violencia que parecía guiarlo antes, cuando había matado a Oomen. Pero seguía habiendo una intensidad persistente en sus palabras. Matthias estaba seguro de que Kaz Brekker odiaba a Pekka Rollins, y no era solo porque hubiera volado su barco y contratado a matones para dispararles. Aquello parecía un asunto de heridas viejas y resentimiento.

Jesper se reclinó hacia atrás y dijo:

—¿Crees que Per Haskell va a apoyarte cuando descubra que te has enfrentado a Pekka Rollins? ¿Crees que el viejo quiere esa guerra?

Kaz negó con la cabeza, y Matthias vio frustración real ahí.

—Pekka Rollins no ha venido a este mundo vestido de terciopelo y nadando en *kruge*. Seguís sin pensar a lo grande. Igual que Per Haskell, igual que los hombres como Rollins quieren que lo hagáis. Si cumplimos ese trabajo y logramos ese botín, nosotros seremos las leyendas del Barril. Seremos el grupo que venció a Pekka

Rollins.

—A lo mejor deberíamos olvidarnos de acercarnos desde el norte —sugirió Wylan—. Si la tripulación de Pekka va en cabeza, deberíamos ir directamente a Djerholm.

—El puerto estará hasta arriba de seguridad —dijo Kaz—. Por no mencionar a los agentes de aduanas habituales y los agentes policiales.

—¿Y el sur? ¿Por Ravka?

—Esa frontera está bien cerrada —señaló Nina.

—Es una frontera muy grande —les recordó Matthias.

—Pero no hay forma de saber dónde es más vulnerable —replicó ella—. Salvo que tengas algún conocimiento mágico sobre qué torres y puestos de vigilancia están activos. Además, si entramos desde Ravka tendremos que enfrentarnos a ravkanos y fjerdanos.

Lo que decía tenía sentido, pero eso lo enervaba. En Fjerda las mujeres no hablaban de ese modo, no hablaban de asuntos militares o estratégicos. Pero Nina siempre había sido así.

—Entraremos por el norte, tal como planeábamos —dijo Kaz.

Jesper golpeó la cabeza contra el casco del barco y llevó los ojos al cielo.

—Vale. Pero si Pekka Rollins nos mata a todos, voy a pedirle al fantasma de Wylan que enseñe a mi fantasma a tocar la flauta solo para poder amargar a tu fantasma.

Los labios de Brekker se crisparon.

—Contrataré al fantasma de Matthias para darle una patada en el culo a tu fantasma.

—Mi fantasma no se asociará con tu fantasma —aseguró Matthias con recelo, y después se preguntó si el aire marino le estaría pudriendo el cerebro.

TERCERA PARTE

DOLOR EN EL CORAZÓN



odo dolía. ¿Y por qué se estaba moviendo la habitación?

Inej despertó con lentitud, con los pensamientos revueltos. Recordaba sentir el cuchillo de Oomen, subirse a las cajas, la gente gritando mientras se balanceaba de las puntas de los dedos. *Baja, Espectro*. Pero Kaz había regresado a por ella, para proteger su inversión. Debían de haber llegado al *Ferolind*.

Trató de darse la vuelta, pero el dolor era demasiado intenso, así que se limitó a girar la cabeza. Nina estaba dormitando sobre un taburete en una esquina junto a la mesa, y tenía la mano de Inej agarrada débilmente con la suya.

—Nina —graznó. Sentía la garganta como si estuviera cubierta de lana.

Nina se despertó de golpe.

—¡Estoy despierta! —dijo abruptamente, y después la miró con ojos empañados—. Estás despierta. —Se sentó más recta—. Por todos los Santos, ¡estás despierta! —Y entonces se puso a llorar. Inej trató de sentarse, pero apenas podía levantar la cabeza—. No, no. No intentes moverte, tan solo descansa.

—¿Estás bien?

Nina comenzó a reír a través de las lágrimas.

—Estoy bien. Eres tú a quien han apuñalado. No sé lo que me pasa... es mucho más fácil matar a la gente que cuidar de ella.

Inej pestañeó, y entonces las dos comenzaron a reír.

—Auuu —gruñó Inej—. No me hagas reír. Es horrible.

Nina hizo una mueca.

—¿Cómo te sientes?

—Dolorida, pero no fatal. Con sed.

Nina le ofreció un vaso de hojalata lleno de agua fría.

—Es fresca. Ayer llovió.

Inej bebió con cuidado, dejando que Nina le sostuviera la cabeza.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Tres días, casi cuatro. Jesper nos está volviendo locos a todos. No creo que lo haya visto sentarse quieto más de dos minutos seguidos. —Se puso en pie abruptamente—. ¡Tengo que decirle a Kaz que has despertado! Pensábamos...

—Espera —dijo Inej, sujetándole la mano—. ¿Podemos... no decírselo todavía? Nina se sentó, con la cara extrañada.

—Claro, pero...

—Solo esta noche. —Hizo una pausa—. ¿Es de noche?

—Sí. Justo después de medianoche, de hecho.

—¿Sabemos quién fue a por nosotros en el puerto?

—Pekka Rollins. Contrató a los Puntas Negras y a los Gaviotas Cuchilla para evitar que saliéramos del Quinto Puerto.

—¿Cómo sabía de dónde saldríamos?

—No estamos seguros todavía.

—Vi a Oomen...

—Oomen está muerto. Kaz lo mató.

—¿En serio?

—Kaz mató a mucha gente. Rotty lo vio ir a por los Puntas Negras que te tenían en las cajas. Creo que sus palabras exactas fueron: *había sangre suficiente para pintar un granero de rojo*.

Inej cerró los ojos.

—Demasiada muerte.

Estaban rodeados por la muerte en el Barril, pero aquella noche estuvo más cerca que nunca de ella.

—Tenía miedo por ti.

—Kaz no tiene miedo de nada.

—Tendrías que haber visto su cara cuando te trajo conmigo.

—Soy una inversión muy valiosa.

Nina se quedó boquiabierta.

—Dime que no te dijo eso.

—Pues claro que sí. Bueno, no la parte de que era valiosa.

—Idiota.

—¿Qué tal Matthias?

—Otro idiota. ¿Crees que puedes comer? —Inej negó con la cabeza. No se sentía hambrienta en absoluto—. Inténtalo —le insistió—. No te vendrá mal.

—Por el momento solo quiero descansar.

—Por supuesto. Apagaré la lámpara.

Inej volvió a sujetarla.

—No. Todavía no quiero volver a dormir.

—Podría leerte si tuviera algo que leer. Hay un Mortificador en el Pequeño Palacio que puede recitar poesía épica durante horas. Con él desearías haber muerto.

Inej se rio y después hizo una mueca.

—Tan solo quédate.

—De acuerdo —dijo Nina—. Ya que quieres hablar, cuéntame por qué no tienes la copa y el cuervo en el brazo.

—¿Empiezas por las preguntas fáciles?

Nina cruzó las piernas y puso la barbilla sobre las manos.

—Estoy esperando.

Inej permaneció en silencio durante un rato.

—Ya has visto mis cicatrices. —Nina asintió con la cabeza—. Cuando Kaz hizo que Per Haskell pagara mi contrato con la Reserva, lo primero que hice fue ir a que me quitaran el tatuaje de la pluma de pavo real.

—Quienquiera que fuera hizo un trabajo muy malo.

—No era un Corporalnik, ni siquiera un medik. —Tan solo era uno de los estúpidos carniceros que vendían sus servicios a los más desesperados del Barril. Le había ofrecido un trago de whisky y después simplemente había macheteado su piel, dejándole el antebrazo lleno de heridas. A ella no le había importado: el dolor era liberación. En la Casa Exótica les encantaba hablar de su piel. Era como café con leche dulce. Era como caramelo líquido. Era como satén. Dio la bienvenida a cada corte del cuchillo y a las cicatrices que dejó—. Kaz me dijo que no tenía que hacer nada salvo ser útil.

Kaz le había enseñado a abrir una caja fuerte, robar de un bolsillo, blandir un cuchillo. Le regaló su mejor daga, la que llamaba Sankt Petyr; no era tan bonita como los geranios silvestres, pero creía que era más práctica.

Tal vez la use contigo, había dicho.

Él había suspirado.

Ojalá tuvieras esa sed de sangre.

Ella no había sido capaz de distinguir si estaba de broma.

Se movió ligeramente en la mesa. Había dolor, pero no era demasiado. Con lo profundo que había entrado el cuchillo, sus Santos debían de haber estado guiando la mano de Nina.

—Kaz dijo que si me probaba a mí misma podría unirme a los Despojos cuando estuviera lista. Y lo hice, pero no me puse el tatuaje.

Nina levantó las cejas.

—No sabía que fuera opcional.

—Técnicamente no lo es. Sé que algunas personas no lo entienden, pero Kaz me dijo... me dijo que era elección mía, que no sería él quien volviera a marcarme.

Pero lo había hecho a su manera, a pesar de las mejores intenciones de Inej. Sentir algo por Kaz Brekker era la peor clase de estupidez, y ella lo sabía. Pero él había sido quien la había rescatado, quien había visto su potencial. Había apostado por ella, y

eso significaba algo, aunque lo hubiera hecho por sus propias razones egoístas. Incluso la había llamado el Espectro.

No me gusta, había dicho ella. *Me hace parecer un cadáver.*

Un fantasma, la había corregido él.

¿No habías dicho que sería tu araña? ¿Por qué no nos quedamos con eso?

Porque hay muchas arañas en el Barril. Además, quieres que tus enemigos te tengan miedo, no que piensen que pueden aplastarte de un pisotón.

¿Mis enemigos?

Nuestros enemigos.

La había ayudado a construir una leyenda para llevar como armadura, algo más grande y terrorífico que la chica que había sido. Inej suspiró; no quería seguir pensando en Kaz.

—Habla —le dijo a Nina.

—Se te están cerrando los párpados. Deberías dormir.

—No me gustan los barcos. Malos recuerdos.

—A mí tampoco.

—Pues canta algo.

Nina se rio.

—¿Recuerdas lo que te he dicho sobre desear estar muerta? No quieres que cante.

—¿Por favor?

—Solo sé canciones populares ravkanas y canciones de taberna kerch.

—De taberna. Algo animado, por favor.

Nina resopló.

—Solo porque eres tú, Espectro. —Se aclaró la garganta y comenzó—: *Fuerte y joven capitán, atrevido en el mar. Soldado y marinero, libre de enfermedad...*

Inej comenzó a reír y se aferró el costado.

—Tienes razón. Cantas de pena.

—Te lo dije.

—Continúa.

La voz de Nina era terrible de verdad, pero ayudó a que la mente de Inej se quedara en el barco en ese momento. No quería pensar en la última vez que había estado en el mar, pero era difícil luchar contra los recuerdos.

Ni siquiera tendría que haber estado en el vagón la mañana que los tratantes de esclavos la tomaron. Tenía catorce años, y su familia estaba veraneando en la costa de Ravka Occidental, disfrutando del mar y actuando en un carnaval en los alrededores de Os Kervo. Debería haber estado ayudando a su padre a arreglar las redes. Pero estaba perezosa, dormitando bajo las delgadas sábanas de algodón y escuchando el rugido de las olas.

Cuando la silueta de un hombre se recortó contra la puerta de la caravana, no pensó en correr. Simplemente dijo:

—Cinco minutos más, papá.

Entonces la sujetaron por las piernas y la sacaron a rastras del vagón. Se golpeó la cabeza contra el suelo. Eran cuatro; hombres grandes, marineros. Cuando trató de gritar, ellos la amordazaron. Le ataron las manos y las muñecas, y uno de ellos se la puso por encima del hombro mientras entraban en una falúa que habían anclado en la cala.

Más tarde, Inej descubrió que la costa era un lugar muy transitado por los tratantes de esclavos. Habían visto la caravana suli desde su barco y se acercaron remando después del amanecer, cuando el campamento estaba prácticamente desierto.

El resto del viaje era un borrón. La metieron en una jaula de cargamento con un grupo de más niños; algunos mayores, otros más jóvenes, la mayoría chicas, pero también algunos chicos. Era la única suli, pero algunos hablaban ravkano y le contaron sus propias historias de cómo los habían atrapado. A uno lo habían sacado del astillero de su padre; otra estaba jugando en unos charcos y se había alejado demasiado de sus amigas. A una la había vendido su hermano mayor para pagar sus deudas de juego. Los marineros hablaban un idioma que Inej no comprendía, pero uno de los otros niños aseguraba que los llevaban a la mayor de las islas exteriores de Kerch, donde los subastarían a propietarios privados o a casas del placer de Ketterdam y Novyi Zem. La gente acudía de todas partes del mundo para pujar. Inej pensaba que el comercio de esclavos era ilegal en Kerch, pero al parecer seguía sucediendo.

Nunca vio la zona de subastas. Cuando finalmente echaron el ancla, la subieron a la cubierta y la entregaron a una de las mujeres más hermosas que había visto jamás, una rubia alta con ojos color avellana y montones de pelo dorado.

La mujer había sostenido en alto la lámpara para examinar cada centímetro de Inej: sus dientes, sus pechos, incluso sus pies. Había tirado del pelo apelmazado de su cabeza.

—Habrás que afeitárselo. —Entonces había retrocedido—. Guapa. Flacucha y plana como una sartén, pero su piel es impecable.

Se había girado para regatear con los marineros mientras Inej permanecía allí, apretando las manos atadas sobre el pecho, con la blusa todavía abierta y la falda todavía subida por la cintura. Podía ver el resplandor de la luz de la luna sobre las olas de la cala. *Salta*, había pensado. *Lo que te espera al fondo del mar es mejor que el lugar a donde te llevará esta mujer*. Pero no había tenido el coraje.

La chica en la que se había convertido habría saltado sin pensárselo dos veces, y tal vez se habría llevado con ella a uno de los tratantes de esclavos. O a lo mejor se estaba engañando a sí misma. Se había quedado paralizada cuando Tante Heleen la había asaltado en el Stave Occidental. No había sido más fuerte ni más valiente, solo la misma chica suli asustada que había permanecido paralizada y humillada sobre la cubierta de ese barco.

Nina seguía cantando, algo sobre un marinero que había abandonado a su amada.

—Enséñame el estribillo —dijo Inej.

—Deberías descansar.

—Estribillo.

Así que Nina le enseñó la letra y cantaron juntas, tropezando con los versos, irremediabilmente desafinadas, hasta que las lámparas se fueron apagando.



esper tenía ganas de tirarse por la borda solo para romper la rutina. *Seis días más*. Seis días más en ese barco (si tenían suerte y el viento era bueno) y deberían llegar a tierra. La costa occidental de Fjerda era toda roca peligrosa y acantilados escarpados. Tan solo se podía llegar a ella con seguridad por Djerholm y Elling y, dado que la seguridad en ambos puertos era fuerte, se habían visto obligados a viajar hasta los puertos balleneros del norte. Secretamente esperaba que sufrieran un ataque pirata, pero ese barco era demasiado pequeño para llevar ningún cargamento valioso. Eran un objetivo poco digno, y atravesaron sin molestias las rutas de comercio más transitadas del Mar Auténtico con los colores neutrales de Kerch. Pronto llegaron a las frías aguas del norte, avanzando hasta la Isenvee.

Jesper merodeaba por cubierta, subía a las jarcias, trataba de convencer a la tripulación para que jugara a las cartas con él, limpiaba sus pistolas. Echaba de menos la tierra, la buena comida y una cerveza mejor. Echaba de menos la ciudad. Si hubiera querido amplios espacios abiertos y silencio, se habría quedado en la frontera y se habría convertido en el granjero que esperaba su padre. Había poco que hacer en el barco salvo estudiar la disposición de la Corte de Hielo, escuchar los gruñidos de Matthias y molestar a Wylan, que siempre estaba trabajando en sus intentos de reconstruir los posibles mecanismos de las puertas de la pared anular.

Kaz se había quedado impresionado con los bocetos.

—Piensas como un experto en forzar cerraduras —le había dicho a Wylan.

—No es verdad.

—Quiero decir que puedes ver el espacio en tres ejes.

—No soy un criminal —protestó Wylan.

Kaz le lanzó una mirada casi de lástima.

—No, eres un flautista que se ha rodeado de malas compañías.

Jesper se sentó junto a Wylan.

—Aprende a aceptar un cumplido. Kaz no los hace a menudo.

—No es un cumplido. No me parezco en nada a él. Este no es mi sitio.

—No voy a discutir.

—Y tampoco es tu sitio.

—¿Disculpa, mercadercillo?

—No necesitamos a un tirador para el plan de Kaz, así que ¿cuál es tu trabajo... además de pasearte por ahí poniendo nervioso a todo el mundo?

Se encogió de hombros.

—Kaz confía en mí.

Wylan resopló y tomó la pluma.

—¿Estás seguro?

Jesper se movió incómodo. Por supuesto que no estaba seguro. Pasaba mucho de su tiempo preguntándose por los pensamientos de Kaz Brekker. Y si se había ganado una pequeña parte de la confianza de Kaz, ¿se la merecía?

Tamborileó sobre sus revólveres con los pulgares y dijo:

—Cuando las balas empiecen a volar, tal vez descubras que está bien tenerme cerca. Esos dibujos tan bonitos no van a mantenerte con vida.

—Necesitamos estos planos. Y por si te has olvidado, una de mis bombas lumínicas nos ayudó a salir del puerto de Ketterdam.

Jesper soltó aliento.

—Una brillante estrategia.

—Funcionó, ¿verdad?

—Cegaste a nuestros hombres junto a los Puntas Negras.

—Fue un riesgo calculado.

—Fue cruzar los dedos y esperar lo mejor. Créeme, conozco la diferencia.

—Eso he oído.

—¿Qué significa eso?

—Significa que todo el mundo sabe que no puedes mantenerte alejado de una pelea o una apuesta, te dan igual las posibilidades.

Jesper levantó la mirada hasta las velas entrecerrando los ojos.

—Cuando no naces con todas las ventajas, aprendes a correr riesgos.

—Yo no... —Wylan lo dejó y bajó la pluma—. ¿Por qué crees que lo sabes todo sobre mí?

—Sé muchas cosas, mercadercillo.

—Qué suerte para ti. Yo me siento como si nunca supiera suficiente.

—¿Sobre qué?

—Sobre todo —murmuró Wylan.

Jesper estaba intrigado, en contra de su buen juicio.

—¿Como qué? —lo presionó.

—Bueno, como esas pistolas —dijo él, haciendo un gesto hacia los revólveres de Jesper—. Tienen un mecanismo de disparo inusual, ¿verdad? Si pudiera abrirlas...

—Ni lo pienses.

Wylan se encogió de hombros.

—¿Y qué pasa con el foso de hielo? —dijo, dando un golpecito al plano de la Corte de Hielo. Matthias había dicho que el foso no era sólido, solo una capa de hielo resbaladiza y delgada como una oblea sobre el agua helada, muy expuesta e imposible de cruzar.

—¿Qué pasa con él?

—¿De dónde sale tanta agua? La Corte está sobre una colina, así que ¿dónde está el acuífero o el acueducto para subir el agua?

—¿Qué más da? Hay un puente. No tenemos que cruzar el foso de hielo.

—Pero ¿no sientes curiosidad?

—Por todos los Santos, no. Consígueme un sistema para ganar a la Zarza de Tres o la Rueda de Makker. Por eso sí que siento curiosidad.

Wylan se había girado de nuevo hacia su trabajo, y su decepción era evidente.

Por alguna razón, Jesper también se sentía un poco decepcionado.



Jesper comprobaba cómo estaba Inej cada mañana y cada noche. La idea de que la emboscada en el muelle pudiera haber sido su final lo había agitado. A pesar de los esfuerzos de Nina, había dado por hecho que el Espectro no seguiría en este mundo.

Pero una mañana Jesper llegó y encontró a Inej sentada, vestida con unos calzones cortos, un chaleco acolchado y una túnica con capucha.

Nina estaba inclinada sobre ella, esforzándose por meter los pies de la sulí en sus extrañas sandalias con suelas de goma.

—¡Inej! —graznó Jesper—. ¡No estás muerta!

Ella sonrió débilmente.

—No más que el resto.

—Si estás dando la matraca con tu deprimente sabiduría sulí, entonces debes de sentirte mejor.

—No te quedes ahí plantado —se quejó Nina—. Ayúdame a ponerle esto en los pies.

—Si me dejaras... —comenzó Inej.

—No te agaches —replicó Nina—. No saltes. No te muevas abruptamente. Si no prometes tener cuidado, ralentizaré tu corazón y te mantendré en coma hasta que pueda asegurarme de que te has recuperado por completo.

—Nina Zenik, en cuanto descubra dónde has puesto mis cuchillos, vamos a tener unas palabras.

—Será mejor que las primeras sean *gracias, oh gran Nina, por dedicar cada momento de vigilia de este miserable viaje a salvar mi penosa vida.*

Jesper esperaba que Inej se riera, así que le sobresaltó ver que tomaba la cara de Nina entre las manos y decía:

—Gracias por mantenerme en este mundo cuando el destino parecía determinado a arrastrarme al próximo. Te debo la vida.

Nina se ruborizó profundamente.

—Me estaba metiendo contigo, Inej. —Hizo una pausa—. Creo que las dos tenemos ya suficientes deudas.

—Esta es una que me alegra tener.

—Vale, vale. Cuando volvamos a Ketterdam, llévame a comer gofres.

Esta vez Inej sí que se rio. Bajó las manos y pareció especular.

—¿Un postre por una vida? No creo que sea equivalente.

—Espero que sean unos gofres muy buenos.

—Conozco el lugar perfecto —dijo Jesper—. Tienen un sirope de manzana...

—Tú no estás invitado —replicó Nina—. Ahora ayúdame a ponerla en pie.

—Puedo hacerlo sola —gruñó Inej mientras se deslizaba de la mesa y se ponía en pie.

—Compláceme.

Con un suspiro, Inej agarró el brazo que Jesper le ofrecía, y salieron del camarote y subieron a cubierta con Nina tras ellos.

—Esto es una tontería —dijo Inej—. Estoy bien.

—Lo estás —replicó Jesper—. Pero es posible que yo me caiga en cualquier momento, así que presta atención.

En cuanto llegaron a cubierta, Inej le apretó el brazo para que se detuviera. Echó la cabeza hacia atrás y respiró profundamente. Era un día gris como la piedra; el mar era de pizarra oscura rota por olas espumosas, y el cielo estaba lleno de gruesas masas de nubes. Un fuerte viento llenaba las velas, empujando el pequeño barco sobre las olas.

—Me siento bien con esta clase de frío —murmuró.

—¿Esta clase?

—Viento en el pelo, rocío del mar sobre la piel. El frío de los vivos.

—Dos vueltas por la cubierta —advirtió Nina—. Y después de regreso a la cama.

Fue a unirse a Wylan junto a la popa. A Jesper no se le escapó que había ido al punto del barco más alejado de Matthias.

—¿Han estado así todo este tiempo? —preguntó Inej, mirando a Nina y al fjerdano.

Jesper asintió con la cabeza.

—Es como ver a dos lince rodeándose mutuamente.

Inej produjo una especie de zumbido.

—Pero ¿qué querrán hacer cuando salten?

—¿Lanzarse zarpazos hasta matarse?

Inej puso los ojos en blanco.

—No me extraña que seas tan malo con las cartas.

Jesper la condujo hasta la barandilla, donde podían dar algo parecido a un paseo sin meterse en el camino de nadie.

—Te amenazaría con tirarte al mar, pero Kaz está observando.

Inej asintió con la cabeza, pero no miró hacia donde Kaz se encontraba: junto a Specht, que estaba frente al timón. Pero Jesper sí que lo hizo y lo saludó alegremente con la mano. La expresión de Kaz no cambió.

—¿Le mataría sonreír de vez en cuando? —preguntó Jesper.

—Seguro que sí.

Todos los miembros de la tripulación gritaban saludos y buenos deseos, y Jesper podía sentir a Inej animándose con cada grito de *¡El Espectro ha regresado!* Incluso Matthias inclinó la cabeza de forma extraña y dijo:

—Creo que eres la razón por la que salimos del puerto con vida.

—Sospecho que hubo muchas otras razones —dijo Inej.

—Yo soy una razón —señaló Jesper, servicial.

—Da igual —replicó Matthias, ignorándolo—. Gracias.

Siguieron avanzando y Jesper vio una sonrisa complacida en los labios de Inej.

—¿Sorprendida? —preguntó.

—Un poco —admitió ella—. Paso demasiado tiempo con Kaz. Pensaba...

—Es una novedad sentirse apreciado.

Ella soltó una risita y se llevó una mano al costado.

—Todavía me duele al reírme.

—Se alegran de que estés viva. Yo me alegro.

—Eso espero. Creo que nunca me he sentido como si encajara con los Despojos.

—Es que no encajas.

—Gracias.

—Somos un grupo con intereses limitados, y tú no juegas, ni dices tacos, ni bebes en exceso. Pero este es el secreto de la popularidad: arriesgarse a morir para salvar a tus compatriotas de que los hagan pedazos en una emboscada. Es una forma genial de hacer amigos.

—Con tal de no tener que empezar a ir a fiestas. —Cuando llegaron a la parte delantera de la cubierta, Inej se inclinó sobre la barandilla y miró al horizonte—. ¿Fue a verme siquiera?

Jesper sabía que se refería a Kaz.

—Todos los días.

Inej giró sus oscuros ojos hacia él y después negó con la cabeza.

—No sabes leer a la gente y no sabes mentir.

Jesper suspiró. Odiaba decepcionar a alguien.

—No —admitió—. Ella asintió con la cabeza y volvió a mirar al océano—. No

creo que le gusten las camas de los enfermos.

—¿A quién le gustan?

—Me refiero a que creo que le resultaba difícil estar cerca de ti estando así. El primer día, cuando te hirieron... se volvió un poco loco.

A Jesper le costaba admitir eso. ¿Kaz también se habría puesto como un perro rabioso de haber sido a Jesper a quien le hubieran clavado un cuchillo?

—Pues claro que sí. Este es un trabajo de seis personas, y al parecer me necesita para escalar la chimenea de un incinerador. Si muero, el plan se desmorona.

Jesper no discutió. No podía fingir que comprendía a Kaz o lo que lo motivaba.

—Dime algo. ¿Cuál fue la gran pelea entre Wylan y su padre?

Inej le lanzó una rápida mirada a Kaz, y después miró a su espalda para asegurarse de que nadie de la tripulación estuviera merodeando cerca. Kaz había dejado claro que la información incluso remotamente relacionada con el trabajo debía quedar entre ellos seis.

—No lo sé exactamente —dijo—. Hace tres meses Wylan apareció en una pensión de mala muerte cerca del Listón. Usaba un apellido diferente, pero Kaz tiene fichados a todos los nuevos del Barril, así que me hizo husmear un poco.

—¿Y?

Inej se encogió de hombros.

—A los sirvientes de la casa Van Eck les pagan lo suficientemente bien como para ser difíciles de sobornar. La información que conseguí no decía gran cosa. Había rumores de que habían pillado a Wylan en un sudoroso jugueteo con uno de sus tutores.

—¿En serio? —dijo Jesper con incredulidad. Sí que esconde cosas.

—Solo es un rumor. Y no es como si Wylan se fuera de casa para vivir con un amante.

—Entonces, ¿por qué lo echó papá Van Eck?

—No creo que lo hiciera. Van Eck le escribe todas las semanas, pero Wylan ni siquiera abre las cartas.

—¿Qué le decías?

Inej se reclinó con cuidado contra la barandilla.

—Estás asumiendo que las he leído.

—¿No lo has hecho?

—Pues claro que sí. —Entonces frunció el ceño, recordando—. Tan solo decían lo mismo una y otra vez: *Si estás leyendo esto, entonces sabrás cuánto deseo que vuelvas a casa. O bien: rezo para que leas estas palabras y pienses en todo lo que has dejado atrás.*

Jesper miró hacia donde Wylan charlaba con Nina.

—El misterioso mercadercillo. Me pregunto qué hizo Van Eck que fuera tan malo como para que Wylan viniera a los barrios bajos con nosotros.

—Ahora cuéntame tú algo, Jesper. ¿Qué te ha traído a esta misión? Ya sabes lo

arriesgado que es este trabajo, las posibilidades que hay de que volvamos. Sé que te encantan los desafíos, pero esto es demasiado, incluso para ti.

Jesper miró las montañas grises del mar, marchando hacia el horizonte en una formación infinita. Nunca le había gustado el océano, la sensación de lo desconocido bajo sus pies, que algo hambriento y lleno de dientes pudiera estar esperando para arrastrarlo abajo. Y así era como se sentía cada día, incluso en tierra.

—Tengo deudas, Inej.

—Tú siempre tienes deudas.

—No. Esta vez es malo. Tomé dinero prestado de la gente equivocada. ¿Sabes que mi padre tiene una granja?

—En Novyi Zem.

—Sí, en el oeste. Comenzó a obtener beneficios este año.

—Oh, Jesper, no has...

—Necesitaba el préstamo... le dije que era para poder terminar la carrera en la universidad.

Ella lo miró fijamente.

—¿Piensa que eres estudiante?

—Por eso es por lo que vine a Ketterdam. En mi primera semana en la ciudad fui al Stave Oriental con algunos otros estudiantes. Puse algunos *kruge* en la mesa, pero fue un capricho. Ni siquiera conocía las reglas de la Rueda de Makker. Pero cuando el encargado hizo girar la rueda... jamás había oído un sonido tan bonito. Gané y seguí ganando. Fue la mejor noche de mi vida.

—Y la has estado persiguiendo desde entonces.

Él asintió con la cabeza.

—Tendría que haberme quedado en la biblioteca. Gané. Perdí. Perdí aún más. Necesitaba dinero, así que comencé a aceptar trabajo de las bandas. Dos tíos me asaltaron en un callejón una noche. Kaz los derribó y comenzamos a trabajar juntos.

—Probablemente contratara a esos chicos para que te atacaran y que te sintieras en deuda con él.

—Él no haría... —Jesper se detuvo en seco y entonces se rio—. Claro que lo haría. —Flexionó los nudillos, concentrado en las líneas de sus palmas—. Kaz es... No sé, no es como nadie que haya conocido antes. Me sorprende.

—Sí. Como una colmena de abejas en el cajón de tu cómoda.

Jesper soltó una risotada.

—Eso mismo.

—Entonces, ¿qué hacemos aquí?

Jesper se giró hacia el mar sintiendo que sus mejillas se calentaban.

—Tratar de conseguir miel, supongo. Y rezar para que no nos piquen.

Inej le golpeó el hombro con el suyo.

—Entonces, al menos los dos somos la misma clase de idiota.

—No sé cuál es tu excusa, Espectro. Yo soy el que nunca puede alejarse de una

mala mano.

Ella le enganchó el brazo con el suyo.

—Eso te convierte en un jugador penoso, Jesper. Pero un amigo excelente.

—Eres demasiado buena para él, ¿sabes?

—Lo sé. Y tú también.

—¿Caminamos?

—Sí —dijo Inej, echando a andar tras él—. Y después necesito que distraigas a Nina para poder buscar mis cuchillos.

—Sin problema. Bastará con que le hable de Helvar.

Jesper volvió a mirar al timón mientras caminaban hacia la dirección opuesta de la cubierta. Kaz no se había movido. Seguía observándolos, con los ojos duros y la cara tan ilegible como siempre.



icieron falta dos días desde que salió del camarote médico para que Kaz se obligara a acercarse a Inej. Estaba sentada ella sola, con las piernas cruzadas y la espalda contra el casco del barco, sorbiendo de una taza de té.

Kaz fue cojeando hacia ella.

—Quiero enseñarte algo.

—Estoy bien, gracias por preguntar —dijo ella, mirándolo—. ¿Cómo estás tú?

Él notó que sus labios se movían.

—Espléndido.

Torpemente, se sentó junto a ella y dejó el bastón a un lado.

—¿Está mal tu pierna?

—Está bien. Mira.

Extendió el dibujo de Wylan del sector de la prisión entre ellos. La mayoría de los planos mostraban la Corte de Hielo desde arriba, pero la elevación de la prisión era una vista lateral, un corte transversal que mostraba los pisos del edificio los unos sobre los otros.

—Lo he visto —dijo Inej—. Pasó el dedo desde el sótano hasta el tejado en una línea recta—. Seis pisos por una chimenea.

—¿Puedes hacerlo?

Ella elevó sus oscuras cejas.

—¿Hay otra opción?

—No.

—Entonces, ¿si te digo que no puedo subir, le dirás a Specht que dé la vuelta al barco y nos lleve de regreso a Ketterdam?

—Encontraré otra opción —dijo él—. No sé cuál, pero no voy a abandonar ese botín.

—Sabes que puedo hacerlo, Kaz, y sabes que no voy a negarme. Así que, ¿por qué preguntas?

Porque llevo dos días buscando una excusa para hablar contigo.

—Quiero asegurarme de que sabes a qué te enfrentarás y de que te estés estudiando los planos.

—¿Haremos una prueba?

—Sí —respondió Kaz—. Si fracasa, acabaremos en una prisión fjerdana.

—Mmm —dijo ella, y tomó un sorbo de té—. Y yo acabaré muerta. —Cerró los ojos y apoyó la cabeza contra el casco—. Me preocupa la ruta de escape al puerto. No me gusta que solo haya una vía de salida.

Kaz también se apoyó contra el casco.

—A mí tampoco —admitió, estirando la pierna mala—. Pero por eso los fjerdanos lo construyeron así.

—¿Confías en Specht?

Él le lanzó una mirada de medio lado.

—¿Hay alguna razón por la que no debería hacerlo?

—En absoluto, pero si el *Ferolind* no nos está esperando en el puerto...

—Confío en él lo suficiente.

—¿Te debe algo?

Kaz asintió con la cabeza. Miró a su alrededor y dijo:

—La marina lo echó por insubordinación y se negó a darle su pensión. Tiene una hermana que mantener cerca de Belendt. Le conseguí dinero.

—Eso fue un buen detalle por tu parte.

Él entrecerró los ojos.

—No soy un personaje de una historia infantil que hace bromas inofensivas y roba a los ricos para dárselo a los pobres. Había dinero que ganar e información que conseguir. Specht conoce las rutas marítimas como la palma de su mano.

—Nunca haces algo a cambio de nada, Kaz —dijo ella, con la mirada firme—. Lo sé. Pero si interceptan el *Ferolind*, no tendremos forma de salir de Djerholm.

—Yo encontraré una. Ya lo sabes.

Dime que lo sabes. Necesitaba que lo dijera. Aquel trabajo no era como ninguno que hubiera intentado antes. Cada duda que ella había expresado era legítima, y solo repetía los miedos de su propia cabeza. Le había ladrado antes de marcharse de Ketterdam, le había dicho que contrataría a una nueva araña para el trabajo si no creía que él pudiera conseguirlo. Necesitaba saber que ella creía que podía hacerlo, que él podría llevarlos a la Corte de Hielo y sacarlos sanos y salvos tal como había hecho con otros grupos en otros trabajos. Necesitaba saber que confiaba en él.

Pero ella solo dijo:

—He oído que Pekka Rollins fue quien nos atacó en el puerto.

Kaz sintió un arrebato de decepción.

—No creas que no me he dado cuenta de cómo vas a por él, Kaz.

—Tan solo es un jefe más, un matón del Barril más.

—No lo es. Cuando vas tras las otras bandas, es por negocios. Pero con Pekka Rollins es personal.

Más tarde, no estuvo seguro de por qué lo había dicho. Nunca se lo había dicho a nadie, nunca había pronunciado las palabras en voz alta. Pero entonces Kaz clavó los ojos en las velas que tenía encima y dijo:

—Pekka Rollins mató a mi hermano.

No tenía que ver la cara de Inej para sentir su conmoción.

—¿Tenías un hermano?

—Tenía muchas cosas —murmuró él.

—Lo siento. —¿Quería su simpatía? ¿Por eso se lo había dicho?—. Kaz... — Dudó. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Tratar de poner una mano tranquilizadora sobre su brazo? ¿Decirle que lo comprendía?—. Rezaré por él. Para que tenga paz en el próximo mundo aunque no la tuviera en este.

Él giró la cabeza. Estaban sentados juntos, y sus hombros casi se tocaban. Los ojos de Inej eran tan marrones que casi parecían negros, y por una vez tenía el pelo suelto. Siempre lo llevaba sujeto en un moño implacablemente apretado. Incluso la idea de estar tan cerca de alguien debería haberle provocado escalofríos a Kaz. En lugar de eso, pensó: *¿Y si me acerco más?*

—No quiero tus plegarias —dijo.

—Entonces, ¿qué quieres?

Las viejas respuestas acudieron a su mente con facilidad. *Dinero. Venganza. La voz de Jordie en mi cabeza silenciada para siempre.* Pero una voz diferente cobró vida con un rugido en su interior, sonora, insistente e inoportuna. *A ti, Inej. A ti.*

Se encogió de hombros y se giró.

—Morir enterrado bajo el peso de mi propio oro.

Inej suspiró.

—Entonces rezaré para que obtengas todo lo que deseas.

—¿Más plegarias? —preguntó él—. Y ¿qué quieres tú, Espectro?

—Marcharme de Ketterdam y no volver a oír ese nombre.

Bien. Tendría que encontrar una nueva araña, pero se libraría de aquella distracción.

—Tu parte de los treinta millones de *kruge* pueden conseguirte ese deseo. —Se puso en pie—. Así que reserva tus plegarias para pedir buen tiempo y guardias estúpidos. No reces por mí.



Kaz fue cojeando hasta la proa, molesto consigo mismo y enfadado con Inej. ¿Por

qué había ido a buscarla? ¿Por qué le había contado lo de Jordie? Llevaba días irritable y desconcentrado. Estaba acostumbrado a tener a su Espectro cerca; alimentando a los cuervos fuera de su ventana, afilando los cuchillos mientras él trabajaba en su escritorio, reprendiéndolo con proverbios suli. No quería a Inej. Tan solo quería que regresara la rutina.

Se reclinó contra la barandilla del barco. Deseaba no haber dicho nada sobre su hermano. Incluso esas pocas palabras levantaban los recuerdos, que gritaban en busca de atención. ¿Qué le había dicho a Geels en el Intercambio? *Soy de la clase de cabrón que solo fabrican en el Barril*. Una mentira más, un fragmento más del mito que había construido para sí mismo.

Después de que su padre muriera, aplastado bajo un arado con las entrañas esparcidas por el campo como un rastro de húmedas flores rojas, Jordie había vendido la granja. No ganó mucho por culpa de las deudas y los gravámenes. Pero había sido suficiente para llegar con seguridad a Ketterdam y tener una modesta comodidad durante un tiempo.

Kaz tenía nueve años, seguía echando de menos a su padre y tenía miedo de irse del único hogar que había conocido jamás. Se había aferrado con fuerza a la mano de su hermano mayor mientras viajaban por kilómetros de campo ondulante, hasta que llegaron a una de las vías marítimas principales y entraron en un barco que llevaba productos a Ketterdam.

—¿Qué pasará cuando lleguemos? —le había preguntado a Jordie.

—Conseguiré trabajo como recadero en el Intercambio, y después como vendedor. Me convertiré en inversor y después en un mercader de verdad, y entonces conseguiré mi fortuna.

—¿Y yo qué?

—Irás a la escuela.

—¿Por qué no vas tú también?

Jordie había resoplado.

—Soy demasiado mayor para la escuela. Y también demasiado listo.

Los primeros días en la ciudad fueron todo lo que Jordie había prometido. Habían recorrido la gran curva de los puertos conocida como el Tapón, y después bajaron por el Stave Oriental para ver todos los palacios de juego. No se aventuraron demasiado al sur, donde les habían advertido que las calles se volvían peligrosas. Tenían habitaciones en una pequeña y pulcra casa de huéspedes no muy lejos del Intercambio y probaban cada nueva comida que veían, atiborrándose de dulce de membrillo hasta reventar. A Kaz le gustaban los pequeños puestos de tortillas en los que podías elegir el relleno que querías.

Cada mañana, Jordie iba al Intercambio para buscar trabajo y le decía a Kaz que se quedara en su habitación. Ketterdam no era un lugar seguro para los niños que iban solos. Había ladrones y carteristas, e incluso hombres que secuestraban a niños pequeños y los vendían al mejor postor. Así que Kaz se quedaba dentro. Llevaba una

silla al lavabo y se subía a ella para poder verse en el espejo mientras trataba de hacer desaparecer monedas, igual que había visto hacer a un mago que actuaba frente a una de las salas de juego. Kaz podría haberlo observado durante horas, pero al final Jordie lo arrastró lejos de ahí. Los trucos de cartas habían sido buenos, pero la moneda que desaparecía lo mantenía despierto por la noche. ¿Cómo lo habría hecho el mago? Estaba allí un momento para desaparecer al siguiente.

Lo malo comenzó con un perro mecánico.

Jordie había llegado hambriento e irritable, frustrado tras otro día desperdiciado.

—Dicen que no tienen trabajos, pero lo que quieren decir es que no tienen trabajos para un chico como yo. Todos los de allí son el primo de alguien, o el hermano, o el hijo del mejor amigo.

Kaz no estaba de humor para tratar de animarlo. Se sentía malhumorado tras tantas horas encerrado sin nada salvo monedas y cartas para hacerle compañía. Quería bajar al Stave Oriental para ver al mago.

En los años posteriores, Kaz siempre se preguntó qué podría haber pasado si Jordie no hubiera cedido, si en su lugar hubieran ido al puerto para mirar los barcos, o si simplemente hubieran dado un paseo por el otro lado del canal. Quería creer que tal vez eso hubiera supuesto una diferencia, pero cuanto mayor se hacía, más dudaba que hubiera importado en absoluto.

Habían pasado junto al caos verde del Palacio Esmeralda y, justo al lado, enfrente del Golpe Dorado, había un chico vendiendo perritos mecánicos. Se les daba cuerda con una llave de bronce y los perritos caminaban sobre piernas rígidas, moviendo las orejas de hojalata. Kaz se había agachado para girar todas las llaves, tratando de conseguir que todos los perros echaran a andar al mismo tiempo, y el chico que los vendía había iniciado una conversación con Jordie. Resultó que era de Lij, a dos pueblos de donde habían crecido Kaz y Jordie, y conocía a un hombre con trabajos disponibles para recaderos; no en el Intercambio, sino en una oficina bajando la calle. Le dijo a Jordie que fuera a la mañana siguiente para ir a hablar con él juntos. El también esperaba conseguir trabajo como recadero.

De camino a casa, Jordie había comprado un chocolate caliente para cada uno, y no uno para compartir.

—Nuestra suerte está cambiando —había dicho mientras sujetaban con las manos los vasos humeantes, con los pies colgando sobre un pequeño puente y las luces del Stave danzando sobre el agua. Kaz había mirado su reflejo sobre la brillante superficie y había pensado: *Ahora me siento con suerte.*

El chico que vendía los perros mecánicos se llamaba Filip, y el mercader al que conocía era Jakob Hertzoon, un mercader menor que tenía una pequeña cafetería cerca del Intercambio, donde hacía tratos con inversores de bajo nivel en viajes comerciales que pasaran por Kerch.

—Deberías ver ese sitio —le había dicho Jordie a Kaz al llegar aquella noche—. Hay gente a todas horas, hablando e intercambiando noticias, comprando y vendiendo

acciones, gente corriente: carniceros, panaderos y estibadores. El señor Hertzoon dice que cualquier hombre puede hacerse rico. Tan solo necesita suerte y los amigos apropiados.

La siguiente semana fue como un sueño feliz. Jordie y Filip trabajaron para el señor Hertzoon como recaderos, llevando mensajes hasta y desde el puerto y de vez en cuando haciendo pedidos por él en el Intercambio u otras oficinas de comercio. Mientras trabajaban, Kaz tenía permitido quedarse en la cafetería. El hombre que servía las bebidas detrás de la barra le dejaba sentarse sobre el mostrador y practicar sus trucos de magia, y le daba todo el chocolate que podía beber.

Los invitaron al hogar de Hertzoon para cenar, una gran casa en la Zilverstraat con una puerta delantera azul y cortinas de encaje blanco en las ventanas. El señor Hertzoon era un hombre grande con una cara rubicunda y amistosa y unas espesas patillas grises. Su mujer, Margit, pellizcó las mejillas de Kaz y le dio hutspot hecho con salchicha ahumada, y él jugó en la cocina con la hija, Saskia. Tenía diez años, y Kaz pensó que era la chica más guapa que había visto nunca. Él y Jordie se quedaron hasta tarde aquella noche, cantando canciones mientras Margit tocaba el piano, con el enorme perro plateado meneando la cola a un ritmo desacompañado. Kaz no se sentía tan bien desde que su padre había muerto. El señor Hertzoon incluso dejó a Jordie invertir pequeñas sumas en las acciones de la compañía. Jordie quería invertir más, pero el señor Hertzoon siempre recomendaba cautela.

—Pasos pequeños, muchacho. Pasos pequeños.

Las cosas mejoraron todavía más cuando el amigo del señor Hertzoon regresó de Novyi Zem. Era el capitán de un barco mercante kerch, y parecía que se había cruzado con un productor de azúcar en un puerto zemeni. El azucarero estaba borracho, quejándose de que sus campos de caña y los de sus vecinos habían quedado inundados. En esos momentos el precio del azúcar era bajo, pero cuando la gente descubriera lo difícil que sería conseguirlo en los meses siguientes, los precios se dispararían. El amigo del señor Hertzoon pretendía comprar todo el azúcar que pudiera antes de que las noticias llegaran a Ketterdam.

—Eso parece un timo —le había susurrado Kaz a Jordie.

—No es un timo —resopló Jordie—. Tan solo es un buen negocio. ¿Cómo va a ascender la gente corriente en el mundo sin un poco de ayuda?

El señor Hertzoon hizo que Jordie y Filip hicieran los pedidos en tres oficinas distintas para asegurarse de que una compra tan grande no atrajera atención indeseada. Las noticias de la cosecha arruinada llegaron y, sentados en la cafetería, los chicos observaron cómo los precios de la pizarra se elevaban, tratando de contener su alegría.

Cuando el señor Hertzoon pensó que los precios habían subido lo máximo posible, envió a Jordie y Filip para vender y recaudar. Regresaron a la cafetería y el señor Hertzoon les entregó sus beneficios a ambos directamente de su caja fuerte.

—¿Qué te había dicho? —le dijo Jordie a Kaz mientras se dirigían hacia la noche

de Ketterdam—. ¡Suerte y buenos amigos!

Solo unos días después el señor Hertzoon les habló de otro soplo que le había dado su amigo el capitán, que había recibido noticias similares del siguiente cultivo de *jurda*.

—Las lluvias están golpeando a todos con fuerza este año —dijo el señor Hertzoon—. Pero esta vez no solo los campos quedaron destruidos, sino también los almacenes junto a los puertos en Eames. Va a haber mucho dinero, y pretendo conseguirlo.

—Entonces nosotros también deberíamos —dijo Filip.

El señor Hertzoon había fruncido el ceño.

—Me temo que este negocio no es para vosotros, chicos. La inversión mínima es demasiado alta para cualquiera de los dos. ¡Pero vendrán más negocios!

Filip se había puesto furioso. Le había gritado al señor Hertzoon, le había dicho que no era justo, que era como los mercaderes del Intercambio, quedándose las riquezas para sí mismo, y le había llamado cosas que hicieron que Kaz se encogiera. Cuando salió como una exhalación, todos en la cafetería se quedaron mirando la cara roja y avergonzada del señor Hertzoon.

Había vuelto a su despacho y se había desplomado en su silla.

—Yo... yo no puedo cambiar cómo se hacen los negocios. Los hombres que llevan esto solo quieren grandes inversores, gente que pueda asumir el riesgo. —Jordie y Kaz se habían quedado ahí plantados, sin saber muy bien qué hacer—. ¿También estáis enfadados conmigo?

Le aseguraron que no.

Filip era quien estaba siendo injusto.

—Entiendo por qué está enfadado —aseguró el señor Hertzoon—. Las oportunidades así no aparecen a menudo, pero no hay nada que hacer.

—Yo tengo dinero —dijo Jordie.

El señor Hertzoon le había sonreído con indulgencia.

—Jordie, eres un buen chico, y no dudo que algún día serás el rey del Intercambio, pero no tienes la clase de fondos que requieren estos inversores.

Jordie había levantado la barbilla.

—Sí los tengo. De la venta de la granja de mi padre.

—Y supongo que es todo lo que Kaz y tú tenéis para vivir. No es algo que deba arriesgarse en un negocio, sin importar lo seguro que sea el resultado. Un chico de tu edad no...

—Ya no soy un chico. Si es una buena oportunidad, quiero aprovecharla.

Kaz siempre recordaría ese momento, cuando había visto la avaricia aferrándose a su hermano, una mano invisible guiándolo hacia delante, la balanza a punto de moverse.

Había sido muy difícil convencer al señor Hertzoon. Habían vuelto a la casa de la Zelvestraat y lo habían discutido hasta bien entrada la noche. Kaz se había quedado

dormido con la cabeza sobre el costado del perro plateado y con el lazo rojo de Saskia en la mano.

Cuando Jordie lo había despertado por fin, las velas casi se habían apagado y ya era por la mañana. El señor Hertzoon le había pedido a su compañero de negocios que fuera e hiciera un contrato para un préstamo de Jordie. Por su edad, Jordie le prestaría al señor Hertzoon el dinero, y este haría el negocio. Margit les dio té con leche y tortitas calientes con crema agria y mermelada. Después fueron todos al banco donde estaban los fondos de la venta de la granja y Jordie se los había transferido.

El señor Hertzoon había insistido en acompañarlos a la casa de huéspedes y los había abrazado en la puerta. Le había entregado el acuerdo de préstamo a Jordie y le había advertido que lo mantuviera a salvo.

—Hay solo una pequeña posibilidad de que este negocio vaya mal —dijo—, pero siempre la hay. Si es así, confío en que no uses ese documento para intentar recuperar tu préstamo. Los dos debemos correr el riesgo juntos. Estoy confiando en ti.

Jordie había sonreído ampliamente.

—Un trato es un trato.

—Un trato es un trato —repitió el señor Hertzoon con orgullo, y se dieron la mano como verdaderos mercaderes. Después le dio a Jordie un grueso rollo de *kruge*—. Para que toméis una buena cena de celebración. Volved a la cafetería en una semana y observaremos juntos cómo suben los precios.

Esa semana jugaron al *ridderspel* y el *spijker* en los salones de juegos del Tapón. Compraron un buen abrigo para Jordie y un par de suaves botas de cuero para Kaz. Comieron gofres y patatas fritas, y Jordie compró todas las novelas que quiso en una librería de la Wijnstraat. Cuando terminó la semana, caminaron de la mano hasta la cafetería.

Estaba vacía. La puerta delantera estaba cerrada y con el cerrojo echado. Cuando apretaron las caras contra las ventanas oscuras, vieron que no quedaba nada: las mesas, las sillas y las grandes urnas de cobre, la pizarra donde escribían las cifras de los negocios del día.

—¿Nos hemos equivocado de esquina? —preguntó Kaz.

Pero sabían que no. En nervioso silencio, caminaron hasta la casa de la Zilverstraat. Nadie respondió a sus golpes en la brillante puerta azul.

—Habrán salido un rato —dijo Jordie. Esperaron en los escalones durante horas, hasta que el sol comenzó a ponerse. Nadie llegó ni salió. No había ninguna vela encendida tras las ventanas.

Al fin, Jordie reunió el coraje para llamar a la puerta de los vecinos.

—¿Sí? —dijo la doncella que respondió con su pequeño gorro blanco.

—¿Sabes dónde ha ido la familia de al lado? ¿Los Hertzoon?

Ella frunció el ceño.

—Creo que solo estaban de visita un tiempo desde Zierfoort.

—No —dijo Jordie—. Llevan años viviendo aquí. Ellos...

La doncella negó con la cabeza.

—Esa casa estuvo casi un año vacía después de que la última familia se mudara. Tan solo la alquilaron hace unas semanas.

—Pero...

Les cerró la puerta en la cara.

Kaz y Jordie no se dijeron nada, ni en el camino de vuelta ni mientras subían las escaleras hasta la pequeña habitación en la casa de huéspedes. Se sentaron en la penumbra creciente durante un buen rato. Las voces flotaban hacia ellos desde el canal mientras la gente se ocupaba de sus quehaceres vespertinos.

—Les ha pasado algo —dijo Jordie al fin—. Habrá habido algún accidente, o una emergencia. Nos escribirá pronto. Enviará a alguien a por nosotros.

Aquella noche, Kaz tomó el lazo rojo de Saskia de debajo de su almohada. Lo enrolló en una pulcra espiral y lo aferró en la palma. Se quedó tumbado en la cama y trató de rezar, pero lo único en lo que podía pensar era en la moneda del mago: estaba ahí y después había desaparecido.



ra demasiado. No se esperaba que fuera tan difícil estar en su tierra por primera vez en tanto tiempo. Había tenido más de una semana a bordo del *Ferolind* para prepararse, pero su cabeza había estado ocupada pensando en el camino que había escogido, en Nina, en la magia cruel que se lo había llevado de su celda en prisión hasta un barco que se dirigía hacia el norte bajo un cielo sin límites, todavía atado no solo por los grilletes sino por la carga de lo que estaba a punto de hacer.

Obtuvo su primer vistazo de la costa norte al final de la tarde, pero Specht decidió esperar hasta el anochecer para llegar a tierra, con la esperanza de que el crepúsculo les hiciera pasar inadvertidos. Había aldeas balleneras junto a la costa, y no tenían ganas de que los vieran. A pesar de su coartada de cazadores, los Despojos seguían siendo un grupo llamativo.

Pasaron la noche en el barco. Al amanecer de la mañana siguiente, Nina lo encontró reuniendo la ropa de abrigo que Jesper e Inej habían repartido. Matthias estaba impresionado por la resistencia de Inej: aunque todavía tenía círculos bajo los ojos, se movía sin rigidez, y si sentía dolor lo escondía bien.

Nina sostuvo una llave en alto.

—Kaz me ha enviado a quitarte los grilletes.

—¿Vais a volver a encerrarme por la noche?

—Eso depende de Kaz. Y de ti, supongo. Siéntate.

—Dame la llave y ya.

Nina se aclaró la garganta.

—También quiere que te modifique.

—¿Qué? ¿Por qué?

La idea de Nina alterando su apariencia con su brujería era intolerable.

—Ahora estamos en Fjerda. Quiere que parezcas menos... tú, solo por si acaso.

—¿Sabes lo grande que es este país? Las posibilidades...

—Las posibilidades de que te reconozcan serán considerablemente mayores en la Corte de Hielo, y no puedo hacer todos los cambios en tu apariencia de golpe.

—¿Por qué?

—No soy tan buena Confeccionadora. Ahora forma parte del entrenamiento de todos los Corporalki, pero a mí no se me da bien. —Matthias resopló—. ¿Qué?

—Nunca te había oído admitir que no eres buena en algo.

—Bueno, pasa muy poco.

Él se sintió horrorizado al darse cuenta de que sus labios se curvaban en una sonrisa, pero era fácil reprimirla cuando pensaba en que le cambiaran la cara.

—¿Qué quiere Brekker que me hagas?

—Nada radical. Cambiaré el color de tus ojos, de tu pelo... lo que te queda. No será permanente.

—No quiero hacer esto.

No quiero que estés cerca de mí.

—No llevará mucho tiempo y será indoloro, pero si quieres discutir sobre esto con Kaz...

—Está bien —dijo él, armándose de valor. Era inútil discutir con Brekker, cuando simplemente podía negarle a Matthias la promesa de la absolución. Tomó un cubo, lo volcó y se sentó—. ¿Me das ya la llave?

Nina se la entregó, y él se quitó los grilletos de las muñecas mientras ella rebuscaba en una caja que había llevado. Tenía un asa y pequeños cajoncitos llenos de polvos y pigmentos en frascos diminutos. Extrajo un bote de algo negro de un cajón.

—¿Qué es eso?

—Antimonio negro. —Se acercó a él y le echó la barbilla hacia atrás con la punta del dedo—. Deja de apretar los dientes, Matthias. Te los vas a destrozar. —Él cruzó los brazos, y ella le comenzó a verter un poco de antimonio sobre el cuero cabelludo y soltó un suspiro triste—. ¿Por qué el valiente *drüskelle* Matthias Helvar no come carne? —preguntó con voz teatral mientras trabajaba—. Desde luego es una triste historia, hijo mío. Una fastidiosa Grisha lo dejó sin dientes, y ahora solo puede comer puré.

—Para —gruñó él.

—¿Qué? Echa la cabeza hacia atrás.

—¿Qué estás haciendo?

—Oscurecer tus cejas y pestañas. Ya sabes, como hacen las chicas antes de una fiesta. —Matthias debió de hacer una mueca, porque Nina se puso a reír—. ¡Qué cara has puesto!

Se inclinó hacia delante, y sus ondas de pelo castaño le rozaron las mejillas

mientras transfería el color del antimonio a sus cejas. Le tomó la mejilla con la mano.

—Cierra los ojos —murmuró. Movi6 los pulgares sobre sus pestañas, y se dio cuenta de que Matthias estaba conteniendo el aliento.

—Ya no hueles a rosas —dijo 6l, y le entraron ganas de darse una patada. No debería fijarse en su olor.

—Seguro que huelo a barco.

No, olía dulce, perfecta, como...

—¿Caramelo?

Ella desvi6 los ojos con culpabilidad.

—Kaz dijo que trajéramos lo que necesitáramos para el viaje. Una tiene que comer. —Metió la mano en su bolsillo y sac6 una bolsa de caramelos—. ¿Quieres uno?

Sí.

—No.

Ella se encogió de hombros y se metió uno en la boca. Puso los ojos en blanco y soltó un suspiro de felicidad.

—Qué rico.

Era una humillante epifanía, pero Matthias descubrió que podría observarla comiendo todo el día. Era una de las cosas que más le gustaban de Nina: lo saboreaba todo, ya fuera un caramelo, el agua fría de un riachuelo o la carne seca de un reno.

—Ahora los ojos —dijo con el caramelo en la boca mientras sacaba una botellita de la caja—. Tendrás que mantenerlos abiertos.

—¿Qué es esto? —preguntó 6l con nerviosismo.

—Una tintura desarrollada por una Grisha llamada Genya Safin. Es la forma más segura de cambiar el color de los ojos.

Volvió a inclinarse hacia 6l. Sus mejillas estaban rosadas por el frío, y tenía la boca ligeramente abierta. Tenía los labios a unos centímetros de los suyos. Si se sentara más recto, se estarían besando.

—*Tienes que mirarme* —lo instruyó.

Eso hago. Movi6 la mirada hasta la suya. ¿*Recuerdas esta costa, Nina?*, quería preguntar, aunque sabía que sí lo hacía.

—¿De qué color me estás poniendo los ojos?

—Shh. Esto es difícil.

Se puso unas gotas en los dedos y las sostuvo cerca de sus ojos.

—¿Por qué no me las echas dentro?

—¿Por qué no dejas de hablar? ¿Quieres que te deje ciego? —6l se quedó callado. Al fin, Nina se apart6 y recorrió sus facciones con la mirada—. Marr6n —dijo, y entonces guiñ6 el ojo—. Como el caramelo.

—¿Qué pretendes hacer con Bo Yul-Bayur?

Ella se puso recta y se alejó, cambiando su expresi6n.

—¿Qué quieres decir?

A Matthias le dio lástima ver cómo desaparecía su tranquilidad, pero daba igual. Miró hacia atrás para asegurarse de que nadie estuviera escuchando.

—Sabes exactamente lo que quiero decir. No me creo ni por un segundo que vayas a dejar a esta gente entregar a Bo Yul-Bayur al Consejo Mercante de Kerch.

Ella guardó la botella en uno de los cajoncitos.

—Tendremos que hacer esto al menos dos veces antes de llegar a la Corte de Hielo, para poder asentar el color. Reúne tus cosas. Kaz quiere que estemos listos para marcharnos en una hora.

Cerró la tapa de la caja y tomó los grilletes. Después desapareció.



Cuando se despidieron de la tripulación del barco, el cielo había pasado de rosa a dorado.

—Nos vemos en el puerto de Djerholm —dijo Specht—. Sin llantos.

—Sin funerales —respondieron los otros. Eran gente extraña.

Brekker había mantenido la boca frustrantemente cerrada sobre cómo exactamente iban a llegar hasta Bo Yul-Bayur y después salir de la Corte de Hielo con él, pero había dejado claro que cuando tuvieran su botín el *Ferolind* sería su modo de escape. Tenía papeles con el sello de Kerch que indicaban que los representantes de la Compañía de la Bahía Haanraadt habían cumplido todas las tarifas y solicitudes para transportar pieles y bienes de Fjerda hasta Zierfoort, una ciudad portuaria en el sur de Kerch.

Comenzaron a marchar desde la costa rocosa por el acantilado. La primavera se acercaba, pero el hielo seguía siendo grueso en el suelo y era una subida difícil. Cuando llegaron a la cima del acantilado, se detuvieron para recobrar el aliento. El *Ferolind* seguía siendo visible en el horizonte, con las velas hinchadas por el viento que les azotaba las mejillas.

—Por todos los Santos —dijo Inej—. De verdad estamos haciendo esto.

—He pasado cada minuto de cada miserable día deseando salir de ese barco —replicó Jesper—. ¿Por qué lo echo de menos de pronto?

Wylan dio unos pisotones con sus botas.

—A lo mejor porque sentimos que se nos van a quedar los pies congelados.

—Cuando tengamos nuestro dinero, podrás quemar *kruge* para recuperar el calor —dijo Kaz—. Vamos.

Había dejado su bastón con cabeza de cuervo a bordo del *Ferolind* y lo había sustituido por uno menos llamativo. Jesper había dejado atrás dolorosamente sus preciados revólveres con empuñaduras esmaltadas en favor de unas pistolas sin adornos, e Inej había hecho lo mismo con su impresionante colección de cuchillos y dagas, quedándose solo aquellas de las que pudiera soportar separarse cuando entraran en prisión. Eran decisiones prácticas, pero Matthias sabía que los talismanes

tenían su poder.

Jesper consultó la brújula y giraron hacia el sur, buscando un camino que los llevara hasta la principal ruta de comercio.

—Pagaré a alguien para que me quemee los *kruge*.

Kaz se situó junto a él.

—¿Por qué no le pagas a alguien para que pague a otro para que te quemee los *kruge*? Eso es lo que hacen los ricos de verdad.

—¿Sabes lo que hacen los jefes grandes de verdad? Pagan a alguien para que le pague a otro para que...

Sus voces se alejaron mientras caminaban hacia delante, y Matthias y los demás los siguieron. Pero se dio cuenta de que todos lanzaban una última mirada al Ferolind. La goleta era parte de Kerch, un trozo de hogar para ellos, y esa última cosa familiar se estaba alejando más con cada momento.

Matthias sintió un poco de simpatía, pero mientras caminaban durante la mañana tuvo que admitir que disfrutaba viendo a las ratas de canal estremeciéndose y esforzándose un poco para variar. Creían que conocían el frío, pero el blanco norte tenía su forma de obligar a los extraños a reevaluar sus términos. Tropezaban y se tambaleaban, incómodos con sus nuevas botas, tratando de pillarle el truco a caminar sobre la nieve dura, y pronto Matthias estuvo en cabeza dirigiendo el ritmo, aunque Jesper mantuvo el ojo fijo en la brújula.

—Ponte los... —Matthias hizo una pausa y tuvo que hacerle gestos a Wylan. No conocía la palabra *kerch* para las gafas protectoras, ni siquiera para la nieve. No eran términos que se usaran en prisión—. Mantén tus ojos cubiertos, o podrías dañártelos permanentemente.

Los hombres se quedaban ciegos tan al norte; perdían labios, orejas, narices, manos y pies. La tierra era estéril y brutal, y eso era todo lo que veía la mayoría de la gente. Pero para Matthias era hermosa. El espíritu de Djel estaba en el hielo. Tenía color y forma, e incluso aroma si sabías cómo buscarlo.

Avanzó sintiéndose casi en paz, como si Djel pudiera oírlo y tranquilizar su mente atormentada. El hielo le devolvía recuerdos de la infancia, de cuando cazaba con su padres. Habían vivido más al sur, cerca de Halmhend, pero en invierno esa parte de Fjerda no era muy diferente que aquello, un mundo blanco y gris, roto por bosquecillos de árboles negros y grupos de rocas que sobresalían y parecían haberse elevado de la nada, naufragios en un suelo oceánico desnudo.

El primer día caminando fue como una limpieza: poca charla, el blanco silencio del norte dando la bienvenida a Matthias sin juzgarlo. Esperaba que hubiera más quejas, pero incluso Wylan se había limitado a bajar la cabeza y caminar. *Son todos supervivientes*, comprendió. *Se adaptan*. Cuando el sol comenzó a ponerse, se comieron sus raciones de carne seca y galletas duras y se derrumbaron en sus tiendas sin decir palabra.

Pero la mañana siguiente llevó a su fin la tranquilidad y la frágil sensación de paz

de Matthias. Ahora que estaban lejos de la nave y su tripulación, Kaz estaba listo para entrar en detalles sobre su plan.

—Si hacemos esto bien, entraremos y saldremos de la Corte de Hielo antes de que los fjerdanos sepan siquiera que supreciado científico no está —dijo Kaz mientras se colgaban su equipaje y seguían avanzando hacia el sur—. Cuando entremos en prisión, nos llevarán a la zona de contención bajo las celdas de la gente que espera oír sus cargos. Si Matthias tiene razón y el procedimiento sigue siendo el mismo, los patrulleros solo pasarán tres o cuatro veces al día para contar cabezas. Cuando salgamos de las celdas, deberíamos tener al menos seis horas para cruzar hasta la embajada, localizar a Yul-Bayur en la Isla Blanca y llevarlo al puerto antes de que se den cuenta de que falta nadie.

—¿Qué hay de los demás prisioneros de las celdas de contención? —preguntó Matthias.

—Eso lo tenemos cubierto.

El fjerdano frunció el ceño, pero no se sentía particularmente sorprendido. En cuanto estuvieran en esas celdas, Kaz y los demás serían muy vulnerables. Solo haría falta hablar con los guardias para poner fin a todas sus maquinaciones. Eso era lo que haría Brum, lo que haría un hombre honorable. Una parte de Matthias había creído que regresar a Fjerda le devolvería el sentido, le daría la fuerza para abandonar esa demente misión; pero en lugar de eso solo había hecho más agudo su anhelo por el hogar, por la vida que había llevado una vez entre sus hermanos *drüskelle*.

—En cuanto salgamos de las celdas —continuó Kaz—, Matthias y Jesper conseguirán cuerdas de los establos mientras que Wylan y yo sacamos a Nina e Inej de la zona de las mujeres. Nos encontraremos en el sótano. Ahí es donde está el incinerador, y nadie debería entrar en la lavandería después de que la prisión cierre por la noche. Mientras Inej sube, Wylan y yo registramos la lavandería para buscar cualquier cosa que pueda usar para demoliciones. Y por si acaso los fjerdanos decidieran meter a Bo Yul-Bayur en la prisión y hacernos la vida fácil, Nina, Matthias y Jesper buscarán en las celdas de las plantas superiores.

—¿Nina y Matthias? —preguntó Jesper—. No es por dudar de la profesionalidad de nadie pero ¿de verdad esa es una pareja ideal?

El fjerdano se tragó su furia. Jesper tenía razón, pero odiaba que hablaran así de él.

—Matthias conoce el procedimiento de la prisión, y Nina puede ocuparse de cualquier guardia sin una pelea ruidosa. Tu trabajo es evitar que se maten entre ellos.

—¿Porque soy el diplomático del grupo?

—No hay nadie diplomático en el grupo. Ahora, escuchad. El resto de la prisión no es como la zona de contención. Los patrulleros del bloque de celdas rotan cada dos horas y no queremos arriesgarnos a que nadie dé la alarma, así que sed listos. Lo coordinaremos todo con el Reloj Mayor. Saldremos de las celdas justo después de las seis campanadas y subiremos por el incinerador y llegaremos al tejado a las ocho. Sin

excepciones.

—¿Y después qué? —preguntó Wylan.

—Cruzaremos el tejado hasta el sector de la embajada y accederemos al puente de cristal desde allí.

—Estaremos al otro lado de los puntos de control —dijo Matthias, incapaz de contener el matiz de admiración de su voz—. Los guardias del puente supondrán que hemos pasado por la puerta de la embajada y que ya han comprobado nuestros papeles allí.

Wylan frunció el ceño.

—¿Con uniformes de prisión?

—Fase dos —dijo Jesper—. La farsa.

—Eso es —asintió Kaz—. Inej, Nina, Matthias y yo tomaremos ropa prestada de una de las delegaciones, y también algo más para nuestro amigo Bo Yul-Bayur cuando lo encontremos, y cruzaremos el puente de cristal. Localizamos a Yul-Bayur y lo llevamos a la embajada. Nina, si hay tiempo lo alterarás tanto como puedas, pero mientras no activemos ninguna alarma nadie se va a fijar en un shu más entre los invitados.

Salvo que Matthias lograra llegar primero hasta el científico. Si estaba muerto cuando los otros lo encontraran, Kaz no podría responsabilizar a Matthias. Obtendría su absolución igualmente. ¿Y si no lograba separarse del grupo? Yul-Bayur también podría sufrir un accidente en el barco durante el camino de regreso.

—Entonces, si no lo entiendo mal —dijo Jesper—, yo tengo que quedarme con Wylan.

—Salvo que de pronto hayas adquirido un conocimiento enciclopédico de la Isla Blanca, la habilidad de forzar cerraduras, escalar paredes inescalables o seducir a los oficiales de alto rango para sacarles información, sí. Además, quiero dos pares de manos haciendo bombas.

Jesper miró con tristeza sus pistolas.

—Cuánto potencial desperdiciado.

Nina cruzó los brazos.

—Digamos que todo esto funciona. ¿Cómo salimos?

—Caminando —respondió Kaz—. Ahí radica la belleza de este plan. ¿Recordáis lo que decía de guiar la atención? En la puerta de la embajada todos los ojos estarán concentrados en los invitados que lleguen a la Corte de Hielo. La gente que se marche no es un riesgo para la seguridad.

—Entonces, ¿para qué las bombas? —preguntó Wylan.

—Precauciones. Hay once kilómetros de camino entre la Corte de Hielo y el puerto. Si alguien se da cuenta de que Bo Yul-Bayur no está, vamos a tener que cubrir ese territorio con rapidez. —Trazó una línea en la nieve con el bastón—. El camino principal cruza un cañón. Si volamos el puente, nadie podrá seguirnos.

Matthias se puso la cabeza sobre las manos, imaginando el caos que esas ruines

criaturas estaban a punto de desatar en la capital de su país.

—Es un prisionero, Helvar —dijo Kaz.

—Y un puente —señaló Wylan con amabilidad.

—Y cualquier cosa que tengamos que volar por el camino —añadió Jesper.

—Callaos todos —gruñó Matthias.

Jesper se encogió de hombros.

—Fjerdanos.

—No me gusta nada de esto —dijo Nina.

Kaz levantó una ceja.

—Bueno, al menos Helvar y tú habéis encontrado algo en lo que estar de acuerdo.



Viajaron más hacia el sur, habían dejado la costa atrás hacía mucho y el hielo iba siendo sustituido por zonas de bosque, atisbos de tierra negra y rastros de animales, fragmentos del mundo viviente, del corazón de Djel que siempre latía. Las preguntas de los demás eran incesantes.

—¿Cuántas torres de guardia dices que hay en la Isla Blanca?

—¿Crees que Yul-Bayur estará en el palacio?

—Hay barracones de guardia en la Isla Blanca. ¿Y si está en los barracones?

Jesper y Wylan debatían sobre la clase de explosivos que podrían conseguir con los suministros de la prisión y si podrían echar el guante a algo de pólvora en el sector de la embajada. Nina trató de ayudar a Inej a estimar cuál debía ser su ritmo para escalar la chimenea del incinerador con tiempo suficiente para atar la cuerda y ayudar a los otros a subir.

Se bombardeaban entre ellos constantemente sobre la arquitectura y los procedimientos de la Corte, la disposición de las tres entradas de la pared anular, cada una construida alrededor de un patio.

—¿Primer punto de control?

—Cuatro guardias.

—¿Segundo?

—Ocho.

—¿Puertas de la pared anular?

—Cuatro cuando la entrada no está operativa.

Eran como un enloquecedor coro de cuervos, graznando en la oreja de Matthias:
Traidor, traidor, traidor.

—¿Protocolo Amarillo? —preguntó Kaz.

—Disturbio en el sector —respondió Inej.

—¿Protocolo Rojo?

—Entrada en el sector.

—¿Protocolo Negro?

—¿Estamos condenados? —dijo Jesper.

—Básicamente —replicó Matthias, ciñéndose más la capucha y avanzando arduamente. Incluso le habían hecho imitar los diferentes patrones de las campanas. Era una necesidad, pero se había sentido como un idiota canturreando «bing bong bing bing bong... No, esperad, bing bing bong bing bing».

—Cuando sea rico —dijo Jesper tras él—, iré a algún sitio donde no tenga que volver a ver la nieve. ¿Y tú, Wylan?

—No lo sé seguro.

—Creo que deberías comprar un piano de oro.

—Flauta.

—Y dar conciertos en una barcaza de placer. Puedes aparcarla en el canal justo al otro lado de la casa de tu padre.

—Nina puede cantar —intervino Inej.

—Haremos un dueto —la corrigió Nina—. Tu padre tendrá que mudarse.

Era cierto que cantaba fatal. Matthias lo odiaba, pero no pudo resistirse a mirar a su espalda. La capucha de Nina había caído hacia atrás, y las gruesas ondas de su pelo habían escapado.

¿Por qué no dejo de hacer eso?, pensó con una sacudida de frustración. También había sucedido a bordo del barco. Se había obligado a ignorarla, y lo siguiente que supo era que sus ojos la estaban buscando.

Pero era una estupidez fingir que no la tenía en mente. Él y Nina habían recorrido ese mismo territorio juntos. Si sus cálculos eran correctos, la había arrastrado tan solo a unos kilómetros de donde el *Ferolind* llegó a la costa. Había comenzado con una tormenta y, en cierto sentido esa tormenta nunca había terminado. Nina había entrado en su vida con una ráfaga de viento y lluvia y había hecho que su mundo empezara a dar vueltas. Desde entonces no había recuperado el equilibrio.



La tormenta había salido de la nada, golpeando el barco como un juguete sobre las olas. El mar había seguido con el juego hasta cansarse, y había arrastrado el barco hacia abajo en una maraña de cuerdas, velas y hombres que gritaban.

Matthias recordaba la oscuridad del agua, el frío terrible, el silencio de las profundidades. Lo siguiente que supo fue que estaba escupiendo agua salada y jadeando en busca de aliento. Alguien tenía un brazo alrededor de su pecho, y se estaban moviendo a través del agua. El frío era insoportable, pero de algún modo lo estaba soportando.

—Despierta, miserable masa de músculos.

Fjerdano limpio y puro, pronunciado como un noble. Giró la cabeza y le aturdió ver que la joven bruja que había capturado en la costa sureña de la Isla Errante lo tenía sujeto y estaba murmurando cosas para sí misma en ravkano. Ya sabía él que no

era kaélica de verdad. De algún modo, se había liberado de las ataduras y las jaulas. A él le entró el pánico, y de haber estado menos aturdido o entumecido, habría forcejeado.

—Muévete —le dijo ella en fjerdano, jadeando—. Por todos los Santos, ¿qué os dan de comer? Pesas como un carro de heno.

Ella se estaba esforzando mucho, nadando por los dos. Le había salvado la vida. ¿Por qué?

Matthias se movió entre sus brazos, agitando las piernas para ayudar a avanzar. Para su sorpresa, la oyó soltar un sollozo bajo.

—Gracias a los Santos —dijo—. Nada, zoquete gigante.

—¿Dónde estamos? —preguntó él.

—No lo sé —respondió ella, y Matthias pudo oír el terror en su voz. Se apartó de ella—. ¡No! ¡No te sueltes!

Pero él empujó con fuerza, rompiendo su agarre. En cuanto abandonó sus brazos, el frío lo azotó. El dolor fue agudo y repentino, y sus miembros se volvieron perezosos. Le estaba manteniendo caliente su magia enfermiza. Trató de alcanzarla en la oscuridad.

—¿*Drüsje*? —la llamó, avergonzado del miedo en su voz. Era la palabra fjerdana para «bruja», porque no sabía su nombre.

—¡*Drüskelle!* —gritó ella, y después él sintió que sus dedos rozaban los de ella en el agua negra. Se agarró y la atrajo hacia él. No tenía el cuerpo cálido exactamente, pero en cuanto hicieron contacto el dolor de sus propios miembros remitió. Se sintió inundado por la gratitud y la repulsión—. Tenemos que encontrar tierra. No puedo nadar y mantener nuestros dos corazones latiendo.

—Yo nadaré —dijo él—. Tú... Yo nadaré.

Pegó su espalda contra su pecho, rodeó con un brazo el de ella y su cuerpo, tal como ella lo había sujetado tan solo unos momentos antes, como si se estuviera ahogando. Y así era, se ahogaban los dos, o lo harían pronto si no morían congelados primero.

Movió las piernas de forma constante, tratando de no gastar demasiada energía, pero los dos sabían que probablemente sería inútil. No estaban lejos de tierra cuando golpeó la tormenta, pero estaba completamente oscuro. Tal vez iban hacia la costa o quizá se adentraban más en el mar.

No había ningún sonido salvo su respiración, la salpicadura del agua y el movimiento de las olas. Él siguió nadando, aunque bien podían haber estado yendo en círculos, y ella los mantuvo respirando a ambos. No sabía cuál de los dos se rendiría primero.

—¿Por qué me has salvado? —preguntó al fin.

—Deja de desperdiciar energías. No hables.

—¿Por qué lo has hecho?

—Porque eres un ser humano —dijo ella, enfadada.

Mentira. Si llegaban a tierra, necesitaría a un fjerdano para ayudarla a sobrevivir, alguien que conociera la tierra, aunque estaba claro que ella conocía el idioma. Pues claro que lo conocía. Todos los Grisha eran mentirosos y espías, entrenados para cazar a gente como él, gente sin sus dones antinaturales. Eran depredadores.

Continuó moviendo las piernas, pero sus músculos se estaban cansando y podía sentir el frío apesándolo.

—¿Te rindes ya, bruja?

La sintió sacudirse su agotamiento, y la sangre volvió a los dedos de sus manos y pies.

—Seguiré mientras sigas tú también, *drüskelle*. Si morimos, te llevarás esa carga a la otra vida.

Matthias tuvo que sonreír ante eso. Desde luego no le faltaba valor. Eso ya le había quedado claro incluso cuando estaba enjaulada.

Así fue como avanzaron en la noche, provocándose cuando alguno de los dos flaqueaba. Tan solo conocían el mar, el hielo, la salpicadura ocasional que podría haber sido una ola o algo hambriento avanzando hacia ellos en el agua.

—Mira —susurró la bruja cuando llegó el amanecer, rosado y alegre. Allí, en la distancia, podía distinguir apenas un promontorio de hielo que sobresalía y la bendita mancha negra de una orilla de gravilla oscura. Tierra.

No perdieron tiempo en alivio ni celebraciones. La bruja reclinó la cabeza hacia atrás, la apoyó contra su hombro mientras él avanzaba cada miserable centímetro, con cada ola empujándolos hacia atrás, como si el mar se negara a renunciar a ellos. Al fin, sus pies tocaron fondo, y fueron hacia la orilla mitad nadando y mitad arrastrándose. Se separaron y el cuerpo de Matthias sintió una honda tristeza mientras se arrastraba sobre las rocas negras hasta la tierra muerta y congelada.

Caminar era imposible al principio. Los dos se movieron con irregularidad, tratando de obligar a sus miembros a obedecer, estremeciéndose de frío. Al fin Matthias logró ponerse en pie. Pensó en irse caminando y buscar refugio sin ella, que seguía a cuatro patas, con la cabeza inclinada y el pelo como una masa mojada y enredada que le cubría la cara. Matthias tenía la sensación de que iba a tumbarse y no se volvería a levantar.

Dio un paso y después otro. Entonces regresó. Fueran las que fueran sus razones, le había salvado la vida la noche anterior, no solo una vez sino durante todo el tiempo que permanecieron juntos en el agua. Aquella era una deuda de sangre.

Volvió tambaleándose hacia ella y le ofreció la mano.

Cuando levantó la mirada hacia él, su expresión era un sombrío mapa de aversión y fatiga. En él Matthias vio la vergüenza que venía con la gratitud, y supo que en ese breve instante ella era su reflejo. Tampoco quería deberle nada.

Podía tomar la decisión por sí misma. Se lo debía. Se agachó para ponerla en pie y salieron cojeando de la playa.

Se dirigieron hacia lo que Matthias esperaba que fuera el oeste. El sol podía

engañar a tus sentidos tan al norte, y no tenían ninguna brújula con la que orientarse. Estaba casi oscuro, y Matthias había comenzado a sentir verdadero pánico cuando finalmente distinguieron el primero de los campamentos balleneros. Estaba desierto; los puestos solo estaban activos en primavera, y ese era poco más que una cabaña redonda hecha de hueso, tierra y pieles de animales. Pero el refugio significaba que al menos podrían sobrevivir a la noche.

La puerta no tenía cerradura. Prácticamente cayeron hacia dentro.

—Gracias —gruñó ella mientras se derrumbaba junto a la chimenea circular.

Él no dijo nada. Encontrar el campamento había sido mera suerte. Si hubieran llegado a la costa unos pocos kilómetros más arriba, ya estarían muertos.

Los balleneros habían dejado turba y madera seca en la chimenea. Matthias intentó avivar el fuego, tratando de conseguir algo más que humo. Estaba torpe, cansado y tan hambriento que se habría comido alegremente el cuero de su bota. Cuando oyó un susurro tras él, se giró y casi soltó el trozo de madera que había estado usando para tratar de avivar las pequeñas llamas.

—¿Qué estás haciendo? —ladró.

Ella miró hacia atrás, por encima de su hombro desnudo, y dijo:

—¿Se supone que tengo que estar haciendo algo?

—¡Vuelve a ponerte la ropa!

Ella puso los ojos en blanco.

—No voy a morir congelada para conservar tu sentido del pudor.

Él dio un fuerte golpe al fuego, pero ella lo ignoró y se quitó el resto de la ropa; la túnica, los pantalones e incluso la ropa interior. Después se envolvió en una de las mugrientas pieles de reno que había apiladas cerca de la puerta.

—Por todos los Santos, qué olor —gruñó.

Se acercó y formó un nido con las otras pieles y mantas junto al fuego. Cada vez que se movía la capa de reno se abría, mostrando un destello de muslo redondeado, piel blanca, la sombra entre sus pechos. Era deliberado, y él lo sabía. Estaba tratando de ponerlo nervioso, pero tenía que concentrarse en el fuego. Casi había muerto, y si no encendía el fuego todavía podía hacerlo. Si al menos ella dejara de hacer tanto ruido. La madera se partió entre sus manos.

Nina resopló y se tumbó sobre el nido de pieles, elevándose sobre un codo.

—Por todos los Santos, *drüskelle*, ¿qué te pasa? Tan solo quería estar calentita. Te prometo no violarte mientras duermes.

—No te tengo miedo —replicó él con irritación.

Ella le dirigió una sonrisa malvada.

—Entonces eres tan estúpido como pareces.

Se quedó agachado junto al fuego. Sabía que tenía que tumbarse a su lado. El sol se había puesto, y la temperatura estaba cayendo. Se estaba esforzando por no castañetear los dientes, y uno necesitaría el calor del otro para superar la noche. No debería haberle preocupado, pero no quería estar cerca de ella. *Porque es una*

asesina, se dijo. Esa es la razón. Es una asesina y una bruja.

Se obligó a levantarse y avanzó hasta las mantas, pero Nina extendió una mano para detenerlo.

—No pienses siquiera en acercarte con esa ropa. Estás empapado.

—Puedes mantener nuestra sangre fluyendo.

—Estoy agotada —dijo ella, enfadada—. Y cuando me quede dormida, solo tendremos ese fuego para mantener el calor. Te veo temblando desde aquí. ¿Todos los fjerdanos sois tan remilgados?

No. A lo mejor. En realidad no lo sabía. Los *drüskelle* eran una orden santa. Se suponía que tenían que vivir en castidad hasta que tomaran esposas; buenas esposas fjerdanas que no fueran por ahí gritando y quitándose la ropa.

—¿Todos los Grisha sois tan desvergonzados? —preguntó él a la defensiva.

—Los chicos y las chicas entrenan codo con codo en el Primer y el Segundo Ejército. No hay lugar para ruborizarse como una doncella.

—No es natural que las mujeres luchen.

—No es natural que alguien sea tan estúpido como alto, y aquí estás. ¿De verdad has nadado todos esos kilómetros solo para morir en esta cabaña?

—Es un refugio, y no sabes si hemos nadado kilómetros.

Nina soltó aire, exasperada, y se enroscó de costado, acercándose al fuego tanto como podía.

—Estoy demasiado cansada para discutir. —Cerró los ojos—. No puedo creer que tu cara sea lo último que voy a ver antes de morir.

Matthias se sintió como si lo estuviera retando. Se quedó ahí plantado, sintiéndose estúpido y odiándola por hacerle sentir así. Le dio la espalda, se quitó con rapidez la ropa empapada y la extendió junto al fuego. Le echó un vistazo para asegurarse de que no lo estaba mirando y después fue a zancadas hacia las mantas y se metió retorciéndose tras ella, tratando de guardar las distancias.

—Más cerca, *drüskelle* —canturreó ella, provocadora.

Él la rodeó con un brazo y le puso el pecho contra la espalda. Ella soltó un *uf* sobresaltado y se movió con inquietud.

—Deja de moverte —murmuró él. Había estado cerca de alguna chica; no demasiadas, cierto, pero ninguna había sido como ella. Era indecentemente curvilínea.

—Estás helado y húmedo —se quejó ella con un escalofrío—. Es como tumbarse con un calamar fortachón.

—¡Me has dicho que me acercara!

—Tranquilízate un poco —lo instruyó ella y, cuando lo hizo, se giró para mirarlo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó él, apartándose con pánico.

—Calma, *drüskelle*. No voy a aprovecharme de ti.

Él entrecerró los ojos azules.

—Odio cómo hablas.

¿Imaginó el dolor que vio en su rostro? Como si sus palabras pudieran tener algún efecto en esa bruja.

Ella confirmó que solo se lo estaba imaginando cuando dijo:

—¿Te crees que me importa lo que te guste o lo que no?

Le puso las manos en el pecho, concentrándose en su corazón. No debía dejar que le hiciera eso, no debería mostrar su debilidad, pero mientras su sangre comenzaba a fluir y su cuerpo se calentaba, el alivio y la tranquilidad que lo recorrieron fueron demasiado buenos para resistirse.

Se permitió relajarse un poco, a regañadientes. Ella se giró y volvió a ponerse el brazo de Matthias por encima.

—De nada, grandísimo idiota.

Matthias le había mentado. Sí que le gustaba cómo hablaba.



Seguía gustándole. Podía oírla gritándole a Inej en algún lugar tras él, tratando de enseñarle palabras fjerdanas.

—No, Hring-kaaalle. Tienes que estirar la última sílaba un poco.

—¿Hringalah? —probó Inej.

—Mejor, pero... Mira, es como si el kerch fuera una gacela. Salta de una palabra a otra —explicó haciendo gestos—. El fjerdano es como las gaviotas, siempre bajando en picado y lanzándose.

Sus manos se convirtieron en pájaros que montaban corrientes de aire. En ese momento, levantó la mirada y lo pilló mirándola.

Él se aclaró la garganta.

—No os comáis la nieve —le aconsejó—. Solo os deshidratará y bajará vuestra temperatura corporal.

Siguió avanzando, deseoso de subir la siguiente colina poniendo algo de distancia entre ellos. Pero cuando llegó a la elevación, se detuvo en seco.

Se giró y levantó los brazos.

—¡Parad! No queréis...

Pero era demasiado tarde. Nina se tapó la boca con las manos. Inej trazó alguna clase de signo de protección en el aire. Jesper negó con la cabeza, y Wylan sintió arcadas. Kaz se quedó como una estatua, con la expresión inescrutable.

Habían hecho la pira en un peñasco. Quienquiera que fuera responsable había tratado de hacer el fuego entre unas rocas, pero no había sido suficiente para evitar que las llamas murieran con el viento. Había tres postes clavados en el suelo helado, y en ellos había atados tres cuerpos chamuscados, con la piel ennegrecida y agrietada todavía humeante.

—*Ghezen* —juró Wylan—. ¿Qué es esto?

—Esto es lo que los fjerdanos les hacen a los Grisha —dijo Nina. Su cara era

inexpresiva y tenía los ojos fijos.

—Es lo que hacen los criminales —replicó Matthias, con las entrañas revueltas—. Las piras son ilegales desde...

Nina se giró bruscamente hacia él y le dio un fuerte empujón en el pecho.

—Ni te atrevas —siseó, y la furia ardía como un halo a su alrededor—. Dime la última vez que alguien fue procesado por quemar a un Grisha. ¿Lo llamáis asesinato cuando matáis perros?

—Nina...

—¿Tenéis una palabra diferente para matar cuando lleváis un uniforme al hacerlo?

Entonces lo oyeron: un gemido, como si el viento rechinara.

—Por todos los Santos —dijo Jesper—. Uno de ellos está vivo.

Volvieron a oír el sonido, débil pero ansioso, de la masa negra que había más a la derecha. Era imposible saber si era hombre o mujer. Su pelo se había quemado por completo, y su ropa estaba pegada a sus miembros. Unas costras negras de piel se habían despegado en algunas zonas, mostrando la carne viva.

Un sollozo atravesó la garganta de Nina. Levantó las manos, pero estaba temblando demasiado como para usar sus poderes para acabar con el sufrimiento de esa persona. Giró sus ojos llenos de lágrimas hacia los demás.

—Yo... por favor, alguien...

Jesper se movió primero. Sonaron dos disparos y el cuerpo quedó en silencio. Volvió a guardar las pistolas en sus fundas.

—Maldita sea, Jesper —gruñó Kaz—. Acabas de anunciar nuestra presencia en varios kilómetros.

—Pensarán que somos un equipo de caza.

—Tendrías que haber dejado que lo hiciera Inej.

—Yo no quería hacerlo —dijo ella en voz baja—. Gracias, Jesper.

Kaz tensó la mandíbula, pero no dijo nada más.

—Gracias —logró decir Nina. Avanzó sobre el suelo congelado, siguiendo la forma del camino a través de la nieve. Estaba llorando, tropezando sobre el terreno. Matthias la siguió. Había pocos puntos de referencia allí, y era fácil perderse.

—Nina, no debes alejarte del grupo.

—A esto es a lo que vuelves, Helvar —dijo ella con dureza—. Este es el país al que anhelas servir. ¿Estás orgulloso?

—Yo nunca he enviado a un Grisha a la pira. A los Grisha les dan juicios justos...

Ella se giró hacia él con las gafas protectoras levantadas y las lágrimas congeladas sobre sus mejillas.

—Entonces, ¿por qué nunca han declarado inocente a un Grisha al final de vuestros juicios supuestamente justos?

—Eh...

—Porque nuestro crimen es *existir*. Nuestro crimen es lo que somos.

Matthias se quedó en silencio, y cuando habló estaba dividido entre la vergüenza por lo que estaba a punto de decir y la necesidad de pronunciar las palabras, las palabras con las que se había criado, las palabras que seguían sonándole ciertas.

—Nina, ¿se te ha ocurrido alguna vez que quizá... no deberías existir?

Los ojos de Nina relucieron con un fuego verde. Dio un paso hacia él, que pudo sentir la furia que irradiaba.

—A lo mejor sois vosotros quienes no deberíais existir, Helvar. Débiles y blandos, con vuestras cortas vidas y vuestros tristes prejuicios. Adoráis a duendecillos de los bosques y espíritus del hielo que no se dignan a mostrarse, pero cuando veis poder real no podéis esperar para aplastarlo.

—No te burles de lo que no entiendes.

—¿Mi burla te ofende? Mi gente daría la bienvenida a tu risa en lugar de esta barbarie. —Una expresión de suprema satisfacción cruzó su rostro—. Ravka está renaciendo. Y el Segundo Ejército también, y cuando lo hagan espero que os den el juicio justo que os merecáis. Espero que encadenen a los *drüskelle* y os hagan escuchar cómo enumeran vuestros crímenes para que el mundo tenga constancia de vuestras maldades.

—Si estás tan desesperada por ver el alzamiento de Ravka, ¿por qué no estás allí ahora?

—Quiero que tengas tu absolución, Helvar. Quiero que estés aquí cuando el Segundo Ejército marche al norte e invada cada centímetro de este erial. Espero que quemen vuestros campos y llenen la tierra de sal. Espero que envíen a tus amigos y a tu familia a la pira.

—Ya lo han hecho, Zenik. Mis padres y mi hermana pequeña. Soldados Inferni, tus preciados y perseguidos Grisha, quemaron nuestra aldea hasta los cimientos. No tengo nada más que perder.

Nina soltó una risa amarga.

—A lo mejor tu estancia en la Puerta del Infierno fue demasiado corta, Matthias. Siempre hay algo más que perder.



uedo olerlos. Nina se sacudió el pelo y la ropa mientras avanzaba a trompicones a través de la nieve, tratando de controlar las arcadas. No podía dejar de ver esos cuerpos, la carne de un rojo intenso que asomaba por su piel negra y calcinada, como carbones en el fuego. Se sentía como si estuviera cubierta de sus cenizas, del hedor de la carne quemada. No podía respirar bien.

Estar con Matthias hacía que fuera fácil olvidar quién era realmente, lo que de verdad pensaba de ella. Lo había vuelto a modificar aquella mañana, soportando sus miradas fulminantes y sus gruñidos. No, disfrutándolos, agradecida por la excusa de estar cerca de él, ridículamente complacida cada vez que lo dejaba al borde de la risa. *Por todos los Santos, ¿por qué me importa?* ¿Por qué una sonrisa de Matthias Helvar le parecía como cincuenta de otra persona? Había sentido que su corazón se aceleraba cuando ella le había echado la cabeza hacia atrás para trabajar en sus ojos. Había pensado en besarlo. Había querido besarlo, y estaba muy segura de que él había estado pensando lo mismo. *O a lo mejor estaba pensando en volver a estrangularme.*

No había olvidado lo que él le había dicho a bordo del Ferolind, cuando le había preguntado qué pretendía hacer con Bo Yul-Bayur, si de verdad quería entregar al científico a Kerch. Si ella saboteara la misión de Kaz, ¿le costaría su absolución a Matthias? No podía hacer eso. Daba igual lo que fuera, le debía su libertad.

Había viajado con Matthias durante tres semanas tras el naufragio. No tenían brújula, no sabían adonde iban. Ni siquiera sabían en qué parte de la frontera norte habían aparecido. Se habían pasado largos días esforzándose sobre la nieve, noches heladas en cualquier refugio rudimentario que pudieran formar o en las cabañas desiertas de los campamentos balleneros cuando tenían la suerte de encontrarlos.

Habían comido algas asadas y cualquier hierba o tubérculo que pudieran hallar. Cuando encontraron una reserva de carne de reno seca en el fondo de una caja en uno de los campamentos, fue como alguna clase de milagro. Lo habían mordisqueado con silenciosa alegría, sintiéndose casi borrachos de su sabor.

Tras la primera noche, habían dormido con toda la ropa seca y con las mantas que pudieran encontrar, pero en lados opuestos del fuego. Si no tenían madera, se aovillaban el uno junto al otro, apenas tocándose, pero por la mañana estaban apretados, respirando a dúo, envueltos en un sueño confuso, una sola luna creciente.

Cada mañana Matthias se quejaba de que era imposible despertarla.

—Es como tratar de levantar un cadáver.

—La muerta quiere cinco minutos más —decía ella, y enterraba la cabeza en las pieles.

Él se ponía a pisar fuerte, guardando sus pocas cosas con tanto ruido como podía, murmurando para sí mismo.

—Perezosa, ridícula, egoísta...

Hasta que al fin ella se levantaba y se preparaba para el día.

—¿Qué es lo primero que harás al llegar a casa? —le preguntó Nina en uno de los días infinitos atravesando la nieve mientras esperaban encontrar alguna señal de la civilización.

—Dormir —dijo él—. Bañarme. Rezar por mis amigos perdidos.

—Ah, sí, los demás matones y asesinos. Por cierto, ¿cómo te convertiste en *drüskelle*?

—Tus amigos mataron a mi familia en un asalto Grisha —replicó él con frialdad—. Brum me acogió y me dio algo por lo que luchar.

Nina no quería creer eso, pero sabía que era posible. Las batallas sucedían, y se perdían vidas inocentes en el fuego cruzado. Era perturbador pensar en ese monstruo de Brum como alguna clase de figura paterna.

No le parecía correcto discutir o disculparse, así que dijo lo primero que se le pasó por la cabeza.

—*Jer molle pe oonet. Enel mörd je nej afva trohem verret.*

Me han hecho para protegerte. Solo la muerte romperá este juramento.

Matthias la había mirado fijamente, aturdido.

—Ese es el juramento *drüskelle* para Fjerda. ¿Cómo conoces esas palabras?

—He tratado de aprender tanto fjerdano como pudiera.

—¿Por qué?

Ella había dudado, y después dijo:

—Para no temeros.

—No parece asustada.

—¿Tú tienes miedo de mí? —le preguntó ella.

—No —dijo él, y sonaba casi sorprendido. Ya había dicho antes que no la temía, pero esta vez lo creyó. Trató de recordarse que eso no era bueno.

Siguieron caminando durante un rato, y entonces él le preguntó:

—¿Qué será lo primero que hagas tú?

—Comer.

—¿Comer qué?

—Todo. Col rellena, bolas de patata, pasteles de grosellas, blini con piel de limón.

No puedo esperar a ver la cara de Zoya cuando entre en el Pequeño Palacio.

—¿Zoya Nazyalensky?

Nina se detuvo en seco.

—¿La conoces?

—Todos la conocemos. Es una bruja poderosa.

Entonces ella lo comprendió: para los *drüskelle* Zoya era un poco como Jarl Brum: cruel, inhumana, la cosa que esperaba en la oscuridad con la muerte en las manos. Zoya era el monstruo de ese chico. El pensamiento la dejó intranquila.

—¿Cómo saliste de la jaula?

Nina pestañeó.

—¿Qué?

—En el barco. Estabas atada y enjaulada.

—La taza de agua. El asa se rompió y el borde estaba serrado. Lo usamos para cortar las ataduras. Cuando nuestras manos quedaron libres...

Nina perdió el hilo, incómoda. Matthias frunció el ceño.

—Planeabais atacarnos.

—Íbamos a hacerlo esa noche.

—Pero entonces llegó la tormenta.

—Sí.

Un Vendaval y un Hacedor habían abierto un agujero en la cubierta y habían escapado nadando. Pero ¿alguno de ellos habría sobrevivido a las aguas heladas? ¿Habrían llegado a tierra? Se estremeció. Si no hubiera descubierto el secreto de la taza, se habría ahogado en una jaula.

—¿Qué comen los *drüskelle*? —preguntó acelerando el paso—. Además de bebés Grisha.

—¡Nosotros no comemos bebés!

—¿Grasa de delfín? ¿Pezuñas de reno?

Vio que su boca se retorcía y se preguntó si estaba asqueado o si tal vez, posiblemente, estuviera intentando no reírse.

—Comemos mucho pescado. Arenques. Bacalao en salazón. Y sí, también reno, pero no las pezuñas.

—¿Qué hay de las tartas?

—¿Qué pasa?

—Me gusta mucho la tarta. Me preguntaba si podríamos encontrar algo en común. —Él se encogió de hombros—. Venga ya, *drüskelle*. —Todavía no habían intercambiado sus nombres, y ella no estaba segura de si deberían. Si sobrevivían,

acabarían llegando a algún pueblo o aldea. No sabía lo que pasaría entonces, pero en cualquier caso cuanto menos supiera él sobre ella, mejor—. No vas a revelar secretos del gobierno fjerdano. Tan solo quiero saber por qué no te gusta la tarta.

—Sí que me gusta, pero no tenemos permitido comer dulces.

—¿Todos? ¿O solo los *drüskelle*?

—Los *drüskelle*. Se consideran un vicio, como el alcohol o...

—¿Las chicas? —Sus mejillas enrojecieron y siguió caminando fatigosamente. Era muy fácil ponerlo incómodo—. Si no se os permite el azúcar ni el alcohol, seguro que te encantaría el pomdrakon.

Al principio él no mordió el anzuelo, solo siguió caminando, pero al final el silencio fue demasiado para él.

—¿Qué es el *pomdrakon*?

—Cuenco de dragón —dijo Nina, entusiasmada—. Primero empapas pasas en brandy, y después apagas las luces y les prendes fuego.

—¿Para qué?

—Para que sea difícil cogerlas.

—¿Y qué haces cuando las tienes?

—Te las comes.

—¿Te queman la lengua?

—Claro, pero...

—Entonces, ¿por qué...?

—Porque es divertido, idiota. ¿Sabes lo que es la diversión? Hay una palabra en fjerdano para ello, así que el término debería resultarte familiar.

—Yo me divierto mucho.

—Vale, ¿qué haces para divertirte?

Y así fue como continuaron, provocándose el uno al otro, al igual que esa primera noche en el agua, manteniéndose con vida, negándose a reconocer que se estaban debilitando, que si no encontraban un pueblo de verdad pronto no durarían mucho más. Había días en los que su hambre y el resplandor del hielo del norte los hacía moverse en círculos, retroceder, flaquear sobre sus pasos, pero nunca hablaron de ello, nunca pronunciaron la palabra *perdidos*, como si ambos supieran que de algún modo estarían admitiendo la derrota.

—¿Por qué los fjerdanos no dejan luchar a las chicas? —le preguntó Nina una noche que estaban enroscados bajo un cobertizo, con el frío palpable a través de las pieles que habían dispuesto en el suelo.

—No quieren luchar.

—¿Cómo lo sabes? ¿Alguna vez se lo has preguntado a alguna?

—Las mujeres fjerdanas están para ser veneradas y protegidas.

—Probablemente sea una sabia política.

La conocía lo suficiente por entonces como para estar sorprendido.

—¿Lo es?

—Imagina lo vergonzoso que sería para ti que te derrotara una fjerdana. —Él resopló—. Me encantaría ver cómo una chica te da una paliza —añadió alegremente.

—No en esta vida.

—Bueno, supongo que no llegaré a verlo. Me tendré que conformar con ser yo la que un día te haga caer de culo. —Esta vez él se rio, una risa de verdad que ella sintió a través de la espalda—. Por todos los Santos fjerdanos, no sabía que pudieras reír. Ten cuidado, con calma.

—Me gusta tu arrogancia, *drüsje*.

Ahora fue ella quien se rio.

—Puede que sea el peor cumplido que he recibido.

—¿Alguna vez dudas de ti misma?

—Todo el tiempo —le dijo mientras se deslizaba en el sueño—. Simplemente no lo muestro.

A la mañana siguiente, se abrieron camino por un campo de hielo lleno de fisuras serradas, manteniéndose dentro de las zonas sólidas entre las letales grietas y discutiendo sobre los hábitos de sueño de Nina.

—¿Cómo puedes llamarte soldado? Dormirías hasta el mediodía si te dejara.

—¿Qué tiene eso que ver?

—Disciplina. Rutina. ¿No significan nada para ti? Djel, no puedo esperar a tener una cama para mí otra vez.

—Claro —dijo Nina—. Puedo sentir cuánto odias dormir conmigo. Lo siento cada mañana.

Matthias se ruborizó con un brillante escarlata.

—¿Por qué tienes que decir esas cosas?

—Porque me gusta que te pongas rojo.

—Es asqueroso. No tienes que hacer que todo sea indecente.

—Si tan solo te relajaras...

—No quiero relajarme.

—¿Por qué? ¿De qué tienes miedo? ¿De que empiece a caerte bien?

Él no dijo nada.

A pesar de su fatiga, ella trotó por delante de él.

—Es eso, ¿verdad? No quieres que te caiga bien una Grisha. Tienes miedo de que si te ríes de mis bromas o respondes a mis preguntas tal vez empieces a pensar que soy humana. ¿Sería eso tan terrible?

—Sí que me caes bien.

—¿Qué has dicho?

—Que sí me caes bien —dijo él, enfadado.

Ella sonrió ampliamente, sintiendo una erupción de placer en su interior.

—Y ahora, en serio, ¿de verdad está tan mal?

—¡Sí! —rugió él.

—¿Por qué?

—Porque eres horrible. Eres ruidosa e indecente, y... traicionera. Brum nos advirtió de que los Grisha podían ser encantadores.

—Ah, ya veo. Soy la malvada seductora Grisha. ¡Te he engatusado con mis artimañas Grisha!

Le clavó un dedo en el pecho.

—Para.

—No. Te estoy engatusando.

—Déjalo ya.

Ella bailó a su alrededor en la nieve, clavándole dedos en el pecho, el estómago, el costado.

—¡Por todos los Santos! ¡Qué duro eres! Este es un trabajo muy arduo. —Él comenzó a reírse—. ¡Está funcionando! El engatusamiento ha comenzado y el fjerdano ha caído. No tienes poder para resistirte. No...

La voz de Nina se rompió en un grito cuando el hielo cedió bajo sus pies. Levantó las manos a ciegas tratando de sujetarse a algo, cualquier cosa que pudiera frenar su caída, y sus dedos arañaron el hielo y la roca.

El *drüskelle* le sujetó el brazo y ella chilló cuando casi se lo arranca del cuerpo.

Se quedó ahí colgada, suspendida sobre la nada, y el agarre de los dedos del fjerdano era lo único que había entre ella y la oscura boca del hielo. Por un momento, mirándolo a los ojos, estuvo segura de que iba a soltarla.

—Por favor —dijo mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

Él tiró de ella hasta el borde y lentamente se arrastraron hacia terreno más sólido. Se quedaron tumbados boca arriba, jadeando.

—Tenía miedo... tenía miedo de que me soltaras —logró decir la joven.

Hubo una pausa, y entonces él dijo:

—Pensé en ello. Solo por un segundo.

Nina soltó una risita jadeante.

—No pasa nada —aseguró al fin—. Yo también lo habría pensado.

Él se puso en pie y le ofreció la mano.

—Soy Matthias.

—Nina —respondió ella, tomándosela—. Encantada de conocerte.



El naufragio había sucedido hacía más de un año, pero parecía que no hubiera pasado ningún tiempo en absoluto. Una parte de Nina quería volver al momento antes de que todo saliera mal, a esos largos días en los que habían logrado ser Nina y Matthias en lugar de una Grisha y un cazador de brujas. Pero cuanto más pensaba en ello, más segura estaba de que jamás volvería a haber un momento así. Esas tres semanas eran una mentira que ella y Matthias habían construido para sobrevivir. La verdad era la pira.

—Nina —dijo Matthias, correteando tras ella—. Nina, escúchame. Tienes que quedarte con los demás.

—Déjame en paz.

Cuando le sujetó el brazo, ella se giró con rapidez y cerró el puño, cortándole el flujo de aire a la garganta. Un hombre corriente la habría soltado, pero Matthias era un *drüskelle* entrenado. Le sujetó el otro brazo y se lo pegó al cuerpo, apretándola con fuerza contra él para que no pudiera usar las manos.

—Para —dijo con suavidad.

Ella forcejeó contra su agarre, fulminándolo con la mirada.

—Suéltame.

—No puedo. No mientras seas una amenaza.

—Siempre seré una amenaza para ti, Matthias.

La comisura de la boca del fjerdano se elevó en una sonrisa de tristeza. Sus ojos casi parecían afligidos.

—Lo sé.

La soltó con lentitud, y ella retrocedió.

—¿Qué veré cuando llegue a la Corte de Hielo? —preguntó.

—Estás asustada.

—Sí —dijo ella, elevando la barbilla desafiante. No tenía sentido negarlo.

—Nina...

—Dímelo. Necesito saberlo. ¿Cámaras de tortura? ¿Una pira ardiendo en el tejado?

—Ya no usan piras en la Corte.

—Entonces, ¿qué? ¿Ahorcamientos y evisceraciones? ¿Pelotones de fusilamiento? ¿El Palacio Real tiene una vista de la horca?

—Ya estoy cansado de tus juicios, Nina. Esto tiene que acabar.

—Tiene razón. No puedes seguir así.

Jesper se encontraba de pie sobre la nieve con los demás. ¿Cuánto tiempo llevaban ahí? ¿La habían visto atacar a Matthias?

—No os metáis en esto —replicó ella.

—Si seguís peleando vais a conseguir que nos maten a todos, y tengo muchas más partidas de cartas que perder.

—Debéis encontrar la forma de hacer las paces —añadió Inej—. Al menos durante un tiempo.

—Esto no es asunto vuestro —gruñó Matthias.

Kaz avanzó con expresión peligrosa.

—Sí que es asunto nuestro. Y vigila tu tono.

Matthias levantó las manos.

—Os ha embaucado a todos. Esto es lo que hace. Te hace pensar que es tu amiga y después...

Inej cruzó los brazos.

—¿Después qué?

—Déjalo, Inej.

—No, Nina —dijo Matthias—. Cuéntaselo. Dijiste que eras mi amiga una vez. ¿Lo recuerdas? —Se giró hacia los demás—. Viajamos juntos durante tres semanas. Le salvé la vida. Nos salvamos el uno al otro. Cuando llegamos a Elling... Podría haberla delatado a los soldados que vimos allí en cualquier momento. Pero no lo hice. —Matthias comenzó a pasearse, levantando la voz, como si los recuerdos lo estuvieran superando—. Tomé dinero prestado. Busqué alojamiento. Estaba dispuesto a traicionar todo en lo que creía por su seguridad. Cuando la llevé a los puertos para tratar de reservar un pasaje, había un comerciante kerch allí listo para zarpar. —Matthias volvía a estar ahí, de pie en el puerto junto a ella, que podía verlo en sus ojos—. Preguntadle lo que hizo entonces, esta honorable aliada, esta chica que me juzga a mí y a los míos.

Nadie dijo una palabra, pero todos se quedaron observando y esperando.

—Cuéntaselo, Nina —insistió él—. Deberían saber cómo tratas a tus amigos.

Nina tragó saliva y se obligó a mirarlos a los ojos.

—Le dije a los kerch que era un tratante de esclavos y que me había hecho prisionera. Me aproveché de su buena fe y les supliqué que me ayudaran. Tenía un sello que había tomado de un barco de esclavos que habíamos asaltado cerca de la Isla Errante. Lo usé como prueba.

No podía soportar mirarlos. Por supuesto, Kaz ya lo sabía. Ella tuvo que contarle lo que había hecho y estaba tratando de arreglar cuando le había pedido ayuda. Pero él nunca había ahondado, nunca había preguntado por qué, nunca la había reprendido. En cierto modo, decírselo a Kaz había sido un consuelo. No podía juzgarla un chico conocido como Manos Sucias.

Pero ahora la verdad estaba ahí para que todos la vieran. En privado, los kerch sabían que los esclavos iban y venían de los puertos de Ketterdam, y la mayoría de los contratos eran esclavitud con otro nombre. Pero públicamente lo condenaban y estaban obligados a procesar a todos los tratantes. Nina supo exactamente lo que pasaría al acusar a Matthias de ese cargo.

—No entendía lo que estaba pasando —dijo Matthias—. No hablaba kerch, pero Nina desde luego que sí. Me apresaron y me encadenaron. Me tiraron al bergantín y me dejaron ahí en la oscuridad durante semanas mientras cruzábamos el mar. La siguiente vez que vi la luz del sol fue cuando me sacaron del barco en Ketterdam.

—No tenía elección —aseguró Nina, con el dolor de las lágrimas presionándole la garganta—. No sabes...

—Tan solo dime una cosa —la atajó. Tenía furia en su voz, pero Nina podía oír algo más, alguna clase de súplica—. Si pudieras volver atrás, si pudieras deshacer lo que me hiciste, ¿lo harías?

Nina se obligó a mirarlos. Había tenido sus razones, pero ¿importaban? ¿Y quiénes eran ellos para juzgarla? Enderezó la columna y levantó la barbilla. Era un

miembro de los Despojos, empleada de la Rosa Blanca y a veces una chica estúpida, pero por encima de todo era una Grisha y un soldado.

—No —dijo con claridad, y su voz reverberó en el hielo infinito—. Lo haría otra vez.

Un estruendo repentino sacudió el suelo. Nina casi se cayó, y vio que Kaz se agarraba al bastón. Intercambiaron miradas de desconcierto.

—¿Hay fallas tectónicas tan al norte? —preguntó Wylan.

Matthias frunció el ceño.

—No que yo sepa, pero...

Un trozo de tierra salió disparado desde debajo de los pies de Matthias y lo tiró al suelo. Otro erupcionó a la derecha de Nina, y la derribó. Alrededor de ellos, unos monolitos retorcidos de tierra y hielo salieron disparados hacia arriba, como si el suelo estuviera cobrando vida. Un viento brusco les azotó la cara, y la nieve giraba en ráfagas.

—¿Qué demonios es esto? —chilló Jesper.

—¡Alguna clase de terremoto! —gritó Inej.

—No —dijo Nina, señalando un punto oscuro que parecía estar flotando en el cielo, sin que le afectara el viento que aullaba—. Nos están atacando.

Nina se arrastró sobre manos y rodillas, buscando alguna clase de refugio. Pensó que quizá había perdido la cabeza. Había alguien en el aire, flotando en el cielo muy alto por encima de ella. Estaba viendo a alguien volando.

Los Vendavales Grisha podían controlar las corrientes. Incluso los había visto jugando a tirarse desde cierta altura en el Pequeño Palacio, pero el nivel de delicadeza y poder necesario para mantener un vuelo controlado era impensable... o al menos lo había sido hasta ahora. Jurda *parem*. No había creído del todo a Kaz. Tal vez incluso hubiera sospechado que le estaba mintiendo solo para conseguir que se uniera al trabajo. Pero salvo que se hubiera llevado un golpe en la cabeza que no recordaba, aquello era real.

El vendaval giró en el aire, agitando la tormenta en un frenesí, enviando el hielo volando hasta que se estrelló en las mejillas de Nina. Apenas podía ver. Cayó hacia atrás mientras otro trozo de roca y hielo se elevaba del suelo. Los estaban acorralando, juntándolos para ser un único objetivo.

—¡Necesito una distracción! —gritó Jesper desde algún lugar en la tormenta.

Nina oyó un ruidito metálico.

—¡Agachaos! —gritó Wylan.

Nina pegó el cuerpo al suelo. Una explosión sonó sobre su cabeza, iluminando el cielo justo a la derecha del Vendaval. Los vientos que los rodeaban amainaron mientras el Vendaval perdía el equilibrio y se veía obligado a concentrarse en recobrar la estabilidad. Tan solo fue un breve segundo, pero fue tiempo suficiente para que Jesper apuntara con su rifle y disparara.

Cuando sonó el disparo el Vendaval cayó al suelo. Otro bloque de hielo se movió.

Los estaban atrapando como animales en un redil, listos para el matadero. Jesper apuntó entre los bloques a un distante grupo de árboles y Nina se dio cuenta de que había otro Grisha ahí, un chico de pelo oscuro. Antes de que le pudiera disparar, el Grisha levantó el puño y un trozo de tierra derribó a Jesper. Rodó mientras caía y disparó desde el suelo.

El chico en la distancia gritó y se puso sobre una rodilla pero sus brazos seguían levantados y el suelo todavía retumbaba y temblaba bajo ellos. Jesper volvió a disparar, pero falló. Nina levantó las manos y trató de concentrarse en el corazón del Grisha, pero estaba muy lejos de su alcance.

Vio a Inej haciéndole una señal a Kaz. Sin decir palabra, este se situó junto al bloque más cercano y se puso las manos sobre la rodilla. El suelo temblaba y se agitaba, pero se mantuvo firme mientras ella se lanzaba desde sus dedos en un ágil arco. Se desvaneció por encima del bloque sin un sonido. Un momento después, el suelo se quedó inmóvil.

—Confiad en el Espectro —dijo Jesper.

Se quedaron ahí aturcidos, con el aire extrañamente silencioso tras el caos que había habido antes.

—Wylan —jadeó Jesper, poniéndose en pie—. Sácanos de aquí.

Él asintió con la cabeza, sacó un trozo de algo de su equipaje y lo colocó con cuidado contra la roca más cercana.

—Al suelo todos —instruyó.

Se agacharon juntos, apiñados tan lejos como permitía el cercado. Wylan golpeó el explosivo con las manos y se fue corriendo hacia Matthias y Jesper mientras todos se cubrían las orejas.

No pasó nada.

—¿Estás de broma? —dijo Jesper.

Bum. El bloque explotó, y unos trozos de hielo y roca llovieron sobre sus cabezas.

Wylan estaba cubierto de polvo y tenía una expresión ligeramente aturdida y delirantemente feliz. Nina comenzó a reír.

—¡Ahora haz como que sabías que iba a funcionar!

Salieron dando traspiés de la cárcel de hielo.

Kaz le hizo un gesto a Jesper.

—Perímetro. Vamos a asegurarnos de que no haya más sorpresas.

Se alejaron en direcciones opuestas.

Nina y los demás encontraron a Inej sobre el cuerpo del Grisha tembloroso. Llevaba ropa color verde militar y tenía los ojos vidriosos. Salía sangre de la herida de bala de la parte superior de su muslo, y un cuchillo sobresalía del lado derecho de su pecho. Inej debía de haberlo lanzado al escapar del cercado.

Nina se arrodilló junto a él.

—Necesito un poco más —murmuró el Grisha—. Solo un poco más.

Le agarró la mano a Nina y solo entonces lo reconoció.

—¿Néstor? —El se movió al oír su nombre, pero no parecía conocerla—. Néstor, soy yo, Nina.

Había ido a clase con él en el Pequeño Palacio. Los habían enviado a Keramzin juntos durante la guerra. En la coronación del Rey Nikolai, habían robado una botella de champán y se habían emborrachado junto al lago. Era un Hacedor, uno de los Durasts que trabajaban con metal, cristal y fibras. No tenía sentido. Los Hacedores fabricaban textiles y armas; no debía de haber sido capaz de lo que acababa de presenciar.

—Por favor —suplicó él, arrugando la cara—. Necesito más.

—¿Parem?

—Sí —sollozó él—. Sí. Por favor.

—Puedo curar tu herida, Néstor, si te quedas quieto.

Estaba en mal estado, pero si lograba detener el sangrado...

—No quiero tu ayuda —dijo él enfadado, tratando de alejarse de ella.

Nina trató de calmarlo bajándole el pulso, pero tenía miedo de pararle el corazón.

—Por favor, Néstor. Por favor, quédate quieto. —El comenzó a gritar, enfrentándose a ella—. Sujetadlo. —Matthias se acercó para ayudar, pero Néstor levantó los brazos. El suelo se agitó como una onda, lanzando a Nina y los demás hacia atrás—. ¡Néstor, por favor! Déjanos ayudarte.

Él se levantó, tambaleándose su pierna herida, y se sacó el cuchillo del pecho.

—¿Dónde están? —gritó—. ¿Adonde han ido?

—¿Quiénes?

—¡Los shu! —gimoteó—. ¿Adonde han ido? ¡Volved! —Dio un paso tembloroso y después otro—. ¡Volved!

Cayó de cara hacia la nieve y no volvió a moverse.

Nina corrió hacia él y lo giró. Había nieve en sus ojos y su boca. Le puso las manos sobre el pecho, tratando de restaurar su latido, pero no sirvió de nada. Si no hubiera estado devastado por la droga, tal vez habría sobrevivido a sus heridas. Pero su cuerpo estaba débil, y su piel pegada a los huesos y tan pálida que parecía transparente.

Esto no está bien, pensó Nina con tristeza. Practicar la Pequeña Ciencia hacía a un Grisha más sano y fuerte. Era una de las cosas que más le gustaban sobre su poder. Pero el cuerpo tenía límites. Era como si la droga hubiera causado que el poder de Néstor superara su cuerpo. Simplemente lo había gastado.

Kaz y Jesper regresaron jadeando.

—¿Algo? —preguntó Matthias.

Jesper asintió con la cabeza.

—Una partida de personas dirigiéndose al sur.

—Estaba llamando a los shu —dijo Nina.

—Sabíamos que los shu enviarían un equipo para recuperar a Bo Yul-Bayur —

dijo Kaz.

Jesper bajó la mirada hasta el cuerpo inmóvil de Néstor.

—Pero no sabíamos que enviarían Grisha. ¿Cómo podemos estar seguros de que no son mercenarios?

Kaz sostuvo una moneda con un caballo grabado a un lado y dos llaves cruzadas en el otro.

—Esto estaba en el bolsillo del Vendaval —dijo, lanzándosela a Jesper—. Es un wenye shu. La Moneda de Pasaje. Esta es una misión del gobierno.

—¿Cómo nos han encontrado? —preguntó Inej.

—Tal vez los disparos de Jesper los atrajo —sugirió Kaz.

Jesper se enfureció y señaló a Nina y Matthias.

—O tal vez han oído a estos dos gritándose. Puede que lleven kilómetros siguiéndonos.

Nina trató de comprender lo que estaba oyendo. Los shu no usaban los Grisha como soldados, y no eran como los fjerdanos; no veían el poder Grisha como antinatural o repulsivo. Se sentían fascinados por él, pero seguían viendo a los Grisha como menos que humanos. El gobierno shu llevaba años capturando a los Grisha y experimentando con ellos en un intento de localizar la fuente de su poder. Jamás usarían Grisha como mercenarios, o al menos ese había sido el caso antes. Tal vez la *parem* había cambiado las cosas.

—No lo entiendo —dijo—. Si tienen *jurda parem*, ¿por qué ir detrás de Bo Yul-Bayur?

—Es posible que tengan un cargamento pero no puedan repetir el proceso —dijo Kaz—. Eso era lo que parecía pensar el Consejo Mercante. O a lo mejor tan solo quieren asegurarse de que Yul-Bayur no le dé la fórmula a nadie.

—¿Creéis que utilizarán Grisha drogados para tratar de irrumpir en la Corte de Hielo? —preguntó Inej.

—Si tienen más —asintió Kaz—. Eso es lo que yo haría.

Matthias negó con la cabeza.

—Si hubieran tenido a un Mortificador, estaríamos todos muertos.

—Ha estado cerca de todos modos —replicó Inej.

Jesper se puso el rifle en el hombro.

—Wylan se ha ganado el puesto.

Él saltó un poco al oír su nombre.

—¿SÍ?

—Bueno, lo has hecho bien.

—Movámonos —dijo Kaz.

—Tenemos que enterrarlos —señaló Nina.

—El suelo está demasiado duro y no tenemos tiempo. El equipo shu sigue avanzando hacia Djerholm. No sabemos cuántos Grisha más pueden tener, y el equipo de Pekka ya podría estar dentro.

—No podemos dejarlos aquí para los lobos —señaló ella, con la garganta tensa.

—¿Quieres hacerles una pira?

—Vete al infierno, Brekker.

—Haz tu trabajo, Zenik —replicó él—. No te he traído a Fjerda para hacer ritos funerarios.

Ella levantó las manos.

—¿Y si te abro el cráneo como el huevo de un petirrojo?

—No quieres ver lo que hay dentro de mi cabeza, mi querida Nina.

Ella avanzó hacia él, pero Matthias se situó enfrente.

—Para —dijo—. Yo lo haré. Te ayudaré a cavar la tumba. —Nina lo miró fijamente. Él tomó un pico de su equipaje y se lo entregó, y después tomó otro del de Jesper—. Id al sur desde aquí —indicó a los demás—. Conozco el terreno y me aseguraré de alcanzarlos cuando anochezca. Iremos más rápido por nuestra cuenta.

Kaz lo miró fijamente.

—Recuerda la absolución, Helvar.

—¿Estamos seguros de que es buena idea dejarlos solos? —preguntó Wylan mientras bajaban la cuesta.

—No —contestó Inej.

—¿Pero vamos a hacerlo de todos modos?

—O confiamos en ellos ahora o confiamos en ellos después —dijo Kaz.

—¿Vamos a hablar sobre la pequeña revelación de Matthias sobre las lealtades de Nina? —preguntó Jesper.

Nina apenas pudo oír la respuesta de Kaz:

—Estoy seguro de que la mayoría de nosotros no nos definimos como leales o sinceros.

Por muchas ganas que tuviera de golpear a Kaz, no pudo evitar sentirse también un tanto agradecida.

Matthias se alejó unos pasos del cuerpo de Néstor. Clavó el pico en la tierra helada, lo liberó y volvió a clavarlo.

—¿Aquí? —preguntó Nina.

—¿Prefieres otro sitio?

—Eh... no lo sé. —Miró los campos blancos, marcados por escasos bosquecillos de abedules—. Todo me parece lo mismo.

—¿Conoces a nuestros dioses?

—A algunos —dijo ella.

—Pero conoces a Djel.

—El manantial.

Matthias asintió con la cabeza.

—Los fjerdanos creen que todo el mundo está conectado por el agua: los mares, el hielo, los ríos y arroyos, la lluvia y las tormentas. Todos alimentan a Djel y son alimentados por él. Cuando morimos lo llamamos *felötobjer*, echar raíces. Nos

convertimos en raíces del árbol de ceniza, bebiendo de Djel dondequiera que descansemos.

—¿Por eso quemáis a los Grisha en vez de enterrarlos? —Él hizo una pausa y asintió brevemente—. ¿Pero me ayudarás a dar un lugar de descanso a Néstor y al Vendaal?

Volvió a asentir con la cabeza.

Ella tomó el otro pico y trató de igualar su ritmo, pero el suelo era duro e inflexible. Cada vez que el pico golpeaba la tierra, una sacudida le recorría los brazos.

—Néstor no debería haber podido hacer eso —dijo, con los pensamientos todavía agitados—. Ningún Grisha puede usar así el poder. Está mal.

Matthias permaneció en silencio durante un momento y entonces dijo:

—¿Lo entiendes un poco mejor ahora? ¿Cómo es enfrentarse a un poder tan extraño? ¿Enfrentarse a un enemigo con una fuerza tan antinatural?

Nina aferró el pico con más fuerza. Néstor a manos de la *parem* había parecido una perversión de todo lo que ella amaba sobre su poder. ¿Era eso lo que Matthias y los demás fjerdanos veían en los Grisha? ¿Poder sin explicación, el mundo natural deshecho?

—Tal vez.

Era lo máximo que podía ofrecer.

—Has dicho que no tenías elección en el puerto de Elling —dijo él sin mirarla. Su pico subía y bajaba sin romper el ritmo—. ¿Era por ser *drüskelle*? ¿Llevabas todo el tiempo planeándolo?

Nina recordó su último día real juntos, la euforia que habían sentido al subir una colina escarpada y habían visto el pueblo portuario debajo. Se había sentido impactada al oír decir a Matthias:

—Casi lo siento, Nina.

—¿Casi?

—Tengo demasiada hambre para sentirlo de verdad.

—Al fin sucumbes a mi influencia. Pero ¿cómo vamos a comer sin nada de dinero? —preguntó mientras bajaban por la colina—. Puede que tenga que vender tu bonito pelo a una tienda de pelucas.

—No digas tonterías —había dicho él entre risas. Su risa había aparecido con mayor facilidad según viajaban, como si estuviera aprendiendo a hablar un idioma de forma fluida—. Si esto es Elling, debería poder encontrar alojamiento.

Ella se detuvo entonces, y la verdad de la situación regresó a ella con terrible claridad. Había profundizado en territorio enemigo sin más aliados que un *drüskelle* que la había metido en una jaula tan solo unas semanas antes. Pero antes de que pudiera hablar, Matthias dijo:

—Te debo la vida, Nina Zenik. Te llevaré a casa sana y salva.

Le había sorprendido lo fácil que era confiar en él. Y él también confiaba en ella.

Mientras movía el pico, sintió el impacto reverberando por su brazos y hombros y

dijo:

—Había Grisha en Elling.

Él se detuvo en mitad de un golpe.

—¿Qué?

—Había espías haciendo trabajo de exploración en el puerto. Me vieron entrar en la plaza principal y me reconocieron del Pequeño Palacio. Uno de ellos también te reconoció, Matthias; te conocía de un enfrentamiento cerca de la frontera. —Él se quedó inmóvil—. Me abordaron cuando fuiste a hablar con el encargado de la casa de huéspedes, pero les convencí de que estaba encubierta. Querían tomarte como prisionero, pero les dije que no estabas solo y que sería demasiado arriesgado tratar de capturarte entonces. Prometí llevarte a ellos al día siguiente.

—¿Por qué no me lo dijiste y ya?

Nina soltó su pico.

—¿Decirte que había espías Grisha en Elling? Puede que hubieras hechos las paces conmigo, pero no puedes esperar que crea que no los habrías delatado.

Él apartó la mirada con un músculo palpitando en la mandíbula, y Nina supo que había dicho la verdad.

—Esa mañana —dijo él—, en el muelle...

—Tenía que sacarnos de Elling tan rápido como pudiera. Pensaba que si encontraba un barco en el que entrar... Pero los Grisha debían de haber estado vigilando la casa de huéspedes y nos verían marcharnos. Cuando aparecieron en el puerto supe que venían a por ti, Matthias. Si te hubieran capturado, te habrían llevado a Ravka para interrogarte y tal vez ejecutarte. Vi un comerciante kerch; ya conoces sus leyes sobre la esclavitud.

—Claro que sí —replicó él con amargura.

—Hice la acusación y les rogué que me salvaran. Sabía que tendrían que llevarte bajo custodia y llevarnos a salvo a Kerch. No sabía... Matthias, no sabía que te meterían en la Puerta del Infierno.

Sus ojos eran duros cuando la miró, y tenía los nudillos blancos sobre el mango del pico.

—¿Por qué no hablaste? ¿Por qué no dijiste la verdad al llegar a Ketterdam?

—Lo intenté. Lo juré. Traté de retractarme, pero no me dejaron ver a un juez. No me dejaban verte. No podía explicar el sello del barco de esclavos ni por qué había hecho la acusación, no sin revelar las operaciones de inteligencia de Ravka. Habría puesto en un compromiso a los Grisha que siguieran en el campo. Los habría sentenciado a morir.

—Así que me dejaste para que me pudriera en la Puerta del Infierno.

—Podría haber vuelto a Ravka. Por todos los Santos, quería hacerlo. Pero me quedé en Ketterdam. Usé mi sueldo en sobornos, hice peticiones a la Corte...

—Lo hiciste todo salvo decir la verdad.

Pretendía estar calmada, arrepentida, decirle que había pensado en él cada noche

y cada día. Pero la imagen de la pira seguía estando fresca en su mente.

—Estaba tratando de proteger a mi gente, gente que te has pasado la vida tratando de exterminar.

Él soltó una risa triste y giró el pico entre sus manos.

—*Wanden olstrum end kendesorum*.

Era la primera parte de un dicho fjerdano: el agua escucha y comprende. Sonaba amable, pero Matthias sabía que Nina estaría familiarizada con el resto.

—*Isen tie bejstrum* —terminó ella. El agua escucha y comprende. El hielo no perdona.

—Y ¿qué harás ahora, Nina? ¿Volverás a traicionar a la gente que llamas amigos por el bien de los Grisha?

—¿Qué?

—No puedes decirme que pretendes dejar a Bo Yul-Bayur con vida.

La conocía bien. Con cada nueva cosa que había descubierto de la *jurda parem*, más segura había estado de que la única forma de proteger a los Grisha era acabar con la vida del científico. Pensó en Néstor rogando con su último aliento que sus amos shu regresaran.

—No puedo soportar la idea de que los de mi gente sean esclavos —admitió—. Pero tenemos una deuda que ajustar, Matthias. La absolución es mi penitencia, y no seré yo la persona que te mantenga alejada otra vez de tu libertad.

—No quiero la absolución.

Lo miró fijamente.

—Pero...

—Tal vez los de tu gente se conviertan en esclavos. O tal vez se conviertan en una fuerza imparable. Si Yul-Bayur vive y el secreto de la *jurda parem* se conoce, cualquier cosa es posible.

Se sostuvieron la mirada durante un largo momento. El sol descendía en el cielo, y la luz caía con rayos dorados sobre la nieve. Nina podía ver el rubio de las pestañas de Matthias asomándose a través del antimonio negro que había usado para teñirlos. Tendría que volver a modificarlo pronto.

En esos días tras el naufragio, ella y Matthias habían formado una tregua incómoda. Lo que había crecido entre ellos había sido algo más fiero que la afección, una comprensión de que ambos eran soldados, de que en otra vida tal vez hubieran sido aliados en vez de enemigos. Ella lo sentía ahora.

—Significaría traicionar a los otros —dijo Nina—. No obtendrán su pago del Consejo Mercante.

—Cierto.

—Y Kaz nos matará a los dos.

—Si descubre la verdad.

—¿Alguna vez has tratado de mentirle a Kaz Brekker?

Matthias se encogió de hombros.

—Entonces moriremos como hemos vivido.

Nina miró la forma macilenta de Néstor.

—Por una causa.

—Tenemos la misma idea en la mente —dijo Matthias—. Bo Yul-Bayur no saldrá de la Corte de Hielo con vida.

—Un trato es un trato —replicó ella en kerch, el idioma del comercio, una lengua que no pertenecía a ninguno de los dos.

—Un trato es un trato —respondió él.

Matthias giró el pico y lo bajó en un duro arco, una especie de declaración. Ella tomó el suyo e hizo lo mismo. Sin más palabras, siguieron trabajando en la tumba, con un ritmo acompasado.

Kaz tenía razón al menos sobre una cosa. Ella y Matthias habían encontrado al fin algo en lo que estar de acuerdo.

CUARTA PARTE

EL TRUCO
AL CAER



Inej se sentía como si ella y Kaz se hubieran convertido en soldados gemelos, marchando, fingiendo estar bien, escondiendo sus heridas y moratones del resto del grupo.

Tardaron dos días de viaje más en llegar a los acantilados que daban a Djerholm, pero la marcha fue más fácil según avanzaban hacia el sur y en dirección a la costa. El clima era más cálido y el suelo se descongeló, y la chica comenzó a ver señales de la primavera. Inej pensaba que Djerholm se parecería a Ketterdam, un lienzo de negro, gris y marrón, calles enmarañadas llenas de niebla y humo de carbón, barcos de toda clase en el puerto, palpitando con el ajeteo y el bullicio del comercio. El puerto de Djerholm estaba lleno de barcos, pero sus rectas calles se dirigían hacia el agua de forma ordenada. Las casas estaban pintadas de colores (rojo, azul, amarillo, rosa) como desafiando la tierra de un blanco salvaje y los fríos inviernos tan al norte. Incluso los almacenes junto al atracadero eran de alegres colores. Era como las ciudades que había imaginado de niña, con colores como los caramelos y en el lugar adecuado.

¿Estaría el *Ferolind* esperando ya en el puerto, aguardando en el amarradero, con la bandera kerch y los distintivos colores naranja y verde de la Compañía de la Bahía Haanraadt? Si el plan iba como Kaz esperaba, al día siguiente bajarían por el atracadero de Djerholm con Bo Yul-Bayur, montarían en el barco y se alejarían por el mar antes de que nadie de Fjerda se enterara. Prefería no pensar en lo que pasaría a la noche siguiente si el plan salía mal.

Levantó la mirada hasta la Corte de Hielo, que se alzaba como un gran centinela blanco sobre un enorme acantilado que daba al puerto. Matthias había dicho que los

acantilados eran inescalables, e Inej tenía que admitir que serían un desafío incluso para el Espectro. Parecían imposiblemente altos, y desde la distancia su superficie blanca parecía limpia y brillante como el hielo.

—Cañón —dijo Jesper.

Kaz miró guiñando los ojos las enormes armas que señalaban a la bahía.

—Me he colado en bancos, almacenes, mansiones, museos, cámaras, una biblioteca de libros raros, y una vez el dormitorio de un diplomático kaélico de visita cuya mujer tenía pasión por las esmeraldas. Pero nunca me han disparado con un cañón.

—Hay que reconocer que es una novedad —señaló Jesper.

Inej apretó los labios.

—Esperemos no llegar a eso.

—Esas armas están ahí para detener ejércitos invasores —dijo Jesper con confianza—. Que tengan suerte si quieren golpear a una pequeña goleta cortando las olas hacia la fortuna y la gloria.

—Te recordaré tus palabras cuando una bala de cañón me caiga en el regazo —replicó Nina.

Se deslizaron con facilidad entre el tráfico de viajeros y comerciantes en el lugar donde el camino del acantilado se encontraba con el camino del norte que llevaba hasta la parte superior de Djerholm. Esta era una dispersa extensión de la ciudad que había debajo, una enorme colección de tiendas, mercados y tabernas que servían a los guardias y al personal que trabajaba en la Corte de Hielo, así como a los visitantes. Por suerte la multitud era grande y lo bastante variada como para que un grupo más de extranjeros no llamara la atención, e Inej se encontró respirando con mayor facilidad. Le había preocupado que ella y Jesper fueran peligrosamente llamativos en el mar de rubios de la capital fjerdana. A lo mejor el grupo de Shu Han también confiaba en la multitud entremezclada.

Las señales de la celebración de la Hringkälla estaban por todas partes. Las tiendas habían creado elaboradas exposiciones de galletas de pimienta con forma de lobos, algunas tenían adornos colgando de unos árboles grandes y retorcidos, y el puente que cruzaba el río estaba engalanado con lazos del plateado de Fjerda. Un camino hacia la Corte de Hielo y un camino para salir. ¿Cruzarían ese puente como vencedores al día siguiente?

—¿Qué son estos? —preguntó Wylan, deteniéndose frente al carro de un vendedor ambulante lleno de guirnaldas hechas de las mismas ramas retorcidas y lazos plateados.

—Fresnos —respondió Matthias—. Sagrados para Djel.

—Se supone que hay uno en mitad de la Isla Blanca —dijo Nina, ignorando la mirada de advertencia que le lanzó el fjerdano—. Es donde se reúnen los *drüskelle* para la ceremonia de iniciación.

Kaz dio unos golpecitos en el suelo con el bastón.

—¿Por qué es la primera vez que he oído esto?

—El espíritu de Djel habita el fresno —dijo Matthias—. Es donde mejor podemos oír su voz.

Kaz parpadeó.

—No es lo que preguntaba. ¿Por qué no está en nuestros planos?

—Porque es el lugar más sagrado de toda Fjerda y no es esencial para nuestra misión.

—Yo diré lo que es esencial. ¿Algo más que hayas decidido dejar fuera con tu gran sabiduría?

—La Corte de Hielo es una enorme estructura —señaló Matthias, girándose—. No puedo clasificar cada grieta y esquina.

—Entonces esperemos que no haya nada acechando en esas esquinas —replicó Kaz.

La parte superior de Djerholm no tenía un centro real, pero la mayoría de sus tabernas, posadas y puestos de mercado estaban reunidos alrededor de la base de la colina que llevaba a la Corte de Hielo. Kaz los llevó aparentemente sin dirección a través de las calles hasta encontrar una taberna en decadencia llamada Gesting.

—¿Aquí? —se quejó Jesper, mirando la húmeda sala principal. Todo el lugar apestaba a ajo y pescado.

Kaz lanzó una significativa mirada hacia arriba y dijo:

—Terraza.

—¿Qué es un *gestinge*? —se preguntó Inej en voz alta.

—Paraíso —dijo Matthias. Hasta él parecía escéptico.

Nina los ayudó a conseguir una mesa en la terraza encima del tejado de la taberna. Estaba bastante vacía, pues el tiempo seguía siendo demasiado frío para atraer muchos clientes. O a lo mejor los había ahuyentado la comida: arenques en aceite rancio, pan negro pasado, y alguna clase de mantequilla que parecía claramente mohosa.

Jesper bajó la mirada hasta su plato y gimió.

—Kaz, si quieres matarme prefiero una bala al veneno.

Nina arrugó la nariz.

—Cuando no quiero comer, está claro que hay un problema.

—Estamos aquí por las vistas, no por la comida.

Desde la mesa tenían una vista clara pero distante de la puerta exterior de la Corte de Hielo y el primer puesto de guardia. Estaba construido en un arco blanco formado por dos monumentales lobos de piedra sobre sus patas traseras, y cubría el camino que llevaba por la colina hasta la Corte. Inej y los demás observaron el tráfico que iba y venía por las puertas mientras mordisqueaban su comida, esperando una señal de los vagones de prisión. El apetito de Inej había regresado por fin y había estado comiendo tanto como podía para reunir fuerzas, pero la piel encima de la sopa que había pedido no ayudaba.

No había café, así que pidieron té y unos vasitos de *brännvin* claro que les quemó la garganta al bajar pero los ayudó a mantener el calor mientras el viento aumentaba, sacudiendo los lazos plateados atados a las ramas de fresno que recorrían las calles debajo.

—Vamos a parecer sospechosos pronto —dijo Nina—. Esta no es la clase de lugar donde a la gente le gusta quedarse.

—Tal vez no tengan a nadie que llevar a la cárcel —sugirió Wylan.

—Siempre hay alguien que llevar a la cárcel —replicó Kaz, y después señaló el camino con la barbilla—. Mirad.

Un vagón en forma de caja se estaba deteniendo junto al puesto de guardia. Su tejado y sus lados estaban cubiertos de lona negra, y lo tiraban cuatro robustos caballos. La puerta de la parte de atrás era de hierro pesado, cerrada con candado y pasador.

Kaz se metió la mano en el bolsillo del abrigo.

—Toma —dijo, y le entregó a Jesper un libro delgado de portada elaborada.

—¿Vamos a leernos?

—Ábrelo por la parte de atrás.

Jesper abrió el libro y miró la última página, desconcertado.

—¿Qué?

—Sostenlo en alto para que no tengamos que mirar tu fea cara.

—Mi cara tiene carácter. Además... ¡ah!

—Una lectura excelente, ¿verdad?

—¿Quién iba a saber que me gustaba la literatura?

Jesper se lo pasó a Wylan, que lo miró dudoso.

—¿Qué dice?

—Tú mira —indicó Jesper.

Wylan frunció el ceño y lo sostuvo en alto, y entonces sonrió.

—¿De dónde has sacado esto?

Le llegó el turno a Matthias, que soltó un gruñido de sorpresa.

—Es un libro sin parte de atrás —dijo Kaz mientras Inej tomaba el volumen de manos de Nina y lo sostenía en alto. Las páginas estaban llenas de sermones corrientes, pero la ornamentada contraportada escondía dos lentes que actuaban como catalejo. Kaz le había dicho que echara un ojo a las mujeres que usaran polveras con lentes similares en el Club Cuervo. Podían ver la mano que tenía un jugador desde el otro lado de la habitación, y después hacer una señal a un compañero en la mesa.

—Inteligente —señaló Inej mientras miraba. Para la tabernera y los demás clientes de la terraza parecía que se estaban pasando un libro, hablando sobre algún pasaje interesante. En lugar de eso, Inej tenía una vista cercana de la puerta y el vagón aparcado frente a ella.

La puerta entre los lobos furiosos era de hierro forjado, con el símbolo del fresno sagrado y rodeada de una valla alta y puntiaguda que rodeaba los terrenos de la Corte

de Hielo.

—Cuatro guardias —comprobó, tal como había dicho Matthias. Dos estaban estacionados a cada lado de la entrada, y uno de ellos charlaba con el conductor del vagón de prisión, que le entregó un fajo de documentos.

—Serán la primera línea de defensa —dijo Matthias—. Comprobarán los papeles y confirmarán identidades, marcando a cualquiera que piensen que necesita más escrutinio. Mañana a esta hora la cola que va por las puertas estará llena de invitados Hringkälla y llegará hasta el desfiladero.

—Para entonces ya estaremos dentro —aseguró Kaz.

—¿Cada cuánto pasan los vagones? —preguntó Jesper.

—Depende —dijo Matthias—. Normalmente es por la mañana, aunque a veces es por la tarde. Pero no me imagino que quieran que los prisioneros lleguen al mismo tiempo que los invitados.

—Entonces tendremos que estar en el primer vagón —dijo Kaz.

Inej volvió a levantar el libro. El conductor del vagón llevaba un uniforme gris similar a los que llevaban los guardias, pero si ninguna banda ni decoración. Bajó de su asiento y rodeó el vehículo para abrir la puerta de hierro.

—Por todos los Santos —dijo Inej. Había diez prisioneros sentados en los bancos que recorrían la longitud del vagón, y tenían grilletes en las muñecas y los pies y unos sacos negros sobre las cabezas.

Inej le entregó el libro a Matthias y, mientras se lo pasaban, sintió que la aprensión del grupo crecía. Solo Kaz parecía impávido.

—¿Encapuchados, encadenados y engrilletados? —dijo Jesper—. ¿Estás seguro de que no podemos entrar como artistas? He oído que Wylan es genial con la flauta.

—Entraremos como lo que somos —replicó Kaz—. Criminales.

Nina miró a través de las lentes del libro.

—Están contándolos.

Matthias asintió con la cabeza.

—Si el procedimiento no ha cambiado, los contarán rápidamente en el primer punto de control, y después otra vez en el siguiente, donde comprobarán el interior y el chasis en busca de contrabando.

Nina le pasó el libro a Inej.

—El conductor se dará cuenta de que hay seis prisioneros más cuando abra la puerta.

—Ojalá hubiera pensado eso —dijo Kaz con sequedad—. Se nota que nunca has robado de un bolsillo.

—Y se nota que tú nunca has pensado demasiado en tu corte de pelo.

Kaz frunció el ceño y se pasó una mano cohibida por el lateral de la cabeza.

—Mi corte de pelo no tiene nada de malo que no pueda arreglarse con cuatro millones de *kruge*.

Jesper inclinó la cabeza hacia un lado, y sus ojos frises se iluminaron.

—Vamos a usar una galleta de pega, ¿verdad?

—Exacto.

—No sé qué es una *galletapega* —dijo Matthias, arrastrando las sílabas.

Nina lanzó una mirada agria a Kaz.

—Yo tampoco. No tenemos tanta sabiduría callejera como tú, Manos Sucias.

—Ni la tendrás jamás —dijo él con tranquilidad—. ¿Recordáis a nuestro amigo el blanco? —Wylan hizo una mueca—. Digamos que el blanco es un turista caminando por el Barril. Ha oído que es un buen sitio para jugar, así que no deja de tocarse la cartera, asegurándose de que esté ahí y felicitándose por lo alerta y cauto que está siendo. No es ningún idiota. Por supuesto, cada vez que se toca el bolsillo trasero o la parte delantera del abrigo, ¿qué está haciendo? Está diciéndole a todos los ladrones del Stave dónde tiene exactamente el dinero.

—Por todos los Santos —gruñó Nina—. Seguro que yo he hecho eso.

—Todos lo hacen —dijo Inej.

Jesper levantó una ceja.

—No todos.

—Eso es solo porque tú nunca tienes nada en la cartera —replicó Nina.

—Eres mala.

—Solo señalo los hechos.

—Los hechos son para los que no tienen imaginación —dijo él, haciendo un gesto de desprecio.

—Pues bien, un mal ladrón —continuó Kaz—, uno que no sepa hacer las cosas, solo trata de coger la cartera y huir. Una buena forma de que te atrape la *stadwatch*. Pero un buen ladrón, como yo, coge la cartera y pone otra cosa en su lugar.

—¿Una galleta?

—Lo de la galleta de pega es solo un nombre. Puede ser una piedra, una pastilla de jabón, incluso un bollo viejo si tiene el tamaño adecuado. Un buen ladrón sabrá cuál es el peso de una cartera solo por cómo cuelga del bolsillo del hombre. Hace el cambio y el pobre blanco sigue tocándose el bolsillo muy feliz. Hasta que no intenta pagar una tortilla o apostar en la mesa no se da cuenta de que lo han engañado. Para entonces el ladrón ya está en un lugar seguro, contando sus ganancias.

Wylan se movió con incomodidad sobre su silla.

—Engañar a gente inocente no es algo de lo que sentirse orgulloso.

—Lo es si lo haces bien. —Kaz asintió con la cabeza en dirección al vagón, que ahora subía retumbando el camino hacia la Corte de Hielo y el segundo punto de control—. Nosotros seremos la galleta.

—Espera —dijo Nina—. La puerta se cierra por fuera. ¿Cómo vamos a entrar y volver a cerrarla?

—Eso es solo un problema si no conoces a un buen ladrón. Déjame los cerrojos a mí.

Jesper estiró las largas piernas.

—Así que tenemos que abrir la puerta, desencadenar e incapacitar a seis prisioneros, ocupar sus lugares y de algún modo volver a cerrar bien el vagón sin que los guardias o los demás prisioneros se den cuenta.

—Eso es.

—¿Alguna otra hazaña imposible que te gustaría que hiciéramos?

Una breve sonrisa apareció en los labios de Kaz.

—Te haré una lista.



Dejando a un lado los buenos ladrones, a Inej le hubiera gustado tener una buena noche de sueño en una buena cama, pero no estarían cómodos en ninguna posada, no si iban a tratar de entrar en un vagón de prisión y en la Corte de Hielo antes de que comenzara la Hringkälla. Había demasiado que hacer.

Enviaron a Nina a hablar con la gente de la zona y tratar de descubrir el mejor lugar para emboscar el vagón. Tras los horrores del arenque de Gestinge, exigieron que Kaz les proporcionara algo comestible y, mientras esperaban a Nina en una pastelería abarrotada con tazas calientes de café mezclado con chocolate, los restos de los bollitos y las galletas se extendían por su mesa en pequeñas montañas de migas mantecosas. Inej se dio cuenta de que la taza de Matthias estaba intacta frente a él, enfriándose poco a poco mientras miraba por la ventana.

—Debe de ser difícil para ti —le dijo en voz baja—. Estar aquí pero no estar en casa de verdad.

Él bajó la mirada hasta su taza.

—No tienes ni idea.

—Creo que sí. Yo llevo mucho tiempo sin estar en casa.

Kaz se giró y comenzó a charlar con Jesper. Parecía que hacía eso cada vez que mencionaba volver a Ravka. Por supuesto, Inej no podía estar segura de encontrar a sus padres allí. Los suli eran viajeros, y para ellos el hogar en realidad solo significaba familia.

—¿Te preocupa que Nina esté ahí fuera? —preguntó Inej.

—No.

—Es muy buena en esto, ¿sabes? Es una actriz natural.

—Lo sé —dijo él sombríamente—. Puede ser cualquier cosa para cualquiera.

—Es mejor cuando es Nina.

—¿Y quién es esa?

—Sospecho que la conoces mejor que cualquiera de nosotros.

Él cruzó los enormes brazos.

—Es valiente —dijo a regañadientes.

—Y graciosa.

—Ridícula. No todo tiene que ser una broma.

—Atrevida —dijo Inej.

—Ruidosa.

—Entonces, ¿por qué tus ojos no dejan de mirarla entre la multitud?

—No es verdad —protestó Matthias, e Inej tuvo que reírse ante la ferocidad de su ceño fruncido. Él pasó un dedo por una pila de migas—. Nina es todo lo que dices. Es demasiado.

—Mmm —murmuró Inej, y tomó un sorbo de su taza—. A lo mejor es que tú no eres suficiente.

Antes de que él pudiera responder, la campanita sobre la puerta de la pastelería sonó y Nina entró con las mejillas rosadas y el pelo castaño enredado de forma preciosa, y declaró.

—Que alguien empiece a darme bollitos de inmediato.

A pesar de las quejas de Matthias, a Inej le pareció que no se estaba imaginando el alivio en su rostro.



Nina había tardado menos de una hora en descubrir que la mayoría de los vagones de la prisión pasaban junto a un motel conocido como la Estación del Guardián en su ruta hacia la Corte de Hielo. Inej y los demás habían tenido que salir unos tres kilómetros de la parte superior de Djerholm para localizar la taberna. Estaba demasiado abarrotada de granjeros y trabajadores locales para ser útil, así que subieron por el camino, y para cuando encontraron un lugar lo bastante cubierto y con un grupo de árboles lo bastante grande para lo que se proponían, Inej se sentía a punto de derrumbarse. Dio las gracias a los Santos por la energía aparentemente ilimitada de Jesper. Este se ofreció alegremente para continuar y ser quien vigilara. Cuando el carro de la prisión pasara, haría una señal al resto del grupo con un destello y después correría para unirse a ellos.

Nina se tomó unos minutos para modificar el antebrazo de Jesper, ocultando el tatuaje de los Despojos y dejando una franja de piel manchada sobre él. Esa noche se ocuparía de los tatuajes de Kaz y los suyos. Era posible que nadie en la prisión reconociera las marcas de las bandas o los burdeles de Ketterdam, pero no había razones para arriesgarse.

—Sin llantos —dijo Jesper mientras se alejaba a zancadas en el crepúsculo, con sus largas piernas comiéndose la distancia con facilidad.

—Sin funerales —respondieron ellos. Inej le envió también una plegaria. Sabía que Jesper estaba bien armado y podía cuidar de sí mismo, pero entre su figura larguirucha y su piel zemeni, era demasiado llamativo.

Acamparon en una hondonada seca rodeada de una maraña de arbustos, y se turnaron para dormir sobre el duro suelo de roca y mantener la guardia. A pesar de la fatiga, Inej no pensaba que sería capaz de dormir, pero lo siguiente que supo fue

que el sol estaba alto sobre ellos, un brillante resplandor en un cielo encapotado. Tenía que ser más del mediodía. Nina se encontraba junto a ella con un trozo de una de las galletas de pimienta en forma de lobo que había comprado en la parte superior de Djerholm. Inej vio que alguien había hecho un fuego pequeño, y los restos pegajosos de un bloque de parafina fundida eran visibles en las cenizas.

—¿Dónde están los demás? —preguntó mirando la hondonada vacía.

—En el camino. Kaz dijo que debíamos dejarte dormir.

Inej se frotó los ojos. Suponía que era una concesión por sus heridas. A lo mejor no había escondido bien en absoluto su agotamiento. Unos repentinos golpes de algo rompiéndose en el camino la hizo ponerse en pie con los cuchillos fuera en cuestión de segundos.

—Tranquila —dijo Nina—. Tan solo es Wylan.

Jesper debía de haber lanzado ya la señal. Inej tomó la galleta de Nina y corrió hasta donde Kaz y Matthias observaban a Wylan trastear con algo en la base de un grueso abeto rojo. Sonó otra serie de estallidos, y unas pequeñas volutas de humo blanco brotaron del tronco del árbol en el lugar donde tocaba el suelo. Por un momento no parecía que fuera a pasar nada, pero entonces las raíces se soltaron del suelo, curvándose y marchitándose.

—¿Qué era eso? —preguntó Inej.

—Concentrado de sal —explicó Nina.

Inej inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Matthias está... rezando?

—Es una bendición. Los fjerdanos lo hacen cada vez que cortan un árbol.

—¿Cada vez?

—Las bendiciones dependen de para qué pretendas usar para madera. Una para casas, una para puentes. —Hizo una pausa—. Otra para leña.

Tardaron menos de un minuto en derribar el árbol para que el tronco bloqueara el camino. Con las raíces intactas, parecía como si simplemente hubiera caído por una enfermedad.

—Cuando el vagón se detenga, el árbol nos dará unos quince minutos, pero no mucho más —dijo Kaz—. Moveos con rapidez. Los prisioneros deberían estar encapuchados pero podrán oír, así que ni una palabra. No podemos permitirnos levantar sospechas. Por todo lo que saben esta es una parada rutinaria, y queremos que siga siendo así.

Mientras Inej esperaba en la hondonada con los demás, se planteó todas las cosas que podrían ir mal. Los prisioneros podían no llevar capuchas. Los guardias podrían tener a uno de los suyos en la parte trasera del vagón. ¿Y si tenían éxito? Bueno, entonces estarían cautivos de camino a la Corte de Hielo. Ese tampoco parecía un resultado particularmente prometedor.

Justo cuando comenzaba a preguntarse si Jesper se habría equivocado y había enviado la señal demasiado pronto, el vagón de la prisión apareció retumbando. Pasó

junto a ellos y después se detuvo frente al árbol. Pudo oír al conductor maldiciendo con su compañero.

Los dos bajaron del asiento y caminaron hasta el árbol. Durante un largo minuto, se quedaron ahí mirándolo. El guardia más grande se quitó el sombrero y se rascó la barriga.

—¿Cómo pueden ser tan perezosos? —murmuró Kaz.

Al fin parecieron aceptar que el árbol no iba a moverse solo. Volvieron al vagón a por un grueso rollo de cuerda y desengancharon a uno de los caballos para ayudarlos a sacar el árbol del camino.

—Preparaos —dijo Kaz.

Salió de la hondonada y fue hasta la parte trasera del carro. Había dejado el bastón en la zanja, y cualquier dolor que pudiera sentir lo escondió bien. Sacó sus ganzúas del forro de su abrigo y tocó el candado de forma suave, casi amorosa. En cuestión de segundos este se abrió y Kaz apartó el pestillo. Miró hacia los hombres, que ataban las cuerdas alrededor del árbol, y después abrió la puerta.

Inej se tensó, esperando por la señal, pero no llegó. Kaz estaba ahí plantado, mirando fijamente el interior del vagón.

—¿Qué pasa? —susurró Wylan.

—¿A lo mejor no están encapuchados? —Sugirió ella. Desde allí no podía verlo —. Yo iré.

No podían aparecer todos allí al mismo tiempo.

Inej salió de la hondonada y apareció tras Kaz. Seguía estando ahí de pie, perfectamente inmóvil. Le tocó brevemente el hombro y él se encogió. Kaz Brekker se encogió. ¿Qué estaba pasando? No podía preguntarle y arriesgarse a delatarse ante los prisioneros que escuchaban. Miró dentro del vagón.

Los prisioneros estaban todos esposados y llevaban sacos negros sobre las cabezas, pero había considerablemente más de los que habían visto en el punto de control. En lugar de estar sentados y encadenados a los bancos de los lados, estaban de pie, apretados unos contra los otros. Tenían los pies y manos engrilletados, y todos llevaban collares de hierro sujetos a unos ganchos del techo del vagón. Si alguno comenzaba a caer o inclinarse demasiado, se quedaría sin aliento. No era bonito, pero estaban tan pegados que realmente no parecía que ninguno pudiera caer y asfixiarse.

Inej le dio otro golpecito a Kaz. Este tenía la cara pálida, casi cerosa, pero al menos ya no se quedó allí plantado. Entró en el vagón con movimientos bruscos e incómodos y comenzó a abrir los cuellos de los prisioneros.

Inej hizo una señal a Matthias, que salió de la hondonada para unirse a ellos.

—¿Qué está pasando? —preguntó uno de los prisioneros en ravkano, con voz asustada.

—¡*Tig!* —gruñó Matthias bruscamente en fjerdano. Un susurro recorrió a los prisioneros del vagón, como si se estuvieran poniendo firmes. Sin querer, Inej también enderezó la columna. Con esa palabra todo el comportamiento de Matthias

había cambiado, como si con una orden brusca hubiera vuelto al uniforme de *drüskelle*. Inej lo miró con nerviosismo. Había comenzado a sentirse cómoda con Matthias. Era un hábito fácil en el que caer, pero insensato.

Kaz liberó los grilletes de seis pares de manos y pies. Uno por uno, Inej y Matthias sacaron a los seis prisioneros más cerca de la puerta. No había tiempo para considerar la altura o la complexión, ni siquiera si habían liberado a hombres o mujeres. Los llevaron hasta el borde de la hondonada, manteniendo los ojos en el progreso de los guardias en el camino.

—¿Qué está pasando? —se atrevió a preguntar uno de los cautivos.

—¡*Tig!* —replicó Matthias con rapidez, silenciándolo.

En cuanto quedaron fuera de la vista, Nina les bajó el pulso y los dejó inconscientes. Solo entonces Wylan les quitó las capuchas: cuatro hombres, uno de ellos bastante viejo, una mujer de mediana edad y un chico shu. Desde luego no era ideal, pero esperaban que los guardias no se preocuparan demasiado por la exactitud. Después de todo, ¿cuántos problemas podía suponer un grupo de convictos encadenados y engrilletados?

Nina inyectó una solución para dormir a los prisioneros y Wylan la ayudó a llevarlos detrás de los árboles.

—¿Vamos a dejarlos aquí tirados? —le susurró Wylan a Inej mientras se apresuraban a volver al vagón con las capuchas en la mano.

Ella tenía los ojos fijos en los guardias que movían el árbol y no lo miró cuando dijo:

—Despertarán pronto y saldrán corriendo. Incluso puede que lleguen a la costa y a la libertad. Les estamos haciendo un favor.

—No parece un favor. Parece dejarlos en una zanja.

—Silencio —le ordenó. Aquel no era el momento ni el lugar para ponerse quisquilloso con asuntos morales. Si Wylan no conocía la diferencia entre estar encadenado y sin cadenas, estaba a punto de averiguarlo.

Inej se puso la mano alrededor de la boca y soltó un grito de pájaro bajo y suave. Tenían cuatro, quizá cinco minutos antes de que los guardias despejaran el camino. Por suerte, estaban haciendo mucho ruido animando a gritos al caballo y chillándose entre ellos.

Matthias encerró a Wylan primero y después a Nina. Inej lo vio ponerse rígido mientras ella se levantaba el pelo para que le pusiera el collar, revelando la curva blanca de su cuello. Mientras se lo cerraba alrededor de la garganta Nina lo miró a los ojos por encima del hombro, y la mirada que intercambiaron podría haber roto kilómetros de hielo del norte. Matthias se apresuró a apartarse e Inej casi se rio. Así que eso era todo lo que hacía falta para que el *drüskelle* se escabullera y regresara el muchacho.

Jesper fue el siguiente, jadeando a causa de la carrera para volver junto a ellos. Le guiñó un ojo mientras ella le ponía el saco sobre la cabeza. Oían a los guardias

gritando.

Inej cerró el collar de Matthias y se puso de puntillas para ponerle la capucha sobre la cabeza. Pero cuando se movió para bajar la de Nina, ella pestañeó con rapidez, moviendo la cabeza hacia la puerta del vagón. Todavía quería saber cómo iba a encerrarlos Kaz.

—Mira —dijo Inej sin hacer ruido.

Kaz le hizo una señal a Inej, que saltó abajo. Cerró la puerta del vagón, echó el candado y cerró el pestillo. Un segundo después el lado contrario de la puerta se abrió: Kaz simplemente había quitado las bisagras. Era un truco que habían empleado muchas veces cuando una cerradura era demasiado complicada o querían que un robo pareciera un trabajo interno. *Ideal para los suicidios falsos*, le había dicho Kaz una vez, y ella nunca supo si estaba siendo sincero.

Inej echó un último vistazo al camino. Los hombres habían terminado con el árbol, y el grandote se estaba sacudiendo las manos y le dio unas palmadas al caballo en el lomo. El otro se estaba acercando ya a la parte delantera del vagón. Inej tomó el borde de la puerta, subió y se metió dentro. De inmediato Kaz comenzó a recolocar las bisagras. Inej puso la capucha sobre la cara sorprendida de Nina y ocupó su lugar junto a Jesper.

Pero incluso en la débil luz se dio cuenta de que Kaz se movía demasiado lento, y sus dedos enguantados eran más torpes de lo que nunca los había visto. ¿Qué le pasaba? ¿Y por qué se había quedado paralizado en la puerta del vagón? Algo lo había hecho dudar pero ¿el qué?

Oyó un ruidito metálico cuando a Kaz se le cayó uno de los tornillos. Miró el suelo del vagón y se lo lanzó de una patada, tratando de ignorar el fuerte latido de su corazón.

Kaz se agachó para reemplazar la segunda bisagra. Estaba respirando con fuerza. Inej sabía que estaba trabajando con mala luz, solo por el tacto, con aquellos malditos guantes de cuero que siempre se empeñaba en llevar, pero Inej no pensaba que fuera por eso por lo que parecía tan agitado. Oyó pasos en el lado derecho del vagón, un guardia gritándole a otro. *Venga, Kaz*. No se había tomado el tiempo de borrar sus huellas. ¿Y si el guardia se daba cuenta? ¿Y si tiraba de la puerta y esta se caía de sus goznes, mostrando a Kaz Brekker sin capucha ni cadenas?

Oyó otro ruido metálico, y Kaz maldijo entre dientes. De pronto la puerta tembló mientras el guardia daba una sacudida al candado. Kaz sujetó las bisagras con las manos, y la grieta de luz bajo la puerta se ensanchó. Inej contuvo el aliento.

Las bisagras aguantaron.

Otro grito en fjerdano, y después más pasos. Después el ruido de las riendas y el carro avanzó, retumbando sobre la carretera. Inej se permitió exhalar. Tenía la garganta completamente seca.

Kaz ocupó su lugar junto a ella. Le puso la capucha sobre la cabeza y el olor mohoso le llenó las fosas nasales. A continuación él se pondría su propia capucha y

se encerraría. Era fácil, un truco de mago barato, y Kaz los conocía todos. Tenía el brazo apretado contra el suyo del codo al hombro mientras le cerraba el collar al cuello. Los cuerpos se movían junto a la espalda y el costado de Inej, agolpándose contra ella.

Por el momento estaban a salvo. Pero a pesar del traqueteo de las ruedas del vagón, Inej notaba que la respiración de Kaz había empeorado: unos jadeos rápidos y superficiales, como un animal atrapado en una trampa. Era un sonido que nunca había pensado oír de él.

Como estaba escuchando con tanta atención supo el momento exacto en el que Kaz Brekker, Manos Sucias, el cabrón del Barril y el chico más letal de Ketterdam, se desmayó.



El dinero que el señor Hertzoon les había dejado a Kaz y Jordie se acabó la siguiente semana. Jordie trató de devolver su nuevo abrigo, pero la tienda no lo aceptó, y las botas de Kaz estaban claramente gastadas.

Cuando llevaron al banco el acuerdo de préstamo que el señor Hertzoon había firmado, descubrieron que a pesar de todos sus sellos de aspecto oficial era papel sin valor. Nadie conocía al señor Hertzoon o a su compañero de negocios.

Los desalojaron de la casa de huéspedes dos días después y tuvieron que buscar un puente para dormir debajo, pero pronto la *stadwatch* los hizo salir de ahí bruscamente. Tras eso, deambularon sin rumbo hasta la mañana. Jordie insistió en volver a la cafetería. Se sentaron durante mucho tiempo en el parque al otro lado de la calle, pero cuando llegó la noche la guardia comenzó sus rondas y Kaz y Jordie se dirigieron hacia el sur, hasta las calles del sur del Barril, donde la policía no se molestaba en patrullar.

Durmieron bajo unas escaleras en el callejón que había tras una taberna, metidos entre una estufa desechada y unas bolsas de residuos de cocina. Nadie los molestó aquella noche, pero a la siguiente los descubrió una banda de chicos que les dijeron que estaban en territorio de los Gaviotas Cuchilla. Le dieron una paliza a Jordie y tiraron a Kaz al canal, pero no antes de quitarle las botas.

Jordie sacó a su hermano del agua y le dio su abrigo seco.

—Tengo hambre —dijo Kaz.

—Yo no —respondió Jordie. Y por alguna razón, eso le pareció gracioso a Kaz y los dos comenzaron a reír. Jordie lo rodeó con los brazos y dijo—: La ciudad está ganando por el momento. Pero ya verás quién gana al final.

A la mañana siguiente, Jordie despertó con fiebre.

En los años posteriores la gente llamaría al brote de viruela de fuego la Plaga de la Dama de la Reina, por el barco que se creía que había llevado el contagio a la ciudad. Golpeó con más fuerza los abarrotados barrios bajos del Barril. Los cuerpos se apilaban en las calles y los barcos de enfermos avanzaban por los canales, usando largas palas y ganchos para llevar a los cadáveres a sus plataformas y transportarlos a la Barcaza del Segador para quemarlos.

La fiebre de Kaz apareció dos días después de la de Jordie. No tenían dinero para medicina o un medik, así que se apiñaron en una pila de cajas de madera rotas que llamaron el Nido.

Nadie acudió para echarlos. Todas las bandas habían sido afectadas por la enfermedad.

Cuando la fiebre llegó a su plena potencia, Kaz soñó que había regresado a la granja, y cuando llamó a la puerta vio que el Jordie del sueño y el Kaz del sueño ya estaban ahí, sentados a la mesa de la cocina. Lo miraron a través de la ventana, pero no lo dejaron entrar, así que deambuló por la pradera, temeroso de tumbarse en la hierba alta.

Cuando despertó no podía oler heno, trébol ni manzanas, solo humo de carbón y el esponjoso hedor de las verduras podridas de la basura. Jordie estaba tumbado junto a él, mirando fijamente el cielo. Kaz quiso pedirle que no lo abandonara, pero estaba demasiado cansado. Así que puso la cabeza sobre su pecho. Parecía que algo ya iba mal; estaba frío y duro.

Pensó que estaba soñando cuando los hombres lo metieron en el barco de enfermos. Se notó caer, y entonces quedó enredado en una maraña de cuerpos. Trató de gritar, pero se encontraba demasiado débil. Estaban por todas partes, brazos y piernas y barrigas rígidas, miembros podridos y caras de labios azules cubiertas de las úlceras de la viruela de fuego. Perdió y recuperó la conciencia como si flotara, inseguro de qué era real y qué un sueño de la fiebre mientras el barco avanzaba hacia el mar. Cuando lo tiraron a la Barcaza del Segador, de algún modo encontró la fuerza para gritar.

—¡Estoy vivo! —chilló tan alto como pudo. Pero era demasiado pequeño, y el barco ya se estaba alejando de vuelta al puerto.

Kaz trató de sacar a Jordie del agua. Su cuerpo estaba cubierto de las pequeñas úlceras que daban su nombre a la viruela de fuego, y su piel estaba blanca y amoratada. Pensó en el pequeño perro de cuerda, en beber chocolate caliente en el puente. Pensó que el cielo parecería la cocina de la Zilverstraat y olería como el *hutspot* cocinándose en el horno de los Hertzoon. Todavía tenía el lazo rojo de Saskia. Podría devolvérselo. Harían dulces con pasta de membrillo. Margit tocaría el piano y él podría quedarse dormido junto al fuego. Cerró los ojos y esperó a morir.

Kaz contaba con despertar en el otro mundo, cálido y a salvo, con la barriga llena y Jordie junto a él. En su lugar, despertó rodeado de cadáveres. Estaba tirado en la

Barcaza del Segador, con la ropa empapada y la piel arrugada por la humedad. El cuerpo de su hermano se encontraba junto a él, apenas reconocible, blanco e hinchado por la podredumbre, flotando en la superficie como alguna clase de desagradable pez de las profundidades.

La visión de Kaz se había aclarado, y la erupción había remitido. Su fiebre había bajado. Había olvidado el hambre, pero tenía tanta sed que pensaba que iba a volverse loco.

Durante todo el día y toda la noche esperó en la pila de cuerpos, mirando al puerto, esperando que el barco regresara. Tenían que volver para encender el fuego que quemaría los cadáveres, pero ¿cuándo? ¿Los hombres recolectaban cuerpos todos los días? ¿Cada dos días? Estaba débil y deshidratado, y sabía que no duraría mucho más. La costa parecía muy lejana, y sabía que estaba demasiado débil para nadar esa distancia. Había sobrevivido a la fiebre, pero bien podría morir ahí en la Barcaza del Segador. ¿Le importaba? No había nada esperándolo en la ciudad salvo más hambre, callejones oscuros y la humedad de los canales. Incluso mientras lo pensaba, supo que no era cierto. Lo esperaba la venganza, venganza para Jordie y tal vez también para sí mismo. Pero tendría que ir a conseguirla.

Cuando llegó la noche y cambió la marea, Kaz se obligó a poner las manos sobre el cuerpo de Jordie. Estaba demasiado frágil para nadar por su cuenta, pero con la ayuda de su hermano podría flotar. Se aferró a él con fuerza y avanzó hacia las luces de Ketterdam. Juntos se dejaron llevar, con el cuerpo hinchado de Jordie haciendo de balsa. Kaz siguió nadando, tratando de no pensar en su hermano, en la sensación tensa e hinchada de su carne bajo sus manos; trató de no pensar en nada salvo el ritmo de sus piernas moviéndose por el mar. Había oído que había tiburones en esas aguas, pero sabía que no lo tocarían. Ahora él también era un monstruo.

Siguió nadando y, cuando llegó el amanecer, levantó la mirada y se encontró en el extremo oriental del Tapón. El puerto estaba casi desierto; la plaga había causado que el tráfico marítimo de Kerch se detuviera.

Los últimos cien metros fueron difíciles. La marea había vuelto a cambiar, y estaba trabajando contra él. Pero Kaz tenía esperanza ahora, esperanza y furia, llamas gemelas que ardían en su interior. Lo guiaron hasta el puerto y por la escalerilla. Cuando llegó arriba, cayó de espaldas sobre los listones de madera y después se forzó a girar. El cuerpo de Jordie había quedado atrapado en la corriente y chocaba contra la base de debajo. Sus ojos seguían abiertos, y por un momento Kaz pensó que su hermano le estaba devolviendo la mirada. Pero Jordie no habló, no pestañeó, su mirada no cambió mientras la marea lo arrastraba lejos de allí y comenzaba a llevarlo hacia el mar.

Debería cerrarle los ojos, pensó Kaz. Pero sabía que si bajaba por la escalerilla y volvía al mar, jamás volvería a encontrar la forma de volver. Simplemente se dejaría ahogar, y eso ya no era posible. Tenía que vivir. Alguien tenía que pagar.



En el vagón de la prisión, Kaz despertó con un fuerte golpe contra su muslo. Estaba frío como el hielo y en la oscuridad. Había cuerpos a su alrededor, apretándose contra su espalda, sus costados. Se estaba ahogando en cadáveres.

—Kaz. —Un susurro. Se estremeció. Otro golpe en su muslo—. Kaz.

Era la voz de Inej. Logró respirar hondo por la nariz. La sintió apartándose de él. De algún modo, en los estrechos confines del vagón, había logrado darle espacio. El corazón le latía con fuerza.

—Sigue hablando —dijo él con voz áspera.

—¿Qué?

—Tú sigue hablando.

—Estamos atravesando la puerta de la prisión. Hemos superado los dos primeros puntos de control.

Eso le hizo recuperar los sentidos por completo. Habían atravesado dos puntos de control; eso significaba que los habían contado. Alguien había abierto la puerta, no una vez, sino dos; tal vez incluso le hubiera puesto las manos encima, y no se había despertado. Podrían haberle robado o matado. Había imaginado su muerte de mil formas, pero nunca que estaría durmiendo.

Se obligó a respirar hondo, a pesar del olor de los cuerpos. Se había dejado los guantes puestos, algo en lo que los guardias podrían haberse fijado con facilidad, una frustrante concesión a su debilidad, pero de no haberlo hecho estaba muy seguro de que se habría vuelto completamente loco.

Tras él podía oír a los demás prisioneros murmurándose entre ellos en distintos idiomas. A pesar de los miedos que la oscuridad despertaba en él, dio las gracias por ella. Tan solo podía esperar que el resto del grupo, encapuchados y con la carga de su propia ansiedad, no hubieran notado nada extraño en su comportamiento. Había sido torpe, lento en reaccionar cuando emboscaron el vagón, pero eso era todo, y podía inventar alguna excusa para justificarlo.

Odiaba que Inej lo hubiera visto de ese modo, que nadie lo hubiera hecho, pero después de ese pensamiento apareció otro: *Mejor que fuera ella*. Sabía en los huesos que jamás se lo contaría a nadie, que jamás usaría ese conocimiento en su contra. Ella dependía de su reputación; no querría que pareciera débil. Pero había más que eso, ¿verdad? Inej jamás lo traicionaría, y él lo sabía. Se sentía enfermo. Aunque le había confiado su vida en incontables ocasiones, era mucho más terrorífico confiarle aquella vergüenza.

El vagón se detuvo. El pestillo se deslizó y las puertas se abrieron.

Oyó que hablaban fjerdano, y después unos ruidos de arañazos y un golpe sordo. Le quitaron el collar y lo llevaron fuera del vagón por alguna clase de rampa con los demás prisioneros. Oyó lo que sonaba como una puerta abriéndose con un chirrido y

los llevaron hacia delante, arrastrando los pies con sus grilletes.

Bizqueó cuando le quitaron la capucha de repente. Se encontraban en un patio grande. La enorme puerta situada en la pared anular ya estaba bajando, y golpeó las piedras con una ominosa serie de ruidos metálicos y gruñidos. Cuando Kaz levantó la mirada, vio a los guardias situados por el tejado del patio, con los rifles apuntando a los prisioneros. Los guardias que había debajo se movían por las filas de cautivos engrilletados, tratando de hacerlos coincidir con el papeleo del conductor por nombre o descripción.

Matthias había descrito en detalle la disposición de la Corte de Hielo, pero no había dicho mucho sobre el aspecto que tenía en realidad. Kaz había esperado algo viejo y húmedo; triste piedra gris, dura para la batalla. En lugar de eso estaba rodeado de un mármol tan blanco que casi parecía emitir un brillo azul. Se sentía como si hubiera entrado en alguna versión de ensueño de las duras tierras por las que habían viajado en el norte. Era imposible saber qué podría ser cristal, hielo o piedra.

—Si esto no es obra de los Hacedores, yo soy la reina de los duendecillos del bosque —murmuró Nina en kerch.

—¡*Tig!* —ordenó uno de los guardias. La golpeó con el rifle en las tripas, y ella se dobló de dolor. Matthias mantuvo la cabeza girada, pero a Kaz no se le escapó la tensión de su figura.

Los guardias fjerdanos hacían gesto sobre los papeles, tratando de encajar los números e identidades de los prisioneros con los del grupo que tenían delante. Aquel era el primer momento real de exposición, uno sobre el que Kaz no tendría control. Habrían tardado demasiado tiempo y habría sido peligroso elegir a los prisioneros que habían reemplazado. Era un riesgo calculado, pero ahora Kaz solo podía esperar y desear que la pereza y la burocracia hicieran el resto.

Mientras los guardias recorrían la fila, Inej ayudó a Nina a ponerse en pie.

—¿Estás bien? —preguntó, y Kaz se sintió atraído hacia su voz como el agua bajando por una colina.

Con lentitud, Nina desdobló el cuerpo y se puso recta.

—Sí —susurró—. Pero creo que ya no tendremos que preocuparnos por el equipo de Pekka Rollins.

Kaz siguió la mirada hasta la parte superior de la pared anular, alta por encima del patio, donde cinco hombres habían sido empalados en estacas como pinchitos de carne para asar, con las espaldas dobladas y los miembros colgando. Kaz tuvo que entrecerrar los ojos, pero reconoció a Eroll Aerts, el mejor forzador de cerraduras y ladrón de cajas fuertes de Rollins. Los moratones y los verdugones de la paliza que le habían dado antes de su muerte eran de un púrpura intenso a la luz de la mañana, y Kaz podía distinguir una marca negra en su brazo: el tatuaje de los Leones Moneda.

Examinó los demás rostros; algunos estaban demasiado hinchados y distorsionados por la muerte para identificarlos. ¿Podría ser Rollins alguno de ellos? Kaz sabía que debía estar contento de que hubieran eliminado a otro equipo, pero

Rollins no era ningún idiota y la idea de que su gente no hubiera logrado superar las puertas de la Corte de Hielo lo ponía un tanto nervioso. Además, si Rollins había encontrado la muerte en el extremo de una pica fjerdana... No, Kaz se negaba a esa posibilidad. Pekka Rollins le pertenecía a él.

Los guardias estaban discutiendo con el conductor del vagón, y uno de ellos señalaba a Inej.

—¿Qué está pasando? —le susurró a Nina.

—Dicen que los papeles están mal, que tienen a una chica suli en vez de a un chico shu.

—¿Y el conductor? —preguntó Inej.

—No deja de decirles que ese no es su problema.

—Así me gusta —murmuró Kaz, en tono alentador.

Los observó ir de un lado a otro. Esa era la belleza de todas esas protecciones y capas de seguridad. Los guardias siempre pensaban que podían fiarse de que otro encontrara un error o arreglara un problema. La pereza no era tan fiable como la avaricia, pero seguía siendo una buena palanca. Y estaban hablando de prisioneros, encadenados y rodeados por todos lados, y a punto de que los tiraran a unas celdas. Inofensivos.

Al fin, uno de los guardias de prisión suspiró e hizo una señal a sus compañeros.

—*Diveskemen*>.

—Adelante —tradujo Nina, y después continuó mientras el guardia hablaba—. Llevadlos al bloque este y dejad que el siguiente turno los ponga en orden.

Kaz se permitió un breve suspiro de alivio.

Como esperaban, los guardias dividieron el grupo en hombres y mujeres y después llevaron ambas filas, con las cadenas tintineando, a través de un arco casi redondo tallado en la forma de la boca abierta de un lobo.

Entraron en una cámara donde había una mujer mayor con las manos encadenadas, flanqueada por guardias. Tenía los ojos vacíos. Cuando cada prisionero se acercó, ella le tomó la muñeca.

Un amplificador humano. Kaz sabía que Nina había trabajado con ellos al registrar la Isla Errante en busca de Grisha que se unieran al Segundo Ejército. Podían sentir el poder de un Grisha por el tacto, y los había visto contratados en juegos de cartas de apuestas altas para asegurarse de que ninguno de los jugadores fuera Grisha. Alguien que podía alterar el pulso de otro jugador o incluso elevar la temperatura de una habitación tenía una ventaja injusta. Pero los fjerdanos los utilizaban para un propósito diferente: para asegurarse de que ningún Grisha atravesara sus muros sin que los identificaran.

Kaz observó a Nina acercándose. Podía verla temblando mientras extendía el brazo. La mujer le rodeó la muñeca con los dedos, y sus párpados se movieron brevemente. Después le soltó la mano y le hizo un gesto para que avanzara.

¿Lo había sabido y le había dado igual? ¿O la parafina que habían usado para

cubrir los antebrazos de Nina había funcionado?

Mientras los conducían por el arco a la izquierda, Kaz vio a Inej desapareciendo en el arco de al lado con las demás prisioneras. Sintió una punzada en el pecho y, con una perturbadora sacudida, se dio cuenta de que tenía pánico. Ella había sido quien lo había despertado de su estupor en el carro. Su voz lo había sacado de la oscuridad; había sido la atadura a la que se había aferrado y que había utilizado para volver a algo parecido a la cordura.

Los prisioneros masculinos fueron conducidos hacia arriba por un tramo oscuro de escaleras hasta una pasarela de metal. A su izquierda se encontraba la suave pared anular blanca. A la derecha, la pasarela daba a un enorme recinto de cristal, de casi cuatrocientos metros de largo y lo bastante alto para que un barco mercader cupiera con facilidad. Estaba iluminado por una enorme lámpara de hierro que colgaba del techo como un capullo luminoso. Bajando la mirada, Kaz vio filas de vagones fuertemente acorazados coronados por unas torretas para disparar en forma de cúpula. Sus ruedas eran grandes y acanaladas. En cada vagón había una enorme arma, a medio camino entre la forma de un rifle y un cañón, en el espacio donde normalmente engancharían a un grupo de caballos.

—¿Qué son esas cosas? —susurró.

—*Torvegen* —dijo Matthias entre dientes—. No necesitan caballos para tirar de ellos. Seguían perfeccionando el diseño cuando me marché.

—¿Sin caballos?

—Tanques —murmuró Jesper—. Vi prototipos cuando trabajaba con un armero en Novyi Zem. Múltiples armas en la torreta, ¿y veis ese cañón delante? Una enorme potencia de fuego.

También había armas de artillería pesada en el recinto, hileras llenas de rifles, munición y las pequeñas bombas negras que los ravkanos llamaban *grenatye*. En las paredes detrás de cristal había armas más viejas dispuestas en una elaborada exposición: hachas, lanzas, arcos largos. Sobre todo aquello colgaba un estandarte en blanco y plateado: STRYMAKT FJERDAN.

Cuando Kaz miró a Matthias, el grandullón murmuró:

—Poder fjerdano.

Kaz miró a través del grueso cristal. Conocía las defensas, y Nina había tenido razón, ese cristal era trabajo de Hacedores: a prueba de balas e impenetrable. Entrando o saliendo de la prisión, los cautivos verían armas, munición, máquinas de guerra; todo ello un brutal recordatorio del poder del estado fjerdano.

Relájate un poco, pensó Kaz. No importa lo grandes que sean las armas si no sabes adonde apuntar.

Al otro lado del recinto vio una segunda pasarela, por donde llevaban a las prisioneras.

Inej estará bien. Tenía que mantener la calma. Se encontraban en territorio enemigo, un lugar de gran riesgo, la clase de sitio del que no sabías si no mantenías la

compostura. ¿Habría llegado tan lejos el equipo de Pekka antes de que los descubrieran? ¿Y dónde se encontraba él? ¿Habría permanecido sano y salvo en Kerch, o sería también prisionero de los fjerdanos?

Nada de eso importaba. Por el momento, Kaz tenía que concentrarse en el plan y encontrar a Yul-Bayur. Echó un vistazo a los demás. Wylan parecía a punto de mojar los pantalones, y Helvar estaba ceñudo como siempre. Jesper simplemente sonrió y dijo:

—Bueno, hemos conseguido encerrarnos en la prisión más segura del mundo. O somos genios, o los hijos de puta más estúpidos que han existido jamás.

—Lo sabremos pronto.

Los condujeron a otra habitación blanca, esta equipada con bañeras de hojalata y mangueras.

Los guardias dijeron algo en fjerdano y Kaz vio que Matthias y algunos de los demás comenzaban a desnudarse. Se tragó la bilis que subió por su garganta. Se negaba a vomitar.

Podía hacerlo... tenía que hacerlo. Pensó en Jordie. ¿Qué diría él si su hermano pequeño perdiera su oportunidad de lograr justicia porque no podía conquistar esas náuseas estúpidas? Pero eso le devolvió los recuerdos de la carne fría de Jordie, de cómo se había hinchado en el agua salda, con los cuerpos a su alrededor en la barcaza. Se le comenzó a emborronar la visión.

Mantén la compostura, Brekker, se reprendió con dureza. No ayudó. Iba a desmayarse otra vez, y todo habría terminado. Una vez Inej se había ofrecido a enseñarle a caer.

—El truco es que no te derriben —le había dicho él entre risas.

—No, Kaz —le había respondido ella—, el truco es volver a levantarse. Más tópicos suli, pero de algún modo incluso el recuerdo de su voz ayudaba. Era mejor que aquello. Tenía que serlo. No solo por Jordie, sino por su equipo. Él había llevado allí a esa gente. Había llevado a Inej. Era su trabajo volverlos a sacar.

El truco es volver a levantarse. Mantuvo su voz en la cabeza, repitiéndose esas palabras una y otra vez mientras se quitaba las botas, la ropa y al fin sus guantes.

Vio que Jesper le estaba mirando fijamente las manos.

—¿Qué esperabas? —gruñó Kaz.

—Garras, al menos —replicó Jesper, dirigiendo la mirada a sus pies desnudos y huesudos—. Tal vez un pulgar lleno de espinas.

El guardia regresó de tirar su ropa a un cubo que sin duda sería llevado al incinerador. Incluyó la cabeza de Kaz hacia atrás con brusquedad y lo obligó a abrir la boca, toqueteando con dedos gruesos. Unos puntos negros aparecieron en la vista de Kaz mientras luchaba por permanecer consciente. Los dedos del guardia pasaron por encima del punto entre los dientes de Kaz donde había escondido el *baleen*, y después pinchó y palpó el interior de sus mejillas.

—¡*Ondetjärn!* —exclamó el guardia—. ¡*Fellenjuret!* —volvió a gritar mientras

sacaba dos delgados trozos de metal de la boca de Kaz. Las ganzúas golpearon el suelo de piedra con un ruidito. El guardia le gritó algo en fjerdano y le dio un fuerte puñetazo en la cara. Kaz cayó de rodillas, pero se obligó a levantarse. Vio la expresión de pánico de Wylan, pero lo único que pudo hacer fue permanecer en pie mientras el guardia lo empujaba a la cola para una ducha fría como el hielo.

Cuando emergió, empapado y tembloroso, otro guardia le entregó unos pantalones incoloros de la prisión y una chaqueta de la pila que tenía detrás. Kaz se los puso y fue cojeando hasta el área de contención con el resto de prisioneros. En ese momento habría entregado la mitad de su parte de los treinta millones de *kruge* por el peso familiar de su bastón.

Las celdas de contención se parecían mucho más a la prisión que había imaginado; nada de roca blanca ni expositores de cristal, tan solo húmeda roca gris y barrotes de hierro.

Los condujeron a una celda ya abarrotada. Helvar se sentó con la espalda contra la pared, observando con los ojos entrecerrados a los hombres. Kaz se apoyó contra los barrotes de hierro, observando a los guardias mientras se marchaban. Podía sentir el movimiento de los cuerpos tras él. Había espacio suficiente, pero seguían pareciéndole demasiado cerca. *Tan solo un poco más*, se dijo. Notaba las manos imposiblemente desnudas.

Esperó; sabía lo que pasaría. Se había fijado en los demás nada más entrar en la celda, y sabía que sería el fornido kaélico con la marca de nacimiento el que iría a por él. Estaba inquieto, nervioso, y se había fijado claramente en la cojera de Kaz.

—Oye, tullido —dijo el kaélico en fjerdano. Volvió a probar en kerch, con una entonación pesada. No tenía que haberse molestado; Kaz conocía esa palabra en muchos idiomas.

Al segundo siguiente, sintió que el aire se movía cuando el kaélico trató de alcanzarlo. Dio un paso a la izquierda y el kaélico cayó hacia delante, llevado por su propio impulso. Kaz lo ayudó, le agarró el brazo y lo metió en el espacio entre los barrotes hasta el hombro. El kaélico soltó un sonoro gruñido cuando su cara golpeó los barrotes de hierro.

Kaz le sujetó el antebrazo contra el metal. Lanzó su peso contra el cuerpo de su oponente y oyó un ruido satisfactorio cuando el brazo del kaélico se le dislocó del hombro. Cuando el hombre abrió la boca para gritar, Kaz se la cubrió con una mano y le apretó la nariz con la otra. La sensación de la carne desnuda bajo sus dedos hizo que casi le entraran arcadas.

—Shhh —dijo, usando la mano sobre su nariz para conducirlo hasta el banco que había contra la pared. Los demás prisioneros se desperdigaron para abrirle camino.

El hombre se sentó pesadamente, sin aliento y con los ojos húmedos. Kaz mantuvo las manos sobre su boca y su nariz, y el kaélico tembló bajo su agarre.

—¿Quieres que te lo vuelva a colocar? —preguntó Kaz, y el kaélico gimoteó—. ¿Quieres? —Gimoteó con más fuerza mientras los prisioneros miraban—. Si gritas

me aseguraré de que nunca vuelva a funcionar bien, ¿entendido?

Soltó la boca del hombre y le volvió a poner el brazo en su sitio. El kaélico giró sobre su costado, se enroscó sobre el banco y comenzó a sollozar.

Kaz se limpió las manos en los pantalones y volvió a su lugar junto a los barrotes. Podía sentir a los demás observando, pero ahora sabía que lo dejarían en paz.

Helvar se situó tras él.

—¿De verdad era necesario?

—No.

Pero sí lo era: para asegurarse de que los dejaban en paz para hacer lo que tenían que hacer y para recordar que no estaba indefenso.



esper quería pasearse por ahí, pero había conseguido un lugar en el banco y pretendía quedárselo. Sentía como si unos terremotos de ansiedad y emoción vibraran bajo su piel, y Wylan sentado junto a él tamborileando frenéticamente sobre sus rodillas no lo ayudaba a tranquilizarse. No pensó que pudiera soportar la espera mucho más. Primero el barco, después toda la caminata, y ahora estaba encerrado en una celda hasta que los guardias llegaran para hacer el recuento de la tarde.

Solo su padre había comprendido su energía incansable. Había tratado de conseguir que Jesper la gastara en la granja, pero el trabajo era demasiado monótono. Se suponía que la universidad debería de haberle encauzado, pero en realidad había torcido su rumbo. Hizo una mueca ante lo que su padre diría si descubriera que su hijo había muerto en una prisión fjerdana. Pero ¿cómo iba a saberlo? Aquel pensamiento era demasiado deprimente para ahondar en él.

¿Cuánto tiempo habría pasado? ¿Y si ni siquiera podían oír el Reloj Mayor desde allí? Se suponía que los guardias harían el recuento a las seis campanadas, y entonces Jesper y los demás tendrían que esperar hasta la medianoche para hacer el trabajo. O eso esperaban. Matthias solo había pasado tres meses en la prisión, y los protocolos podrían haber cambiado. Tal vez ese hubiera equivocado en algo. *O a lo mejor el fjerdano solo nos quiere tras los barrotes antes de delatarnos.*

Pero Matthias estaba sentado en silencio en el extremo más alejado de la celda, cerca de Kaz. Jesper no había podido perderse la pequeña escaramuza de Kaz con el kaélico. Normalmente Kaz siempre estaba firme durante un trabajo, pero en ese momento parecía nervioso, y Jesper no sabía por qué. Una parte de él quería preguntárselo, pero sabía que esa era la parte estúpida, el esperanzado chico granjero

que había elegido a la peor persona posible de la que preocuparse, que buscaba señales en cosas que sabía en lo más hondo que no significaban nada, cuando Kaz lo escogía para un trabajo, cuando le seguía alguna broma. Podría haberse pegado una patada. Por fin había visto al infame Kaz Brekker sin nada de ropa y había estado demasiado preocupado por acabar en una pica como para prestar atención de verdad.

Pero si Jesper se sentía ansioso, Wylan parecía a punto de vomitar.

—¿Qué se supone que hacemos ahora? —preguntó Wylan—. ¿De qué sirve que pueda abrir cerraduras si no tiene ganzúas?

—Silencio.

—¿Y de qué sirves tú? Un tirador sin pistolas. Eres completamente superfluo en esta misión.

—No es una misión, es un trabajo.

—Matthias lo llama misión.

—Él es militar, tú no. Y ya estoy en la cárcel, así que no me tientes para que cometa homicidio.

—No vas a matarme, y yo no voy a fingir que todo va bien. Estamos atrapados aquí.

—Desde luego te pega más una jaula dorada que una de verdad.

—Me marché de la casa de mi padre.

—Sí, abandonaste una vida de lujos para poder venirte a los barrios bajos con los pobres diablos del Barril. Eso no te hace interesante, Wylan, tan solo estúpido.

—No sabes nada de eso.

—Pues dímelo —replicó Jesper, girándose hacia él—. Tenemos tiempo. ¿Qué hace que un buen chico mercader abandone su casa para andar en compañía de criminales?

—Actúas como si hubieras nacido en el Barril como Kaz, pero ni siquiera eres kerch. Tú también has escogido esta vida.

—Me gustan las ciudades.

—¿No hay ciudades en Novyi Zem?

—No como Ketterdam. ¿Alguna vez has ido a algún lugar que no fuera tu casa, el Barril y las bonitas cenas de la embajada?

Wylan apartó la mirada.

—Sí.

—¿Adonde? ¿A la periferia para la temporada de melocotones?

—Las carreras de Caryeva. Los campos de aceite shu. Las granjas de *jurda* cerca de Shriftport. Weddle. Elling.

—¿De verdad?

—Mi padre solía llevarme a todas partes con él.

—¿Hasta...?

—¿Hasta qué?

—*Hasta*. Mi padre me llevaba a todas partes *hasta* que me mareé terriblemente en

el mar, *hasta* que vomité en una boda real, *hasta* que traté de montar la pierna del embajador.

—La pierna me lo estaba pidiendo.

Jesper soltó un ladrido de risa.

—Por fin, algo de valor.

—Tengo mucho valor —gruñó Wylan—. Y mira dónde me...

Fue interrumpido por la voz de un guardia gritando en fjerdano justo cuando el Reloj Mayor comenzó a tocar las seis campanadas. Al menos los fjerdanos eran puntuales.

El guardia volvió a hablar en shu y después en kerch.

—En pie. *Shimkopper* —exigió. Todos lo miraron con rostro inexpresivo—. El cubo de pis —probó en kerch—. ¿Dónde está... para vaciar?

Hizo gestos, pero solo obtuvo hombros encogidos y miradas confusas.

Su enfurruñamiento dejaba claro que no podía importarle menos. Metió un cubo de agua fresca en la celda y cerró los barrotes. Jesper fue hasta la parte delantera y tomó un gran trago del vaso atado al asa. La mayor parte le salpicó la camisa. Cuando le entregó el vaso a Wylan, se aseguró de empapararlo también.

—¿Qué estás haciendo? —protestó él.

—Paciencia, Wylan. Y procura seguirme.

Jesper se levantó los pantalones y toqueteó la delgada piel sobre su tobillo.

—Dime lo que está pasando.

—Silencio. Necesito concentrarme.

Era cierto. No quería que el perdigón enterrado bajo su piel se abriera teniéndolo todavía dentro. Toqueteó los puntos que Nina le había puesto. Le dolió de narices al abrirlos y sacar la bolita. Era del tamaño de una pausa y estaba empapada de su sangre. Nina debía de estar usando sus poderes para abrirse su propia piel en esos momentos. Jesper se preguntó si dolería menos que los puntos.

—Ponte la camisa sobre la boca —le dijo a Wylan.

—¿Qué?

—Deja de ser tan lerdo. Eres más mono cuando eres listo.

Las mejillas de Wylan se volvieron rosadas. Frunció el ceño y se levantó el cuello.

Jesper metió la mano bajo el banco donde había escondido el cubo de desperdicios y lo sacó.

—Se acerca tormenta —dijo en voz alta en kerch. Vio que Matthias y Kaz se levantaban los cuellos. Apartó la cara, se puso la camisa sobre la boca y soltó la bolita en el cubo.

Hubo un silbido siseante mientras una nube de niebla salía del agua. En unos segundos cubrió las celdas, volviendo el aire de un verde lechoso.

Había pánico en los ojos de Wylan por encima del cuello subido de su camisa. Jesper estaba tentado a fingir que se desmayaba, pero se conformó con el efecto de

los hombres que caían al suelo a su alrededor.

Contó hasta sesenta, se bajó el cuello y después respiró dudoso. El aire seguía teniendo un olor dulce y enfermizo y los dejaría atontados un ratito, pero lo peor se había dispersado. Cuando los guardias llegaran para el siguiente recuento, los prisioneros tendrían un fuerte dolor de cabeza, pero no mucho que decir. Y para entonces esperaban haberse ido hacía mucho.

—¿Era gas de cloroformo?

—Mucho más mono cuando eres listo, desde luego. Sí, la bolita era un envoltorio basado en enzimas lleno de polvo de cloroformo. Es inofensivo a menos que entre en contacto con cualquier cantidad de amoníaco. Que es lo que ha pasado.

—La orina del cubo... pero ¿qué sentido tiene? Seguimos atrapados aquí.

—Jesper —dijo Kaz, haciéndole un gesto en dirección a los barrotes—. El reloj sigue en marcha.

Jesper cuadró los hombros mientras se acercaba. Esa clase de trabajo normalmente llevaba mucho tiempo, sobre todo porque nunca había tenido ningún entrenamiento real. Puso las manos a ambos lados de una barra y se concentró en localizar las partículas más puras de la mena.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Matthias.

—Un antiguo ritual zemeni —dijo Kaz.

—¿En serio?

—No.

Una neblina turbia se estaba formando entre las manos de Jesper. Wylan jadeó.

—¿Es mena de hierro? —Jesper asintió con la cabeza mientras notaba el sudor brotando en su ceño—. ¿Puedes disolver los barrotes?

—No seas idiota —gruñó Jesper—. ¿No ves lo gruesos que son?

De hecho, el barrote con el que estaba trabajando parecía intacto, pero había extraído suficiente hierro de él como para que la nube entre sus manos fuera casi negra. Dobló las puntas de los dedos y las partículas giraron, moviéndose en una tensa espiral que era cada vez más estrecha y densa.

Jesper bajó las manos y una delgada aguja cayó al suelo con un sonido metálico y musical.

Wylan la tomó y la sostuvo de modo que la luz se reflejara sobre su superficie apagada.

—Eres un Hacedor —dijo Matthias sombríamente.

—Apenas.

—O lo eres o no lo eres —señaló Wylan.

—Lo soy. —Le clavó un dedo a Wylan—. Y vas a mantener la boca cerrada al respecto cuando volvamos a Ketterdam.

—Pero ¿por qué mentir sobre...?

—Me gusta caminar libre por las calles —explicó Jesper—. Me gusta no preocuparme porque me atrape un tratante de esclavos o me mate alguien como

nuestro amigo Helvar. Además, tengo otras habilidades que me proporcionan más placer y beneficio que esta. Muchas otras habilidades.

Wylan tosió. Puede que coquetear con él fuera más divertido que molestarlo, pero estaba cerca.

—¿Nina sabe que eres Grisha?

—No, y no va a descubrirlo. No necesito que me sermonee para unirme al Segundo Ejército y la gloriosa causa de Ravka.

—Hazlo otra vez —interrumpió Kaz—. Y deprisa.

Jesper repitió sus esfuerzos con otro barrote.

—Si este era el plan, ¿qué sentido tenía tratar de meter esas ganzúas? —preguntó Wylan.

Kaz cruzó los brazos.

—¿Alguna vez has oído lo del moribundo cuyo medik le dijo que se había curado milagrosamente? Salió bailando a la calle y un caballo lo mató a pisotones. Tienes que dejar que el blanco crea que ha ganado. ¿Estaban los guardias examinando a Matthias y preguntándose si les resultaba familiar? ¿Estaban buscando problemas cuando Jesper se metió en la ducha con la parafina desprendiéndose de sus brazos? No, estaban demasiado ocupados felicitándose por haberme atrapado. Pensaban haber neutralizado la amenaza.

Cuando Jesper terminó, Kaz tomó las dos delgadas ganzúas entre los dedos. Era extraño verlo trabajar sin sus guantes, pero en unos momentos la cerradura se abrió y quedaron libres. En cuanto salieron, Kaz usó las ganzúas para cerrar la puerta tras ellos.

—Ya sabéis lo que tenéis que hacer —susurró—. Wylan y yo iremos a sacar a Nina e Inej. Jesper, tú y Matthias...

—Lo sé, cogemos tanta cuerda como encontremos.

—Estad en el sótano a la campanada de y media.

Se dividieron. Los engranajes estaban en movimiento.

De acuerdo con los planos de Wylan, los establos eran adyacentes al patio, así que tendrían que retroceder a través del área de contención. En teoría, esa zona de la prisión solo estaba activa cuando se metían o sacaban prisioneros, pero tenían que tener cuidado de todos modos. Solo haría falta un guarda obstinado para arruinar sus planes. Lo más terrorífico era viajar por la pasarela a través del recinto de cristal, una zona larga y muy iluminada que los dejaba completamente expuestos. No había nada que hacer salvo cruzar los dedos y lanzarse. Después bajaron las escaleras y fueron a la izquierda de la cámara donde la pobre y anciana amplificadora Grisha los había examinado. Jesper reprimió un escalofrío. Aunque la parafina de sus brazos siempre funcionaba en los salones de juego, su corazón había estado latiendo con fuerza de todos modos al enfrentarse a ella. Había sido delgada como una cáscara e igual de vacía. Eso era lo que le pasaba a un Grisha que encontraran en el lugar incorrecto en el momento incorrecto: una sentencia de por vida a la esclavitud o algo peor.

Cuando Jesper abrió la puerta a los establos, sintió que una pequeña parte de su interior se relajaba. El olor del heno, el movimiento de los animales en sus compartimentos, el relinche de los caballos le devolvía recuerdos de Novyi Zem. En Ketterdam, los canales hacían que la mayoría de carruajes y vagones fueran innecesarios. Los caballos eran un lujo, una indulgencia para mostrar que tenías el espacio para tenerlos y la riqueza para cuidarlos. No se había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos simplemente estar con animales.

Pero no había tiempo para la nostalgia ni para pararse a acariciar un hocico aterciopelado. Pasó junto a los compartimentos y fue hasta la sala de los suministros. Matthias se puso un enorme rollo de cuerda sobre cada hombro. Pareció sorprendido cuando Jesper logró coger también dos.

—Crecí en una granja —explicó él.

—No lo pareces.

—Sí, soy flacucho —dijo mientras atravesaban los establos—, pero cuando llueve me quedo más seco.

—¿Cómo?

—Me cae menos encima.

—¿Todos los aliados de Kaz son tan extraños como este grupo? —preguntó Matthias.

—Ah, deberías conocer a los otros Despojos. En comparación parecemos fjerdanos.

Atravesaron las duchas y, en vez de continuar hasta el área de contención, giraron por un estrecho tramo de escalones y el largo pasillo oscuro que conducía al sótano. Ahora se encontraban bajo la zona principal de la prisión, cinco pisos de celdas, prisioneros y guardias encima de ellos.

Jesper había esperado que el resto del grupo estuviera consiguiendo ya material de demolición en la enorme lavandería, pero lo único que vio fue gigantescas bañeras de hojalata, largas mesas para doblar ropa, y prendas secando durante la noche en unos anaqueles más altos que él.

Encontraron a Wylan e Inej en la sala de residuos. Era más pequeña que la lavandería y apestaba a basura. Había dos enormes cubos llenos de ropa desechada contra una pared, esperando a que los quemaran. Jesper sintió el calor que emanaba del incinerador en cuanto entraron.

—Tenemos un problema —dijo Wylan.

—¿Es muy grave? —preguntó Jesper, soltando los rollos de cuerda en el suelo.

Inej hizo un gesto hacia un par de enormes puertas de metal en lo que parecía una chimenea gigante que había pegada a la pared y se extendía hasta el techo.

—Creo que han puesto el incinerador en marcha esta tarde.

—Decías que lo usaban por las mañanas —le dijo Jesper a Matthias.

—Solían hacerlo así.

Cuando Jesper agarró los mangos cubiertos de cuero de las puertas y tiró para

abrir las, le golpeó una bocanada de aire abrasador. Tenía el olor negro y acre del carbón; y también algo más, un olor químico, tal vez algo que añadieran para que el fuego ardiera más caliente. No era desagradable. Allí era donde se ocupaban de todos los residuos de los prisioneros: restos de las cocinas, cubos de porquería humana, la ropa que les quitaban. Pero lo que quiera que añadieran los fjerdanos al combustible ardía con el calor suficiente para quemar cualquier fetidez. Se inclinó hacia dentro, comenzando ya a sudar. Por debajo veía el carbón del incinerador, medio apagado pero todavía palpitando con un fuerte resplandor rojo.

—Wylan, dame una camisa de uno de los cubos —pidió Jesper.

Arrancó una de las mangas y la tiró a la chimenea. Ardió sin hacer ruido, se prendió en llamas en el aire y comenzó a quemarse hasta desaparecer antes de poder siquiera alcanzar los carbones.

Cerró las puertas y tiró los restos de la camisa de vuelta al cubo.

—Bueno, nada de demoliciones —dijo—. No podemos usar explosivos aquí. ¿Puedes subir igualmente? —le preguntó a Inej.

—Tal vez. No lo sé.

—¿Qué dice Kaz? ¿Dónde está? ¿Y dónde está Nina?

—Kaz todavía no sabe lo del incinerador —dijo Inej—. Él y Nina han ido a buscar en las celdas superiores.

El ceño fruncido de Matthias se volvió tan oscuro como un cielo cargado de lluvia lista para caer.

—Se suponía que Jesper y yo teníamos que ir con Nina.

—Kaz no quería esperar.

—Hemos llegado a tiempo —replicó Matthias, enfadado—. ¿Qué está tramando? Jesper se preguntaba lo mismo.

—¿Va a subir y bajar cojeando todos esos tramos de escaleras, esquivando patrulleros?

—Puede que tratara de señalarle eso —dijo Inej—. Siempre sorprende, ¿recuerdas?

—Como un enjambre de abejas. Espero que la sorpresa no sea su aguijón.

—Inej —dijo Wylan desde uno de los cubos—. Esta es nuestra ropa.

Metió la mano dentro y, una y luego otra, sacó las pequeñas sandalias de cuero de Inej. Una sonrisa deslumbrante apareció en la cara de la chica; por fin un poco de suerte. Kaz no tenía su bastón. Jesper no tenía sus pistolas. E Inej no tenía sus cuchillos. Pero al menos tenía esas sandalias mágicas.

—¿Qué dices, Espectro? ¿Puedes subir?

—Puedo.

Jesper le quitó los zapatos a Wylan.

—Si no pensara que tal vez estén llenos de enfermedades, los besaría. Y después a ti.



ina siguió a Kaz por las escaleras. Un escarpado tramo tras otro de piedra y luz de gas temblorosa. Lo observó con atención. Iba a buen ritmo, pero le dolía andar. ¿Por qué había insistido en ser él quien subiera? No podía ser cuestión de tiempo, así que a lo mejor era lo que siempre había pretendido. A lo mejor quería ocultarle algo de información a Matthias. O quizá tan solo quería que nadie tuviera la sensación de saberlo todo.

Se detuvieron en cada rellano, escuchando por si había patrulleros. La prisión estaba llena de sonidos, y era difícil no saltar por cada uno de ellos: voces que bajaban flotando por la escalera, el ruido metálico de las puertas abriéndose y cerrándose. Nina pensó en el violento caos de la Puerta del Infierno, los sobornos cambiando de mano, la sangre tiñendo la arena, un mundo distinto y distante de ese lugar estéril. Desde luego podía contarse con los fjerdanos para que mantuvieran las cosas en orden.

De camino al cuarto tramo, de pronto sonaron voces y pisadas en la escalera. Con rapidez, Nina y Kaz retrocedieron hasta el rellano del tercer piso y se colaron por la puerta que daba a las celdas. El prisionero en la más cercana comenzó a gritar, y Nina levantó la mano con rapidez y le cerró las vías respiratorias. Él la miró con los ojos como platos, arañándose el cuello. Ella le bajó el pulso, dejándolo inconsciente mientras relajaba la presión sobre su laringe para permitirle respirar. Lo necesitaban en silencio, no muerto.

Los ruidos crecieron mientras los guardias bajaban las escaleras, y un ruidoso fjerdano reverberaba por las paredes. Nina contuvo el aliento observando la puerta, con las manos listas. Kaz no tenía ningún arma, pero se había puesto en posición de

lucha, esperando a ver si la puerta se abría. Sin embargo, los guardias continuaron más allá del rellano, hasta el siguiente piso.

Cuando los sonidos se desvanecieron, Kaz le hizo una señal y salieron por la puerta, la cerraron tras ellos con tanto silencio como pudieron y continuaron su ascenso.

Sonaron siete campanadas mientras llegaban al piso superior. Había pasado una hora desde que habían dejado inconscientes a los prisioneros en el área de contención. Tenían cuarenta y cinco minutos para buscar las celdas de alta seguridad, encontrarse de nuevo en el rellano y volver al sótano. Kaz le hizo un gesto para que fuera por el corredor de la izquierda mientras él iba por la derecha.

La puerta crujió sonoramente mientras Nina entraba. Las lámparas estaban espaciadas allí, y las sombras entre ellas parecían lo bastante oscuras para caer en ellas. Se dijo que debía estar agradecida por el refugio, pero no podía negar que era espeluznante. Las celdas también eran diferentes, con puertas de acero macizo en vez de barrotes de hierro. Había un agujero para ver en cada una de ellas al nivel de los ojos. Bueno, de los ojos fjerdanos. Nina era alta, pero tuvo que ponerse de puntillas de todos modos para mirar por ellos.

La mayoría de los prisioneros estaban durmiendo o descansando, enroscados en las esquinas o boca arriba con un brazo sobre los ojos para bloquear la débil luz de las lámparas que se colaba por el agujero. Otros estaban sentados contra las paredes, mirando con apatía a la nada. De vez en cuando encontró a alguno paseándose y tuvo que alejarse con rapidez. Ninguno era shu.

—¿Agor? —dijo uno tras ella en fjerdano. Lo ignoró y siguió avanzando, con el corazón latiendo con fuerza.

¿Y si Bo Yul-Bayur de verdad estaba en esas celdas? Sabía que era probable, pero aun así... podía matarlo en su celda, sumirlo en un sueño profundo e indoloro y simplemente pararle el corazón. Le diría a Kaz que no lo había encontrado. ¿Y si lo localizaba él? Tal vez tuviera que esperar a salir de la Corte de Hielo para encontrar una solución, pero al menos podía contar con que Matthias la ayudara. Qué alianza tan extraña y nefasta habían forjado.

Pero mientras recorría los corredores, la pequeña esperanza de que el científico pudiera estar ahí se marchitó hasta convertirse en nada. *Una fila más de celdas*, pensó, *y después a volver al sótano con las manos vacías*. Salvo porque cuando entró en el último corredor vio que era más corto que los demás. Donde debería haber habido más celdas se encontraba una puerta de acero, con una luz intensa brillando debajo.

Un aleteo de intranquilidad la recorrió mientras se acercaba, pero se obligó a abrir la puerta. Tuvo que entrecerrar los ojos ante la claridad. La luz era fuerte, tan clara como el día aunque sin nada de su calidez, y no pudo localizar su fuente. Oyó la puerta cerrándose tras ella, pero en el último momento se giró y la sujetó por el borde. Algo le decía que necesitaría una llave para abrirla desde dentro. Buscó

cualquier cosa que pudiera usar para mantenerla abierta, y tuvo que conformarse con arrancar un trozo de la parte inferior de sus pantalones de prisión y meterlo en la cerradura.

Ese sitio le producía una mala sensación. Las paredes, el suelo y los techos eran de un blanco tan limpio que dolía mirarlos. La mitad de una pared estaba hecha de paneles de cristal liso y perfecto. *Obra de Hacedores*. Al igual que el recinto de cristal que rodeaba esa vil exhibición de armas. Ningún artesano fjerdano podría hacer superficies tan inmaculadas. Habían usado poder Grisha para crear ese cristal; estaba segura. Había Grisha rebeldes que no servían a ningún país y podían plantearse que el gobierno fjerdano los contratara. Pero ¿sobrevivirían a un encargo así? La esclavitud parecía más probable.

Dio un paso y después otro. Miró por encima del hombro. Si entraba un guardia en el corredor tras ella, no tendría ningún lugar donde esconderse. *Pues muévete, Nina*.

Miró en el interior de la primera ventana. La celda estaba tan blanca como el pasillo e iluminada por la misma luz brillante y sostenida. La habitación estaba vacía y carente de cualquier clase de mueble, no había ni banco, ni palangana ni cubo. Lo único que rompía toda esa blancura era un desagüe en el mismo centro del suelo, rodeado de manchas rojizas.

Continuó hasta la siguiente celda. Era idéntica y estaba igual de vacía, como la siguiente y la próxima. Pero allí algo le llamó la atención, una moneda junto al desagüe... no, no una moneda, sino un botón. Un pequeño botón plateado adornado con un ala, el símbolo de un Vendaval Grisha. Sintió un escalofrío que le recorría los brazos. ¿Unos esclavos Grisha habían hecho esas celdas para prisioneros Grisha? ¿Habrían construido el cristal, las paredes y el suelo para soportar la manipulación de un Hacedor? Las habitaciones carecían de metal. No había tuberías ni cañerías que llevaran agua que pudiera emplear un Agitamareas. Y Nina sospechaba que el cristal por el que miraba sería un espejo al otro lado, para que un Mortificador no pudiera localizar un objetivo. Eran celdas diseñadas para encerrar a los Grisha. Diseñadas para encerrarla a ella.

Giró sobre sus talones. Bo Yul-Bayur no se encontraba ahí, y quería salir de ese sitio ahora mismo. Sacó la tela de la cerradura y atravesó la puerta corriendo, sin detenerse para asegurarse de que se cerraba tras ella. El corredor de celdas de hierro era aún más oscuro tras el resplandor de antes, y tropezó mientras corría de vuelta por donde había venido. Nina sabía que estaba siendo incauta, pero no podía quitarse de la cabeza las habitaciones blancas. *El desagüe. Las manchas a su alrededor. ¿Habían torturado allí a algún Grisha? ¿Le habrían hecho confesar sus crímenes contra la gente?*

Había estudiado a los fjerdanos; sus líderes y su idioma. Incluso había soñado con entrar en la Corte de Hielo como una espía, justo así, en atacar el corazón de la nación que tanto la odiaba. Pero ahora que estaba allí, tan solo quería marcharse. Se

había acostumbrado a Ketterdam, a las aventuras originadas por su relación con los Despojos, a su vida fácil en la Rosa Blanca. Pero incluso allí, ¿se había sentido a salvo alguna vez? ¿En una ciudad donde no podía recorrer las calles sin miedo? *Quiero ir a casa*. El anhelo la golpeó con fuerza, un dolor físico. *Quiero volver a Ravka*.

El Reloj Mayor comenzó a sonar anunciando los tres cuartos de hora. Llegaba tarde. Sin embargo, se obligó a ralentizar los pasos antes de abrir la puerta que daba a la escalera. No había nadie allí, ni siquiera Kaz. Asomó la cabeza por el pasillo contrario para ver si se acercaba. Nada: puertas de hierro, sombras profundas, ninguna señal de él.

Esperó sin saber qué hacer. Habían planeado quedar en el rellano con quince minutos de sobra antes de la hora. ¿Y si se había metido en alguna clase de problema? Dudó y después se internó en el corredor que Kaz tenía que buscar. Pasó corriendo junto a las celdas por los pasillos que serpenteaban, pero no estaba por ninguna parte.

Basta, pensó Nina cuando llegó al final del segundo corredor. O Kaz la había abandonado y ya estaba abajo con los demás, o lo habían atrapado y llevado a algún sitio. En cualquier caso, tenía que llegar al incinerador. En cuanto encontrara a los demás podrían averiguar qué hacer.

Corrió por los pasillos y abrió la puerta que daba al rellano. Había dos guardias charlando en la parte superior de las escaleras. Por un momento, la miraron fijamente con la boca abierta.

—¡*Sten!* —gritó uno en fjerdano, ordenándole que se detuviera mientras trataban de alcanzar las pistolas. Nina levantó ambas manos, cerrándolas en puños, y observó a los guardias caer hacia atrás. Uno se quedó sobre el rellano, pero el otro cayó por las escaleras y su rifle se disparó: las balas rebotaron contra las paredes, y el sonido reverberó por la escalera. Kaz iba a matarla. Y ella iba a matarlo a él.

Nina se lanzó junto a los cuerpos de los guardias, bajó un tramo, después dos. En el rellano del tercer piso una puerta se abrió y un guardia irrumpió en la escalera. Nina retorció las manos en el aire y su cuello se rompió con un chasquido audible. Estaba bajando el siguiente tramo antes de que su cuerpo golpeará el suelo.

Entonces fue cuando comenzó a sonar el Reloj Mayor. No el tañido constante de las horas, sino un clamor estridente y agudo: un sonido de alarma.



Inej levantó la mirada hacia la oscuridad. Muy por encima de ella flotaba una pequeña franja gris de cielo vespertino. Seis pisos que escalar a oscuras con las manos resbaladizas por el sudor y los fuegos del infierno ardiendo debajo, con todo su peso en la cuerda y ninguna red para sujetarla. *Sube, Inej.*

Las manos desnudas eran lo mejor para escalar, pero las paredes del incinerador estaban demasiado calientes para permitirlo, así que Wylan y Jesper la habían ayudado a sacar los guantes de Kaz de los cubos de la lavandería. Dudó brevemente. Kaz le diría que se pusiera los guantes y ya, que hiciera lo que fuera necesario para realizar el trabajo. Y aun así, se sintió curiosamente culpable mientras deslizaba el flexible tejido negro sobre sus manos, como si hubiera entrado en su habitación sin permiso, hubiera leído sus cartas y se hubiera tumbado en su cama. Los guantes no tenían costuras, y solo había unos diminutos cortes en las puntas de los dedos. *Para los juegos de manos, comprendió, para poder mantener el contacto con las monedas o las cartas, o trabajar en una cerradura. Tocar sin tocar.*

No tuvo tiempo para aclimatarse a la sensación aumentada de los guantes. Además, había escalado con las manos cubiertas muchas veces cuando los vientos de Ketterdam le habían entumecido los dedos. Flexionó los dedos de los pies en sus pequeñas sandalias de cuero, disfrutando de la sensación familiar de tenerlas en los pies, botando sobre sus abultadas suelas de goma, sin miedo y deseosa. El calor no era nada, simple incomodidad. ¿El peso de veinte metros de cuerda enroscado alrededor de su cuerpo? Era el Espectro. Había sufrido cosas peores. Se lanzó a la chimenea con pura confianza.

Cuando sus dedos entraron en contacto con la piedra, soltó un siseo. A pesar del

cuero, podía sentir el denso calor de los ladrillos. Sin los guantes, la piel se le habría empezado a ampollar de inmediato, pero no había nada que hacer salvo sujetarse. Subió; la mano y después el pie, y después otra vez la mano, buscando la siguiente grieta, la siguiente protuberancia en las paredes resbaladizas por el hollín.

El sudor le bajaba por la espalda. Habían empapado de agua la cuerda y su ropa, pero no parecía servir de mucho. Sentía todo el cuerpo caliente, bañado de sangre como si la estuviera cocinando poco a poco en su propia piel.

Sus pies latían con el calor. Los notaba pesados, patosos, como si pertenecieran a otra. Trató de centrarse. Confiaba en su cuerpo. Conocía su propia fuerza y sabía exactamente lo que podía hacer. Levantó otra mano, obligando a sus miembros a cooperar, buscando un ritmo, pero encontrando solo una incómoda síncope que dejó sus músculos temblando cada vez que subía. Alcanzó el siguiente saliente y se aferró a él. *Sube, Inej.*

Su pie resbaló. Los dedos de sus pies perdieron el contacto con la pared, y el estómago le dio un vuelco cuando sintió el tirón de su peso y la cuerda. Se sujetó a la pared, aferrándose a las grietas, con los guantes de Kaz alrededor de sus dedos húmedos. Otra vez su pie buscó agarre, pero solo se deslizaron sobre los ladrillos. Entonces el otro pie también comenzó a resbalar. Tomó una bocanada de aire abrasador. Algo iba a mal. Se arriesgó a mirar abajo. Muy al fondo vio el resplandor rojo de los carbones, pero fue lo que vio en sus pies lo que la aturdió e hizo que su corazón galopara con pánico. Había una cosa viscosa. Las suelas de sus zapatos, sus perfectos y amados zapatos, se estaban derritiendo.

No pasa nada, se dijo. Cambia el agarre. Pon el peso sobre los hombros. La goma se enfriará cuanto más subas. Te ayudará a sujetarte. Pero sentía los pies como si estuvieran ardiendo. Ver lo que estaba pasando de algún modo lo empeoraba, como si la goma se estuviera fusionando con su carne.

Inej pestañeó para quitarse el sudor de los ojos y se elevó unos pocos centímetros más. Desde algún lugar por encima, oyó el repique del Reloj Mayor. ¿Eran y media? ¿O menos cuarto? Tenía que ir más rápida. Ya debería estar en el tejado, atando la cuerda.

Avanzó más y su piel se deslizó por el ladrillo. Descendió y todo su cuerpo trastabilló contra la pared mientras trataba de agarrarse. No había nadie para salvarla. Ningún Kaz que fuera a rescatarla, ninguna red esperando para amortiguar su caída, solo el fuego, listo para reclamarla.

Inej echó la cabeza hacia atrás, buscando la franja de cielo. Todavía parecía imposiblemente distante. ¿Cómo de lejos estaba? ¿Seis metros? ¿Nueve? Bien podrían haber sido kilómetros. Iba a morir allí, lenta y horriblemente sobre los carbones. Todos iban a morir, Kaz, Nina, Jesper, Matthias y Wylan, y todo era culpa suya.

No. No lo era.

Se elevó casi medio metro más (*Kaz nos ha traído aquí*), y después otro. Se

obligó a encontrar el siguiente agarre. Kaz y su avaricia. No se sentía culpable. No lo sentía. Tan solo estaba enfadada. Enfadada con Kaz por tratar de hacer ese demente trabajo, furiosa consigo misma por aceptar.

¿Y por qué lo había hecho? ¿Para pagar su deuda? ¿O porque a pesar de todo su buen juicio y sus mejores intenciones se había permitido sentir algo por ese cabrón del Barril?



Cuando Inej entró en el salón de Tante Heleen aquella noche de hacía tanto tiempo, Kaz Brekker la había estado esperando, vestido de un gris oscuro y apoyado en su bastón con cabeza de cuervo. El salón estaba adornado de oro y azulejos, y una pared entera tenía un patrón de plumas de pavo real. Inej odiaba cada centímetro de la Reserva: la recepción donde ella y las otras chicas eran obligadas a canturrear y parpadear ante los posibles clientes; su habitación, que habían hecho que pareciera una ridícula versión de una caravana sulí, engalanada de seda púrpura y llena de incienso. Pero el salón de Tante Heleen era el peor. Era el lugar de las palizas, de la peor furia de Heleen.

Inej había tratado de escapar al llegar a Ketterdam. Se había alejado dos manzanas de la Reserva, todavía con sus sedas, cegada por la luz y el caos del Stave Occidental, corriendo sin dirección, antes de que Cobbet le sujetara la nuca con una mano carnosa y la arrastrara de vuelta. Heleen la llevó a su salón y le dio una paliza tan fuerte que no pudo trabajar en una semana. Durante el siguiente mes, Heleen la mantuvo sujeta con sus cadenas doradas, sin dejarle ir siquiera a la recepción. Cuando al fin abrió los grilletes, le dijo:

—Me debes un mes de ganancias perdidas. Si vuelves a huir, haré que te envíen a la Puerta del Infierno por quebrantar el contrato.

Aquella noche había entrado en el salón con temor, y al ver a Kaz Brekker allí el temor solo se incrementó. Manos Sucias debía de haber informado sobre ella. Le habría dicho a Tante Heleen que había hablado sin permiso, que había estado tratando de causar problemas.

Pero Heleen se había reclinado en su sillón de cuero y le dijo:

—Bueno, pequeña lince, parece que ahora eres el problema de otro. Al parecer a Per Haskell le gustan las chicas sulí. Ha comprado tu contrato por una estupenda suma.

Inej tragó saliva.

—¿Voy a ir a otra casa?

Heleen negó con la mano.

—Haskell tiene una casa del placer, si es que puedes llamarla así, en algún lugar en la parte baja del Barril, pero serías un desperdicio de dinero allí... aunque desde luego aprenderías lo amable que ha sido Tante Heleen contigo. No, Haskell te quiere

para él.

¿Quién era Per Haskell? ¿*Importa?*, dijo una voz en su interior. *Es un hombre que compra mujeres. Eso es todo lo que necesitas saber.*

La angustia de Inej debió de ser visible, porque Tante Heleen se rio ligeramente.

—No te preocupes. Es viejo, *asquerosamente* viejo, pero parece inofensivo. Claro que nunca se sabe. —Levantó un hombro—. A lo mejor te comparte con su chico de los recados, Brekker.

Kaz dirigió los ojos fríos hacia ella.

—¿Hemos terminado?

Era la primera vez que Inej lo oía hablar, y le sobresaltó el áspero ardor de su voz. Heleen aspiró por la nariz, ajustándose el cuello de su reluciente vestido azul.

—Desde luego que sí, pequeño desgraciado.

Calentó un trozo de cera color azul pavo real y puso su sello en el documento que había ante ella. Después se levantó y examinó su reflejo en el espejo que colgaba sobre la repisa de la chimenea. Inej la vio enderezando la gargantilla de diamantes que llevaba, y las joyas relucieron con fuerza. A través de la estridente confusión de su cabeza, pensó: *Parecen estrellas robadas.*

—Adiós, pequeña lince —dijo Tante Heleen—. Dudo que dures más de un mes en esa parte del Barril. —Echó un vistazo a Kaz—. No te sorprendas si huye; es más rápida de lo que parece. Pero tal vez a Per Haskell también le guste eso. Podéis salir.

Salió de la habitación en una nube de seda y perfume de piel, dejando a una aturdida Inej a su paso.

Con lentitud, Kaz cruzó la habitación y cerró la puerta. Inej se tensó por lo que fuera a pasar a continuación, retorciendo los dedos en sus sedas.

—Per Haskell dirige los Despojos —dijo Kaz—. ¿Has oído de nosotros?

—Son tu banda.

—Sí, y Haskell es mi jefe. Y también el tuyo, si quieres.

Ella reunió coraje y dijo:

—¿Y si no quiero?

—Retiraré la oferta y volveré a casa como un idiota. Y tú te quedarás aquí con ese monstruo de Heleen.

Inej se llevó la mano a la boca.

—Siempre escucha —susurró aterrorizada.

—Que escuche. En el Barril hay toda clase de monstruos, y algunos son desde luego muy hermosos. Pago a Heleen por información. De hecho, le pago demasiado por información, pero sé exactamente lo que es. Le he pedido a Per Haskell que pagara tu contrato. ¿Sabes por qué?

—¿Te gustan las chicas sulí?

—No conozco suficientes chicas sulí para saberlo. —Avanzó hasta el escritorio, tomó el documento y se lo metió en el abrigo—. La otra noche, cuando me hablaste...

—No quería ofenderte, yo...

—Querías ofrecermé información. ¿Tal vez a cambio de ayuda? ¿Una carta a tus padres? ¿Algún pago extra?

Inej hizo una mueca; eso era exactamente lo que había querido. Había oído cotilleos sobre un cargamento de seda y había pensado hacer alguna clase de intercambio. Era estúpido y atrevido.

—¿Tu verdadero nombre es Inej Ghafa?

Un extraño sonido escapó de la garganta de la chica, mitad sollozo y mitad risa, un sonido débil y vergonzoso, pero habían pasado meses desde que había oído su nombre y el apellido de su familia.

—Sí —logró decir.

—¿Así es como prefieres que te llamen?

—Por supuesto —respondió, y después añadió—: ¿Kaz Brekker es tu verdadero nombre?

—Lo bastante verdadero. La noche que te acercaste a mí no me di cuenta de que estabas cerca hasta que hablaste. —Inej frunció el ceño. Había querido ser silenciosa, así que lo había sido. ¿Qué importaba?—. Tenías campanas en los tobillos —dijo Kaz, haciendo un gesto a su disfraz—, pero no te oí. Tenías seda y manchas púrpura pintadas sobre los hombros, pero no te vi. Y yo lo veo todo. —Ella se encogió de hombros y él inclinó la cabeza hacia un lado—. ¿Te entrenaron como bailarina?

—Como acróbata. —Hizo una pausa—. Mi familia... somos todos acróbatas.

—¿Cuerda floja?

—Y balancines. Malabarismos. Volteretas.

—¿Trabajabas con red?

—Solo cuando era muy pequeña.

—Bien. No hay ninguna red en Ketterdam. ¿Alguna vez te has metido en una pelea? —Ella negó con la cabeza—. ¿Matado a alguien?

Abrió mucho los ojos.

—No.

—¿Alguna vez has pensado en ello?

Inej hizo una pausa y cruzó los brazos.

—Cada noche.

—Es un comienzo.

—No quiero matar gente, en realidad no.

—Es una sólida política hasta que la gente quiera matarte. Y en nuestra línea de trabajo, eso pasa mucho.

—¿Nuestra?

—Quiero que te unas a los Despojos.

—¿Para hacer qué?

—Reunir información. Necesito una araña que suba las paredes de las casas y negocios de Ketterdam, que escuche en las ventanas y los aleros. Necesito a alguien

que pueda ser invisible, que pueda convertirse en fantasma. ¿Crees que podrías hacerlo?

Ya soy un fantasma, pensó ella. Morí en la bodega de un barco de esclavos.

—Creo que sí.

—Esta ciudad está llena de hombres y mujeres ricos. Vas a aprender sus hábitos, sus idas y venidas, las cosas sucias que hacen por la noche, los crímenes que tratan de cubrir durante el día, sus tallas de zapato, las combinaciones de sus cajas fuertes, los juguetes que más les gustaban de pequeños. Y yo utilizaré esa información para quitarles su dinero.

—¿Qué pasará cuando tengas su dinero y te vuelvas rico?

La boca de Kaz había temblado ligeramente al oírlo.

—Después tú también podrás robar mis secretos.

—¿Por eso me has comprado?

El humor se desvaneció de la cara del joven.

—Per Haskell no te ha comprado; ha pagado tu contrato. Eso significa que le debes dinero. Mucho. Pero es un contrato de verdad. Mira —dijo, sacando el documento de Heleen de su abrigo—. Quiero que veas algo.

—No sé leer kerch.

—No importa. ¿Ves esos números? Es la cantidad que Heleen asegura que te prestó para el transporte desde Ravka. Este es el dinero que has ganado trabajando para ella. Y esto es lo que todavía le debes.

—Pero... pero eso no es posible. Es más ahora que cuando llegué.

—Eso es. Te ha cobrado por la habitación, las comidas y el adiestramiento.

—Me compró —dijo Inej, con la furia alzándose contra su voluntad—. Ni siquiera podía leer lo que estaba firmando.

—La esclavitud es ilegal en Kerch, pero los contratos no. Sé que este contrato es una farsa, y cualquier juez con dos dedos de frente también lo pensaría. Por desgracia, Heleen tiene a muchos jueces en el bolsillo. Per Haskell te ofrece un préstamo, ni más, ni menos. Tu contrato estará en ravkano. Pagarás intereses, pero nada grande. Y mientras le pagues cierto porcentaje todos los meses, serás libre de ir y venir como quieras.

Ella negó con la cabeza. Nada de aquello parecía posible.

—Inej, voy a ser muy claro contigo. Si rompes el contrato, Haskell enviará gente a por ti, gente que hará que Tante Heleen parezca una abuela cariñosa. Y yo no lo detendré. Me juego el cuello por este pequeño acuerdo, y no es una posición que me guste.

—Si esto es cierto —dijo la chica con lentitud—, entonces tengo la libertad de decir que no.

—Por supuesto. Pero es evidente que eres peligrosa —señaló él—. Preferiría que nunca te volvieras peligrosa para mí.

Peligrosa. Quería aferrarse a esa palabra. Estaba segura de que ese chico estaba

loco, o solo engañado sin remedio, pero le gustaba esa palabra, y salvo que se equivocara le estaba ofreciendo salir de esa casa esa misma noche.

—Esto... esto no es un truco, ¿verdad?

Su voz era más débil de lo que pretendía.

La sombra de algo oscuro cruzó la cara de Kaz.

—Si fuera un truco, te prometería seguridad. Te prometería felicidad. No sé si eso existe en el Barril, pero no lo encontrarás conmigo.

Por alguna razón, esas palabras la habían reconfortado. Mejor verdades terribles que mentiras amables.

—De acuerdo —dijo—. ¿Cómo empezamos?

—Comencemos saliendo de aquí y encontrándote ropa de verdad. Ah, Inej... —añadió mientras la conducía fuera del salón—. No vuelvas a acercarte a mí a hurtadillas.



La verdad era que había tratado de acercarse a él a hurtadillas muchas veces desde entonces, pero nunca lo había conseguido. Era como si una vez Kaz la había visto hubiera comprendido cómo seguir viéndola.

Había confiado en Kaz Brekker esa noche. Se había convertido en la chica peligrosa que él había sentido acechando en su interior. Pero había cometido el error de continuar confiando en él, de creer en la leyenda que él había construido a su alrededor. Ese mito la había llevado allí, a esa sofocante oscuridad, en equilibrio entre la vida y la muerte como la última hoja aferrándose a una rama de otoño. En realidad, Kaz Brekker solo era un chico, y le había permitido conducirla a ese destino.

Ni siquiera podía culparlo. Había permitido que la condujera porque no sabía adonde quería ir. *El corazón es como una flecha*. Cuatro millones de *kruge*, libertad y una oportunidad de volver a casa. Había dicho que quería esas cosas, pero en su corazón no podía soportar la idea de volver con sus padres. ¿Podría contarles la verdad? ¿Comprenderían todo lo que había hecho para sobrevivir, no solo en la Reserva, sino cada día después de eso? ¿Podría apoyar la cabeza sobre el regazo de su madre y que esta la perdonara? ¿Qué verían cuando la miraran?

Sube, Inej. Pero ¿adonde iba a ir? ¿Qué vida le esperaba después de todo lo que había sufrido? Le dolía la espalda. Le sangraban las manos. Los músculos de sus piernas se sacudían con temblores invisibles, y notaba la piel como si estuviera a punto de despegársele del cuerpo. Cada trago de aire negro le abrasaba los pulmones. No podía respirar hondo. Ni siquiera podía concentrarse en esa zona gris de cielo. El sudor no dejaba de bajar por su frente y le escocía en los ojos. Si se rendía, se estaría rindiendo por todos ellos, por Jesper y Wylan, por Nina y su fjerdano, por Kaz. No podía hacer eso.

Ya no depende de ti, pequeña lince, canturreó la voz de Tante Heleen en su

cabeza. *¿Cuánto tiempo llevas aferrándote a la nada?*

El calor del incinerador la envolvía como algo vivo, un dragón del desierto en su guarida, escondiéndose del hielo, esperándola. Conocía los límites de su cuerpo y sabía que no tenía más que entregar. Había hecho una mala apuesta, era tan simple como eso. Puede que la hoja de otoño se aferrara a su rama, pero ya estaba muerta. La única pregunta era cuándo caería.

Suéltate, Inej. Su padre le había enseñado a escalar, a confiar en la cuerda, en el balanceo, y finalmente a confiar en su propia habilidad, a creer que si saltaba alcanzaría el otro lado. ¿La estaría esperando allí? Pensó en sus cuchillos, ocultos a bordo del Ferolind... tal vez fueran a parar a otra chica que soñara con ser peligrosa. Susurró sus nombres: Petyr, Marya, Anastasia, Vladimir, Lizabeta, Sankta Alina, martirizada antes de cumplir los dieciocho. *Suéltate, Inej.* ¿Debería saltar ya o simplemente esperar a que su cuerpo se rindiera?

Notó humedad en las mejillas. ¿Estaba llorando? ¿En ese momento? ¿Después de todo lo que había hecho y lo que le habían hecho?

Entonces lo oyó, un golpeteo suave, un tamborileo ligero que no tenía ningún ritmo real. Lo sintió en sus mejillas y en su cara. Oyó el siseo mientras golpeaba los carbones debajo. *Lluvia.* Fresca e indulgente. Inclino la cabeza hacia atrás. En algún lugar oyó las campanas que señalaban los tres cuartos de hora, pero no le importó. Tan solo oía la música de la lluvia mientras lavaba el sudor y el hollín, el humo de carbón de Ketterdam, la pintura de la cara de la Reserva, mientras bañaba los extremos de la cuerda y endurecía la goma de sus doloridos pies. Era como una bendición, aunque sabía que Kaz diría que era solo el tiempo.

Tenía que moverse ya, con rapidez, antes de que la piedra se volviera resbaladiza y la lluvia se convirtiera en una enemiga. Obligó a sus músculos a flexionarse, a sus dedos a buscar, y avanzó medio metro, y después uno, una y otra vez, murmurando plegarias de gratitud a sus Santos. Allí estaba el ritmo que la había eludido antes, enterrado en la cadencia susurrada de sus nombres.

Pero incluso mientras daba las gracias, sabía que la lluvia no era suficiente. Quería una tormenta: truenos, viento, un diluvio. Quería que golpeará las casas del placer de Ketterdam, que levantara tejados y arrancara las puertas de sus goznes. Quería que elevara los mares, que apresara todos los barcos de esclavos, que destrozara sus mástiles y estampara sus cascos contra las implacables costas. *Quiero invocar esa tormenta,* pensó. Y cuatro millones de *kruge* podrían ser suficientes para hacerlo. Suficientes para su propio barco, uno pequeño y temible, con una gran potencia de fuego. Uno como ella. Cazaría a los esclavizadores y a sus compradores. Aprenderían a temerla y la conocerían por su nombre. *El corazón es como una flecha. Hace falta puntería para dar en el blanco.* Se aferró a la pared, pero fue su propósito lo que había encontrado por fin, y eso la llevó hacia arriba.

Ya no era una lince, una araña o siquiera el Espectro. Era Inej Ghafa, y su futuro la esperaba arriba.



az corrió por las celdas superiores, gastando solo unos breves segundos para mirar por cada hueco. Bo Yul-Bayur no estaría ahí. Y no tenía mucho tiempo.

Sentía que una parte de él estaba trastornada. Sus pies estaban desnudos. Llevaba ropa extraña, y sus manos estaban pálidas y sin guantes. No se sentía él mismo en absoluto. No, aquello no era cierto. Se sentía como el Kaz que había sido en las semanas tras la muerte de Jordie, como un animal salvaje, luchando por sobrevivir. Vio a un prisionero shu acechando en la parte trasera de una de las celdas.

—*Sesh-uyeh* —susurró Kaz. Pero si el hombre reconoció la palabra en clave, no dio muestras de ello—. ¿Yul-Bayur?

Nada. El hombre comenzó a gritarle en shu y Kaz se apresuró a marcharse, pasó junto al resto de las celdas y después se deslizó por el rellano y bajó corriendo hasta el siguiente piso tan rápido como pudo. Sabía que estaba siendo imprudente y egoísta, pero ¿no era por eso por lo que lo llamaban Manos Sucias? Ningún trabajo era demasiado arriesgado. Ningún acto era demasiado bajo. Manos Sucias se encargaría del trabajo pesado.

No estaba seguro de qué lo guiaba. Era posible que Pekka Rollins no estuviera allí. Era posible que estuviera muerto, pero Kaz no lo creía. *Lo sé. De algún modo, lo sé.*



—Tu muerte me pertenece —susurró. El regreso a nado desde la Barcaza del Segador había sido el renacimiento de Kaz. El niño que había sido había muerto de viruela de

fuego. La fiebre había quemado todas las cosas buenas en su interior.

La supervivencia no fue tan dura como había pensado cuando dejó la decencia atrás. La primera regla fue encontrar a alguien más pequeño y débil y tomar lo que tuviera. Aunque, siendo él pequeño y débil, no fue tarea fácil. Subió del puerto arrastrando los pies, quedándose en los callejones, en dirección al barrio donde habían vivido los Hertzoon. Cuando vio una tienda de golosinas, esperó fuera y después abordó a un pequeño escolar regordete que iba por detrás de sus amigos. Kaz lo derribó, le vació los bolsillos y le quitó su bolsa de regalices.

—Dame los pantalones —le dijo.

—Son demasiado grandes para ti —gimoteó el niño.

Kaz le mordió, y el niño le dio los pantalones. Kaz hizo una bola con ellos y los tiró al canal, y después corrió tan rápido como sus débiles piernas le permitieron. No quería los pantalones; tan solo quería que el niño esperara antes de lloriquear pidiendo ayuda. Sabía que se quedaría un buen rato aovillado en ese callejón, sopesando la vergüenza de aparecer medio vestido en la calle con la necesidad de volver a casa y contar lo que había pasado.

Dejó de correr cuando llegó al callejón más oscuro que pudo encontrar en el Barril. Se metió todo el regaliz en la boca de golpe, se lo tragó dolorosamente y enseguida vomitó. Tomó el dinero y compró una hogaza caliente de pan blanco. Estaba descalzo y sucio, y el panadero le dio una segunda hogaza solo para que permaneciera lejos.

Cuando se sintió un poco más fuerte y menos tembloroso, caminó hasta el Stave Oriental. Encontró el antro de juegos más sucio, uno sin cartel y con solo un portero solitario enfrente.

—Quiero un trabajo —dijo en la puerta.

—No hay ninguno, enano.

—Se me dan bien los números.

El hombre se rio.

—¿Puedes limpiar palanganas?

—Sí.

—Pues qué pena. Ya tenemos a un chico que limpia las palanganas.

Kaz esperó toda la noche hasta que vio a un niño más o menos de su edad saliendo de allí. Lo siguió durante dos manzanas y después lo golpeó en la cabeza con una piedra. Se sentó sobre sus piernas, le quitó los zapatos y después le hizo un corte en la planta de los pies con un trozo de botella rota. El chico se recuperaría, pero no estaría trabajando en una temporada. Tocar la carne desnuda de sus tobillos llenó a Kaz de repulsión. No dejaba de ver los cuerpos blancos de la Barcaza del Segador, de sentir la piel hinchada de Jordie bajo sus manos.

A la tarde siguiente, regresó al antro.

—Quiero un trabajo —dijo. Y lo consiguió.

Desde entonces, trabajó, fue tirando y ahorró. Siguió a los ladrones profesionales

del Barril y aprendió a robar de los bolsillos y cortar los cordones del bolso de una señora. Pasó su primer periodo en la cárcel, y después el segundo. Se ganó enseguida la reputación de estar dispuesto a aceptar cualquier trabajo que necesitara alguien, y el nombre de Manos Sucias llegó pronto. No tenía habilidades para luchar, pero era tenaz.

—No tienes delicadeza —le dijo una vez un jugador del Liguero Plateado—. Ni técnica.

—Claro que sí —había respondido Kaz—. Practico el arte de poner la camisa sobre la cabeza y pegar hasta ver sangre.

Seguía usando el nombre de Kaz, como siempre había hecho, pero robó el nombre de Brekker de una pieza de maquinaria que había visto en el muelle. Su apellido, Rietveld, quedó abandonado, cortado como un miembro podrido. Era un nombre de campo, su último lazo con Jordie, su padre y el niño que había sido. Pero no quería que Jakob Hertzoon lo viera llegar.

Descubrió que la estafa que había usado Hertzoon con él y con Jordie era común. La cafetería y la casa de la Zilverstraat no habían sido más que escenarios, utilizados para desplumar estúpidos del campo. Filip con sus perros mecánicos había sido el cebo, utilizado para atraer a Jordie, mientras que Margit, Saskia y los dependientes de la oficina de comercio habían sido todos señuelos en el fraude. Incluso uno de los oficiales del banco tenía que estar involucrado, pasando a Hertzoon información sobre sus clientes y aconsejándole sobre los recién llegados del campo que abrían cuentas. Hertzoon probablemente habría utilizado la estafa con múltiples blancos a la vez. La pequeña fortuna de Jordie no era suficiente para justificar tal montaje.

Pero el descubrimiento más cruel fue el don de Kaz para las cartas. Tal vez los hubiera hecho ricos a Jordie y a él. Cuando aprendía un juego, tardaba unas pocas horas en dominarlo, y después simplemente nadie podía ganarle. Podía recordar cada mano que hubieran jugado, cada apuesta que hubieran hecho. Podía seguir la pista al trato hasta en cinco barajas. Y si había algo que no pudiera recordar, lo compensaba haciendo trampas. Nunca perdió su amor por un juego de manos, y se graduó de las monedas a las cartas, las tazas, las carteras y los relojes. Un buen mago no era muy diferente de un ladrón experto. No tardaron mucho en prohibirle la entrada en todos los locales de juegos del Stave Oriental.

En cada lugar al que iba, en cada bar y pensión, cada burdel y casa ocupada, preguntaba por Jakob Hertzoon, pero si alguien conocía el nombre se negaba a admitirlo.

Entonces, un día, Kaz estaba cruzando un puente por el Stave Oriental cuando vio a un hombre de mejillas rojizas y patillas esponjosas entrando en una licorería. Ya no llevaba el negro formal de los mercaderes, sino unos llamativos pantalones a rayas y un chaleco de cachemir color granate. Su abrigo de terciopelo era de un verde botella.

Kaz atravesó la multitud con la mente zumbando y el corazón acelerado, sin saber muy bien qué pretendía hacer, pero en la puerta de la tienda un gigantesco portero

con sombrero hongo lo detuvo con una mano carnosa.

—Está cerrado.

—Puedo ver que está abierto.

La voz de Kaz le sonaba extraña; aflautada y poco familiar.

—Tendrás que esperar.

—Necesito ver a Jakob Hertzoon.

—¿Quién?

Kaz se sentía como si estuviera a punto de salir de su piel. Señaló a través de la ventana.

—El puto Jakob Hertzoon. Quiero hablar con él.

El portero lo miró como si estuviera desquiciado.

—No digas tonterías, chaval —dijo—. Ese no es ningún Hertzoon. Es Pekka Rollins. Si quieres llegar a ser alguien en el Barril, será mejor que conozcas su nombre.

Kaz conocía el nombre de Pekka Rollins. Todos lo conocían. Pero nunca lo había visto.

En ese momento, Rollins se giró hacia la ventana. Kaz esperó alguna señal; una sonrisa de suficiencia, una mueca, alguna chispa de reconocimiento. Pero los ojos de Rollins pasaron de largo. Un blanco más. Un sacrificio más. ¿Por qué iba a recordarlo?

Muchas bandas habían tratado de conseguir a Kaz, pues les gustaba cómo usaba los puños y las cartas. Siempre había dicho que no. Había ido al Barril para encontrar a Hertzoon y castigarlo, no para unirse a alguna familia improvisada. Pero descubrir que su verdadero objetivo era Pekka Rollins lo cambiaba todo. Esa noche, permaneció despierto en el suelo de la casa abandonada que había conseguido y pensó en lo que quería, en cómo arreglaría al fin las cosas para Jordie. Pekka Rollins se lo había quitado todo. Si Kaz pretendía hacerle lo mismo, tendría que convertirse en su igual, y después superarlo, y no podía hacerlo solo, necesitaba una banda, y no solo una cualquiera, sino una que lo necesitara a él. Al día siguiente entró en el Listón y le preguntó a Per Haskell si necesitaba otro soldado. Pero entonces ya lo sabía: comenzaría como soldado de infantería, pero los Despojos se convertirían en su ejército.



¿Todos esos pasos lo habían llevado hasta allí esa noche? ¿A esos corredores oscuros? No parecía la venganza que soñaba.

Las filas de celdas se extendían infinitas e imposibles. No había forma de encontrar a Rollins a tiempo, pero solo era imposible hasta que dejó de serlo, hasta que vio su gran figura, esa cara rojiza a través de la abertura de una puerta de hierro. Solo era imposible hasta que estuvo de pie frente a la celda de Pekka Rollins.

Estaba de costado, durmiendo. Alguien le había dado una buena paliza, y Kaz vio cómo su pecho subía y bajaba.

¿Cuántas veces había visto a Pekka desde aquel primer vistazo en la licorería? Ni una sola vez había habido un destello de reconocimiento. Kaz ya no era una criatura; no había razones para que Pekka viera en sus rasgos al niño que había estafado. Pero se ponía furioso cada vez que sus caminos se cruzaban. La cara de Pekka, de Hertzoon, era imborrable en la mente de Kaz, se había grabado a fuego.

Se quedó atrás, sintiendo el delicado peso de sus ganzúas como un insecto acunado en su palma. ¿No era eso lo que quería? ¿Ver a Pekka caer, humillado, miserable y sin esperanza, con sus mejores hombres muertos? A lo mejor aquello era suficiente. A lo mejor tan solo necesitaba que Pekka supiera quién era, lo que le había hecho. Podría realizar un pequeño juicio por su cuenta, dictar sentencia y hacerla cumplir.

El Reloj Mayor comenzó a dar los tres cuartos de hora. Debía irse. No le quedaba mucho tiempo para llegar al sótano, y Nina lo estaría esperando. Lo estarían esperando todos.

Pero lo necesitaba. Había luchado por ello. No era como se lo había imaginado, pero tal vez no hubiera ninguna diferencia. Si algún ejecutor fjerdano sin nombre mataba a Pekka Rollins, entonces nada de eso importaría. Kaz tendría sus cuatro millones de *kruge*, pero Jordie jamás tendría su venganza.

El cerrojo cedió con facilidad bajo las ganzúas de Kaz.

Pekka abrió los ojos y sonrió. No estaba durmiendo.

—Hola, Brekker —dijo—. ¿Vienes a regodearte?

—No exactamente —replicó Kaz.

Dejó que la puerta se cerrara tras él.

QUINTA PARTE

EL HIELO
NO PERDONA



onde demonios estaba Kaz? Jesper botaba de un pie al otro enfrente del incinerador, con el sonido metálico de las campanas de alarma llenando sus oídos, repiqueteando en sus pensamientos. ¿Protocolo Amarillo? ¿Protocolo Rojo? No recordaba cuál era cuál. Todo el plan había sido construido en base a no llegar a oír el sonido de la alarma.

Inej había atado una cuerda al tejado y la había bajado para que subieran. Jesper había enviado el resto de la cuerda con Wylan y Matthias, junto a un par de tijeras que había encontrado en la lavandería y un gancho que había formado con los listones de metal de una tabla de lavar. Después había limpiado la salpicadura de la lluvia y la humedad del suelo de la sala de desperdicios y se había asegurado de que no hubiera restos de cuerda u otras señales de su presencia. No había nada que hacer salvo esperar... y dejarse llevar por el pánico cuando la alarma comenzó a sonar.

Oyó gente gritándose, un caos de botas que sonaban con fuerza por el techo sobre él. En cualquier momento, algún guardia intuitivo podría bajar hasta el sótano. Si encontraban a Jesper junto al incinerador, la ruta hasta el tejado sería obvia. Los estaría condenando, a los demás y no solo a él.

Venga, Kaz. Te estoy esperando. Todos lo hacían. Nina había llegado a la habitación tan solo unos minutos antes, jadeando para recuperar el aliento.

—¡Sube! —había gritado—. ¿A qué estás esperando?

—¡A ti! —replicó Jesper. Pero cuando le preguntó dónde estaba Kaz, la cara de Nina se había arrugado.

—Esperaba que estuviera con vosotros.

Se había desvanecido subiendo por la cuerda, gruñendo a causa del esfuerzo,

dejando a Jesper debajo, paralizado por la indecisión. ¿Habrían capturado los guardias a Kaz? ¿Estaría en algún lugar de la prisión, luchando por su vida?

Es Kaz Brekker. Incluso si lo encerraban, Kaz podría escapar de cualquier cuerda, cualquier grillete. Jesper podría dejarle la cuerda allí, rezar que la lluvia y el incinerador cada vez más frío fueran suficientes para que el extremo no se quemara. Pero si se quedaba ahí plantado como un imbécil, delataría la ruta de escape y estarían todos condenados. No había nada que hacer salvo subir.

Jesper sujetó la cuerda justo mientras Kaz atravesaba la puerta como un rayo. Tenía la camisa cubierta de sangre, y su pelo oscuro era un caos salvaje.

—Deprisa —dijo sin preámbulos.

Mil preguntas se agolparon en la cabeza de Jesper, pero no se detuvo a hacerlas. Saltó sobre los carbones y comenzó a subir. La lluvia seguía cayendo de forma ligera desde arriba, y sintió que la cuerda temblaba cuando Kaz se sujetaba bajo él. Al bajar la mirada lo vio balanceándose para cerrar las puertas del incinerador tras él.

Jesper puso una mano por encima de la anterior, elevándose de nudo a nudo. Los brazos comenzaban a dolerle y la cuerda le cortaba las palmas; apoyaba los pies contra la pared del incinerador cuando tenía que hacerlo y después retrocedía ante el calor de los ladrillos. ¿Cómo había logrado escalar Inej sin nada a lo que agarrarse?

Muy por encima, las campanas de alarma del Reloj Mayor seguían sonando como un cajón lleno de ollas y sartenes furiosas. ¿Qué había ido mal? ¿Por qué se habían separado Kaz y Nina? ¿Y cómo iban a escapar de aquello?

Jesper sacudió la cabeza, pestañeando para tratar de quitarse la lluvia de los ojos, con los músculos tensándose en su espalda mientras subía más.

—Gracias a los Santos —jadeó cuando Matthias y Wylan le agarraron los hombros y lo impulsaron hacia arriba el último metro. Se desplomó por el borde de la chimenea en el tejado, empapado y tembloroso como un gatito medio ahogado—. Kaz está en la cuerda.

Matthias y Wylan la agarraron para elevarlo. Jesper no estaba muy seguro de cuánto estaba ayudando Wylan en realidad, pero desde luego se estaba esforzando mucho. Arrastraron a Kaz del hueco. Este cayó sobre su espalda, tomando bocanadas de aire.

—¿Dónde está Inej? —jadeó—. ¿Y Nina?

—Están en el tejado de la embajada —dijo Matthias.

—Dejad esta cuerda y tomemos el resto —replicó Kaz—. Vamos.

Matthias y Wylan tiraron la cuerda del incinerador en un montón mugriento y tomaron dos rollos limpios. Jesper tomó uno de ellos y se obligó a ponerse en pie. Siguió a Kaz hasta el borde del tejado, donde Inej había atado una cuerda que iba desde la parte superior de la prisión hasta el tejado del sector de la embajada debajo. Alguien había puesto unas sujeciones para aquellos sin el particular don del Espectro para flotar sobre la gravedad.

—Gracias a los Santos, a Djel y a tu tía Eva —dijo Jesper agradecido, y se deslizó

por la cuerda seguido por los demás.

El tejado de la embajada estaba curvado, probablemente para mantener la nieve alejada, pero era como caminar sobre el lomo abultado de una ballena gigante. También era decididamente más... poroso que el tejado de la prisión. Estaba lleno de múltiples puntos de entrada: rejillas de ventilación, chimeneas, pequeñas cúpulas de cristal diseñadas para dejar entrar la luz. Nina e Inej estaban pegadas contra la base de la cúpula más grande, un tragaluz con filigranas sobre la rotonda de entrada de la embajada. No ofrecía demasiado refugio de la lluvia menguante, pero si alguno de los guardias de la pared anular alejaba su atención del camino y miraba al tejado de la Corte, el grupo estaría oculto de la vista.

Nina tenía los pies de Inej sobre su regazo.

—No puedo quitarle toda la goma de los talones —dijo al verlos acercarse.

—Ayúdala —dijo Kaz.

—¿Yo? —preguntó Jesper—. ¿Te refieres a...?

—Hazlo.

Jesper se acercó para ver mejor los pies ampollados de Inej, agudamente consciente de Kaz siguiendo sus movimientos. La reacción de Kaz la última vez que Inej había resultado herida había sido más que perturbadora, aunque aquello no era tan malo como una puñalada y esta vez no había ningún Punta Negra al que culpar. Jesper se concentró en las partículas de goma, tratando de sacarlas de la carne de Inej tal como había extraído la mena de los barrotes de prisión.

Inej conocía su secreto, pero Nina lo estaba mirando boquiabierta.

—¿Eres un Hacedor?

—¿Me creerías si dijeras que no?

—¿Por qué no me lo has dicho?

—¿Porque nunca me lo preguntaste? —dijo él sin convicción.

—Jesper...

—Déjalo, Nina. —Apretó los labios, pero sabía que no sería la última vez que le sacara el tema. Se obligó a reconcentrarse en los pies de Inej—. Por todos los Santos.

Inej hizo una mueca.

—¿Tan mal está?

—No, es solo que tienes unos pies muy feos.

—Unos pies muy feos que te han hecho llegar hasta aquí.

—Pero ¿estamos atrapados aquí? —preguntó Nina. El Reloj Mayor dejó de sonar, y en el silencio que siguió cerró los ojos con alivio—. Por fin.

—¿Qué pasó en la prisión? —preguntó Wylan, con el pánico de nuevo en su voz—. ¿Qué accionó la alarma?

—Me encontré con dos guardias —explicó Nina.

Jesper levantó la mirada de su trabajo.

—¿No los derribaste?

—Sí, pero uno lanzó unos disparos. Otro guardia vino corriendo, y entonces fue

cuando comenzaron las campanadas.

—Joder. Entonces, ¿eso es lo que activó la alarma?

—Tal vez —dijo Nina—. ¿Dónde estabas tú, Kaz? No habría estado en la escalera de no haber perdido el tiempo buscándote. ¿Por qué no estabas en el rellano?

El se encontraba mirando a través del cristal de la cúpula.

—Decidí buscar también en las celdas del quinto piso.

Todos lo miraron fijamente, y Jesper sintió que su genio comenzaba a aumentar.

—¿Qué demonios haces? —preguntó—. Te marchas antes de que Matthias y yo volvamos, ¿y después decides expandir tu búsqueda y dejar a Nina pensando que estás en problemas?

—Tenía que ocuparme de algo.

—No me vale.

—Tuve una corazonada —dijo Kaz—. La seguí.

La expresión de Nina era de pura incredulidad.

—¿Una corazonada?

—Cometí un error —gruñó él—. ¿De acuerdo?

—No —replicó Inej con calma—. Nos debes una explicación.

Tras un momento, Kaz dijo:

—Fui a buscar a Pekka Rollins.

Hubo una mirada entre Kaz e Inej que Jesper no comprendió; había un conocimiento en ella que él no tenía.

—Por todos los Santos, ¿por qué? —preguntó Nina.

—Quería saber quién de los Despojos le filtraba información.

Jesper aguardó.

—¿Y?

—No lo encontré.

—¿Y la sangre de tu camisa? —inquirió Matthias.

—Me encontré con un guardia.

Jesper no se lo creía.

Kaz se pasó una mano sobre los ojos.

—La he cagado. Hice mal, y lo reconozco. Pero eso no cambia nuestra situación.

—¿Cuál es nuestra situación? —le preguntó Nina a Matthias—. ¿Qué harán ahora?

—La alarma era el Protocolo Amarillo, un disturbio en el sector.

Jesper se apretó las sienes.

—No recuerdo lo que significa eso.

—Creo que piensan que alguien está intentando escapar de prisión. El sector ya está sellado del resto de la Corte de Hielo, así que autorizarán una búsqueda y probablemente tratarán de averiguar quién falta en las celdas.

—Encontrarán a la gente que dejamos fuera de combate en las áreas de contención —dijo Wylan—. Tenemos que salir de aquí. Olvidar a Bo Yul-Bayur.

Matthias hizo un gesto displicente en el aire.

—Es demasiado tarde. Si los guardias creen que hay una fuga en proceso, los puntos de control estarán en alerta máxima. No van a dejar que nadie salga caminando.

—Podríamos intentarlo —dijo Jesper—. Podemos curarle los pies a Inej...

Ella los flexionó y después se puso en pie, probando las plantas desnudas sobre la gravilla.

—Parecen bien. Aunque ya no tengo callos.

—Te daré una dirección para que envíes tus quejas —replicó Nina con un guiño.

—Vale, el Espectro está bien —dijo Jesper, pasándose una manga sobre la cara húmeda. La lluvia se había desvanecido en una niebla ligera—. Encontramos una habitación cómoda para dar un golpe en la cabeza a gente de la fiesta y salimos de aquí bailando el vals con sus mejores ropas.

—¿Atravesando la puerta de la embajada y dos puntos de control? —preguntó Matthias, escéptico.

—No saben que nadie ha escapado del sector de la prisión. Han visto a Nina y a Kaz, así que saben que hay gente fuera de sus celdas, pero los guardias de los puntos de control estarán buscando rufianes con ropa de prisión, no diplomáticos de olor dulce con ropa bonita. Tenemos que hacerlo antes de que descubran que hay seis personas sueltas en el círculo exterior.

—Olvídalo —dijo Nina—. He venido aquí a encontrar a Bo Yul-Bayur y no pienso marcharme sin él.

—¿Qué sentido tiene? —preguntó Wylan—. Incluso aunque llegarais a la Isla Blanca y encontrarais a Yul-Bayur, no tenemos forma de salir. Jesper tiene razón: deberíamos ir ahora que tenemos la oportunidad.

Nina cruzó los brazos.

—Si tengo que cruzar hasta la Isla Blanca sola, lo haré.

—Puede que esa no sea una opción —intervino Matthias—. Mirad.

Se reunieron alrededor de la base de la cúpula de cristal. La rotonda de debajo era una masa de gente, bebiendo, riendo y saludándose, una especie de fiesta estridente antes de la celebración de la Isla Blanca.

Mientras observaban, un grupo de nuevos guardias entró en la habitación, tratando de disponer a la multitud en filas.

—Están añadiendo otro punto de control —dijo Matthias—. Van a volver a examinar la identificación de todos antes de que permitan el acceso de la gente al puente de cristal.

—¿Por el Protocolo Amarillo? —preguntó Jesper.

—Seguramente. Como precaución.

Era como ver sus últimas gotas de suerte caer de un vaso.

—Eso lo cambia todo —señaló Jesper—. Tenemos que intentar salir ahora.

—A mí se me ocurre una forma —dijo Inej en voz baja, y todos se giraron para

mirarla. La luz amarilla de la cúpula se derramaba en sus ojos oscuros—. Podemos atravesar ese punto de control y llegar a la Isla Blanca. —Señaló debajo, donde dos grupos de personas habían entrado en la rotonda desde el patio y estaban sacudiéndose la neblina de la ropa. Las chicas de la Casa del Iris Azul eran fácilmente identificables por el color de sus vestidos y las flores en su pelo y sus cuellos. Y nadie podía confundir a los hombres del Anvil; enormes tatuajes expuestos con orgullo, brazos desnudos a pesar del tiempo frío—. Las delegaciones del Stave Occidental han comenzado a llegar. Podemos entrar.

—Inej... —comenzó Kaz.

—Nina y yo podemos entrar —continuó ella. Tenía la espalda recta y el tono firme. Parecía alguien enfrentándose al escuadrón de fusilamiento y quitándose la venda—. Entraremos con la Reserva.



OCHO CAMPANADAS Y MEDIA

az la estaba observando con atención, y sus ojos de café amargo relucían bajo la luz de la cúpula.

—Sabes cómo son esos trajes —dijo ella—. Capas pesadas, capuchas. Eso es todo lo que verán los fjerdanos. Una cervatilla zemeni. Una yegua kaélica. —Tragó saliva y se obligó a pronunciar las siguientes palabras—. Una lince sulí.

No eran gente, ni siquiera chicas, solo objetos bonitos que coleccionar. *Siempre he querido tirarme a una zemeni*, susurraría algún cliente. *Una kaélica de pelo rojo. Una chica sulí con piel de caramelo.*

—Es arriesgado —dijo Kaz.

—¿Qué trabajo no lo es?

—Kaz, ¿cómo vais a entrar Matthias y tú? —preguntó Nina—. Puede que os necesitemos para las cerraduras, y si las cosas se ponen feas en la isla no quiero quedarme atrapada. Dudo que os podáis hacer pasar por miembros de la Reserva.

—Eso no debería ser un problema —dijo Kaz—. Helvar nos ha estado ocultando cosas.

—Ah, ¿sí? —preguntó Inej.

—No es... —Matthias se pasó una mano por el pelo cortado—. ¿Cómo sabes esas cosas, *demjin*? —le gruñó a Kaz.

—Lógica. Toda la Corte de Hielo es una obra maestra de seguridad y sistemas dobles. Ese puente de cristal es impresionante, pero durante una emergencia tiene que

haber otra forma de llevar refuerzos a la Isla Blanca y sacar a la familia real.

—Sí —admitió Matthias, exasperado—. Hay otra forma de llegar, pero es sucia. —Miró a Nina—. Y desde luego no se puede hacer si llevas un vestido.

—Esperad —interrumpió Jesper—. ¿Qué más da que podamos entrar todos en la Isla Blanca? Digamos que Nina le saca la ubicación de Yul-Bayur a algún jefazo fjerdano y lo traéis hasta aquí. Estaremos atrapados. Para entonces, los guardias de la prisión habrán completado su búsqueda y sabrán que seis presos han logrado salir del sector de algún modo. Cualquier oportunidad que tengamos de atravesar las puertas de la embajada y los puntos de control desaparecerá.

Kaz miró más allá de la cúpula, hasta el patio abierto de la embajada y la pared anular más allá.

—Wylan, ¿sería muy difícil deshabilitar una de esas puertas?

—¿Para abrirla?

—No, para dejarla cerrada.

—¿Te refieres a destrozarla? —Wylan se encogió de hombros—. No creo que sea demasiado difícil. No pude ver el mecanismo cuando entramos en prisión, pero por la disposición parece bastante corriente.

—¿Poleas, engranajes, algunos tornillos muy grandes?

—Bueno, sí, y un cabrestante grande. Los cables se enrollan a su alrededor como un carrete, y los guardias lo hacen girar con alguna clase de rueda o manivela.

—Sé cómo funciona un cabrestante. ¿Puedes destrozar uno?

—Creo que sí, pero lo complicado es el sistema de alarma al que estarán unidos los cables. Dudo que pueda hacerlo sin activar el Protocolo Negro.

—Bien —dijo Kaz—. Entonces eso es lo que haremos.

Jesper levantó una mano.

—Disculpa, pero ¿el Protocolo Negro no es lo que queríamos evitar a toda costa?

—A mí me parece recordar algo sobre una muerte segura —añadió Nina.

—No si lo usamos contra ellos. Esta noche la mayor parte de la seguridad de la Corte estará concentrada en la Isla Blanca y justo aquí, en la embajada. Cuando suene el Protocolo Negro, cerrarán el puente de cristal, atrapando a todos esos guardias en la isla junto a los invitados.

—Pero ¿qué hay de la ruta de Matthias para salir de la isla? —preguntó Nina.

—No pueden mover una gran fuerza por ahí —admitió el fjerdano—. Al menos, no con rapidez.

Kaz miró a la Isla Blanca con la cabeza inclinada y los ojos ligeramente desenfocados.

—Cara de confabulación —murmuró Inej.

Jesper asintió con la cabeza.

—Sin duda.

La sulí iba a echar de menos esa cara.

—Tres puertas en la pared anular —dijo Kaz—. La de la prisión ya está cerrada

por el Protocolo Amarillo. La de la embajada es un cuello de botella repleto de invitados; los fjerdanos no van a meter tropas por ahí. Jesper, eso nos deja solo la puerta del sector *drüskelle* para que Wylan y tú os ocupéis de ella. La usaréis para provocar el Protocolo Negro y después la destrozaráis. Lo suficiente como para que cualquier guardia que logre llegar no pueda salir para seguirnos.

—Me parece bien encerrar a los fjerdanos en su propia fortaleza —aseguró Jesper—. De verdad. Pero ¿cómo salimos nosotros? Cuando activemos el Protocolo Negro estaréis atrapados en esa isla, y nosotros en el círculo exterior. No tenemos armas ni material de demolición.

La sonrisa de Kaz era afilada como una cuchilla.

—Menos mal que somos buenos ladrones. Vamos a hacer unas compras, e irá a la cuenta de Fjerda. Inej —dijo—, comencemos con algo brillante.



Junto a la gran cúpula de cristal, Kaz explicó los detalles de lo que tenía en mente. Si el antiguo plan había sido atrevido, al menos se basaba en la cautela. El nuevo plan era audaz, tal vez incluso demente. No solo estarían anunciando su presencia a los fjerdanos, sino que lo harían con trompetas. El grupo volvería a estar separado y otra vez sincronizarían sus movimientos con el Reloj Mayor, pero ahora habría aún menos margen de error.

Inej buscó en su corazón, esperando encontrar ahí cautela o miedo. Pero lo único que sentía era que estaba lista. Aquel no era un trabajo que hiciera para pagar su deuda a Per Haskell. No era una tarea que cumplir para Kaz o los Despojos. Quería conseguirlo, el dinero y el sueño que este le ayudaría a cumplir.

Mientras Kaz explicaba y Jesper usaba las tijeras de la lavandería para cortar trozos de ropa, Wylan ayudó a Inej y a Nina para prepararse. Para hacerse pasar por miembros de la Reserva, necesitarían tatuajes. Comenzaron con Nina. Usando una de las ganzúas de Kaz y la pirita de cobre que Jesper había extraído del tejado, Wylan dibujó su mejor imitación de la pluma de la Reserva sobre el brazo de Nina, siguiendo la descripción de Inej y haciendo correcciones según fuera necesario. Entonces la Grisha hundió la tinta en su carne. Un Corporalnik no necesitaba una aguja para tatuar. Nina hizo lo que pudo por alisar las cicatrices en el antebrazo de Inej. El trabajo no era perfecto, pero iban mal de tiempo y la vocación de Nina no era de Confeccionadora. Wylan dibujó una segunda pluma de pavo real sobre la piel de Inej.

Nina hizo una pausa.

—¿Estás segura?

Inej respiró hondo.

—Es pintura de guerra —dijo, a la Mortificadora y a sí misma—. Debo llevar esta marca.

—Es temporal —prometió Nina—. Te lo quitaré en cuanto lleguemos al puerto.

El puerto. Inej pensó en el *Ferolind* con sus alegres banderas, y trató de mantener esa imagen en su cabeza mientras observaba la pluma de pavo real hundiéndose en su piel.

Los tatuajes finalizados no soportarían ningún escrutinio cercano, pero esperaban que sirvieran.

Al fin se pusieron en pie. Inej había predicho que la Reserva llegaría tarde; a Tante Heleen le encantaba hacer una buena entrada, pero todavía necesitaban permanecer en posición y listos para moverse cuando llegara el momento.

Y sin embargo, dudaron. El conocimiento de que tal vez no volvieran a verse, de que algunos o tal vez todos podían no sobrevivir a esa noche era pesado en el aire. Un jugador, un convicto, un hijo fugado, una Grisha perdida, una chica suli que se había convertido en asesina, un chico del Barril que se había convertido en algo peor. Inej miró al extraño grupo, descalzos y temblando con sus uniformes de prisión manchados de hollín, con las facciones bañadas por la luz dorada de la cúpula, suavizadas por la neblina que flotaba en el aire.

¿Qué los unía? ¿La avaricia? ¿La desesperación? ¿Era solo el conocimiento de que si alguno o todos ellos desaparecieran esa noche nadie iría a buscarlos? Puede que los padres de Inej siguieran derramando lágrimas por la hija que habían perdido, pero si moría esa noche no habría nadie que llorara a la chica que era entonces. No tenía familia, ni padres ni hermanos, solo gente junto a los que luchar. Tal vez eso era también algo por lo que sentirse agradecida.

Jesper fue el primero en hablar.

—Sin llantos —dijo con una sonrisa.

—Sin funerales —contestaron los demás al unísono. Incluso Matthias murmuró las palabras con suavidad.

—Si alguno de vosotros sobrevive, aseguraos de que mi entierro sea con el féretro abierto —añadió Jesper mientras se ponía dos delgados rollos de cuerda sobre los hombros y hacía una señal a Wylan para que lo siguiera a través del tejado—. El mundo se merece unos momentos más con esta cara.

A Inej solo le sorprendió ligeramente ver la intensidad de la mirada entre Matthias y Nina. Algo había cambiado entre ellos tras la batalla con los shu, pero la suli no estaba segura de qué.

Matthias se aclaró la garganta y le hizo a Nina un pequeño asentimiento extraño.

—¿Podemos hablar?

Nina le devolvió el asentimiento con mucho más estilo y le permitió alejarla de allí. Inej se alegró; quería un momento con Kaz.

—Tengo algo para ti —dijo mientras sacaba los guantes de cuero de la manga de su chaqueta de prisión.

Él los miró fijamente.

—¿Cómo...?

—Los cogí de la ropa desechada. Antes de subir.

—Seis pisos en la oscuridad.

La chica asintió con la cabeza. No iba a esperar un agradecimiento. Ni por la subida, ni por los guantes, ni por nada nunca más.

Él se puso los guantes con lentitud y ella observó sus manos pálidas y vulnerables desapareciendo bajo el cuero. Eran manos de estafador; dedos largos y gráciles hechos para abrir cerraduras, esconder monedas y hacer que las cosas se desvanecieran.

—Cuando volvamos a Ketterdam, cogeré mi parte y dejaré a los Despojos.

Él apartó la mirada.

—Deberías. Siempre fuiste demasiado buena para el Barril.

Era el momento de marcharse.

—Que los Santos estén contigo, Kaz.

Él le sujetó la muñeca.

—Inej. —Su pulgar enguantado se movió sobre su pulso, recorrió la parte superior del tatuaje de la pluma—. Si no lo logramos, quiero que sepas...

Inej esperó. Sintió la esperanza batiendo las alas en su interior, lista para alzar el vuelo ante las palabras adecuadas de Kaz. Deseó que esa esperanza se tranquilizara. Esas palabras jamás vendrían. *El corazón es como una flecha.*

Levantó la mano y le tocó la mejilla a Kaz. Pensó que volvería a encogerse, tal vez incluso le apartara la mano de un golpe. En casi dos años de luchar codo con codo junto a él, de maquinarse por la noche, de golpes imposibles, misiones clandestinas y comidas agobiadas de patatas fritas y *hutspot* engullidos mientras corrían de un sitio a otro, aquella era la primera vez que lo había tocado piel con piel, sin la barrera de los guantes, un abrigo o una manga. Le tomó la mejilla con la mano. Tenía la piel fría y húmeda de la lluvia. Permaneció quieto, pero Inej vio un temblor que lo atravesaba, como si estuviera librando una guerra contra sí mismo.

—Si no sobrevivimos a esta noche, moriré sin miedo, Kaz. ¿Puedes decir tú lo mismo?

Él tenía los ojos casi negros y las pupilas dilatadas. Inej vio que necesitó hasta el último gramo de su enorme fuerza de voluntad para mantenerse quieto bajo su toque. Y sin embargo, no se apartó. Ella sabía que era lo mejor que él podía ofrecerle, pero no era suficiente.

Bajó la mano y el joven respiró hondo.

Kaz le había dicho que no quería sus plegarias, y no iba a pronunciarlas, pero le deseó seguridad de todos modos. Tenía su objetivo ahora, su corazón tenía una dirección, y aunque le doliera saber que ese camino la alejaría de él, podría soportarlo.



Inej se unió a Nina en el borde de la cúpula para esperar la llegada de la Reserva. La cúpula era ancha y poco profunda, toda filigrana plateada y cristal. Inej vio que había un mosaico en el suelo de la enorme rotonda debajo. Aparecía en breves destellos entre la gente que iba a la fiesta; dos lobos persiguiéndose, destinados a moverse en círculos tanto tiempo como permaneciera en pie la Corte de Hielo.

Los invitados que entraban por el gran arco estaban siendo conducidos a habitaciones junto a la rotonda en grupos pequeños, para buscar armas. Inej vio guardias emergiendo con pequeñas pilas de broches, plumas de puercoespín e incluso tijeras que Inej suponía que tendrían metal o alambre.

—No tienes que hacer esto, ¿sabes? —dijo Nina—. No tienes que volver a ponerte esas sedas.

—He hecho cosas peores.

—Lo sé. Has escalado seis pisos de infierno por nosotros.

—No me refería a eso.

Nina hizo una pausa.

—También lo sé. —Dudó y entonces dijo—: ¿El botín es tan importante para ti?

A Inej le sorprendió oír lo que sonaba a reproche en la voz de Nina.

El Reloj Mayor comenzó a dar las nueve campanadas. Inej bajó la mirada hasta los lobos persiguiéndose por el suelo de la rotonda.

—No estoy segura de por qué empecé con esto —admitió—. Pero sé por qué tengo que terminar. Sé por qué me trajo el destino aquí, por qué me puso en el camino de esta recompensa.

Estaba siendo imprecisa, pero todavía no estaba lista para hablar del sueño que había prendido en su corazón: una tripulación propia, un barco bajo su mando, una cruzada. Se sentía como si tuviera que mantenerlo en secreto, una nueva semilla que podría crecer hasta ser algo extraordinario si no la obligaban a florecer demasiado pronto. Ni siquiera sabía navegar. Y, sin embargo, una parte de ella quería contárselo todo a Nina. Si no elegía volver a Ravka, una Mortificadora sería una excelente adición a su tripulación.

—Están aquí —dijo Nina.

Las chicas de la Reserva entraron por las puertas de la rotonda en formación de cuña, con los vestidos reluciendo bajo la luz de las velas y las capuchas de sus capas ocultando sus caras. Cada capucha estaba hecha para representar a un animal: una cervatilla zemeni con orejas suaves y delicados puntos blancos, una yegua kaélica con un moño caoba, una serpiente shu con escamas rojas, una zorra ravkana, un leopardo de las Colonias del Sur, un cuervo, un armiño, y por supuesto la lince suli. La alta chica rubia que hacía del lobo fjerdano con pelaje plateado estaba notablemente ausente.

Se encontraron con unas guardias uniformadas.

—No la veo —dijo Nina.

—Espera. El Pavo Real entrará la última.

Y desde luego, allí estaba: Heleen Van Houden, reluciendo con su satén verde azulado y un elaborado collar de plumas de pavo real alrededor de su cabeza dorada.

—Sutil —dijo Nina.

—La sutileza no vende en el Barril.

Inej soltó un silbido agudo y gorjeante. El de Jesper llegó de algún lugar en la distancia. *Ya está*, pensó la chica. Había empujado la roca, y ahora esta rodaba por la colina. ¿Quién sabía el daño que podría hacer y qué se podría construir sobre los escombros?

Nina miró a través del cristal entrecerrando los ojos.

—¿Cómo es que no se derrumba bajo el peso de esos diamantes? No pueden ser reales.

—Sí que lo son —aseguró Inej. Esas joyas las compraba con el sudor, la sangre y la tristeza de chicas como ella.

Los guardias dividieron a los miembros de la Reserva en tres grupos, mientras que a Heleen la escoltaban por separado. Nunca se esperaría que el Pavo Real se quitara la ropa y se levantara la falda delante de sus chicas.

—Ellas —dijo Inej, señalando al grupo donde estaban la lince sulí y la yegua kaélica. Se dirigían hacia las puertas a la izquierda de la rotonda.

Mientras Nina seguía al grupo con los ojos, Inej se movió sobre el tejado, siguiendo su trayectoria.

—¿Qué puerta? —preguntó.

—La tercera a la derecha —respondió la Grisha. Inej avanzó hasta el conducto de ventilación más cercano y levantó la rejilla. Sería estrecho para Nina, pero lo lograrían. Descendió por él, agachándose y moviéndose por el estrecho conducto entre habitaciones. Tras ella oyó un gruñido y después un golpe sordo cuando Nina golpeó el fondo como un saco de colada. Inej hizo una mueca. Esperaba que los ruidos de la multitud debajo las cubrieran. O tal vez la Corte de Hielo tuviera ratas muy grandes.

Se arrastraron mirando por los conductos mientras avanzaban. Por fin vieron una especie de pequeña sala de reuniones donde los guardias estaban registrando a los invitados.

Las chicas Exóticas se habían quitado sus capas y las habían dejado sobre la larga mesa oval. Una de las guardias rubias estaba toqueteando a las chicas, tanteando las costuras y los dobladillos de su ropa e incluso clavándoles dedos en el pelo, mientras que la otra estaba vigilando con la mano descansando sobre su rifle. Parecía intranquila con el arma. Inej sabía que los fjerdanos no permitían a las mujeres servir en el ejército en combate, así que tal vez habrían reclutado a las guardias de otra unidad.

Inej y Nina esperaron hasta que las guardias terminaron de registrar a las chicas, sus capas y sus bolsitos de cuentas.

—*Ven tidder* —dijo una de ellas mientras salían de la habitación para dejar que

las chicas de la Reserva se arreglaran.

—Cinco minutos —tradujo Nina con un susurro.

—Venga —dijo Inej.

—Necesito que te muevas.

—¿Por qué?

—Porque necesito una línea clara de visión, y ahora mismo lo único que veo es tu culo.

Inej avanzó para que Nina pudiera ver mejor a través de la rejilla, y un momento después oyó cuatro golpes sordos cuando las chicas de la Reserva se derrumbaron sobre la alfombra azul oscuro.

Con rapidez, quitó la rejilla y saltó a la brillante superficie de la mesa. Nina bajó tras ella y aterrizó despatarrada.

—Lo siento —gimió mientras se levantaba.

Inej casi se rio.

—Eres muy grácil en batalla, pero no cuando caes.

—Me perdí ese día en la escuela.

Dejaron a la sulí y a la kaélica en ropa interior, ataron las muñecas y los tobillos de todas con cordones de las cortinas y las amordazaron con trozos de su ropa de prisión.

—El reloj avanza —dijo Inej.

—Lo siento —le susurró Nina a la kaélica. Inej sabía que normalmente Nina habría usado pigmentos para alterar su color de pelo, pero no había tiempo. Vertió el brillante rojo del pelo de la chica directamente hasta el suyo, dejando a la pobre con una masa de ondas blancas que parecía vagamente oxidada en algunos lugares, y a Nina con un pelo que no era del todo un rojo kaélico. Los ojos de Nina eran verdes y no azules, pero esa clase de modificación era lenta, así que tendrían que valer. Tomó polvo blanco del bolsito de la chica e hizo lo que pudo por aclararse la piel.

Mientras Nina trabajaba, Inej arrastró a las otras hasta un armario alto en la pared más alejada, disponiendo sus miembros de modo que hubiera espacio para la kaélica. Sintió una puñalada de culpa al asegurarse de que la mordaza de la sulí estuviera bien colocada. Tante Heleen debía de haberla comprado para reemplazar a Inej; tenía la misma piel bronceada, la misma mata espesa de pelo oscuro. Pero su constitución era diferente, suave y con curvas en lugar de delgada y angular. Tal vez había acudido a Tante Heleen por voluntad propia. Tal vez había elegido esa vida. Esperaba que fuera cierto.

—Que los Santos te protejan —le susurró a la chica inconsciente.

Hubo un golpeteo en la puerta y una voz habló en fjerdano.

—Necesitan la habitación para las siguientes chicas —murmuró Nina.

Inej y Nina metieron a la kaélica en el armario y lograron cerrar la puerta con llave. Después se pusieron los trajes. Inej se alegraba de no tener tiempo para adentrarse en la desagradable familiaridad de las sedas sobre su piel, el horrible

tintineo de las campanillas en sus tobillos. Se pusieron las capas y se echaron un vistazo rápido en el espejo.

Ninguno de los trajes les quedaba bien del todo. Las sedas púrpura de Inej estaban demasiado sueltas, y Nina...

—¿Qué demonios se supone que es esto? —preguntó mirándose. El vestido escotado apenas cubría su sustancioso escote, y estaba tenso en sus nalgas. Lo habían fabricado para que parecieran unas escamas de un verde azulado que acababa en una reluciente gasa.

—¿Tal vez una sirena? —sugirió Inej—. ¿O una ola?

—Pensaba que era un caballo.

—Bueno, no iban a ponerte cascos.

Nina se alisó el ridículo disfraz con las manos.

—Voy a volverme muy popular.

—Me pregunto qué tendrá que decir Matthias sobre esta ropa.

—No lo aprobaría.

—No aprueba nada de ti. Pero cuando te ríes, se reaviva como un tulipán en agua fresca.

Nina resopló.

—Matthias el tulipán.

—Un tulipán enorme, taciturno y amarillo.

—¿Estás lista? —preguntó Nina mientras se bajaban las capuchas sobre las caras.

—Sí —dijo Inej, y lo decía en serio—. Vamos a necesitar una distracción. Van a darse cuenta de que han entrado cuatro chicas y solo salen dos.

—Déjame a mí. Y vigila tu dobladillo.

En cuanto abrieron la puerta que daba al pasillo, las guardias les hicieron unos gestos de impaciencia. Bajo su capa, Nina movió los dedos con fuerza. Una de las guardias soltó un quejido cuando su nariz comenzó a derramar sangre sobre la parte delantera de su uniforme en goterones absurdamente grandes. La otra retrocedió, pero entonces se aferró el estómago. Nina estaba moviendo la muñeca en un movimiento giratorio, enviando oleadas de náuseas por el sistema de la mujer.

—Tu dobladillo —repitió con calma.

Inej a punto tuvo tiempo de subirse la capa antes de que la guardia se doblara y vomitara la cena por el suelo de baldosas. Los invitados del pasillo chillaron y se empujaron entre ellos, tratando de alejarse. Nina e Inej pasaron junto a ellas, emitiendo apropiados grititos de asco.

—Seguro que el sangrado de nariz habría bastado —susurró Inej.

—Mejor ser concienzuda.

—Si no te conociera mejor, pensaría que te gusta hacer sufrir a los fjerdanos.

Mantuvieron las cabezas gachas mientras entraban en la marea de gente que llenaba la rotonda, ignorando a la cierva zemeni que trató de dirigirlas al otro lado de la habitación. Era esencial que no se acercaran demasiado a ninguna de las

verdaderas chicas de la Reserva. Inej esperaba que las capas no fueran demasiado difíciles de seguir por una multitud.

—Esta —dijo, conduciendo a Nina a una cola lejos de las demás miembros de la Reserva. Parecía estar moviéndose un poco más deprisa, pero cuando llegaron a la parte delantera se preguntó si no habría elegido mal. El guardia parecía aún más serio y malhumorado que los demás. Extendió las manos para que Nina le entregara sus papeles y las escudriñó con fríos ojos azules.

—Esta descripción dice que tienes lunares —dijo en kerch.

—Los tengo —respondió Nina con suavidad—. Pero no son visibles ahora. ¿Quieres verlos?

—No —respondió el fjerdano con voz helada—. Eres más alta de lo que pone aquí.

—Botas —replicó ella—. Me gusta poder mirar a un hombre a los ojos. Los tuyos son muy bonitos.

Él miró el papel y después su ropa.

—También diría que pesas más de lo que pone aquí.

Ella se encogió de hombros artísticamente, y las escamas de su cuello descendieron.

—Me gusta comer cuando estoy a tono —aseguró, frunciendo los labios desvergonzadamente—. Y siempre estoy a tono.

Inej se esforzó por mantener el rostro serio. Si Nina recurría a pestañear, sabía que perdería la batalla y rompería a reír. Pero el fjerdano parecía estar tragándose; tal vez Nina tuviera un efecto estupefaciente en todos los leales norteños.

—Adelante —dijo bruscamente, y después añadió—: Pu... puede que esté en la fiesta después.

Nina le bajó un dedo por el brazo.

—Te guardaré un baile.

Él sonrió como un idiota y después su expresión seria regresó. *Por todos los Santos*, pensó Inej, *debe de ser agotador estar tan imperturbable todo el tiempo*. El hombre miró por encima los papeles de Inej, con la mente todavía claramente en la perspectiva de desenvolver a Nina de sus capas de gasa azul verdoso. Le hizo un gesto para que avanzara, pero entonces Inej tropezó.

—Espera —dijo el guardia. Ella se detuvo, e Inej la miró por encima del hombro—. ¿Qué les pasa a tus zapatos?

—Son un poco grandes —replicó Inej—. Se han dado de sí más de lo que esperaba.

—Enséñame los brazos —ordenó el guardia.

—¿Por qué?

—Hazlo —insistió él bruscamente.

Inej sacó los brazos de la capa y los extendió, mostrando el tosco tatuaje de la pluma de pavo real.

Un guardia con franjas de capitán se acercó.

—¿Qué pasa?

—Es sulí, desde luego, y tiene el tatuaje de la Reserva, pero parece raro.

Inej se encogió de hombros.

—Me quemé de niña.

El capitán hizo un gesto a un grupo de asistentes a la fiesta de aspecto molesto que había junto a la entrada, rodeados de guardias.

—Cualquiera sospechoso va allí. Ponla con ellos y la llevaremos al punto de control para que revisen sus papeles.

—Me perderé la fiesta —dijo Inej.

El guardia la ignoró, le cogió el brazo y la llevó de vuelta hasta la entrada mientras el resto de la cola la miraba y susurraba. Su corazón comenzó a latir con fuerza.

La cara de Nina parecía asustada, pálida incluso debajo del maquillaje, pero no había nada que Inej pudiera hacer para tranquilizarla. Le dirigió un breve asentimiento. *Vete*, pensó en silencio. *Ahora depende de ti*.



NUEVE CAMPANADAS

si digo que no, Brekker? —Tan solo era una pose, y Matthias lo sabía. El tiempo para protestar había pasado hacía mucho. Ya estaban trotando por la suave inclinación del tejado de la embajada hacia el sector *drüskelle*, Wylan jadeando por el esfuerzo, Jesper dando zancadas con facilidad, y Brekker manteniendo el ritmo a pesar de sus andares torcidos y su falta de bastón. Pero a Matthias no le gustaba lo bien que ese ladrón rastrero era capaz de leerle—. ¿Y si no te doy lo que me queda de mí mismo y de mi honor?

—Lo harás, Helvar. Nina está de camino a la Isla Blanca ahora mismo. ¿De verdad vas a dejarla abandonada?

—Supones muchas cosas.

—A mí me parece una cantidad perfecta.

—Esos son los tribunales, ¿verdad? —preguntó Jesper mientras corrían sobre el tejado, viendo fragmentos de los elegantes patios debajo, todos con una fuente burbujeante en medio y con sauces de hielo desperdigados—. Supongo que si van a sentenciarte a muerte, este no es un mal sitio.

—Hay agua por todas partes —dijo Wylan—. ¿Las fuentes simbolizan a Djel?

—El manantial —musitó Kaz—. Donde limpian todos los pecados.

—O donde te ahogan para hacerte confesar —replicó Wylan.

Jesper resopló.

—Wylan, tus pensamientos se están volviendo muy oscuros. Me temo que los Despojos puedan ser una mala influencia.

Utilizaron un segmento doblado de cuerda y el gancho de sujeción para cruzar hasta el tejado del sector *drüskelle*. Tuvieron que sujetar a Wylan a un agarre, pero Jesper y Kaz avanzaron con facilidad por la cuerda, mano sobre mano, con enervante velocidad. Matthias lo hizo con más cautela y, aunque no lo mostró, no le gustaba cómo la cuerda crujía y se inclinaba con su peso.

Los demás tiraron de él hasta el suelo del tejado *drüskelle* y, mientras Matthias se ponía en pie, lo golpeó una oleada de vértigo. Más que ningún lugar en la Corte de Hielo, más que ningún lugar del mundo, aquello le parecía un hogar. Pero era un hogar vuelto del revés, su vida mirada por el ángulo incorrecto. Mirando en la oscuridad, vio los enormes tragaluces en forma de pirámide que marcaban el tejado. Tuvo la desconcertante sensación de que si miraba por el cristal se vería a sí mismo haciendo ejercicios en la sala de entrenamiento, sentado en la larga mesa del comedor.

En la distancia, oyó a los lobos ladrando y aullando en su cercado junto a la entrada, preguntándose dónde habrían ido sus amos esa noche. ¿Lo reconocerían si se acercaba con una mano extendida? No estaba seguro de reconocerse. En el hielo del norte, sus intenciones habían parecido claras. Pero ahora sus pensamientos se habían vuelto turbios con esos rufianes y ladrones, con el coraje de Inej y el atrevimiento de Jesper, y con Nina, siempre Nina. No podía negar el alivio que había sentido al verla salir de la chimenea del incinerador, desaliñada y jadeando, asustada pero viva. Cuando él y Wylan la sacaron, había tenido que obligarse a soltarla.

No, no miraría por esos tragaluces. No podía permitirse más debilidad, sobre todo aquella noche. Era el momento de avanzar.

Llegaron hasta el borde del tejado que daba al foso de hielo. Desde allí parecía sólido, con la superficie pulida brillante como un espejo e iluminada por las torres de guardia de la Isla Blanca. Pero las aguas del foso eran siempre cambiantes, ocultas solo por una capa de hielo del grosor de una oblea.

Kaz sujetó otro rollo de cuerda al borde del tejado y se preparó para bajar hasta la orilla.

—Ya sabéis qué hacer —les dijo a Jesper y Wylan—. Once campanadas, y no antes.

—¿Cuándo he llegado pronto alguna vez? —preguntó Jesper.

Kaz se preparó para el descenso y se desvaneció por el lateral. Matthias lo siguió, aferrando la cuerda con las manos, con los pies desnudos apretados contra la pared. Cuando levantó la mirada, vio a Wylan y Jesper mirándolo. Pero la siguiente vez que miró, ya no estaban.

La orilla que rodeaba el foso de hielo era poco más que una delgada y resbaladiza franja de piedra blanca. Kaz se quedó ahí, apretado contra la pared y mirando el foso con el ceño fruncido.

—¿Cómo cruzamos? No veo nada.

—Porque no eres digno.

—Tampoco soy corto de vista. Ahí no hay nada.

Matthias comenzó a pasar junto a la pared, pasando la mano sobre la piedra al nivel de la cadera.

—En la Hringkälla los *drüskelle* terminamos nuestra iniciación —explicó—. Pasamos de aspirantes a novicios *drüskelle* en la ceremonia junto al fresno sagrado.

—Donde el árbol te habla.

Matthias resistió la necesidad de tirarlo al agua.

—Donde esperamos oír la voz de Djel. Pero ese es el último paso. Primero, tenemos que cruzar el foso de hielo sin que nos detecten. Si nos considera dignos, Djel nos muestra el camino.

En realidad, los *drüskelle* mayores simplemente pasaban el secreto del cruce a los aspirantes que querían ver entrar en la orden; era una forma de descartar a los débiles o a aquellos que simplemente no habían encajado bien en el grupo. Si habías hecho amigos, si te habías probado a ti mismo, entonces uno de los hermanos te apartaría a un lado y te diría que en la noche de la iniciación debías ir a la orilla del foso de hielo y pasar la mano por la pared del sector *drüskelle*. En el centro encontrarías un grabado de un lobo que marcaba la ubicación de otro puente de cristal, no grande y arqueado como el que cruzaba el foso desde el ala de la embajada, sino plano, bajo y de menos de un metro de ancho. Se encontraba justo debajo de la superficie congelada, invisible si no sabías que debías buscarlo. El propio Comandante Brum había sido quien le había contado a Matthias lo del puente secreto, además del truco para cruzarlo sin detección.

Matthias tuvo que pasar dos veces por la pared antes de que sus dedos encontraran las líneas talladas del lobo. Apoyó la mano ahí brevemente, sintiendo las tradiciones que lo conectaban con la orden de los *drüskelle*, tan vieja como la propia Corte de Hielo.

—Aquí —dijo.

Kaz fue hasta allí y miró el foso entrecerrando los ojos. Fue hasta ahí y Matthias tiró de él hacia atrás y señaló las torres de guardia encima del muro que rodeaba la Isla Blanca.

—Te verán —señaló—. Usa esto.

Frotó la mano contra la pared y la palma se le quedó blanca. La noche de su iniciación, Matthias se había frotado la ropa y el pelo con el mismo polvo blanquecino. Camuflado de la vista de los guardias en sus torres, había cruzado el estrecho camino hasta la isla para encontrarse con sus hermanos.

Ahora él y Kaz hicieron lo mismo, aunque Matthias se dio cuenta de que Kaz guardaba sus guantes primero. Inej debía de habérselos devuelto.

Matthias pisó el puente secreto y después oyó a Kaz siseando cuando las aguas heladas del foso se cerraron sobre sus pies.

—¿Tienes frío, Brekker?

—Ojalá tuviéramos tiempo para nadar. Muévete.

A pesar de sus provocaciones a Kaz, cuando llegaron a medio camino de la isla los pies de Matthias estaban casi entumecidos casi por completo, y era agudamente consciente de las torres de guardia por encima del foso. Los *drüskelle* habrían ido por ahí más temprano aquella noche. Nunca había oído que vieran o dispararan a un aspirante en el puente, pero todo era posible.

—¿Todo esto para ser cazador de brujas? —preguntó Kaz tras él—. Los Despojos necesitan una iniciación mejor.

—Es solo una parte de la Hringkälla.

—Sí, lo sé, después un árbol te enseña el apretón de manos secreto.

—Me das lástima, Brekker. No hay nada sagrado en tu vida.

Hubo una larga pausa, y entonces Kaz dijo:

—Te equivocas.

La pared exterior de la Isla Blanca se erguía sobre ellos, cubierta de un ondeante patrón de escamas. Tardaron un momento en localizar la cresta de las escamas que ocultaba la puerta. Solo un poco antes, los *drüskelle* se habían reunido en ese nicho de la pared para dar la bienvenida a sus nuevos hermanos, pero en ese momento estaba vacío con cadenas en la reja de hierro. Kaz trabajó con rapidez en la cerradura y pronto se encontraron en un estrecho pasadizo que los llevaría a los jardines tras las barracas de la guardia real.

—¿Siempre has sido tan bueno con las cerraduras?

—No.

—¿Cómo aprendiste?

—Pues igual que se aprende todo. Desmontándolas.

—¿Y los trucos de magia?

Kaz resopló.

—¿Así que ya no piensas que soy un demonio?

—Sé que eres un demonio, pero tus trucos son humanos.

—Hay gente que ve un truco de magia y dice que es imposible. Dan palmadas, entregan su dinero y se olvidan de ello diez minutos después. Otros preguntan cómo lo has hecho. Se van a casa, se meten en la cama y dan vueltas y vueltas, preguntándose cómo lo han hecho. Tardan una buena noche de sueño en olvidarse de ello. Y después están los que se quedan despiertos, pensando en el truco una y otra vez, buscando el fallo en la perfección, la grieta en la ilusión que explique cómo han engañado sus ojos; ellos son los que no descansan hasta que dominan ese pequeño misterio. Yo soy de esos.

—Te encanta el engaño.

—Me encantan los enigmas. El engaño es solo mi lengua materna.

—Los jardines —dijo Matthias, señalando los setos por delante—. Podemos seguirlos hasta llegar al salón de baile.

Justo cuando estaban a punto de emerger del pasadizo, dos guardias doblaron la esquina; los dos con los uniformes negros y plateados de los *drüskelle*, los dos con rifles.

—¡*Perjenger!* —gritó uno de ellos, sorprendido. Prisioneros—. ¡*Sten!*

Sin pensar, Matthias dijo:

—¡*Desjenet, Djel comenden!*

Quietos, Djel lo ordena. Eran las palabras de un comandante *drüskelle*, y las pronunció con toda la autoridad que había aprendido a exhibir.

Los soldados intercambiaron una mirada confusa, y ese momento de duda fue suficiente. Matthias agarró el rifle del primer soldado y le dio un fuerte golpe en la cara, haciendo que se derrumbara.

Kaz golpeó al otro soldado y lo derribó. El *drüskelle* siguió sujetando su rifle, pero el ladrón se situó junto a él y le puso el antebrazo sobre la garganta, aplicando presión hasta que los ojos del soldado se cerraron, su cabeza cayó hacia delante y él se deslizó en la inconsciencia.

Kaz se quitó el cuerpo de encima y se puso en pie.

La realidad de la situación golpeó a Matthias de pronto. Kaz no había cogido el rifle. Matthias tenía un arma en las manos, y Kaz Brekker estaba desarmado. Se encontraban sobre los cuerpos de dos *drüskelle* inconscientes, hombres que se suponía que eran los hermanos de Matthias. *Podría dispararle*, pensó. *Condenar a Nina y los demás con un solo acto*. Otra vez tuvo la extraña sensación de ver su vida de la forma incorrecta. Estaba vestido con ropa de prisión, un intruso en el lugar que una vez había llamado hogar. *¿Quién soy ahora?*

Miró a Kaz Brekker, un chico cuya única causa era sí mismo. Sin embargo, él era un superviviente, y su propia clase de soldado. Había hecho un trato con Matthias. En cualquier punto podría haber decidido que este ya había cumplido su propósito, cuando los ayudó a dibujar los planos, cuando lograron superar las celdas de contención, cuando reveló el puente secreto. Y fuera quien fuera la persona en la que se había convertido, Matthias no iba a disparar a alguien desarmado. Todavía no había caído tan bajo.

Bajó el arma.

Una débil sonrisa curvó los labios de Kaz.

—No estaba seguro de qué harías si pasaba esto.

—Yo tampoco —admitió Matthias. Kaz levantó una ceja y la verdad sacudió al fjerdano con la fuerza de un golpe—. Era una prueba. Has decidido no coger el rifle.

—Necesitaba estar seguro de que estuvieras de verdad con nosotros. Con todos nosotros.

—¿Cómo sabías que no iba a disparar?

—Porque, Matthias, apestas a decencia.

—Estás loco.

—¿Sabes cuál es el secreto del juego, Helvar? —Kaz pisó con el pie bueno la

culata del rifle del soldado caído. El arma subió y Kaz la tuvo en las manos apuntando a Matthias en un instante. Nunca había estado en peligro—. Hacer trampas. Ahora vamos a limpiarnos y ponernos estos uniformes. Tenemos una fiesta a la que ir.

—Algún día te quedarás sin trucos, demjin.

—Más te vale que no sea hoy.

Ya veremos lo que trae la noche, pensó Matthias mientras se agachaba para hacer la tarea. *El engaño no es mi lengua materna, pero todavía podría aprender a hablarla.*



NUEVE CAMPANADAS Y CUARTO

esper sabía que debería estar enfadado con Kaz; por ir a por Pekka Rollins y destrozarse el primer plan, y por exponerlos a un peligro aún mayor con esa nueva estrategia. Pero mientras él y Wylan se arrastraban por el tejado de los *drüskelle* en dirección a la entrada, estaba demasiado feliz para enfadarse. Su corazón latía con fuerza, y la adrenalina crepitaba por su cuerpo en deliciosos picos. Era un poco como una fiesta a la que había ido en el Stave Occidental. Alguien había llenado una fuente de la ciudad de champán, y Jesper había tardado como dos segundos en meterse con las botas quitadas y la boca abierta. Ahora era el riesgo lo que llenaba su nariz y su boca, haciéndolo sentir embriagado e invencible. Le encantaba, y se odiaba por ello. Debería estar pensando en el trabajo, en el dinero, en acabar con sus deudas, en asegurarse de que su padre no sufriera por sus payasadas. Pero cuando la mente de Jesper rozaba siquiera esos pensamientos, todo en él se venía abajo. Tratar de no morir era la mejor distracción posible.

Aun así, Jesper era más consciente de los sonidos que producían ahora que estaban lejos de las multitudes y el caos de la embajada. Esa noche pertenecía a los *drüskelle*. Hringkälla era su fiesta, y todos estaban resguardados a salvo en la Isla Blanca. Aquel edificio era probablemente el lugar más seguro para él y Wylan en esos momentos. Pero el silencio allí parecía pesado, siniestro. No había sauces ni fuentes, como había habido en la embajada. Como la prisión, esa parte de la Corte de Hielo no estaba hecha para los ojos públicos. Jesper se encontró moviendo

nerviosamente con la lengua el *baleen* entre sus dientes y se obligó a parar antes de activarlo. Estaba seguro de que Wylan jamás le dejaría olvidar una metedura de pata así.

Un gran tragaluz con forma de pirámide daba a lo que parecía una sala de entrenamiento, con una cabeza de lobo *drüskelle* grabada en el suelo y los estantes llenos de armas. A través de la siguiente pirámide de cristal vislumbró un gran comedor. Una pared estaba ocupada por una chimenea enorme, con una cabeza de lobo tallada en la piedra sobre ella. La pared de enfrente estaba adornada con un enorme estandarte sin ningún patrón distinguible hecho con retales de tiras delgadas de tela; la mayoría roja y azul, pero también algunas púrpuras. Jesper tardó un momento en comprender lo que estaba viendo.

—Por todos los Santos —dijo, sintiéndose un poco mareado—. Colores Grisha.

Wylan entrecerró los ojos.

—¿El estandarte?

—Rojo para los Corporalki. Azul para los Etherealki. Púrpura para los Materialki. Son trozos de las keftas que llevan los Grisha en batalla. Son trofeos.

—Hay muchos.

Cientos. Miles. *Yo habría llevado el púrpura*, pensó Jesper, *si me hubiera unido al Segundo Ejército*. Trató de alcanzar la efervescente euforia que había burbujeado a través de él unos momentos antes. Había estado dispuesto, deseoso incluso de arriesgarse a la captura y la ejecución como ladrón y mercenario. ¿Por qué era peor pensar que lo cazaran como Grisha?

—Movámonos.

Al igual que la prisión y la embajada, la entrada del sector *drüskelle* se encontraba en un patio, para que nadie que entrara fuera observado y disparado desde arriba. Pero con esa puerta fuera de servicio, las almenas del patio estaban tan desiertas como el resto del edificio. Allí había bloques de brillante piedra negra con incrustaciones de la cabeza de lobo plateada iluminadas con espeluznantes llamas azules. Era la única parte de la Corte de Hielo que había visto que no fuera blanca o gris. Incluso la puerta era de alguna clase de metal negro que parecía imposiblemente pesado.

Había un guardia visible debajo, reclinado contra el arco de la entrada con un rifle sobre el hombro.

—¿Solo uno? —preguntó Wylan.

—Matthias dijo que habría cuatro guardias en las puertas fuera de servicio.

—Tal vez el Protocolo Amarillo esté jugando en nuestro favor —sugirió Wylan—. Puede que los enviaran al sector de la prisión, o...

—O a lo mejor hay doce fjerdanos grandotes manteniendo el calor dentro.

Mientras observaban, el guardia abrió una lata de *jurda* y se metió un puñado de los pétalos naranjas secos en la boca. Parecía aburrido e irritado, probablemente frustrado por estar situado tan lejos de la diversión de las festividades de la

Hringkälla.

No te culpo, pensó Jesper. Pero tu vida está a punto de ponerse más interesante.

Al menos el guardia llevaba un uniforme corriente en lugar del negro de los *drüskelle*, comprobó Jesper, todavía incapaz de quitarse de la mente la imagen de ese estandarte. Su madre era zemeni, pero su padre tenía la sangre kaélica que le había dado a Jesper sus ojos grises, y nunca se había quitado de encima las supersticiones de la Isla Errante. Cuando Jesper había comenzado a mostrar su poder, su padre había quedado desolado. Lo había alentado a mantenerlo oculto.

—Tengo miedo por ti —le había dicho—. El mundo puede ser cruel con los tuyos.

Pero Jesper siempre se había preguntado si tal vez su padre no hubiera tenido un poco de miedo también de él.

¿Y si hubiera ido a Ravka en vez de a Kerch?, pensó. ¿Y si me hubiera unido al Segundo Ejército? ¿Dejaban siquiera luchar a los Hacedores, o se quedaban encerrados en talleres? Ravka era ya más estable, reconstruyéndose. El alistamiento no era obligatorio para los Grisha. Podía ir de visita, tal vez aprender a usar mejor su poder, dejar atrás los antros de juego de Ketterdam. Si tenían éxito en llevar a Bo Yul-Bayur al Consejo Mercante, cualquier cosa sería posible. Se reprendió. ¿Qué estaba pensando? Necesitaba una dosis de peligro inminente para mantener la cabeza clara.

Se levantó de donde estaba agachado.

—Voy a ir.

—¿Cuál es el plan?

—Ya lo verás.

—Deja que te ayude.

—Puedes ayudarme callándote y quitándote de mi camino. Mira —dijo Jesper mientras enganchaba la cuerda por el lateral del tejado y dejaba que cayera tras una fila de bloques de piedra que bordeaban el camino—. Espera a que haya inmovilizado a los guardias y después baja.

—Jesper...

Pero él echó a correr por el tejado, manteniéndose agachado mientras evitaba el borde que daba al patio. Se situó en la pared detrás del guardia.

Tan silenciosamente como pudo, ató otro trozo de cuerda al tejado y comenzó a bajar por la pared con lentitud. El guardia estaba casi justo debajo de él. Jesper no era ningún Espectro, pero si podía bajar sin ruido y aparecer por detrás del guardia, podría hacerlo todo en silencio.

Se tensó, listo para saltar. Otro guardia salió a zancadas por la entrada, dando palmadas por el frío y hablando en voz alta, y después apareció otro. Jesper se quedó paralizado. Estaba colgado sobre tres guardias armados en mitad de una pared, completamente expuesto. Por eso era por lo que Kaz hacía los planes. El sudor frotó en su frente. No podía derribar a tres guardias a la vez. ¿Y si había más dentro, listos para dar la alarma?

—Espera —dijo uno de ellos—. ¿Has oído algo?

No mires arriba. Por los Santos, no mires arriba.

Los guardias se movieron en un círculo lento con los rifles en alto. Uno de ellos estiró el cuello hacia atrás, examinando el tejado. Comenzó a girar.

Un sonido extraño y dulce atravesó el aire.

—*Skerden Fjerda, kende hjertzeeeeeng, lendten isen en de waaaaanden.*

Unas palabras fjerdanas que Jesper no comprendía flotaron por encima del patio con una perfecta y resplandeciente voz de tenor que parecía proceder de las almenas de piedra negra.

Wylan.

Los guardias giraron con rapidez, apuntando con los rifles al camino que llevaba al patio, buscando la fuente del sonido.

—¿Olander? —llamó uno.

—¿Nilson? —dijo otro.

Tenían las armas en alto, pero sus voces parecían más desconcertadas y curiosas que agresivas.

¿Qué demonios está haciendo?

Una silueta apareció en el arco del camino, dando bandazos de izquierda a derecha.

—*Skerden Fjerda, kende hjertzeeeeeng* —cantó Wylan, haciendo una imitación sorprendentemente convincente de un fjerdano borracho pero muy talentoso.

Los guardias rompieron a reír y se unieron a la canción.

—*Lendten isen...*

Jesper saltó. Sujetó al fjerdano más cercano, le partió el cuello y cogió su rifle. Mientras el siguiente se daba la vuelta, Jesper le estampó la culata en la cara con un crujido desagradable. El tercer guardia levantó el arma, pero Wylan le sujetó los brazos desde atrás de forma incómoda. El rifle cayó de sus manos y traqueteó sobre la piedra. Antes de que pudiera gritar, Jesper se lanzó hacia delante y clavó la culata del rifle en las tripas del guardia, y después lo remató con dos golpes en la mandíbula.

Se agachó y lanzó uno de los rifles hacia Wylan. Se quedaron sobre los cuerpos de los guardias, jadeando con las armas en alto, esperando más soldados fjerdanos que salieran corriendo. No llegó ninguno. Tal vez el cuarto guardia se había ido por el Protocolo Amarillo.

—¿Así es como te quedas callado y fuera de mi camino? —susurró Jesper mientras arrastraban los cuerpos de los guardias fuera de la vista tras uno de los bloques de piedra.

—¿Así es como das las gracias? —replicó Wylan.

—¿Qué demonios era esa canción?

—El himno nacional —replicó Wylan con suficiencia—. Fjerdano de aula, ¿recuerdas?

Jesper sacudió la cabeza.

—Estoy impresionado. Contigo y con tus tutores.

Quitaron el uniforme a dos de los guardias, dejando su ropa de prisión en un pulcro fardo, y después ataron las manos y pies de los guardias que seguían con pulso y los amordazaron con trozos de su ropa de prisión. El uniforme de Wylan era demasiado grande y las mangas y los pantalones de Jesper parecían ridículamente cortos, pero al menos las botas les quedaban razonablemente bien.

Wylan hizo un gesto hacia los guardias.

—¿Es seguro dejarlos, ya sabes...?

—¿Con vida? No suelo matar hombres inconscientes.

—Podríamos despertarlos.

—Qué implacable, mercadercillo. ¿Alguna vez has matado a alguien?

—Ni siquiera había visto un cadáver antes de llegar al Barril —admitió Wylan.

—No es nada de lo que avergonzarse —dijo Jesper, sorprendiéndose un poco. Pero lo decía en serio. Wylan tenía que aprender a cuidar de sí mismo, pero estaría bien que pudiera hacerlo sin entrar en términos amistosos con la muerte—. Asegúrate de que las mordazas estén bien sujetas.

Se tomaron la precaución extra de atar a los guardias a la base de un bloque de piedra. Probablemente descubrirían a los pobres antes de que lograran liberarse.

—Vamos —dijo Jesper, y cruzaron el patio hasta la entrada. Había puertas a la derecha y a la izquierda del arco.

Fueron por la derecha y subieron las escaleras con cautela. Aunque Jesper no pensaba que nadie los estuviera esperando, algún guardia podía estar a cargo de proteger el mecanismo de la puerta a toda costa. Pero la habitación de encima del arco se encontraba vacía, iluminada solo por una lámpara sobre una mesa baja donde había un libro abierto junto a un montoncito de nueces enteras y cáscaras abiertas. Las paredes estaban llenas de estantes con rifles, rifles muy caros, y Jesper supuso que las cajas estaban llenas de munición. No había polvo por ningún sitio. Qué fjerdanos más pulcros.

La mayor parte de la habitación estaba ocupada por un gran cabrestante, con mangos a cada lado y unas gruesas cadenas enrolladas a su alrededor. Junto a cada mango, las cadenas se extendían en tensos radios a través de las grietas en la piedra.

Wylan inclinó la cabeza hacia un lado.

—Vaya.

—No me gusta cómo suena eso. ¿Qué pasa?

—Esperaba cuerda o cables, no cadenas de acero. Si vamos a asegurarnos de que los fjerdanos no puedan abrir la puerta, vamos a tener que cortar el metal.

—Pero entonces, ¿cómo activamos el Protocolo Negro?

—Ese es el problema.

El Reloj Mayor comenzó a dar las diez campanadas.

—Debilitaré los eslabones —dijo Jesper—. Busca una lima o cualquier cosa

afilada. —Wylan le mostró las tijeras de la lavandería—. Suficiente.

Tendría que serlo.

Tenemos tiempo, se dijo mientras se concentraba en la cadena. *Todavía podemos conseguirlo*. Esperaba que los demás no se hubieran encontrado con ninguna sorpresa.

Tal vez Matthias se equivocara con la Isla Blanca. Tal vez las tijeras se partirían en las manos de Wylan. Tal vez Inej fracasaría. O Nina. O Kaz.

O yo. Tal vez fracase yo.

Seis personas, pero mil formas de que aquel plan demencial pudiera salir mal.



NUEVE CAMPANADAS Y MEDIA

ina se atrevió a echar un vistazo más por encima del hombro, observando a los guardias que se llevaban a Inej. *Es lista y letal. Puede cuidar de sí misma.*

Ese pensamiento no le supuso demasiado consuelo, pero tenía que seguir moviéndose. Estaba claro que las dos iban juntas, y quería desaparecer antes que el guardia que había detenido a Inej extendiera sus sospechas hacia ella. Además, no había nada que pudiera hacer ya por la sulí, no sin delatarse y arruinarlo todo. Se agachó a través de las hordas de asistentes a la fiesta y se abrió la llamativa capa de caballo, dejó que se arrastrara tras ella y después permitió que cayera y la multitud la pisoteara. Su ropa haría girar cabezas de todos modos, pero al menos ya no tenía que preocuparse de que un enorme moño rojo delatara su posición.

El puente de cristal se alzaba ante ella en un arco reluciente, brillando bajo las llamas azules de las lámparas de sus agujas. A su alrededor la gente reía y se aferraban unos a otros mientras se elevaban más sobre el foso de hielo, con su superficie brillando debajo, un espejo casi perfecto. El efecto era desconcertante y mareante; sus sandalias de cuentas demasiado apretadas parecían flotar en mitad del aire. La gente que había junto a ella parecía estar caminando sobre la nada.

Otra vez tuvo la desagradable comprensión de que ese lugar debía haberlo construido un Hacedor en un pasado lejano. Los fjerdanos aseguraban que la construcción de la Corte de Hielo era el trabajo de un dios o de Sénj Egmond, uno de

los Santos que decían que tenía sangre fjerdana. Pero en Ravka, la gente había comenzado a pensar dos veces en los milagros de los Santos. ¿Habían sido verdaderos milagros o simplemente la obra de Grisha talentosos? ¿Era el puente un regalo de Djel? ¿Un antiguo producto de la esclavitud? ¿O habrían construido la Corte de Hielo en una época antes de que los Grisha fueran vistos como monstruos por los fjerdanos?

En el punto más elevado del arco, vio por primera vez la Isla Blanca y el anillo interior. Desde la distancia había visto que la isla estaba protegida por otra pared, pero desde ese punto veía que esta tenía forma de leviatán, un gigantesco dragón de hielo que rodeaba la isla en un círculo y se tragaba su propia cola. Se estremeció. Lobos, dragones, ¿qué sería lo siguiente? En las historias ravkanas, los monstruos esperaban a ser despertados por la llamada de los héroes. *Bueno, pensó, desde luego nosotros no somos héroes. Esperemos que este se quede dormido.*

El descenso por el puente fue aún más mareante, y Nina se sintió aliviada cuando sus pies tocaron el sólido mármol blanco una vez más. Unos cerezos blancos y unos setos de sicomoro plateado bordeaban el camino de mármol, y la seguridad a ese lado del puente parecía claramente más relajada. Los guardias que estaban en posición de firmes llevaban elaborados uniformes blancos decorados con pelaje plateado y lazos plateados nada intimidatorios. Pero Nina recordaba lo que había dicho Matthias: cuanto más te internabas en los anillos más aumentaba la seguridad, solo que era menos visible. Vio a los asistentes moviéndose con ella por las resbaladizas escaleras y a través del hueco entre la cola y la boca del dragón. ¿Cuántos eran de verdad invitados, nobles, artistas? ¿Y cuántos eran soldados fjerdanos o *drüskelle* disfrazados?

Pasaron por un patio abierto de piedra y las puertas del palacio hasta una entrada abovedada de varios pisos de alto. El palacio estaba hecho de la misma piedra limpia, blanca y sin adornos de las paredes de la Corte de Hielo, y parecía como si un glaciar se hubiera tragado todo el lugar. Nina no sabía si eran los nervios, su imaginación o que el lugar de verdad estaba muy frío, pero tenía la carne de gallina y tuvo que esforzarse para que no le castañetearan los dientes.

Entró en un gran salón de baile circular lleno de gente bailando y bebiendo bajo una reluciente manada de lobos tallados en hielo. Tenía que haber al menos treinta enormes esculturas de bestias que corrían y saltaban, con los costados brillando bajo la luz plateada, las mandíbulas abiertas, sus hocicos que se fundían con lentitud goteando de vez en cuando sobre la multitud de abajo. La música de una orquesta invisible era apenas audible por encima del parloteo.

El Reloj Mayor comenzó a dar las diez campanadas. Había tardado demasiado tiempo en cruzar ese estúpido puente de cristal. Necesitaba ver mejor la habitación. Mientras se dirigía hacia una escalera de piedra blanca que descendía, vio dos figuras familiares entre las sombras de un nicho cercano. Kaz y Matthias. Lo habían logrado, y tenían uniformes de *drüskelle*. Nina reprimió un escalofrío. Ver a Matthias con esos

colores le metía una clase diferente de frío en los huesos. ¿Qué había pensado al ponérselos? Dejó que sus ojos se encontraran con los suyos brevemente, pero su mirada era ilegible. Sin embargo, ver a Kaz junto a él le daba algún consuelo. No estaba sola, y todavía estaban a tiempo.

No se arriesgó siquiera a asentir con la cabeza, sino que continuó subiendo las escaleras hasta el balcón del segundo piso, donde podría ver mejor el flujo de la multitud. Era un truco que había aprendido en la escuela de Zoya Nazyalensky. Había patrones en la forma de moverse de la gente, cómo se apiñaban alrededor del poder. Pensaban que iban por ahí, caminando sin rumbo, pero en realidad estaban siendo atraídos hacia gente de alto estatus. No era sorprendente que hubiera una gran concentración arremolinada alrededor de la reina de Fjerda y sus acompañantes. *Qué raro*, pensó Nina observando sus trajes blancos. En Ravka, el blanco era un color de sirviente. Pero esa corona no era moco de pavo; tenía unas retorcidas espinas de diamante que parecían ramas reluciendo con escarcha nueva.

La familia real estaba demasiado bien protegida para que le sirviera, pero no muy lejos vio otro remolino de actividad alrededor de un grupo de ropa militar. Si alguien conocía la ubicación de Yul-Bayur en la isla, sería alguien de alto rango en las fuerzas armadas de Fjerda.

—Bonitas vistas, ¿verdad?

Nina casi saltó cuando el hombre se situó junto a ella sigilosamente. Menuda espía estaba hecha; ni siquiera lo había notado acercándose.

Él le sonrió y le puso una mano en la parte baja de la espalda.

—¿Sabes? Hay habitaciones aquí para pasar un buen rato. Y contigo parece que será un rato muy bueno.

Su mano descendió.

Nina le bajó de golpe el ritmo cardíaco y él cayó como una piedra y se dio un golpe contra la barandilla. Despertaría en unos diez minutos con un fuerte dolor de cabeza y posiblemente una pequeña contusión.

—¿Se encuentra bien? —preguntó una pareja que pasaba por ahí.

—Ha bebido demasiado —replicó ella, airada.

Bajó las escaleras con lentitud y se internó entre el gentío, moviéndose directamente hacia donde un grupo de soldados ataviados con trajes militares plateados y blancos rodeaban a un hombre corpulento con un exuberante bigote. Si la constelación de medallas de su pecho era indicación alguna, tenía que ser un general o algo cercano. ¿Debería ir a por él directamente? Necesitaba a alguien de un rango lo bastante alto como para tener acceso a información privilegiada; alguien lo bastante borracho como para tomar malas decisiones, pero no tanto como para no poder llevarla adonde necesitaba ir. Por el aspecto rubicundo de las mejillas del general y cómo se balanceaba sobre sus pies, parecía estar demasiado ido como para hacer nada que no fuera echarse una siesta boca abajo en una maceta.

Nina podía sentir los minutos pasando. Era el momento de hacer su apuesta.

Tomó una copa de champán y después se movió con cuidado alrededor del círculo. Cuando un soldado se separó del grupo ella dio un paso hacia atrás, poniéndose directamente en su camino. Se chocó sobre ella. Sus pies eran lo bastante ligeros para que el golpe no fuera demasiado fuerte, pero ella soltó un agudo grito y se tiró hacia delante, derramando el champán. Al instante varios brazos fuertes se extendieron para amortiguar su caída.

—Zopenco —dijo el general—. Casi la tiras al suelo.

Y al primer intento, pensó Nina para sí misma. Da igual. Soy una espía excelente.

Las mejillas del pobre soldado eran de un rojo brillante.

—Mis disculpas, señorita.

—Lo siento —replicó ella en kerch, fingiendo confusión y empleando el idioma de la Reserva—. No hablo fjerdano.

—Profundas disculpas —intentó él en kerch. Hizo un valiente intento en kaélico—. Siento mucho.

—Ah, no, ha sido todo culpa mía —dijo ella sin aliento.

—Ahlgren, deja de destrozar su idioma y tráele una copa nueva de champán. —El soldado se inclinó y se apresuró a marcharse—. ¿Te encuentras bien? ¿Te busco un asiento? —preguntó el general en un kerch excelente.

—Tan solo me ha sobresaltado —aseguró Nina con una sonrisa, apoyándose en el brazo del general.

—Creo que será mejor que te tumbes un rato.

Nina se esforzó para no arquear las cejas. *Ya me gustaría. Pero primero tengo que descubrir lo que sabes.*

—¿Y perderme la fiesta?

—Estás pálida. Un poco de descanso en las habitaciones de arriba ayudará.

Por todos los Santos, no pierde el tiempo, ¿verdad? Antes de que pudiera insistir en que estaba perfectamente bien, pero que tal vez le gustaría pasar un rato en la terraza, una voz cálida dijo:

—De verdad, general Eklund, la mejor forma de obtener los favores de una mujer no es decirle que tiene aspecto de estar enferma.

El general frunció el ceño con el bigote erizado, pero entonces pareció ponerse firme.

—Cierto, cierto —rió con nerviosismo.

Nina se giró y el suelo pareció caer bajo sus pies. No, pensó, y su corazón trastabilló por el pánico. *No puede ser. Se ahogó. Se suponía que estaba en el fondo del mar.*

Pero si Jarl Brum estaba muerto, tenía un cadáver muy vital.



DIEZ CAMPANADAS Y MEDIA

La ropa de Jesper estaba cubierta de pequeñas esquirlas y virutas de acero. Su uniforme robado estaba empapado de sudor, le dolían los brazos, y el dolor de cabeza que se había instalado en su sien izquierda parecía haber tomado residencia permanente allí. Durante casi media hora, había estado concentrándose en un solo eslabón de la cadena que iba desde el extremo izquierdo del cabrestante hasta una de las ranuras de la pared, utilizando sus poderes para debilitar el metal mientras Wylan trataba de serrarlo con las tijeras de la lavandería. Al principio habían tenido cuidado, preocupados de partir el eslabón y deshabilitar la puerta antes de que fuera el momento, pero el acero era más fuerte de lo que ninguno de los dos había esperado, y su progreso era frustrantemente lento. Cuando sonó la campanada de los tres cuartos de hora, el pánico se apoderó de Jesper.

—Levantemos la puerta y ya está —dijo con un gruñido de frustración—. Ponemos en marcha el Protocolo Negro y después disparamos al cabrestante hasta que ceda.

Wylan se apartó los rizos de la frente y le lanzó una rápida mirada. Jesper vio sangre en sus manos donde se le habían formado ampollas que después habían explotado mientras trataba de cortar el eslabón.

—¿De verdad te gustan tanto las armas?

Jesper se encogió de hombros.

—No me gusta matar gente.

—Entonces, ¿por qué te gustan?

Jesper volvió a concentrarse en el eslabón.

—No sé. El sonido. Cómo el mundo se estrecha hasta que solo estás tú y tu objetivo. Trabajé con un armero en Novyi Zem que sabía que era Hacedor. Se nos ocurrieron cosas de locura.

—Para matar gente.

—Tú haces bombas, mercadercillo. Ahórrame tus juicios.

—Me llamo Wylan. Y tienes razón; no tengo derecho a criticarte.

—No empieces a hacer eso.

—¿El qué?

—Estar de acuerdo conmigo —explicó Jesper—. Es el camino seguro hacia la destrucción.

—A mí tampoco me gusta la idea de matar gente. Ni siquiera me gusta la química.

—¿Qué te gusta?

—La música. Los números. Las ecuaciones. No son como las palabras. No... no se mezclan.

—Si se pudiera hablar con las chicas en ecuaciones.

Hubo un largo silencio y entonces, con los ojos clavados en la muesca que habían hecho en el eslabón, Wylan dijo:

—¿Solo chicas?

Jesper reprimió una sonrisa.

—No. No solo chicas.

Era una verdadera pena que probablemente fueran a morir esa noche. Entonces el Reloj Mayor comenzó a dar las once campanadas, y sus ojos se encontraron con los de Wylan. Se habían quedado sin tiempo.

Jesper se puso en pie, tratando de sacudirse los trozos de metal de la cara y la camisa. ¿La cadena aguantaría el tiempo suficiente? ¿Demasiado tiempo? Tendrían que averiguarlo.

—Ponte en posición. —Wylan ocupó su lugar junto al mango derecho del cabrestante, y Jesper sujetó el de la izquierda—. ¿Preparado para el sonido de la muerte segura?

—Nunca has oído a mi padre enfadado.

—Ese sentido del humor se está volviendo cada vez más apropiado para el Barril. Si sobrevivimos, te enseñaré a insultar. A la de tres. Que la Corte de Hielo sepa que los Despojos han venido a por ellos.

Contó hacia atrás desde tres y comenzaron a girar el cabrestante, igualando el ritmo del otro con cuidado, con los ojos en el eslabón debilitado. Jesper había esperado un sonido como de truenos, pero salvo por algunos crujidos y golpes metálicos, la maquinaria permaneció en silencio.

Poco a poco, la puerta de la pared anular comenzó a elevarse. Diez centímetros.

Veinticinco.

A lo mejor no pasa nada, pensó. A lo mejor Matthias estaba mintiendo y todo esto del Protocolo Negro es una farsa para que la gente no trate siquiera de abrir las puertas.

Entonces las campanas del Reloj Mayor comenzaron a repicar, altas y llenas de pánico, agudas y exigentes, una creciente marea de ecos uno sobre otro, retumbando sobre la Isla Blanca, el foso de hielo, la pared. Las campanas del Protocolo Negro habían comenzado a sonar; ya no había vuelta atrás. Soltaron los mangos del cabrestante al unísono, dejando que la puerta cayera como un trueno, pero el eslabón siguió sin ceder.

—Vamos —dijo Jesper, tratando de convencer al tozudo metal. Un mejor Hacedor probablemente podría haberlo hecho con rapidez. Un Hacedor con *parem* probablemente podría haber convertido la cadena en unos cuchillos para carne y tener tiempo para tomarse un café. Pero Jesper no era ninguna de esas dos cosas, y se le había acabado la delicadeza. Sujetó la cadena y se colgó de ella, usando todo su peso para tratar de hacer presión sobre el eslabón. Wylan hizo lo mismo y, por un momento, se quedaron colgados tirando de la cadena como un par de ardillas locas que no habían aprendido a escalar. En cualquier momento los guardias entrarían en desbandada en el patio, y tendrían que dejar esa locura para defenderse. La puerta seguiría estando operativa. Habrían fracasado.

—A lo mejor podrías probar a cantarle —dijo Jesper, desesperado.

Y entonces, con un último estremecimiento de protesta, el eslabón se partió.

Jesper y Wylan cayeron al suelo mientras la cadena pasaba entre sus manos, con un extremo desvaneciéndose por la ranura y el otro haciendo girar los mangos del cabrestante.

—¡Lo conseguimos! —gritó Jesper por encima del estruendo de las campanas, a medio camino entre la emoción y el terror—. Yo te cubro. ¡Ocúpate del cabrestante!

Tomó su rifle, se situó junto a una rendija en la pared de piedra que daba al patio y se preparó para que el infierno se desatara.



DIEZ CAMPANADAS Y MEDIA

¿Cuánto tiempo vamos a seguir esperando? —preguntó un hombre vestido con terciopelo color vino. Los guardias lo ignoraron, pero los demás invitados apiñados junto a la entrada con Inej gruñeron de frustración—. He gastado mucho dinero para venir aquí, y no ha sido para pasar todo el tiempo junto a la puerta principal.

El guardia más cercano recitó con voz aburrida y monótona:

—Los hombres del punto de control se están ocupando de otros invitados. En cuanto estén libres, os llevarán de vuelta por la pared anular y permaneceréis detenidos en el punto de control hasta que comprueben vuestra identificación.

—¿Detenidos? —repitió el hombre del terciopelo—. ¡Como criminales!

Inej llevaba casi una hora oyendo variaciones de la misma conversación. Echó un vistazo al patio que llevaba a la puerta de la pared anular. Si iba a hacer que ese plan funcionara, tenía que ser lista y mantener la calma. Salvo porque aquel no era un gran plan, y desde luego no se sentía calmada. La seguridad y el optimismo que había sentido solo un rato antes se había evaporado. Esperó mientras pasaban los minutos, examinando la multitud con los ojos. Pero cuando sonó la campanada de los tres cuartos, supo que no podía esperar más. Tenía que actuar ya.

—Ya es suficiente —dijo en voz alta—. Llevadnos al punto de control o dejadnos marchar.

—Los guardias del punto de control...

Inej fue hasta la parte delantera del grupo y dijo:

—Estamos todos hartos de ese discurso. Llevadnos por la puerta y ya está.

—Silencio —ordenó el guardia—. Solo sois invitados.

Inej le clavó un dedo en el pecho.

—Pues tratadnos como a invitados —dijo, exhibiendo su mejor imitación de Nina

—. Exijo que me lleves a la puerta de inmediato, grandullón rubio.

El guardia le agarró el brazo.

—¿Estás tan desesperada por ir a la puerta? Pues vamos. Pero no vas a volver.

—Yo solo...

Entonces otra voz reverberó a través de la rotonda.

—¡Para! El de ahí, ¡he dicho que pares!

Inej olió su perfume: lilas, rico y cremoso, un denso olor dorado. Sintió náuseas. Heleen Van Houden, dueña y propietaria de la Reserva, la Casa Exótica, donde el mundo era tuyo por un precio, estaba abriéndose camino a través de la multitud.

¿No había dicho que a Tante Heleen le encantaba llamar la atención?

El guardia se detuvo sobresaltado cuando Heleen se colocó enfrente de él.

—Señora, le devolverán a su chica al final de la noche. Sus papeles...

—No es mi chica —dijo Heleen, entrecerrando los ojos con ferocidad. Inej se quedó completamente inmóvil, pero ni siquiera ella podía desvanecerse sin tener adonde ir—. Esta es el Espectro, la mano derecha de Kaz Brekker y una de las criminales más notorias de Ketterdam. —La gente a su alrededor se giró para mirar—. ¿Cómo te atreves a venir con los auspicios de mi Casa? —siseó—. ¿La casa que te dio ropa y comida? ¿Y dónde está Adjala?

Inej abrió la boca, pero el pánico se elevó tensando su garganta y ahogando sus palabras antes de que salieran. Sentía la lengua inútil y entumecida. Una vez más estaba mirando a los ojos a la mujer que le había dado palizas, que la había amenazado, la había comprado una vez y luego la había vendido una y otra vez.

Heleen la agarró por los hombros y la sacudió.

—¿Dónde está mi chica?

Inej bajó la mirada hasta los dedos clavados en su carne. Por un breve segundo todos los horrores volvieron a ella y fue de verdad un espectro, un fantasma volando de un cuerpo que solo le había dado dolor. No. Un cuerpo que le había dado su fuerza. Un cuerpo que la había llevado sobre los tejados de Ketterdam, que le había servido en batalla, que la había hecho subir seis pisos en la oscuridad de una chimenea manchada de hollín.

Cogió la muñeca de Heleen y la retorció con fuerza hacia la derecha. Ella soltó un chillido y sus rodillas cedieron mientras los guardias se lanzaban hacia delante.

—Tiré a tu chica al foso de hielo —gruñó Inej, apenas reconociendo su propia voz. Llevó la otra mano a la garganta de Heleen y apretó—. Y está mejor ahí que contigo.

Entonces unos brazos fuertes tiraron de ella, quitándola de encima de la mujer, tirando de ella hacia atrás.

Inej jadeó, con el corazón acelerado. *Podría haberla matado*, pensó. *Sentía su pulso bajo mi mano. Debería haberla matado.*

Heleen se puso en pie, gimoteando y tosiendo mientras los espectadores se acercaban para ayudarla.

—¡Si está aquí, entonces Brekker también! —chilló.

En ese momento, como si expresaran su acuerdo, las campanas del Protocolo Negro comenzaron a sonar, ruidosas e insistentes. Hubo un aturrido segundo de apatía, y entonces toda la rotonda pareció reventar de actividad cuando los guardias corrieron a sus puestos y los comandantes comenzaron a dar órdenes.

Uno de los guardias, claramente el capitán, dijo algo en Fjerdano. La única palabra que reconoció Inej fue «prisión». Sujetó la seda de su capa y le gritó en kerch:

—¿Quién está en tu equipo? ¿Cuál es vuestro objetivo?

—No voy a hablar —replicó ella.

—Cantarás si nosotros queremos —escupió el guardia.

La sutil risa de Heleen estaba llena de placer.

—Te veré colgada. Y también a Brekker.

—El puente está cerrado —declaró alguien—. Nadie más va a entrar o salir de la isla hoy.

Los invitados, furiosos, se dirigieron a cualquiera que pudiera escucharlos, exigiendo explicaciones.

Los guardias arrastraron a Inej por el patio, más allá de los espectadores que miraban boquiabiertos, y pasaron por la puerta de la pared anular mientras las campanas seguían sonando. Ya no trataron de fingir amabilidad y diplomacia.

—Te dije que volverías a llevar mis sedas, pequeña lince —dijo Heleen desde el patio. La puerta ya estaba bajando mientras los guardias la sellaban de acuerdo con el Protocolo Negro—. Ahora te colgarán con ellas.

Las puertas se cerraron de golpe, pero Inej podría jurar que seguía oyendo la risa de Heleen.



DIEZ CAMPANADAS Y MEDIA

ina rezó para no delatar su miedo. ¿La había reconocido Brum? Él estaba exactamente igual: largo pelo dorado con un toque de gris en las sienes, la delgada mandíbula cubierta por una barba bien recortada, el uniforme *drüskelle*, negro y plateado, con la manga derecha adornada con la cabeza de un lobo. Había pasado más de un año desde que lo vio, pero jamás olvidaría esa cara ni el azul resuelto de sus ojos.

La última vez que se había encontrado en compañía de Jarl Brum, este había estado pavoneándose ante Matthias y sus hermanos *drüskelle* en la bodega de un barco. *Matthias*. ¿Habría visto a Brum, su antiguo mentor, vivo y hablando con ella? ¿Estaría observándolos en esos momentos? Resistió la necesidad de explorar la multitud en busca de alguna señal suya y de Kaz.

Sin embargo, la bodega del barco era muy oscura, y ella había formado parte de un grupo de prisioneros, sucia y asustada. Ahora estaba limpia y perfumada. Su pelo era de un color diferente y su piel estaba maquillada. De pronto se sintió agradecida por su absurdo disfraz. Después de todo, Brum era un hombre. Esperaba que Inej tuviera razón y tan solo viera a una kaélica pelirroja con un escote muy bajo.

Hizo una profunda reverencia y lo miró a través de las pestañas.

—Un placer.

Los ojos del hombre recorrieron su figura.

—Puede que sí. Eres de la Casa Exótica, ¿verdad? *¿Kep ye nom?*

—*Nomme Fianna* —respondió ella en kaélico. ¿La estaba poniendo a prueba?—.

Pero podéis llamarme como queráis.

—Pensaba que las chicas kaélicas de la Reserva llevaban la capa de la yegua roja. Ella frunció los labios.

—Nuestra zemeni la pisó y rompió el dobladillo. Creo que lo hizo a propósito.

—Maldita chica. ¿Debería ir a por ella y castigarla?

Nina se obligó a soltar una risita.

—¿Cómo lo haríais?

—Dicen que el castigo depende del crimen, pero yo creo que debería depender del criminal. Si fueras mi prisionera, me ocuparía de descubrir lo que te gusta y lo que no... y también tus miedos, claro.

—No tengo miedo —dijo ella con un guiño.

—¿De verdad? Qué interesante. Los fjerdanos valoran enormemente el coraje. ¿Qué te parece nuestro país?

—Es un lugar mágico —respondió Nina con efusión. *Si te gusta el hielo y más hielo.* Se preparó. Si él sabía quién era, entonces debería descubrirlo ya. Y si no, bueno, todavía necesitaba localizar a Bo Yul-Bayur, y qué placer sería engañar al legendario Jarl Brum para sacarle esa información. Se acercó más—. ¿Sabéis dónde me gustaría ir de verdad?

Él imitó su tono conspirador.

—Me encantaría saber todos tus secretos.

—A Ravka.

El *drüskelle* frunció los labios.

—¿Ravka? Una tierra de blasfemos y bárbaros.

—Cierto, pero ¿ver a un Grisha? ¿Podéis imaginar la emoción?

—Te lo aseguro, no es nada emocionante.

—Solo decís eso porque lleváis la marca del lobo. Eso significa que sois un... *drüskelle*, ¿verdad? —preguntó, fingiendo forcejear con la palabra fjerdana.

—Soy su comandante.

Nina abrió mucho los ojos.

—Entonces debéis de haber vencido a muchos Grisha en batalla.

—Hay poco honor en luchar con una criatura así. Preferiría enfrentarme a mil hombres honestos con espadas que a uno de esos engañosos brujos con poderes antinaturales.

Y cuando llegáis con vuestros rifles de repetición y vuestros tanques, cuando perseguís niños y aldeas indefensas, ¿no deberíamos usar las armas que poseemos?

Nina se mordió con fuerza la parte interior de la mejilla.

—Hay Grisha en Kerch, ¿verdad? —preguntó Brum.

—Eso he oído, pero no he visto a ninguno en la Reserva o en el Barril. Al menos no que yo sepa. —¿Podía arriesgarse a mencionar la *jurda parem*? ¿Cómo iba a tener

tal conocimiento la chica que fingía ser? Se inclinó hacia él, curvando los labios en una sonrisa malvada y ligeramente culpable, y esperando parecer deseosa de emoción más que de información—. Sé que son terribles, pero... la verdad es que me provocan escalofríos. He oído que sus poderes no tienen límites.

—Bueno... —vaciló el drüskelle.

Nina pudo ver que estaba debatiendo consigo mismo. Sería mejor hacer una retirada estratégica, así que se encogió de hombros.

—Pero quizá no sea su área de experiencia.

Echó un vistazo por encima del hombro y captó la mirada de un joven noble de pálida seda gris.

—¿Te gustaría ver a un Grisha esta noche?

Su mirada volvió de golpe a Brum. *Tan solo necesitaría un espejo.* ¿Tendría Brum prisioneros Grisha por algún lado? Lo que quería era oírlo todo sobre Bo Yul-Bayur y la *jurda parem*, pero ese podría ser el comienzo. Y si podía llevarlo a solas...

Le dio un golpecito en el pecho.

—Estáis de broma.

—¿Se daría cuenta tu señora si te escaparas?

—Por eso estamos aquí, ¿no? ¿Para escaparnos?

Él le ofreció el brazo.

—Entonces, ¿vamos? —Ella sonrió y le puso la mano sobre el antebrazo. Él le dio una suave palmada—. Buena chica.

Le entraron arcadas. *A lo mejor te dejo impotente*, pensó Nina sombríamente mientras él la llevaba fuera del salón de baile y a través de un bosque hecho de hileras de esculturas de hielo: un lobo con un águila doble gritando entre sus mandíbulas, una serpiente enroscada alrededor de un oso.

—Qué... primitivo —murmuró.

Brum se rio y le volvió a dar un golpecito en la mano.

—Somos una cultura de guerreros.

¿Estaría muy mal matarlo ahora?, se preguntó mientras avanzaban. *¿Tal vez que pareciera un ataque al corazón? ¿Dejarlo aquí, en el frío?* Pero podía soportar a Jurl Brum mirándole lascivamente la parte delantera del vestido un rato más si eso significaba alejar la *jurda parem* del mundo.

Además, si Bo Yul-Bayur se encontraba en esa isla dejada de la mano de los Santos, Brum era quien podría llevarlo hasta él. Los guardias de las puertas del salón de baile los habían dejado pasar con poco más que una ceja alzada y una sonrisita.

Justo delante de ellos, Nina vio un enorme árbol plateado en el centro de un patio circular, con sus ramas extendiéndose sobre la piedra en un toldo reluciente. *El fresno sagrado*, comprendió Nina. Entonces debían de estar en el centro de la isla. El patio estaba rodeado de arcadas por ambos lados. Si los dibujos de Matthias y Wylan habían sido correctos, el edificio que había justo al otro lado era la tesorería.

En lugar de llevarla por el patio, Brum giró a la izquierda hacia un camino por un

lateral de la arcada. Mientras lo hacía, Nina vislumbró un gruño de gente con abrigos negros con capucha avanzando hacia el árbol.

—¿Quiénes son? —preguntó, aunque ya lo sospechaba.

—Drüskelle.

—¿No deberíais estar con ellos?

—Esta es una ceremonia para que los viejos hermanos den la bienvenida a los nuevos, no para los capitanes y oficiales.

—¿Pasasteis por ella?

—Cada *drüskelle* de la historia ha entrado en la orden a través de la misma ceremonia desde que Djel ungió al primero de nosotros. —Nina se obligó a no poner los ojos en blanco. *Claro, un manantial gigante eligió a un tío para captar y asesinar gente inocente. Seguro que sí*—. Eso es lo que se celebra en la Hringkälla. Y cada año, si hay iniciados dignos, los *drüskelle* se reúnen junto al fresno sagrado, donde podrían oír una vez más la Voz de Dios.

Djel dice que eres un fanático borracho de tu propio poder. Vuelve el año que viene.

—La gente olvida que esta es una noche sagrada —murmuró Brum—. Vienen al palacio a beber, bailar y fornicar.

Nina tuvo que morderse la lengua. Dado el interés de Brum en su escote, dudaba que sus pensamientos fueran muy sagrados.

—¿Tan malas son esas cosas? —preguntó con provocación.

Brum sonrió y le apretó el brazo.

—No con moderación.

—La moderación no es una de mis especialidades.

—Ya lo veo —dijo él—. Me gusta el aspecto de una mujer que sabe disfrutar.

Disfrutaría asfixiándote lentamente, pensó ella mientras le pasaba los dedos por el brazo. Mirando a Brum, supo que no solo lo culpaba por las cosas que le había hecho a su gente; sino también por lo que le había hecho a Matthias. Había cogido a un chico valiente y miserable y lo había alimentado con odio. Había silenciado la conciencia de Matthias con prejuicios y la promesa de una llamada divina que probablemente no fuera más que el viento moviéndose entre las ramas de un árbol antiguo.

Llegaron al extremo opuesto de la arcada. Sobresaltada, Nina se dio cuenta de que Brum la había hecho rodear deliberadamente el patio. Tal vez no había querido llevar a una puta por un espacio sagrado. *Hipócrita*.

—¿Adonde vamos? —preguntó.

—A la tesorería.

—¿Vais a cortejarme con joyas?

—No sabía que las chicas como tú necesitaran cortejo. ¿No se trata de eso?

Nina se rio.

—Bueno, a toda chica le gusta un poco de atención.

—Entonces eso es lo que tendrás. Y también la emoción que buscabas.

¿Era posible que Yul-Bayur se encontrara en la tesorería? Kaz había dicho que estaría en el lugar más seguro de la Corte de Hielo. Eso podía significar el palacio, pero podía ser la tesorería con la misma facilidad. ¿Por qué no? Era otra estructura circular tallada en reluciente piedra blanca, pero la tesorería no tenía ventanas ni ninguna caprichosa decoración de escamas de dragón. Parecía una tumba. En lugar de guardias corrientes, había dos *drüskelle* vigilando junto a la pesada puerta.

De pronto el peso completo de lo que estaba haciendo la golpeó. Se hallaba a solas con uno de los hombres más letales de Fjerda, un hombre que la torturaría alegremente y la asesinaría si supiera lo que era en realidad. El plan había sido encontrar a alguien que le diera información sobre la ubicación de Bo Yul-Bayur, no intimar con el *drüskelle* de mayor rango de la Isla Blanca. Sus ojos examinaron los árboles y caminos que los rodearan, el laberinto de setos pegado al lado oriental de la tesorería, esperando ver alguna sombra moverse, saber que alguien se encontraba allí con ella y que no estaba completamente sola. Kaz había jurado que podía sacarla de la isla, pero su primer plan se había hecho pedazos... tal vez ese también lo haría.

Los soldados no pestañearon cuando Nina y Brum pasaron, tan solo ofrecieron un tenso saludo. Brum se tiró de una cadena que llevaba al cuello; de ella colgaba un extraño disco circular. Lo metió en una hendidura casi invisible en la puerta y lo giró. Nina miró la cerradura con cautela. Aquello podría estar más allá incluso de la habilidad de Kaz Brekker.

La entrada con forma de barril estaba fría y desnuda, iluminada por la misma luz intensa de las celdas Grisha en el ala de prisión. No había luz de gas ni velas. Nada que pudieran manipular los Vendavales o los Inferni.

Entrecerró los ojos.

—¿Dónde estamos?

—La vieja tesorería. La cámara la movieron hace años y convirtieron esto en un laboratorio.

Laboratorio. La palabra formó un nudo tenso bajo las costillas de Nina.

—¿Por qué?

—Qué pequeña tan inquisitiva. —*Soy casi tan alta como tú*, pensó ella—. La tesorería ya era segura y estaba en un buen lugar de la Isla Blanca, así que era una elección lógica para una instalación así.

Las palabras eran inocuas, pero el nudo de miedo se tensó convirtiéndose en un puño helado que le presionaba el pecho. Imitó los pasos de Brum por el recibidor abovedado, pasó junto a unas puertas blancas y lisas, cada una con una pequeña ventanita de cristal.

—Aquí estamos —dijo Brum, deteniéndose frente a una puerta que parecía idéntica a las demás.

Nina miró a través del cristal. La celda era justo como las demás del nivel superior de la prisión, pero el panel de observación se encontraba al otro lado; un

espejo grande que ocupaba la mitad de la pared opuesta. Dentro vio a un chico joven con una kefta azul zarrapastrosa paseándose con inquietud, hablándose a sí mismo, rascándose los brazos. Tenía los ojos hundidos y el pelo lacio. Estaba como Néstor antes de morir. *Los Grisha no enfermamos*, pensó. Pero aquella era una clase diferente de enfermedad.

—No parece muy amenazador.

Brum se situó junto a ella. Su aliento le rozó la oreja cuando dijo:

—Ah, créeme, lo es.

Nina sintió un escalofrío, pero se obligó a inclinarse ligeramente hacia él.

—¿Para qué está aquí?

—Para el futuro.

La Grisha se giró y le puso las manos sobre el pecho.

—¿Hay más?

Él resopló con impaciencia y la condujo hasta la siguiente puerta. Había una chica tumbada de costado, con el pelo enredado cubriéndole la cara. Llevaba un vestido sucio y tenía moratones por los brazos. Brum dio un brusco golpeteo en la ventanita, sobresaltando a Nina.

—¿Estás viva? —la provocó Brum, pero la chica no se movió. Su dedo flotó sobre un botón de latón que había junto a la ventana—. Si de verdad quieres un espectáculo, puedo apretar este botón.

—¿Qué hace?

—Cosas bonitas. Milagrosas, en realidad.

Nina creía saberlo; el botón le daría a la chica una dosis de *jurda parem* de algún modo. Para diversión de Nina. Apartó a Brum de allí.

—Da igual.

—Pensaba que querías ver a un Grisha usando sus poderes.

—Ah, claro que sí, pero no parece muy divertida. ¿Hay más?

—Casi treinta.

Nina se encogió. El Segundo Ejército había quedado casi destruido en la guerra civil de Ravka. No podía soportar que hubiera treinta Grisha allí.

—¿Y están todos en este estado?

Él se encogió de hombros y la condujo por un corredor.

—Algunos mejor. Otros peor. Si te encuentro uno vivaz, ¿cuál será mi recompensa?

—Sería más fácil mostrároslo —ronroneó ella.

Nina ya estaba harta de ver Grisha muertos de hambre y asustados. Necesitaba a Yul-Bayur, y Brum debía de saber dónde estaba. La tesorería estaba casi desierta y no había visto a ningún guardia dentro. Si podía llevar a Brum a un corredor vacío lo bastante lejos de la entrada como para que los guardias no los oyeran... ¿Podría torturar a un duro *drüskelle*? ¿Podría obligarlo a hablar? Pensó que tal vez sí. Le sellaría la nariz y aplicaría presión en su laringe. Unos cuantos minutos sin aire

podrían ablandarlo.

—¿Tal vez podríamos encontrar una esquina tranquila? —sugirió Nina.

Brum se hinchó, sacando pecho.

—Por aquí, *dirre* —dijo, usando la palabra kaélica para decir «cariño». La condujo por un pasillo desierto y abrió la puerta con su llave circular—. Esto debería valer —dijo con una inclinación—. Un poco de privacidad y un poco de encanto.

Nina le guiñó un ojo y pasó pavoneándose junto a él. Esperaba alguna clase de despacho o lugar de descanso para los guardias. Pero no había escritorio ni catre. La habitación estaba completamente vacía; a excepción del desagüe en el centro del suelo.

Ella se giró con rapidez a tiempo de ver la puerta de la celda cerrándose de golpe.

—¡No! —gritó, arañando con las manos la superficie de la puerta. No tenía pomo.

La cara de Brum apareció en la ventana. Su expresión era engreída y sus ojos fríos.

—Tal vez exagerara el encanto, pero hay mucha privacidad, Nina. —Ella retrocedió—. Te llamas así, ¿verdad? ¿De verdad pensabas que no te reconocería? Recuerdo tu carita tozuda del barco de esclavos, y tenemos archivos sobre cada uno de los Grisha activos en Ravka. Mi trabajo es conocerlos todos; incluso los que espero que se haya tragado el mar.

Nina levantó los brazos.

—Adelante —dijo él—. Explota mis ojos en las cuencas. Aplástame el corazón en el pecho. La puerta no se abrirá, y en el tiempo que tardes en alterarme el pulso, apretaré este botón. —Ella no podía verlo, pero podía imaginar su dedo flotando sobre él—. ¿Sabes lo que hace? Has visto los efectos de la *jurda parem*. ¿Te gustaría sentirlos también? Es efectiva como polvo, pero aún más como gas. —Nina se quedó paralizada—. Chica lista.

Su sonrisa le erizó el vello de los brazos. *No voy a suplicar*, se dijo. Pero sabía que lo haría. Cuando la droga estuviera en su sistema, no sería capaz de detenerla. Tomó un trago de aire limpio. Un gesto inútil, incluso infantil, pero estaba decidida a aguantar tanto como pudiera.

Entonces Brum hizo una pausa.

—No. Esta no es mi venganza. Hay alguien que te debe mucho más.

Se desvaneció de la ventana y, un momento después, la cara de Matthias llenó el cristal. Le devolvió la mirada con ojos duros.

—¿Cómo? —susurró Nina, sin saber siquiera si podrían oírla a través de la puerta.

—¿De verdad creías que me pondría en contra de mi nación? —La voz de Matthias estaba llena de desprecio—. ¿Que abandonaría la causa a la que había dedicado mi vida? Vine a advertir a Brum tan pronto como pude.

—Pero dijiste que...

—El país antes que uno mismo, Zenik. Es algo que nunca has comprendido. —

Nina se llevó la mano a la boca—. Puede que nunca vuelva a ser *drüskelle*. Puede que siempre viva con el cargo de tratante de esclavos alrededor del cuello, pero encontraré otra forma de servir a Fjerda. Y podré verte drogada con *jurda parem*. Podré verte destruyendo a los tuyos y rogando la siguiente dosis. Podré verte traicionando a la gente que amas como tú me pediste que traicionara a los míos.

—Matthias...

Él golpeó la ventana con el puño.

—No pronuncies mi nombre. —Entonces sonrió, una sonrisa tan fría y despiadada como el mar del norte—. Bienvenida a la Corte de Hielo, Nina Zenik. Ahora nuestra deuda está saldada.

Desde algún lugar en el exterior, las campanas del Protocolo Negro comenzaron a sonar.



ONCE CAMPANADAS

s guapa —dijo Brum—, de una forma exagerada. Has sido fuerte al no dejarte seducir.

Pero sí me dejé seducir, pensó Matthias. Y no fue solo por su belleza.

—La alarma... —dijo.

—Sus compatriotas, sin duda.

—Pero...

—Matthias, mis hombres se ocuparán de ello. La Corte de Hielo es segura. — Volvió a mirar la celda de Nina—. Podríamos apretar el botón ahora mismo.

—¿No será una amenaza?

—Hemos combinado la *jurda parem* con un sedante que los vuelve más dóciles. Seguimos trabajando en los porcentajes correctos, pero lo lograremos. Además, a la segunda dosis la adicción hace el trabajo de controlarlos.

—¿La primera no?

—Depende del Grisha.

—¿Cuántas veces has hecho esto?

Brum se rio.

—No las he contado. Pero créeme, estará tan desesperada por conseguir más *jurda parem* que no se atreverá a actuar en nuestra contra. Es una transformación extraordinaria; creo que la disfrutarás.

El estómago de Matthias dio un vuelco.

—Entonces, ¿habéis mantenido al científico con vida?

—Ha hecho lo posible por replicar el proceso de crear la droga, pero es complicado. Algunas tandas funcionan; otras no valen más que polvo. Mientras pueda ser de ayuda, vivirá. —Brum le puso la mano sobre el hombro y su dura mirada se suavizó—. Apenas puedo creer que de verdad estés aquí con vida, de pie frente a mí. Pensaba que estabas muerto.

—Yo creía lo mismo de ti.

—Al verte en ese salón de baile apenas te reconocí, incluso con ese uniforme. Estás muy cambiado.

—Tuve que dejar que la bruja me modificara.

La repulsión de Brum era evidente.

—Le has permitido...

De algún modo, ver esa respuesta en otra persona hizo que Matthias se sintiera avergonzado por cómo había reaccionado con Nina.

—Tenía que hacerlo —dijo—. Necesitaba que creyera que estaba comprometido con su causa.

—Todo eso ya ha terminado, Matthias. Por fin estás a salvo y entre los tuyos. —Brum frunció el ceño—. Algo te atormenta.

Matthias miró en la celda que había junto a la de Nina, y después otra y otra más, bajando por el pasillo mientras Brum lo seguía. Algunos de los Grisha cautivos estaban agitados, paseándose. Otros tenían las caras apretadas contra el cristal. Otros simplemente estaban tumbados en el suelo.

—No puedes haber sabido de la *parem* desde hace más de un mes. ¿Cuánto tiempo lleva aquí esta instalación?

—Fue construida hace casi quince años, con la bendición del rey y su consejo.

Matthias se detuvo en seco.

—¿Quince años? ¿Por qué?

—Necesitábamos un lugar donde meter a los Grisha después de los juicios.

—¿Después? Cuando se declara culpable a un Grisha, se lo sentencia a muerte.

Brum se encogió de hombros.

—Sigue siendo una sentencia a muerte, solo que tarda un poco más. Descubrimos hace mucho que los Grisha podían ser un recurso útil.

Un recurso.

—Me dijiste que había que erradicarlos. Que eran una plaga en el mundo natural.

—Y lo son, cuando intentan hacerse pasar por hombres. No son capaces de pensar bien, de la moralidad humana. Hay que controlarlos.

—¿Por eso querías la *parem*? —preguntó Matthias con incredulidad.

—Hemos probado nuestros propios métodos durante años con éxito limitado.

—Pero ya has visto lo que puede hacer la *jurda parem*, lo que los Grisha pueden hacer bajo su control...

—Una pistola no es malvada, y una daga tampoco. La *jurda parem* asegura obediencia. Convierte a un Grisha en lo que siempre debieron ser.

—¿Un Segundo Ejército? —preguntó Matthias, con la voz llena de desdén.

—Un ejército está lleno de soldados. Esas criaturas nacieron para ser armas. Nacieron para servir a los soldados de Djel. —Brum le apretó el hombro—. Ah, Matthias, cómo te echaba de menos. Tu fe siempre fue tan pura. Me alegra que seas reacio a abrazar esta medida, pero es nuestra oportunidad de asestar un golpe mortal. ¿Sabes por qué los Grisha son tan difíciles de matar? Porque no son de este mundo. Pero sí son buenos matándose entre ellos, dicen que los similares se atraen. Espera a ver lo que hemos conseguido, las armas que sus Hacedores nos han ayudado a desarrollar.

Matthias bajó la mirada por el pasillo.

—Nina Zenik se pasó un año en Kerch tratando de conseguir mi libertad. No creo que esas sean las acciones de un monstruo.

—¿Puede una víbora quedarse quieta antes de atacar? ¿Puede un perro salvaje lamerte la mano antes de saltarte al cuello? Un Grisha puede ser capaz de ser amable, pero eso no cambia su naturaleza básica.

Matthias se planteó aquello. Pensó en Nina aterrorizada en esa celda mientras la puerta se cerraba de golpe. Había anhelado verla cautiva, castigada como él había sido castigado. Y aun así, tras todo por lo que habían pasado, no le sorprendió el dolor que sintió al ver que sucedía.

—¿Cómo es ese científico shu? —preguntó Brum.

—Testarudo. Sigue llorando por su padre.

Matthias no sabía nada sobre el padre de Yul-Bayur, pero había una pregunta más importante.

—¿Está en un lugar seguro?

—La tesorería es el lugar más seguro de la isla.

—¿Lo tenéis aquí, con los Grisha?

Brum asintió con la cabeza.

—Convertimos la cámara principal en un laboratorio para él.

—¿Y de verdad es seguro?

—Yo tengo la llave maestra —dijo Brum, dándose unos golpecitos en el disco que le colgaba del cuello—, y está custodiado día y noche. Solo unos pocos elegidos saben siquiera que se encuentra aquí. Es tarde y necesito asegurarme de que se han ocupado del Protocolo Negro, pero si quieres te llevaré a verlo mañana. —Rodeó a Matthias con el brazo—. Y mañana nos ocuparemos de tu regreso y tu readmisión.

—Sigo estando acusado de comercio de esclavos.

—Haremos que la chica firme una declaración retractándose de los cargos con facilidad. Créeme, cuando haya probado por primera vez la *jurda parem*, hará cualquier cosa que le pidas y más. Habrá una vista, pero te juro que volverás a llevar los colores *drüskelle*, Matthias.

Colores *drüskelle*. Matthias los había llevado con mucho orgullo. Y las cosas que había sentido por Nina le habían provocado mucha vergüenza. Seguía estando con él, tal vez siempre lo estaría. Había pasado demasiados años lleno de odio para que se desvaneciera de la noche a la mañana. Pero ahora la vergüenza era un eco, y todo lo que sentía era arrepentimiento: por el tiempo que había desperdiciado, por el dolor que había causado, y sí, incluso entonces por lo que estaba a punto de hacer.

Se giró hacia Brum, ese hombre que se había convertido en padre y mentor para él. Cuando había perdido a su familia, había sido Brum quien lo había reclutado para los *drüskelle*. Matthias había sido joven, furioso y sin ninguna habilidad. Pero había entregado lo que quedaba de su corazón roto a la causa. Una causa falsa. Una mentira. ¿Cuándo lo había visto? ¿Cuándo había ayudado a Nina a enterrar a su amigo? ¿Cuándo había luchado junto a ella? ¿O había sido mucho antes... cuando ella había dormido entre sus brazos esa primera noche en el hielo? ¿O cuando lo había salvado del naufragio?

Nina había actuado mal con él, pero lo había hecho para proteger a su gente. Le había hecho daño, pero había intentado hacer todo lo posible por arreglar las cosas. Le había mostrado de mil formas que era honorable y fuerte, generosa y muy humana, tal vez más vívidamente humana que nadie que hubiera conocido jamás. Y si lo era, entonces los Grisha no eran malos por naturaleza. Eran como todos los demás: llenos del potencial para hacer un gran bien, y también grandes daños. Ignorar eso convertiría a Matthias en el monstruo.

—Me has enseñado mucho —dijo—. Me enseñaste a valorar el honor y la fuerza. Me diste las herramientas para la venganza cuando más las necesitaba.

—Y con esas herramientas construiremos un gran futuro, Matthias. El tiempo de Ejerda ha llegado por fin.

Matthias le devolvió el abrazo a su mentor.

—No sé si te equivocas sobre los Grisha —dijo con suavidad—. Pero sé que te equivocas con ella.

Sostuvo a Brum con fuerza, en un abrazo que había aprendido en las reverberantes salas de entrenamiento del fuerte *drüskelle*, salas que no volvería a ver jamás. Abrazó a Brum mientras este forcejeaba brevemente y su cuerpo se quedaba flojo.

Cuando Matthias se apartó, Brum había caído en la inconsciencia, pero creyó que no se imaginaba la furia que seguía en las facciones de su mentor. Se obligó a memorizarla. Era correcto recordar esa expresión. Era un verdadero traidor al fin, y debía llevar esa carga.

Cuando habían entrado en el gran salón de baile, Matthias y Kaz se habían apostado junto a un rincón en sombras cerca de las escaleras. Habían observado a Nina entrando con ese indignante traje de escamas relucientes, y entonces Matthias había visto a Brum. La impresión de ver a su mentor con vida había sido seguida por la terrible comprensión de que estaba siguiendo a Nina.

—Lo sabe —le había dicho a Kaz—. Tenemos que ayudarla.

—Sé listo, Helvar. Puedes salvarla y también conseguírnos a Yul-Bayur.

Matthias había asentido con la cabeza y se había internado entre la multitud.

—Decencia —había oído que Kaz murmuraba tras él—. Como colonia barata.

Había abordado a Brum junto a las escaleras.

—Señor...

—Ahora no.

Matthias se había visto obligado a ponerse delante de él.

—Señor.

Brum se había detenido entonces. Su cara había mostrado furia porque lo detuvieran, después confusión y después una perpleja incredulidad.

—¿Matthias? —había susurrado.

—Por favor, señor —había dicho a toda prisa—. Tan solo dame un momento para explicarme. Hay una Grisha aquí esta noche con la intención de asesinar a uno de tus prisioneros. Si me escuchas, puedo explicarte el plan y cómo detenerlo.

Brum le había hecho una señal a otro *drüskelle* para que vigilara a Nina y después condujo a Matthias a un hueco bajo las escaleras.

—Habla —había dicho, y Matthias le había contado la verdad, o al menos una parte: su escape del naufragio, cómo casi se ahogó, el cargo falso de esclavizador de Nina, su cautividad en la Puerta del Infierno, y entonces la promesa de la absolución. Había culpado de todo a Nina, sin decir nada sobre Kaz y los demás. Cuando Brum le preguntó si Nina estaba sola en su misión, simplemente había dicho que no lo sabía.

—Cree que estoy esperando para escoltarla por el puente secreto. Me separé tan pronto como pude y vine a buscarte.

Una parte de él estaba asqueada por lo fácilmente que acudían las mentiras a sus labios, pero no iba a dejar a Nina a merced de Brum.

Miró a Brum, con la boca abierta mientras dormía. Una de las cosas que más había respetado de su mentor era su carácter implacable, su disposición a hacer cosas difíciles por el bien de su causa. Pero Brum había disfrutado con lo que les había hecho a esos Grisha, con lo que les habría hecho alegremente a Nina y Jesper. A lo mejor esas cosas nunca habían sido tan difíciles para Brum como lo habían sido para Matthias. No habían sido parte de un deber sagrado, realizado de mala gana por el bien de Fjerda. Habían sido una alegría.

Matthias le quitó la llave maestra del cuello y lo arrastró hasta una celda vacía, donde lo dejó sentado contra la pared. Odiaba dejarlo allí, con la barbilla sobre el pecho y las piernas extendidas frente a él, sin dignidad. Odiaba pensar en la vergüenza que sentiría, un guerrero traicionado por alguien a quien le había dado su confianza y su afecto. Conocía bien ese dolor.

Presionó su frente una vez, con brevedad, contra la de Brum. Sabía que su mentor no podía oírlo, pero pronunció las palabras de todos modos.

—La vida que vives, el odio que sientes, son veneno. No puedo seguir

bebiéndolo.

Cerró la puerta de la celda y corrió por el pasillo hacia Nina, hacia algo mejor.



ONCE CAMPANADAS

esper esperó junto a la hendidura en la pared, un hueco para francotiradores, el lugar perfecto para un chico como él. *¿Qué acabamos de hacer?*, se preguntó. Sin embargo, su sangre estaba viva, su rifle sobre su hombro, el mundo volvía a tener sentido.

Pero ¿dónde estaban los guardias? Jesper esperaba que entraran corriendo en el patio en cuanto Wylan y él activaron el Protocolo Negro.

—¡Ya está! —gritó su compañero tras él.

Jesper odiaba alejarse de ese lugar elevado antes de saber a qué se enfrentaban, pero iban mal de tiempo y tenían que llegar al tejado.

—De acuerdo, vámonos.

Bajaron las escaleras corriendo. Cuando estaban a punto de salir por el arco de entrada, seis guardias entraron corriendo en el patio. Jesper se detuvo en seco y extendió el brazo.

—Gírate —le dijo a Wylan.

Pero este estaba señalando el otro lado del patio.

—Mira.

Los guardias no se movían hacia la entrada; toda su atención estaba centrada en un hombre con ropa de un verde militar junto a uno de los bloques de piedra. *Ese uniforme...*

Una mujer atravesó la pared, una figura de niebla reluciente que se solidificó

junto al extraño. Llevaba el mismo verde militar.

—Agitamareas —dijo Wylan.

—Los shu.

Los guardias abrieron fuego y los Agitamareas se desvanecieron. Después reaparecieron tras los soldados y levantaron los brazos.

Los guardias gritaron y soltaron sus armas. Una niebla roja se formó a su alrededor, volviéndose más densa mientras chillaban y su carne parecía encogerse contra sus huesos.

—Es su sangre —dijo Jesper, con la bilis subiendo por la garganta—. Por todos los Santos, los Agitamareas le están drenando la sangre.

Los estaban dejando secos.

La sangre formaron unos charcos flotantes en la forma vaga de unos hombres, resbaladizas sombras que se deslizaban en el aire, el rojo húmedo de los granates, y después salpicaron el suelo al mismo tiempo que los guardias se derrumbaban, con la piel flácida colgando de sus cuerpos desecados en pliegues grotescos.

—Volvamos por las escaleras —susurró Jesper—. Tenemos que salir de aquí.

Pero era demasiado tarde. La mujer Agitamareas desapareció y un aliento después estaba en las escaleras. Apoyó el peso sobre la barandilla con las manos, plantó las botas contra el pecho de Wylan y lo lanzó de una patada hacia Jesper. Se derrumbaron sobre la piedra negra del patio.

El rifle salió volando de los brazos de Jesper y cayó a un lado con un traqueteo. El muchacho trató de ponerse en pie, pero la Agitamareas le dio un golpe en la parte posterior de la cabeza. Entonces quedó tumbado junto a Wylan mientras los Agitamareas se elevaban sobre ellos. Levantaron las manos y Jesper vio una débil niebla roja aparecer sobre él. Iban a drenarlo. Sintió que su fuerza comenzaba a flaquear. Miró a la izquierda, pero el rifle estaba muy lejos.

—Jesper —jadeó Wylan—. Metal. Tu poder.

Y entonces comenzó a gritar.

Jesper lo comprendió de golpe. Aquella era una pelea que no podía ganar con un arma. No había tiempo para pensar, no había tiempo para dudar.

Ignoró el dolor que le atravesaba la piel y concentró toda su atención en los trozos de metal pegados a su ropa, en las virutas y las pequeñas partículas del eslabón cortado de la cadena. No era un buen Hacedor, pero ellos no esperaban que fuera un Hacedor en absoluto. Lanzó las manos hacia delante y los trozos de metal salieron volando de su uniforme, una nube reluciente que flotó en el aire durante un breve instante y después salió disparada hacia los Agitamareas.

La mujer gritó cuando el metal se hundió en su carne, y trató de convertirse en niebla. El otro Agitamareas hizo lo mismo y sus facciones se licuaron, pero entonces volvieron a solidificarse. Tenía la cara gris, llena de trozos de metal. Jesper no se ablandó. Hizo hundirse al metal, en sus órganos, cada vez más profundo. Podía sentirlos tratando de manipular las partículas de metal. Si el problema hubiera sido

una bala o una daga, tal vez habrían tenido éxito, pero las motas y las virutas de acero eran demasiado numerosas y demasiado pequeñas. La mujer se aferró el estómago y cayó de rodillas. El hombre gritó, tosiendo coágulos negros de metal y sangre.

—Ayúdame —sollozó la mujer. Sus bordes se emborronaron, y su cuerpo vibró mientras se esforzaba por desvanecerse en niebla.

Jesper bajó las manos y se alejó con Wylan de los cuerpos de los Agitamareas seguían retorciéndose.

¿Estaban muriendo? ¿Acababa de matar a dos de los suyos? Jesper tan solo quería sobrevivir. Volvió a pensar en el estandarte de la pared, todas esas franjas de rojo, azul y púrpura.

Wylan tiró de su brazo. Su cara parecía ligeramente transparente, y las venas estaban demasiado cerca de la superficie.

—Jesper, tenemos que irnos. —Él asintió lentamente con la cabeza—. Ya.

El muchacho se obligó a mover los pies, se obligó a seguir a Wylan, a escalar la cuerda hasta el tejado. Se sentía atontado y mareado. Los otros dependían de él, lo sabía. Tenía que seguir adelante. Pero se sentía como si hubiera dejado alguna parte de él abajo en el patio, algo que ni siquiera había sabido que le importaba, intangible como la niebla.



ONCE CAMPANADAS Y CUARTO

uando Matthias abrió la puerta de la celda de Nina, ella dudó durante un breve instante. No pudo evitarlo. Por mucho que viviera, jamás olvidaría la cara de Matthias en esa ventana, lo cruel que había parecido, o la duda que había asaltado su corazón. La sintió otra vez, al verlo de pie en el umbral de la puerta, pero cuando él le tendió la mano, supo que habían acabado con el miedo.

Corrió hacia él, que la rodeó con sus brazos y enterró su cara en su pelo. Nina sintió que movía los labios junto a sus orejas cuando dijo:

—No quiero volver a verte así jamás.

—¿Te refieres al vestido o a la celda?

Una risa lo sacudió.

—Sin duda a la celda. —Le tomó la cara entre las manos—. *Jer molle pe oonet. Enel mordje nej afva trohem verret.*

Nina tragó saliva con fuerza. Recordaba esas palabras y lo que significaban en realidad. *Me han hecho para protegerte. Solo la muerte romperá este juramento.* Era el juramento de los *drüskelle* a Fjerda. Y ahora era la promesa que Matthias le hacía a ella.

Sabía que debía decir algo profundo, algo bonito como respuesta. En lugar de eso, dijo la verdad.

—Si salimos de aquí con vida, voy a besarte hasta dejarte inconsciente.

Una sonrisa cruzó la bonita cara de Matthias. Nina no podía esperar a ver el

auténtico azul de sus ojos otra vez.

—Yul-Bayur está en la cámara —dijo él—. Vamos.

Mientras Nina corría tras Matthias, las estruendosas campanas del Protocolo Negro llenaban sus oídos. Si Brum había sabido sobre ella, era posible que los otros *drüskelle* también. Dudaba que pasara mucho hasta que fueran a buscar a su comandante.

—Por favor, no me digas que Kaz ha desaparecido otra vez —dijo mientras bajaban el corredor a toda velocidad.

—Lo dejé en el salón de baile. Vamos a encontrarnos con él junto al fresno.

—La última vez que lo vi, estaba rodeado de *drüskelle*.

—Tal vez el Protocolo Negro se ocupe de eso.

—Si sobrevivimos a los *drüskelle* no sobreviviremos a Kaz, no si matamos a Yul-Bayur...

Matthias levantó unas manos para detenerse antes de doblar la siguiente esquina. Se acercaron con lentitud y, cuando la doblaron, Nina se ocupó con rapidez del guardia en la puerta de la cámara. Matthias cogió su rifle, metió la llave de Brum en la cerradura, y la entrada circular a la cámara se abrió.

Nina levantó las manos, preparada para atacar. Esperaron con el corazón latiendo con fuerza mientras la puerta se abría.

La habitación era tan blanca como las demás, pero nada vacía. Sus mesas alargadas estaban llenas de vasos sobre llamas bajas azules, aparatos de calentamiento y enfriamiento, viales de cristal llenos de polvos de distintos tonos de naranja. Una pared estaba dedicada a una enorme pizarra cubierta de ecuaciones en tiza. La otra era toda vitrinas de cristal con pequeñas puertas metálicas. Contenían plantas de *jurda* en flor, y Nina supuso que las vitrinas debían de tener calefacción. Había un catre contra la otra pared con las sábanas arrugadas, lleno de papeles y cuadernos. Un chico shu estaba sentado con las piernas cruzadas sobre él. Los miró fijamente con el pelo oscuro sobre la frente y un cuaderno en el regazo. No podía tener más de quince años.

—No estamos aquí para hacerte daño —dijo Nina en shu—. ¿Dónde está Bo Yul-Bayur?

El chico se apartó el pelo de los ojos dorados.

—Está muerto.

Nina frunció el ceño. ¿Era incorrecta la información de Van Eck?

—Entonces, ¿qué es todo esto?

—¿Habéis venido a matarme?

Nina no sabía muy bien qué responder a eso.

—¿*Sesh-uyeh*? —probó.

La cara del chico se arrugó por el alivio.

—Eres kerch.

Nina asintió con la cabeza.

—Hemos venido a rescatar a Bo Yul-Bayur.

El chico se llevó las rodillas al pecho y las rodeó con los brazos.

—No podéis rescatarlo. Mi padre murió cuando los fjerdanos trataron de evitar que los kerch nos sacaran de Ahmrat Jen. —Su voz flaqueó—. Murió en el fuego cruzado.

Mi padre. Nina tradujo para Matthias mientras trataba de comprender lo que aquello significaba.

—¿Muerto? —preguntó el fjerdano, y sus anchos hombros se desplomaron un poco. Nina sabía lo que estaba pensado: todo lo que habían soportado, todo lo que habían hecho, y Yul-Bayur llevaba todo el tiempo muerto.

Pero los fjerdanos habían dejado a su hijo con vida por una razón.

—Están tratando de hacerte recrear su fórmula —dijo.

—Yo lo ayudaba en el laboratorio, pero no lo recuerdo todo. —Se mordió el labio—. Y estoy tardando.

El *parem* que los fjerdanos habían estado utilizando sobre los Grisha debía de venir del lote original que Bo Yul-Bayur había llevado a Kerch.

—¿Puedes hacerlo? —preguntó Nina—. ¿Puedes recrear la fórmula?

El muchacho dudó.

—Creo que sí.

Nina y Matthias intercambiaron una mirada. La joven tragó saliva. Ya había matado antes, incluso esa misma noche, pero aquello era diferente. El chico no la estaba apuntando con una pistola ni tratando de hacerle daño. Asesinarlo, y sería un asesinato, también significaría traicionar a Inej, Kaz, Jesper y Wylan. Gente que estaba arriesgando sus vidas incluso en esos momentos por un botín que jamás verían. Pero entonces pensó en Néstor cayendo sin vida en la nieve, en las celdas llenas de Grisha perdidos en su propia miseria, todo por esa droga.

Levantó los brazos.

—Lo siento —dijo—. Si lo consigues, el sufrimiento que desatarás no tendrá fin.

La mirada del chico era firme y su barbilla sobresalía tozudamente, como si hubiera sabido que ese momento podría llegar. Era evidente qué era lo correcto. Matar al chico deprisa, sin dolor. Destruir el laboratorio y todo lo que había en él. Erradicar el secreto de la *jurda parem*. Si querías matar una vid, no te limitabas a cortarla. La arrancabas del suelo por las raíces. Y sin embargo, las manos le temblaban. ¿No era así como pensaban los *drüskelle*? Destruir la amenaza, eliminarla, sin importar que la persona que tenías delante fuera inocente.

—Nina —dijo Matthias con suavidad—, solo es un chico. Es uno de nosotros.

Uno de nosotros. Un chico no mucho más joven que ella, atrapado en una guerra que no había escogido. Un superviviente.

—¿Cómo te llamas? —preguntó ella.

—Kuwei.

—Kuwei Yul-Bo —comenzó. ¿Pretendía dictar sentencia? ¿Disculparse?

¿Suplicar perdón? Jamás lo sabría. Cuando encontró la voz, lo único que dijo fue—: ¿Cómo de rápido puedes destruir este laboratorio?

—Mucho —dijo él. Cruzó el aire con la mano y las llamas de debajo de los vasos se elevaron en un arco azul.

Nina lo miró fijamente.

—Eres Grisha. Eres un Inferni.

Kuwei asintió con la cabeza.

—La *jurda parem* era un error. Mi padre estaba tratando de encontrar una forma de ayudarme a esconder mis poderes. Era un Hacedor; un Grisha como yo.

La mente de Nina daba vueltas... Bo Yul-Bayur, un Grisha oculto a plena vista tras las fronteras de Shu Han. No había tiempo para asimilarlo.

—Necesitamos destruir tanto de tu trabajo como puedas —dijo.

—Hay combustibles —replicó Kuwei, reuniendo ya los papeles y las muestras de *jurda*—. Puedo provocar una explosión.

—Solo la cámara. Hay Grisha aquí.

Y guardias. Y el mentor de Matthias. Nina lo dejaría morir alegremente, pero aunque Matthias hubiera traicionado a su comandante, dudaba que quisiera ver al hombre que se había convertido en un segundo padre para él hecho pedazos. Su corazón se rebeló al pensar en los Grisha que dejaría atrás, pero no había forma de llevarlos al puerto.

—Dejad el resto —les dijo a Matthias y Kuwei—. Tenemos que movernos.

Kuwei dispuso una serie de viales llenos de líquido sobre los quemadores.

—Estoy listo.

Comprobaron el corredor y corrieron hacia la entrada de la tesorería. En cada giro Nina esperaba ver *drüskelle* o guardias corriendo hacia ellos, pero recorrieron los pasillos sin impedimento. Se detuvieron en la puerta principal.

—Hay un laberinto de setos a la izquierda —dijo Nina.

Matthias asintió con la cabeza.

—Lo usaremos para cubrirnos y después correremos hacia el fresno.

En cuanto abrieron la puerta, el clamor de las campanas se volvió casi insoportable. Nina vio el Reloj Mayor sobre la aguja plateada más alta del palacio, con la esfera reluciente como la luna. Unas luces brillantes de las torres de guardia se movieron sobre la Isla Blanca, y Nina oyó los gritos de los guardias alrededor del palacio. Se quedó en el lateral del edificio, siguiendo a Matthias y tratando de permanecer en las sombras.

—Deprisa —dijo Kuwei con una mirada nerviosa hacia el laboratorio.

—Por aquí —replicó Matthias—. El laberinto...

—¡Deteneos! —gritó alguien.

Demasiado tarde. Los guardias corrían hacia ellos desde el laberinto. No había nada que hacer salvo huir. Pasaron corriendo junto a la entrada de la arcada y entraron en el patio circular. Había *drüskelle* por todas partes; frente a ellos, tras ellos.

En cualquier momento los acribillarían a balazos.

Entonces fue cuando sonó la explosión. Nina la sintió antes de oírla: una oleada de calor la levantó de sus pies y la tiró al aire, seguida por un estallido ensordecedor. Cayó con fuerza sobre los adoquines blancos.

Todo era humo y caos. Nina se esforzó por ponerse en pie, con las orejas pitando. Un lado de la tesorería había quedado reducido a escombros, y el humo y el polvo subían hacia el cielo nocturno. Matthias ya estaba yendo a zancadas hacia ella, con Kuwei. La puso en pie.

—*¡Sten!* —gritaron dos guardias que se separaron de otro grupo que corría hacia la tesorería—. ¿Qué hacéis aquí?

—¡Tan solo estábamos disfrutando de la fiesta! —exclamó Nina, dejando que todo su agotamiento y terror reales llenaran su voz—. Y entonces... entonces...

Era vergonzosamente fácil dejar que cayeran las lágrimas.

Él levantó el arma.

—Enseñadme los papeles.

—Sin papeles, Lars.

La cabeza del cazador de brujas se levantó de golpe cuando Matthias avanzó.

—¿Te conozco?

—Lo hiciste una vez, aunque mi aspecto era un poco distinto. *¿Hje marden, Lars?*

—¿Helvar? —preguntó él—. Di... dijeron que estabas muerto.

—Lo estaba.

Lars miró de Matthias a Nina.

—Esta es la Mortificadora que Brum llevó a la tesorería. —Entonces se fijó en la presencia de Kuwei y lo comprendió—. Traidor —le gruñó a Matthias.

Nina levantó las manos para bajar el pulso de Lars, pero mientras lo hacía captó un movimiento en las sombras a su derecha. Gritó cuando algo la golpeó. Al bajar la mirada, vio unos cables cerrándose sobre ella, pegándole los brazos al cuerpo. No podía levantar las manos; no podía usar su poder. Matthias gruñó y Kuwei gritó cuando los cables salieron disparados de la oscuridad, les envolvieron el torso y les ataron los brazos.

—Esto es lo que hacemos, desangradora —dijo Lars con desprecio—. Cazamos escoria como vosotros. Conocemos todos vuestros trucos. —Le dio una patada a Matthias en las piernas desde atrás. Él cayó de rodillas y tomó aliento—. Nos dijeron que habías muerto. Te lloramos, quemamos ramas de fresno por ti. Pero ahora veo que nos estaban protegiendo de algo peor. Matthias Helvar, un traidor, ayudando a nuestros enemigos, aliándose con antinaturales. —Le escupió en la cara—. ¿Cómo has podido traicionar a tu país y a tu dios?

—Djel es el dios de la vida, no de la muerte.

—¿Hay otros aquí por Yul-Bayur aparte de ti y esta criatura?

—No —mintió Nina.

—No te he preguntado a ti, bruja —dijo Lars—. Da igual. Te sacaremos la información a nuestra manera. —Se giró hacia Kuwei—. Y tú, no pienses que no habrá repercusiones.

Hizo una señal en el aire. De las sombras de la arcada emergió una hilera de hombres y chicos: *drüskelle*, con las capuchas sobre el largo pelo dorado que relucía en sus cuellos, vestidos de negro y plateado, como criaturas nacidas de las grietas oscuras que partían el hielo del norte. Se separaron y rodearon a Nina, Matthias y Kuwei.

Nina pensó en las celdas blancas de la prisión, los desagües del suelo. ¿Habría sido destruida toda la *parem* con el laboratorio de Kuwei? ¿Cuánto tiempo tardaría en hacer otra tanda, y a qué la someterían a ella antes? Lanzó una última mirada de desesperación hacia la oscuridad, rogando ver alguna señal de Kaz. ¿Lo habrían alcanzado también a él? ¿Los había abandonado allí? Pero se suponía que era una guerrera. Tenía que prepararse para lo que estaba por llegar.

Uno de los *drüskelle* se acercó con lo que parecía un látigo de mango largo unido a los cables que los ataban y se lo entregó a Lars.

—¿Reconoces esto, Helvar? —preguntó él—. Deberías; ayudaste con su diseño. Cables retráctiles para controlar múltiples cautivos. Y las púas, claro.

Lars pasó el dedo por uno de los cables y Nina jadeó cuando unas pequeñas y afiladas púas se clavaron en sus brazos y su torso. Los *drüskelle* rieron.

—Déjala —gruñó Matthias en fjerdano, con las palabras llenas de furia. Durante un breve instante, Nina vio un destello de pánico en sus antiguos compatriotas. Era más grande que todos ellos, y había sido uno de sus líderes, uno de los mejores de esos chicos asesinos. Entonces Lars tiró con fuerza de otro cable. Las púas se liberaron, y Matthias soltó un resoplido de dolor y se dobló por la cintura, humano otra vez.

Las risitas que siguieron fueron furtivas y crueles.

Lars dio un fuerte tirón al látigo y los cables se contrajeron, obligando a Nina, Matthias y Kuwei a tambalearse tras él en un extraño desfile.

—¿Todavía rezas a nuestro dios, Helvar? —preguntó Lars mientras pasaban junto al árbol sagrado—. ¿Crees que Djel escucha los gimoteos de los hombres que se entregan a la profanación de los Grisha? ¿Crees que...?

Entonces sonó un agudo chillido animal. Nina y los demás tardaron un largo momento en darse cuenta de que venía de Lars. Este abrió la boca y la sangre se derramó por su barbilla y sobre los brillantes botones plateados de su uniforme. Su mano soltó el látigo y el *drüskelle* encapuchado junto a él se lanzó hacia delante para cogerlo.

Un ruidito sonó desde la base del árbol sagrado. Nina reconocía el sonido; lo había oído en la carretera del norte antes de emboscar el vagón de la prisión. Cuando habían derribado el árbol. El fresno crujió y gimió, y sus antiguas raíces comenzaron a retorcerse.

—¡Nej! —gritó uno de los *drüskelle*. Estaban con la boca abierta, mirando el árbol atacado.

—¡Nej! —gimió otra voz.

El fresno comenzó a inclinarse. Era demasiado grande para caer solo con concentrado de sal, pero mientras se inclinaba, un rugido sordo emergió del agujero negro bajo él.

Ahí era donde los *drüskelle* acudían a escuchar la voz de su dios. Y ahora estaba hablando.

—Esto va a escocer un poco —dijo el *drüskelle* que sostenía el látigo. Su voz era áspera y familiar, y tenía las manos enguantadas—. Pero si vivimos, me daréis las gracias después.

Su capucha cayó y Kaz Brekker les devolvió la mirada.

—No mordáis el *baleen* antes de llegar al fondo —dijo. Entonces sujetó a Kuwei y se tiró con él en la boca negra tras las raíces del árbol.

Nina gritó cuando los cables tiraron de su cuerpo hacia delante. Escarbó sobre las piedras, tratando de encontrar agarre. Lo último que vio fue a Matthias cayendo en el agujero junto a ella. Oyó disparos y entonces cayó en la oscuridad, en el frío, en la garganta de Djel, en la nada absoluta.



ONCE CAMPANADAS Y TRES CUARTOS

az se había planteado tratar de espiar a Matthias y Brum en el salón de baile, pero no quería perder de vista a Nina habiendo tantos *drüskelle* por ahí. Había apostado por los sentimientos de Matthias hacia Nina, pero siempre le habían intrigado las probabilidades. El auténtico riesgo había residido en si alguien tan honesto como Matthias podría mentirle de forma convincente a su mentor. Al parecer, el fjerdano tenía habilidades ocultas.

Kaz había seguido a Nina y a Brum hacia la tesorería. Después se había puesto a cubierto tras una escultura de hielo y se había concentrado en la repugnante tarea de regurgitar los paquetes de bombas de raíces de Wylan que se había tragado antes de emboscar el vagón de la prisión. Había tenido que echarlos junto con un saquito de bolitas de cloro y unas ganzúas extra que se había tragado en caso de emergencia cada hora para evitar digerirlos. No había sido agradable. Había aprendido el truco de un mago del Stave Oriental que especializado en escupir fuego durante años antes de envenenarse por accidente al ingerir queroseno.

Cuando terminó, se permitió comprobar el perímetro de la tesorería, el tejado y la entrada, pero al final no le quedó nada que hacer salvo permanecer oculto y alerta, y preocuparse por todas las cosas que podían ir mal. Recordó a Inej de pie sobre el tejado de la embajada, iluminada con un nuevo fervor que no comprendía pero todavía podía reconocer: propósito. La había bañado de luz. *Cogeré mi parte y dejaré a los Despojos*. Cuando había hablado antes de abandonar Ketterdam, él nunca la

había creído, pero esa vez era diferente.

Había estado escondido en las sombras de del arco occidental cuando las campanadas del Protocolo Negro habían comenzado a sonar, con los tañidos del Reloj Mayor retumbando sobre la isla, sacudiendo el aire. Las luces de las torres de guardia se encendieron en una oleada brillante. Los *drüskelle* alrededor del fresno dejaron sus rituales y comenzaron a gritar órdenes, y una oleada de guardias descendió desde las torres para extenderse por la isla. Había esperado contando los minutos, pero seguía sin haber señales de Nina o Matthias. *Tienen problemas*, había pensado. *O te equivocabas sobre Matthias y estás a punto de pagar por todas esas bromas sobre el árbol parlante.*

Tenía que entrar en la tesorería, pero necesitaría estar a cubierto mientras forzaba ese impenetrable cerrojo, y había *drüskelle* por todas partes. Entonces vio a Nina y Matthias y una persona que suponía que sería Bo Yul-Bayur que salían corriendo de allí. Había estado a punto de llamarlos cuando sonó la explosión y todo se fue al infierno.

Han volado el laboratorio, pensó mientras los escombros llovían a su alrededor. *Yo no les he dicho que volaran el laboratorio.*

El resto fue pura improvisación, y no había tiempo para explicaciones. Lo único que le había dicho a Matthias era que se encontraran con él junto al fresno cuando el Protocolo Negro comenzara a sonar. Había pensado que tendría tiempo para explicar más antes de que cayeran por la oscuridad, pero ahora solo podía esperar que no entraran en pánico y que su suerte lo estuviera esperando en algún lugar por debajo.

La caída parecía imposiblemente larga. Kaz esperaba que el chico shu al que se aferraba fuera un Bo Yul-Bayur sorprendentemente joven y no algún prisionero desafortunado al que Nina y Matthias hubieran decidido liberar. Le había metido el disco en la boca mientras bajaban y lo partió con sus propios dedos. Dio un golpe al látigo, liberando todos los cables, y oyó que los otros dos gritaban cuando estos se retraían. Al menos no caerían al agua atados. Kaz esperó tanto como se atrevió antes de morder su propio baleen. Cuando cayó en el agua helada, temió que el corazón fuera a parársele.

No sabía muy bien qué había esperado, pero la fuerza del río era terrible, y fluía tan rápido y fuerte como una avalancha. El sonido era ensordecedor incluso debajo del agua, pero con el miedo también había una especie de atolondrada vindicación. Había tenido razón.

La Voz de Dios. Siempre había verdad en las leyendas, y Kaz se había pasado el tiempo suficiente construyendo su propio mito para saberlo. Se había preguntado de dónde venía el agua que alimentaba el foso y las fuentes del Corte de Hielo, por qué el cañón del río era tan profundo y ancho. En cuanto Nina describió el ritual de iniciación de los *drüskelle*, lo supo: el fuerte de los fjerdanos no había sido construido alrededor de un gran árbol, sino alrededor de un manantial. Djel, el manantial, que alimentaba los mares y las lluvias y las raíces del árbol sagrado.

El agua tenía voz. Era algo que sabía toda rata de canal, cualquier que hubiera dormido bajo un puente o hubiera soportado una tormenta invernal bajo un bote volcado: el agua podía hablar con la voz de un amante, de un hermano perdido hacía mucho, incluso de un dios. Esa era la clave y, cuando Kaz la reconoció, fue como si alguien hubiera puesto un diagrama perfecto sobre la Corte de Hielo y su funcionamiento. Si tenía razón, Djel los escupiría a la garganta. Suponiendo que no se ahogaran primero.

Y aquella era una posibilidad muy real. El baleen solo proporcionaba aire suficiente para diez minutos, tal vez doce si podían mantener la calma, cosa que dudaba. Su corazón le martilleaba con fuerza en el pecho, y ya estaba comenzando a sentir los pulmones tensos. Su cuerpo estaba entumecido y dolorido por la temperatura del agua, y la oscuridad era impenetrable. No había nada salvo el sordo estruendo del agua y una enfermiza sensación de caída.

No había estado seguro de la velocidad del agua, pero sabía muy bien que los números se acercaban. Los números siempre habían sido sus aliados: las probabilidades, los márgenes, el arte de la apuesta. Pero ahora tenía que depender de otra cosa. *¿A qué dios sirves?*, le había preguntado a Inej. *A cualquiera que me dé buena suerte.* La gente con suerte no acababa con el culo bajo un foso de hielo en territorio hostil.

¿Qué les esperaba cuando salieran por la garganta? ¿Quién les esperaba? Jesper y Wylan habían logrado activar el Protocolo Negro, pero ¿habrían logrado hacer el resto? ¿Verían a Inej al otro lado?

Sobrevivir. Sobrevivir. Sobrevivir. Era como vivía su vida, momento a momento, aliento a aliento, desde aquella terrible mañana que había despertado para encontrar que Jordie seguía muerto y él seguía muy vivo.

Kaz cayó por la oscuridad. Sentía más frío de lo que había sentido jamás, y pensó en la mano de Inej sobre su mejilla. Su mente había quedado aturdida ante la sensación, un caos de confusión. Había sido terror y repulsión y, en todo ese clamor, deseo, un anhelo que todavía estaba ahí, la esperanza de que volviera a tocarlo.

Cuando tenía catorce años, Kaz había organizado un grupo para atracar el banco que había ayudado a Hertzoon a robarles a él y a Jordie. Consiguieron cincuenta mil *kruge*, pero se rompió la pierna al caer del tejado. El hueso no se había soldado bien, y desde entonces cojeaba. Así que había buscado a un Hacedor y pidió que le hicieran su bastón. Se convirtió en una declaración. No había ninguna parte de él que no estuviera rota, que no hubiera curado mal, y no había ninguna parte de él que no fuera más fuerte por haber estado rota. El bastón se convirtió en parte del mito que construyó. Nadie sabía quién era. Nadie sabía de dónde venía. Se había convertido en Kaz Brekker, tullido y estafador, cabrón del Barril.

Los guantes eran su única concesión a la debilidad. Desde aquella noche entre los cuerpos y el nado desde la Barcaza del Segador, no había sido capaz de soportar la sensación de la piel contra su piel. Le resultaba insoportable y repugnante. Era el

único trozo de su pasado que no podía forjar en algo peligroso.

El baleen comenzó a humedecerse alrededor de sus labios. Se estaba filtrando el agua. ¿Cómo de lejos los había llevado el río? ¿Cuánto más tenían que seguir? Todavía tenía una mano rodeando el cuello de la camisa de Bo Yul-Bayur. El chico shu era más pequeño que él; esperaba que tuviera aire suficiente.

Unos brillantes destellos de recuerdo aparecieron en la mente de Kaz. Una taza de chocolate caliente en sus manos con mitones, Jordie advirtiéndole de que lo dejara enfriar antes de dar un sorbo. La tinta secándose en la página donde había firmado su alianza con el Club Cuervo. La primera vez que había visto a Inej en la Reserva, con seda púrpura y los ojos pintados. La daga con mango de hueso que le había dado. Los sollozos que había oído tras la puerta de su habitación en el Listón la noche que mató por primera vez. Los sollozos que él había ignorado. Kaz la recordaba sentada en el alféizar de su ventana del ático, en algún momento durante ese primer año tras llevarla a los Despojos. Había estado alimentando a los cuervos que se congregaban en el tejado.

—No deberías hacerte amiga de los cuervos —le había dicho.

—¿Por qué no? —preguntó ella.

Él había levantado la mirada desde su escritorio, pero lo que había estado a punto de decir se desvaneció en su lengua.

El sol había salido, e Inej se había girado para mirarlo. Tenía los ojos cerrados, y sus pestañas de un negro intenso le acariciaron las mejillas. El viento del puerto le había levantado el pelo oscuro, y durante un momento Kaz volvió a ser un muchacho, seguro de que había magia en el mundo.

—¿Por qué no? —había repetido ella, con los ojos todavía cerrados.

Él dijo lo primero que se le pasó por la cabeza.

—No tienen modales.

—Ni tú tampoco, Kaz.

Ella se rio y, si el joven hubiera podido embotellar el sonido y emborracharse con él cada noche, lo habría hecho. Eso lo aterrorizaba.

Tomó un último aliento mientras el baleen se disolvía y el agua entraba. Entrecerró los ojos debido a la ráfaga de agua, esperando entrever algún atisbo de luz. El río lo golpeó contra la pared del túnel, y la presión en su pecho creció. *Soy más fuerte que esto, se dijo. Mi voluntad es más fuerte. Pero podía oír a Jordie riéndose. No, hermanito. Nadie es más fuerte. Has engañado a la muerte demasiadas veces. Puede que la avaricia obedezca tu voluntad, pero la muerte no sirve a ningún hombre.*

Kaz casi se había ahogado aquella noche en el puente, nadando con fuerza en la oscuridad, a flote gracias al cadáver de Jordie. Pero no había nada ni nadie que lo llevara en ese momento. Trató de pensar en su hermano, en la venganza, en Pekka Rollins atado a una silla en la casa de la Zilverstraat, metiéndole pedidos de comercio por la garganta mientras lo obligaba a recordar el nombre de Jordie. Pero solo podía

pensar en Inej. Tenía que vivir. Tenía que haber salido de la Corte de Hielo. Y si no lo había hecho, entonces él tenía que vivir para rescatarla.

El dolor de sus pulmones era insoportable. Tenía que decirle... ¿qué? Que era encantadora, valiente y mejor que nada que él mereciera. Que él era retorcido, deshonesto, malo, pero que no estaba tan corrompido como para no poder convertirse en algo parecido a un hombre para ella. Que sin quererlo había comenzado a apoyarse en ella, a buscarla, la necesitaba cerca. Tenía que darle las gracias por su nuevo sombrero.

El agua le presionó el pecho, exigiéndole que separara los labios. *No lo haré*, juró. Pero al fin abrió la boca y el agua entró en torrente.

SEXTA PARTE

AUTÉNTICOS LADRONES



El corazón de Inej latía con fuerza contra sus costillas. En las cuerdas aéreas, había un momento en el que soltabas una y tratabas de alcanzar la siguiente y te dabas cuenta de que habías cometido un error y ya no te sentías ingrátido, de que simplemente comenzabas a caer.

Los guardias la arrastraron por la puerta de la prisión. Había muchos más guardias y muchas más armas apuntándola que la primera vez que había ido allí, cuando había salido del vagón de la prisión con los demás. Pasaron por la boca del lobo y subieron las escaleras, y la arrastraron por el pasillo a través del corredor del gigantesco recinto de cristal. Nina le había traducido el estandarte: *poder fjerdano*. Había sonreído con suficiencia al verlo, mirando los tanques y las armas, con un ojo sobre Kaz y los demás en la pasarela opuesta. Se había preguntado qué clase de hombres necesitaban exhibir su fuerza a unos cautivos indefensos y encadenados.

Los guardias se movían con gran rapidez. Por segunda vez esa noche, Inej se obligó a tropezar.

—Muévete —dijo el soldado en kerch, arrastrándola hacia delante.

—Vais demasiado deprisa.

Ella le dio una fuerte sacudida en el brazo.

—Deja de incordiar.

—¿No quieres conocer a nuestros inquisidores? —le preguntó el otro—. Te harán hablar.

—Pero no estarás tan guapa cuando acaben.

Se rieron y a Inej le dio un vuelco el estómago. Sabía que habían hablado en kerch para asegurarse de que los comprendiera.

Pensó que tal vez fuera capaz de derrotarlos, a pesar de sus armas e incluso sin sus cuchillos. No tenía las manos atadas, y seguían pensando que tenían a una pobre prostituta entre manos. Heleen la había llamado criminal, pero para ellos solo era una ladronzuela con retales de seda púrpura.

Justo cuando estaba planteándose moverse, oyó otros pasos en su dirección. Vio las siluetas de dos hombres más de uniforme corriendo hacia ellos. ¿Podría enfrentarse sola a cuatro guardias? No estaba segura, pero sabía que si dejaban atrás ese corredor, todo habría terminado.

Volvió a mirar el estandarte del recinto de cristal. Era ahora o nunca.

Enganchó la pierna en el tobillo del guardia a su izquierda. Él se lanzó hacia delante y ella llevó la mano hacia arriba y le rompió la nariz.

El otro levantó el arma.

—Vas a pagar por eso.

—No vas a dispararme. Necesitas información.

—Puedo dispararte en la pierna —se burló él, bajando el rifle.

Entonces se derrumbó en el suelo con unas tijeras saliendo de la espalda. El soldado que había tras él le dirigió un saludo alegre.

—Jesper —jadeó Inej, aliviada—. Por fin.

—Yo también estoy aquí, ¿sabes? —dijo Wylan.

El guardia de la nariz rota gimió desde el suelo y trató de levantar el arma. Inej le dio una buena patada en la cabeza y no volvió a moverse.

—¿Has conseguido un diamante lo bastante grande? —preguntó Jesper.

Inej asintió con la cabeza y se sacó la enorme gargantilla de la manga.

—Deprisa —dijo—. Si Heleen no se ha dado cuenta de que no lo tiene, lo hará pronto.

Aunque con el Protocolo Negro activado, no había gran cosa que pudiera hacer al respecto.

Jesper le quitó la gargantilla de la mano, boquiabierto.

—Kaz dijo que necesitábamos un diamante. ¡No te dijo que robaras los de Heleen Van Houden!

—Ponte a trabajar.

Kaz le había dado a Inej dos objetivos: conseguir un diamante lo bastante grande para que Jesper pudiera trabajar y llegar a ese corredor tras las once campanadas. Había muchos otros diamantes que podría haber robado para sus propósitos y otros problemas que podría haber causado para atraer la atención de los guardias. Pero era a Heleen a quien quería embaucar. Por todos los secretos que había reunido, los documentos que había robado y la violencia que había causado, era a Heleen Van Houden a quien tenía que superar.

Y Heleen se lo había puesto fácil. Durante el altercado en la rotonda, Inej se había asegurado de que estuviera demasiado concentrada en ser asfixiada como para preocuparse de que le robaran. Tras eso, toda la atención de Heleen se centró en

regodearse. Inej solo se arrepentía de no estar ahí para ver a Tante Heleen cuando descubriera que su preciado collar había desaparecido.

Jesper encendió una lámpara y fue a trabajar junto a Wylan. Solo entonces Inej vio que estaban cubiertos de hollín por su viaje bajando la chimenea del incinerador. Habían llevado también con ellos dos sucios rollos de cuerda. Mientras trabajaban, Inej bloqueó las puertas que había en los arcos a cada lado del corredor. Tan solo tenían unos minutos antes de que otro patrullero llegara y descubriera una puerta que no debía estar cerrada.

Wylan había sacado un largo tornillo de metal y lo que parecía el mango de un enorme cabrestante, y estaba tratando de unirlos para formar lo que Inej esperaba que fuera un taladro primitivo pero funcional.

Sonó un golpe en una de las puertas.

—Deprisa —dijo Inej.

—Decir eso no va a hacerme trabajar más rápido —se quejó Wylan mientras se concentraba en las piedras—. Si las rompo, perderán su estructura molecular. Tengo que cortarlas con cuidado, montar los bordes en un fragmento perfecto. No tengo el entrenamiento...

—¿De quién es la culpa? —intervino Inej, sin levantar la mirada de su propio trabajo.

—Eso tampoco ayuda.

Los guardias estaban aporreando la puerta. Al otro lado del recinto Inej vio hombres saliendo por la otra pasarela, señalando y dispararlo, pero no podían disparar a través de dos paredes de cristal a prueba de balas.

El cristal era obra de los Grisha. Nina lo había reconocido nada más pasar por ahí, poder fjerdano protegido por habilidades Grisha, y lo único más duro que el cristal de los Hacedores era el diamante.

Las puertas a ambos lados estaban traqueteando.

—¡Ya vienen! —dijo Inej.

Wylan aseguró el trozo de diamante en el taladro improvisado. Produjo un sonido de arañazo cuando lo pusieron contra el cristal y Jesper comenzó a girar la manivela. El progreso era dolorosamente lento.

—¿Está funcionando siquiera? —preguntó la chica.

—¡El cristal es grueso!

Algo golpeó la puerta de su derecha.

—Tienen un ariete —gimió Wylan.

—Sigue —urgió Inej, y se quitó los zapatos.

Jesper giró con más fuerza mientras el aparato vibraba. Comenzó a moverlo en una línea curva, trazando el comienzo de un círculo y después una media luna. *Más deprisa.*

La madera de la puerta al extremo del pasillo comenzó a astillarse.

—¡Coge la manivela, Wylan! —gritó Jesper.

El chico ocupó su lugar y giró el perforador tan rápido como podía. Jesper agarró las armas de los guardias caídos y apuntó a la puerta.

—¡Ya vienen! —chilló.

Sobre el cristal, las dos líneas se encontraron. La luna estaba llena. El círculo se liberó y cayó hacia dentro. No siquiera había golpeado el suelo antes de que Inej retrocediera.

—¡Fuera de aquí! —ordenó.

Y entonces echó a correr, con los pies ligeros y las sedas como plumas. En ese momento no le molestaban. Había embaucado a Heleen Van Houden. Le había arrancado un pedazo de ella, un símbolo estúpido, pero uno que atesoraba. No era suficiente; jamás sería suficiente, pero era un comienzo. Habría otras alcahuetas a las que estafar, esclavizadores a los que engañar. Sus sedas eran plumas y ella estaba libre.

Inej se concentró en ese círculo de cristal (una luna, la ausencia de una luna, una puerta al futuro), y saltó. El agujero apenas era lo bastante grande para su cuerpo, y oyó un sonido suave cuando el afilado cristal cortó las sedas que atravesaba. Arqueó el cuerpo y estiró los brazos. Solo tendría una oportunidad de sujetar la lámpara de hierro que colgaba del techo del recinto. Era un salto imposible, un salto demente, pero volvía a ser la hija de su padre, libre de las reglas de la gravedad. Colgó en el aire durante un terrorífico instante y entonces sus manos sujetaron la base de la lámpara.

Tras ella oyó que la puerta de la pasarela se abría, y unos disparos. *Contentos, Jesper. Consígueme tiempo.*

Se balanceó de atrás hacia delante, ganando impulso. Una bala pasó junto a ella. ¿Un accidente? ¿O alguien había sobrepasado a Wylan y Jesper para dispararle a través del agujero?

Cuando tuvo suficiente impulso, se soltó. Golpeó la pared con fuerza. No había forma grácil de hacerlo, pero sus manos se aferraron al borde de la repisa de piedra donde se exhibían las antiguas hachas. Desde allí era fácil: de la repisa al travesaño y de ahí a la repisa inferior, y cayó con un golpe metálico cuando sus pies desnudos golpearon el techo de un enorme tanque. Se metió en la cúpula de metal que había en el centro.

Giró una rueda y después la otra, tratando de encontrar los controles correctos. Al fin una de las armas giró hacia arriba. Apretó el gatillo y todo el cuerpo le tembló cuando las balas golpearon el cristal del recinto como granizo, rebotando en todas direcciones. Era la mejor advertencia que podía ofrecer a Jesper y Wylan.

Inej deseaba que la enorme arma funcionara. Bajó a la cabina de mando del tanque, rotó la única manivela visible y el morro de la larga arma se colocó en sus sitio. La palanca se encontraba allí, tal como había dicho Jesper. Dio un fuerte tirón y hubo un clic sorprendentemente flojo. Después, durante un horrible momento, no pasó nada. *¿Y si no está cargada?*, pensó. *Si Jesper tiene razón con esta arma,*

entonces los fjerdanos son unos idiotas por tener tanta potencia de fuego por aquí tirada.

Sonó un ruido sordo en algún lugar del tanque. Oyó algo girando hacia ella y tuvo el terrible pensamiento de que había hecho algo mal. El mortero iba a bajar rodando por ese largo cañón y le explotaría en el regazo. En lugar de eso, hubo un siseo y un chirrido como de metal contra metal. La enorme arma vibró, y un estallido que le sacudió el cráneo partió el aire con una voluta de humo gris oscuro.

El mortero golpeó el cristal, destrozándolo en miles de trozos relucientes. *Más bonito que los diamantes*, se maravilló Inej, rezando para que Wylan y Jesper hubieran encontrado tiempo y espacio para ponerse a cubierto.

Esperó a que el polvo se disipara, con las orejas pitando con fuerza. La pared de cristal había desaparecido. Todo estaba inmóvil. Entonces dos cuerdas unidas a la barandilla de la pasarela descendieron y Wylan y Jesper bajaron: Jesper como un ágil insecto, Wylan con gran esfuerzo, contorsionándose como una oruga tratando de salir del capullo.

—¡Ahor! —gritó Inej en fjerdano. Nina habría estado orgullosa.

Giró el arma. Al otro lado de la pared restante de cristal, los hombres gritaban desde la pasarela. Mientras el cañón rotaba hacia ellos, se desperdigaron.

Inej oyó pasos y sonidos metálicos mientras Jesper y Wylan se subían al tanque. La cabeza de Jesper apareció en la cúpula.

—¿Me dejas conducir?

—Si insistes.

Se apartó a un lado para que él pudiera ponerse tras los controles.

—Ah, hola, querida —dijo Jesper alegremente. Tiró de otra palanca y el vagón acorazado pareció cobrar vida estremeciéndose alrededor de ellos y escupiendo humo negro. *¿Qué clase de monstruo es este?*, se preguntó Inej.

—¡Ese ruido! —gritó.

—¡Es el motor! —se rio Jesper.

Y entonces empezaron a moverse... sin ningún caballo a la vista. Sonaban disparos desde arriba. Al parecer, Wylan había encontrado los otros controles.

—Por todos los Santos —le dijo Jesper a Inej—. ¡Ayúdale a apuntar!

Se apretó junto a Wylan en la torreta con cúpula y apuntó con la segunda arma pequeña, ayudando a cubrirlos mientras los guardias entraban en el recinto.

Jesper estaba girando el tanque, retrocediendo tanto como podía. Disparó una vez con el gran cañón. El mortero golpeó el cristal del recinto, pasó más allá de la pasarela y golpeó la pared anular tras ella. El polvo blanco y los fragmentos de piedra se desperdigaron por todas partes. Volvió a disparar. El segundo mortero golpeó con fuerza, y unas grietas atravesaron la roca de la pared. Jesper había hecho una hendidura en la pared, una grande, pero no un agujero.

—¿Listos? —preguntó.

—Listos —respondieron Inej y Wylan al unísono y se agacharon tras la torreta de

armas. Wylan tenía arañazos del cristal por las mejillas y el cuello, pero estaba sonriendo con fuerza. Inej le tomó las manos y las apretó. Habían entrado en la Corte de Hielo correteando como ratas. Vivos o muertos, se marcharían como un ejército.

Inej oyó un fuerte golpe, el ruido y los crujidos de las ruedas girando. El tanque rugió; y el sonido era un trueno atrapado en un tambor de metal, clamando para que lo dejaran salir. Retrocedió sobre sus pasos y después se lanzaron hacia delante. Cargaron aumentando el impulso, más y más deprisa. El tanque rebotó; debían de haber salido del recinto.

—¡Sujetaos fuerte! —gritó Jesper, y se estamparon contra la legendaria e impenetrable pared de la Corte de Hielo con un golpe que les sacudió las mandíbulas. Inej y Wylan cayeron contra la cabina de mando.

Habían salido. Estaban vibrando sobre él camino, y el ruido de los disparos de rifle se desvanecía tras ellos.

Inej oyó un sonido extraño. Se enderezó y levantó la mirada. Wylan se estaba riendo.

Había salido del nicho de la cúpula y estaba mirando hacia la Corte de Hielo. Cuando Inej se unió a él, vio el agujero en la pared anular; un borrón negro en toda esa roca blanca, hombres atravesándola corriendo, disparando inútilmente al rastro polvoriento del tanque.

Wylan se aferró el costado, todavía resoplando de risa, y señaló hacia abajo. Tras ellos había un estandarte, atrapado en las ruedas del tanque. A pesar de las manchas de barro y las quemaduras de la pólvora, Inej todavía podía distinguir las palabras: STRYMAKT FJERDAN. *Poder fjerdano.*



mergieron de la oscuridad empapados, llenos de moratones y jadeando bajo la brillante luz de la luna. Nina sentía como si le hubieran aporreado todo el cuerpo. Los restos del baleen eran unos pegotes viscosos en las comisuras de su boca. Su vestido había quedado raído hasta casi la nada, y de no haber estado tan desesperada y atolondradamente feliz por estar viva y respirando, tal vez se habría preocupado por el hecho de encontrarse descalza y casi desnuda en la garganta de un río del norte, todavía a casi dos kilómetros y medio del puerto y la seguridad. En la distancia, podía oír las campanas de la Corte de Hielo sonando.

Kuwei estaba tosiendo agua, y Matthias arrastraba a un Kaz inconsciente e inmóvil fuera de la zona poco profunda.

—Por todos los Santos, ¿está respirando? —preguntó Nina.

Matthias lo puso boca arriba sin suavidad y comenzó a presionarle el pecho con más fuerza de la que era estrictamente necesaria.

—Tendría. Que. Dejar. Que. Murieras —murmuró mientras presionaba.

Nina se arrastró por las rocas y se arrodilló junto a él.

—Deja que te ayude antes de que le rompas el esternón. ¿Tiene pulso? —Presionó los dedos en su garganta—. Lo tiene, pero se está desvaneciendo. Ábrele la camisa.

Matthias ayudó a quitarle el uniforme de *drüskelle*. Nina puso una mano sobre el pálido pecho de Kaz, concentrándose en su corazón y obligándolo a contraerse. Usó la otra para apretarle la nariz y abrirle la boca mientras trataba de meter aire en sus pulmones. Un Corporalnik más hábil podría haber extraído el agua él solo, pero no tenía tiempo para preocuparse por su falta de entrenamiento.

—¿Vivirá? —preguntó Kuwei.

No lo sé. Presionó los labios contra los de Kaz, ajustando las espiraciones con los latidos que provocaba en su corazón. *Venga, podrido rufián del Barril. Has salido luchando de cosas peores.*

Sintió el cambio cuando el corazón de Kaz adoptó su propio ritmo. Entonces el muchacho tosió, le dio un espasmo en el pecho, y escupió agua por la boca. Se la quitó de encima, tomando bocanadas de aire.

—Quítate de encima —jadeó él, limpiándose la boca con la mano enguantada. Tenía los ojos desenfocados y parecía que su mirada atravesara a Nina—. No me toques.

—Estás aturdido, *demjin* —dijo Matthias—. Casi te ahogas. Tendrías que haberte ahogado.

Kaz volvió a toser y todo su cuerpo se estremeció.

—Ahogado —repitió.

Nina asintió lentamente con la cabeza.

—La Corte de Hielo, ¿recuerdas? ¿El atraco imposible? ¿Muerte casi segura? ¿Tres millones de *kruge* esperándote en Ketterdam?

Kaz pestañeó y sus ojos se aclararon.

—Cuatro millones.

—Pensaba que eso te ayudaría.

Él se frotó la cara con las manos, con unas toses húmedas todavía sacudiéndole el pecho.

—Lo hemos conseguido —dijo maravillado—. Djel hace milagros.

—Tú no te mereces milagros —replicó Matthias, con el ceño fruncido—. Has profanado el fresno sagrado.

Kaz se puso en pie, se tambaleó un poco y tomó otro aliento tembloroso.

—Es un símbolo, Helvar. Si tu dios es tan delicado, tal vez deberías buscarte uno nuevo. Vámonos de aquí.

Nina levantó las manos.

—De nada, maldito desagradecido.

—Te daré las gracias cuando estemos a bordo del Ferolind. Moveos. —Ya estaba subiéndome por las rocas que había en el lugar más alejado de la garganta—. Podéis explicarme por el camino por qué nuestro ilustre científico shu parece uno de los compañeros de clase de Wylan.

Nina negó con la cabeza, atrapada entre la molestia y la admiración. Tal vez eso fuera lo que hacía falta para sobrevivir en el Barril. No parar nunca.

—¿Es amigo? —preguntó Kuwei con un shu escéptico.

—A veces.

Matthias la ayudó a ponerse en pie y todos siguieron a Kaz, avanzando con lentitud por las paredes rocosas de la garganta que los llevarían hasta el otro lado del puente que había encima, y un poco más cerca de Djerholm. Nina nunca había estado

tan agotada, pero no podía permitirse descansar. Habían conseguido el botín. Habían llegado más lejos que nadie. Habían volado un edificio en el corazón de la Corte de Hielo. Pero nunca llegarían al puerto sin Inej y los demás.

Siguió avanzando. La única otra opción era sentarse sobre una roca y esperar su final. Un sonido retumbante comenzó a sonar desde la dirección de la Corte de Hielo.

—Por todos los Santos, que sea Jesper —suplicó mientras subían por el borde de la garganta y miraban al puente adornado con lazos y ramas de fresno para la Hringkälla.

—Sea lo que sea, es grande —dijo Matthias.

—¿Qué hacemos, Kaz?

—Esperad —contestó él mientras el sonido aumentaba de volumen.

—¿Y si mejor nos dices que nos pongamos a cubierto? —preguntó Nina, moviéndose con nerviosismo de un pie al otro—. ¿Que tengamos valor? ¿Que has metido veinte rifles entre esos arbustos? Dinos o danos *algo*.

—¿Te parecen bastante unos millones de *kruge*? —replicó Kaz.

Un tanque subió retumbando por la colina, escupiendo polvo y gravilla de las ruedas. Alguien los saludaba desde la torreta de las armas; no, eran dos personas. Inej y Wylan estaban gritando y gesticulando salvajemente desde detrás de la cúpula.

Nina soltó un aullido de victoria mientras Matthias miraba con incredulidad. Cuando la chica miró a Kaz, no podía creer lo que veían sus ojos.

—Por todos los Santos, Kaz, de verdad pareces feliz.

—No seas ridícula —dijo él. Pero no había error posible. Kaz Brekker estaba sonriendo como un idiota.

—¿Supongo que los conocemos? —preguntó Kuwei.

Pero el júbilo de Nina se atenuó cuando la respuesta de Fjerda al problema de los Despojos apareció en el horizonte. Una columna de tanques había coronado la colina y estaba bajando por el camino iluminado por la luz de la luna, mientras unas nubes de polvo se levantaban desde sus ruedas. Tal vez Jesper no había sellado la puerta *drüskelle*. O tal vez tenían tanques esperando en aquellos terrenos. Dada la potencia de fuego contenida tras las paredes de la Corte de Hielo, suponía que debían considerarse afortunados. Pero desde luego, no se sentía así.

Hasta que Inej y Wylan no pasaron por encima del puente, Nina no comprendió lo que estaban chillando:

—¡Quitaos de en medio!

Saltaron del camino mientras el tanque pasaba rugiendo junto a ellos y después se detenía con un crujido de ruedas.

—Tenemos un tanque —se maravilló Nina—. Kaz, genio repulsivo, el plan ha funcionado. Nos has conseguido un tanque.

—Ellos lo han conseguido.

—Tenemos uno —dijo Matthias, y después señaló a la horda de metal y humo que bajaba hacia donde se encontraban—. Ellos tienen muchos más.

—Sí, pero ¿sabes lo que no tienen? —preguntó Kaz mientras Jesper rotaba el enorme cañón del tanque—. Un puente.

Un chirrido metálico se elevó desde el interior acorazado del tanque, y después sonó un violento estallido que les sacudió los huesos. Nina oyó un silbido agudo cuando algo salió disparado por el aire e impactó contra el puente. Las dos primeras torres sobre las que se elevaba explotaron en llamas, y las chispas y los trozos de madera cayeron a la garganta de abajo. El enorme cañón volvió a disparar, y con un gruñido el puente se derrumbó por completo.

Si los fjerdanos querían cruzar la garganta, iban a tener que volar.

—Tenemos un tanque y un foso —dijo Nina.

—¡Subid! —graznó Wylan.

Se montaron en los laterales del tanque, aferrándose a cualquier muesca o saliente, y después bajaron por el camino en dirección al puerto a toda velocidad.

Mientras pasaban rugiendo junto a las farolas, la gente salía de sus casas para ver qué estaba pasando. Nina trató de imaginar qué pensarían los fjerdanos de ese salvaje grupo. ¿Qué veían al asomar la cabeza por las ventanas y puertas? Un grupo de jóvenes que aullaban, aferrados a un tanque pintado con la bandera fjerdana y avanzando como una tropa trastornada alejada de su desfile: una chica con seda púrpura y un chico con rizos de un rojo dorado que asomaban tras las armas; cuatro personas empapadas sujetándose a los laterales: un chico shu con ropa de prisión, dos *drüskelle* zarrapastrosos, y Nina, una chica medio desnuda con retales de gasa de un verde azulado que gritaba:

—¡Tenemos un foso!

Mientras entraban en el pueblo, Matthias dijo:

—Wylan, dile a Jesper que vaya por las calles occidentales. —El muchacho se agachó y el tanque viró hacia el oeste—. Es el distrito de los almacenes. Está desierto por la noche.

El tanque traqueteó y rechinó sobre los adoquines, girando a derecha e izquierda sobre los bordillos y vuelta a empezar para evitar a los pocos peatones, y después fue a toda velocidad hasta el distrito del puerto, más allá de las tabernas, las tiendas y las oficinas de correos. Kuwei echó la cabeza hacia atrás, con la cara iluminada de alegría.

—Puedo oler el mar —dijo con felicidad.

Nina también lo olía. El faro relucía en la distancia. Dos manzanas más y estarían junto al muelle y la libertad. Treinta millones de *kruge*. Con su parte y la de Matthias podrían ir a donde quisieran, vivir la vida que eligieran.

—¡Casi estamos! —gritó Wylan.

Doblaron una esquina y a Nina le dio un vuelco en el estómago.

—¡Parad! —gritó—. ¡Parad!

No tenía que haberse molestado. El tanque se detuvo en seco, y ella casi cayó de donde estaba. El muelle estaba justo delante de ellos y, más allá, el puerto, con las

banderas de mil barcos agitándose en la brisa. Era tarde, y el muelle debería de estar vacío. En lugar de eso estaba lleno de tropas, fila tras fila con uniformes grises, doscientos soldados al menos... y todos los cañones de todas las armas les apuntaban directamente.

Nina todavía podía oír las campanas del Reloj Mayor. Miró por encima del hombro. La Corte de Hielo se alzaba sobre el puerto, encima del acantilado como una gaviota taciturna con las plumas onduladas, con las paredes de piedra blanca iluminadas desde abajo, brillando contra el cielo de nocturno.

—¿Qué es esto? —le preguntó Wylan a Matthias—. No dijiste que...

—Deben de haber cambiado el procedimiento.

—Todo lo demás era igual.

—Nunca había visto el Protocolo Negro en marcha —gruñó Matthias—. Tal vez siempre han tenido tropas apostadas en el puerto. No lo sé.

—Silencio —dijo Inej—. Parad.

Nina saltó cuando una voz reverberó sobre la multitud. Habló primero en fjerdano, después en ravkano, luego en kerch y finalmente en shu.

—Liberad al prisionero Kuwei Yul-Bo. Soltad vuestras armas y alejaos del tanque.

—No pueden abrir fuego —señaló Matthias—. No se arriesgarán a dañar a Kuwei.

—No tienen que hacerlo —replicó Nina—. Mirad.

Un prisionero demacrado estaba siendo conducido a través de las filas de soldados. Tenía el pelo apelmazado en la frente. Llevaba una harapienta kefta roja y se aferraba a la manga del guardia más cercano, moviendo los labios febrilmente como si impartiera alguna sabiduría desesperada. Nina sabía que estaba suplicando *parem*.

—Un Mortificador —dijo Matthias con gravedad.

—Pero está muy lejos —protestó Wylan.

Nina negó con la cabeza.

—Daré igual.

¿Lo habrían tenido ahí abajo, con las tropas que habían apostado en la parte inferior de Djerholm? ¿Por qué no? Era mejor arma que cualquier pistola o tanque.

—Ahí está el *Ferolind* —murmuró Inej. Señaló a través del muelle, un poco lejos de allí. Nina tardó un momento, pero entonces distinguió la bandera kerch y el alegre banderín de la Bahía Haanraadt volando tras ella. Estaban muy cerca.

Jesper podría disparar al Mortificador. Podrían tratar de atravesar las tropas con el tanque, pero jamás llegarían hasta el barco. Los fjerdanos arriesgarían la vida de Kuwei antes de dejar que cayera en manos de otros.

—¿Kaz? —lo llamó Jesper desde el interior del tanque—. Este sería un muy buen momento para decir que te esperabas esto.

Kaz miró por encima del mar de soldados.

—No me lo esperaba. —Negó con la cabeza—. Me dijiste que algún día me quedaría sin trucos, Helvar. Parece que tenías razón.

Las palabras eran para Matthias, pero sus ojos estaban sobre Inej.

—Ya he pasado mucho tiempo en cautividad —dijo ella—. No van a atraparme con vida.

—A mí tampoco —añadió Wylan.

Jesper resopló desde dentro del tanque.

—Tenemos que buscarle mejores amigos.

—Mejor morir agitando los puños que dejar que un fjerdano me clave a una pica —dijo Kaz.

Matthias asintió con la cabeza.

—Entonces estamos de acuerdo. Esto acaba aquí.

—No —susurró Nina, y todos se giraron hacia ella.

La voz reverberó desde las filas de los fjerdanos una vez más.

—Tenéis diez segundos para obedecer. Repito: liberad al prisionero Kuwei Yul-Bo y entregaos. Diez...

Nina le habló a Kuwei con rapidez en shu.

—No lo entiendes —replicó él—. Una sola dosis...

—Lo entiendo —aseguró ella.

Pero los otros no. No hasta que vieron a Kuwei sacar un saquito de cuero de su bolsillo. Su borde estaba manchado de un polvo color óxido.

—¡No! —gritó Matthias. Trató de alcanzar la *parem*, pero Nina fue más rápida.

La voz del fjerdano siguió retumbando:

—Siete...

—Nina, no seas estúpida —dijo Inej—. Ya has visto...

—Alguna gente no se vuelve adicta tras la primera dosis.

—No vale la pena el riesgo.

—Seis...

—A Kaz no le quedan trucos. —Abrió el saquito—. Pero a mí sí.

—Nina, por favor —suplicó Matthias. Ella había visto la misma angustia en su cara ese día en Elling, cuando pensó que lo había traicionado. De algún modo estaba haciendo lo mismo, abandonándolo una vez más.

—Cinco...

La primera dosis era la más fuerte, ¿no era eso lo que habían dicho? El subidón y el poder no podía replicarse. Nina estaría persiguiéndolo el resto de su vida. O tal vez sería más fuerte que la droga.

—Cuatro...

—Tocó brevemente la mejilla de Matthias.

—Si esto se pone feo, busca la forma de acabar conmigo, Helvar. Confío en ti para que hagas lo correcto. —Sonrió—. Otra vez.

—Tres...

Después echó la cabeza hacia atrás, se metió la *parem* en la boca y se la tragó. Tenía el sabor dulce y a quemado de los pétalos de *jurda* que conocía, pero había otro más, uno que no podía identificar del todo.

Dejó de pensar.

Su sangre comenzó a tamborilear, y el corazón le martilleaba con fuerza. El mundo se rompió en pequeños destellos de luz. Podía ver el verdadero color de los ojos de Matthias, azul puro bajo las motas de gris y marrón que ella le había puesto, la luz de la luna reluciendo en cada pelo de su cabeza. Vio el sudor en la frente de Kaz, los pinchazos casi invisibles del tatuaje en su brazo.

Miró hacia las filas de soldados fjerdanos. Podía oír sus corazones latiendo. Podía ver sus neuronas encendidas, sentir sus impulsos formándose. Todo tenía sentido. Sus cuerpos eran un mapa de células, un millar de ecuaciones resueltas cada segundo, cada milisegundo, y ella tenía todas las respuestas.

—¿Nina? —susurró Matthias.

—Moveos —dijo ella, y vio su voz en el aire.

Sintió al Mortificador en la multitud, el movimiento de su garganta mientras se tragaba su dosis. El sería el primero.



os... uno...

Matthias vio las pupilas de Nina dilatándose. Separó los labios, pasó junto a él y bajó del tanque. El aire a su alrededor parecía crepitar, y su piel relucía como si estuviera iluminada desde dentro por algo milagroso. Como si hubiera conectado directamente con una vena de Djel y ahora el poder del dios fluyera por ella. Fue hacia el Mortificador de inmediato. Nina giró la muñeca e hizo que los ojos le explotaran en la cabeza. Él se derrumbó sin un sonido.

—Queda libre —dijo ella.

Se deslizó hacia los soldados, y Matthias se movió para protegerla al ver los rifles levantados. Nina alzó las manos.

—Parad —ordenó y se quedaron paralizados—. Bajad las armas. —La obedecieron todos a una—. Dormid —ordenó.

Nina trazó un arco con las manos y los soldados cayeron sin protesta, fila tras fila, tallos de trigo cortados por una guadaña invisible. El aire estaba siniestramente inmóvil. Con lentitud, Wylan e Inej bajaron del tanque. Jesper y los demás los siguieron y se quedaron en aturrido silencio, con el habla disuelta por lo que habían presenciado, mirando fijamente el campo de cuerpos caídos. Había pasado muy rápido.

No había forma de llegar al puerto salvo que caminaran sobre los soldados. Sin decir palabra comenzaron a abrirse camino, con el silencio roto solo por las lejanas campanas del Reloj Mayor. Matthias puso la mano sobre el brazo de Nina y esta soltó un pequeño suspiro y dejó que la condujera.

Más allá del muelle, la zona estaba desierta. Mientras los demás se dirigían hacia

el Ferolind, Matthias y Nina se quedaron atrás. Matthias podía ver a Rotty aferrado al mástil, con la mandíbula floja por el miedo. Specht estaba esperando para levar el ancla, y su expresión también era de puro terror.

—¡Matthias!

Se giró. Había un grupo de *drüskelle* en el muelle, con los uniformes empapados y las capuchas negras levantadas. Llevaban máscaras de una cota de malla gris que brillaba ligeramente, y sus facciones quedaban ocultas. Pero Matthias reconoció la voz de Jarl Brum cuando habló.

—Traidor —dijo desde detrás de la máscara—. Traidor a tu país y a tu dios. No saldrás de este puerto con vida. Ninguno lo hará.

Sus hombres debían de haberlo sacado de la tesorería tras la explosión. ¿Habían seguido a Matthias y a Nina hasta el río bajo el fresno? ¿Había habido más caballos o más tanques al norte de la ciudad?

Nina levantó las manos.

—Por Matthias, os daré una oportunidad de huir en paz.

—No puedes controlarnos, bruja —dijo Brum—. Nuestras capuchas, nuestras máscaras, cada prenda de ropa que llevamos está reforzada por acero Grisha. Tela acorazada creada según nuestras especificaciones por Hacedores Grisha bajo nuestro control y diseñada para este propósito. No puedes obligarnos a cumplir tu voluntad. No puedes hacernos daño. El juego ha terminado.

Nina levantó una mano. No pasó nada, y Matthias supo que Brum estaba diciendo la verdad.

—¡Marchaos! —les gritó—. ¡Por favor! No...

Brum levantó la pistola y disparó. La bala alcanzó a Matthias justo en el pecho. El dolor fue repentino y terrible, y entonces desapareció. Ante sus ojos, vio la bala saliendo de su pecho y cayendo al suelo con un ruidito metálico. Se abrió la camisa. No había herida. Nina estaba delante de él.

—¡No! —gritó Matthias.

Los *drüskelle* abrieron fuego sobre ella. El fjerdano la vio hacer una mueca cuando las balas golpearon su cuerpo, vio flores rojas de sangre apareciendo en su torso, sus pechos, sus muslos desnudos. Tan rápido como las balas atravesaban su cuerpo, ella se curaba, y las balas caían inofensivamente al muelle.

Los *drüskelle* la miraron boquiabiertos, y ella sonrió.

—Os habéis acostumbrado demasiado a los Grisha cautivos. Somos muy dóciles en jaulas.

—Hay otros medios —dijo Brum, sacando un largo látigo de su cinturón como el que Lars había utilizado—. Tu poder no puede tocarnos, bruja, y nuestra causa es pura.

—No puedo tocaros —asintió Nina, levantando los manos—. Pero a ellos sí puedo alcanzarlos.

Tras los *drüskelle*, los soldados fjerdanos que Nina había puesto a dormir se

levantaron con rostros inexpresivos. Uno le quitó el látigo de la mano a Brum, y los demás quitaron las capuchas y las máscaras de las caras de los sobresaltados *drüskelle*, dejándolos vulnerables. Nina flexionó los dedos y los *drüskelle* soltaron los rifles y se llevaron las manos a las cabezas, gritando de dolor.

—Por mi país —declaró—. Por mi gente. Por cada niño que habéis atado a la pira. Cosecha lo que has sembrado, Jarl Brum.

Matthias observó a los *drüskelle* retorciéndose y convulsionándose, con la sangre saliendo de sus oídos y ojos mientras los demás soldados fjerdanos miraban sin inmutarse. Sus gritos eran un coro. Claas, que se había emborrachado con él en Avfalle. Giert, que había entrenado a su lobo para que comiera de su mano. Eran monstruos, lo sabía, pero también chicos, chicos como él; les habían enseñado a odiar, a temer.

—Nina —dijo, con la mano todavía contra la piel lisa de su pecho donde debería haber habido una herida de bala—. Nina, por favor.

—Sabes que a ti no te ofrecerían misericordia, Matthias.

—Lo sé. Lo sé. Pero déjalos vivir con su vergüenza. —Ella dudó—. Nina, tú me enseñaste a ser alguien mejor. Ellos también podrían aprender.

Nina dirigió la mirada hacia la suya. Sus ojos eran feroces, el verde profundo de los bosques; y las pupilas unos pozos oscuros. El aire a su alrededor parecía relucir con el poder, como si estuviera iluminada por alguna llama secreta.

—Te temen como yo te temí una vez —continuó él—. Como tú me temiste a mí. Todos somos el monstruo de alguien.

Durante un largo momento, ella le examinó la cara. Al fin bajó los brazos y las filas de *drüskelle* se derrumbaron al suelo, gimoteando. Liberó a los otros soldados, que volvieron a caer en su sueño como títeres con las cuerdas cortadas. Entonces extendió la mano una vez más y Brum chilló. Se llevó las manos a la cabeza, y la sangre se derramaba entre sus dedos.

—¿Vivirá? —preguntó Matthias.

—Sí —contestó ella mientras entraba en la goleta—. Pero estará calvo.

Specht gritó órdenes y el *Ferolind* se adentró en el puerto, adquiriendo velocidad mientras las velas se hinchaban con viento. Nadie corrió hacia el muelle para detenerlos. Ningún barco ni cañón disparó. No había nadie para advertir, nadie para hacer señales a la artillería de arriba. El Reloj Mayor siguió sonando, ignorado mientras la goleta se desvanecía en el enorme refugio oscuro del mar, dejando solo sufrimiento a su paso.



abían sido bendecidos con un fuerte viento. Inej lo sentía agitándole el pelo y no podía evitar pensar en la tormenta que se avecinaba.

En cuanto estuvieron en cubierta, Matthias se giró hacia Kuwei.

—¿Cuánto tiempo seguirá así?

Kuwei sabía algo de kerch, pero Nina tuvo que traducir algunas cosas. Lo hizo de forma distraída, sus ojos relucientes lo recorrían todo y a todos.

—El subidón durará una hora, quizás dos. Depende de cuánto tarde su cuerpo en procesar una dosis de ese tamaño.

—¿Por qué no puedes purgártelo del cuerpo, como las balas? —le preguntó Matthias a Nina, desesperado.

—No funcionará —dijo Kuwei—. Incluso si pudiera superar el ansia el tiempo suficiente para purgársela, perdería la habilidad de sacar la *parem* de su cuerpo antes de que desapareciera toda. Necesitarías a otro Corporalnik usando *parem* para lograrlo.

—¿Qué le hará? —preguntó Wylan.

—Ya lo has visto tú mismo —replicó Matthias con amargura—. Sabemos lo que va a pasar.

Kaz cruzó los brazos.

—¿Cómo empezará?

—Dolores corporales, escalofríos, nada peor que una enfermedad corriente —explicó Kuwei—. Después una especie de hipersensibilidad, seguida de temblores y el ansia.

—¿Tienes más *parem*? —preguntó Matthias.

—Sí.

—¿Suficiente para llevarla de vuelta a Ketterdam?

—No voy a tomar más —protestó Nina.

—Tengo suficiente para mantenerte cómoda —dijo Kuwei—. Pero si tomas una segunda dosis, no habrá esperanza. —Miró a Matthias—. Esta es su única oportunidad. Es posible que su cuerpo purgue lo suficiente de forma natural como para que la adicción no se asiente.

—¿Y si lo hace?

Kuwei extendió las manos, mitad encogiéndose de hombros, mitad disculpándose.

—Sin un suministro constante de la droga, se volverá loca. Sin ella, su cuerpo comenzará a agotarse. ¿Conocéis la palabra *parem*? Es el nombre que le dio mi padre a la droga. Significa «sin piedad».

Cuando Nina terminó de traducir, hubo una larga pausa.

—No quiero oír nada más —dijo—. Nada de ello cambiará lo que va a pasar.

Se alejó hacia la proa y Matthias la observó marcharse.

—El agua escucha y comprende —murmuró él entre dientes.

Inej buscó a Rotty y le hizo sacar los abrigos de lana que ella y Nina habían dejado atrás en favor de su ropa de abrigo al llegar a la costa del norte. Encontró a Nina cerca de la proa, mirando al mar.

—Una hora, quizá dos —dijo ella sin girarse.

Inej se detuvo, aturdida.

—¿Me has oído acercarme?

Nadie oía al Espectro, sobre todo por encima del sonido del viento y el mar.

—No te preocupes. No han sido esos pies silenciosos los que te han delatado. Puedo oír tu pulso, tu respiración.

—¿Y sabías que era yo?

—Cada corazón suena diferente. No me había dado cuenta antes.

Inej se unió a ella junto a la barandilla y le entregó su abrigo. La Grisha se lo puso, aunque el frío no parecía molestarla. Sobre ellas, las estrellas brillaban con fuerza entre unas volutas de nubes manchadas de plata. Inej estaba lista para el amanecer, lista para que terminara esa larga noche, y también el viaje. Le sorprendió descubrir que estaba deseosa de volver a ver Ketterdam. Quería una tortilla, una taza de café demasiado dulce. Quería oír la lluvia sobre los tejados y quedarse sentada cómoda y calentita en su pequeña habitación del Listón. Había aventuras por llegar, pero podrían esperar a que se diera un baño caliente... tal vez unos cuantos.

Nina enterró la cara en el cuello de lana de su abrigo y dijo:

—Ojalá pudieras ver lo que yo. Puedo oír a todos en este barco, la sangre corriendo por sus venas. Puedo oír el cambio en la respiración de Kaz cuando te mira.

—¿De... de verdad?

—Se detiene, como si nunca te hubiera visto antes.

—¿Y qué hay de Matthias? —preguntó Inej, deseando cambiar de tema.

Nina levantó una ceja, sin dejarse engañar.

—Matthias tiene miedo por ti, pero su corazón late a un ritmo firme sin importar lo que sienta. Es fjerdano, es disciplinado.

—No pensaba que dejarías vivir a esos hombres en el puerto.

—No sé si ha sido lo correcto. Me convertiré en una historia de terror Grisha más para que se la cuenten a sus hijos.

—¿Pórtate bien o Nina Zenik vendrá a por ti?

Ella se lo planteó.

—Bueno, la verdad es que me gusta cómo suena.

Inej se reclinó contra la barandilla y la miró.

—Estás radiante.

—No durará.

—Nunca lo hace. —Entonces la sonrisa de Inej flaqueó—. ¿Tienes miedo?

—Estoy aterrorizada.

—Todos te apoyaremos.

Nina tomó un aliento inseguro y asintió con la cabeza.

Inej había hecho incontables alianzas en Ketterdam, pero pocos amigos. Apoyó la cabeza contra el hombro de Nina.

—Si fuera una vidente suli —dijo—, podría ver el futuro y decirte que todo saldrá bien.

—O que moriré agonizando. —Nina presionó la mejilla contra la parte superior de su cabeza—. Dime algo bueno de todos modos.

—Saldrá bien —contestó Inej—. Sobrevivirás a esto. Y entonces serás muy muy rica. Cantarás salomas y canciones de borrachos cada noche en un cabaret del Stave Oriental, y sobornarás a todos para que te ovacionen de pie tras cada canción.

Nina se rio con suavidad.

—Compremos la Reserva.

Inej sonrió, pensando en el futuro y su barco.

—Comprémosla y quemémosla.

Observaron las olas durante un rato.

—¿Lista? —dijo Nina.

Inej se alegró de no tener que preguntar. Se levantó la manga y mostró la pluma de pavo real y la piel manchada debajo.

Tan solo llevó un segundo, un suave roce de las puntas de los dedos de Nina. El picor fue intenso, pero pasó con rapidez. Cuando se desvaneció, la piel del antebrazo de Inej estaba perfecta, casi demasiado suave e impecable, como si fuera una nueva parte de ella.

Se tocó la piel suave. Así de rápido, ya estaba hecho. Ojalá todas las heridas pudieran eliminarse con tanta rapidez. Nina le besó la mejilla.

—Voy a buscar a Matthias antes de que las cosas se pongan feas.

Pero mientras se alejaba, Inej vio que Nina tenía otra razón para marcharse. Kaz se encontraba entre las sombras cerca del mástil. Tenía puesto un pesado abrigo y estaba inclinado sobre su bastón de cabeza de cuervo; casi parecía él mismo otra vez. Los cuchillos de Inej la estarían esperando en la bodega con sus otras pertenencias. Había echado de menos sus garras.

Kaz le murmuró unas palabras a Nina, que retrocedió sorprendida. Inej no distinguió lo que decían, pero se dio cuenta de que el intercambio era tenso antes de que la Grisha produjera un sonido de exasperación y se desvaneciera bajo cubierta.

—¿Qué le has dicho a Nina? —preguntó Inej cuando Kaz se unió a ella junto a la barandilla.

—Tengo un trabajo que necesito que haga.

—Está a punto de pasar por un sufrimiento terrible...

—Y todavía hay trabajo por hacer.

El pragmático Kaz. ¿Por qué dejar que la empatía se metiera en su camino? Tal vez Nina se alegrara por la distracción.

Se quedaron de pie juntos, mirando las olas, con el silencio extendiéndose entre ellos.

—Estamos vivos —dijo él al fin.

—Parece que le has rezado al dios correcto.

—O que he viajado con la gente correcta.

Inej se encogió de hombros.

—¿Quién elige nuestros caminos? —Al ver que no decía nada, tuvo que sonreír—. ¿Ninguna respuesta brusca? ¿Ninguna risa ante mis proverbios sulí?

Él se pasó el pulgar enguantado sobre la barandilla.

—No.

—¿Cómo nos encontraremos con el Consejo Mercante?

—Cuando estemos a unas pocas millas, Rotty y yo remaremos hasta el puerto en la falúa. Buscaremos a un mensajero para que lleve la noticia a Van Eck y haremos el intercambio en Vellgeluk.

Inej se estremeció. La isla era popular entre los tratantes de esclavos y los contrabandistas.

—¿Elección del Consejo o tuya?

—Van Eck lo sugirió.

Inej frunció el ceño.

—¿Cómo es que un mercader conoce Vellgeluk?

—El comercio es el comercio. Tal vez Van Eck no sea el honorable mercader que parece.

Permanecieron en silencio durante un tiempo. Al fin, la chica dijo:

—Voy a aprender a navegar.

Kaz frunció el ceño y le lanzó una mirada de sorpresa.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Quiero usar mi dinero para contratar a una tripulación y equipar un barco. — Pronunciar esas palabras hizo que el aliento le formara un remolino. Su sueño todavía parecía frágil. No quería que le importara lo que pensara Kaz, pero sí que lo hacía—. Voy a cazar esclavizadores.

—Un propósito —dijo él, pensativo—. Sabes que no puedes pararlos a todos.

—Si no lo intento, no pararé a ninguno.

—Entonces casi me dan pena los esclavizadores. No tienen ni idea de lo que les espera.

Un rubor complacido calentó las mejillas de Inej. Pero ¿acaso Kaz no había creído siempre que era peligrosa? Equilibró los codos sobre la barandilla y apoyó la barbilla en las manos.

—Pero primero voy a volver a casa.

—¿A Ravka? —Ella asintió con la cabeza—. Para buscar a tu familia.

—Sí. —Tan solo dos días antes lo habría dejado así, respetando su acuerdo tácito de no meterse el uno en el pasado del otro. Pero entonces, dijo—: ¿No había nadie más que tu hermano, Kaz? ¿Dónde están tus padres?

—Los chicos del Barril no tienen padres. Nacemos en el puerto y salimos arrastrándonos de los canales.

Inej negó con la cabeza. Observó el mar moviéndose y suspirando, cada ola era como un aliento. Apenas podía distinguir el horizonte, una pequeña diferencia entre el cielo negro y el mar aún más negro. Pensó en sus padres. Llevaba casi tres años lejos de ellos. ¿Cómo habrían cambiado? ¿Podría volver a ser su hija? A lo mejor no de inmediato, pero quería sentarse con su padre en los escalones del vagón, comiendo fruta de los árboles. Quería ver a su madre sacudiéndose la tiza de las manos antes de preparar la cena. Quería la hierba alta del sur y el enorme cielo sobre las Sikurzoi. Algo que necesitaba la estaba esperando allí. ¿Qué necesitaba Kaz?

—Estás a punto de ser rico, Kaz. ¿Qué harás cuando no haya más sangre que derramar ni venganzas que cumplir?

—Siempre hay más.

—Más dinero, más caos, más cuentas que ajustar. ¿Nunca hubo otro sueño?

Él no dijo nada. ¿Qué había sacado toda esperanza de su corazón? Tal vez Inej no lo supiera nunca. Se giró para marcharse, pero él le sujetó la mano y la mantuvo sobre la barandilla. No la miró.

—Quédate —le dijo, y su voz era piedra áspera—. Quédate en Ketterdam. Quédate conmigo.

Ella miró la mano enguantada que le aferraba las suyas. Todo su ser quería decir que sí, pero no se conformaría con tan poco, no después de todo por lo que había pasado.

—¿Qué sentido tendría?

Él tomó aire.

—Quiero que te quedes. Quiero que... te quiero a ti.

—Me quieres a mí. —Pensó en esas palabras y le apretó la mano con suavidad—. ¿Y cómo me querrás, Kaz? —Él la miró entonces, con ojos fieros y la boca firme. Era la cara que tenía cuando luchaba—. ¿Cómo me querrás? ¿Estarás siempre vestido del todo, con los guantes puestos y tu cabeza girada para que nuestros labios no se toquen nunca?

Él le soltó la mano y sus hombros se hundieron. Tenía la mirada furiosa y avergonzada mientras giraba la cara hacia el mar.

Tal vez fue porque le había dado la espalda por lo que Inej pudo al fin pronunciar las palabras.

—Te tendré sin armadura, Kaz Brekker. O no te tendré en absoluto.

Habla, suplicó en silencio. Dame una razón para quedarme. A pesar de todo su egoísmo y su crueldad, Kaz seguía siendo el chico que la había salvado. Quería creer que él también merecía salvación.

Las velas crujieron. Las nubes se separaron para dar paso a la luna y después se reunieron a su alrededor.

Inej dejó a Kaz con el viento aullando y el amanecer todavía lejano.



Los dolores llegaron después del amanecer. Una hora más tarde, se sentía como si sus huesos estuvieran tratando de empujar sus articulaciones. Se quedó tumbada sobre la misma mesa donde había sanado la herida de cuchillo de Inej. Sus sentidos seguían lo bastante agudos como para oler el aroma cobrizo de la sangre de la chica suli por debajo del limpiador que Rotty había usado para quitarla de la madera. Olía a Inej.

Matthias estaba sentado junto a ella. Había tratado de tomarle la mano, pero el dolor era demasiado intenso. El roce de su piel contra la de ella le hacía sentir la carne abierta. Todo parecía mal. Lo sentía todo mal. Tan solo podía pensar en el sabor dulce y a quemado de la *parem*. Le picaba la garganta, y sentía su piel como una enemiga.

Cuando los temblores comenzaron, le suplicó que se marchara.

—No quiero que me veas así —dijo, tratando de ponerse de costado.

Él le apartó el pelo húmedo de la frente.

—¿Cómo de malo es?

—Malo.

Pero sabía que empeoraría.

—¿Quieres probar la *jurda*?

Kuwei había sugerido que pequeñas dosis de *jurda* corriente podrían ayudar a Nina a superar el día. Pero ella negó con la cabeza.

—Quiero... quiero... Por todos los Santos, ¿por qué hace tanto calor aquí? —Después, a pesar del dolor, trató de sentarse—. No me des otra dosis. Diga lo que diga, Matthias, da igual lo mucho que suplique. No quiero ser como Néstor, como

esos Grisha de las celdas.

—Nina, Kuwei dijo que la abstinencia podría matarte. No voy a dejarte morir.

Kuwei. En la tesorería, Matthias había dicho *uno de nosotros*. Le gustaba esa palabra. *Nosotros*. Una palabra sin divisiones ni fronteras. Parecía llena de esperanza.

Volvió a tumbarse y su cuerpo entero se rebeló. Su ropa era cristal aplastado.

—Yo habría matado a cada uno de los *drüskelle*.

—Todos tenemos nuestros pecados, Nina. Necesito que vivas para poder expiar los míos.

—Puedes hacerlo sin mí, ¿sabes?

Él se enterró la cabeza en las manos.

—No quiero.

—Matthias —dijo ella, pasándole los dedos por el pelo corto. El mundo dolía. Tocarle dolía, pero lo hizo de todos modos. Tal vez no pudiera volver a hacerlo—. No me arrepiento.

Él le tomó las manos y le besó los nudillos con suavidad. Nina hizo una mueca, pero cuando el fjerdano trató de apartarse, ella lo aferró con más fuerza.

—Quédate —jadeó. Le salían lágrimas de los ojos—. Quédate hasta el final.

—Y después —respondió él—. Y siempre.

—Quiero sentirme a salvo otra vez. Quiero volver a casa, a Ravka.

—Entonces te llevaré allí. Prenderemos fuego a las pasas o lo que quiera que hagáis los paganos como vosotros para divertirlos.

—Fanático —dijo ella débilmente.

—Bruja.

—Bárbaro.

—Nina —susurró él—, pajarillo rojo. No te vayas.



ientras la goleta iba hacia el sur a toda velocidad, era como si la tripulación entera estuviera en un velatorio. Todos hablaban en voz baja, pisando la cubierta con suavidad. Jesper estaba tan preocupado por Nina como todos, a excepción de Matthias, suponía, pero el respetuoso silencio era difícil de soportar. Necesitaba dispararle a algo.

El *Ferolind* parecía un barco fantasma. Matthias se había recluido con Nina y le había pedido ayuda a Wylan para cuidar de ella. Incluso aunque a este no le gustaba la química, sabía más de tinturas y compuestos que nadie de la tripulación salvo Kuwei, y el fjerdano no entendía la mitad de lo que este decía. Jesper no había visto a Wylan desde que habían salido del puerto de Djerholm, y tenía que admitir que echaba de menos tener cerca al mercadercillo para molestarlo. Kuwei parecía simpático, pero su kerch era tosco y no parecía gustarle demasiado hablar. A veces aparecía en cubierta por la noche y se quedaba en silencio junto a Jesper, mirando las olas. Era algo enervante. Solo Inej quería charlar con todos, y eso era porque parecía haber desarrollado un ardiente interés en todo lo náutico. Pasaba la mayor parte de su tiempo con Specht y Rotty, aprendiendo a hacer nudos y arreglar velas.

Jesper siempre supo que había muchas posibilidades de no volver a casa, que podrían haber acabado en celdas de la Corte de Hielo o clavados en picas. Pero había supuesto que si lograban la imposible tarea de rescatar a Yul-Bayur y llegar al *Ferolind*, el viaje de vuelta a Ketterdam sería una fiesta. Beberían lo que Specht pudiera haber almacenado en el barco, se comerían los últimos caramelos de Nina, relatarían sus escapadas por los pelos y cada pequeña victoria. Pero jamás podría haber previsto cómo se habían visto arrinconados en el puerto, y desde luego no

podía haber imaginado lo que Nina tuvo que hacer para sacarlos de allí.

Estaba preocupado por Nina, pero pensar en ella le hacía sentir culpable. Cuando embarcaron en la goleta y Kuwei les habló de la *parem*, una vocecilla en su interior le dijo que debería ofrecerse a tomar también la droga. Aunque fuera un Hacedor sin entrenamiento, tal vez podría haber ayudado a sacar la *parem* del cuerpo de Nina y liberarla. Pero esa era la voz de un héroe, y Jesper había dejado de pensar hacía mucho que tuviera madera de héroe. Demonios, un héroe se habría ofrecido a tomar la *parem* cuando se estaban enfrentando a los fjerdanos en el puerto.

Cuando Kerch apareció al fin en el horizonte, Jesper sintió una extraña mezcla de alivio e inquietud. Sus vidas estaban a punto de cambiar de formas que seguían sin parecer reales.

Soltaron ancla y, cuando cayó la noche, Jesper le preguntó a Kaz si podía ir con él y Rotty en la falúa con la que llegarían al Quinto Puerto. No lo necesitaban, pero el muchacho estaba desesperado por algo de distracción.

El caos de Ketterdam permanecía intacto: naves descargando su mercancía en el muelle, turistas y soldados de permiso bajando de los barcos, riendo y gritándose de camino al Barril.

—Parece igual que cuando lo dejamos —dijo Jesper.

Kaz levantó una ceja. Volvía a llevar su elegante traje gris y negro, su corbata inmaculada.

—¿Qué esperabas?

—La verdad es que no lo sé —admitió el joven.

Pero él se sentía diferente, incluso con el familiar peso de sus revólveres con empuñaduras esmaltadas en sus caderas y un rifle sobre la espalda. No dejaba de pensar en la mujer Agitamareas, gritando en el patio *drüskelle*, con la cara manchada de negro. Se miró las manos. ¿Quería ser un Hacedor? ¿Vivir como uno? No podía evitar lo que era pero ¿quería cultivar su poder o seguir escondiéndolo?

Kaz dejó a Rotty y a Jesper en el puerto mientras iba a buscar a un mensajero para informar a Van Eck. Jesper quería ir con él, pero Kaz le ordenó que se quedara. Molesto, el muchacho aprovechó la oportunidad para estirar las piernas, consciente de que Rotty lo observaba. Tenía la clara sensación de que Kaz le había pedido que lo vigilara. ¿Pensaba que iba a ir directamente al salón de juegos más cercano?

Levantó la mirada hasta el cielo nublado. ¿Por qué no admitirlo? Estaba tentado. Se moría de ganas por una partida de cartas. Tal vez debería marcharse de Ketterdam de verdad. Cuando tuviera su dinero y pagara sus deudas, podría ir a cualquier lugar del mundo. Incluso a Ravka. Con suerte, Nina se recuperaría, y cuando volviera en sí Jesper podría sentarse con ella y averiguarlo. Sin comprometerse desde el principio, pero al menos podría ir de visita, ¿verdad?

Media hora después, Kaz regresó con un mensaje confirmando que los representantes del Consejo Mercante se encontrarían con ellos en Vellgeluk al amanecer del siguiente día.

—Mira esto —dijo, sosteniendo un papel para que Jesper lo leyera. Bajo los detalles del encuentro, ponía: *Felicidades. Vuestro país os da las gracias.*

Las palabras dejaron una sensación extraña en el pecho de Jesper, pero se rio y dijo:

—Con tal de que mi país pague en efectivo... ¿Sabe el Consejo que el científico está muerto?

—Lo puse todo en mi nota para Van Eck —dijo Kaz—. Le dije que Bo Yul-Bayur está muerto, pero que su hijo está vivo y estaba trabajando en la *jurdaparem* para los fjerdanos.

—¿Ha regateado?

—En la nota no. Expresó su *profunda preocupación*, pero no mencionó nada sobre la recompensa. Hemos hecho nuestro trabajo. Ya veremos si trata de regatear cuando lleguemos a Vellgeluk.

Mientras remaban de vuelta al Ferolind, Jesper preguntó:

—¿Vendrá Wylan con nosotros al encuentro de Van Eck?

—No —dijo Kaz, tamborileando con los dedos sobre la cabeza de cuervo de su bastón—. Matthias vendrá con nosotros, y alguien tiene que quedarse con Nina. Además, si necesitamos usar a Wylan para forzar a su padre, será mejor no mostrar nuestra mano demasiado pronto.

Tenía sentido. Y aunque hubiera temas pendientes entre Wylan y su padre, Jesper dudaba que el chico quisiera discutirlos delante de los Despojos y Matthias.

Pasó una noche intranquila dando vueltas en su hamaca y despertó bajo un amanecer húmedo y gris. No había viento, y el mar parecía plano y vidrioso como un lago.

—Un cielo tozudo —murmuró Inej, entrecerrando los ojos mientras miraba Vellgeluk. Tenía razón. No había nubes en el horizonte, pero el aire parecía denso por la humedad, como si una tormenta se estuviera negando a formarse.

Jesper examinó el puerto vacío. Había supuesto que Wylan se acercaría a despedirlos, pero no podían dejar a Nina sola.

—¿Cómo está? —le preguntó a Matthias.

—Débil —dijo el fjerdano—. Es incapaz de dormir. Pero conseguimos que tomara un poco de caldo, y parece que lo está reteniendo.

Jesper sabía que estaba siendo egoísta y estúpido, pero una mezquina parte de él se preguntaba si Wylan se habría mantenido alejado de él a propósito durante el camino de vuelta. A lo mejor ahora que el trabajo estaba terminado y ya casi tenía su parte del botín, el muchacho se había hartado de andar con criminales.

—¿Dónde está la otra falúa? —preguntó Jesper mientras él, Kaz, Matthias, Inej y Kuwei salían remando del *Ferolind* con Rotty.

—Reparándose —respondió Kaz.

Vellgeluk era tan plana que apenas era visible cuando empezaron a remar por el agua. La isla era de alrededor de un kilómetro y medio de ancho, una estéril franja de

arena y tierra con las ruinas de una vieja torre del Consejo de Mareas. Los contrabandistas la llamaban Vellgeluk, *buena suerte*, por las pinturas todavía visibles alrededor de la base de lo que fue la torre del obelisco: círculos dorados que representaban monedas, símbolos de la simpatía de Ghezen, el dios de la industria y el comercio. Jesper y Kaz ya habían ido a la isla anteriormente para reunirse con traficantes. Estaba lejos de los puertos de Ketterdam, fuera de la patrulla de la guardia del puerto, sin edificios ni calas ocultas desde las que organizar una emboscada. Un lugar de encuentro ideal para grupos recelosos.

Había un bergantín anclado en la orilla opuesta de la isla, con las velas colgando flojas e inútiles. Jesper lo había observado haciendo un lento recorrido desde Ketterdam durante las primeras luces del alba, un pequeño punto negro que creció hasta ser una gran mancha en el horizonte. Podía oír a los marineros gritándose mientras trabajaban con los remos. La tripulación estaba bajando una falúa llena de hombres por un lado.

Cuando su falúa llegó a la orilla, Jesper y los demás saltaron para llevarla hasta la arena. El muchacho comprobó sus revólveres y vio que Inej tocaba brevemente cada uno de sus cuchillos, moviendo los labios. Matthias se ajustó el rifle que llevaba sujeto a la espalda y cuadró sus enormes hombros. Kuwei lo observó todo en silencio.

—De acuerdo —dijo Kaz—. Vamos a hacernos ricos.

—Sin llantos —empezó Rotty, que se quedó a esperar con la falúa.

—Sin funerales —respondieron los demás.

Caminaron a zancadas hacia el centro de la isla, con Kuwei detrás de Kaz, flanqueado por Jesper e Inej. Mientras llegaban, Jesper vio a alguien con un traje negro de mercader acercándose, acompañado por un hombre shu alto, con el pelo oscuro atado en la nuca, y seguido por un contingente de la *stadwatch* con abrigos púrpura, todos armados con porras y rifles de repetición. Dos hombres arrastraban un tremendo baúl entre ellos, tambaleándose ligeramente con su peso.

—Así que ese es el aspecto que tienen treinta millones de *kruge* —comentó Kaz. Jesper soltó un silbido bajo—. ¿Solo tú, Van Eck? —le preguntó al hombre de negro—. ¿El resto del Consejo no se ha molestado en venir?

Allí estaba Jan Van Eck. Era más esbelto que Wylan, y el pelo le nacía más arriba, pero Jesper podía ver el parecido sin problemas.

—El Consejo pensaba que era mejor encargarme a mí esta tarea, ya que hemos tenido tratos antes.

—Bonito broche —dijo Kaz con una mirada al rubí que había prendido en la corbata de Van Eck—. Aunque no tanto como el otro.

El hombre frunció un poco los labios.

—El otro era una reliquia familiar. ¿Y bien? —le dijo al hombre shu que había junto a él.

—Ese es Kuwei Yul-Bo —aseguró—. Hace un año que no lo veía y está bastante más alto, pero es la viva imagen de su padre.

Le dijo algo a Kuwei en shu e hizo un rápido asentimiento.

Kuwei miró a Kaz y después le devolvió el gesto. Jesper podía ver una capa de sudor en su frente.

Van Eck sonrió.

—Confesaré que estoy sorprendido, Brekker. Sorprendido pero deleitado.

—No creías que lo lograríamos.

—Digamos que pensaba que era improbable.

—¿Por eso es por lo que has cubierto tus apuestas?

—Ah, así que has hablado con Pekka Rollins.

—Habla mucho cuando consigues ponerlo en el estado de ánimo adecuado —dijo Kaz, y Jesper recordó la sangre sobre su camisa en su prisión—. Dice que también lo contrataste a él y a los Leones Moneda para ir a por Yul-Bayur para el Consejo Mercante.

Con una sensación de intranquilidad, Jesper se preguntó qué más le habría contado Rollins a Kaz.

Van Eck se encogió de hombros.

—Era mejor asegurarse.

—¿Y por qué debería importarte si un puñado de ratas de canal se hacen pedazos en busca de un botín?

—Sabíamos que las oportunidades de que cualquier equipo tuviera éxito eran escasas. Como jugador, espero que lo entiendas.

Pero Jesper nunca había pensado en Kaz como en un jugador. Los jugadores solían dejar algo al azar.

—Treinta millones de *kruge* calmarán mis sentimientos heridos —replicó Kaz.

Van Eck hizo un gesto a los guardias tras él. Levantaron el baúl y lo pusieron delante del joven. Este se agachó junto a él y abrió la tapa. Incluso desde la distancia, Jesper vio los fajos de billetes del pálido púrpura de Kerch, adornados con los tres peces voladores, una fila tras otro, atados con bandas de papel selladas con cera.

Inej tomó aliento.

—Incluso vuestro dinero es de un color peculiar —dijo Matthias.

Jesper quería pasar las manos por esos gloriosos fajos. Quería bañarse en ellos.

—Creo que se me ha hecho la boca agua.

Kaz sacó uno de los fajos y dejó que su dedo enguantado lo recorriera. Después, escarbó otra capa para asegurarse de que Van Eck no hubiera tratado de engañarlos.

—Está todo aquí. —Miró por encima del hombro y le hizo una señal a Kuwei. El chico cruzó la corta distancia y Van Eck le hizo un gesto para que se acercara a él y le dio una palmada en la espalda. Kaz se levantó—. Bueno, Van Eck. Me gustaría decir que ha sido un placer, pero no soy tan buen mentiroso. Nos marchamos ya.

Van Eck se puso delante de Kuwei y dijo:

—Me temo que no puedo permitir eso, Brekker.

Kaz se inclinó sobre su bastón, observando a Van Eck intensamente.

—¿Hay algún problema?

—Veo varios delante de mí. Y ni soñéis que alguno de vosotros va a salir de esta isla.

Van Eck se sacó un silbato del bolsillo y tocó una nota aguda. Al mismo momento, sus sirvientes sacaron sus armas y un viento salió de la nada; un vendaval aullante y antinatural que sopló alrededor de la pequeña isla mientras el mar comenzaba a levantarse.

Los marineros junto a la falúa del bergantín levantaron los brazos, y las olas se agitaron tras ellos.

—Agitamareas —gruñó Matthias, llevando la mano a su rifle.

Entonces dos figuras más se lanzaron desde la cubierta del bergantín.

—¡Vendavales! —gritó Jesper—. ¡Están usando *parem*!

Los Vendavales formaron un círculo en el cielo, y el viento azotaba el aire a su alrededor.

—Te quedaste parte del lote que Yul-Bayur envió al Consejo —dijo Kaz, entrecerrando los ojos.

Los Vendavales levantaron los brazos y el viento gimoteó con un grito agudo y penetrante.

Jesper se llevó la mano a los revólveres. ¿No había deseado tener algo a lo que disparar? *Supongo que este sitio da buena suerte*, pensó con una ráfaga de expectación. *Parece que estoy a punto de obtener mi deseo.*



n trato es un trato, Van Eck —dijo Kaz por encima del ruido de la tormenta creciente—. Si el Consejo Mercante no cumple su parte del acuerdo, nadie del Barril volverá a traficar con ninguno de vosotros. Vuestra palabra no valdrá nada.

—Ese sería un problema, Brekker, si el Consejo supiera algo sobre este trato.

Kaz lo comprendió en un terrible destello.

—Nunca estuvieron involucrados.

¿Por qué había creído que Van Eck tenía la bendición del Consejo Mercante? ¿Porque era un mercader rico y honorable? ¿Porque había vestido a sus propios sirvientes y soldados con el uniforme púrpura de la *stadwatch*? Kaz se había encontrado con él en la casa en cuarentena de un mercader, no en un edificio del gobierno, pero se había dejado convencer por el decorado. Era lo de Hertzoon y su cafetería otra vez, solo que Kaz ya tenía edad para verlo venir.

—Querías a Yul-Bayur. Querías la fórmula de la *parem*.

Van Eck lo confirmó con un tranquilo asentimiento.

—La neutralidad es un lujo que Kerch lleva demasiado tiempo disfrutando. Los miembros del Consejo creen que su riqueza los protege, que pueden quedarse sentados contando su dinero mientras el mundo lucha.

—¿Y tú piensas distinto?

—Desde luego que sí. La *jurda parem* no es un secreto que pueda guardarse, aplastarse o almacenarse en una cabaña en la frontera zemeni.

—Entonces, toda tu charla sobre las líneas de comercio y los mercados derrumbándose...

—Ah, pasará tal como he predicho, Brekker. Cuento con ello. En cuanto el

Consejo recibió el mensaje de Bo Yul-Bayur, comencé a comprar campos de *jurda* en Novyi Zem. Cuando la *parem* fluya libremente por el mundo, cada país, cada gobierno, exigirá un suministro para usarlo en sus Grisha.

—Caos —dijo Matthias.

—Sí —afirmó Van Eck—. Vendrá el caos, y yo seré su amo. Un amo muy rico.

—Condenarás a la esclavitud y la muerte a los Grisha de todo el mundo —intervino Inej.

Van Eck levantó una ceja.

—¿Cuántos años tienes, chica? ¿Dieciséis? ¿Diecisiete? Las naciones se levantan y caen. Los mercados surgen y se deshacen. Cuando el poder cambia de manos, siempre sufre alguien.

—Cuando el dinero cambia de manos —replicó Jesper.

La expresión de Van Eck era de desconcierto.

—¿No son la misma cosa?

—Cuando el Consejo descubra... —comenzó Inej.

—El Consejo jamás descubrirá esto —aseguró Van Eck—. ¿Por qué crees que escogí a escoria del Barril como mis paladines? Ah, tenéis recursos y sois mucho más listos que cualquier mercenario, os lo concedo. Pero lo más importante es que nadie os echará de menos.

Van Eck levantó la mano y los Agitamareas giraron los brazos. Kaz oyó un grito y se giró para ver una espiral de agua cerniéndose sobre Rotty. Golpeó la falúa y la hizo pedazos mientras él se ponía a cubierto.

—Ninguno de vosotros saldrá de esta isla, Brekker. Todos desapareceréis, y a nadie le importará.

Volvió a levantar la mano y los Agitamareas respondieron. Una enorme ola rugió hacia el Ferolind.

—¡No! —chilló Jesper.

—¡Van Eck! —gritó Kaz—. Tu hijo está en ese barco.

La mirada del hombre se dirigió hacia él. Sopló el silbato y los Agitamareas se quedaron inmóviles, esperando instrucciones. A regañadientes, Van Eck bajó la mano. Ellos dejaron que la ola cayera inofensiva, y el mar en movimiento golpeó el lateral del Ferolind.

—¿Mi hijo? —dijo.

—Wylan Van Eck.

—Brekker, seguro que sabes que envié lejos a mi hijo hace meses.

—Sé que le has escrito a Wylan cada semana desde que se fue de tu casa, rogándole que regresara. Esas no son las acciones de un hombre que no se preocupa por su único hijo y heredero.

Van Eck comenzó a reír, una risa cálida y casi jovial, pero sus matices eran afilados y amargos.

—Deja que te hable de mi *hijo*. —Escupió la palabra como si fuera veneno en sus

labios—. Iba a ser el heredero de una de las mayores fortunas de toda Kerch, un imperio con líneas de comercio que llegaban a todo el globo, construido por mi padre y por el padre de mi padre. Pero mi hijo, el chico que debía gobernar ese gran imperio, no sabe hacer lo que un niño de siete años sí sabe. Sabe resolver una ecuación. Sabe pintar y tocar la flauta muy bien. Lo que mi *hijo* no sabe hacer, Brekker, es leer. No sabe escribir. He contratado a los mejores tutores de cada rincón del mundo. He probado especialistas, tónicos, palizas, hipnotismo. Pero se negaba a aprender. Al final tuve que aceptar que Ghezen creyó apropiado maldecirme con un imbécil por hijo. Wylan es un chico que jamás será un hombre. Es una desgracia para mi casa.

—Las cartas... —dijo Jesper, y Kaz vio la furia en su cara—. No le estabas suplicando que volviera. Te estabas burlando de él.

Jesper tenía razón. *Si estás leyendo esto, entonces sabrás cuánto deseo que vuelvas a casa.* Cada carta había sido una bofetada para Wylan, una especie de broma cruel.

—Es tu hijo —señaló Jesper.

—No, es un error. Uno que pronto corregiré. Mi amada y joven esposa está embarazada, y sea niño, niña o una criatura con cuernos, ese bebé será mi heredero, no un idiota de cabeza blanda que no puede leer un himnario y mucho menos un libro de contabilidad, no un estúpido que convierta el apellido Van Eck en un hazmerreír.

—Tú eres el estúpido —gruñó Jesper—. Es más listo que casi todos nosotros juntos, y se merece un padre mejor que tú.

—Merecía —corrigió Van Eck. Tocó el silbato dos veces.

Los Agitamareas no dudaron. Antes de que nadie pudiera tomar aire para protestar, dos enormes paredes de agua se elevaron y se lanzaron contra el Ferolind. Aplastaron el barco entre ellas con un gran estruendo, y los escombros salieron volando.

Jesper gritó de furia y levantó las pistolas.

—¡Jesper! ¡Quieto! —ordenó Kaz.

—Los ha matado —dijo con el rostro contorsionado—. ¡Ha matado a Wylan y a Nina!

Matthias le puso la mano en el brazo.

—Jesper —dijo con calma—. Quédate quieto.

El muchacho miró hacia las olas, a los trozos rotos del mástil y las velas destrozadas donde solo segundos antes había habido un barco.

—No... No lo entiendo.

—Confieso que yo también estoy algo aturdido, Brekker —admitió Van Eck—. ¿Ni una lágrima? ¿Ni un lamento por tu tripulación perdida? Sois muy fríos en el Barril.

—Fríos y cautos —especificó Kaz.

—No lo bastante cautos, por lo que parece. Al menos no vivirás para arrepentirte

de tus errores.

—Cuéntame, Van Eck. ¿Te arrepentirás tú? A Ghezen no le gustan los tratos rotos.

Las fosas nasales del hombre se dilataron.

—¿Qué le has dado tú al mundo, Brekker? ¿Has creado riqueza? ¿Prosperidad? No. Robas a hombres y mujeres honestos y solo te sirves a ti mismo. Ghezen favorece a los que se lo merecen, a los que construyen ciudades, no a las ratas que roen sus cimientos. Me ha bendecido a mí y a mis tratos. Vosotros pereceréis y yo prosperaré. *Esa* es la voluntad de Ghezen.

—Tan solo hay un problema, Van Eck. Necesitarás a Kuwei Yul-Bo para hacerlo.

—¿Y cómo me lo arrebatarás? Estáis rodeados de armas.

—No necesito arrebátartelo. Nunca lo has tenido. Ese no es Kuwei Yul-Bo.

—Un burdo engaño como mucho.

—No me gustan mucho los engaños, ¿verdad, Inej?

—No por lo general.

Van Eck frunció los labios.

—¿Y eso por qué?

—Porque prefiere hacer trampas —dijo el chico que no era Kuwei Yul-Bo con un kerch perfecto y sin acento.

Van Eck se sobresaltó ante el sonido de su voz y Jesper se encogió. El chico shu extendió una mano.

—Paga, Kaz.

Este suspiró.

—Odio perder una apuesta. ¿Sabes, Van Eck? Wylan apostó a que no tendrías ningún recelo en acabar con su vida. Llámame sentimental, pero no pensaba que un padre pudiera ser tan desalmado.

Van Eck miró fijamente a Kuwei Yul-Bo, o el chico que creía que era Kuwei Yul-Bo. Kaz lo observó luchando con la realidad de la voz de Wylan saliendo de su boca. Jesper parecía igual de incrédulo. Obtendría su explicación después de que Kaz consiguiera su dinero.

—No es posible —dijo Van Eck.

No debería serlo. Nina había sido una Confeccionadora pasable como mucho, pero bajo la influencia de la *jurda parem*, bueno, tal como Van Eck había dicho una vez, *se vuelven posibles las cosas que simplemente no deberían serlo*. Una réplica casi perfecta de Kuwei Yul-Bo se encontraba ante ellos, pero tenía la voz de Wylan, sus rasgos y, aunque Kaz podía ver el miedo y el dolor en sus ojos dorados, también el sorprendente coraje de Wylan.

Tras la batalla en el puerto de Djerholm, el mercadercillo había acudido a Kaz para advertirle de que no podría usarlo para manipular a su padre. A Wylan se le había puesto la cara roja, apenas fue capaz de pronunciar las palabras de su supuesta aflicción. Kaz tan solo se había encogido de hombros. Algunos hombres eran poetas.

Otros, granjeros. Unos eran ricos mercaderes. Wylan podía dibujar una elevación perfecta. Había hecho un taladro capaz de cortar el cristal Grisha con trozos de una puerta y unas joyas robadas. ¿Qué más daba que no pudiera leer?

Kaz había esperado que se opusiera a la idea de que lo modificaran para que se pareciera a Kuwei. Una transformación tan extrema estaba más allá del poder de cualquier Grisha que no usara *parem*.

—Podría ser permanente —le había advertido.

A Wylan no le había importado.

—Necesito saberlo. De una vez por todas, necesito saber lo que mi padre piensa de mí en realidad.

Y ya lo sabía.

Van Eck miró a Wylan con ojos desorbitados, buscando alguna señal de las facciones de su hijo.

—No puede ser.

El muchacho caminó hasta ponerse al lado de Kaz.

—Tal vez puedas suplicarle comprensión a Ghezen, padre.

Wylan era un poco más alto que Kuwei, y su cara un poco más redonda. Pero Kaz los había visto juntos y el parecido era extraordinario. El trabajo de Nina, realizado en el barco antes de que ese extraordinario subidón hubiera comenzado a menguar, era casi impecable.

La furia cruzó las facciones de Van Eck.

—Inútil —le siseó a su hijo—. Sabía que eras estúpido, pero ¿también un traidor?

—Un estúpido hubiera estado esperando a que lo hicieran pedazos en ese barco. Y en cuanto a lo de traidor, me has llamado cosas peores solo en los últimos minutos.

—Tú piensa —le dijo Kaz a Van Eck—. ¿Y si el verdadero Kuwei Yul-Bo hubiera estado en el barco que acabas de convertir en palillos de dientes?

La voz del hombre era calmada, pero un rubor de furia le había subido por el cuello.

—¿Dónde está Kuwei Yul-Bo?

—Déjanos salir de esta isla con nuestro pago y te lo diré alegremente.

—No tienes forma de salir de esta, Brekker. Tu pequeño grupo no es rival para mis Grisha.

El se encogió de hombros.

—Mátanos y jamás encontrarás a Kuwei.

Van Eck pareció plantearse eso, y entonces retrocedió.

—¡Guardias a mí! —gritó—. ¡Matad a todos salvo a Brekker!

Kaz supo que en ese instante cometió un error. Todos sabían que podría pasar eso. Debería haber confiado en su grupo. Sus ojos deberían haberse quedado fijos en Van Eck. En lugar de eso, en ese momento de amenaza, cuando solo debería haber pensado en la pelea, miró a Inej.

Y Van Eck lo vio. Tocó el silbato.

—¡Dejad a los demás! Coged el dinero y a la chica.

Mantente firme, le dijo su instinto a Kaz. Van Eck tiene el dinero. Él es la clave. Inej puede cuidar de sí misma. Es un peón, no el premio. Pero ya se estaba dando la vuelta, corriendo hacia ella mientras los Grisha atacaban.

Los Agitamareas llegaron primero hasta ella, desvaneciéndose como niebla y después reapareciendo a su lado. Pero solo un estúpido trataría de vencer a Inej en un combate cuerpo a cuerpo. Los Agitamareas eran rápidos y se desvanecían y reaparecían tratando de sujetarla. Pero ella era el Espectro, y sus cuchillos encontraron corazones, gargantas, bazos. La sangre se derramó sobre la arena mientras los Agitamareas se derrumbaban en dos montones muy sólidos.

Kaz captó un movimiento por el rabillo del ojo; un Vendaval que se lanzaba hacia Inej.

—¡Jesper! —gritó.

Este disparó y el Vendaval cayó derribado a tierra.

El siguiente Vendaval fue más listo. Se acercó por lo bajo, deslizándose sobre las ruinas. Jesper y Matthias abrieron fuego, pero tenían que mirar al sol para disparar y ni siquiera Jesper podía apuntar a ciegas. El Vendaval alcanzó a Inej y se elevó en el cielo con ella.

Quédate quieta, suplicó Kaz en silencio, con la pistola fuera. Pero ella no lo hizo. Su cuerpo giró, y entonces atacó. El grito del Vendaval fue distante. La soltó e Inej cayó, precipitándose contra la arena. Kaz corrió hacia ella sin ninguna lógica ni plan.

Un borrón atravesó su visión. Un tercer Vendaval se lanzó en picado, la atrapó unos segundos antes del impacto y le lanzó un feroz golpe al cráneo. Kaz vio que el cuerpo de Inej se quedaba inmóvil.

—¡Derribadlo! —rugió Matthias.

—¡No! —gritó Kaz—. Si le disparáis, ella también caerá.

El Grisha se elevó hasta quedar fuera de su alcance, con Inej sujeta entre los brazos.

No había nada que pudieran hacer salvo quedarse allí como estúpidos y observar su forma volviéndose cada vez más pequeña en el cielo: una luna distante, una estrella apagándose, y después desapareció.

Los guardias y Grisha de Van Eck se acercaron y llevaron al mercader y el baúl de *kruge* por el aire, hasta el bergantín que aguardaba. La venganza para Jordie, todo por lo que Kaz había trabajado, se le estaba escapando. Pero no le importaba.

—Tienes una semana para traerme al verdadero Kuwei —gritó Van Eck—. Si no, oirán los gritos de esta chica hasta en Fjerda. Y si eso no te conmueve, dejaré que se sepa que tienes al rehén más valioso del mundo. Cada banda, gobierno, traficante y espía irá a por ti y los Despojos. No tienes ningún lugar donde esconderte.

—Kaz, puedo disparar —dijo Jesper, guardando los revólveres y cogiendo su rifle—. Van Eck sigue a mi alcance.

Y entonces todo estaría perdido: Inej, el dinero, todo.

—No —dijo Kaz—. Que se vayan.

El mar estaba plano, no soplabra brisa alguna, pero los Vendavales restantes de Van Eck movieron las velas del barco con un fuerte viento.

Kaz observó el bergantín surcando el agua hacia Ketterdam, hacia la seguridad, hacia una fortaleza construida sobre la impecable reputación de mercader de Van Eck. Se sintió como lo había hecho al mirar por las ventanas oscurecidas de la casa de la Zilverstraat. Indefenso una vez más. Había rezado al dios equivocado.

Jesper bajó el rifle con lentitud.

—Van Eck enviará soldados y Grisha a buscar a Kuwei —dijo Matthias.

—No lo encontrarán. Ni a Nina.

Ni en el Listón ni en ninguna otra parte del Barril. En ningún lugar de Ketterdam. La noche anterior, Kaz había ordenado a Specht que se llevara a Kuwei y a Nina del *Ferolind* en la segunda falúa, la que le había dicho a Jesper que estaban reparando. Estaban a salvo en las jaulas abandonadas bajo la vieja torre de la prisión de la Puerta del Infierno. Kaz había hecho algunas indagaciones al visitar el puerto para contactar con Van Eck. Tras el desastre en el Espectáculo del Infierno, habían inundado las jaulas para purgarlas de bestias y cuerpos, y habían quedado vacías desde entonces. Matthias había odiado la idea de dejar que Nina fuera a ninguna parte sin él, sobre todo en su estado, pero Kaz lo había convencido de que dejarlos a ella y a Kuwei a bordo del *Ferolind* los dejaría expuestos.

Kaz se maravilló ante su propia estupidez. Era más tonto que un pichón recién salido del barco y buscando hacer fortuna en el Stave Oriental. Su mayor vulnerabilidad había estado justo a su lado. Y ya no estaba. Jesper miraba fijamente a Wylan, recorriendo con sus ojos el pelo oscuro, los ojos dorados.

—¿Por qué? —dijo al fin—. ¿Por qué has hecho esto?

El muchacho se encogió de hombros.

—Necesitábamos decantar la balanza.

—Es la voz de Kaz la que habla.

—No podía dejar que todos vinierais al intercambio de rehenes pensando que era alguna clase de seguro.

—¿Nina te modificó?

—La noche que salimos de Djerholm.

—Por eso desapareciste durante el viaje —dijo Jesper—. No estabas ayudando a Matthias a cuidar de Nina. Te estabas escondiendo.

—No me escondía.

—Tú... ¿Cuántas veces eras tú a mi lado en cubierta por la noche cuando pensaba que era Kuwei?

—Todas las veces.

—Puede que Nina no pueda dejarte como antes, ¿sabes? No sin otra dosis de *parem*. Podrías quedarte así.

—¿Qué más da?

—¡Yo qué sé! —gritó Jesper, enfadado—. A lo mejor me gustaba tu estúpida cara. —Se giró hacia Matthias—. Tú lo sabías. Wylan lo sabía. Inej lo sabía. Todos menos yo.

—Pregúntame por qué, Jesper —dijo Kaz, perdiendo la paciencia.

El se movió con incomodidad sobre sus pies.

—¿Por qué?

—Fuiste tú quien nos vendió a Pekka Rollins. —Lo señaló con un dedo acusador—. Tú eres la razón por la que nos emboscaran cuando tratamos de dejar Ketterdam. Casi nos matan a todos por tu culpa.

—Yo no le dije nada a Pekka Rollins. Yo nunca...

—Le dijiste a uno de los Leones Moneda que te marchabas de Kerch, pero que volverías con mucho dinero, ¿verdad?

Jesper tragó saliva.

—Tenía que hacerlo. Iban a por mí. La granja de mi padre...

—Te dije que no le contaras a nadie que te marchabas del país. Te advertí que mantuvieras la boca cerrada.

—¡No tenía elección! Me encerraste en el Club Cuervo antes de marcharnos. Si me hubieras dejado...

Kaz se giró hacia él.

—¿Dejado *qué*? ¿Jugar unas partidas de la Zarza de Tres? ¿Endeudarte hasta las cejas con cada jefe del Barril lo bastante estúpido para darte crédito? Le dijiste a un miembro de la banda de Pekka que estabas a punto de ser rico.

—No sabía que hablaría con Pekka. Ni que Pekka supiera lo de la *parem*. Tan solo estaba tratando de ganarme algo de tiempo.

—Por todos los Santos, Jesper, de verdad no has aprendido nada en los Despojos, ¿eh? Sigues siendo el mismo chico de granja estúpido que salió del barco.

Jesper se lanzó hacia él y Kaz sintió una ráfaga de vertiginosa violencia. Por fin, una batalla que podía ganar. Pero Matthias se interpuso entre ellos y los sujetó a cada uno con una enorme mano.

—Parad. Dejadlo ya.

Kaz no quería parar. Quería darles una paliza a todos hasta dejarlos ensangrentados y después abrirse camino a golpes por el Barril.

—Matthias tiene razón —dijo Wylan—. Tenemos que pensar qué hacer ahora.

—No hay nada que hacer —gruñó Kaz. Van Eck se encargaría de eso. No podían volver al Listón ni pedir ayuda a Per Haskell ni a los demás Despojos. Van Eck estaría vigilando, listo para atacar. Convertiría el Barril, el hogar de Kaz, su pequeño reino, en territorio hostil.

—Jesper cometió un error —señaló Wylan—. Un error estúpido, pero no pretendía traicionar a nadie.

Kaz se alejó a zancadas, tratando de aclararse la cabeza. Sabía que Jesper no se había dado cuenta de lo que estaba poniendo en marcha, pero también sabía que

nunca podría volver a confiar en él de verdad. Y tal vez lo había mantenido al margen sobre lo de Wylan para castigarlo un poco.

En unas pocas horas, cuando no lograran ponerse en contacto, Specht iría remando hacia ellos en la falúa. Por el momento no había nada salvo el cielo gris y la roca muerta de ese miserable intento de isla. Y la ausencia de Inej. Kaz quería pegar a alguien. Quería que alguien le pegara a él.

Examinó lo que quedaba de su tripulación. Rotty seguía cerca de los restos de la falúa. Jesper estaba sentado con los codos sobre las rodillas y la cabeza en las manos, con Wylan junto a él llevando la cara de un casi extraño; Matthias estaba de pie, mirando sobre el agua en dirección a la Puerta del Infierno como un centinela de piedra. Si Kaz era su líder, entonces Inej había sido su imán, juntándolos cuando parecía más probable que se fueran a la deriva.

Nina había ocultado el tatuaje del cuervo y la copa de Kaz antes de entrar en la Corte de Hielo, pero no le había permitido acercarse a la R de su bíceps. Tocó con los dedos enguantados el lugar donde la manga de su chaqueta cubría esa marca. Sin quererlo, había permitido que Kaz Rietveld regresara. No sabía si había comenzado con la herida de Inej o a partir de ese horrible viaje en el vagón de la prisión, pero de algún modo había dejado que pasara y le había costado mucho.

Eso no significaba que fuera a permitir que lo venciera un mercader ladrón. Kaz miró al sur, hacia los puertos de Ketterdam. Los comienzos de una idea le rascaban la parte posterior del cráneo, un picor, una pequeña noción. No era un plan, pero podría ser el comienzo de uno. Podía ver la forma que tomaría: imposible, absurda. Y requiriendo una enorme cantidad de dinero.

—Cara de confabulación —murmuró Jesper.

—Sin duda —asintió Wylan.

Matthias cruzó los brazos.

—¿Buscando en tu bolsa de trucos, *demjin*?

Kaz flexionó los dedos enguantados. ¿Cómo había sobrevivido en el Barril? Cuando te lo quitaban todo, encontrabas la forma de sacar algo de la nada.

—Voy a inventar un truco nuevo —dijo—. Uno que Van Eck jamás olvidará. —Se giró hacia los demás. Si pudiera ir a por Inej solo lo haría, pero ni siquiera él lograría eso—. Necesito al grupo adecuado.

Wylan se puso en pie.

—Por el Espectro.

Jesper lo siguió, todavía sin mirar a Kaz a los ojos.

—Por Inej —dijo en voz baja.

Matthias hizo un brusco asentimiento.

Inej había querido que Kaz se convirtiera en otra persona, una mejor, un ladrón más amable. Pero ese chico no tenía lugar allí. Ese chico había acabado muriéndose en un callejón. Ese chico no podría recuperarla.

Voy a recuperar mi dinero, se juró Kaz. Y voy a recuperar a mi chica. Inej jamás

sería suya, no de verdad, pero encontraría la forma de darle la libertad que le había prometido hacía no mucho.

Manos Sucias había llegado para encargarse del trabajo duro.



ekka Rollins se metió un puñado de *jurda* en el carrillo y se reclinó en su sillón para examinar el grupo andrajoso que Doughty había llevado a su despacho. Rollins vivía encima del Palacio Esmeralda en un enorme conjunto de habitaciones, con cada centímetro cubierto de terciopelo verde y dorado. Le encantaba la ostentación, en su ropa, sus amigos y sus mujeres.

Los chicos que tenía delante eran lo más opuesto a la elegancia o el estilo. Llevaban los disfraces de la *Komedie Brute*, pero nadie tenía acceso a su despacho sin mostrar la cara, así que les habían quitado las máscaras. Reconoció a algunos de ellos. En su día quiso reclutar a la Mortificadora Nina Zenik, pero ahora parecía que no iba a sobrevivir más allá de un mes; toda huesos que sobresalían, huesos oscuros y manos temblorosas. Parecía que había evitado una mala inversión. Se inclinó hacia un enorme fjerdano con la cabeza afeitada y tristes ojos azules. Era muy grande, posiblemente un antiguo militar. Buenos músculos. ¿Dónde encontraba Kaz Brekker a esa gente?

El chico junto a ellos era shu, pero parecía demasiado joven para ser el científico que estaban tan desesperados por conseguir. Además, Brekker jamás llevaría tal botín al Palacio Esmeralda. Y después, por supuesto, Rollins conocía a Jesper Fahey. El tirador había conseguido una impresionante cantidad de deudas en casi cada antro de juegos del Stave Oriental. Su bocaza había puesto al corriente a Rollins de que Brekker estaba enviando un equipo a Fjerda. Escarbando un poco y sobornando mucho había conseguido saber el lugar y la hora de su partida, una información que había resultado ser errónea. Brekker había estado un paso por delante de él y los Leones Moneda. La pequeña rata de canal había logrado llegar a la Corte de Hielo

después de todo.

Pero era algo bueno. De no ser por Kaz Brekker, Rollins todavía estaría sentado en una celda de esa maldita prisión fjerdana, esperando otra ronda de tortura, o tal vez clavado en una pica sobre la pared anular.

Cuando Brekker había abierto la cerradura de la puerta de su celda, Rollins no sabía si iba a rescatarlo o a asesinarlo. Había oído mucho sobre Kaz Brekker desde que había alcanzado la cima de los Despojos, esa triste parodia que Per Haskell llamaba banda, y lo había visto alguna vez por el Barril. El chico había salido de la nada y había causado un montón de problemas desde entonces. Pero seguía siendo solo un teniente, no un general, un perro mordisqueándole los tobillos a Rollins.

—Hola, Brekker —había dicho—. ¿Vienes a regodearte?

—No exactamente. ¿Me conoces?

Rollins se había encogido de hombros.

—Claro, eres el rufián que no deja de robarme los clientes.

La expresión que cruzó el rostro del muchacho tomó por sorpresa al hombre. Era odio; puro, negro y bullendo a fuego lento. *¿Qué le habré hecho a esta escoria?* Pero en unos segundos la expresión se desvaneció, y Rollins se preguntó si no se la habría imaginado.

—¿Qué quieres, Brekker?

El chico se había quedado allí, con algo sombrío y demente en su mirada.

—Quiero hacerte un favor.

El hombre se fijó en los pies desnudos y la ropa de prisión de Brekker, en sus manos cubiertas con sus legendarios guantes negros, un adorno ridículo.

—No parece que estés en posición de hacerle favores a nadie, jovencuelo.

—Voy a dejar esta puerta abierta. No eres tan estúpido como para ir a por Bo Yul-Bayur sin un equipo que te respalde. Espera tu momento y márchate.

—¿Por qué demonios ibas a ayudarme?

—No deberías morir aquí.

De algún modo, sonaba como una maldición.

—Te debo una, Brekker —había dicho Rollins mientras el chico salía de su celda, apenas creyendo su suerte.

Brekker le había lanzado una mirada, con los ojos oscuros como cavernas.

—No te preocupes, Rollins. Pagarás.

Y al parecer el chico había acudido a recaudar. Estaba en mitad del opulento despacho de Rollins con el aspecto de una mancha oscura de tinta, con la cara sombría y las manos descansando sobre un bastón con empuñadura de cuervo. A Rollins no le sorprendía exactamente verlo. Se rumoreaba que el intercambio entre Brekker y Van Eck había ido mal, y que el mercader tenía el ojo puesto en el Listón y el resto de rufianes de Kaz Brekker. Pero Van Eck no estaba vigilando el Palacio Esmeralda; no tenía razones para hacerlo. Rollins ni siquiera estaba seguro de que supiera que había regresado de Fjerda con vida. Cuando Brekker terminó de explicar

los detalles de la situación, Rollins se encogió de hombros y dijo:

—Te han traicionado. Si quieres mi consejo, entrega a Kuwei a Van Eck y termina con todo.

—No he venido a por consejo.

—A los mercaderes les gustan los impuestos que pagamos. Dejan pasar algún atraco a un banco o algún robo a una casa, pero esperan que nos quedemos aquí en el Barril y les dejemos con sus negocios. Si vas a la guerra con Van Eck, todo eso cambia.

—Van Eck se ha vuelto rebelde. Si el Consejo Mercante supiera...

—¿Y quién va a decírselo? ¿Una rata de canal de la peor zona del Barril? No te engañes, Brekker. Guárdate las espaldas y vive para luchar otro día.

—Lucho todos los días. ¿Me estás diciendo que dejarías pasar algo así?

—Mira, si quieres dispararte en el pie, el pie bueno, no tengo ningún problema en mirarte. Pero no voy a aliarme contigo, no contra un mercader. Nadie lo hará. No estás metiéndote en una guerra de bandas, Brekker. Tendrás a la *stadwatch*, el ejército kerch y su marina desplegados contra ti. Quemarán el Listón hasta los cimientos con el viejo dentro, y también tomarán el Quinto Puerto.

—No espero que luches junto a mí, Rollins.

—Entonces, ¿qué quieres? Es tuyo. Dentro de lo razonable.

—Necesito que mandes un mensaje a la capital de Ravka. Rápido.

Rollins se encogió de hombros.

—Eso es fácil.

—Y necesito dinero.

—Qué sorpresa. ¿Cuánto?

—Doscientos mil *kruge*.

Rollins casi se ahogó con su risa.

—¿Algo más, Brekker? ¿La Esmeralda Lantsov? ¿Un dragón que cague arcoíris?

—Tienes suficiente dinero, Rollins. Y te salvé la vida.

—Entonces tendrías que haber negociado en esa celda. No soy un banco, Brekker. Y aunque lo fuera, dada tu situación actual, diría que es muy arriesgado darte crédito.

—No quiero un préstamo.

—¿Quieres que te *de* doscientos mil *kruge*? ¿Y qué obtendré yo por este generoso gesto?

Brekker tensó la mandíbula.

—Mi parte del Club Cuervo y el Quinto Puerto.

Rollins se enderezó en su asiento.

—¿Me venderías tu porcentaje?

—Sí. Y por otros cien mil, añadiré un DeKappel original.

Rollins se reclinó y unió los dedos.

—No es suficiente, ¿sabes? No para declarar la guerra al Consejo Mercante.

—Lo es para este grupo.

—¿Este grupo? —repitió Rollins con un resoplido—. No puedo creer que este triste equipo fuera el que asaltara con éxito la Corte de Hielo.

—Pues créelo.

—Van Eck va a meterte bajo tierra.

—Otros lo han intentado. De algún modo no dejo de volver de entre los muertos.

—Respeto tu decisión, chaval. Y la comprendo. Quieres tu dinero; quieres recuperar al Espectro, quieres parte de la fortuna de Van Eck...

—No —dijo Brekker, y su voz era mitad chirrido y mitad gruñido—. Cuando vaya a por Van Eck, no solo me llevaré lo mío. Le dejaré sin nada. Quemaré su nombre del libro de contabilidad. No le quedará nada.

Pekka Rollins había perdido la cuenta de las amenazas que había escuchado, los hombres que había matado o visto morir, pero la expresión en los ojos de Brekker le provocó un escalofrío en la columna. Algo furioso en ese chico estaba luchando por liberarse, y Rollins no quería estar cerca cuando se soltara de la correa.

—Abre la caja fuerte, Doughty.

Rollins le entregó el dinero a Brekker y después le hizo escribir una orden de transferencia para su parte del Club Cuervo y la mina de oro que era el Quinto Puerto. Cuando extendió la mano para sellar el trato, la fuerza de Brekker le aplastó los nudillos.

—No me recuerdas en absoluto, ¿verdad? —preguntó el chico.

—¿Debería?

—Todavía no.

Esa cosa negra titiló tras los ojos de Brekker.

—Un trato es un trato —dijo Rollins, deseoso de terminar con ese extraño grupo.

—Un trato es un trato.

Cuando se fueron, Rollins miró por la enorme ventana de cristal que daba al salón de juegos del Palacio Esmeralda.

—Un final inesperadamente provechoso para el día, Doughty.

Él gruñó en señal de asentimiento, examinando las acciones que tenían lugar en las mesas de abajo: dados, cuerdas, la Rueda de Makker, fortunas ganadas y perdidas, y una deliciosa parte de todo aquello llegaba a Rollins.

—¿Por qué lleva esos guantes? —preguntó.

—Un poco de teatro, sospecho. ¿Quién sabe? ¿A quién le importa?

Rollins observó a Brekker y su grupo atravesando el abarrotado salón de juegos. Abrieron las puertas de la calle y, durante un breve instante, quedaron recortados contra la luz de las lámparas con sus máscaras y sus capas, un tullido seguido por un grupo de chicos disfrazados. Menuda banda. Brekker era un ladrón astuto y lo bastante duro, suponía Pekka, y también inventivo. Pero a diferencia de esos pobres títeres de la Corte de Hielo, Van Eck estaría listo para él. El chico se iba a meter en una auténtica guerra. No tenía ninguna oportunidad.

Rollins fue a consultar su reloj. Tenía que ser casi la hora de que los repartidores

cambiaran de turno, y le gustaba supervisarlos él mismo.

—¡Hijo de puta! —exclamó un segundo después.

—¿Qué pasa, jefe?

Rollins sostuvo la cadena de su reloj. Había un nabo colgando donde su reloj tachonado con diamantes debería haber estado.

—Ese pequeño cabrón...

Entonces se le ocurrió algo. Llevó la mano a su cartera, pero no estaba. Al igual que la aguja de su corbata, el colgante de la moneda kaélica que llevaba para darle suerte y las hebillas de oro de sus zapatos. Se preguntó si no debería comprobar sus empastes.

—¿Te ha robado? —preguntó Doughty con incredulidad.

Nadie robaba a Pekka Rollins. Nadie se atrevía. Pero Brekker lo había hecho, y Rollins se preguntaba si no sería solo el principio.

—Doughty —dijo—, creo que será mejor rezar por Jan Van Eck.

—¿Crees que Brekker puede vencerle?

—Es complicado, pero si no tiene cuidado creo que el mercader podría estar camino de la horca y con Brekker a punto de tensarle el lazo. —Suspiró—. Esperemos que Van Eck mate a ese chico.

—¿Por qué?

—Porque de lo contrario, tendré que hacerlo yo.

Rollins enderezó el nudo de su corbata sin aguja y se dirigió hacia el casino. Kaz Brekker era un problema que podría intentar resolver otro día. En ese momento había dinero que ganar.

AGRADECIMIENTOS

Tengo una condición degenerativa llamada osteonecrosis. Eso se traduce básicamente como «muerte del hueso», lo cual suena como gótico y romántico, pero en realidad significa que cada paso que doy es doloroso y que a veces necesito caminar con bastón. No es una coincidencia que eligiera crear a un protagonista con síntomas similares, y a menudo me sentía como si Kaz y yo estuviéramos cojeando juntos por este camino. No habríamos llegado hasta el final sin un montón de gente maravillosa.

Todo mi amor para mi grupo de marginados y alborotadores: Michi, Rachael, Sarah, Robyn, Josh y sobre todo Morgan, que dio su nombre a este libro y me ayudó a terminarlo. Muchas gracias también a Jimmy, que me llevó a Santa Bárbara y se cargó mi bloqueo del escritor siendo maravilloso.

Bendita sea Noa Wheeler por ayudarme a resolver este rompecabezas particular y por ser paciente cuando yo me ponía quisquillosa y por sacar la pizarra. Me siento profundamente agradecida con Jean Feiwal, Laura Godwin, Jon Yaged, Molly Brouillette, Elizabeth Fithian, Rich Deas, April Ward, Caitlyn Sweeny, y las incontables personas de Henry Holt y Macmillan Children's que han ayudado a dar vida al mundo Grisha y me han permitido seguir explorándolo con los lectores. Joanna Volpe de New Leaf: «fiel y honesta» debería estar sin duda en tu currículum. Puedo enfrentarme a cualquier desafío sabiendo que me cubres la espalda. Gracias también a Pouya «era joven» Shahbazian, Kathleen Ortiz, Danielle Barthel, Jaida Temperly y Jess Dallow. Y un enorme gracias al Equipo Grisha en Reino Unido: Fiona Kennedy, Jenny Glencross y el maravilloso equipo de Orion, sobre todo a Nina Douglas, que es una extraordinaria publicista, excelente compañera de viajes y una Ravenclaw nata. Gracias a los lectores, bibliotecarios, vendedores de libros, booktubers y blogueros que celebran las historias por todo el mundo.

Cualquier buen golpe requiere de especialistas talentosos, y yo he tenido la ayuda de los mejores:

Steven Klein me ofreció experiencia de valor incalculable sobre cómo aprenden magia los principiantes y me dirigió hacia el trabajo de Eric Mead y Apollo Robbins, el caballero ladrón. Angela DePace hizo lo que pudo para ayudarme a encontrar una forma real de derribar la pared de una habitación llena de prisioneros, pero las bolitas de cloroformo acabaron siendo pura invención (no lo probéis en casa). Richard Wheeler me contó cómo los edificios del gobierno y las instalaciones de alta seguridad mantienen fuera a los demás. Emily Stein me enseñó mucho sobre las heridas de bala y me descubrió la preciosa «cúspide del corazón». El rey de las lenguas inventadas David Peterson trató de empujarme en la dirección correcta y me dejó ser muy tozuda con las straats. Y Hedwig Aerts, mi mejor amiga y Soberumi,

gracias por ayudarme a mutilar mejor el holandés.

Marie Lu, Amie Kaufman, Robin LaFevers, Jessica Brody y Gretchen McNeil me hacen reír y soportan muchas quejas. Gracias también a Robin Wasserman, Holly Black, Sarah Rees Brennan, Kelly Link y Cassandra Clare por consejos sobre argumento, las margaritas y obligarme a ver Teen Wolf. No volveré a ser la misma. La culpa del sangrado de nariz de la guardia fjerdana es de Anna Carey. Enviadle vuestras quejas.

Christine, Sam, Emily y Ryan, tengo mucha suerte de poder llamaros familia. Y mi queridísima Lulu, tu ciudad ha fallado. Gracias por aliviar mi mal humor y preocuparte por mi pequeña banda de ladrones.

Muchos libros han ayudado a que Ketterdam, el Barril y mi equipo de cuervos tomaran forma, pero los títulos más esenciales fueron *The Blackest Streets: The Life and Death of a Victorian Slum* de Sarah Wise, *The Coffee Trader* de David Liss; *Amsterdam: A History of the World's Most Liberal City* de Russell Shorto; *Criminal Slang: The Vernacular of the Underworld Lingo* de Vincent J. Monteleone; *The Big Con: The Story of the Confidence Man* de David Maurer, y *Stealing Rembrandts: The Untold Stories of Notorious Art Heists* de Anthony M. Amore y Tom Mashberg.

Una cosa más: este libro quería ser revisado con los sonidos de los Black Keys, los Clash y los Pixies, pero nació en una vieja escuela con In a Time Lapse sonando en bucle y un murciélago aleteando por los aleros. Muchas gracias al compositor Ludovico Einaudi. Y al murciélago.



LEIGH BARDUGO es la autora superventas del New York Times que creó la Trilogía Grisha. Nació en Jerusalem, creció en Los Ángeles, se graduó en la Universidad de Yale y ha trabajado en publicidad, periodismo y, más recientemente, en maquillaje y efectos especiales. En la actualidad, vive y escribe en Hollywood, donde ocasionalmente canta con su banda.